



Balzac

LA COMEDIA HUMANA

La casa del gato que juega a la pelota

El baile de Sceaux

Memorias de dos jóvenes esposas

La bolsa



TOMO I

Lectulandia

“La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: *La Comedia Humana*”.

Balzac

Lectulandia

Honoré de Balzac

**La casa del gato que juega a la pelota
& otras historias**

La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - 01

ePub r1.2
Piolin 28.07.15

Título original: *La Comédie humaine*
Honoré de Balzac, 1844
Traducción: Juan Godó Costa
Edición: Augusto Escarpizo
Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

TOMO I

ESTE TOMO CONTIENE LAS SIGUIENTES OBRAS

La casa del gato

El baile de Sceaux

Memorias de dos jóvenes esposas

La Bolsa

LA GÉNESIS DE LA COMEDIA HUMANA

Balzac concibió la idea de su *Comedia Humana* mucho después de haber comenzado a escribir novelas. Es más, ni siquiera incluyó en ella las primeras que publicó. No es este lugar indicado para tratar del oscuro problema de los comienzos de Balzac como novelista, acerca del cual existe hoy un estudio muy estimable: la tesis doctoral de Albert Prioul, *Balzac avant la Comedie Humaine*, publicada en París en 1936. Se le suelen atribuir doce novelas, algunas de ellas escritas en colaboración, que posteriormente repudió en los términos categóricos que se podrán leer más adelante, en el *Prefacio General a La Comedia Humana*. Pero tampoco las primeras novelas que hoy figuran en esta última fueron escritas como piezas destinadas a integrarse en un gran sistema, ni las demás se publicaron precisamente por el orden con que hoy aparecen en el mismo.

Fue en 1830 cuando media docena de novelas se reunieron por primera vez bajo un epígrafe común, el que hoy designa al primer libro de la primera parte de *La Comedia Humana: Escenas de la vida privada*. Esas seis novelas fueron: *La vendetta*, *Los peligros de la mala conducta* (posteriormente titulada *Gobseck*), *El baile de Sceaux*, *Gloria y desgracia* (posteriormente titulada *La casa del gato que juega a la pelota*), *Una doble familia* y *La paz del hogar*. En 1832 publicó otros dos tomos de *Escenas de la vida privada*, que comprendían *Estudio de mujer*, *Otro estudio de mujer*, *Madame Firmiani*, *La bolsa*, *La mujer abandonada*, *La Granadière* y *El mensaje*. En 1834 dio un paso trascendental al crear, junto a las *Escenas de la vida privada*, las *Escenas de la vida de provincias*, las *Escenas de la vida parisiense*, las *Escenas de la vida política*, las *Escenas de la vida militar* y las *Escenas de la vida en el campo* a fin de agruparlas a todas bajo la rúbrica general de *Estudios de costumbres* que, con los *Estudios filosóficos* y los *Estudios analíticos*, habían de integrar los tres cuerpos del inmenso edificio literario. El primer título general que Balzac concibió para ese gran conjunto fue el de *Estudios sociales*, el cual aparece en una carta que el 8 de julio de 1837 escribió a su futura esposa, la entonces madame Hanska, para darle cuenta de un curiosísimo proyecto editorial: “Se prepara un gran asunto para mí con la impresión completa de mis obras, con viñetas, etc., y una combinación muy atrayente para el público. Consiste en dar participaciones en una tontina a la cual se aplicarán una parte de los beneficios en provecho de los suscriptores, divididos en clases, por edades: de uno a diez años; de diez a veinte; de veinte a treinta; de treinta a cuarenta; de cuarenta a cincuenta; de cincuenta a sesenta; de sesenta a setenta y de setenta a ochenta. Así obtendrían una obra magnífica en cuanto a ejecución tipográfica y la posibilidad de alcanzar treinta mil francos de renta por haberse suscrito. El capital de la renta pasaría a las familias. Todo esto es muy hermoso, pero hacen falta tres mil suscriptores por clase para poder realizarlo. Pensad que, a pesar del ardor de mi imaginación, he recibido tantos golpes que voy a contemplar el desarrollo de esta partida con mirada indiferente. Hace falta una suma

enorme para los anuncios y cuatrocientos mil francos para las viñetas. La obra comprenderá los *Estudios de costumbres* completos, los *Estudios filosóficos* completos y los *Estudios analíticos* completos, bajo el título general de *Estudios sociales*. En cuatro años se habrán publicado todos. Las viñetas irán en el mismo texto y habrá setenta y cinco por volumen, lo cual impedirá cualquier falsificación en el extranjero”. Como se ve, era ya el plan de *La Comedia Humana*, pero sin el título de *La Comedia Humana*. El curioso proyecto no se llegó a realizar.

El título de *La Comedia Humana* aparece por primera vez en 1841, pues el 2 de octubre de ese año firmó Balzac con un consorcio de editores —Fume y Compañía, J.-J. Dubochet, Hetzel y Paulin— un contrato para publicar, bajo ese título, todas las obras del novelista, las escritas hasta entonces y las que todavía estaban por escribir. No resulta absolutamente claro el origen de esa denominación, que tan famosa se llegó a hacer. Desde luego, *La Comedia Humana* de Balzac se llama así por oposición a *La Divina Comedia* del Dante, pero existen algunas discrepancias acerca de la persona que le sugirió el título, que no es seguro haya sido ocurrencia del propio Balzac. Según unos, fue su propio secretario, Augusto de Belloy, que en ese año 1841 realizó un viaje por Italia. Según otros, fue un inglés, Enrique Reeve, que hizo una visita a Balzac el 2 de febrero de 1835, y a quien, según cuenta el propio Reeve en sus *Memoirs and Correspondence*, expuso Balzac un plan detallado de su obra, la cual debía comprender: “1.º, el espejo de la vida humana, de las vanidades, de los vicios, de las oposiciones y conflictos de los sexos en el mundo; 2.º, la humanidad en sociedad, con los motivos que la hacen obrar... y la *Fisiología del matrimonio* es una muestra de este segundo grupo; 3.º, las causas y la génesis real de las ideas humanas, desarrolladas en un libro de tendencias más abstractas”. A Reeve le pareció que “si Balzac necesitaba un título para este gran trabajo que, según dice, alcanzará un total de cuarenta tomos in-8.º, me permitiría sugerirle la parodia de *La Divina Comedia* del Dante, pues esta moderna comedia es *tutta diabolica*: la diabólica comedia del señor de Balzac”. Es decir, que Balzac debería a Enrique Reeve la idea de oponer su obra a *La Divina Comedia* del Dante, pero habría sustituido la banal denominación de *Comedia Diabólica* por otra incomparablemente más profunda: *La Comedia Humana*.

La única edición de *La Comedia Humana* que se publicó en vida de Balzac fue la de 1842, en virtud del convenio antes citado, para la cual compuso el propio novelista el siguiente

“PROSPECTO

”Los lectores inteligentes no habían aguardado hasta hoy para comprender que el señor de Balzac concibió, desde el comienzo de su carrera de escritor, un vasto plan, dentro del cual cada una de sus novelas debía constituir, en cierto modo, una escena aislada. Ahora que el cuadro está, en gran parte, realizado, que todo el mundo

advierte ya la idea de conjunto que preside todos los detalles, nos parece favorable el momento para presentar al público las *Obras Completas* de este escritor.

”El plan del autor consistía en trazar, a través de sus detalles infinitos, la historia fiel, el cuadro exacto de las costumbres de nuestra moderna sociedad. Algunos se han quejado de que el retrato no resulta siempre lo bastante halagador; un fisiólogo tan experto como el señor de Balzac debía esperar ya este reproche y mostrarse insensible a él; de manera que el autor de *La Comedia Humana* ha proseguido su tarea de observador infatigable.

”Después de revisar y corregir con cuidado cada una de sus obras, el señor de Balzac asignó a todas ellas, en nuestra edición, su puesto definitivo y les dio un título general: *La Comedia Humana*, título que resume el pensamiento del escritor y que ilustra el conjunto, así como todos los detalles, de una obra literaria a la cual no podemos por menos de considerar como una de las más grandes y atrevidas de este siglo.

”Las obras del señor de Balzac forman, en las ediciones ordinarias, ciento veinte volúmenes in-8.º, aproximadamente. Gracias a unos tipos nuevos, fundidos expresamente y perfectamente legibles, aunque apretados, nos fue posible condensar esos ciento veinte volúmenes in-8.º, que cuestan 7'50 francos cada uno, en 16 volúmenes del mismo formato, al precio de 5 francos solamente, es decir, que la adquisición de las obras del señor de Balzac resultará casi al mismo precio a que resulta ahora su alquiler en los gabinetes de lectura.

”A una baratura sin precedentes en el mercado de los libros, unimos una colección de viñetas que ofrecerá los retratos y los tipos de los principales personajes de las novelas del señor de Balzac. Los señores Tony Johannot, Meissonier, H. Monnier y Bertal se han puesto ya a la tarea y nos han entregado una serie de dibujos que son otros tantos cuadritos de género.

”N. B. — A medida de que el señor de Balzac vaya colmando los vacíos que aún le quedan por llenar en el plan de su obra, imprimiremos sus nuevas producciones. Por lo tanto, esta edición ofrecerá, verdaderamente, las *Obras Completas* de este autor.

”*Condiciones de suscripción:* La obra comprenderá dieciséis volúmenes, ilustrados con ciento dieciséis grabados. Aparecerá en ciento sesenta entregas de tres hojas de dieciséis páginas, con una viñeta, o de cuatro o cinco hojas, sin viñeta. El precio de cada entrega será de cincuenta céntimos, y el de cada volumen de cinco francos. Se admiten suscripciones: en París, en la casa Furne y Compañía, calle de Saint-André-des-Arts, 55, y en los depósitos de publicaciones ilustradas; y en los departamentos, en las principales librerías de cada localidad”.

La primera entrega se puso en venta el 16 de abril de 1842. En 1846 se publicó un nuevo prospecto para anunciar la publicación de un tomo más, el XVII, que comprendía las dos partes de *Los parientes pobres: La prima Beta* y *El primo Pons*, el cual no se puso a la venta hasta el 18 de noviembre de 1848.

Esta edición de *La Comedia Humana* constituyó un negocio bastante mediano desde el punto de vista financiero, lo cual no fue obstáculo para que Balzac redactase en 1845 el plan de una nueva edición. Aunque tal edición no llegara a publicarse, el plan tiene una importancia excepcional porque ha sido considerado como el definitivo. Balzac se había forjado una idea realmente gigantesca de *La Comedia Humana*, hasta el punto de que el 6 de febrero de 1844 le escribía a madame Hanska: “En suma, he aquí el juego que estoy desarrollando. Cuatro hombres habrán gozado de una vida inmensa: Napoleón, Cuvier, O’Connell y yo, que quiero ser el cuarto. El primero vivió la vida de Europa, pues se había inoculado los ejércitos. El segundo se desposó con el globo. El tercero se encarnó en el pueblo. ¡Yo habré llevado toda una sociedad en la cabeza!”.

Acomodado a esta magna idea de su obra era el siguiente

CATÁLOGO

de las obras que contendrá

LA COMEDIA HUMANA

Orden adoptado en 1845 para una edición completa en veintiséis tomos.

Las obras en cursiva son las que quedan por hacer.

PRIMERA PARTE: ESTUDIOS DE COSTUMBRES

SEGUNDA PARTE: ESTUDIOS FILOSÓFICOS

TERCERA PARTE ESTUDIOS ANALÍTICOS

Primera parte: ESTUDIOS DE COSTUMBRES

Seis libros: 1, Escenas de la vida privada; 2, de provincias; 3, parisiense; 4, política; 5, de la vida militar; 6, de la vida en el campo.

ESCENAS DE LA VIDA PRIVADA (Cuatro volúmenes, tomos 1 al 4). — 1. *Los niños.* — 2. *Un pensionado de señoritas.* — 3. *Interior de colegio.* — 4. La casa del gato que juega a la pelota. — 5. El baile de Sceaux. — 6. Memorias de dos jóvenes esposas. — 7. La bolsa. — 8. Modesta Mignon. — 9. Una entrada en la vida. — 10. Alberto Savarus. — 11. La vendetta. — 12. Una doble Familia. — 13. La Paz del hogar. — 14. Madame Firmiani. — 15. Estudio de mujer. — 16. La falsa querida. — 17. — Una hija de Eva. — 18. El Coronel Chabert. — 19. El mensaje. — 20. La Granadière. — 21. La mujer abandonada. — 22. Honorina. — 23. Beatriz, o los amores forzados. — 24. Gobseck. — 25. La mujer de treinta años. — 26. El tío Goriot. — 27. Pedro Grassou. — 28. La misa del ateo. — 29. La interdicción. — 30. El contrato de esponsales. — 31. *Nueras y suegras.* — 32. Otro estudio de mujer.

ESCENAS DE LA VIDA DE PROVINCIA (Cuatro volúmenes, tomos 5 al 8). —

33. El lirio en el valle. — 34. Úrsula Mirouët. — 35. Eugenia Grandet. — LOS SOLTERONES: 36. Pierrette. — 37. El Cura de Tours. — 38. Un hogar de soltero en provincias. — LOS PARISIENSES EN PROVINCIAS: 39. El ilustre Gaudissart. — 40. *Las gentes engoladas*. — 41. La musa del departamento. — 42. *Una actriz de viaje*. — 43. *La Mujer superior*. — LAS RIVALIDADES: 44. *El original*. — 45. *Los herederos Boirouge*. — 46. La solterona. — 48. *Jacobo de Metz*. ILUSIONES PERDIDAS: 1.^a parte. Los dos poetas. — 2.^a parte. Un grande hombre de provincias en París. — 3.^a parte. Los sufrimientos del inventor.

ESCENAS DE LA VIDA PARISIENSE (Cuatro volúmenes, tomos 9 al 12). — HISTORIA DE LOS TRECE (primer episodio) 50. Ferragus. — (segundo episodio) 51. La duquesa de Langeais. — (tercer episodio) 52. La muchacha de los ojos de oro. — 53. Los empleados. — 54. Sarracena. — 55. Grandeza y decadencia de César Birotteau. — 55. La Casa Nucingen. — 57. Facino Cañe. — 58. Los secretos de la princesa de Cadignan. — 59. Esplendores y miserias de las cortesanas. — 60. La última encamación de Vautrin. — 61. Los Grandes, el Hospital y el Pueblo. — 62. Un Príncipe de la bohemia. — 63. Los cómicos serios. — 64. Ejemplos de charlas francesas. — 65. *Una vista en el Palacio* (de Justicia). — 66. Los pequeños burgueses. — 67. *Entre sabios*. — 68. *El teatro tal y como es*. — 69. *Los Hermanos de la Consolación*.

ESCENAS DE LA VIDA POLITICA (Tres volúmenes, tomos 13 al 15). — 70. Un episodio bajo el Terror. — 71. *La Historia y la novela*. 72. Un asunto tenebroso. — 73. *Los dos ambiciosos*. — 74. *El agregado de embajada*. — 75. *Cómo se forma un ministerio*. — 76. El diputado d'Arcis — 77 Z Marcas

ESCENAS DE LA VIDA MILITAR (Cuatro volúmenes, tomos 16 al 19). — 78. *Los soldados de la República* (tres episodios). — 79. *La entrada en campaña*. — 80. *Los Vendeanos*. — 81. Los chuanes. — LOS FRANCESES EN EGIPTO (primer episodio): 82. *El profeta*. — (segundo episodio) 83. *El pachá*. — (tercer episodio) 84. Una Pasión en el desierto. — 85. *El ejército rodante*. — 86. *La guardia consular*. — 87. FRENTE A VIENA: 1.^a parte. *Un combate*. — 2.^a parte. *El ejército sitiado*. 3.^a parte. *La llanura de Wagram*. — 88. *El posadero*. — 89. *Los ingleses en España*, — 90. *Moscú*. — 91. *La batalla de Dresde*. — 92. *Los rezagados*. — 93. *Los guerrilleros*. — 94. *Un crucero*. — 95. *Los pontones*. — 96. *La campaña de Francia*. — 97. *El último campo de batalla*. — 98. *El emir*. — 99. *La Pénissière*. — 100. *El corsario argelino*.

ESCENAS DE LA VIDA EN EL CAMPO (Dos volúmenes, tomos 20 y 21). — 101. Los campesinos. — 102. El médico rural. — 103. *El juez de paz*. — 104. El cura de aldea. — 105. *Los alrededores de París*.

Segunda parte: ESTUDIOS FILOSÓFICOS

(Tres volúmenes, tomos 22 al 24.) — 106. *Los mártires ignorados*. — 107. — La

piel de chagrén. — 108. Jesucristo en Flandes. — 109. Melmoth reconciliado. — 110. — Massimilla Doni. —111. La obra maestra desconocida. — 112. Gambará. — 113. Baltasar Claës, o la búsqueda de lo absoluto. — 114. *El presidente Fritot*. — 115. *El filántropo*. — 116. El hijo maldito. — 117. Adiós. —118. Los Marana. —119. El recluta. — 120. El verdugo.— 121. Un drama a orillas del mar. —122. Maese Cornelio. — 123. La posada roja. — 124. El mártir calvinista. — 125. La confesión de los Ruggieri. — 126. Los dos sueños. —127. *El nuevo Abelardo*. — 128. El elixir de larga vida. —129. *Vida y aventuras de una idea*, — 130. Los proscritos. — 131. Luis Lambert. — 132. Serafita.

Tercera parte: ESTUDIOS ANALÍTICOS

(*Dos volúmenes, tomos 25 y 26.*) —133. *Anatomía de los cuerpos docentes*. — 134. *Fisiología del matrimonio*. —135. *Patología de la vida social*. — 136. *Monografía de la virtud*. — 137. *Diálogo filosófico y político sobre las perfecciones del siglo XIX*.

Cada tomo deberá componerse de 40 hojas (por lo menos 640 páginas) en buen papel, impresas en romana pequeña, de manera que cada página contenga tres mil letras.

Este plan comprendía, en total, ciento treinta y siete novelas. Ochenta y cinco de ellas estaban terminadas y el resto sólo proyectadas. Balzac escribió durante los cinco años que mediaron entre la elaboración del plan que acabamos de transcribir y su muerte, acaecida el 18 de agosto de 1850, seis novelas más. Pero, hecho curioso, ninguna de ellas figuraba entre las que se incluyen en el plan de 1845 como obras en proyecto. Son las dos partes de *Los parientes pobres* — *La prima Beta* y *El primo Pons* — *Un hombre de negocios*; *Gaudisart II*; *El reverso de la historia contemporánea* y *Pequeñas miserias de la vida conyugal*. Con ellas el total de las obras que constituyen *La Comedia Humana*, tal como la dejó Balzac al morir, asciende al número de noventa y una novelas, si es que se puede aplicar esta denominación a todas las obras contenidas en *La Comedia Humana*, algunas de las cuales tienen la extensión de simples cuentos.

LA COMEDIA HUMANA

PREFACIO GENERAL

Emprendida esta obra, pronto hará trece años, con el título de La Comedia Humana, me parece necesario decir de ella lo que pienso, contar su origen, explicar brevemente su plan, intentando hablar de estas cosas como si no estuviera interesado en ellas. Esto no es tan difícil como el público podría pensar. Pocas obras producen mucho amor propio, mucho trabajo da infinidad de modestia. Esta observación sirve para explicar los exámenes que Corneille, Moliere y otros grandes autores hacen de sus obras: si es imposible igualarlos en sus bellas concepciones, podemos intentar parecernos a ellos en este sentimiento.

La idea primitiva de La Comedia Humana fue para mí, al principio, como un sueño, como uno de esos proyectos imposibles que se acarician y se dejan escapar; una quimera que sonrío, que enseña su rostro de mujer y despliega inmediatamente sus alas para remontarse a un cielo fantástico. Pero esta quimera, como otras muchas quimeras, se transforma en realidad, tiene sus mandatos y su tiranía ante los que hay que ceder.

Esta idea me vino de una comparación entre Humanidad y Animalidad.

Sería un error creer que la gran querrela que, en estos últimos tiempos, se ha suscitado entre Cuvier y Geoffroy Saint-Hilaire, reposaba sobre una innovación científica. La unidad de composición ocupaba ya, en otros términos, a los mejores espíritus de los dos siglos precedentes. Releyendo las obras, tan extraordinarias, de los escritores místicos que se han ocupado de las ciencias en sus relaciones con el infinito, tales como Swedenborg, Saint-Martin, etc., y los escritos de los mayores genios de la Historia Natural, tales como Leibnitz, Buffon, Charles Bonnet, etc., se encuentran en las mónadas de Leibnitz, en las moléculas orgánicas de Buffon, en la fuerza vegetatriz de Needham, en el encajamiento de las partes similares de Charles Bonnet, lo bastante atrevido para escribir en 1760: El animal vegeta como la planta; se encuentran, digo, los rudimentos de la bella ley del sí para sí sobre la que reposa la unidad de composición. No hay más que un animal. El creador no se ha servido más que de un solo y mismo patrón para todos los seres organizados. El animal es un principio que toma su forma exterior o, para hablar más exactamente, las diferencias de su forma, en los medios en que está llamado a desarrollarse. Las Especies Zoológicas resultan de esas diferencias. La proclamación y el sostén de este sistema, en armonía por otra parte con las ideas que nosotros nos formamos de la potencia divina, constituirá el eterno honor de Geoffroy Saint-Hilaire, el vencedor de Cuvier en este punto de alta ciencia, cuyo triunfo ha sido saludado por el último artículo que escribió el gran Goethe.

Penetrado bien de ese sistema antes ya de los debates a que ha dado lugar, yo vi que, desde el punto de vista de esa relación, la Sociedad se parecía a la Naturaleza.

¿No hace del hombre la Sociedad, siguiendo los medios en que su acción se despliega, tantos hombres diferentes como variedades hay en zoología? Las diferencias entre un soldado, un obrero, un administrador, un marinero, un poeta, un pobre, un sacerdote, son, aunque más difíciles de interpretar, tan considerables como las que distinguen al lobo, al león, al asno, al cuervo, al tiburón, a la vaca marina, a la oveja, etc. Han existido, pues, y existirán en todo tiempo Especies Sociales como hay Especies Zoológicas. Si Buffon ha hecho una magnífica obra al intentar representar en un libro el conjunto de la zoología, ¿no había que hacer una obra de ese género para la Sociedad? Pero la naturaleza ha puesto, para las variedades animales, límites dentro de los cuales no debía encerrarse la Sociedad. Cuando Buffon pintaba al león, despachaba a la leona en unas cuantas frases; mientras que en la Sociedad no se da siempre el caso de que la mujer sea la hembra del varón. Puede haber en ella dos seres perfectamente desiguales en un hogar. La mujer de un negociante es digna, a veces, de ser la de un príncipe, y a menudo la de un príncipe no vale la de un artista. El Estado Social tiene azares que no se permite la Naturaleza, pues es la Naturaleza más la Sociedad. La descripción de las Especies Sociales era, por lo tanto, doble, cuando menos, de la de las Especies Animales, no considerando más que los dos sexos. En fin, entre los animales hay pocos dramas, apenas se mezcla la confusión; se lanzan los unos sobre los otros, eso es todo. Los hombres corren también los unos sobre los otros; pero su más o menos de inteligencia complica el combate de otro modo. Si algunos sabios no admiten todavía que la Animalidad se transborde a la Humanidad por una inmensa corriente de vida, en la realidad tenemos que el tendero llega a ser par de Francia y el noble desciende a veces a la última escala social. Además, Buffon ha encontrado la vida excesivamente sencilla entre los animales. El animal tiene poco mobiliario, no tiene artes ni ciencias; mientras que el hombre, por una ley que está por indagar, tiende a representar sus costumbres, sus pensamientos y su vida en todo lo que él apropia a sus necesidades. Aunque Leuwenhoëk, Swammerdam, Spallanzani, Réaumur, Charles Bonnet, Muller, Haller y otros pacientes zoógrafos hayan demostrado cuán interesantes eran las costumbres de los animales, los hábitos de cada animal son, por lo menos a nuestros ojos, constantemente parecidos en todo tiempo; mientras que los hábitos, los vestidos, las palabras, las moradas de un príncipe, de un banquero, de un artista, de un burgués, de un sacerdote y de un pobre son enteramente desiguales y cambian al compás de las civilizaciones.

Así la obra por hacer debía tener una triple forma: los hombres, las mujeres y las cosas, es decir las personas y la representación material que esas personas dan de su pensamiento; en fin, el hombre y la vida.

Leyendo las secas y repugnantes nomenclaturas de hechos llamados historias, ¿quién no se ha dado cuenta de que los escritores han olvidado, en todos los tiempos, en Egipto, en Persia, en Grecia, en Roma, damos la historia de las costumbres? El trozo de Petronio sobre la vida privada de los romanos irrita más bien que satisface

nuestra curiosidad. Después de haber notado esta inmensa laguna en el campo de la historia, el abad Barthélemy consagró su vida a rehacer las costumbres griegas en Anacarsis.

Pero ¿cómo hacer interesante el drama a los tres o cuatro mil personajes que ofrece una Sociedad? ¿Cómo complacer a la vez al poeta, al filósofo y a las masas que quieren la poesía y la filosofía bajo impresionantes imágenes? Si yo concebía la importancia y la poesía de esta historia del corazón humano, no veía ningún medio para realizarla, pues, hasta nuestra época, los más célebres narradores habían empleado su talento en crear uno o dos personajes típicos, en pintar una cara de la vida. Con este pensamiento leí las obras de Walter Scott. Walter Scott, ese inventor (trovador) moderno, realizaba entonces un esfuerzo gigantesco en un género de composición injustamente llamado secundario. ¿No es verdaderamente más difícil hacer competencia al Estado Civil con Dafnis y Cloë, Roldán, Arnadis, Panurgo, Don Quijote, Manon Lescaut, Clarisse, Lovelace, Robinson Crusoe, Gil Blas, Ossian, Julia d'Etanges, el tío Tobías, Werther, René, Corina, Adolfo, Pablo y Virginia, Jeanie Dean, Claverhouse, Ivanhoe, Manfred o Mignon, que poner en orden los hechos poco más o menos idénticos en todas las naciones, indagar el espíritu de las leyes caídas en desuso, redactar las teorías que perturban a los pueblos o, como ciertos metafísicos, explicar lo que es? Al principio, casi siempre esos personajes, cuya existencia llega a ser más larga, más auténtica que la de las generaciones entre las cuales se les hace nacer, sólo viven como una gran imagen del presente. Concebidos en las entrañas de su siglo, todo el corazón humano se remueve ante su desarrollo y a menudo se oculta en ellos toda una filosofía. Walter Scott elevaba, pues, al valor filosófico de la historia la novela, un género literario que, de siglo en siglo, incrusta de inmortales diamantes la corona poética de los países donde se cultivan las letras. Metía en ella el espíritu de los antiguos tiempos, reunía a la vez el drama, el diálogo, el retrato, el paisaje, la descripción; hacía entrar en ella lo maravilloso y lo verdadero, dos elementos de la epopeya, hacía alternar la poesía con la familiaridad de los más humildes lenguajes. Pero, al no haber imaginado un sistema, sino hallado simplemente su forma en el ardor del trabajo o por la lógica de ese trabajo, no había cuidado de unir sus composiciones las unas a las otras de forma que coordinaran una historia completa, en la que cada capítulo hubiera sido una novela, y cada novela una época. Advirtiéndome esa falta de unión, que por otra parte no hace menos grande al escocés, yo vi a la vez el sistema propicio para la ejecución de mi obra y la posibilidad de realizarlo. Aunque, por decirlo así, deslumbrado por la fecundidad sorprendente de Walter Scott, siempre parecido a sí mismo y siempre original, no desesperé, sino que encontré la razón de ese talento en la infinita variedad de la naturaleza humana. El azar es el más grande novelista del mundo: para ser fecundo no hay más que estudiarlo. La Sociedad francesa iba a ser el historiador, yo no debía ser más que el secretario. Levantando el inventario de los vicios y de las virtudes, reuniendo los principales hechos de las pasiones, pintando los caracteres, eligiendo

los acontecimientos primordiales de la Sociedad, componiendo los tipos por medio de la reunión de los rasgos de varios caracteres homogéneos, quizá podía llegar a escribir esa historia olvidada por tantos historiadores: la de las costumbres. Con mucha paciencia y ánimo, realizaría sobre la Francia del siglo XIX el libro que todos nosotros echamos de menos, que Roma, Atenas, Tiro, Memfis, Persia o la India no nos han dejado, desgraciadamente, sobre sus civilizaciones y que, al ejemplo del abate Barthélemy, el animoso y paciente Monteil había intentado para la Edad Media, aunque en una forma poco atractiva.

Este trabajo no era nada aún. Ateniéndose a esa reproducción rigurosa, un escritor podía llegar a ser un pintor más o menos fiel, más o menos afortunado, paciente o animoso de los tipos humanos, el narrador de los dramas de la vida íntima, la arqueología del mobiliario social, el nomenclator de las profesiones, el registrador del bien y del mal; mas, para merecer los elogios que debe ambicionar todo artista, ¿no debía estudiar las razones o la razón de esos efectos sociales, sorprender el sentido oculto de ese inmenso conjunto de figuras, de pasiones y de acontecimientos? En fin, después de haber buscado, no digo hallado, esta razón, este motor social, ¿no era necesario meditar sobre los principios naturales y ver en qué las Sociedades se desvían o se aproximan a la regla eterna, a lo verdadero, a lo bello? A pesar de lo extenso de las premisas, que podían constituir por sí solas un trabajo, la obra, para ser entera, demandaba una conclusión. Así dibujada, la Sociedad debía llevar consigo la razón de su movimiento.

La ley del escritor, lo que le hace tal, lo que —no tengo miedo de decirlo— le hace igual, y quizá superior, al hombre de Estado, es una decisión cualquiera sobre las cosas humanas, una devoción absoluta a los principios. Maquiavelo, Hobbes, Bossuet, Leibnitz, Kant, Montesquieu son la ciencia que los hombres de Estado aplican. “Un escritor debe tener en moral y en política opiniones decididas, debe mirarse como un educador de los hombres; pues los hombres no tienen necesidad de maestros para dudar”, ha dicho Bonald. Yo tomé muy pronto como regla estas grandes palabras, que son tanto la ley del escritor monárquico como la del escritor democrático. Por lo tanto, cuando alguien quiera oponerme a mí mismo, se encontrará con que habrá interpretado mal alguna ironía, o bien retorcerá a destiempo contra mí el discurso de uno de mis personajes, maniobra propia de los calumniadores. En cuanto al sentido íntimo, al alma de esta obra, esos son los principios que le sirven de base.

El hombre no es bueno ni malo, nace con instintos y aptitudes; la Sociedad, lejos de depravarlo, como ha pretendido Rousseau, lo perfecciona, lo hace mejor, pero el interés desarrolla también sus inclinaciones malignas. El Cristianismo, y sobre todo el Catolicismo, siendo, como he dicho en El médico rural, un sistema completo de represión de las tendencias depravadas del hombre, es el mayor elemento del Orden Social.

Leyendo atentamente el cuadro de la Sociedad, moldeada, por decirlo así, sobre

lo vivo con todo su bien y todo su mal, resulta la enseñanza de que si el pensamiento, o la pasión, que comprende el impulso y el sentimiento, es el elemento social, también es el elemento destructor. En esto, la vida social se parece a la vida humana. Sólo concede a los pueblos longevidad moderando su acción vital. La enseñanza o, mejor dicho, la educación por los Cuerpos Religiosos es, pues, el gran principio de la existencia de los pueblos, el único medio de disminuir la suma del mal y de aumentar la suma del bien en toda Sociedad. El pensamiento, principio de los males y de los bienes, no puede ser preparado, domado, dirigido más que por la religión. La única religión posible es el Cristianismo (ver la carta escrita desde París en Luis Lambert, donde el joven filósofo místico explica, a propósito de la doctrina de Swedenborg, cómo no ha habido jamás más que una misma religión desde el origen del mundo). El Cristianismo ha creado los pueblos modernos, él los conservará. De ahí sin duda la necesidad del principio monárquico. El Catolicismo y la Realeza son dos principios gemelos. En cuanto a los límites en que los dos principios deben ser encerrados por las Instituciones a fin de no dejarlos desarrollarse absolutamente, todos admitiréis que un prólogo tan sucinto como debe serlo éste, no puede convertirse en un tratado político. Por lo tanto no debo entrar en las disensiones religiosas ni en las disensiones políticas del momento. Yo escribo a la luz de dos Verdades eternas: la Religión, la Monarquía, dos necesidades que los acontecimientos contemporáneos proclaman y hacia los cuales todo escritor de buen sentido debe intentar conducir nuestro país. Sin ser enemigo de la Elección, principio excelente para establecer la ley, yo rechazo la Elección tomada como único medio social, sobre todo tan mal organizada como lo está hoy, pues ella no representa a las imponentes minorías con ideas, con intereses de los cuáles se cuidaría un gobierno monárquico. La Elección, extendida a todos, nos da el gobierno por las masas, el único que no es responsable y donde la tiranía no tiene límites, pues se llama la ley. También consideré a la Familia, y no al Individuo, como el verdadero elemento social. Desde este punto de vista, y a riesgo de ser mirado como un espíritu retrógrado, me alinee al lado de Bossuet y de Bonald, en lugar de ir con los innovadores modernos. Como la Elección ha llegado a ser el único medio social, si yo recurriera a ella para mi propio caso, no habría que inferir la menor contradicción entre mis actos y mi pensamiento. Un ingeniero anuncia que tal puente está próximo a hundirse, que hay peligro para todos si se sirven de él, pero lo cruza él mismo cuando ese puente es la única ruta para llegar a la ciudad. Napoleón había adaptado maravillosamente la Elección al genio de nuestro país. También los mejores diputados de su Cuerpo Legislativo han sido los más célebres oradores de las Cámaras bajo la Restauración. Ninguna Cámara ha valido lo que el Cuerpo Legislativo comparando sus miembros hombre a hombre. El sistema electivo del Imperio es, pues, indiscutiblemente el mejor.

Ciertas personas podrán encontrar algo de soberbio y de presumido en esta declaración. Se censurará al novelista por querer ser historiador, se le pedirá razón

de su política. Yo obedezco aquí a una obligación, y ésta es toda mi respuesta. El trabajo que emprendo tendrá la extensión de una historia, y la razón de ello, por ahora oculta, se debe a los principios y a la moral.

Forzado a suprimir los prólogos publicados para responder a críticas esencialmente pasajeras, no quiero conservar de ellos más que una observación.

Los escritores que tienen un fin, aunque sólo sea un retomo a los principios del pasado por lo mismo que son eternos, deben siempre desbrozar el terreno. Además, cualquiera que aporta su piedra al dominio de las ideas, cualquiera que señala un abuso, cualquiera que indica con un signo un mal para que sea suprimido, pasa siempre por ser inmoral. El reproche de inmoralidad, que no ha faltado jamás al escritor animoso, es por otra parte el último que queda por hacer cuando no se tiene nada más que decir de un poeta. Si decís verdad en vuestras pinturas, si a fuerza de trabajos diurnos y nocturnos llegáis a escribir la lengua más difícil del mundo, os arrojan la palabra inmoral a la cara. Sócrates fue inmoral, Jesucristo fue inmoral; los dos fueron perseguidos en nombre de las Sociedades que ellos derribaban o reformaban. Cuando se quiere matar a alguien se le tacha de inmoralidad. Esta maniobra, familiar a los partidos, constituye una vergüenza para todos los que la emplean. ¡Lutero y Calvino sabían bien lo que hacían al servirse de los intereses materiales heridos como de un broquel! Por eso vencieron durante toda su vida.

Al copiar toda la Sociedad, al captarla en la inmensidad de sus agitaciones, ocurre, es más, debía ocurrir que tal composición ofreciera más mal que bien, que tal parte del fresco represente un grupo culpable, y entonces la crítica empieza a clamar contra la inmoralidad, sin señalar la moralidad de tal otra parte, destinada a formar un contraste perfecto. Como la crítica ignoraba el plan general, yo la perdonaba al considerar que no se puede impedir el ejercicio de esa crítica, como no se impide el ejercicio de la vista, de la lengua o del juicio. La hora de la imparcialidad no ha llegado todavía para mí. Por otra parte, el autor que no sabe decidirse a soportar el fuego de la crítica no tiene más razón para escribir que un viajero para ponerse en camino a base de contar con un cielo siempre sereno. Sobre este punto debo señalar también que los moralistas más concienzudos dudan demasiado de que la Sociedad pueda ofrecer tantas acciones buenas como malas y en el cuadro que trazo se encuentran más personajes virtuosos que personajes reprensibles. Las acciones reprobables, las faltas, los crímenes, desde los más ligeros hasta los más graves, hallan siempre en él su castigo, humano o divino, clamoroso o secreto. He hecho mejor que el historiador, he sido más libre. Cromwell existió sin otro castigo que el que le infligía el pensador. Todavía hubo discusión de escuela a escuela. El mismo Bossuet ha disculpado ese gran regicidio. Guillermo de Orange, el usurpador, Hugo Capeto, otro usurpador, murieron jóvenes, sin haber sentido más desconfianzas ni más temores que Enrique IV o que Carlos I. La vida de Catalina II y la de Luis XVI, sometidas a observación, concluirían con toda suerte de moral, al juzgarlos desde el punto de vista de la moral que rige a los particulares; pues para los reyes, para los

hombres de Estado, hay, como ha dicho Napoleón, una pequeña y una gran moral. Las Escenas de la vida política están basadas en esta bella reflexión. La historia no tiene por ley, como la novela, el impulso hacia un bello ideal. La historia es o debería ser lo que fue; mientras que la novela debe ser el mundo mejor, ha dicho la señora Necker, uno de los más distinguidos espíritus del último siglo. Pero la novela no sería nada si, en esta augusta mentira, no existiera verdad en los detalles. Obligado a adaptarse a las ideas de un país esencialmente hipócrita, Walter Scott ha falseado en cierto modo a la humanidad, sobre todo en la pintura de la mujer, porque sus modelos eran cismáticos. La mujer protestante no tiene ideal. Puede ser casta, pura, virtuosa; pero su amor sin expansión será Siempre tranquilo y ordenado como un deber cumplido. Parece como si la Virgen María hubiera enfriado el corazón de los sofistas que la desterraban del Cielo, a ella y a sus tesoros de misericordia. En el Protestantismo no hay nada posible para la mujer después de la falta; mientras que en la Iglesia católica, la esperanza del perdón la hace sublime. Del mismo modo no existe más que una sola mujer para el escritor protestante, mientras que el escritor católico encuentra una mujer nueva en cada nueva situación. Si Walter Scott hubiera sido católico, si se hubiera impuesto como tarea la descripción verdadera de las diferentes Sociedades que se han sucedido en Escocia, quizás el pintor de Effie y de Alicia (las dos figuras que en sus últimos días se reprochó haber dibujado) hubiera admitido las pasiones con sus faltas y sus castigos, con las virtudes que el arrepentimiento les indica. La pasión es toda la humanidad. Sin ella, la religión, la historia, la novela, el arte serían inútiles.

Al verme amontonar tantos hechos y pintarlos tales como son, con la pasión como elemento, algunas personas han imaginado, erróneamente, que yo pertenecía a la escuela sensualista y materialista, dos caras del mismo hecho: el panteísmo. Pero quizá podían, debían equivocarse. Yo no comparto la creencia en un progreso indefinido de las Sociedades; creo en el progreso del hombre sobre sí mismo. Los que quieren hallar en mí la intención de considerar al hombre como una criatura acabada se equivocan, pues, extraordinariamente. SERAFITA, la doctrina en acción del Buda cristiano, me parece suficiente respuesta a esta acusación, bastante aventurada por otra parte.

En ciertos fragmentos de esta larga obra he intentado popularizar los hechos sorprendentes, por no decir los prodigios de la electricidad, que se metamorfosea en el hombre en una potencia incalculable; pero ¿en qué alteran los fenómenos cerebrales y nerviosos que demuestran la existencia de un nuevo mundo moral las relaciones seguras y necesarias entre las gentes y Dios? ¿En qué serían conmovidos los dogmas católicos? Si, a la vista de hechos indiscutibles, el pensamiento llega a colocarse un día entre los fluidos que sólo se revelan por sus efectos y cuya sustancia escapa a nuestros sentidos, incluso engrandecidos por tantos medios mecánicos, existirá esto como existe la esfericidad de la tierra observada por Cristóbal Colón, como existe su rotación demostrada por Galileo. Nuestro futuro seguirá siendo el

mismo. El magnetismo animal, con cuyos milagros me he familiarizado desde 1820; las bellas investigaciones de Gall, el continuador de Lavater; todos los que, desde hace cincuenta años, han trabajado el pensamiento como los ópticos trabajan la luz —dos cosas casi semejantes—, sacan sus conclusiones, lo mismo para los místicos, discípulos del apóstol San Juan, que para todos los grandes pensadores que han descubierto el mundo espiritual, es decir, para toda esa esfera donde se revelan las relaciones entre el hombre y Dios.

Comprendiendo bien el sentido de esta composición, se reconocerá que concedo a los hechos constantes, cotidianos, secretos o patentes, a los actos de la vida individual, a sus causas y a sus principios, tanta importancia como hasta ahora los historiadores han atribuido a los acontecimientos de la vida pública de las naciones. La batalla desconocida que se libra en un valle del Indre entre madame de Mortsau y la pasión es, quizá, tan grande como la más ilustre de las batallas conocidas (EL LIRIO EN EL VALLE). En esta segunda lid la gloria de un conquistador está en juego; en la otra se trata del cielo. Los infortunios de los Birotteau, el sacerdote y el perfumista, son para mí los de la humanidad. La Fosseuse (EL MÉDICO RURAL) y Madame Graslin (CURA DE ALDEA) son casi toda la mujer. Nosotros sufrimos de ese modo todos los días. Yo he tenido que hacer cien veces lo que Richardson no ha hecho más que una sola vez. Lovelace tiene mil formas, pues la corrupción social toma los colores de todos los medios donde se desarrolla. Por el contrario, Clarisa, esa bella imagen de la virtud apasionada, tiene líneas de una pureza desesperante. Para crear muchas vírgenes hay que ser un Rafael. La literatura queda tal vez, según este criterio, por debajo de la pintura. Se me puede permitir también que señale todas las figuras irreprochables (como virtud) que se encuentran en las partes publicadas de este trabajo: Pierrette Lorraine, Ursula Mirouët, Constancia Birotteau, La Fosseuse, Eugenia Grandet, Margarita Claës, Paulina de Villenoix, madame Judes, madame de La Chasterie, Eva Chardon, mademoiselle d'Esgrignon, madame Firmiani, Ágata Rouget, Renata de Maucombe, así como bastantes figuras de segundo plano que, no por tener menos relieve que las citadas, ofrecen menos al lector la práctica de las virtudes domésticas. José Lebas, Genestas, Benassis, el cura Bonnet, el médico Minoret, Pillerault, David Séchard, los dos Birotteau, el cura Chaperon, el juez Popinot, Bourgeat, los Sauviat, los Tascheron y otros muchos, no resuelven el difícil problema literario que consiste en hacer interesante un personaje virtuoso.

No era pequeña tarea la de pintar las dos o tres mil figuras sobresalientes de una época, pues tal es, en definitiva, la suma de los tipos que presenta cada generación y que La Comedia Humana comprenderá. Ese número de figuras, de caracteres, esta multitud de existencias, exigían sus marcos correspondientes e incluso —perdonadme esta expresión—, sus galerías. De ahí las divisiones, tan naturales y ya conocidas, de mi obra en Escenas de la vida privada, de provincia, parisiense, política, militar y del campo. En estos seis libros quedan clasificados todos los Estudios de costumbres que forman la historia general de la Sociedad, la colección de todos sus hechos y hazañas,

según hubieran dicho nuestros antepasados. Estos seis libros responden, por otra parte, a ideas generales. Cada uno de ellos tiene su sentido, su significado y representa una época de la vida humana. Repetiré aquí, aunque sucintamente, lo que escribió, después de haberse informado de mi plan, Félix Davin, joven talento arrebatado a las letras por una muerte prematura. Las Escenas de la vida privada representan la infancia, la adolescencia y sus faltas, como las Escenas de la vida de provincias representan la edad de las pasiones, de los cálculos, de los intereses y de la ambición. Después, las Escenas de la vida parisiense ofrecen el cuadro de los gustos, de los vicios y de todas las cosas desenfrenadas que excitan las costumbres particulares en las capitales, donde se encuentran a la vez el extremo bien y el extremo mal. Cada una de estas tres partes tiene su color local: París y la provincia, cuya antítesis social ha suministrado sus inmensos recursos. No solamente los hombres, sino los acontecimientos principales de la vida se formulan por tipos. Hay situaciones que se repiten en todas las existencias, frases típicas, y esa es una de las exactitudes que yo he buscado con más ahínco. He procurado dar una idea de los diferentes contrastes de nuestro hermoso país. Mi obra tiene su geografía como tiene su genealogía y sus familias, sus lugares y sus cosas, sus personas y sus hechos; como tiene su colección de armas, sus nobles y sus burgueses, sus artesanos y sus campesinos, sus políticos y sus dandys, su ejército, ¡en fin, todo su mundo!

Después de haber pintado en estos tres libros la vida social, quedaban por mostrar las existencias de excepción, que resumen los intereses de varios o de todos, que están de alguna manera fuera de la ley común: de ahí las Escenas de la vida política. Tan amplia pintura de la sociedad acabada y completa, ¿no había que mostrarla en su estado más violento, fuera de sí misma, sea para la defensa, sea para la conquista? Por esa razón escribí las Escenas de la vida militar, la parte todavía menos completa de mi obra, pero a la que se dejará su sitio en esta edición, a fin de que lo llene cuando yo la haya terminado. Finalmente, las Escenas de la vida del campo son en cierta manera la tarde de esta larga jornada, si me es permitido llamar así al drama social. En este libro se hallan los más puros caracteres y la aplicación de los grandes principios de orden, de política, de moralidad.

Tal es la base, llena de figuras, llena de comedias y de tragedias, sobre la que se levantan los Estudios filosóficos, segunda parte de la obra, donde el medio social de todos los efectos se ve demostrado, donde los arrebatos de la pasión están pintados, sentimiento contra sentimiento, y cuya primera obra, LA PIEL DE CHAGRIN, une de alguna manera los Estudios de costumbres con los Estudios filosóficos por el anillo de una fantasía casi oriental, donde la Vida misma está pintada por el Deseo, principio de toda Pasión.

Al final, encontraréis los Estudios analíticos, de los que no diré nada, pues no he publicado más que uno solo, la FISIOLOGÍA DEL MATRIMONIO. Dentro de algún tiempo pienso dar otras dos obras de este género. Primero la PATOLOGÍA DE LA VIDA SOCIAL, luego la ANATOMÍA DE LOS CUERPOS DOCENTES y la

MONOGRAFIA DE LA VIRTUD.

Viendo todo lo que queda por hacer, quizá se dirá de mí lo que han dicho mis editores: ¡Que Dios os conceda vida! Yo deseo solamente no ser tan atormentado por los hombres y por las cosas como lo he sido desde que emprendí esta horrible labor. A mí, por lo cual doy gracias a Dios, los mayores talentos de esta época, los más bellos caracteres, sinceros amigos, tan grandes en la vida privada como lo son en la pública, me han estrechado la mano diciéndome: “¡Ánimo!”. ¿Y por qué no he de confesar yo que esas amistades, esos testimonios que me han dado aquí o acullá tantos desconocidos, me han sostenido en la carrera contra mí mismo y contra injustos ataques, contra la calumnia que me ha perseguido tan a menudo, contra el desaliento y contra esa esperanza demasiado viva cuyas palabras son tomadas como inspiradas por un amor propio excesivo? Yo había resuelto oponer una impassibilidad estoica a los ataques y a las injurias; pero en dos ocasiones, viles calumnias han hallado la respuesta necesaria. Si los partidarios del perdón de las injurias lamentan que yo haya demostrado mi saber en forma de esgrima literaria, varios cristianos piensan que vivimos en un tiempo en que es bueno demostrar que el silencio tiene su generosidad.

A este propósito debo hacer notar que no reconozco como obras mías más que aquellas que llevan mi nombre. Fuera de LA COMEDIA HUMANA, no hay que sea mío más que los Cien cuentos picarescos, dos piezas de teatro y artículos aislados que, por otra parte, están firmados. Uso aquí de un derecho indiscutible. Pero esta repudiación que, a pesar de todo, alcanzaría a las obras en las que he colaborado, me ha sido recomendada, menos por el amor propio que por la verdad. Si se insistiera en atribuirme libros que, literalmente hablando, no reconozco como míos, pero cuya propiedad me fue confiada, dejaría hablar, por la misma razón que dejo el campo libre a las calumnias.

La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: La Comedia Humana. ¿Es esto ambicioso? ¿Es simplemente justo? Esto es lo que, terminada la obra, decidirá el público.

París, julio de 1842.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES EN EL SIGLO XIX

1834 - 1837

Introducción por Félix Davin

Hemos intentado ya dar, en la *Introducción a los Estudios filosóficos*, el bosquejo general de la gran obra, cuyos *Estudios de costumbres* constituyen la primera parte; pero en ella el autor definió, en cierta manera, los términos de la proposición que debía resolver en otro lugar; así, nuestra tarea se limita a marcar los lazos que unen a esta primera parte, tan vasta en su conjunto, tan variada en sus accidentes, con las otras dos, de las cuales constituye la base. Toda obra humana se produce de acuerdo con un cierto orden que permite a la vista distinguir los detalles en la masa, y este orden supone divisiones. Si los *Estudios de costumbres* carecieran de esta armonía arquitectónica, sería imposible descubrir el sentido de la obra: todo resultaría confuso a la mirada y, necesariamente, al espíritu. Antes de examinar los *Estudios de costumbres*, hay, pues, que comprender las principales líneas, netamente acusadas además en los títulos de las seis partes de que se compone, que son:

Escenas de la vida privada.

Escenas de la vida de provincia.

Escenas de la vida parisiense.

Escenas de la vida política.

Escenas de la vida militar.

Escenas de la vida de campo.

Cada una de estas partes agota completamente una esfera del mundo social, y sus enunciados reproducen ya las ondulaciones de la vida humana. “En las *Escenas de la vida privada*, hemos dicho en otro lugar, se toma la vida entre los últimos desarrollos de la pubertad que acaba y los primeros cálculos de una virilidad que comienza. En ella aparecen principalmente las emociones, las sensaciones irreflexivas; las faltas cometidas, no tanto por la voluntad como por la inexperiencia de las costumbres y la ignorancia de la marcha del mundo; para las mujeres, la desgracia viene de sus creencias en la sinceridad de los sentimientos o de su apego a unos sueños que las experiencias de la vida se encargarán de disipar. El joven es puro; los infortunios nacen del antagonismo que se produce entre las leyes sociales y los más naturales e imperiosos deseos de nuestros instintos en todo su vigor; la pena tiene por principio el primero y más excusable de nuestros errores. Esta primera visión del destino humano no tenía encuadramiento posible. Entonces el autor se paseó complacidamente por todas partes: primero por lo más remoto de los campos; luego, por las ciudades de provincias; finalmente, por París. Las *Escenas de la vida de provincias* están destinadas a representar aquella fase de la vida humana donde las

pasiones, los cálculos y las ideas ocupan el lugar de las sensaciones, de los movimientos irreflexivos, de las imágenes aceptadas como realidades. A los veinte años los sentimientos se producen de un modo generoso; a los treinta, empieza ya todo a reducirse a cifras y el hombre se vuelve egoísta. Un espíritu de segundo orden se habría contentado con cumplir esta tarea, pero el autor, a quien gusta vencer las dificultades, quiso darle un marco; eligió el más sencillo en apariencia, el más descuidado de todos hasta hoy, pero el más armonioso, el más rico en colorido: la vida provinciana. En ella, en los cuadros cuyo ribete es estrecho, pero cuya tela presenta temas que afectan a los intereses generales de la sociedad, el autor se dedicó a mostrarnos bajo sus mil aspectos la gran transición por la que los hombres pasan de la emoción sin segundos pensamientos a las ideas más cautelosas. La vida se toma seria; los intereses positivos encuadran en todo momento tanto las pasiones violentas como las esperanzas más ingenuas. Comienzan las desilusiones: ora se revelan los roces del mecanismo social, ora el choque diario de los intereses morales o pecuniarios hace brotar el drama, y a veces el crimen, en el seno de la familia aparentemente más tranquila. El autor descubre las inquietudes mezquinas que periódicamente prestan un interés punzante al menor detalle de la existencia. Nos inicia en el secreto de esas pequeñas rivalidades, de esos celos de vecindad, de esas inquietudes cuya fuerza crece cada día, degrada en poco tiempo a los hombres y debilita las voluntades más rudas. La gracia de los sueños alza el vuelo, cada cual observa con exactitud y tasa en la vida el valor de las materialidades, allí donde en las *Escenas de la vida privada* se abandonaba al platonismo. La mujer razona en lugar de sentir, calcula su caída donde se produce. En fin, al madurar la vida se oscurece. En las *Escenas de la vida parisiense* se ensanchan los problemas, la existencia se pinta a grandes rasgos; llega gradualmente a esa edad que raya con la decrepitud. Una capital era el único marco posible para esas pinturas de una época climatérica, en la que las enfermedades no afligen menos al corazón que al cuerpo del hombre. En ella los sentimientos verdaderos son excepcionales y se ven destrozados por el juego de los intereses, aplastados entre las ruedas de un mundo mecánico; se calumnia la virtud, se vende la inocencia, las pasiones dejan paso a caprichos ruinosos, a vicios; todo se sutiliza, se analiza, se vende y se compra; es un bazar donde cualquier cosa tiene precio; los cálculos se hacen a plena luz y sin pudor, la humanidad no tiene más que dos formas: el engañador y el engañado; a esa almoneda se somete la civilización y sólo para él se estruja; se ansia la muerte de los abuelos, el hombre honesto es un bobo, las ideas generosas simples medios, la religión se juzga como una necesidad de gobierno, la probidad se convierte en una posición; todo se explota, todo se vende; el ridículo es un anuncio y un pasaporte; el joven tiene cien años, e insulta a la vejez”.

En las *Escenas de la vida parisiense* acaban las pinturas de la vida individual. Ya en esas tres galerías de cuadros cada cual se ha visto como joven, como hombre y como viejo. La vida ha florecido, el alma se ha abierto —como ha dicho el autor— bajo el poder solar del amor; después han venido los cálculos, de la pasión ha llegado

el amor, la fuerza ha conducido al abuso; en fin, la acumulación de los intereses y la continua satisfacción de los sentidos, el embotamiento del alma y las implacables necesidades de cada día han ocasionado los estragos de la vida parisiense. Todo se ha dicho ya sobre el hombre considerado como hombre. Las *Escenas de la vida política* expresarán pensamientos más amplios. Los personajes de estas *Escenas* representarán los intereses de las masas, se colocarán por encima de las leyes a que estaban sometidos los personajes de las tres series precedentes, cuando no las combatían con más o menos éxito. Ahora ya no será el juego de un interés privado lo que nos pinte el autor, sino el horrible movimiento de la máquina social y los contrastes producidos por los intereses particulares que se barajan con el interés general. Hasta aquí el autor ha presentado los sentimientos y el pensamiento en oposición constante con la sociedad. Pero en las *Escenas de la vida política* mostrará el pensamiento que llega a ser una fuerza organizadora y el sentimiento que queda completamente anulado. Las situaciones ofrecerán, pues, una comicidad y un carácter trágico igualmente grandiosos. Los personajes llevan tras de ellos un pueblo y una monarquía; simbolizan en ellos el pasado, el futuro y sus transiciones; no luchan ya con individuos, sino con afectos personificados, con las resistencias al movimiento, representadas por hombres. Las *Escenas de la vida militar* son la consecuencia de las *Escenas de la vida política*. Las naciones tienen intereses, esos intereses se formulan entre algunos hombres privilegiados, destinados a conducir las masas; y esos hombres que actúan para ellas, las ponen en movimiento. Las *Escenas de la vida militar* están destinadas, pues, a pintar en sus rasgos principales la vida de las masas prestas para combatirse. No serán ya las vistas de interiores tomadas en las ciudades, sino la pintura de un país entero; no serán ya las costumbres de un individuo, sino las de un ejército; no será ya una vivienda, sino un campo de batalla; no la lucha estrecha de un hombre con un hombre, de un hombre con una mujer o de dos mujeres entre sí, sino el choque de Francia y de Europa, o el trono de los Borbones que quieren restaurar, en la Vendée, algunos hombres generosos, o la “emigración” de Bretaña, en disputa con la República, dos ideologías que se lo permiten todo, como en otro tiempo católicos y protestantes. En fin, será la nación, ora triunfante ora vencida. A los agitados cuadros de esta serie seguirán las pinturas, llenas de calma, de la *Vida del campo*. Se hallará de nuevo, en las escenas que la compondrán, a los hombres magullados por el mundo, por las revoluciones, medio destrozados por las fatigas de la guerra, sin gusto por la política. Es, a la sazón, el reposo después del movimiento, los paisajes después de los interiores, las dulces y uniformes ocupaciones de la vida de los campos tras el ajetreo de París, las cicatrices tras las heridas; pero también los mismos intereses, la misma lucha, aunque debilitados por la falta de contacto, del mismo modo que las pasiones se dulcifican en la soledad. Esta última parte de la obra será como la tarde de una jornada bien llena, la tarde de un día caluroso, la tarde con sus tintes solemnes, sus reflejos marrones, sus nubes de colores, sus relámpagos de calor y sus truenos ahogados. Las ideas religiosas, la verdadera filantropía, la virtud

sin énfasis y la resignación se muestran en toda su potencia, acompañadas de su poesía, como una oración antes de acostarse la familia. En todo lugar los cabellos blancos de la vejez experimentada se confunden con los rubios mechones de la infancia. Los amplios contrastes de esta magnífica parte con las precedentes no serán comprendidos hasta que estén terminados los *Estudios de costumbres*.

Para quien quiera abrazar con todas sus consecuencias el tema de cada serie, del que acabamos de señalar las características principales; para quien sepa adivinar las variaciones, comprender la importancia, ver las mil figuras, sin siquiera considerar el lazo que las haga converger a todas hacia un centro luminoso, ¿no es cierto que no existe razón alguna para negar el monumento ni dudar del arquitecto? Sin embargo, no faltan las dudas. Efectivamente, hemos oído que, envidiosos que los prepararían si pudieran hacerlo, predecían el desaliento del autor y le pronosticaban reveses y fracasos. Leemos cada día los asertos más erróneos sobre el hombre y sus esfuerzos. Uno de nuestros críticos más excitantes acusa al señor de Balzac de soñar con series fantásticas de volúmenes que no escribirá jamás, mientras que otro le pregunta seriamente dónde los van a colocar si continúa su sistema de publicación. En fin, nos han reprochado burlescamente que prestáramos nuestra pluma a un escritor que, por falta de tiempo, no puede explicarse por sí mismo ni refutar las críticas. Nuestro proyecto es demasiado honorable para que lo abandonemos. No es culpa nuestra si las costumbres literarias de esta época son tales como para que exista valor para abogar por una causa ganada, sin tener otro interés que decir la verdad. De las seis divisiones de la primera parte de la obra, que con perfecto derecho puede llamarse gigantesca, tres están ya acabadas. En cuanto a las otras tres, podemos, sin dañar ningún interés, indicar cuán adelantadas están. Las *Conversaciones entre las once y la medianoche*, de las que ha aparecido un fragmento en los *Cuentos oscuros* y que abren las *Escenas de la vida política*, están acabadas. *Los Chuanes*, cuya segunda edición está casi agotada, pertenecen, del mismo modo que *Los Vendeanos*, a las *Escenas de la vida militar*. El título de estos dos fragmentos ya indica por sí solo que antes de mostrar a nuestros ejércitos en combate, durante el siglo XIX, en casi todas las latitudes, el autor ha pintado la guerra civil bajo dos aspectos: la guerra civil regular, honorable, en *Los Vendeanos*; y la guerra de guerrillas, que no se da sin crímenes políticos ni sin pillaje, en *Los Chuanes*. *La Batalla*, anunciada ya varias veces y cuya publicación se ha retrasado por escrúpulos de modestia, libro conocido por algunos amigos, forma uno de los mayores cuadros de esta serie donde abundan tantas figuras heroicas, tantos incidentes dramáticos consagrados por la historia, y que el novelista no hubiera podido inventar de una manera tan bella como lo son en la realidad. Las simpatías del público han tributado ya justicia, a pesar de los periódicos, al *Médico rural*, la primera de las *Escenas de la vida del campo*. *El lirio en el valle*, cuadro en que se hallan, en un grado tal vez superior, las cualidades del *Médico rural*, y que igualmente pertenece a esta serie, va a publicarse en una de nuestras revistas. Esta ojeada a los trabajos del autor deja ver al público los *Estudios de costumbres*, tan

ricos en cuadros guardados en el estudio del pintor como en cuadros expuestos. Si parece inmensa la extensión de la obra, el autor opone un poder, una energía iguales a la longitud y a la dificultad de su empresa. Sin embargo, el señor de Balzac no abusa de sus fuerzas; si tiene sus momentos de ánimo, tiene sus momentos de duda. Sólo alguien que no le conociera podría acusarle de inmodestia y de exageración en la confianza que todo hombre debe tener en sí mismo cuando quiere escribir. El autor que ha condenado al olvido todos sus libros escritos antes de *El último Chuan* y que, desesperado por la imperfección de esta obra, ha empleado más de un año en rehacerla bajo el título de *Los Chuanes*, nos parece que está al abrigo del ridículo. También nos ha parecido demasiado estéril que la crítica venga a reprochar al escritor sus primeros bocetos. ¿No habría algo de ridículo si opusiéramos a las creaciones actuales de Léopold Robert, de Schnetz, de Gudin y de Delacroix, los ojos y las orejas que dibujaron en la escuela sobre su primera vitela? Según este sistema, un gran escritor tendría que narrar los temas y las versiones que no conoció en el colegio, y la crítica iría a ver, hasta por encima de su hombro, los palotes que en otro tiempo trazó bajo las miradas de su primer maestro. La injusticia de la crítica ha dado esos miserables detalles, tan necesarios, que el señor de Balzac no responde más que con progresos a las insinuaciones pérfidas, a las burlas, a las calumnias dulzonas de que es objeto, como lo será todo hombre que consiga elevarse por encima de la masa. Si apenas tiene tiempo para crear, ¿cómo lo tendría para discutir? La crítica, afanada en reprocharle jactancias en las que un espíritu menos parcial habría reconocido bromas gastadas entre las cuatro paredes de la vida privada, temía que la incesante atención con que el señor Balzac corrige sus obras alterase su vigor. ¿Cómo se puede conciliar el reproche al amor propio del hombre, con la buena fe de un autor tan celoso de perfecciones? Los *Estudios de costumbres* habrían sido una especie de *Mil y una noches*, de *Mil y un días*, de *Mil y un cuartos de hora*, en fin, una duradera colección de cuentos, de noticias, de relatos como algunos ya existentes, sin la idea que une todas sus partes unas a otras, sin la vasta trilogía que formarían las tres partes de la obra completa. Debemos la unidad de esta obra a una reflexión que el señor de Balzac hizo prontamente sobre el conjunto de las obras de Walter Scott. Nos la expresaba a nosotros mismos, dándonos consejos sobre el sentido general que un escritor habría tenido que expresar en sus trabajos.

“No basta con ser un hombre, hay que ser un sistema —decía—. Voltaire fue un pensamiento, del mismo modo que lo fue Mario, y triunfó. Aunque grande, el bardo escocés no hizo sino exponer un cierto número de piedras hábilmente esculpidas, donde se ven admirables figuras, donde revive el genio de cada época, y donde casi todo es sublime; pero, ¿dónde está el monumento? Si se encuentran en él los seductores efectos de un maravilloso análisis, falta una síntesis. Su obra se parece al Museo de la calle de Petits-Augustins, donde cada pieza, magnífica por sí sola, no pertenece a nada, no concuerda con ningún edificio. El genio sólo está completo cuando añade a la facultad de crear la potencia de coordinar sus creaciones. No basta

con observar y pintar, falta pintar y observar hacia un fin cualquiera. El historiador del norte tenía una visión demasiado aguda para que no le acometiese este pensamiento, pero, ciertamente, le llegó demasiado tarde. Si queréis implantaros como un cedro o como una palmera en nuestra literatura de arenas movedizas, procurad ser, en otro orden de ideas, un Walter Scott más un arquitecto. Pero, enteraros bien, vivir hoy en literatura constituye menos una cuestión de talento que una cuestión de tiempo. Antes de estar en comunicación con la parte sana del público capaz de juzgar vuestra animosa empresa, habréis de beber el cáliz de las angustias durante diez años, soportar burlas y sufrir injusticias, pues la urna donde votan las gentes ilustres, y de donde debe salir vuestro nombre glorificado, recibirá las bolas una a una”.

El señor de Balzac ha partido de esta observación, que a menudo ha repetido a sus amigos, para realizar lentamente, pieza por pieza, sus *Estudios de costumbres*, que son nada menos que una exacta representación de la sociedad con todos sus defectos. Su unidad debía ser el mundo, el hombre no sería más que el detalle; pues se propuso pintarlo en todas las situaciones de su vida, describirlo desde todos los ángulos, impresionarlo en todas sus fases, consecuente e inconsecuente, ni completamente bueno ni completamente vicioso; en lucha contra las leyes por sus intereses, en lucha contra las costumbres por sus sentimientos, unas veces lógico y otras veces no; mostrar la sociedad incesantemente disuelta, incesantemente recompuesta, amenazadora, porque ella misma es amenazada; en fin, llegar al dibujo de su conjunto reconstruyendo uno a uno, forma sus elementos. Obra flexible y llena de análisis, larga y paciente, que durante mucho tiempo debía permanecer incompleta. Las costumbres de nuestra época ya no permiten a un autor que siga la línea recta, que vaya de aquí allá, que sea un desconocido durante diez años sin recompensa ni salario, y que llegue al fin hasta el centro del circo olímpico, ante el siglo, con su poema completo en la mano, su historia acabada, para recoger en un solo día el precio de veinte años de trabajos ignorados, sin que nada le pueda compensar ya de las burlas que acompañan a la vida política o literaria más laboriosa como si fuera un crimen. Tendría que escuchar más de un reproche de inmoralidad cuando, después de haber narrado una *escena de la vida del campo*, pasara bruscamente a una *escena de la vida parisiense*; soportar las observaciones de una crítica de miras cortas al verse acusado de ilógico, de no tener plan ni estilo definidos, porque estaba en la obligación de captar todos los sentidos antes de trazar sus primeros contornos, de emplear todos los recursos del estilo para pintar una sociedad tan múltiple en sus detalles, de suavizar sus fábulas para acomodarlas a los caprichos de una civilización preñada de hipocresía. El hombre era el detalle porque era el medio. En el siglo XIX, donde nada diferencia ya las posiciones, donde el par de Francia y el negociante, el artista y el burgués, el estudiante y el militar tienen un aspecto aparentemente uniforme, donde ya no hay nada destacado, donde las causas de lo cómico y de lo trágico están completamente perdidas, donde las individualidades desaparecen, donde

los tipos se borran, el hombre no era, en efecto, más que una máquina movida por el juego de los sentimientos en la juventud, por el interés y la pasión en la madurez. Bastaría con una investigación superficial para hallar en el estudio del procurador judicial, en el despacho del notario, en el fondo de la provincia, bajo el tinglado de los camarines parisienses, ese drama que todo el mundo pregunta y que, como una serpiente cuando se acerca el invierno, va a ocultarse en las sinuosidades más oscuras. Pero, como ya hemos dicho antes:

“Ese drama con sus pasiones y sus tipos, ha ido a buscarlo a la familia, alrededor del hogar; y, rebuscando bajo esas coberturas, en apariencia tan uniformes y tan calmas, ha desenterrado de pronto aspectos, caracteres de tal manera múltiples y al mismo tiempo naturales, que todos se asombran de que cosas tan familiares y verdaderas hubiesen permanecido tanto tiempo en el anonimato. Y es que nunca novelista alguno, antes que él, había entrado tan íntimamente en este examen de detalles y pequeños hechos que, interpretados y elegidos con sagacidad, agrupados con el arte y la paciencia admirables de los viejos fabricantes de mosaicos, componen un conjunto lleno de unidad, de originalidad y de frescor”. Ayer todo era convexo; hoy todo es cóncavo. El arte ha cambiado. En el país donde la hipocresía de las costumbres ha llegado a su grado más alto, Walter Scott adivinó esta modificación social cuando se aprestaba a pintar las figuras, tan vigorosamente modeladas, del tiempo antiguo. El señor de Balzac ha elegido una tarea más difícil, pero no menos poética, al pintar lo nuevo. La gran ventaja del novelista histórico consiste en disponer de personajes, trajes e interiores que seducen por la originalidad que les imprimían las costumbres de otro tiempo, cuando el campesino, el burgués, el artesano, el soldado, el magistrado, el eclesiástico, el noble y el príncipe tenían existencias definidas y relevantes. Pero ¡cuántas penas esperaban al historiador de hoy si quería hacer resaltar las imperceptibles diferencias de nuestras habitaciones y nuestros interiores, a los que la moda, la igualdad de las fortunas y el tono de la época tienden a dar la misma fisonomía; si quería plasmar la medida en que son más o menos originales las figuras y las acciones de esos hombres que la sociedad funde en el mismo molde! Pero permítasenos esta reiteración: “A través de las fisonomías pálidas y desvaídas de la nobleza, de la burguesía y del pueblo de nuestra época, el señor de Balzac ha sabido elegir esos rasgos fugitivos, esos matices delicados, esas naderías imperceptibles a los ojos vulgares; ha horadado esos hábitos, hecho la anatomía de esos gestos, escrutado esas miradas o esas inflexiones de voz y de rostro que no decían nada, o le decían lo mismo a todos; y su galería de cuadros se ha desarrollado con fecundidad inagotable, cada vez más completa”. El señor de Balzac, en efecto, no olvida jamás, en la más sucinta o en la más extensa de sus pinturas, la fisonomía de un personaje ni los pliegues de sus vestidos, o su casa y hasta los muebles han recibido el sello especial de su héroe. Puede decirse de él que, al aplicarlas, ha dado vida a las máximas de La Rochefoucault o a las observaciones de Lavater. Ha comprendido que podía sacar tanto partido del baratillo y de los andrajos,

del lenguaje de un portero, del gesto de un artesano o de la forma en que un industrial se apoya a la puerta de su almacén, como de los momentos más solemnes de la vida y de las más imperceptibles figuras del corazón. No podemos comprender cómo ha podido conocer la pobre morada de aquella madre donde se introduce el comandante *Genestas*, en qué lugares ha encontrado a *Butifer*, al pastor rebelde contra las leyes del campo, o a *Vautrin*, el hombre que se burla de la civilización entera, la modela en el corazón mismo de París y la domina desde el fondo del presidio; ni cuándo ha estudiado la aldea y el castillo, la pequeña y la gran ciudad, el pueblo, la burguesía y los grandes personajes, al hombre y a la mujer. Porque, ¿acaso no ha tenido que aprenderlo todo y verlo todo, sin olvidar nada; conocer todas las dificultades para hacer el bien y todas las facilidades para hacer el mal? ¿Cuándo ha habitado él en la pequeña ciudad o ha vivido la lucha que describe en su *Fragmento de historia general*? ¿Cómo ha podido ser pasante de abogado para pintar tan fielmente el estudio de *Derville*, o notario para dibujar los notarios, tan originales, que pone en escena; el que se escucha a sí mismo en *la Vendetta*, el que, en *el Dedo de Dios*, creyendo ser oído, turba la dicha de dos amantes; el señor Regnault de *la Gran Bretèche*, primo hermano del pequeño notario de Sterne, o el maître *Pierquin*, de Douai, en *La búsqueda de lo absoluto*? ¿Cómo ha podido hacerse perfumista con el César *Birotteau* de los *Estudios Filosóficos*, vicario de Saint-Gatien de Tour con el *Birotteau* de los *Estudios de costumbres*, la víctima sublime de *Troubert*? ¿Cómo ha podido ser vecino de Saumur y de Douai, chuán en Fougères y vieja en Issoudun? Ningún autor, en efecto, ha sabido hacer mejor el papel de burgués entre los burgueses y de obrero entre los obreros; ninguno ha leído mejor el pensamiento de Rastignac, arquetipo del joven sin dinero; nadie ha sabido sondear mejor el corazón de la duquesa enamorada y altiva, como en *No toquéis el hacha*, o el de la burguesa que halla la felicidad en el matrimonio, *Madame Jules*, la heroína de *Ferragus*, jefe de los devorantes. No solamente ha penetrado en los misterios de la vida humilde y dulce, tal como transcurre en provincias, sino que ha puesto en esa pintura monótona interés bastante para hacernos aceptar todas sus figuras. En fin, posee el secreto de todas las industrias, es hombre de ciencia con el sabio, avaro con Grandet, corredor de Banca con Gobseck, parece que ha vivido siempre con los viejos emigrados vueltos a la patria, con el militar sin pensión o con el negociante de la calle de Saint-Denis. Pero sería una idea falsa la de creer que un hombre tan joven tuviese tanta experiencia. No hubiera dispuesto del tiempo necesario para adquirirla. Si ha podido encontrar al señor de *Maulincourt*, el oficial *fashionable* de la Restauración, junto al señor de *Montriveau*, el militar del Imperio, ¿quién le ha revelado a *Chabert*, *Hulot*, *Gondrin*, *La Clef-des-Coeúrs* y *Beaupied*, dos soldados de Charlet, ni a *Merle Genestas*, al señor de *Verdún*, al señor de *Aiglemont*, a *Diard*, a *Montefiore*, a *Goguelat*, el narrador de la vida de Napoleón; a *Castanier*, el de *Melmoth reconciliado*, a *Felipe de Sucey*, el de *Adiós*, a todas esas figuras guerreras tan diversamente originales y que prometen tanta exactitud en la pintura de la vida

militar? No, el señor de Balzac tiene que proceder por intuición, el atributo más raro del espíritu humano. No obstante, ¿no es necesario haber sufrido tanto para pintar tan bien el sufrimiento!, ¿no es necesario haber apreciado durante tanto tiempo las fuerzas de la sociedad y las fuerzas del pensamiento individual para pintar tan bien el combate! Lo que hay que agradecerle es que dé esplendor a la virtud, que atenúe los colores del vicio, que se haga comprender por el hombre político y por el filósofo al mismo tiempo que se pone al alcance de las inteligencias más mediocres, y que interese a todo el mundo sin apartarse de la verdad. Pero, ¿qué tarea la de representar a la verdad en casa de *La Fosseuse*, o en casa de la *señora de Langeais*; en la *casa Vauquer*, y en la casa de *Sofía Gamard*; en la calle del Tourniquet, en casa de la pobre obrera de encajes, y en la calle Taitbout, en casa de la señorita de *Bellefeuille*; verdad en la calle Saint-Denis, en *el Gato que juega a la pelota*, y en la casa de la *duquesa de Carigliano*; verdad en la casa de *Derville*, abogado del conde *Chabert*, y en la casa del tendero; verdad al pintar el matrimonio de una hija del arroyo, o en la choza de *Galope-chopine*, donde crece en un momento *Barbette*, su mujer, la sublime Bretona; verdad en la plaza del Carrusel al describir el último desfile del Emperador; verdad en la casa de los *Claës* y en la casa de la *viuda Gruget*; verdad, en fin, en el hotel de Beauséant y en el pabellón donde llora *la Mujer abandonada*. Pero verdad lo mismo en el interior que en la fisonomía, en el discurso como en el vestido. A la pequeña maestra más exigente, a la duquesa más burlona, a la burguesa más minuciosa, a la griseta, a la mujer provinciana, no les falta el menor detalle en sus tocados. La *señora de Langeais* lleva aquel gracioso chal que arrojará al fuego; *lady Braudon* su cintura gris y todo el luto que expresa su vestido; la *señora Guillaume* sus mangas y sus barbas; *Ida Gruget* su mantón Ternaux, que no le cubre más que hasta los puños, y su madre aquel bolso enciclopédico tan risible; la *señora Vauquer* sus enaguas de punto de lana que sobresalen por debajo del vestido; la *señorita Michonneau* su pantalla y su chal de yesca; *Sofía Gamard* sus ropas de colores devotos; la *señora de Aiglemont*, la deliciosa heroína de *la Cita*, su hermoso vestido de mañana. Repasad esta obra caleidoscópica y no hallaréis dos vestidos parecidos ni dos cabezas semejantes. ¿Qué estudios han sido necesarios para poder exponer en pocas palabras uno de los más arduos problemas de la química moderna en la *Búsqueda de lo absoluto*, la nosografía del *Tío Goriot* en el momento de expirar, las dificultades del proceso *Chabert* en la *Condesa de los dos maridos*, y la civilización progresiva de un pueblo en *el Médico rural*? Ha tenido que aprender todas las cosas del mundo, de las artes y de las ciencias, para realizar la enorme tarea de configurar la sociedad con todos sus principios constructivos y disolventes, sus riquezas y sus miserias, sus morales distintas y sus infamias. Pero no bastaba con conocerlo todo, había que darle forma; no bastaba con pensar, había que producir sin tregua; no bastaba con producir, había que agrandar constantemente. Para obligar a nuestra época a aceptar su propia imagen en tan amplio espejo, tenía que darle esperanzas. El escritor debía mostrarse consolador con un mundo cruel, no mezclar la vergüenza con nuestras risas y arrojar

un bálsamo en nuestro corazón después de haber provocado nuestras lágrimas. Nunca debía dejar salir al espectador del teatro sin un pensamiento feliz, hacer creer que un hombre era bueno después de habérselo pintado malo, y grande cuando era pequeño; colocar a *Juana de Mancini* junto a *Diard*, dibujar el rostro de la *señorita de Verneuil* en *los Chuanes*, y el de la *señorita Michonneau* en el *Tío Goriot*, dos personajes idénticos, uno de los cuales era todo poesía y el otro todo realidad; uno magnífico y solo posible, el otro verdadero, pero horrible; y tenía que poner a *Hulot* frente a *Corentin*; al *coronel Chabert* ante su mujer, a *Margarita Claës* en presencia de su padre, a *Nanon* cerca del viejo *Grandet*, a la divina *Enriqueta de Lenoncourt* junto al *señor de Mortsauf* en su hermoso castillo de *Clochegourde*, en *El Lirio en el valle*; pintar en *La Flor de guisante*, a la *señorita Cormon* en disputa con el *señor de Sponde*; a *Eugenia* víctima de *Carlos Grandet*, y a *Benassis* en su pueblo. Finalmente, tenía que descubrir en la unidad de la virtud algunos recursos literarios; y ¿no constituye para los espíritus superiores mediano mérito el de haberlos hallado en las desviaciones involuntarias que provoca el sentimiento? En efecto, si la *duquesa de Langeais*, la *señora de Beauséant*, la *señora de Sponde*, *Eugenia Grandet*, la *señora de Mortsauf*, la *Fosseuse*, la *señora Firmiani*, *Nanon*, *Benassis*, *Chabert*, *Gondrin*, *César* y *Francisco Birotteau*, la *señora Claës* y *Juana de Mancini*, son tan diferentes como puedan serlo distintas creaciones, todos están marcados por el mismo sello, el del sentimiento que perturba temporalmente la virtud. Era preciso conocer tan bien a la mujer como al hombre, hacer ver que la una solo comete faltas arrastrada por la pasión, mientras que el otro peca siempre por cálculo y sólo se engrandece al imitar a la mujer. Pero ¿de qué manera el señor de Balzac ha sabido conocer a la mujer! Ha sondeado todos los castos y divinos misterios de esos corazones, a menudo tan incomprensibles. ¡Qué tesoros de amor, de abnegación, de melancolía ha puesto en esas existencias solitarias y desdeñadas! Al aparecer las *Escenas de la vida privada* fue grande nuestra sorpresa cuando vimos esos primeros estudios de mujer tan profundos, tan delicados, tan exquisitos, tales, en fin, que parecían al punto lo que eran, un descubrimiento, y que dieron nacimiento a la reputación del autor. No obstante, ya había publicado *los Chuanes*, con uno de cuyos personajes, *María de Verneuil*, había probado el nuevo punto de vista desde el cual sabía enfocar a la mujer; pero la hora de la justicia no había llegado aún para él, y aunque lentos en ver la luz, los éxitos legítimos son inevitables.

Para completar su revelación de la mujer, el señor de Balzac inició un estudio paralelo, no menos penetrante: el del amor. Había hallado la base y su consecución se obtenía de un modo natural. Penetró íntimamente en los misterios del amor, en todo lo que tienen de recogida voluptuosidad, de espiritual delicadeza. Se le abrió entonces un mundo nuevo. Empleando esos preciosos elementos, y sin que la admirable psicología de la mujer y del amor aminorase nunca en sus relatos el desarrollo de la acción, halló el arte de hacer atractiva la pintura más minuciosa del más humilde detalle, de la exposición científica más árida, y de poner límites a las impalpables

alucinaciones del misticismo. En él, el drama, como la resplandeciente luz del sol, lo domina todo; ilumina, calienta, anima los seres, los objetos, los rincones todos del paisaje; sus ardientes rayos atraviesan los más espesos follajes y todo lo hacen brotar, estremecer y centellear. ¡Y qué suave armonía hay en los fondos de esos cuadros! ¡Cómo se acomodan sus tintes al claro-oscuro de los interiores, a los tonos de carne, y al carácter de las fisonomías! Ni siquiera sus más grandes contrastes han estropeado nada, porque enlazan con el conjunto en virtud de esa luminosa lógica que en los espectáculos de la naturaleza casa tan dulcemente el azul del cielo con el verde de los follajes y el ocre de los campos con las líneas grises o blancas del horizonte. También se han agrupado bajo su pluma, cuya fertilidad confunde porque no excluye la exactitud, ni la observación, ni los trabajos de un estilo lleno de gracias, todos los géneros literarios y todas las formas. El alma se asombra ante la reunión de tantas cualidades, pues el señor de Balzac sobresale en todo, lo mismo al pintar las casas y los interiores, que al describir las figuras y los trajes, los repliegues del corazón y las aberraciones del espíritu, la ciencia y el misticismo, al hombre en sus relaciones con las cosas y con la naturaleza. Es igualmente un gran paisajista. Su valle del Delfinado en el *Médico Rural*, las hermosas vistas de Bretaña que adornan *los Chuanes*, sus paisajes de la Turena, especialmente el de Vouvray en *la Misma historia*; el gran diseño de Noruega en *Serafita*, el de una isla del Mediterráneo en *No toquéis el hacha*, la bella marina de *los Dos Encuentros*, su rincón de la Auvernia en *La piel de chagrin*, y la vista de París en *el Dedo de Dios*, son trozos eminentes en nuestra moderna literatura. Posee igualmente en su más alto grado el estilo epistolar. ¿En qué autor encontraremos cartas comparables a las de *Luis Lambert*, *La Mujer abandonada*, o *madame Jules*; a las de la *señora de Rastignac* y su hija en el *Tío Goriot*; a las de la *señora Firmiani*? Tampoco había recibido hasta ahora palabra alguna una extensión tan amplia como la de *novela* o la de *novela corta* en sus numerosas composiciones. Pero ¡no nos equivoquemos! A través de todos los cimientos que se cruzan aquí y allá en un desorden aparente, los ojos inteligentes sabrán, como nosotros, adivinar esa gran historia del hombre y de la sociedad que nos prepara el señor de Balzac. Posteriormente se ha dado un gran paso. Al ver reaparecer en el *Tío Goriot* a algunos de los personajes ya creados, el público adivinó una de las intenciones más atrevidas del autor, la de dar vida y movimiento a todo un mundo ficticio cuyos personajes subsistirán aun cuando la mayor parte de los modelos estén ya muertos y olvidados.

En las tres series que componen la publicación actual, ¿no ha cumplido ya las condiciones del vasto programa que acabamos de explicar? Estudiemos un poco las partes del edificio que están ya en pie; penetremos por esas galerías esbozadas, bajo esas bóvedas semicubiertas que más tarde emitirán sonidos graves; examinemos esas cinceladas que un paciente buril ha impregnado de juventud, esas figuras llenas de vida que dejan adivinar tantas cosas bajo sus rostros, frágiles en apariencia.

En *el Baile de Sceaux*, vemos asomar el primer fallo, el primer error, el primer

dolor secreto de la edad que sucede a la adolescencia. París, la corte y las complacencias de toda una familia han corrompido a la *señorita de Fontaine*; esta joven comienza a razonar en la vida, comprime los latidos instintivos de su corazón cuando cree no hallar en el hombre que amaba las ventajas del matrimonio aristocrático que soñó. Esta lucha del corazón con el orgullo, que tan frecuentemente se reproduce en nuestros días, ha facilitado al señor de Balzac una de las pinturas más verdaderas. Esta escena ofrece una fisonomía francamente acusada y que expresa una de las individualidades más características de la época. El *señor de Fontaine*, el vendeano severo y leal a quien Luis XVIII se divierte en seducir, representa admirablemente aquella parte del partido realista que se resignaba, al estilo de su época, a instalarse en el presupuesto. Esta causa enseña toda la Restauración, de la que el autor da un croquis lleno, a la vez, de sencillez, de sentido y de malicia. Tras un infortunio que tiene la vanidad por principio, en *Gloria y desgracia* vemos la unión desafortunada entre un caprichoso artista y una joven de corazón simple. En estas dos escenas la enseñanza es igualmente moral y severa. La *señorita Emilia de Fontaine* y la *señorita Guillaume* son ambas desgraciadas por haber rechazado la experiencia paterna, la una al rehusar un matrimonio que sus prejuicios aristocráticos le hacían creer desigual; la otra al ignorar las exigencias de los espíritus superiores. De la misma manera que el orgullo, la poesía tiene también sus víctimas. ¿No encierran algo de conmovedor y de triste a la vez, esos amores de dos naturalezas tan diversas: el pintor que vuelve de Roma penetrado por las angélicas creaciones de Rafael y que cree ver sonreír a una Madona en el fondo de una tienda de la calle Saint-Denis; y la joven humilde, cándida, que se somete, trémula y fuera de sí, a la poesía que comprende quizá por instinto, pero que pronto debe deslumbrarla y consumirla? El enfriamiento sucesivo del alma del artista, su asombro, su despechó al reconocer que se ha equivocado, su desprecio ingrato y, no obstante, excusable, hacia el ser sencillo y poco inteligente que ha unido a su destino y le entorpece cruelmente la existencia; sus explosiones de cólera cuando la ingenua joven esposa, al contemplar una magnífica creación de su marido, no halla por respuesta a su orgullosa pregunta más que estas palabras burguesas: “Es muy bonito”; los sufrimientos mudos y ocultos de la dulce víctima, todo es sorprendente y verdadero. Cada día presenciemos este drama en la sociedad, tan torpemente organizada, donde la educación de las mujeres es tan pueril, donde el sentimiento del arte es una cosa excepcional. En *la Vendetta*, el autor prosigue su amplia enseñanza, y continúa el hermoso fresco de las *Escenas de la vida privada*. Nada hay más gracioso que la pintura del estudio del *señor Servin*; pero tampoco más terrible que la lucha entre *Ginevra* y su padre. Este trabajo es uno de los mejores y de los más punzantes. ¡Qué riqueza la de ese contraste de dos voluntades igualmente poderosas, empeñadas en hacer completa su desgracia! El padre es culpable ante Dios de esa desgracia. ¿No la ha causado él por la funesta educación que dio a su hija, cuya fuerza desarrolló demasiado? La hija es culpable de desobediencia, aunque la ley esté a su favor. El

autor ha mostrado aquí que un hijo se equivoca al casarse contra la voluntad paterna, aunque cumpla los requisitos prescritos por el Código. Se muestra de acuerdo con las costumbres contra un artículo de ley raramente aplicado. Realmente, cuando repasamos las primeras composiciones del señor de Balzac nos asombramos de que se le pueda tachar de inmoralidad. Hay figuras viciosas en sus pinceles, es cierto; pero ¿no se ha dicho que el Vicio ya no existe en el siglo XIX? ¿Puede la crítica, so pena de caer en la estupidez, olvidar la primera ley de la literatura, ignorar la necesidad de los contrastes? Si el autor se ha visto obligado a pintar el vicio y lo pinta poéticamente para que sea aceptado, si lo inserta en el gran conjunto de sus cuadros, ¿debemos sacar de ello las consecuencias injustas que ciertos escritos repiten hoy al unísono? ¿Es leal aislar algunas partes del conjunto para lanzar inmediatamente sobre el autor de esos juicios parciales a los que no recurrirán jamás las gentes de buena fe? Porque cuando un escritor quiere pintar toda una época, cuando se titula historiador de las costumbres del siglo XIX, cuando el público le confirma el título que ha tomado, no puede, aunque lo pretendan los gazmoños, hacer una selección entre lo bello y lo feo, lo moral y lo vicioso; separar la cizaña del buen grano, a las mujeres enamoradas y tiernas de las mujeres virtuosas y rígidas. Debe, so pena de inexactitud y mentira, decir todo lo que hay, enseñar todo lo que ve. Para pesarlo en vuestra balanza esperad a que su obra esté terminada y entonces, aunque sea menester, no atribuyáis el honor, en exceso o en defecto, más que a sus modelos, a menos que sus retratos no resulten parecidos, cosa que nadie, me imagino, ha pretendido hasta hoy. Si todo en ella es cierto, no es precisamente la obra lo que puede resultar inmoral. En cuanto al derecho que se arroga el pintor de amonestar a su siglo, de acusarle por sus vicios y de sondear su corazón, está inscrito en todos los pulpitos adonde suben los predicadores. *La Flor de guisante*, que el autor debe publicar enseguida, es también una historia verdadera. Le sirve de marco la provincia. La *señorita Cormon*, esa soltera que se casa a los cuarenta años con un fatuo, sus desgracias, el futuro de sus hijos, componen un drama terrible, tanto por lo que dice el autor como por lo que calla. Será el segundo canto de un poema iniciado con *Eugenia Grandet* y que el autor terminará, sin duda. Pero debemos abandonar esta flor olorosa y fina y el exquisito frescor de su aspecto aterciopelado. *La Paz del Hogar* es un hermoso croquis, una vista del Imperio, un consejo que se da a las mujeres para que sean indulgentes con los errores de sus maridos. Esta escena es la más débil de todas y refleja la pequeñez del marco primitivamente adoptado. Si el autor la ha mantenido es porque quizá ha creído necesario complacer a todos los gustos, a los que prefieren cuadros de caballete y a los que se apasionan por las grandes telas. Una de las creaciones estudiadas más a fondo por el señor de Balzac, una de las que, con *Luis Lambert*, *El Médico rural* y *Serafita*, han requerido del autor el máximo de investigaciones fuera de los trabajos ordinarios del novelista, es *Baltasar Claës o la Búsqueda de lo absoluto*. Si esta obra no ha recibido del público una acogida tan apasionada como otras que le son inferiores por varios conceptos, la razón de este

desdén momentáneo se debe, quizás, a la superioridad misma de la obra y a la perfidia de algunos críticos. Han creído unos, han repetido otros, que los trabajos de *Baltasar Claës* tenían por finalidad la búsqueda de la piedra filosofal; y en todas partes se ha repetido lo mismo en distintos términos. Si los críticos hubieran leído con atención el libro, que por otra parte lo merece, hubieran visto que el sublime flamenco es tan superior a los antiguos o nuevos alquimistas como los naturalistas de nuestra época a los medievales. Si dijéramos a un novelista, a un poeta (y el poeta, para ser completo, debe ser el centro inteligente de todas las cosas, debe contener en sí mismo la luminosa síntesis de todos los conocimientos humanos), si dijéramos a un hombre de imaginación, en el momento en que aborda un tema que toca el punto más elevado de las ciencias físicas: “¡Atención! ¡el poema que soñáis estará incompleto si no penetráis en los misterios más íntimos de la física y de la química!”, ¿creéis que tendría el valor de sustituir sus vaporosas creaciones por los cálculos arduos y las nomenclaturas infinitas de la ciencia, hasta que el genio de la química y de la física se le revelase desnudo y resplandeciente? Si lo hiciera, sería sin duda un hombre aparte, un verdadero poeta. Esta conquista difícil la intentó el señor de Balzac y triunfó, pues está dotado de una de esas voluntades enérgicas y obstinadas que son la primera condición del éxito. Preguntó a la química lo que había hecho, hasta dónde había llegado; aprendió su lengua; luego, elevándose con uno de esos aletazos de poeta que dejan entrever las alturas inmensas donde palpita penosamente la ciencia experimental, se armó con una de las deslumbrantes hipótesis que, quizás un día, serán verdades demostradas. El análisis es a los sabios lo que la intuición a los poetas. Se ha tachado algunas veces de exageración al señor de Balzac; se ha dicho que, partiendo siempre de un principio verdadero, extremaba a veces su desarrollo; pero no olvidemos que es propio del arte reunir las partes dispersas de la naturaleza, los detalles de la verdad, para hacer un todo homogéneo, un conjunto completo. Los críticos han hallado demasiado ideales las cuatro figuras de esta novela: las altas cualidades del genio están excesivamente prodigadas en *Baltasar*, y la abnegación de su hija mayor les ha parecido demasiado magnífica, demasiado continua. ¿Existen almas tan fieles, tan cándidas como la del amante de *Margarita*, jorobadas tan seductoras, tan imperiales como la *señora Claës*? Este exceso de perfección no sería más que una falta de verdad en las costumbres. La misión del artista consiste en crear grandes arquetipos, y elevar lo bello hasta lo ideal. *La Búsqueda de lo absoluto* es una protesta elocuente, no menor que los *Estudios* de que acabamos de hablar, contra el reproche de inmoralidad que se le hace al autor y sobre el cual insistimos obstinadamente porque desde hace algún tiempo se oyen críticas que parecen querer saciar esta banalidad convencional. Algunas personas se han lamentado de que las escenas reunidas más recientemente bajo el título de *La Misma Historia*, no tengan entre sí más lazo de unión que un pensamiento filosófico. Aunque el autor ha explicado suficientemente sus intenciones en el prólogo, compartimos este pesar en algunos aspectos. Efectivamente, en una obra de imaginación, por elevada que sea,

no está interesada solamente el alma y no basta con encontrar una sucesión de ideas lógicas, una fraternidad de principios bien sentida; el corazón y la imaginación quieren también su parte; renuncian con pena al afecto que un personaje les había inspirado; se enfrían cuando, frecuentemente, ven aparecer otros nuevos; y, para reconocer a la misma heroína en cada capítulo, es preciso haber leído todo el libro. Si esta forma tiene su poesía, tiene también sus peligros; el autor se expone a no ser comprendido. Pero en parte alguna de su obra ha sido el señor de Balzac más atrevido ni más completo. *La Cita* es uno de esos temas imposibles, de los que sólo él podía encargarse y en el que se ha mostrado poeta en su más alto grado. Si la influencia del pensamiento y de los sentimientos se ha patentizado, ¿no ha sido en la pintura de este encantador paisaje de la Turena, visto por *Julia de Aiglemont* en dos situaciones diferentes? ¡Qué obra maestra el cuadro de esta joven esposa despreocupada, que al no hallar más que sufrimientos en el matrimonio, no ve nada de bello en la Turena, mientras que más tarde respira allí felicidad al vivirla en medio de los encantos de un amor que sólo se revela más para desaparecer! *Los Sufrimientos desconocidos* son una obra desesperante. Jamás autor alguno se había atrevido a profundizar su escalpelo en el sentimiento de la maternidad. Este pasaje de la obra es un abismo donde cae una mujer exhalando el último grito. *La mujer de treinta años* no tiene nada de común con la madre muerta en Saint-Lange por el ansia de felicidad, el egoísmo y su inexplicable actitud ante el mundo. Ese es el punto brillante de la obra. ¡Qué destreza la de haber rodeado esa desesperación por las líneas sombrías y amarillentas de un paisaje como el del *Gatinais*! Esta transición es todo un poema impregnado de horrible melancolía. La conclusión se encuentra en *La Expiación*, uno de los mayores cuadros de esta obra para quien quiera reconocer a la *señora de Aiglemont* en la *señora de Bailan*, que como consecuencia de su falta ve surgir el incesto en su familia y salir su castigo del corazón del hijo más querido.

En cabeza de las *Escenas de la vida de provincia* figura *Eugenia Grandet*. “Le falta muy poco —ha dicho un crítico ingenioso, pero algunas veces severo hasta la injusticia—, a esta encantadora historia para ser una obra maestra; sí, una obra maestra que tendría su puesto en un volumen que reuniese lo mejor y más delicado de la novela. No serían precisas para ello más que algunas supresiones, algunas aligeraciones en las descripciones y disminuir un poco, hacia el final, el oro que maneja el viejo Grandet y los millones que traslada y remueve en la liquidación de los asuntos de su hermano: si ese desastre de familia le empobreciera un poco, ganaría la verosimilitud general”. Con mucho gusto condenamos estas imperfecciones de detalle que un ojo algo benevolente no hubiera advertido, sobre todo al tratarse de un autor cuya pluma no se ha mostrado nunca perezosa en las correcciones; nos agrada constatar un hecho que el público en masa ha reconocido, ese público que de ordinario no tiene prejuicios hostiles ni favorables y sabe siempre a maravilla donde debe poner sus preferencias. *Eugenia Grandet* imprime carácter a la resolución que el señor de Balzac ha llevado a la novela. En ella se cumple la

conquista de la verdad absoluta por el arte; es el drama aplicado a las cosas más sencillas de la vida privada. Es una sucesión de pequeñas causas que produce efectos poderosos, es la fusión terrible de lo trivial y lo sublime, de lo patético y lo grotesco; en fin, es la vida tal y como es, y la novela tal como debe ser. *Los Solterones*, como hemos dicho ya, es una de las obras más características del autor. No se reconoce en ella ninguno de esos elementos indispensables a los novelistas ordinarios: ni amor ni matrimonio, pocos o ningún acontecimiento; y, sin embargo, el drama es animado, movido y muy ligado. Esta lucha sorda y tortuosa de los pequeños intereses de dos sacerdotes resulta tan interesante como los conflictos más patéticos de las pasiones o de los imperios. Ese es el gran secreto del señor de Balzac: nada es pequeño en su pluma; eleva y dramatiza las trivialidades más humildes de un tema. El crítico que hemos mencionado hace poco hacía alusión sin duda a este aspecto de su talento cuando decía: “El señor de Balzac tiene un sentimiento de la vida privada muy profundo y va, a menudo, hasta la minuciosidad en el detalle; sabe emocionarnos y hacernos palpar desde el principio, sólo con describir una avenida, un comedor o un mobiliario. Tiene gran facilidad para las observaciones rápidas sobre las esposas maduras, sobre las ancianas, sobre las muchachas desgraciadas y contrahechas, sobre las jóvenes esposas cloróticas y enfermizas, sobre los amantes abnegados, sobre los solteros, sobre los avaros... Uno se pregunta de dónde ha podido sacar y reunir todo esto en su impulso de imaginación petulante”. También nosotros habíamos intentado, tiempo atrás, hacerle justicia al expresarnos en estos términos: “A menudo el señor de Balzac no describe más que el interior de una cocina, de una trastienda, de una alcoba, y ya surge el interés, palpita el drama y se entabla la acción; del arreglo de los muebles, de la disposición de los interiores y de su detallada descripción, surge una revelación luminosa del carácter de los moradores, de sus pasiones, de los intereses que los dominan, de toda su vida, en una palabra. Los alemanes y los ingleses, tan excelentes ya en este género, han sido completamente sobrepasados por el señor de Balzac, que no tiene en Francia ni maestro ni igual”. *El mensaje*, *La Mujer abandonada* y *La Granadière* forman una divina trilogía de los sufrimientos de la mujer superior y bastarían para asegurar la reputación de un escritor. En los tres cantos fraternos de ese poema exquisito la mujer se eleva a una altura que la coloca junto a las heroínas de Richardson y Rousseau, de tal manera que los rasgos principales aparecen impregnados de una naturaleza perceptible para todos. Estas tres individualidades, que forman un cuerpo único, realizan, no el ideal de la virtud —el señor de Balzac quiere, ante todo, que sus creaciones tengan realidad—, sino el ideal de la gracia, de la elegancia, de los buenos modales, del espíritu más fino o de la sensibilidad más penetrante.

El ilustre Gaudissart es un retrato, algo recargado, del viajante de comercio, personaje tan característico de nuestra época y que, como dice el autor, une en todo momento a la provincia con París. Estos rostros accesorios, casi caricaturescos, prueban el celo con que el señor de Balzac intenta completar su obra. ¿No nos debe

tanto la caricatura como el modelo, la individualidad como el ideal? *La Gran Breteche* es uno de los más finos esbozos de la vida de provincia. El personaje de la *señora de Méré* pertenece al sistema introducido con la *señora de Beauséant* y la *señora de Langeais*. Este drama es el más terrible de todos los inventados por el autor; debe turbar el descanso de las mujeres. Las *Escenas de la vida de provincia* terminan con *El gabinete de antigüedades*, *Fragmento de historia general*, e *Ilusiones perdidas*. Por estar todavía esta serie completamente inédita, respetaremos los intereses del editor, y dejaremos al lector el cuidado de apreciar el modo como el señor de Balzac completa su marco. Hoy, desgraciadamente para el arte, es imposible separar la más concienzuda empresa literaria del problema pecuniario que estrangula el mundo de las publicaciones e interfiere sus relaciones con la joven literatura. Los capitales, como aquel embajador inglés que quería comprar el amor, exigen obras completas.

Las *Escenas de la vida parisiense* se abren con *La Mujer Virtuosa*. Rechazamos el título de ese estudio que nos parece de una ironía tanto más injusta cuanto que existe, en las obras del autor, un gran número de mujeres bellas y piadosas. Su pretendida *Mujer Virtuosa* no es más que un engendro gazmoño, intolerante y helado. Cambiadle el título y la obra resultará perfecta. No hay menos dosis de verdad en el retrato de la esposa ilegítima que en el de la esposa frenéticamente ortodoxa. La *viuda Crochard*, madre de *Carolina de Bellefeuille* es una de las creaciones más extraordinarias del autor. Esa vieja comparsa de la Opera, que deja ir a su hija a la calle de Taitbout y se contenta con permanecer en el Marais, lejos de ella, sin decir que es su madre a fin de no perjudicarla, es una concepción que, desgraciadamente, no puede apreciarse más que en París; hermana del *Tío Goriot*, la *señora Crochard* casi vende a su hija, mientras que Goriot se siente inmensamente dichoso por la felicidad de la suya. ¿Por qué, entonces, se ha aceptado a la *viuda Crochard*, y se ha rechazado a Goriot? Todo París palpita en esta escena, donde abundan los personajes y los interiores, el de la casa de la calle Tourniquet, el del magistrado del Marais y el de la calle Teinture de Bayeux.

¡Qué movimiento hay en esa obra! ¡Qué lozanía de talento! La muerte de la *viuda Crochard* es un cuadro completo, bosquejado en sólo seis páginas. *La Bolsa*, una de esas composiciones enternecedoras y puras que hacen sobresalir al señor de Balzac, es una página completamente alemana que utiliza París para la descripción del apartamento habitado por una vieja mujer arruinada. Es uno de esos hermosos cuadros de caballete, Seguido per su sombra, *Adelaida de Rouville*, el viejo emigrado y su madre son figuras donde el talento del señor de Balzac se vuelve sobre sí mismo, por decirlo así, con una flexibilidad inaudita. Este cuadro establece un contraste prodigioso entre *La Mujer Virtuosa* y *Papá Gobseck*. Leyendo *Gobseck* se descubre esa profundidad que permite al señor de Balzac adivinar las diferencias que separan a *Gobseck*, primo de *Shylock*, avaricia inteligente, poderosa y vengativa, del viejo *Grandet* que es la avaricia por instinto, la avaricia pura. Aparecen allí, por primera

vez, los tres personajes —el *señor de Trailles*, el *señor de Restaud* y su mujer, *Anastasia Goriot*—, que producen tanto efecto en el *Tío Goriot*. Aparece igualmente el personaje de *Derville*, el abogado del *conde Chabert*. Una frase, una palabra, un detalle de cada obra, las une así unas a otras y prepara la historia de esta sociedad ficticia, que será como un mundo completo. *Los Marana* ofrecen tres personajes, *Diard*, *Juana de Mancini* y *la Marana* que, desde su aparición, han contribuido enormemente a sacar al autor de lo ordinario. La *Historia de la señora Diard* es uno de esos trozos que deben hacer soñar a los hombres lo mismo que a las mujeres. Si no existiera *Luis Lambert*, esta obra, prodigiosa por el talento de análisis desplegado, probaría que el señor de Balzac es tan hábil en la pintura metafísica de los sentimientos como en su juego dramático. La segunda parte de los *Marana*, la *Historia de la señora Diard*, es muy superior en ideas a la primera, que se recomienda por el movimiento y las imágenes; parece que el señor de Balzac se haya complacido en poner dos sistemas literarios frente a frente. El desenlace, tan bien preparado, uno de los más bellos del autor, que cuenta ya con tantos tan perfectos, le ha conquistado el derecho a terminar sus dramas al modo de Moliere, como él quiere. Todas las cualidades del señor de Balzac se hallan ricamente reproducidas en esta *Historia de los Trece*, que es por sí sola toda la época moderna, donde la nueva Sodoma aparece con su faz cambiante, mezquina y terrible; con su poder real, con sus misterios, con sus vicios y con sus encantadoras excepciones. La misteriosa unión de los Trece y el poder gigantesco que les asegura en una sociedad sin lazos, sin principios y sin homogeneidad, realiza todo lo que de fantástico se puede comprender y aceptar en nuestra época. Nada más sobrecogedor que el contraste de los castos amores del señor y la señora *Jules* con la tenebrosa y espantosa fisonomía de *Ferragus*. Lo terrible no juega papel menor en el segundo episodio, que tiene como título: *No toquéis el hacha*; en él destaca, sobre todo, el retrato acabado de una hermana menor de la *Mujer sin corazón*, ese arquetipo de las coquetas o, si lo preferís, de la vida parisiense; pero al que ha prestado todas las santidades de la mujer, al entregarla al amor y a la religión. Al aceptar el claustro como único desenlace posible de su pasión equivocada, la *señora de Langeais* constituye un recuerdo de la señorita de Montpensier, de la duquesa de Lavallière y de las grandes figuras femeninas de otro tiempo. *La Duquesa de Langeais* es una obra aristocrática, que no puede ser comprendida más que en el *faubourg Saint-Germain*, donde el señor de Balzac ha sido y será el único pintor. En *La muchacha de los ojos de oro*, tercer episodio de la *Historia de los Trece*, y en *Sarrasina*, el señor de Balzac se ha atrevido a abordar la pintura de dos vicios extraños, sin los cuales su amplia visión de París no hubiera sido completa. El autor se enfrentó cuerpo a cuerpo con la dificultad y la venció. Hay en *La muchacha de los ojos de oro* un camarín verdaderamente mágico, pero descrito con tal exactitud que para pintarlo el autor ha debido tenerlo ante su mirada. Aunque verdad en el fondo, el carácter de *Enrique de Marsay* se exalta más allá de lo real. Esta observación, igualmente aplicable a *Ferragus* y al *general de*

Montriveau, no constituye ninguna crítica. En los tres dramas en que aparecen, estas tres figuras debían quedar a la altura de la idea; y es esto, repetimos, lo que tomamos por ideal. *La señora Firmiani* es otra respuesta a la acusación de inmoralidad de que ha sido objeto el señor de Balzac. También comprendemos la broma, algo impertinente, que este púdico levantamiento de broqueles ha suscitado recientemente en él y que nos ha valido el espiritual prólogo del *Tío Goriot*. No respondemos, no obstante, de que sus rígidos aristarcos le tomen la palabra, y se sirvan de esta declaración irónica para corroborar el anatema que han lanzado contra él. *El lirio en el Valle*, donde el señor de Balzac ha realizado, tan prontamente y con un talento que casi es prodigio, la burlona promesa, hecha en el prólogo, de pintar el ideal de la virtud en *Enriqueta de Lenoncourt*, la esposa del señor de *Mortsau*, nos parece una respuesta doblemente victoriosa. Ahora, merced a los cambios dichosos que el autor acaba de hacer sufrir a *La condesa de los dos maridos*, la cual ha aparecido en un periódico bajo el título de *La Transacción*, este estudio constituye una historia irreprochable. Señala un tipo de abogado que la alta comedia adoptaría a buen seguro si tuviéramos hoy alta comedia. La manera en que se conduce el drama prueba el esplendor con que el señor de Balzac aparecería en el teatro, si su voluntad no estuviera enérgicamente fijada por otros cauces. En el teatro abriría también una vía nueva, pero se ha impuesto una tarea y quiere cumplirla hasta el final. No podría aportar en su día a la escena más que los excesos de las fuerzas exorbitantes que hacen de él el más rudo atleta de nuestra literatura, aunque también el más inofensivo de los escritores. En efecto, no juzga a nadie, no ataca a sus contemporáneos ni a sus libros; camina, como ha dicho últimamente un crítico haciendo justicia a su carácter, camina solo, separado, como un paria a quien la tiranía de su talento hubiera arrastrado hasta el bando de la literatura. Su conquista es la verdad en el arte. Para llegar a esta conquista, siempre tan difícil, hoy, sobre todo, que la individualidad desaparece en las letras como en las costumbres, había que ser “nuevo”. El señor de Balzac ha sabido serlo al recoger todo lo que desdeñaba la literatura desde el momento en que hacía más teorías que libros. En lugar de gritar a las paredes: “¡Recojamos el arte de la naturaleza!”, completaba laboriosamente en la soledad su parte de revolución literaria, mientras la mayoría de nuestros escritores se perdían en esfuerzos infructuosos, sin consecuencia ni trascendencia. Para muchos, efectivamente, una naturaleza de convención sucedía al falso convencionalismo de los clásicos. Así, en oposición a las fórmulas, a las generalidades y a la fría estereotipia de la antigua escuela, no se interesaban más que por ciertos detalles de individualidad, por especialidades de forma o por originalidades de epidermis; era, en una palabra, una exageración sustituida por otra, y siempre por sistema. O bien otros, para llegar a lo nuevo, abusaban de las pasiones, las arreglaban y desarrollaban según los caprichos de su poética; si evitaban lo conocido, se encontraban con lo imposible. Unos partían de un principio verdadero; luego la imaginación los llevaba en sus alas y les entregaba a ilusiones de óptica, a lentes de aumento o a irradiaciones

prismáticas. Empastaban un rasgo al principio puro, aniquilaban el colorido, arrojaban crudezas por aquí y por allá, energía, pasión, grandes dosis de poesía y producían una dramática y grandiosa caricatura. Otros abandonaban las individualidades, cambiaban los símbolos, borraban los contornos y se perdían entre los nubarrones de lo inalcanzable, o en las pueriles maravillas de lo punteado. Completamente extraño a cuanto participase de camarilla, de convención, de sistema, el señor de Balzac introducía en el arte la verdad más ingenua y más absoluta. Observador sagaz y profundo, espiaba incesantemente la naturaleza; cuando la sorprendía, la examinaba con infinitas precauciones, la veía vivir y moverse; seguía el trabajo de los fluidos y del pensamiento; la descomponía, fibra por fibra, y no empezaba a reconstruirla más que cuando adivinaba los más imperceptibles misterios de su vida orgánica e intelectual. Reconponiéndola mediante ese cálido galvanismo, mediante esas inyecciones encantadas que entregan la vida a los cuerpos, nos la ha mostrado, estremecida por un alma nueva que nos asombra y nos encanta. Esta ciencia no excluyó la imaginación, sino que, por el contrario, lejos de haber faltado en esta paciente elaboración, desplegó su mayor potencia: supo reprimir sus desviaciones, esclavizarse para dar a los órganos de la obra la cantidad de vida necesaria. Nada más y nada menos. Este trabajo debe ser el que ofrece mayor dificultad entre todos, pues ordinariamente el principio vital está tan mal repartido en la muchedumbre de embriones literarios de nuestra época, que unos lo tienen todo en la cabeza y otros en las piernas. Rara vez tienen un corazón mientras que, para el señor de Balzac, la vida procede sobre todo del corazón. Triunfa donde parecen los demás. Además, en las obras suyas que acabamos de analizar no hay ninguna fantasía, ninguna exageración, ninguna mentira; sus retratos son de una verdad escrupulosa; si no habéis visto los originales, los encontraréis sin fallo alguno.

¡Que camine, pues, que acabe su obra sin volver la cabeza ante los gritos envidiosos de una crítica cuya medida, demasiado pequeña para las bellezas del conjunto, no se refiere más que a imperfecciones de detalle! ¡Que camine, pues sabe muy bien adonde va! Sus primeras conquistas responden por las del futuro. Y ¿no se aproxima ya ese futuro para su obra y para él mismo? El público ha comprendido la importancia de los *Estudios de costumbres* y la de los *Estudios filosóficos*. Cuando llegue la tercera parte de la obra, los *Estudios analíticos*, la crítica quedará muda ante una de las más audaces construcciones que un solo hombre se haya atrevido jamás a emprender. Los espíritus atentos habrán reconocido fácilmente los lazos que unen a los *Estudios de costumbres* con los *Estudios filosóficos*; pero, si fuera necesario para las gentes superficiales resumir en una sola reflexión el sentido que se desprende de todos esos efectos sociales, tan acusados y que forman un terreno sólido sobre el cual asienta el autor el examen de sus causas, diríamos que pintar los sentimientos, las pasiones, los intereses y los cálculos en guerra constante con las instituciones, las leyes y las costumbres, es mostrar al hombre en lucha con su pensamiento y preparar magníficamente el sistema de los *Estudios filosóficos*, donde el señor de Balzac

demuestra los estragos de la inteligencia y hace ver en ella el principio más disolvente del hombre en sociedad: bella tesis cuya poesía hemos explicado ya y cuya conclusión contendrán los *Estudios analíticos*.

Félix Davin

27 de abril de 1835

ESCENAS DE LA VIDA PRIVADA

Prólogo de la Primera Edición

1830

Existen, tal vez, madres a las que una educación libre de prejuicios no ha arrebatado ninguna de las gracias de la mujer, al darles una instrucción sólida, sin pedantería alguna. ¿Pondrán estas Escenas ante los ojos de sus hijas?... El autor se atreve a esperarlas. Le halaga que los espíritus ilustrados no le censuren por haber presentado, a veces, un cuadro absolutamente verídico de costumbres que las familias relegan hoy a la sombra, pero que algunas veces el observador siente el pesar de adivinar.

Ha pensado que hay menos imprudencia en señalar con una rama de sauce los pasos peligrosos de la vida, como hacen los marineros en las arenas del Loira, que dejarlos ignorar a los ojos inexpertos.

Pero ¿por qué solicitaría el autor la indulgencia de las gentes de salón? Al publicar esta obra no hace más que devolver al mundo lo que el mundo le ha dado. ¿Acaso porque ha intentado pintar con fidelidad los acontecimientos que siguen o preceden a un matrimonio será su libro prohibido a los jóvenes destinados a aparecer un día en la escena social? ¿Constituye, por ventura, un crimen levantar ante ellos

prematuramente el telón del escenario que un día deben ellos embellecer?

El autor no ha comprendido jamás el provecho educativo que puede sacar una madre en retardar un año o dos, como máximo, la instrucción que necesariamente espera a su hija, ni al dejarla alumbrarse lentamente por la luz de las tormentas a las que casi siempre la entrega sin defensa.

Por eso se ha compuesto esta obra en venganza de los libros tontos que espíritus mezquinos han ofrecido a las mujeres hasta hoy. ¿Ha satisfecho el autor las exigencias del momento y de su empresa?... Es este un problema que no le corresponde resolver. Quizá se vuelva contra él el epíteto que aplica a sus antecesores. Sabe que en literatura no triunfar equivale a perecer; y el público tiene siempre el derecho de decir a los artistas: ¡VAE VICTIS!

El autor sólo se permitirá una observación de carácter personal. Sabe que ciertos espíritus podrán reprocharle que resulta a menudo un tanto pesado por la abundancia de detalles aparentemente superfluos. Sabe también que será fácil acusarle de una especie de garrulería pueril. Con frecuencia sus cuadros parecerán llenos de todos los defectos propios de las composiciones de la escuela holandesa, sin ofrecer sus méritos. Pero puede excusarse al decir que ha escrito su libro para inteligencias más candidas y menos hastiadas, menos instruidas y más indulgentes que las de esos críticos de competencia discutible.

NOTA DE LA PRIMERA EDICIÓN

A riesgo de parecerse, siguiendo la espiritual comparación de un autor, a esas gentes que, después de haberse despedido de una reunión, vuelven a entrar en la sala para buscar su bastón, el autor se atreve a hablar nuevamente de él, como si no hubiera puesto ya cuatro páginas en cabeza de su obra.

Leyendo Anatole, una de las producciones más encantadoras de una mujer que sin duda se inspiró en la musa de miss Inchbald, el autor de estas Escenas ha creído reconocer en tres simples líneas de dicha obra todo el tema de El baile de Sceaux.

Se apresura a declarar que no sentiría repugnancia alguna por deber la idea de dicha Escena a la lectura de la hermosa novela de madame Gay; pero debe añadir, que, desgraciadamente para él, no ha leído sino muy recientemente Anatole, cuando su Escena estaba ya escrita.

Si el autor se muestra tan quisquilloso y se pone de antemano en guardia contra la crítica, no debéis formularle cargos por ello.

Armados contra sus gustos, algunos espíritus que, a fuerza de pedir lo nuevo, han forzado a nuestra literatura a hacer lo extraordinario y a salirse de los límites que siempre le impondrán la claridad didáctica de nuestra lengua y la naturalidad, han reprochado al autor por haber imitado en la primera de sus obras (El Último Chuán o Bretaña en 1800), una historia ya escrita.

Sin conceder demasiado valor a una crítica tan mal fundada, el autor cree que no resultará inútil para él consignar aquí la opinión, harto desdeñosa, que ha formado sobre unas semejanzas tan penosamente buscadas por los ociosos de la literatura entre las obras antiguas y las nuevas.

El sello distintivo del talento es, sin duda, la invención. Pero hoy que todas las combinaciones posibles parecen agotadas, que todas las situaciones resultan aburridas, que se ha intentado lo imposible, el autor cree firmemente que sólo los detalles constituirán en lo sucesivo el mérito de las obras impropriamente llamadas Novelas.

Si le quedara tiempo libre para seguir la carrera del doctor Mathanasius, le sería fácil probar que hay pocas obras de lord Byron y de sir Walter Scott en las que sea de ellos la primera idea, y que Boileau no es el autor de los versos de su Arte poética.

Piensa, además, que emprender la pintura de las épocas históricas y divertirse en buscar fábulas nuevas equivale a conceder más importancia al marco que al cuadro. Admirará a quienes logren reunir los dos méritos y les desea que esto ocurra a menudo.

Si ha tenido la inmodestia de añadir esta nota a su libro, el autor cree haber merecido el perdón por el humilde puesto que le ha asignado; seguramente no será leído, ni siquiera por los interesados.



LA CASA DEL GATO QUE JUEGA A LA PELOTA



LA CASA DEL GATO QUE JUEGA A LA PELOTA

*Dedicado a la señorita
María de Montbeau*

Hacia la mitad de la calle de Saint-Denis, casi en la esquina de la del Petit Lion, existía no hace mucho tiempo una de esas preciosas casas que brindan a los historiadores la ocasión de reconstruir por analogía lo que era el viejo París. Las paredes de aquella vetusta mansión, que amenazaban con desplomarse de un momento a otro, parecían cubiertas de jeroglíficos. ¿Qué otro nombre podría darse a las X y a las V que trazaban en la fachada las piezas de madera transversales o diagonales descubiertas bajo el encalado de la pared por pequeñas grietas paralelas? Al paso del más ligero carruaje, cada una de aquellas vigas se estremecía ostensiblemente. Este venerable edificio hallábase coronado por uno de esos tejados triangulares de los que pronto no se verá ya ningún modelo en París. Dicha techumbre, retorcida por las intemperancias del clima parisiense, sobresalía unos tres pies hacia la calle, tanto para resguardar de las aguas pluviales el umbral de la puerta, como para abrigar la pared de una buhardilla y su tragaluz, carente de apoyo. Este último piso fue construido con planchas clavadas una encima de otra como pizarras, a fin, sin duda, de no cargar demasiado un edificio tan endeble.

Cierta lluviosa mañana del mes de marzo, un joven cuidadosamente arrebujado en su abrigo permanecía de pie bajo la marquesina de una tienda, frente a la vieja casa a que nos hemos referido y que él contemplaba con el interés de un arqueólogo. A decir verdad, aquel vestigio de la burguesía del siglo XVII ofrecía al observador más de un problema a resolver. En cada piso había una singularidad: en el primero, cuatro ventanas largas, estrechas, muy juntas las unas a las otras, presentaban en su parte inferior unas piezas de madera destinadas a producir esa luz incierta, merced a la cual un hábil comerciante presta a las telas el color deseado por sus clientes. El joven parecía desdeñar profundamente esta parte esencial de la casa, y sus ojos no se habían detenido aún en ella. Las ventanas del segundo piso, cuyas abiertas celosías permitían ver, a través de grandes vidrios de Bohemia, pequeños visillos de muselina roja, tampoco le interesaban. Su atención iba dirigida particularmente al tercer piso, hacia unas humildes ventanas cuya madera, toscamente trabajada, habría merecido ser llevada al Conservatorio de Artes y Oficios para mostrar allí los primeros esfuerzos de la ebanistería francesa. Las ventanas tenían unos pequeños vidrios de color verde tan intenso que, sin su excelente vista, el joven no habría podido distinguir las cortinas a cuadros azules que ocultaban los misterios de aquel apartamento a los ojos de los profanos. De vez en cuando, cansado el observador de su contemplación infructuosa, o del silencio en que la casa se hallaba sepultada, lo mismo que el barrio

entero, bajaba los ojos hacia las partes inferiores. Una involuntaria sonrisa dibujábase entonces en sus labios al volver a ver la tienda, en la que efectivamente había cosas bastante risibles. Un formidable trozo de madera, apoyada horizontalmente sobre cuatro pilares que parecían encorvados bajo el peso de aquella casa decrepita, había sido cubierta con tantas capas de pintura como el maquillaje de una anciana duquesa. En medio de esta viga ancha, lindamente esculpida, hallábase un antiguo cuadro que representaba un gato jugando a la pelota. Esta imagen le hacía mucha gracia a nuestro joven, pues debemos advertir que el más hábil de los pintores modernos no inventaría escena tan cómica. El animal sostenía con una de sus patas delanteras una raqueta tan grande como su propio cuerpo, y se levantaba sobre sus patas traseras para observar una enorme pelota que le lanzaba un gentilhomme cubierto de bordados. El dibujo, los colores, los accesorios, todo estaba tratado de suerte que hiciera creer que el artista había querido burlarse del comerciante y de los transeúntes. Al alterar esta ingenua pintura, el tiempo la había hecho todavía más grotesca merced a algunas particularidades que habían de inquietar a los paseantes curiosos. Así, el rabo moteado del gato estaba de tal modo recortado que se le podía tomar por un espectador, tan grande, alta y tupida era la cola de los gatos de nuestros antepasados. A la derecha del cuadro, sobre un campo de azul que disfrazaba de un modo imperfecto lo podrida que estaba la madera, los transeúntes leían: GUILLAUME, y a la izquierda: SUCESOR DEL SEÑOR CHEVREL. El sol y la lluvia habían corroído la mayor parte del oro triturado y parsimoniosamente aplicado sobre las letras de esta inscripción, en la cual las U sustituían a las V y viceversa, según las leyes de la antigua ortografía francesa. Con objeto de rebajar el orgullo de aquellos que creen que el mundo se vuelve cada día más inteligente, y que el moderno charlatanismo lo supera todo, conviene hacer observar aquí que estas muestras mercantiles, cuya etimología parece extraña a más de un negociante parisiense, son la imagen ya muerta de los cuadros vivos con ayuda de los cuales nuestros avisados antepasados habían logrado atraer los clientes hacia sus establecimientos. Así, la “Trucha que hila”, el “Mono verde” y otros parecidos, fueron animales enjaulados cuya habilidad maravillaba a los transeúntes y cuyo adiestramiento demostraba la paciencia de los industriales del siglo xv. Semejantes curiosidades enriquecían más de prisa a sus felices dueños que los letreros “La Providencia”, “La Honradez”, “La Gracia de Dios” o “La Degollación de San Juan Bautista” que todavía se ven en la calle de Saint-Denis. Sin embargo, el desconocido no permanecía allí para admirar el gato, que un momento de atención bastaba para grabar en la memoria. Aquel joven poseía también sus peculiaridades. Su abrigo, con pliegues a la antigua, permitía ver un elegante calzado, tanto más notable en medio del barro parisiense, cuanto que llevaba unas medias de seda blanca, cuyas salpicaduras daban fe de su impaciencia. Sin duda salía de una boda o de un baile, ya que en aquella temprana hora de la mañana llevaba en las manos guantes blancos, y los bucles negros de sus cabellos, esparcidos sobre los hombros, indicaban un peinado a lo Caracalla, puesto de moda tanto por la

Escuela del pintor David como por la afición a las formas griegas y romanas que distinguió los primeros años del presente siglo. A pesar del ruido que producían algunos verduleros rezagados al cruzar, corriendo, camino del mercado central, esta calle, tan agitada ordinariamente, tenía entonces una calma cuya magia sólo es conocida de quienes han estado errando por el París desértico a las horas en que su bullicio, apaciguado por un instante, renace y se oye desde lejos como la gran voz del mar. Aquel extraño joven debía resultar tan curioso para los comerciantes del “Gato que juega a la pelota” como el “Gato que juega a la pelota” era curioso para él. Una corbata de resplandeciente blancura hacía que su rostro atormentado pareciese aún más pálido de lo que realmente era. El fuego, ora apagado, ora llameante, que lanzaban sus negros ojos armonizaba con los extraños contornos de su cara, con la boca, ancha y sinuosa, que se contraía al sonreír. Su frente, arrugada por una violenta contrariedad, tenía algo de fatal. ¿No es acaso la frente lo que de más expresivo posee el hombre? Cuando la frente del desconocido expresaba pasión, los pliegues que en ella se formaban producían una especie de espanto por el vigor con que se pronunciaban; pero cuando recobraba su calma, tan fácil de ser turbada, aparecía una gracia luminosa que hacía atractiva aquella fisonomía en la que la alegría, el dolor, el amor, la cólera y el desdén estallaban de modo tan comunicativo que el hombre más frío había de impresionarse ante ellos. El desconocido se hallaba tan despechado en el momento en que se abrió de pronto el tragaluz de la buhardilla, que no vio aparecer en él tres alegres caras redonditas, blancas, rosadas, pero tan vulgares como esos rostros del Comercio que se hallan esculpidos en ciertos monumentos. Aquellos tres rostros, enmarcados por el tragaluz, recordaban las cabezas de los ángeles mofletudos que, sembrados entre las nubes, acompañan al Padre Eterno. Los aprendices respiraron las emanaciones de la calle con una avidez que demostraba cuán caliente y mefítica era la atmósfera de su buhardilla. Después de haber señalado al singular sujeto, el dependiente que parecía más jovial de los tres desapareció y regresó llevando en la mano un instrumento cuyo rígido metal ha comenzado recientemente a ser sustituido por un cuero flexible; luego adoptaron todos una expresión maliciosa contemplando al mirón, al que rociaron con una lluvia fina y blanquecina cuyo perfume demostraba que las tres barbillas acababan de ser afeitadas. Apoyados sobre las puntas de los pies, y refugiados al fondo de la buhardilla para gozar de la cólera de su víctima, los dependientes cesaron de reír al ver el despreocupado desdén con que el joven sacudió su abrigo y el profundo desprecio que reflejó su rostro cuando levantó los ojos hacia la desierta buhardilla. En aquel momento una mano blanca y delicada hizo subir hacia la imposta la parte inferior de una de aquellas toscas ventanas del tercer piso, por medio de uno de esos bastidores con ranuras cuyo resorte deja caer a menudo de improviso los pesados vidrios que debe sostener. El paseante se vio entonces recompensado por su larga espera. El rostro de una joven, fresco como uno de esos blancos cálices que florecen en el seno de las aguas, mostrose coronado por una banda de muselina plisada que confería a su cabeza un

aire de admirable inocencia. Aunque cubiertos por una tela parda, su cuello y sus hombros podían advertirse, gracias a los pequeños intersticios producidos por los movimientos durante el sueño. Ninguna expresión de contrariedad alteraba la ingenuidad de aquel rostro ni la serenidad de unos ojos inmortalizados de antemano en las sublimes composiciones de Rafael; era la misma gracia, la misma serenidad de aquellas vírgenes que se han hecho proverbiales. Había un encantador contraste entre la lozanía de las mejillas de aquel rostro, en el cual el sueño parecía haber puesto de relieve una superabundancia de vida, y la vetustez de aquella maciza ventana de toscos contornos y alféizar negro. Semejante a esas flores diurnas que por la mañana no han desplegado todavía su túnica enrollada por el frío de las noches, la joven, apenas despierta, dejó que sus ojos azules vagaran por los tejados vecinos y contempló el cielo; luego, por una especie de costumbre, los bajó hacia las sombrías regiones de la calle, donde enseguida tropezaron con los de su adorador: la coquetería hizo sin duda que sufriera al verse descubierta sin arreglar ni acabar de vestir y se echó rápidamente hacia atrás, el desgastado resorte giró, la ventana cayó con esa rapidez que en nuestros días ha valido un nombre odioso a esa inocente invención de nuestros abuelos, y la visión desapareció. Para aquel joven fue como si la más brillante de las estrellas matutinas acabara de ser ocultada por una nube.

Durante esos pequeños acontecimientos, los pesados postigos interiores que defendían la ligera vidriera de la tienda del “Gato que juega a la pelota”, habían desaparecido como por arte de magia. La vieja puerta de picaporte fue replegada sobre la pared interior de la casa por un sirviente que probablemente era contemporáneo de la muestra, el cual, con mano trémula, colocó el trozo cuadrado de tela en el que estaban bordadas en seda amarilla las palabras “Guillaume, sucesor de Chevrel”. A más de un transeúnte le habría sido difícil adivinar la clase de comercio a que se dedicaba el señor Guillaume. A través de los gruesos barrotes de hierro que protegían exteriormente su tienda, apenas se advertían paquetes envueltos en tela de color marrón, tan numerosos como los arenques cuando atraviesan el océano. A pesar de la aparente sencillez de aquella fachada gótica, el señor Guillaume era de todos los comerciantes de tejidos de París aquel cuyos almacenes se hallaban siempre mejor abastecidos, cuyas relaciones eran más extensas y cuya probidad comercial no sufría la más mínima sospecha. Si algunos de sus colegas concertaban negocios con el gobierno sin disponer de la cantidad de tejidos deseada, él estaba siempre dispuesto a entregársela, por muy considerable que fuera el número de piezas pedidas. El astuto negociante conocía mil maneras de hacerse conceder el mayor beneficio sin verse obligado, como ellos, a recurrir a protectores, a rebajarse o hacer espléndidos presentes. Si sus colegas no podían pagarle con rapidez, indicaba su notario como el hombre apropiado, y sabía sacar doble ganancia del negocio, gracias a un expediente que hacía exclamar a los negociantes de la calle Saint-Denis: “Que Dios os libre del notario del señor Guillaume” para indicar un descuento oneroso. El viejo comerciante apareció de pie, como por milagro, en el umbral de su establecimiento cuando el

criado se retiró. El señor Guillaume miró la calle Saint-Denis, las tiendas vecinas y el tiempo que hacía, como un hombre que desembarca en El Havre y vuelve a ver a Francia tras un largo viaje. Convencido de que nada había cambiado durante su sueño, advirtió entonces la presencia de aquel transeúnte que, por su parte, contemplaba al patriarca de los tejidos con la misma curiosidad con que el sabio Humboldt debió de examinar el pez eléctrico, llamado gimnoto, que descubrió en América. El señor Guillaume llevaba anchos pantalones de terciopelo negro, medias de varios colores y zapatos con hebilla de plata. Su casaca de cuadrados faldones, pliegues cuadrados y cuadrado cuello, envolvía un cuerpo algo cargado de espaldas en un paño verduzco, adornado con botones de metal blanco, enrojecidos por el uso. Sus cabellos grises estaban tan exactamente aplanados y peinados sobre su amarillento cráneo que le daban el aspecto de un campo recién arado. Sus ojillos verdes, que parecían perforados por medio de un taladro, centelleaban bajo dos arcos marcados por un débil color rojizo, a falta de cejas. Las preocupaciones habían trazado sobre su frente unas arrugas horizontales tan numerosas como los pliegues de su traje. Aquella figura descolorida pregonaba la paciencia, la prudencia comercial, y esa especie de astuta codicia que requieren los negocios. En aquella época era menos raro que hoy encontrar viejas familias en las que se conservaban, como piadosas tradiciones, las costumbres características de sus respectivas profesiones, y que habían permanecido en medio de la nueva civilización como los restos antediluvianos descubiertos por Cuvier en las canteras. El jefe de la familia Guillaume era uno de esos notables guardianes de las costumbres antiguas. Echaba de menos al preboste de los mercaderes y jamás hablaba del juicio del Tribunal de Comercio sin designarlo como la *sentencia de los cónsules*. Habiéndose levantado, sin duda, el primero de su casa en virtud de tales costumbres, aguardaba a pie firme la llegada de sus tres dependientes para regañarles en caso de que se retrasasen. Estos jóvenes discípulos de Mercurio no conocían nada más temible que la actividad silenciosa con que el patrón escudriñaba sus rostros y sus movimientos el lunes por la mañana, buscando en ellos las pruebas o los vestigios de sus escapatorias. Pero en aquellos momentos el viejo comerciante de paños no prestaba atención alguna a sus aprendices, sino que estaba ocupado en buscar el motivo de la solicitud con que el joven de las medias de seda y el abrigo miraba alternativamente su muestra y las profundidades de su establecimiento. La luz del día, que había ido haciéndose cada vez más clara, permitía entrever la oficina, con sus cortinas de vieja seda verde, con los inmensos libros, mudos oráculos de la casa. Aquel desconocido demasiado curioso parecía codiciar el pequeño local, estudiar la disposición de un comedor alumbrado por una claraboya y desde el cual la familia reunida podía ver fácilmente, mientras comía, los más leves accidentes que entre tanto pudieran producirse en la planta baja de la casa. Tal amor hacia su vivienda parecía sospechoso a un negociante que había padecido el régimen del *maximum*. Era natural que el señor Guillaume pensase que aquella siniestra figura codiciaba la caja del “Gato que juega a la pelota”. Después de haber

gozado discretamente con el duelo silencioso que tenía lugar entre su patrón y el desconocido, el dependiente de más edad se atrevió a colocarse cerca del señor Guillaume y a observar cómo el joven contemplaba disimuladamente las ventanas del tercer piso. Dio dos pasos hacia la calle, levantó la cabeza y creyó advertir la presencia de la señorita Agustina Guillaume, la cual se retiró precipitadamente. Descontento de la perspicacia de su primer dependiente, el pañero le lanzó una mirada de reojo; pero de pronto los recelos recíprocos que la presencia de aquel transeúnte despertaba en el ánimo del comerciante y en el del enamorado dependiente, se calmaron. El desconocido hizo una seña a un coche de alquiler que se dirigía hacia una plaza cercana y montó en él rápidamente, afectando una engañosa indiferencia. Esta partida puso una especie de bálsamo en el corazón de los otros dependientes, bastante temerosos de volver a encontrar a la víctima de su broma.

—¡Bien!, señores, ¿por qué os quedáis ahí con los brazos cruzados? —dijo el señor Guillaume a sus tres neófitos—. En otros tiempos, ¡demonstre!, cuando yo estaba en casa del señor Chevrel, habría movido ya más de dos piezas de paño.

—¿Es que entonces amanecía más temprano? —dijo el segundo dependiente, que era a quien incumbía la mencionada tarea.

El viejo comerciante no pudo por menos de sonreírse. Aunque dos de esos tres jóvenes, confiados a sus cuidados por sus padres, ricos fabricantes de Louviers y de Sedan, sólo tuvieran que pedir cien mil francos para conseguirlos el día en que estuvieran en edad de establecerse, Guillaume creía tener la obligación de mantenerlos bajo la rígida férula de un antiguo despotismo desconocido en nuestros días en esos brillantes almacenes cuyos dependientes quieren llegar a ricos a los treinta años de edad, de modo que los hacía trabajar como negros. Aquellos tres únicos dependientes eran bastantes para realizar una tarea que habría requerido el esfuerzo conjunto de diez de esos empleados cuyo sibaritismo hincha actualmente las columnas del presupuesto. Ningún ruido turbaba la paz de aquella casa solemne, cuyos goznes parecían engrasados en todo momento, y cuyo mueble más insignificante poseía esa limpieza respetable que anuncia un orden y una economía severos. A veces, el más pícaro de los dependientes se divertía escribiendo sobre el queso de Gruyere que les abandonaban al almorzar, y que ellos se complacían en respetar, la fecha de su recepción primitiva. Esa malicia y otras parecidas hacían a veces sonreír a la más joven de las dos hijas de Guillaume, la linda virgen que acababa de aparecerse al encantado transeúnte. Aunque cada uno de los aprendices, e incluso el más antiguo de ellos, pagase una elevada pensión, ninguno se habría atrevido a permanecer sentado a la mesa a la hora de los postres. Cuando la señora Guillaume hablaba de preparar la ensalada, aquellos pobres muchachos temblaban, porque conocían la parsimonia con que su mano esparcía sobre ella el aceite. Para poder pasar una noche fuera de la casa, era preciso que mucho tiempo antes hubieran dado una razón plausible de esta irregularidad. Los domingos dos dependientes acompañaban por turno a la familia Guillaume a la misa de Saint-Leu y a vísperas.

Las señoritas Virginia y Agustina, modestamente vestidas de tela de indiana, se apoyaban cada una de ellas en sendos dependientes y caminaban delante, bajo la escrutadora mirada de su madre, que formaba la retaguardia de aquel pequeño cortejo doméstico junto a su marido, al que había acostumbrado a llevar dos grandes devocionarios encuadernados en tafilete negro. El segundo dependiente no percibía sueldo alguno. En cuanto al que doce años de perseverancia y discreción habían iniciado en los secretos de la casa, cobraba ochocientos francos como recompensa a su trabajo. En ciertas fiestas familiares se le gratificaba con algunos regalos a los que sólo la mano seca y arrugada de la señora Guillaume confería valor: bolsas de malla, rellenas de algodón para hacer resaltar sus dibujos, unos hermosos tirantes o unas medias de seda muy tupidas. A veces, aunque raramente, este primer ministro era admitido a tomar parte en los placeres de la familia, bien cuando salía al campo, bien cuando, tras meses de espera, decidíase a presenciar, alquilando un palco, una comedia de la que París ya no se acordaba. En cuanto a los otros tres dependientes, la barrera de respeto que antaño separaba a un maestro pañero de sus aprendices estaba tan fuertemente colocada entre ellos y el viejo comerciante que les habría resultado más fácil hurtar una pieza de tejido que perturbar aquella rigurosa etiqueta. Esta reserva quizá parezca hoy ridícula, pero aquellas antiguas casas eran escuelas de buenas costumbres y honradez. Los maestros adoptaban a sus aprendices. La ropa interior del joven era cuidada, remendada, a veces renovada por ¡a dueña de la casa. Cuando un dependiente caía enfermo, veíase objeto de cuidados realmente maternales. En caso de peligro, el patrón prodigaba su dinero en llamar a los más célebres médicos, ya que no se sentía únicamente responsable de las costumbres y del aprendizaje de aquellos jóvenes ante sus padres. Si uno de ellos, de carácter honorable, sufría algún desastre, aquellos viejos negociantes sabían apreciar la inteligencia que había desarrollado, y no vacilaban en confiar la felicidad de sus hijas a aquel a quien durante mucho tiempo habían estado confiando su fortuna. Guillaume era uno de esos hombres chapados a la antigua, y si bien poseía sus aspectos ridículos, tenía también sus buenas cualidades; de modo que José Lebas, su primer dependiente, huérfano y sin fortuna, era, según su intención, el futuro esposo de Virginia, su hija mayor. Sin embargo, José no participaba de las ideas simétricas de su patrono, el cual, ni aunque le hubieran dado todo el oro del mundo, habría consentido en casar a su hija menor antes que a la mayor. El desdichado dependiente sentía su corazón completamente cautivo de la señorita Agustina, la hija pequeña del señor Guillaume. Para explicar esta pasión, que había ido creciendo secretamente, es preciso que penetremos un poco más en los resortes del gobierno absoluto por el que se regía la casa del viejo comerciante de paños.

Guillaume tenía dos hijas. La mayor, la señorita Virginia, era el perfecto retrato de su madre. La señora Guillaume, hija del señor Chevrel, manteníase tan enhiesta en el taburete de su mostrador, que más de una vez había oído apostar a los bromistas sobre si estaría clavada en aquel asiento. Su rostro enjuto y alargado revelaba una

devoción exagerada. Sin elegancia ni modales amables, la señora Guillaume solía adornar su cabeza casi sexagenaria con un gorro de forma invariable, adornado con mechones, como el de una viuda. Todos los vecinos la llamaban “la monja tornera”. Su palabra era breve y sus movimientos tenían algo de brusco, de sacudidas como las del telégrafo. Sus ojos, claros como los de un gato, parecían odiar a todo el mundo por el hecho de que era fea. La señorita Virginia, criada, como su hermana menor, bajo las leyes despóticas de su madre, había llegado a la edad de veintiocho años. La juventud mitigaba el aire desagradable que el parecido con su madre confería a veces a su rostro, pero el rigor maternal le había dotado de dos grandes cualidades capaces de compensar todos los defectos: era una joven dulce y paciente. La señorita Agustina, que contaba dieciocho años de edad, no se parecía a su padre ni a su madre. Era una de esas muchachas que por la ausencia de todo lazo físico que les ligue a sus progenitores, permiten creer en el dicho corriente de que es Dios quien envía los hijos. Agustina era bajita o, para describirla mejor, linda como una muñequita. Graciosa y llena de candor, un hombre de mundo no habría podido reprochar nada a aquella encantadora criatura, salvo algunos gestos y actitudes un tanto vulgares y embarazados. Su figura silenciosa e inmóvil reflejaba la pasajera melancolía que se adueña de todas las muchachas demasiado débiles para atreverse a oponer resistencia a la voluntad de una madre. Siempre modestamente vestidas, las dos hermanas no podían satisfacer la coquetería innata en la mujer más que por medio de un lujo de pulcritud que les sentaba a las mil maravillas y las ponía en armonía con aquellos pupitres relucientes y aquellos estantes en los cuales un viejo criado no toleraba el más mínimo grano de polvo, con la sencillez antigua de todo cuanto veían en su alrededor. Obligadas por su género de vida a buscar elementos de felicidad en sus constantes y monótonas tareas, Agustina y Virginia sólo motivos de satisfacción habían dado hasta entonces a su madre, la cual se felicitaba en su interior por la perfección de los caracteres de sus dos hijas. Fácil es imaginar los resultados de la formación que habían recibido. Educadas para el: comercio, habituadas a no oír más que razonamientos y cálculos prosaicamente mercantiles, sin haber estudiado más que gramática, teneduría de libros, un poco de historia sagrada y la historia de Francia en Le Ragois, sin leer más que a los autores que les permitía su madre, sus ideas no habían adquirido una gran extensión: sabían gobernar muy bien una casa, conocían el precio de las cosas, apreciaban las dificultades que se experimenta para acumular dinero, eran ahorrativas y tenían en gran aprecio las cualidades de los negociantes. A pesar de la fortuna de su padre, sabían coser y zurcir; a menudo les hablaba su madre de la necesidad de aprender a cocinar, con objeto de que pudieran disponer de modo excelente una comida y reprender a una cocinera con conocimiento de causa. Ignorantes de los placeres del mundo, viendo como transcurría la vida ejemplar de sus padres, sólo de vez en cuando miraban más allá de las cuatro paredes de aquella vieja casa patrimonial que, para su madre, constituía el universo entero. Las reuniones celebradas con ocasión de las solemnidades familiares constituían todo

el porvenir de sus goces terrenos. Cuando el gran salón situado en el segundo piso había de recibir a la señora Roguin, perteneciente a la familia Chevrel, quince años más joven que su prima y que lucía hermosos diamantes; al joven Roubourdin, subjefe de Hacienda; al señor César Birotteau, rico perfumista, y a su mujer, llamada madame César; al señor Camusot, el negociante en sedas más rico de la calle de los Bourdonnais, y a su suegro, el señor Cardot; a dos o tres banqueros y a mujeres irreprochables; los preparativos que exigía la forma en que los objetos de plata, la porcelana de Sajonia, las bujías y la cristalería estaban empaquetados, servían de distracción a la vida monótona de aquellas tres mujeres que iban y venían con tanto entusiasmo como unas monjas que esperan la visita de su obispo. Luego, por la noche, cuando fatigadas las tres de tanto haber frotado, desempaquetado y puesto en su sitio los ornamentos de la fiesta, las dos jóvenes ayudaban a su madre a acostarse, la señora Guillaume les decía:

—¡Hijas mías, hoy no hemos hecho nada!

Cuando en estas solemnes reuniones la “hermana tornera” permitía bailar, relegando a su dormitorio las partidas de boston, de tablas reales y de whist, esta concesión era considerada como una de las felicidades más inesperadas y causaba un placer igual al de ir a los dos o tres grandes bailes a los que Guillaume llevaba a sus hijas en carnaval. En fin, una vez al año, el honrado pañero daba una fiesta en la que no escatimaba nada. Por muy ricas y elegantes que fuesen las personas invitadas, se guardaban muy bien de despreciar la invitación a la fiesta, ya que las casas más importantes tenían necesidad del inmenso crédito, de la fortuna o de la gran experiencia del señor Guillaume. Pero las dos hijas de aquel digno negociante no aprovechaban tanto como se pudiera suponer las enseñanzas que el mundo ofrece a las almas jóvenes. En estas reuniones que, por lo demás, estaban inscritas en el libro de vencimientos de la casa, lucían unas galas cuya mezquindad las hacía sonrojar. Su modo de bailar no ofrecía nada de notable, y la vigilancia materna no les permitía sostener conversación con sus compañeros de baile más que por síes o noes. Además, la ley de la vieja muestra del “Gato que juega a la pelota” les ordenaba regresar a casa a las once de la noche, momento en el que los bailes y las fiestas empiezan a animarse. Así, sus placeres, en apariencia bastante conformes con la fortuna de su padre, volvíanse a menudo insípidos por circunstancias basadas en las costumbres y en los principios de aquella familia. En cuanto a su vida habitual, una sola observación acabará de describirla. La señora Guillaume exigía que sus hijas se vistieran muy temprano, que bajasen todos los días a la misma hora, y sometía sus ocupaciones a una regularidad monástica. Sin embargo, Agustina había recibido del azar un alma lo bastante elevada para comprender el vacío de aquella existencia. A veces sus ojos azules se alzaban como para interrogar las profundidades de aquella lóbrega escalera y de aquellos húmedos almacenes. Después de haber sondeado aquel silencio claustral, parecía percibir de lejos confusas revelaciones de la vida apasionada que otorga a los sentimientos un precio mucho más alto que a las cosas.

En esos momentos su rostro se ruborizaba, sus manos, inactivas, dejaban caer la blanca muselina sobre la lisa madera de roble del mostrador; mas pronto le decía su madre con una voz que seguía siendo áspera, incluso cuando quería resultar más suave:

—Agustina, ¿en qué estás pensando, hija mía?

Quizá *Hipólito, conde de Douglas*^[1] y *El conde de Comminges*^[2], dos novelas encontradas por Agustina en el armario de una cocinera recientemente despedida por la señora Guillaume, contribuyeron a desarrollar las ideas de aquella joven, que las había devorado furtivamente durante las largas noches del invierno anterior. Las expresiones de vago deseo, la voz dulce, la piel blanca como el jazmín y los ojos azules de Agustina habían encendido, por ello, en el alma del pobre Lebas un amor tan violento como respetuoso. Por un capricho fácil de comprender, Agustina no sentía atracción alguna hacia el joven huérfano, quizá porque ignoraba que la amaba. En cambio, las largas piernas, los cabellos castaños, las manos grandes y el aspecto vigoroso del primer dependiente habían hallado una secreta admiradora en la señorita Virginia que, a pesar de sus cincuenta mil escudos de dote, no había sido pedida por nadie en matrimonio. Nada más natural que estas dos pasiones inversas, nacidas en el silencio de aquellos mostradores oscuros como florecen las violetas en la profundidad de un bosque. La muda y constante contemplación que reunían los ojos de aquellas personas jóvenes en una necesidad violenta de distracción en medio de trabajos continuos y monótonos y de una paz religiosa, habían de despertar, tarde o temprano, sentimientos de amor. La costumbre de ver un rostro hace que insensiblemente vayan descubriéndose en él las cualidades del alma y se acaben por borrar los defectos.

—Por lo que veo, no tardará en llegar el momento en que mis hijas tendrán que arrodillarse delante de un hombre para rogarle que se case con ellas —se dijo el señor Guillaume al leer el primer decreto en virtud del cual Napoleón anticipó las levas de soldados.

A partir de aquel día, desesperado al ver que su hija mayor iba marchitándose, el viejo comerciante recordó que se había casado con la señorita Chevrel en la situación en que ahora se encontraban José Lebas y Virginia. ¡Qué hermoso resultaría casar a su hija y saldar una deuda sagrada, devolviendo a un huérfano la felicidad que él mismo había recibido de su predecesor en las mismas circunstancias! Con treinta y tres años de edad, José Lebas pensaba en los obstáculos que quince de diferencia hacían surgir entre él y Agustina. Además, demasiado perspicaz para no adivinar las intenciones del señor Guillaume, conocía lo bastante bien los principios inexorables de su patrono para saber que jamás la hija pequeña se casaría antes que la mayor. El pobre dependiente, cuyo corazón era tan excelente como largas eran sus piernas y ancho su tórax, sufría, pues, en silencio.

Tal era el estado de las cosas en aquella pequeña república que, en medio de la calle de Saint-Denis, se parecía bastante a una sucursal de la orden de la Trapa. Pero, a fin de dar una idea tan clara de los sucesos externos como de los sentimientos, es

necesario que nos remontemos a unos meses antes de la escena con que se inicia esta historia. Al caer la noche, un joven transeúnte que pasaba por delante de la oscura tienda del “Gato que juega a la pelota” se había detenido unos instantes para contemplar un cuadro que habría llamado la atención de cualquier pintor del mundo. El almacén, debido a que todavía no estaban encendidas las luces, formaba como un plano negro en cuyo fondo se veía el comedor del negociante en paños. Una lámpara astral esparcía esa luz amarilla que tanta gracia confiere a los cuadros de la escuela holandesa. El blanco mantel, la vajilla de plata, la cristalería, constituían brillantes accesorios que aún parecían más bellos por los vivos contrastes entre la sombra y la luz. La cara del padre de familia y la de su mujer, los rostros de los dependientes y las formas puras de Agustina, a dos pasos de la cual se hallaba una muchacha gorda y mofletuda, componían un grupo tan curioso, aquellas cabezas eran tan originales, y cada carácter poseía una expresión tan franca, se adivinaban tan a las claras la paz, el silencio y la modesta vida de aquella familia, que para un artista acostumbrado a expresar la naturaleza había algo de desesperante al querer reproducir aquella fortuita escena. Aquel transeúnte era un joven pintor que siete años antes había ganado el primer premio de pintura. Regresaba de Roma. Su alma nutrida de poesía, sus ojos saciados de Rafael y de Miguel Ángel, estaban sedientos de naturaleza verdadera después de una larga estancia en un país pomposo donde el arte ha esparcido por doquier su grandiosa influencia. Equivocado o no, tal era su sentimiento personal. Entregado durante mucho tiempo al ardor de las pasiones italianas, su corazón exigía una de aquellas vírgenes modestas y recatadas que, por desgracia, en Roma sólo había podido encontrar en las pinturas. Del entusiasmo que en su alma exaltada había impreso el cuadro natural que estaba contemplando pasó de un modo insensible a una profunda admiración por la figura principal: Agustina parecía pensativa y no comía; por una disposición de la lámpara cuya luz caía de lleno sobre su rostro, su busto parecía moverse en un círculo de fuego que hacía destacar más vivamente los contornos de su cabeza y la iluminaba de un modo casi sobrenatural. El artista la comparó involuntariamente con un ángel en el destierro que se acordase de su morada del cielo. Una sensación casi desconocida, un amor limpio e hirviente inundó su corazón. Tras haber permanecido unos instantes cómo abrumado bajo el peso de sus ideas, arrancose a su felicidad, volvió a su casa y no comió ni durmió. Al día siguiente entró en su estudio para no salir de él hasta que hubo plasmado en un lienzo la magia de aquella escena cuyo recuerdo le había en cierto modo fanatizado. Su felicidad siguió siendo incompleta hasta que poseyó un fiel retrato de su ídolo. Pasó varias veces por delante de la casa del “Gato que juega a la pelota”; incluso se atrevió dos o tres veces a entrar disimuladamente en ella con objeto de ver más de cerca a la encantadora criatura que la señora Guillaume cubría con su ala. Durante ocho meses enteros, entregado a su amor y a sus pinceles, permaneció invisible para sus amigos más íntimos, olvidándose del mundo, de la poesía, del teatro, de la música y de sus costumbres más caras.

Una mañana, Girodet forzó todas las consignas que los artistas conocen y saben eludir, llegó hasta él y le sacó de su ensimismamiento con esta pregunta:

—¿Qué piensas presentar en el Salón?

El artista cogió la mano de su amigo, lo llevó a su estudio y descubrió un pequeño cuadro de caballete y un retrato. Tras una lenta y ávida contemplación de las dos obras maestras, Girodet se arrojó al cuello de su compañero y le abrazó, incapaz de pronunciar una palabra. Sus emociones sólo podían comunicarse tal como las sentía, de alma a alma.

—¿Estás enamorado? —le preguntó Girodet.

Ambos sabían que los más bellos retratos de Ticiano, de Rafael y de Leonardo de Vinci fueron debidos a sentimientos exaltados y que, bajo diversas condiciones, esos sentimientos engendran todas las obras maestras. Como única respuesta, el joven artista inclinó la cabeza.

—¡Qué feliz eres al poder estar enamorado aquí, a tu regreso de Italia! No te aconsejo que presentes esas obras al Salón —añadió el gran pintor—. Debes darte cuenta de que estos dos cuadros no serían comprendidos allí. Estos colores verdaderos, este trabajo prodigioso no pueden ser apreciados todavía, pues el público no está acostumbrado a tanta profundidad. Las pinturas que ahora realizamos, amigo mío, no son más que biombos. ¡Sería mejor que hiciéramos versos y tradujésemos a los autores clásicos! Podemos esperar de ello mayor gloria que la que puedan brindarnos nuestras desdichadas telas.

A pesar de este caritativo aviso, las dos telas fueron expuestas. La escena del interior provocó una revolución dentro de la pintura. Dio origen a esos cuadros de género cuya prodigiosa cantidad en todas nuestras exposiciones podría hacer creer que se obtienen por procedimientos puramente mecánicos. En cuanto al retrato, hay pocos artistas que no conserven el recuerdo de esa tela viva a la cual el público, a veces justo, respetó la corona que le había colocado el propio Girodet. Los dos cuadros se vieron rodeados de una inmensa multitud. La gente se mataba por admirarlos, como dicen las mujeres. Algunos especuladores, grandes señores, los cubrieron de napoleones dobles, pero el artista rehusó obstinadamente venderlos e incluso se negó a hacer copias de ellos. Le ofrecieron una suma inmensa para reproducirlos en grabados, pero los comerciantes no fueron más afortunados que los aficionados a la pintura. Aunque este episodio ocupara a un gran número de personas, no era de tal naturaleza como para llegar al fondo de la pequeña Tebaida de la calle de Saint-Denis; sin embargo, al regresar de una visita a la señora Guillaume, la mujer del notario habló de la exposición delante de Agustina, a quien quería mucho, y le explicó su finalidad. La charla de la señora Roguin inspiró naturalmente a Agustina el deseo de ver los cuadros, y la audacia de pedir en secreto a su prima que la acompañase al Louvre. En la negociación iniciada por la prima cerca de la señora Guillaume aquélla salió airosa de su cometido y logró arrancar a Agustina de sus monótonas tareas por espacio de dos horas. La joven atravesó, pues, la muchedumbre

de admiradores y llegó hasta el cuadro laureado. Un estremecimiento la hizo temblar de pies a cabeza cuando se reconoció en él. Tuvo miedo y miró a su alrededor para reunirse con la señora Roguin, de quien había sido separada por el gentío. En aquel momento sus ojos asustados se encontraron con el rostro encendido del joven pintor. Recordó de pronto la fisonomía de un transeúnte al que con curiosidad había observado a menudo, creyendo que se trataba de un nuevo vecino.

—Ya veis lo que el amor me ha inspirado —dijo el artista al oído de la tímida criatura, que se quedó toda asustada al escuchar estas palabras.

Halló un valor sobrenatural para vencer la presión de la gente y para reunirse con su prima, que aún estaba ocupada en atravesar la masa de curiosos que le impedía llegar hasta el cuadro.

—¡Corréis peligro de morir asfixiada! —exclamó Agustina—. ¡Vámonos de aquí!

Pero en el Salón hay ciertos momentos en los cuales dos mujeres no son siempre libres de dirigir sus pasos por las galerías. La señorita Guillaume y su prima fueron empujadas algunos pasos más allá del segundo cuadro como consecuencia de los movimientos irregulares de la muchedumbre. Quiso el azar que tuviesen oportunidad de acercarse juntas a la tela tan celebrada por la moda, esta vez de acuerdo con el talento. La exclamación de sorpresa que profirió la mujer del notario se perdió entre el barullo de la muchedumbre; en cuanto a Agustina, lloró involuntariamente al ver aquella maravillosa escena, y por un sentimiento casi inexplicable llevó un dedo a los labios al advertir a dos pasos de ella la figura extática del joven artista. El desconocido respondió con un gesto y señaló hacia la señora Roguin, como si se tratase de una aguafiestas, con objeto de demostrar a Agustina que había sido comprendida por él. Esta pantomima arrojó como un brasero en el cuerpo de la pobre muchacha, la cual creyó haber cometido un crimen al figurarse que acababa de concertar un pacto con el artista. Un calor sofocante, la continua visión de los más hermosos vestidos, el aturdimiento que producía en Agustina la variedad de los colores, la multitud de las figuras vivas o pintadas y la profusión de los marcos de oro, le hicieron experimentar una especie de embriaguez que redobló sus temores. Quizá se habría desvanecido si, a pesar de este caos de sensaciones, no se hubiera elevado del fondo de su corazón un gozo desconocido que vivificó todo su ser. No obstante, creyose bajo el imperio de ese demonio cuyas trampas le habían sido anunciadas por la palabra atronadora de los predicadores. Aquel momento fue para ella como un momento de locura. Viose acompañada hasta el coche de su prima por aquel joven resplandeciente de felicidad y de amor. Presa de una irritación completamente nueva, de una embriaguez que la entregaba en cierto modo a merced de la naturaleza, Agustina escuchó la voz elocuente de su corazón y miró varias veces al joven pintor, dejando traslucir la turbación que de ella se había adueñado. Jamás el arbol de sus mejillas había formado contrastes más vigorosos con la blancura de su piel. El artista contempló entonces aquella belleza en todo su esplendor, aquel pudor en toda su gloria. Agustina experimentó una especie de alegría mezclada de terror,

pensando que su presencia causaba la felicidad de aquel cuyo nombre se hallaba en todos los labios, cuyo talento daba inmortalidad a imágenes pasajeras. ¡Era amada! ¡Le era imposible dudar de ello! Cuando ya no vio al artista, estas sencillas palabras resonaban aún en su corazón: “Ya veis lo que el amor me ha inspirado”. Y las palpitaciones, que se habían hecho más profundas, le parecieron dolorosas, pues hasta ese punto su sangre ardiente despertó en su ser potencias desconocidas. Fingió tener una gran jaqueca para soslayar la obligación de responder a las preguntas que le hizo su prima relativas a los cuadros; pero, a su regreso, la señora Roguin no pudo por menos de hablar a la señora Guillaume de la celebridad alcanzada por el “Gato que juega a la pelota” y Agustina tembló de los pies a la cabeza al oírle decir a su madre que iría al Salón para ver su casa representada pictóricamente. La joven insistió de nuevo en que se sentía indispuesta y obtuvo permiso para acostarse.

—Ya veis lo que se gana con todos esos espectáculos —exclamó el señor Guillaume—; sólo dolores de cabeza. ¿Resulta acaso divertido ver en pintura lo que a diario puede verse en nuestra calle? No me habléis de esos artistas, que son, como vuestros autores, unos muertos de hambre. ¿Qué necesidad tienen de tomar mi casa para vilipendiarla en sus cuadros?

—Quizás esto nos haga vender algunas varas más de tela —comentó José Lebas.

Su observación no impidió que las artes y el pensamiento fuesen condenados una vez más ante el tribunal de los negocios. Como puede imaginar el lector, estos discursos no dieron grandes esperanzas a Agustina, la cual, durante la noche, entregose a la primera meditación del amor. Los acontecimientos de aquel día fueron como un sueño que ella se complació en reproducir en su mente. Inicióse en los temores, en las esperanzas, en los remordimientos, en todas esas fluctuaciones de sentimiento que debían mecer un corazón sencillo y tímido como el suyo. ¡Qué vacío tan grande reconoció en aquella lóbrega casa, y qué tesoro encontró en su propia alma! ¡Ser la mujer de un hombre de talento, compartir su gloria! ¿Qué estragos no había de causar semejante idea en el corazón de una muchacha criada en el seno de aquella familia? ¿Qué esperanza no había de despertar en una joven que, alimentada hasta entonces por principios vulgares, había deseado una vida elegante? Un rayo de sol había caído sobre aquella casa. Agustina sintió de pronto que estaba amando. Tantos eran los sentimientos que se amontonaban a la vez en ella que sucumbió sin calcular nada. ¿Acaso a la edad de dieciocho años no interpone el amor su prisma entre el mundo y los ojos de una joven? Incapaz de adivinar los rudos choques que resultan de la alianza entre una mujer enamorada y un hombre de imaginación, creyó estar destinada a labrar la felicidad de éste, sin advertir ninguna diferencia entre ambos. Para ella el presente era todo el porvenir. Cuando, al día siguiente, su padre y su madre volvieron del Salón, sus rostros entristecidos anunciaron cierta contrariedad. Ante todo, los dos cuadros habían sido retirados por el pintor; además, la señora Guillaume había perdido el chal de cachemira. La noticia de que los cuadros acababan de desaparecer, después de su visita al Salón, constituyó para Agustina la

revelación de una delicadeza de sentimientos que las mujeres saben apreciar siempre, incluso instintivamente.

Aquella mañana en que, al regresar de un baile, Teodoro de Sommervieux —ése era el nombre que la fama había llevado al corazón de Agustina— fue rociado por los dependientes del “Gato que juega a la pelota” mientras aguardaba la aparición de su ingenua amiga, ciertamente muy ajena de que él se encontrara allí, era la cuarta vez que los dos amantes se veían desde la escena del Salón. Los obstáculos que el régimen de la casa de Guillaume oponía al carácter fogoso del artista daban a su pasión por Agustina una violencia fácil de concebir. ¿Cómo abordar a una joven sentada en un mostrador entre dos mujeres como la señorita Virginia y la señora Guillaume? ¿Cómo tener correspondencia epistolar con ella, si su madre no la dejaba ni a sol ni a sombra? Diestro, como todos los amantes, en crearse dificultades y desgracias, Teodoro imaginaba un rival en la persona de uno de los dependientes y suponía a los otros dos aliados de su rival. Aun escapando a tantos Argos, fracasaría ante los ojos severos del viejo negociante o de la señora Guillaume. ¡Barreras por doquier, por doquier la desesperación! La violencia misma de su pasión impedía al joven pintor encontrar aquellos ingeniosos expedientes que, tanto entre los presos como entre los amantes, parecen constituir el último esfuerzo de la razón caldeada por una salvaje necesidad de libertad o por el fuego del amor. Teodoro daba entonces vueltas por el barrio con la actividad de un demente, como si el movimiento fuera capaz de inspirarle algún ardid. Después de haberse atormentado bien la imaginación, descubrió el truco de ganar a precio de oro la confianza de la mofletuda criada. Así, pues, algunas cartas fueron intercambiadas durante la quincena que siguió a la deplorable mañana en que el señor Guillaume y Teodoro se habían mirado uno a otro con ojos escrutadores. En aquel momento los dos jóvenes habían convenido en verse a cierta hora del día y el domingo, en Saint-Leu, durante la misa y las vísperas. Agustina había enviado a su querido Teodoro la lista de los parientes y amigos de la familia, cerca de los cuales el joven pintor trató de tener acceso con el fin de que, si era posible, se interesara por sus amores alguna de aquellas almas ocupadas por el dinero y el comercio, y a las que una pasión verdadera debía parecer la especulación más monstruosa, una especulación inaudita. Por otra parte, nada cambió en las costumbres del “Gato que juega a la pelota”. Si Agustina estaba distraída; si, contra toda obediencia a las leyes de la casa, subía a su habitación para, por medio de una maceta, hacer señales; si suspiraba, si pensaba, en fin, nadie, ni siquiera su madre, se daba cuenta de ello. Esta circunstancia causará cierta sorpresa a quienes hayan comprendido el espíritu de aquella casa en la que un pensamiento matizado de poesía había de producir un contraste entre los seres y las cosas, en la que nadie podía permitirse un gesto ni una mirada que no fueran vistos y analizados. Sin embargo, nada más natural: aquella nave tan tranquila que navegaba por el mar tempestuoso de la plaza de París bajo el pabellón del “Gato que juega a la pelota” era presa de una de esas tempestades que cabe llamar equinocciales debido a su repetición periódica.

Desde hacía quince días los cinco hombres de la tripulación, la señora Guillaume y la señorita Virginia, se entregaban a ese tremendo trabajo sobradamente conocido por el nombre de “inventario”. Removíanse todos los bultos y se efectuaba el vareaje de las piezas para cerciorarse del valor exacto de todos los retales. Examinábase cuidadosamente la tarjeta suspendida de cada paquete para comprobar la fecha en que habían sido compradas las telas. Fijábase el precio actual. Siempre de pie, con la vara en la mano y la pluma detrás de la oreja, el señor Guillaume parecía un capitán que dirigiese unas maniobras. Su voz aguda al pasar a través de un ventanuco para interrogar la profundidad de las escotillas del almacén de abajo, dejaba oír esas bárbaras locuciones del comercio, que sólo se expresa por medio de enigmas: “¿Cuánto hay de H-N-Z?”. “Nada”. “¿Qué queda de Q-X?”. “Dos varas”. “¿De qué precio?”. “Cinco-cinco-tres”. “Llevad a tres A todo el J-J, todo el M-P y el resto de V-D-O”. Otras mil frases, tan ininteligibles como éstas, cruzaban a través de los mostradores como versos de la moderna poesía que unos románticos hubieran citado para mantener el entusiasmo por alguno de sus poetas. Por la noche, Guillaume, encerrado con su dependiente y su mujer, saldaba las cuentas, escribía a los morosos y hacía facturas. Los tres preparaban ese trabajo inmenso, cuyo resultado cabía en una hoja grande de papel y demostraba a la Casa Guillaume que había tanto en dinero, tanto en mercancías, tanto en letras de cambio y tanto en billetes; que no debía un céntimo, que a ella le debían cien o doscientos mil francos; que el capital había aumentado; que las granjas, las casas y las rentas iban a ser redondeadas, reparadas o dobladas. De ahí resultaba la necesidad de volver a comenzar con más ardor que nunca a acumular nuevos escudos, sin que a aquellas laboriosas hormigas se les ocurriera preguntarse: “¿para qué?”. Gracias a este tumulto general la afortunada Agustina escapaba a la atención de sus Argos. Finalmente, un sábado por la noche, tuvo efecto la conclusión del inventario. Las cifras del activo total ofrecieron un número lo bastante nutrido de ceros para que, en atención a esta circunstancia, Guillaume suprimiese la severa consigna que todo el año remaba a la hora de los postres. El astuto pañero se frotó las manos y permitió a sus dependientes que permanecieran sentados a la mesa. Apenas había acabado de apurar su copita de licor casero cada uno de los hombres de la tripulación cuando se oyó el ruido producido por las ruedas de un coche. La familia se fue a ver *La Cenicienta* al *Variedades*, mientras que los dos últimos dependientes recibieron un escudo de seis francos cada uno de ellos y permiso para ir a donde les pareciese, con tal de que hubieran regresado a medianoche.

A pesar de ello, el domingo por la mañana el viejo comerciante de paños se afeitó a las seis y se puso su traje marrón, cuyos soberbios reflejos le causaban siempre la misma satisfacción; luego, hacia las siete, en el momento en que aún dormían todos en la casa, se dirigió hacia el pequeño gabinete contiguo a su almacén del primer piso. La luz llegaba a este gabinete por una ventana enrejada, que recaía a un pequeño patio cuadrado, formado por paredes tan negras que le daban el aspecto de un pozo.

El viejo negociante abrió los postigos de aquella ventana y el aire helado del patio fue a refrescar la cálida atmósfera del gabinete, que exhalaba el olor peculiar de las oficinas. El comerciante permaneció en pie, con la mano apoyada en el brazo de una butaca de caña forrada de un tafilete cuyo primitivo color había desaparecido, y vaciló unos instantes antes de sentarse. Miró con semblante enternecido el doble pupitre, en el cual el asiento de su esposa se hallaba frente al suyo. Contempló los diversos utensilios de la oficina y creyó encontrarse ante la sombra del señor Chevrel. Cogió el taburete donde antaño se había sentado él mismo en presencia de su difunto patrono. Este taburete, tapizado de cuero negro y del cual se escapaba la crin por los ángulos desde hacía bastante tiempo, sin que llegara a perderse, lo colocó con mano trémula en el mismo sitio que lo había puesto su predecesor; luego, con una agitación difícil de describir, tiró de la campanilla que correspondía a la cabecera de la cama de José Lebas. Cuando hubo dado ese golpe decisivo, el anciano, para quien los recuerdos resultaban sin duda demasiado fuertes, cogió tres o cuatro letras de cambio que le habían sido presentadas y las estaba mirando sin verlas cuando José Lebas apareció de súbito en el gabinete.

—Sentaos ahí —le dijo Guillaume, mostrándole el taburete.

Como jamás el viejo patrono pañero había hecho que su dependiente se sentara ante él, José Lebas se estremeció.

—¿Qué pensáis de estas letras de cambio? —inquirió Guillaume.

—Creo que no se pagarán.

—¿Cómo?

—Anteayer me enteré de que Etienne y compañía han hecho sus pagos en oro.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó el pañero—. Hablemos de otra cosa, José, el inventario está ya terminado.

—Sí, señor; y el dividendo es uno de los mejores que habéis tenido.

—No empleéis esas nuevas palabras. Decid el producto, José. ¿Sabéis, muchacho, que es un poco a vos a quien debemos estos resultados? Así, no quiero que cobréis ya ningún sueldo. La señora Guillaume me ha dado la idea de que os ofreciese una participación en los beneficios. Vamos, José, ¿“Guillaume y Lebas” no harían una hermosa razón social? Podría añadirse “y Compañía” para redondear la firma.

Las lágrimas asomaron a los ojos de José Lebas, aunque procuró ocultarlas.

—¡Ah, señor Guillaume! ¿Cómo he podido merecer tantas bondades? No hago más que cumplir con mi deber. Era ya tan buena acción la de que os interesaseis por un pobre huérf...

José no se atrevía a mirar al anciano, el cual sonreía, creyendo que aquel modesto joven tenía sin duda necesidad, como él mismo en otro tiempo, de que lo animasen para hacer que la explicación resultara completa.

—Sin embargo —repuso el padre de Virginia—, vos no sois muy merecedor de este favor, José, no ponéis en mí tanta confianza como yo pongo en vos. (Al oír esto, el dependiente levantó rápidamente la cabeza). Poseéis el secreto de la caja. Desde

hace dos años os he descubierto casi todos mis negocios. Os he hecho viajar. En fin, todo os lo he confiado. ¿Pero vos...? Vos sentís una inclinación y no me habéis dicho una palabra de ello. (José Lebas se sonrojó). ¡Ah! ¡ah! —exclamó Guillaume—. ¿Pensabais engañar a un viejo zorro como yo? ¿A mí que, como sabéis, adiviné la quiebra de Lecocq?

—¿Cómo, señor? —repuso José examinando a su patrono con la misma atención con que éste le examinaba a él—, ¿sabéis acaso a quién amo?

—Lo sé todo, bribonzuelo —dijo el respetable y astuto mercader, tirándole cariñosamente de la oreja—. Y os perdono, porque yo hice lo mismo.

—¿Me la concederíais?

—Sí, con cincuenta mil escudos, te dejaré otros tantos y realizaremos nuevas inversiones con una nueva razón social. Todavía haremos otros negocios, muchacho —exclamó el viejo comerciante levantándose y agitando los brazos—. ¡Lo ves, yerno mío, como no hay nada como el comercio! Los que se preguntan el placer que encontramos en él son unos imbéciles. ¡Seguir la pista de los negocios, saber gobernar la plaza, aguardar con ansiedad, como en el juego, si los Etienne y compañía van a quebrar, ver pasar un regimiento de la guardia imperial con los uniformes hechos con nuestros tejidos, echar la zancadilla al vecino, legalmente, por supuesto! Fabricar más barato que los otros; seguir un negocio que uno proyecta, que empieza, que crece, se tambalea y triunfa; conocer, como un jefe de policía, todos los resortes de las casas de comercio para no errar el camino; mantenerse en pie en los naufragios; tener amigos, por correspondencia, en todas las ciudades manufactureras, ¿no es esto un perpetuo juego, José? Pero esto es vivir, ¡qué caramba! En medio de este ajeteo me moriré, como el viejo Chevrel, pero me encuentro muy a gusto.

En el calor de su elocuente improvisación el señor Guillaume casi no había mirado a su dependiente, el cual lloraba a lágrima viva.

—¡Bien, José, pobrecito hijo mío!, ¿qué te sucede?

—¡Ah!, la quiero tanto, tanto, señor Guillaume, que me falta el corazón, creo que...

—Bueno, muchacho —dijo el comerciante, enternecido—, eres más feliz de lo que crees, ¡demonstre! Ella también te quiere, ¡si lo sabré yo!

Y guiñó sus ojillos verdes mientras miraba a su dependiente.

—¡Señorita Agustina, señorita Agustina! —exclamó con entusiasmo José Lebas.

Disponíase a lanzarse fuera del gabinete cuando sintió que le retenía un brazo de hierro, y su patrón, estupefacto, lo volvió a traer vigorosamente ante él.

—¿Qué tiene que ver Agustina en este asunto? —inquirió Guillaume, cuya voz dejó helado a José Lebas.

—¿Es que... no es ella... quien me quiere? —balbuceó el dependiente.

Desconcertado por su falta de perspicacia, Guillaume volvió a sentarse y hundió la cabeza entre las dos manos para reflexionar acerca de la extraña situación en que se hallaba. José Lebas, avergonzado y desesperado, permaneció en pie. —José —repuso

el negociante con fría dignidad—, yo os estaba hablando de Virginia. El amor no se ordena, ya lo sé. Conozco vuestra discreción. Olvidémonos de todo esto. Nunca casaré a Agustina antes que a Virginia. Vuestro interés en el negocio será el diez por ciento.

El dependiente, al cual el amor dio no sé qué grado de valor y de elocuencia, juntó las manos, tomó la palabra y estuvo hablando durante un cuarto de hora a Guillaume con tanto calor y sensibilidad que la situación cambió. Si se hubiera tratado de un asunto comercial, el viejo negociante habría contado con reglas fijas para tomar una decisión; pero, lanzado a mil millas del comercio, en el mar de los sentimientos y sin brújula, ante un acontecimiento tan original, estuvo flotando irresoluto unos instantes.

—¡Qué demonio! José, ya sabes que tuve a mis dos hijas con diez años de diferencia. La señorita Chevrel no era guapa; sin embargo, no tiene por qué quejarse de mí. Haz, pues, como yo. ¡En fin, no llores, tonto! ¿Qué quieres? Quizás esto se arregle, ya veremos. Siempre hay algún medio para salir de apuros. Nosotros, los hombres, no somos siempre unos celadores para nuestras mujeres. ¿Comprendes? La señora Guillaume es devota y..., vamos, hijo mío, dale esta mañana el brazo a Agustina para ir a misa.

Tales fueron las frases lanzadas a la ventura por Guillaume. La conclusión de ellas entusiasmó al enamorado dependiente. Pensaba ya en uno de sus amigos como futuro novio de la señorita Virginia cuando salió del gabinete, estrechando la mano de su futuro suegro, tras haberle dicho que todo se arreglaría del mejor modo posible.

—¿Qué va a pensar la señora Guillaume?

Esta idea atormentó al buen comerciante cuando estuvo a solas.

A la hora del almuerzo la señora Guillaume y Virginia, a las cuales el comerciante había dejado que de momento ignorasen su contrariedad, miraron de un modo bastante malicioso a José Lebas, que se sintió en situación muy violenta. El pudor que manifestaba el dependiente le ganó la amistad de su suegra. La matrona se puso tan alegre que miró sonriendo al señor Guillaume y se permitió algunas pequeñas chanzas de uso inmemorial en estas inocentes familias. Empezó por dudar de la conformidad de estatura entre Virginia y José y les pidió que se pusieran de pie para comprobarlo. Estas bobadas preliminares hicieron aparecer algunas nubes en la frente del jefe de la familia, el cual manifestó tal sentido del decoro que mandó a Agustina que tomara el brazo del primer dependiente para ir a la iglesia de Saint-Leu. La señora Guillaume, asombrada por esta delicadeza masculina, honró a su marido con un gesto de aprobación. El cortejo, pues, partió de la casa en un orden que no podía sugerir ninguna maliciosa interpretación entre los vecinos.

—¿No os parece, señorita Agustina —decía el dependiente, temblando—, que la esposa de un negociante que tiene muy buen crédito, como el señor Guillaume por ejemplo, podría divertirse un poco más de lo que se divierte vuestra señora madre, lucir diamantes e ir en coche? ¡Oh, si yo me casase pondría todo mi empeño en ver

feliz a mi mujer! No la tendría en mi mostrador. En el comercio de tejidos, ¿sabéis?, las mujeres ya no son tan necesarias como lo eran antaño. El señor Guillaume ha tenido razón al obrar como ha obrado y, por otra parte, ése era el gusto de su esposa. Pero que una mujer sepa dar una mano a la contabilidad, a la correspondencia, a la venta, a los pedidos y a las tareas del hogar, con objeto de no permanecer ociosa, es ya suficiente. A las siete, cuando la tienda estuviese cerrada, yo iría a los espectáculos a divertirme. Pero estoy viendo que no me escucháis.

—Sí que os escucho, señor José. ¿Qué decíais de la pintura? Es algo muy hermoso.

—Sí, conozco a un maestro pintor de casas, el señor Lourdois, que tiene mucho dinero.

De este modo la familia llegó a la iglesia de Saint-Leu. Allí la señora Guillaume recuperó sus derechos y, por primera vez, hizo poner a Agustina a su lado, mientras Virginia tomaba asiento en la cuarta silla, junto a Lebas. Durante el sermón todo fue bien entre Agustina y Teodoro, el cual, detrás de una columna, rezaba a su virgen con todo fervor; pero en el momento de la elevación, la señora Guillaume se dio cuenta, aunque algo tarde, de que su hija Agustina tenía el libro de misa puesto del revés. Disponíase a echarle una buena reprimenda cuando, bajando su velo, interrumpió la lectura para mirar en la dirección que atraía los ojos de su hija. Con ayuda de sus antiparras vio al joven artista, cuya elegancia mundana anunciaba más bien a un capitán de caballería de permiso que a un negociante de barrio. Resulta difícil imaginar el violento furor que acometió a la señora Guillaume, la cual se jactaba de haber criado perfectamente a sus hijas, al descubrir en el corazón de Agustina un amor clandestino cuyos peligros exageraba su mojigatería e ignorancia. Creyó que su hija estaba gangrenada hasta la médula.

—Colocad bien vuestro libro, señorita —dijo en voz baja, pero temblando de ira.

Arrebató vivamente el devocionario acusador y lo puso de forma que las letras quedasen en su sentido natural.

—No tengáis la desdicha de levantar los ojos a ningún sitio que no sean vuestras oraciones —añadió—; de lo contrario os las veréis conmigo. Al terminar la misa vuestro padre y yo tenemos que hablaros.

Estas palabras fueron como un rayo para la pobre Agustina. Sintiose desfallecer; pero, combatida por el dolor que sentía y el temor de dar un escándalo en la iglesia, tuvo valor para ocultar su angustia. Sin embargo, era fácil adivinar el estado angustiado de su alma al ver cómo su devocionario temblaba y caían lágrimas en cada una de las páginas que iba volviendo. Por la mirada colérica que le lanzó la señora Guillaume, el artista vio el peligro que corrían sus amores y salió, con el corazón lleno de rabia, decidido a intentarlo todo.

—¡Id a vuestra habitación, señorita! —dijo la señora Guillaume a su hija al volver a su casa—; ya os mandaremos llamar; y, sobre todo, no intentéis salir sin que os lo permitan.

La conferencia que los dos cónyuges sostuvieron fue tan secreta que de momento no se supo una palabra de ella. Sin embargo, Virginia, que había animado a su hermana con amables palabras, llevó su complacencia hasta el punto de deslizarse junto a la puerta del dormitorio de su madre, en el cual tenía lugar la discusión, para ver si lograba captar algunas palabras. En el primer viaje que emprendió del piso tercero al segundo oyó que su padre exclamaba:

—Señora, ¿es que queréis matar a vuestra hija?

—¡Hermanita! —dijo Virginia a Agustina, que estaba llorando—, papá ha tomado tu defensa!

—¿Qué quieren hacerle a Teodoro? —preguntó la inocente criatura.

La curiosa Virginia volvió entonces a bajar. Pero esta vez permaneció escuchando más tiempo: se enteró de que Lebas amaba a Agustina. Estaba escrito que aquel día memorable una casa que de ordinario gozaba de tanta tranquilidad, sería un infierno. El señor Guillaume sumió a José Lebas en la desesperación al descubrirle el amor de Agustina por un extraño. Lebas, que había avisado a su amigo para que pidiera la mano de la señorita Virginia, vio frustradas sus esperanzas. La señorita Virginia, abrumada al saber que José la había en cierto modo desdeñado, sintiose presa de jaqueca. La cizaña sembrada entre marido y mujer por la discusión que el señor y la señora Guillaume habían mantenido y en la que, por tercera vez en su vida, hallaron que tenían opiniones diferentes, se manifestó de un modo terrible. En fin, a las cuatro de la tarde, Agustina, pálida, temblorosa y con los ojos enrojecidos, compareció ante su padre y su madre. La pobre niña contó ingenuamente la breve historia de sus amores. Tranquilizada por las palabras de su padre, que le había prometido escuchar sin interrumpirla, cobró cierto valor al pronunciar delante de sus progenitores el nombre de su querido Teodoro de Sommervieux, e hizo sonar maliciosamente la partícula aristocrática. Al entregarse al desconocido hechizo de hablar de sus sentimientos, halló suficiente valentía para declarar con inocente firmeza que amaba al señor de Sommervieux, que le había escrito, e incluso añadió con los ojos llenos de lágrimas:

—Me haríais muy desgraciada si me sacrificarais a otro hombre.

—Pero, Agustina, ¿es que no sabéis lo que es un pintor? —exclamó su madre, horrorizada.

—¡Señora Guillaume! —dijo el anciano padre imponiendo silencio a su mujer—. Agustina —añadió—, los artistas son en general unos muertos de hambre. Son demasiado derrochadores para no resultar siempre irnos malos sujetos. He suministrado géneros al difunto señor José Vernet, al difunto señor Lekain y al difunto señor Noverre. ¡Ah, si supieras cuántas malas pasadas le jugaron al pobre señor Chevrel el señor Noverre, el caballero de Saint-Georges y, sobre todo, el señor Philidor! Son unos bribones, lo sé muy bien. Tienen un modo de hablar, unas maneras... Jamás tu Sumer... Somm...

—¡De Sommervieux, padre!

—¡Está bien, de Sommervieux, sea! Nunca habrá sido contigo tan amable como lo fue conmigo el caballero de Saint-Georges el día en que obtuve una sentencia de los cónsules contra él. Así eran las personas de categoría en otro tiempo.

—Pero, padre mío, el señor Teodoro es noble, y me ha escrito que era rico. Su padre se llamaba el caballero de Sommervieux antes de la Revolución.

Al oír estas palabras el señor Guillaume miró a su terrible mitad, la cual, contrariada, golpeaba el suelo con la punta del pie y guardaba un lúgubre silencio: Incluso evitaba lanzar sus coléricas miradas a Agustina y parecía dejar al señor Guillaume toda la responsabilidad de un asunto tan grave, puesto que sus avisos no eran escuchados; sin embargo, a pesar de su aparente flema, cuando vio que su marido tomaba partido con tanta calma en una catástrofe que nada tenía de comercial, exclamó:

—En verdad, señor, sois tan débil con vuestras hijas que...

El ruido de un coche que se detenía ante la puerta interrumpió de pronto la amonestación que el viejo negociante estaba ya temiendo. Al cabo de un momento la señora Roguin se plantó en medio de la habitación y, contemplando a los tres actores de esta escena doméstica, dijo con aire de protección:

—Lo sé todo, prima.

La señora Roguin tenía un defecto: el de creer que la mujer de un notario de París puede representar el papel de hada benéfica.

—Lo sé todo —repitió— y vengo al arca de Noé como la paloma con el ramo de olivo. He leído esta alegoría en *El Genio del Cristianismo* —dijo volviéndose hacia la señora Guillaume— y la comparación debe agradaros, prima. ¿Sabéis —añadió sonriendo y dirigiéndose a Agustina— que ese señor de Sommervieux es un hombre encantador? Esta mañana me ha entregado mi retrato hecho de mano maestra. Por lo menos vale seis mil francos.

Al decir estas palabras dio un golpecito en el brazo del señor Guillaume. El viejo negociante no pudo por menos de esbozar con los labios una mueca que le era peculiar.

—Conozco mucho al señor de Sommervieux —repuso la paloma—. Desde hace unos quince días asiste a mis veladas, en las que constituye el principal aliciente. Me ha contado todas sus cuitas y me ha tomado como su abogado. Desde esta mañana sé que adora a Agustina y Agustina será para él. ¡Ah, querida prima, no mováis así la cabeza en señal de que rehusáis! Debéis saber que va a recibir el título de barón y que acaba de ser nombrado caballero de la Legión de Honor por el propio Emperador, en el Salón. Roguin es ahora su notario y conoce sus asuntos. Pues bien. El señor de Sommervieux posee doce mil libras de renta. ¿Sabéis que el suegro de un hombre como él puede llegar a ser cualquier cosa, por ejemplo alcalde de su barrio? ¿Acaso no sabéis que el señor Dupont ha sido hecho conde del Imperio y senador por haber ido, en su calidad de alcalde, a felicitar al Emperador por su entrada en Viena? ¡Oh si esa boda se realizara! Adoro a ese joven. Su conducta en relación con Agustina sólo

se ve en las novelas. Vamos, pequeña, tú serás feliz y cualquiera querría hallarse en tu lugar. En mi casa, durante mis veladas, recibo a la señora duquesa de Carigliano, que está loca por el señor de Sommervieux. Algunas malas lenguas dicen que sólo viene a mi casa para encontrarse con él, como si una duquesa de ayer pudiera desmerecer junto a una Chevrel, cuya familia cuenta con un siglo de buena burguesía. Agustina —continuó después de una breve pausa—, he visto el retrato. ¡Dios mío, qué hermoso es! ¿Sabes que el Emperador ha querido verlo? Ha dicho, riendo al vicecondestable que si en su corte hubiera muchas mujeres como aquélla cuando acuden a ella los reyes, se sentiría capaz de mantener la paz en Europa. ¿Verdad que resulta halagador?

Las tormentas con que había comenzado el día debían parecerse a las que produce la naturaleza, tras las cuales viene siempre un tiempo tranquilo y sereno. La señora Roguin desplegó tantas seducciones en sus discursos, supo tocar tantas cuerdas a la vez en los corazones áridos del señor y de la señora Guillaume, que acabó por hallar una de la cual pudo sacar partido. En aquella época singular el comercio y las finanzas tenían la obsesión de emparentar con los grandes señores y los generales del Imperio se aprovecharon bastante bien de estas disposiciones. El señor Guillaume se oponía encarnizadamente a tan deplorable manía. Según su axioma predilecto, para hallar la felicidad una mujer debía casarse con un hombre de su clase; más tarde o más temprano se expiaba la culpa de haber querido subir demasiado alto; el amor resistía tan poco los ajetreos del hogar que era preciso que cada cónyuge hallase en el otro cualidades muy sólidas para poder ser felices; no era preciso que uno supiera más que el otro; lo principal era que se comprendiesen; un marido que hablase griego y una mujer que hablase latín, exponíanse a morir de hambre. Él mismo había inventado esta especie de proverbio. Comparaba los casamientos hechos de ese modo con aquellas antiguas telas de seda y lana, en las que la seda acababa siempre por cortar la lana. Sin embargo, hay tanta vanidad en el fondo del corazón del hombre, que la prudencia de un piloto que tan bien gobernaba el “Gato que juega a la pelota” sucumbió a la agresiva volubilidad de la señora Roguin. La severa señora Guillaume fue la primera en encontrar en la inclinación de su hija motivos para derogar esos principios y para consentir en recibir en su casa al señor de Sommervieux, después de prometerse a sí misma someterlo a un riguroso examen.

El viejo negociante fue al encuentro de José Lebas y lo instruyó acerca del estado de cosas. A las seis y media aquel mismo comedor que había representado en su cuadro el pintor, reunió bajo su techo de vidrio a la señora y al señor Roguin, al joven pintor y a su encantadora Agustina, a José Lebas, que llevaba con paciencia su felicidad, y a la señorita Virginia, cuya jaqueca había cesado. El señor y la señora Guillaume vieron ya en lontananza a sus dos hijas casadas y los destinos del “Gato que juega a la pelota” puestos en buenas manos. Su contentamiento llegó al colmo cuando, a la hora de los postres, Teodoro les obsequió con el asombroso cuadro que ellos no habían podido ver y que representaba el interior de aquella vieja tienda, a la

cual debían toda su felicidad.

—¡Qué bonito —exclamó Guillaume—. ¡Y decir que querían dar treinta mil francos por eso!

—Se diría que esas telas desplegadas —añadió Lebas— puede cogerlas uno con la mano.

—La ropa queda siempre muy bien —respondió el pintor—. Nos tendríamos por muy dichosos si pudiéramos alcanzar en esto la perfección lograda por los artistas antiguos.

—¿Os gustan, pues, las telas? —exclamó el señor Guillaume—. ¡Bien, puesto que amáis el comercio, nos entenderemos! ¿Por qué habríais de despreciar el comercio? El mundo comenzó por él, puesto que Adán vendió el paraíso por una manzana. ¡No fue un buen negocio, que digamos!

Y el viejo negociante se echó a reír con una risa franca, excitada por el vino de Champaña que hacía circular generosamente. La venda que cubría los ojos del joven artista era tan espesa que encontró amables a sus futuros suegros. Cuidó de divertirles con algunas frases de buen gusto, de modo que les resultó muy simpático. Al atardecer, cuando el salón quedó desierto, mientras la señora Guillaume iba de la mesa a la chimenea y de un candelabro a otro, soplando precipitadamente las bujías, el buen negociante, que siempre sabía ver claro cuando se trataba de negocios o de dinero, atrajo a su hija Agustina junto a sí y después de haberla hecho sentar sobre sus rodillas, le espetó el siguiente discurso:

—Querida hija, te casarás con el señor de Sommervieux puesto que así lo quieres; te permito arriesgar tu capital de felicidad. Pero no me dejes engañar por esos treinta mil francos que se ganan echando a perder buenas telas. El dinero que llega tan de prisa, con la misma prisa se va. ¿Acaso no le he oído decir a ese joven loco que el dinero es redondo para que pueda rodar? Si es redondo para las personas pródigas, es plano para las personas ahorrativas, que apilan una moneda sobre otra. Ahora bien, hija mía, ese guapo mozo ¿habla de darte coches o diamantes? ¡Si tiene dinero y lo gasta contigo, *bene sit!* Nada tengo que objetar a ello. Pero en cuanto a lo que yo te doy, no quiero que unos escudos amasados con tanto trabajo se vayan en carrozas y perifollos. El que gasta demasiado, nunca es rico. Con los cien mil escudos de tu dote no puede comprarse París y aunque algún día quieras disponer de varios centenares de miles de francos, haré que los esperes, ¡vive Dios! Cuanto más tiempo, mejor. Me llevé, pues, aparte a tu pretendiente, y debo decirte que un hombre que provocó la quiebra de Lecocq no ha encontrado demasiado trabajo en convencer a un artista para que consintiese en casarse en régimen de separación de bienes. Vigilaré el contrato para hacer estipular las donaciones que se propone constituirte. Vamos, hija mía, espero llegar a ser abuelo, ¡qué diantre!, y quiero ocuparme desde ahora de mis nietos. Júrame, pues, que no firmarás nada sobre dinero sin pedirme antes consejo. Y si fuera demasiado pronto a reunirme con el señor Chevrel, júrame que consultarás al joven Lebas, tu cuñado. Anda, prométemelo.

—Sí, padre, te lo juro.

Al oír estas palabras, pronunciadas con dulce voz, el anciano besó a su hija en ambas mejillas. Aquella noche todos los amantes durmieron casi tan apaciblemente como el señor y la señora Guillaume.

Unos meses después de este memorable domingo, en la iglesia de Saint-Leu, se celebraron dos bodas muy distintas. Agustina y Teodoro comparecieron en todo el esplendor de su dicha, con los ojos llenos de amor, bien vestidos y con un hermoso coche a la puerta. Virginia, apoyada en el brazo de su padre, seguía humildemente a su hermana menor, más modestamente vestida y como una sombra necesaria para la armonía de aquel cuadro. El señor Guillaume había procurado por todos los medios imaginables que en la iglesia casasen a Virginia antes que a Agustina; pero tuvo el dolor de ver que el alto y bajo clero se dirigía preferentemente a la más elegante de las dos jóvenes que contraían matrimonio. Oyó que algunos de sus vecinos aprobaban el buen juicio de la señorita Virginia al hacer, según ellos, el matrimonio más conveniente y permanecer fiel a su barrio; en tanto que lanzaban algunas indirectas, hijas de la envidia, sobre Agustina, pues se casaba con un artista, noble por añadidura; y aseguraban, con una especie de horror, que si Guillaume llegaba a ser presa de la ambición, el comercio de paños estaba perdido. Al oír comentar a un viejo vendedor de abanicos que quizás el artista llegase a arruinar a su mujer, el señor Guillaume se felicitó a sí mismo por su prudencia en las capitulaciones matrimoniales. Por la tarde, después de un baile suntuoso seguido de una de esas cenas cuyo recuerdo comienza a perderse por la generación actual, el señor y la señora Guillaume permanecieron en su hotel de la calle del Colombier, donde había tenido efecto la boda, mientras el señor y la señora Lebas regresaban a la vetusta casa de la calle Saint-Denis para dirigir el negocio del “Gato que juega a la pelota”. El artista, ebrio de felicidad, tomó en sus brazos a su querida Agustina, la levantó vivamente cuando su *cupé* llegó a la calle de Trois-Frères, y la llevó a un apartamento que había embellecido con todos los recursos del arte.

El fuego de la pasión que ardía en el pecho de Teodoro hizo que la joven pareja pasase un año casi entero sin que la más leve nube viniera a alterar el azul del cielo bajo el que vivían. Para nuestros dos amantes la existencia no tuvo nada de agobiante ni pesado. Teodoro se esforzaba en ofrecer cada día a su mujer nuevos placeres; complacía en variar los transportes de la pasión con la muelle languidez de esas pausas en que las almas se elevan tan alto en el éxtasis que parecen olvidar la unión corporal. Incapaz de reflexionar, la feliz Agustina se prestaba a ese ritmo ondulante de felicidad. Creía no hacer bastante con entregarse por entero al amor permitido y santo del matrimonio; sencilla e ingenua, ignoraba la coquetería de la negativa y el dominio que una señora del gran mundo puede lograr sobre su marido por medio de hábiles caprichos; amaba demasiado para poder calcular el porvenir y estaba lejos de imaginar que una existencia tan deliciosa pudiera algún día tocar a su fin. Feliz al ser por entonces objeto de todos los placeres de su marido, creyó que este amor

inextinguible sería siempre para ella la más hermosa de las galas, y que su abnegación y su obediencia constituirían un aliciente perpetuo. En suma, que la felicidad del amor la había convertido en una criatura tan radiante que su belleza despertó su orgullo y le hizo creer que podría reinar siempre sobre un hombre tan fácil de inflamar como el señor de Sommervieux. Su condición de mujer no le brindó más enseñanzas que las del amor. En medio de esta dicha siguió siendo la muchacha ignorante que vivía oscuramente en la calle Saint-Denis y no pensó en adoptar las maneras, la instrucción, el tono de vida en que su existencia debía desenvolverse. Siendo sus palabras, palabras de amor, desplegaba en ellas una especie de flexibilidad mental y cierta delicadeza de expresión; pero se servía del lenguaje común a todas las mujeres cuando se encuentran envueltas por la pasión que parece constituir su elemento. Si, por casualidad, una idea que discordaba de las de Teodoro era expresada por Agustina, el joven artista se reía como se ríe uno de las primeras faltas que al hablar comete un extranjero, pero que acaban fatigando si no se corrigen. A pesar de tanto amor, al expirar aquel año, tan encantador como fugaz, Sommervieux sintió una mañana la necesidad de reanudar sus trabajos y sus costumbres. Por otra parte, su mujer estaba encinta. Volvió a ver a sus amigos. Durante los largos sufrimientos del año en que, por primera vez, una joven alimenta a su hijo, Teodoro trabajó con ardor; pero a veces volvía al mundo en busca de algunas distracciones. La casa adonde más le agradaba ir era la de la duquesa de Carigliano, que había terminado por atraer al célebre artista. Cuando Agustina estuvo restablecida, cuando su hijo ya no reclamó aquellos asiduos cuidados que prohíben a una madre los placeres del mundo, Teodoro había empezado a experimentar ese goce del amor propio que nos brinda la sociedad cuando comparecemos ante ella acompañados de una hermosa mujer, objeto de envidia y de admiración. Recorrer los salones, mostrándose en ellos con todo el esplendor que le confería indirectamente la gloria de su marido, verse envidiada por las mujeres, constituyó para Agustina una nueva fuente de placeres. Comenzó a ofender la vanidad de su marido cuando, a pesar de vanos esfuerzos, dejó traslucir su ignorancia, la impropiedad de su lenguaje y la estrechez de sus ideas. Domado durante casi dos años y medio por los primeros transportes del amor, el carácter de Sommervieux recuperó con la tranquilidad de una posesión dilatada sus antiguas tendencias y costumbres, por un momento desviadas de su curso. La poesía, la pintura y los goces exquisitos de la imaginación poseen en los espíritus elevados derechos imprescriptibles. Estas necesidades de un alma fuerte no habían sido frustradas en Teodoro durante aquellos dos años; sólo habían encontrado nuevos pastos. Cuando hubo recorrido los campos del amor, cuando el artista, como los niños, hubo cogido sus rosas con tal avidez que ni siquiera se daba cuenta de que no le cabían en las manos, la escena cambió. Si el pintor mostraba a su mujer los croquis de sus más bellas composiciones, ella exclamaba como habría podido hacerlo el señor Guillaume: “¡Qué bonito!”. Esta admiración, carente de calor, no procedía de un sentimiento consciente, sino del convencimiento del amor.

Agustina prefería una mirada al más bello cuadro. La única sublimidad que conocía era la sublimidad del corazón. Al final, Teodoro no pudo negarse a la evidencia de esta cruel verdad: su mujer no era sensible a la poesía, no vivía en su esfera, no le seguía en sus caprichos, en sus improvisaciones, en sus alegrías, en sus dolores; caminaba a ras del suelo por el mundo real, mientras que él tocaba con la cabeza el cielo. Los espíritus vulgares no pueden comprender los sufrimientos constantemente renovados del ser que, unido a otro por el más íntimo de todos los sentimientos, se ve obligado a reprimir sin cesar las más caras expansiones de su pensamiento y de volver a hacer entrar en la nada las imágenes que un mágico poder le fuerza a crear. Para ese ser, el suplicio es tanto más cruel cuanto que el sentimiento que profesa al compañero le ordena, como primera de sus leyes, no sustraerse jamás el uno al otro y confundir las efusiones del pensamiento lo mismo que las expansiones del alma. No se burla impunemente la voluntad de la naturaleza, tan inexorable como la Necesidad, que en realidad es una especie de naturaleza social. Sommervieux se refugió en la serenidad y el silencio de su estudio, en espera de que la costumbre de vivir con artistas llegaría a formar a su mujer y desarrollaría en ella los gérmenes de esa elevada inteligencia que algunos espíritus superiores creen que preexiste en potencia en todos los seres; pero Agustina era religiosa de un modo demasiado sincero para no asustarse del sistema de vida de los artistas. En la primera comida que ofreció Teodoro, oyó que un joven pintor le decía con una frivolidad infantil que ella no supo reconocer pero que le absolvía de cualquier reproche de irreverencia religiosa:

—Señora, ¿no es vuestro paraíso más hermoso que la Transfiguración de Rafael? Pues bien, yo me he cansado de contemplarla!

Agustina miró aquella sociedad inteligente con un espíritu de desconfianza que resultaba molesto y embarazoso. Cuando los artistas se sienten víctimas de un agravio, son despiadados: huyen o se burlan. La señora Guillaume poseía, entre otras cualidades ridículas, la de exagerar la dignidad que, según ella, debe ser patrimonio de una mujer casada; y aunque Agustina se hubiera burlado a menudo de ello, no pudo evitar una ligera imitación de la ñoñería materna. Esta exageración del pudor, que no todas las mujeres virtuosas evitan siempre, sugirió algunos epigramas rápidamente redactados, cuyas inocentes burlas eran demasiado espirituales para que Sommervieux pudiera sentirse ofendido y que habrían parecido más crueles si, después de todo, no hubieran sido más que represalias ejercidas contra él por sus amigos. Pero nada podía resultar ligero para un alma que con tanta facilidad como la de Teodoro recibía las impresiones extrañas. Empezó a experimentar una frialdad que cada vez iba en aumento. Para llegar a la felicidad conyugal es preciso subir a una montaña cuya estrecha meseta se halla muy cerca de una pendiente tan rápida como resbaladiza, y el amor del artista iba bajando por ella. Juzgó a su mujer incapaz de apreciar las consideraciones morales que justificaban, a sus propios ojos, la singularidad de sus maneras para con ella, y creyóse muy inocente al ocultarle pensamientos que ella no comprendía y actitudes de alejamiento poco justificables

ante el tribunal de una conciencia burguesa. Agustina fue encerrándose en un dolor sombrío y silencioso. Estos sentimientos secretos tendieron entre los dos cónyuges un velo que había de hacerse más tupido de día en día. Sin que su marido dejara de tener atenciones con ella, Agustina no podía por menos de estremecerse al ver que reservaba para el mundo los tesoros de gracia e ingenio que en otro tiempo ponía a sus pies. Pronto llegó a interpretar de un modo fatal esas palabras ingeniosas que en el mundo se dicen acerca de la inconstancia de los hombres. No se quejaba, pero su actitud equivalía a todos los reproches. Tres años después de su casamiento, aquella mujer joven y linda, que paseaba tan radiante en su hermoso coche, que vivía en una esfera de gloria y de riqueza envidiada por tantas personas incapaces de apreciar justamente las situaciones de la vida, se vio presa de profundos pesares; perdió su color; reflexionó; comparó; luego, la desgracia mostró ante ella los primeros testimonios de la experiencia. Decidió permanecer valientemente en el círculo de sus obligaciones, esperando que esta conducta generosa le haría recobrar tarde o temprano el amor de su marido; pero no fue así. Cuando Sommervieux, fatigado del trabajo, salía de su estudio, Agustina no escondía lo bastante aprisa su labor y el pintor encontraba a su mujer remendando la ropa blanca con toda la diligencia de una buena ama de casa. Suministraba con generosidad, sin murmurar, el dinero necesario para las prodigalidades de su marido; pero con el deseo de conservar la fortuna de su querido Teodoro, mostrábase ahorrativa, sea para ella, sea en ciertos detalles de la administración doméstica. Esta conducta es incompatible con el descuido de los artistas que, al fin de su carrera, suelen haber gozado tanto de la vida que nunca se preguntan la razón de su ruina. Es inútil marcar cada una de las gradaciones de matiz con que el color brillante de su luna de miel se fue apagando hasta adentrarlos en profunda oscuridad. Una noche, la pobre Agustina, que desde hacía mucho tiempo oía a su marido hablar con entusiasmo de la duquesa de Carigliano, recibió de una amiga algunos avisos malignamente caritativos sobre la naturaleza del afecto que Sommervieux había concebido por aquella célebre coqueta de la corte imperial. A los veintiún años de edad, en todo el esplendor de su juventud y de la belleza, Agustina se vio traicionada por una mujer de treinta y seis. Sintióse desgraciada en medio del mundo y de sus fiestas, desiertas para ella, la pobre joven no comprendía la admiración que despertaba ni la envidia de que era objeto. Su rostro adquirió una nueva expresión. La melancolía vertió en sus rasgos el dolor de la resignación y la palidez de un amor desdeñado. No tardó en verse cortejada por los hombres más seductores; pero ella permaneció solitaria y virtuosa. Ciertas palabras desdeñosas proferidas por su marido le produjeron increíble desesperación. Una lucidez fatal le hizo vislumbrar los defectos que, como consecuencia de su mezquina educación, impedían la unión completa de su alma con la de Teodoro: tuvo suficiente amor para absolverle a él y condenarse a sí misma. Lloró lágrimas de sangre y reconoció demasiado tarde que existen malas alianzas de espíritus como las hay de costumbres o de posición social. Al pensar en las delicias primaverales de su unión comprendió la

extensión de la felicidad pasada y convino consigo misma en que una tan abundante cosecha de amor valía por una vida entera y sólo podía pagarse con la desgracia. No obstante, amaba demasiado sinceramente para perder la esperanza. Así, a la edad de veintiún años inició la tarea de instruirse y de hacer su imaginación menos indigna de aquella que tanto admiraba.

—Si no soy poeta —se decía—, por lo menos comprenderé la poesía.

Y desplegando aquella fuerza de voluntad, aquella energía que todas las mujeres poseen cuando aman, la señora de Sommervieux trató de cambiar su carácter, sus costumbres y sus hábitos; pero al devorar volúmenes, al aprender más y más, sólo consiguió hacerse un poco menos ignorante de lo que era. La ligereza del ingenio y las gracias de la conversación son un don de la naturaleza o el fruto de una educación que comienza en la cuna. Era capaz de apreciar la música, de gozar de ella, pero no de cantar con gusto. Comprendió la literatura y las bellezas de la poesía, pero era demasiado tarde para adornar con ellas su rebelde memoria. Escuchaba con placer las conversaciones de la gente, pero no mostraba en ellas ningún rasgo de ingenio. Sus ideas religiosas y los prejuicios de su infancia se opusieron a la completa emancipación de su inteligencia. En fin, en el alma de Teodoro se había deslizado una prevención contra ella que ya no podía vencer. El artista se burlaba de quienes alababan a su mujer, y sus bromas estaban bastante justificadas; era tanto lo que imponía a aquella joven criatura, que en su presencia, o cuando estaban los dos a solas, sólo sabía temblar. Preocupada por su gran deseo de agradar, sentía que su inteligencia y sus conocimientos se desvanecían en un solo sentimiento. La fidelidad de Agustina llegó a desagradar, incluso, a aquel infiel marido, que parecía incitarla a cometer deslices al calificar su virtud de insensibilidad. Agustina se esforzó en vano por abdicar de su razón, por plegarse a los caprichos o a las fantasías de su marido, y por sacrificarse al egoísmo de su vanidad; pero no lograba cosechar el fruto de sus sacrificios. Quizá los dos habían dejado pasar ya el momento en que dos almas pueden comprenderse. Un día, el corazón demasiado sensible de la joven esposa recibió uno de esos golpes en que los lazos del sentimiento sufren tal tensión que pudiera creerse que se han roto. Agustina se aisló. Pero pronto un pensamiento fatal la movió a buscar consuelo y consejos en el seno de su familia.

Una mañana, pues, encaminose hacia la grotesca fachada de la humilde y silenciosa casa en la que se había desarrollado su infancia. Suspiró al volver a ver aquella ventana desde la cual un día había enviado el primer beso al hombre que hoy arrojaba sobre su vida tanta gloria como desgracia. Nada había cambiado en el antro donde, sin embargo, se rejuvenecía el comercio de tejidos. La hermana de Agustina ocupaba en el mostrador el antiguo sitio de su madre. La afligida joven encontró a su cuñado con la pluma detrás de la oreja; apenas fue escuchada, tan atareado parecía estar José Lebas; a su alrededor se extendían las temibles señales de un inventario general, de modo que la dejó, rogándole que lo disculpase. Fue recibida con bastante frialdad por su hermana, la cual le guardaba cierto rencor. En efecto, Agustina, que

bajaba radiante de hermosura de un lindo carruaje, nunca había ido a ver a su hermana más que de paso. La mujer del prudente Lebas imaginó que era el dinero la causa principal de aquella visita matutina y procuró mantener un tono de reserva que hizo sonreír más de una vez a Agustina. La esposa del pintor comprendió que, salvo las puntillas de la toca, su madre había encontrado en Virginia un sucesor que conservaba el antiguo honor del “Gato que juega a la pelota”. A la hora de almorzar advirtió en el régimen de la casa ciertos cambios que hacían honor al buen sentido de José Lebas: los dependientes no se levantaban de la mesa en el momento de los postres, se les daba más libertad para hablar y la abundancia de la mesa anunciaba una holgura sin lujo. La elegante joven vio las entradas de un palco de los Franceses, donde se acordaba de haber visto a su hermana de vez en cuando. La señora Lebas llevaba sobre los hombros una cachemira cuya magnificencia atestiguaba la generosidad con que su marido se ocupaba de ella. En fin, los dos cónyuges seguían el ritmo del siglo. Agustina sintiose enternecida al reconocer, durante las dos terceras partes de aquella jornada, la felicidad uniforme, sin exaltación, es cierto, pero también sin tempestades, que saboreaba aquella pareja. Habían aceptado la vida como una empresa comercial en la que se trataba de hacer, ante todo, honor a los negocios. Al no encontrar en su marido un amor excesivo, la mujer había procurado hacer nacer ese amor. Llevado de un modo insensible hacia el amor de Virginia, el tiempo que la felicidad tardó en desarrollarse fue para José Lebas y para su mujer una prenda de su duración. Y cuando Agustina, quejumbrosa, expuso su dolorosa situación, tuvo que aguantar el diluvio de lugares comunes que la moral de la calle Saint-Denis suministraba a su hermana.

—El mal está hecho ya, mujercita mía —dijo José Lebas—; ahora lo que hace falta es tratar de dar buenos consejos a nuestra hermana.

Luego el hábil negociante analizó pesadamente los recursos que las leyes y las costumbres podían ofrecer a Agustina para salir de aquella situación; fue enumerando, por decirlo así, las consideraciones, las ordenó, según su fuerza, en distintas categorías, como si se tratase de mercancías de diversas calidades; luego las puso en la balanza, las pesó, y concluyó por demostrar la necesidad en que se hallaba su cuñada de tomar un partido violento, que no satisfizo al amor que aún sentía ella por su marido. Este sentimiento despertó con toda su fuerza cuando oyó hablar a José Lebas de vías judiciales. Agustina dio las gracias a sus hermanos y regresó a su casa más indecisa todavía que cuando decidió consultarles. Atreviose entonces a ir al antiguo hotel de la calle del Colombier con la intención de confiar sus desgracias a su padre y a su madre, pues se parecía a esos enfermos que habiendo llegado a un estado desesperado, prueban todas las recetas e incluso confían en los remedios de una curandera. Los dos ancianos recibieron a su hija con una efusión de sentimientos que la enterneció. Esta visita les aportaba una distracción que, para ellos, valía un tesoro. Desde hacía cuatro años navegaban por la vida como barcos sin rumbo. Sentados junto a la lumbre, contábanse el uno al otro todos los desastres del *Maximum*, sus

antiguas adquisiciones de paños, el modo cómo habían evitado las bancarrotas y, sobre todo, aquella famosa quiebra de Lecocq, auténtica batalla de Marengo del viejo Guillaume. Luego, cuando habían agotado los antiguos procesos, recapitulaban los resultados de sus inventarios más productivos o se contaban todas las viejas historias del barrio de Saint-Denis. A las dos, el viejo Guillaume iba a dar un vistazo al establecimiento del “Gato que juega a la pelota”, y al regreso se detenía en todas las tiendas, en otro tiempo rivales suyas, y cuyos jóvenes propietarios esperaban obtener del viejo negociante algún descuento de sus giros que, según su costumbre, él nunca negaba abiertamente. Dos excelentes caballos normandos se morían de aburrimiento en la cuadra del hotel; la señora Guillaume sólo se servía de ellos para ir en coche todos los domingos a misa mayor en la parroquia. Gracias a la influencia de su yerno Sommervieux, el viejo Guillaume había sido nombrado miembro del comité consultivo para el suministro de tela a las tropas. Desde que su marido había subido tan alto en la escala de la administración, la señora Guillaume había tomado la determinación de figurar en sociedad. Sus aposentos estaban tan llenos de ornamentos de oro y plata, así como de muebles sin gusto pero de valor indudable, que la pieza más sencilla parecía allí una capilla. Se diría que la economía y la prodigalidad libraban un combate en cada uno de los accesorios de aquel hotel. Tal vez el señor Guillaume consideraba como una inversión de dinero la adquisición de un candelabro. En medio de este bazar, cuya riqueza revelaba lo poco ocupados que se hallaban los dos cónyuges, el famoso cuadro de Sommervieux había merecido el lugar de honor y constituía el consuelo del señor y de la señora Guillaume, que veinte veces al día volvían sus ojos, armados de grandes antiparras, hacia aquella imagen de su antigua existencia, para ellos tan activa y entretenida. El aspecto de aquel hotel y de aquellos aposentos, donde todo olía a vejez y mediocridad, el espectáculo que ofrecían aquellos dos seres que parecían haber embarrancado en una roca de oro, lejos del mundo y de las ideas que hacen vivir, todo sorprendió a Agustina; contemplaba en aquel momento la segunda parte del cuadro cuyo comienzo la había sorprendido en casa de José Lebas, el de una vida agitada, aunque sin movimiento, especie de existencia mecánica e instintiva, parecida a la de los castores. Sintió entonces un inexplicable orgullo por sus pesares, al pensar que tenían su fuente en una felicidad de dieciocho meses que a sus ojos valía por mil existencias como aquella cuyo vacío le parecía tan horrible. Sin embargo, ocultó este sentimiento poco caritativo y desplegó ante sus ancianos padres las nuevas gracias de su espíritu, las coqueterías y ternuras que el amor le había revelado y los dispuso de un modo favorable para que escucharan sus cuitas conyugales. Las personas de edad tienen cierta debilidad por escuchar esta clase de confidencias. La señora Guillaume quiso conocer con todo lujo de pormenores aquella extraña vida, que para ella tenía algo de fabuloso. *Los viajes del barón de La Hontan*, que nunca podía terminar de leer, no le enseñaron nada tan inaudito acerca de los salvajes del Canadá.

—Cómo, hija mía, ¿dices que tu marido se encierra con mujeres desnudas y eres

tan simple como para creer que sólo las dibuja?

Después de esta exclamación, la anciana dejó sus gafas encima de un pequeño velador, se sacudió la falda y colocó las manos juntas encima de las rodillas.

—¡Pero, mamá, todos los pintores están obligados a tener modelos!

—Bien se guardó de decirnos todo eso cuando pidió tu mano. De haberlo sabido, no habría dado mi hija a un hombre que se dedica a tal oficio. La religión prohíbe esos horrores. Eso no es moral. ¿A qué hora dices que vuelve a casa?

—A la una, a las dos...

Los dos esposos se miraron asombrados.

—¿Es que juega? —dijo el señor Guillaume—. En mis tiempos sólo los jugadores regresaban tarde a su casa.

Agustina hizo un mohín como rechazando tal acusación.

—Debe hacerte pasar noches crueles aguardándole —repuso la señora Guillaume—. Pero no, tú te acuestas, ¿no es cierto? Y cuando ha perdido, el monstruo te despierta.

—No, mamá; al contrario, a veces está muy contento e incluso, cuando hace buen tiempo, me propone que me levante para ir al bosque.

—¿Al bosque, dices? ¿A esas horas? ¿Tenéis una magnífica morada y no le basta con la alcoba y los salones, sino que le hace falta correr de ese modo por...? Eso lo hace para que pilles un resfriado, el muy malvado. Quiere librarse de ti. ¿Se ha visto nunca a un hombre establecido, que posea un comercio tranquilo, corretear así por los bosques?

—Pero, mamá, vos no comprendéis que para desarrollar su talento tiene necesidad de exaltación. Le gustan mucho las escenas que...

—¡Ah, yo sí que le procuraría buenas escenas! —exclamó la señora Guillaume, interrumpiendo a su hija—. ¿Cómo puedes tener contemplaciones con un hombre así? Además, no me gusta que beba sólo agua. Eso no es sano. ¿Y dices que muestra repugnancia al ver a las mujeres cuando comen? ¡Qué cosa más rara! Sin duda está loco. Todo lo que nos has contado me parece imposible. Un hombre no se puede ir de casa sin decir esta boca es mía y no comparecer hasta el cabo de diez días. Y luego te dice que ha estado en Dieppe para pintar el mar. ¿Acaso se pinta el mar? ¡Vamos, que te va con unos cuentos!...

Agustina abrió la boca para defender a su marido; pero la señora Guillaume le impuso silencio con un gesto que un vestigio de sus antiguas costumbres le hizo obedecer; luego su madre exclamó en tono desabrido:

—¡No vuelvas a hablarme de ese hombre! No ha puesto nunca el pie en una iglesia más que para verte y para casarse contigo. La gente sin religión es capaz de todo. ¿Acaso se le ha antojado nunca a tu padre ocultarme algo, o estar tres días sin decir ni pío para ponerse luego a hablar como una vieja urraca?

—Querida madre, juzgáis con excesiva severidad a las personas superiores. Si tuvieran ideas parecidas a las de los demás, ya no serían personas de talento.

—Bueno, pues que las personas de talento se queden en sus casas y no se casen con nadie. ¿De modo que un hombre de talento puede hacer desgraciada a su mujer, y sólo porque tiene talento debemos decir que todo está bien hecho? ¡Talento, talento! No veo que haya tanto talento en decir, como él dice, blanco y negro en todo instante, en interrumpir a las personas cuando están hablando, en alabarse a sí mismo, en no decirte nunca lo que piensa, en obligar a una mujer a divertirse cuando las ideas del señor son alegres y a estar triste cuando él está de mal humor.

—Pero, mamá, esas imaginaciones...

—¿Qué quieres decir con eso de “esas imaginaciones”? —repuso la señora Guillaume, volviendo a interrumpir a su hija—. ¡Vaya imaginaciones las que tiene, a fe mía! ¿Te parece bien que a un hombre, sin consultar al médico, se le ocurra de repente no comer más que legumbres? Si fuera cuestión de religión, la dieta le serviría de algo; pero no es más religioso que un hugonote. ¿Se ha visto nunca a un hombre que, como hace él, ame más a los caballos que a su prójimo, se haga rizar el pelo como un pagano, cubra las estatuas con muselina o haga cerrar las ventanas durante el día para trabajar a la luz de una lámpara? Mira, si no fuese tan groseramente inmoral estaría como para que lo encerrasen en un manicomio. Consulta al padre Loraux, vicario de San Sulpicio, pídele que te dé su opinión sobre este asunto: te dirá que tu marido no se comporta como un cristiano...

—¡Oh, madre mía! ¿Podéis creer...?

—¡Sí, lo creo! Como lo has amado, no te das cuenta de todo eso. Pero yo, en los primeros tiempos de tu matrimonio, recuerdo haberlo encontrado en los Campos Elíseos. Iba a caballo. Pues bien, unas veces corría a galope tendido y luego se paraba para ir al paso. Ya me dije entonces: “He ahí a un hombre que carece de sentido común”.

—¡Ah —exclamó el señor Guillaume, frotándose las manos—, qué bien hice al estipular tu separación de bienes con ese sujeto extravagante!

Cuando Agustina cometió la imprudencia de contar los verdaderos motivos de queja que tenía contra su marido, los dos ancianos quedaron mudos de indignación. La palabra divorcio fue pronunciada enseguida por la señora Guillaume. Al oír tal expresión el inactivo negociante pareció como si despertase. Estimulado por el amor que profesaba a su hija y por la agitación que un proceso habría de provocar en su vida vacía de acontecimientos, el señor Guillaume tomó la palabra. Hizo suya con entusiasmo la petición de divorcio, la dirigió, casi abogó, ofreció a su hija hacerse cargo de todos los gastos, ir a ver a los jueces y a los abogados, remover el cielo con la tierra. La señora de Sommervieux, asustada, rehusó los servicios de su padre, dijo que no quería separarse de su marido aunque tuviera que ser diez veces más desgraciada de lo que era, y ya no habló más de sus penas. Después de haberse visto abrumada por sus padres con todos esos pequeños cuidados, mudos y consoladores, por medio de los cuales los dos ancianos trataron de consolarla, aunque en vano, de las penas de su corazón, Agustina se marchó convencida de la imposibilidad de lograr

que los hombres superiores fueran juzgados acertadamente por los espíritus débiles. Comprendió que una mujer debía ocultar a todo el mundo, incluso a sus padres, unas desgracias para las cuales difícilmente se encuentran simpatías. Las tempestades y los sufrimientos de las esferas elevadas de la sociedad sólo son apreciados por los espíritus nobles que habitan en ellas. En esto, como en todo, sólo podemos ser juzgados por quienes son semejantes a nosotros.

Por consiguiente, la pobre Agustina se encontró de nuevo en el frío ambiente de su hogar, entregada al horror de sus meditaciones. El estudio ya no significaba nada para ella, puesto que no le había devuelto el corazón de su marido. Iniciada en los secretos de aquellas almas de fuego, pero privada de sus recursos, participaba con fuerza de sus penas sin compartir sus placeres. Estaba hastiada del mundo, que le parecía pequeño y mezquino para el juego de las pasiones. En fin, su vida resultaba incompleta. Una noche cruzó por su mente un pensamiento que iluminó sus tenebrosos pesares como un rayo celestial. Esta idea sólo podía sonreír a un corazón tan puro y virtuoso como el suyo. Decidió ir a casa de la duquesa de Carigliano, no para pedirle que le devolviese el corazón de su marido, sino para instruirse acerca de los artificios merced a los cuales aquel corazón le había sido arrebatado; para lograr que aquella orgullosa mujer de mundo se interesase por la madre de los hijos de su amigo; para conmoverla y conseguir que se hiciera cómplice de su venidera felicidad, del mismo modo que actualmente era el instrumento de su desdicha. Un día, pues, la tímida Agustina, armada de un valor sobrenatural, subió a un coche a las dos de la tarde para intentar penetrar en el gabinete de la célebre coqueta, que no estaba nunca visible antes de dicha hora. La señora de Sommervieux no conocía todavía los antiguos y suntuosos hoteles del barrio de Saint-Germain. Cuando recorrió aquellos vestíbulos majestuosos, aquellas grandiosas escaleras, aquellos inmensos salones, adornados de flores en medio de los rigores del invierno y decorados con el gusto propio de las mujeres que han nacido en la opulencia o con los hábitos distinguidos de la aristocracia, Agustina sintió una horrible opresión en el pecho: envidió los secretos de aquella elegancia de la que jamás había tenido idea, respiró un aire de grandeza que le explicó el atractivo que aquella casa tenía para su marido. Cuando llegó a las habitaciones privadas de la duquesa, sintió celos y una especie de desesperación al admirar la voluptuosa disposición de los muebles, de los cortinajes y de los tapices. El desorden constituía allí una gracia y el lujo afectaba desdeñar la riqueza. Los perfumes esparcidos por aquella suave atmósfera halagaban el sentido del olfato sin herirlo. Los muebles de la estancia armonizaban con la perspectiva, realizada por medio de espejos sin azogar, de los céspedes del jardín y de unos árboles cubiertos de verdor. Todo era seducción y no se advertía el cálculo por ningún sitio. El espíritu de la dueña de aquellos aposentos se manifestaba por entero en el salón donde Agustina estaba aguardando. Trató de adivinar el carácter de su rival por el aspecto de los objetos esparcidos; pero había algo de impenetrable, lo mismo en el desorden que en la simetría, y para la sencilla Agustina aquello era un verdadero

enigma. Todo cuanto pudo entrever fue que la duquesa, en cuanto mujer, era una mujer superior. Entonces tuvo una idea dolorosa.

—¡Ay! —se dijo—, ¿será verdad que un corazón amante y sencillo no es suficiente para un artista?, ¿que para equilibrar el peso de esas almas fuertes hay que unir las con almas femeninas cuya pujanza sea igual a la suya? Si yo hubiera sido educada como esta sirena, nuestras almas habrían sido iguales en el momento de la lucha.

—¡Decid que no estoy en casa!

Estas palabras secas y breves, aunque pronunciadas en voz baja en el gabinete contiguo, fueron oídas por Agustina, cuyo corazón palpitó.

—Esa señora está ya ahí —repuso la doncella.

—Estáis loca; hacedla pasar, entonces —respondió la duquesa, cuya voz se había dulcificado y adoptado el acento de la cortesía.

Evidentemente, entonces deseaba que la oyeran.

Agustina avanzó tímidamente. En el fondo de aquel fresco gabinete vio a la duquesa voluptuosamente recostada en una otomana de terciopelo verde, colocada en el centro de una especie de semicírculo diseñado por los pliegues de una muselina extendida sobre un fondo amarillo. Unos adornos de bronce sobredorado, dispuestos con gusto exquisito, realzaban todavía más aquella especie de dosel bajo el cual la duquesa parecía una estatua de la antigüedad clásica. El tono oscuro del terciopelo impedía que se perdiese medio alguno de seducción. Una suave penumbra, favorable a su belleza, parecía más bien un reflejo que una luz. Algunas flores exóticas elevaban sus corolas embalsamadas por encima de unos preciosos jarrones de Sèvres. En el momento en que este cuadro se ofreció a los ojos de la asombrada Agustina, había caminado ésta tan suavemente que pudo sorprender una mirada de la seductora sirena. Aquella mirada parecía decirle a una persona que la mujer del pintor no descubrió por el momento: “Quedaos, vais a contemplar una linda joven y me haréis menos aburrida su visita”.

Al ver a Agustina, la duquesa se puso en pie y la hizo sentar a su lado.

—¿A qué debo el honor de esta visita, señora? —dijo con sonrisa encantadora.

“¿Para qué tanta hipocresía?”, pensó Agustina, sin responder más que con una inclinación de cabeza.

Este silencio era obligado. La joven vio delante de ella a un testigo que estaba de más en la escena. Este personaje era, de todos los coroneles del Ejército, el más joven, el más elegante y el más apuesto. Su traje semiburgués hacía resaltar mejor la elegancia de su persona. Su rostro lleno de vida, de juventud y ya muy expresivo, estaba animado por un bigotito de puntas enhiestas y negro como el azabache, por una barba muy poblada, por unas patillas cuidadosamente peinadas y por una mata de pelo algo desordenada. Jugaba con un látigo de montar y mostraba una despreocupación y una libertad muy en consonancia con el aire satisfecho de su fisonomía y con su afectado modo de arreglarse; las cintas que pendían de su ojal

estaban anudadas con desdén y parecía más orgulloso de su elegancia que de su valor. Agustina miró a la duquesa de Carigliano y le mostró al coronel con una rápida mirada, cuyo ruego fue inmediatamente atendido.

—Adiós, D'Aiglemont, ya nos encontraremos en el Bosque de Bolonia.

Estas palabras fueron pronunciadas por la sirena como si constituyesen el resultado de una estipulación anterior a la llegada de Agustina y las acompañó de una mirada amenazadora que quizá merecía el oficial por la admiración que atestiguaba al contemplar aquella modesta flor, que tanto contrastaba con la orgullosa duquesa. El fatuo joven se inclinó en silencio, giró sobre sus tacones y salió con ágil elegancia del gabinete. En aquel momento, Agustina, al espiar a su rival, que parecía seguir con la mirada al brillante oficial, descubrió en aquella mirada un sentimiento cuyas fugitivas expresiones son captadas al instante por todas las mujeres. Pensó con el dolor más profundo que su visita iba a resultar inútil, pues aquella artificiosa duquesa estaba demasiado ávida de homenajes para conservar en su corazón un atisbo de piedad.

—Señora —dijo Agustina con voz entrecortada—, lo que voy a deciros en estos momentos os parecerá muy singular; pero la desesperación tiene su locura, y debe hacer que todo se disculpe. Me explico demasiado bien las razones de que Teodoro prefiera vuestra casa a cualquier otra y el dominio que vuestra inteligencia ejerce sobre él. ¡Ay, me basta con volver a mi casa para encontrar en ella razones más que suficientes! Pero adoro a mi marido, señora. Dos años de lágrimas no han borrado su imagen de mi corazón, aunque yo haya perdido el suyo. En mi locura, me atreví a concebir la idea de luchar contra vos; y ahora acudo a vos para preguntaros los medios de que me puedo valer para triunfar de vos misma. Oh, señora —exclamó la joven, asiendo con vehemencia la mano de su rival, la cual se lo consintió sin retirarla—, jamás rezaré a Dios por mi propia felicidad con tanto fervor como pienso implorarle por la vuestra si me ayudáis a reconquistar, no digo el amor, sino la amistad de Sommervieux. Sólo en vos pongo mi esperanza. Decidme cómo habéis podido agradarle y hacerle olvidar los primeros días de...

Al decir estas palabras, Agustina, sofocada por los sollozos mal contenidos, viose obligada a detenerse. Avergonzada de su debilidad, escondió el rostro en un pañuelo que inundó con sus lágrimas.

—¿Es que sois una niña, querida mía? —dijo la duquesa, que, seducida por la novedad de esta escena y enternecida a pesar suyo al recibir el homenaje que le tributaba la más perfecta virtud que quizás había entonces en París, cogió el pañuelo de la joven y empezó ella misma a secarle los ojos, halagándola con algunos monosílabos murmurados con graciosa piedad.

Tras un momento de silencio, la coqueta, tomando las lindas manos de la pobre Agustina entre las suyas, que poseían un raro carácter de noble belleza y poderío, le dijo con voz dulce y afectuosa:

—Ante todo, os aconsejaría que no lloraseis así: las lágrimas afean a la mujer. Hay que saber vencer las penas que ponen enferma, pues el amor no permanece

mucho tiempo junto a un lecho de dolor. La melancolía confiere al principio agradable encanto, pero acaba por alargar los rasgos y marchitar el más lindo de los semblantes. Además, nuestros tiranos tienen el capricho de querer que sus esclavas estén siempre alegres.

—¡Ah, señora, no depende de mí el ser insensible! ¿Cómo es posible, sin experimentar la sensación de mil agonías, contemplar frío e indiferente un rostro que antes irradiaba amor y alegría? Yo no soy capaz de dominar mi corazón.

—Tanto peor, mi hermosa y querida amiga, pero creo conocer vuestra historia. Ante todo, sabed que si vuestro marido os ha sido infiel, yo no soy su cómplice. Si he querido tenerlo en mi salón fue, os lo confieso, por vanidad; era célebre y no iba nunca a ninguna parte. Os amo ya demasiado para contaros todas las locuras que ha hecho por mí. No voy a revelaros más que una sola, porque ella os servirá quizá para atraerlo de nuevo hacia vos y castigarle por la audacia que pone en sus procedimientos conmigo. Acabaría comprometiéndome. Conozco demasiado al mundo, querida, para entregarme por completo a un hombre superior. Debemos dejarnos cortejar por esa clase de hombres, pero casarnos con ellos es un disparate. Nosotras, las mujeres, debemos admirar a los hombres geniales, gozar de ellos como de un espectáculo, pero vivir con ellos, ¡jamás! Sería como contemplar las máquinas de la Opera en vez de permanecer en un palco, saboreando allí sus brillantes ilusiones. Ahora os ha llegado la desgracia, ¿verdad? Pues bien, debéis procurar armaros contra la tiranía.

—¡Ah, señora!, antes de entrar aquí, al veros, he descubierto algunos artificios cuya existencia no sospechaba.

—Pues venid a verme alguna otra vez y no tardaréis mucho tiempo en poseer la ciencia de todas esas bagatelas que, por otra parte, tienen bastante importancia. Las cosas externas son media vida para los tontos; y más de un hombre de talento resulta ser un tonto, a pesar de toda su inteligencia. ¡Apostaría a que jamás le habéis negado nada a Teodoro!

—Decidme cómo puede negarse algo a quien se ama.

—¡Pobre inocente, sería capaz de adoraros yo misma por vuestra ingenuidad! Debéis saber que, cuanto más amamos, menos debemos dejar que un hombre advierta, sobre todo si se trata de nuestro marido, el alcance de nuestra pasión. Aquel que ama más es el que está más tiranizado; y lo que es peor, se ve abandonado, más tarde o más temprano. El que quiere reinar, debe...

—¡Cómo, señora! ¿Será preciso disimular, calcular, volverse hipócrita, formarse un carácter artificial para siempre? ¡Oh!, ¿cómo se puede vivir así? ¿Acaso vos podéis...?

Agustina vaciló y la duquesa sonrió.

—Querida —repuso la gran dama con voz grave—, la felicidad conyugal ha sido siempre una especulación, un asunto que requiere una atención particular. Si seguís hablando de pasión cuando yo os hablo de matrimonio, pronto llegará el momento en

que no nos entenderemos. Escuchad —prosiguió adoptando un tono confidencial—: yo he tenido ocasión de conocer a algunos de los hombres superiores de nuestra época. Los que se han casado, salvo pocas excepciones, se casaron con mujeres que eran unas verdaderas nulidades. Pues bien, esas mujeres los gobernaban a ellos como el Emperador nos gobierna a nosotros y eran, si no amadas, por lo menos respetadas por ellos. Me gustan demasiado los secretos, sobre todo los que me conciernen, para no haberme entretenido en buscar la solución de este enigma. Pues bien, ángel mío, esas buenas mujeres poseían el talento de analizar el carácter de sus maridos; sin haberse asustado como vos de su superioridad, habían advertido hábilmente las cualidades que les faltaban; y sea que ellas poseyeran esas cualidades, sea que fingieran tenerlas, hallaban el medio de hacer una gran exhibición de ellas ante los ojos de sus maridos y acababan por impresionarles. En fin, habéis de saber también que esas almas que tan grandes parecen tienen todas un pequeño grano de locura, el cual debemos saber explotar. Al adoptar la firme decisión de dominarles, nunca hemos de apartarnos ya de ese fin, refiriendo a él todas nuestras acciones, nuestras ideas, nuestras coqueterías. Dominemos a esos espíritus, eminentemente caprichosos, que por la movilidad misma de sus pensamientos nos brindan los medios de influir en ellos.

—¡Cielo santo! —exclamó la joven, aterrada—. ¿Eso es, pues, la vida? Un combate...

—En el cual es preciso estar siempre amenazando —repuso riendo la duquesa—. Nuestro poder es completamente imaginario y no debemos dejarnos despreciar jamás por un hombre; ninguna mujer se levanta de tales caídas más que por medio de maniobras odiosas. Venid —añadió—, voy a daros un medio con el cual podréis encadenar a vuestro marido.

Levantose, sonriendo, para guiar a la joven e inocente aprendiz de ardid conyugales a través del laberinto de su palacete. Llegaron a una escalera secreta que comunicaba con los salones de recepción. Cuando la duquesa hizo girar el resorte de la puerta, se detuvo, miró a Agustina con un aire de inimitable elegancia y finura, y dijo:

—El duque de Carigliano me adora. Pues bien, no se atreve a entrar por esta puerta sin mi permiso. Y es un hombre que, tiene la costumbre de mandar a miles de soldados. Sabe hacer frente a las baterías, pero ante mí... tiene miedo.

Agustina lanzó un suspiro. Llegaron a una suntuosa galería donde la mujer del pintor fue llevada por la duquesa hasta el retrato que Teodoro había hecho de la señorita Guillaume. Al ver esto, Agustina profirió un grito.

—Yo ya sabía que no estaba en casa, pero... ¡que estuviera aquí! —dijo.

—Pequeña mía, sólo le exigí esto para ver hasta qué grado de estupidez puede llegar un hombre de talento. Tarde o temprano os lo habría devuelto, pues no esperaba el placer de ver aquí al original, delante de la copia. Mientras terminamos nuestra conversación, haré que os lo lleven a vuestro coche. Si, armada con este

talismán, no os hacéis la dueña de vuestro marido durante cien años, es que no sois una mujer y mereceréis la suerte que podáis tener.

Agustina besó la mano de la duquesa, que la apretó contra su corazón y la besó con una ternura tanto más intensa cuanto que había de ser olvidada al día siguiente. Esta escena habría arruinado para siempre el candor y la pureza de una mujer menos virtuosa que Agustina, a quien los secretos revelados por la duquesa podían resultarle igualmente saludables y funestos, pues la astuta política de las altas esferas sociales le convenía tan poco a Agustina como la estrecha razón de José Lebas, o la necia moral de la señora Guillaume. ¡Extraño efecto de las posiciones falsas a que nos arrojan los menores contrasentidos cometidos en la vida! Agustina parecía entonces un pastor de los Alpes sorprendido por un alud: si vacila o se detiene a escuchar los gritos de sus compañeros, parece casi siempre. En estas grandes crisis, el corazón se rompe o se vuelve de bronce.

La señora de Sommervieux regresó a su casa presa de una agitación difícil de describir. Su conversación con la duquesa de Carigliano despertaba un torbellino de ideas contradictorias en su mente. Como las ovejas de la fábula, llenas de valor en ausencia del lobo, se arengaba a sí misma y trazaba admirables planes de conducta; concebía mil estratagemas de coquetería; hablaba incluso a su marido y hallaba, lejos de él, todos esos recursos de verdadera elocuencia que jamás abandonan a las mujeres; pero al recordar la mirada fija y clara de Teodoro, le temblaban las piernas. Cuando preguntó si el señor estaba en casa, la voz casi no salió de su garganta. Al enterarse de que no iría a comer, experimentó un sentimiento de alegría inexplicable. Semejante al delincuente que quiere ser indultado de la pena de muerte, una demora, por pequeña que fuese, le parecía una vida entera. Colocó el retrato en su habitación y esperó a su marido, entregada a todas las angustias de la esperanza. Presentía demasiado bien que aquella tentativa iba a decidir su porvenir para no estremecerse ante cualquier clase de ruido, incluso ante el murmullo de su reloj de pared, que parecía hacer más pesados sus terrores al medirlos. Trató de burlar el tiempo con mil artimañas. Procuró arreglarse de un modo que se pareciera lo más posible a la imagen del retrato. Luego, conociendo el carácter inquieto de su marido, hizo alumbrar su saloncito de un modo inusitado, segura de que, cuando llegase, la curiosidad lo llevaría enseguida hacia ella. Dieron las doce de la noche y se abrió la puerta del hotel. El coche del pintor cruzó el pavimento del patio silencioso.

—¿Qué significa esta iluminación? —preguntó Teodoro con voz alegre, al entrar en el aposento de su esposa.

Agustina aprovechó con habilidad un momento tan favorable; arrojose al cuello de su marido y le mostró el cuadro. El artista permaneció inmóvil como una roca y sus ojos se dirigieron, asombrados, hacia Agustina y el vestido y el peinado que llevaba, que constituían una acusación. La tímida esposa, medio muerta, que espiaba aquella frente cambiante, la frente terrible de su marido, vio cómo iban amontonándose gradualmente en ella arrugas expresivas, a modo de nubarrones;

luego creyó sentir que la sangre se le helaba en sus venas cuando, con mirada centelleante y voz sorda, su marido le preguntó:

—¿Dónde habéis encontrado ese cuadro?

—La duquesa de Carigliano me lo ha devuelto.

—¿Se lo habéis pedido?

—No sabía que estuviese en su casa.

La dulzura o más bien la melodía encantadora de la voz de aquel ángel habría sido capaz de enternecer las entrañas de un caníbal, pero no las de un artista torturado por la vanidad herida.

—Eso es digno de ella —clamó el pintor con voz de trueno—. Me vengaré —dijo paseándose a grandes zancadas—. Morirá de vergüenza cuando la pinte en figura de Mesalina, saliendo de noche del palacio de Claudio.

—¡Teodoro!... —clamó una voz moribunda.

—La mataré.

—¡Querido mío!

—Ama a ese coronelillo de caballería porque monta bien a caballo...

—¡Teodoro!

—¡Bah, dejadme! —dijo el pintor a su mujer con una voz que parecía un rugido.

Resultaría odioso describir toda esta escena, al término de la cual la embriaguez de la cólera sugirió al artista palabras y actos que una mujer menos joven que Agustina habría atribuido a la demencia.

Hacia las ocho de la mañana del día siguiente, la señora Guillaume sorprendió a su hija pálida, con los ojos enrojecidos, el peinado en desorden y un pañuelo empapado de lágrimas en la mano, contemplando sobre el entarimado del suelo los fragmentos esparcidos de una tela desgarrada y los trozos de un gran marco dorado hecho pedazos. Agustina, a quien el dolor había vuelto casi insensible, señaló aquellos restos con un gesto lleno de desesperación.

—No creo que se haya perdido gran cosa —exclamó la antigua regente de “El gato que juega a la pelota”—. Se te parecía, es verdad; pero me he enterado de que en el bulevar hay un hombre que hace retratos muy lindos por cincuenta escudos.

—¡Oh, mamá!

—¡Pobre hija mía, tienes mucha razón! —repuso la señora Guillaume, que no interpretó bien la mirada que le lanzó su hija—. Vamos, hijita, nunca ama nadie tanto como una madre. Pequeña, lo adivino todo; pero ven a confiarme a mí todas tus penas y yo te consolaré. ¿No te había dicho que ese hombre era un loco? Tu doncella me ha contado unas cosas... ¡Es un verdadero monstruo!

Agustina puso un dedo sobre sus labios lívidos, como para implorar de su madre un instante de silencio. Durante aquella terrible noche la desgracia le había hecho encontrar esa paciente resignación que, en las madres y en las mujeres amantes, sobrepasa por sus efectos la energía humana y revela, quizás, en el corazón de las mujeres la existencia de ciertas cuerdas que Dios ha rehusado al hombre.

* * *

Una inscripción grabada sobre una lápida del cementerio de Montmartre indica que la señora de Sommervieux murió a la edad de veintisiete años. En las simples líneas de ese epitafio un amigo de aquella tímida criatura sabe leer la última escena de un drama. Cada año, al llegar la fecha solemne del 2 de noviembre y pasar por delante de aquella lápida de mármol, se pregunta si no harán falta mujeres más fuertes que Agustina para resistir los abrazos del genio.

Las flores humildes y modestas que se abren en el fondo de los valles —se dice entonces— acaso mueran cuando son trasplantadas demasiado cerca de los cielos, a las regiones donde se forjan las tempestades y donde el sol es ardiente.

Maffliers, octubre de 1829.



EL BAILE DE SCEAUX



EL BAILE DE SCEAUX

A Enrique de Balzac, su hermano

Honorato.

El conde de Fontaine, jefe de una de las familias más antiguas del Poitou, había servido la causa de los Borbones con inteligencia y valor durante la guerra que la Vendée hizo a la República. Después de haber escapado a todos los peligros que amenazaron a los jefes realistas durante esta tempestuosa época de la historia contemporánea, decía alegremente:

—¡Yo soy uno de esos que se hicieron matar en las gradas del trono!

Esta broma no dejaba de encerrar algo de verdad en un hombre que había sido abandonado entre los muertos en la sangrienta jornada de los Cuatro Caminos. Aunque arruinado por las confiscaciones, este hijo fiel de la Vendée rehusó constantemente los puestos lucrativos que le hizo ofrecer el emperador Napoleón. Invariable en su religión aristocrática, había seguido ciegamente las máximas de la misma cuando juzgó conveniente elegir compañera. A pesar de las seducciones de un rico advenedizo, que ponía a su alianza un elevado precio, contrajo matrimonio con una señorita de Kergarouët, carente de fortuna pero cuya familia es una de la más antiguas de la Bretaña.

La Restauración sorprendió al señor de Fontaine al frente de una numerosa familia. Aunque no entrara en los proyectos del generoso gentilhomme solicitar mercedes, cedió, sin embargo, a los deseos de su mujer, abandonó sus tierras —cuyas módicas rentas apenas bastaban para atender a las necesidades de sus hijos— y se trasladó a París. Contristado por la codicia con que sus antiguos camaradas se adueñaban de los puestos y las dignidades constitucionales, se disponía a regresar a sus tierras cuando recibió una carta en la que una Excelencia bastante conocida le anunciaba su nombramiento para el grado de mariscal de campo en virtud de la disposición que permitía a los oficiales de los ejércitos católicos contar los veinte primeros años “inéditos” del “reinado” de Luis XVIII como años de servicio. Unos días más tarde, el vendeano recibió también, sin necesidad de haberlo solicitado, la cruz de la Legión de Honor y la de San Luis. Agradecido, no se contentó con llevar a su familia, como había hecho cada domingo piadosamente, a gritar: “¡Viva el rey!” en la sala de los Mariscales de las Tullerías cuando los príncipes se dirigían a la capilla, sino que solicitó la merced de una entrevista particular. Esta audiencia, concedida rápidamente, no tuvo nada de particular. El salón regio estaba atestado de viejos servidores, cuyas cabezas empolvadas, vistas desde cierta altura, semejaban a un

manto de nieve. El gentilhomme encontró allí a antiguos compañeros que le recibieron con cierta frialdad; pero los príncipes le parecieron *adorables*, según la expresión de entusiasmo que se le escapó cuando el más gracioso de sus señores, de quien el conde sólo se creía conocido de nombre, fue a estrecharle la mano y le proclamó el más puro de los Vendeanos. A pesar de esta felicitación, ninguna de aquellas augustas personas tuvo la ocurrencia de preguntarle a cuánto ascendían sus pérdidas, ni cuánto había sido el dinero generosamente invertido en las cajas del ejército católico. Se dio cuenta, algo tarde, de que había hecho la guerra a su expensas. Hacia el final de la velada creyó poder arriesgar una ingeniosa alusión al estado de sus asuntos, parecido al de muchos gentileshombres. Su Majestad se echó a reír de buena gana, pues cualquier frase dicha con ingenio poseía el don de agradarle; pero contestó con una de aquellas chanzas reales cuya dulzura era más de temer que la acritud de una reprimenda. Uno de los más íntimos confidentes del monarca se acercó pronto al calculador vendeano y le dio a entender, con frases muy corteses, que todavía no había llegado el momento de ajustar cuentas, que las había más atrasadas todavía que la suya y que sin duda habían de servir a la historia de la Revolución. El conde abandonó prudentemente el grupo venerable que describía un respetoso semicírculo frente a la augusta familia; luego, tras de haber sacado, no sin trabajo, la espada, que se le había metido entre las flacas piernas de otro cortesano, atravesó el patio de las Tullerías y llegó pedestremente hasta el coche de alquiler que había dejado en el muelle. Con ese espíritu reacio que distingue a la vieja aristocracia, en la que todavía no se ha extinguido el recuerdo de la Liga y de las Barricadas, se lamentaba dentro de su simón, en voz alta y a riesgo de comprometerse, del cambio sobrevenido en la corte.

—En otro tiempo —se decía—, cada uno le podía hablar libremente al rey de sus pequeños asuntos, y los señores podían pedirle cómodamente mercedes y dinero; mas ahora parece que ya no será posible obtener sin escándalo el reembolso de las sumas que hemos adelantado para su servicio. ¡Pardiez, la cruz de San Luis y el grado de mariscal no valen las trescientas libras que he invertido en la causa del rey! Quiero volver a hablar con el monarca, cara a cara y en su gabinete.

Esta escena enfrió tanto más el celo del señor de Fontaine, cuanto que sus peticiones de audiencia quedaron constantemente sin respuesta. Por otro lado, vio que los intrusos del Imperio alcanzaban algunos de los puestos reservados bajo la antigua Monarquía a las mejores casas.

—Todo está perdido —dijo una mañana—. Decididamente, el rey no ha sido nunca otra cosa que un revolucionario. Sin Monsieur, que no desampara nunca y siempre consuela a sus fieles servidores, no sé a qué manos iría a parar un día la corona de Francia en el caso de que este régimen continuase. Su maldito sistema constitucional es el peor de todos los gobiernos y nunca podrá convenir a Francia.

Luis XVIII y el señor Beugnot nos lo han estropeado todo en Saint-Ouen.

El conde, desesperado, se disponía ya a regresar a sus tierras y a renunciar con

dignidad a todas sus pretensiones de indemnización, cuando los acontecimientos del Veinte de Marzo^[3] anunciaron una nueva tempestad que amenazaba con tragarse al rey legítimo y a sus defensores. Imitando a esas personas generosas que no despiden a un criado en tiempo de lluvia, el señor de Fontaine tomó dinero prestado sobre sus tierras para seguir a la Monarquía en su derrota, sin saber si esta complicidad de emigración había de serle más propicia que su pasada abnegación; pero, después de haber observado que los compañeros de exilio gozaban de mayor favor que los valientes que, en otro tiempo, habían protestado con las armas en la mano contra el establecimiento de la República, quizás esperó sacar de este viaje al extranjero más provecho que de un servicio activo y peligroso en el interior. Sus cálculos de cortesano no fueron una de esas vanas especulaciones que prometen sobre el papel soberbios resultados y arruinan luego en su ejecución práctica.

Según palabras del más ingenioso y más hábil de nuestros diplomáticos, fue uno de los quinientos fieles servidores que compartieron el exilio de la corte en Gante, y uno de los cincuenta mil que de allí regresaron. Durante esta breve ausencia de la Monarquía, el señor de Fontaine tuvo la dicha de ser empleado por Luis XVIII y halló más de una ocasión para darle muestras al rey de una gran probidad política y de la más sincera adhesión. Una tarde en que el monarca no tenía nada mejor que hacer, se acordó de la ingeniosa frase que el señor de Fontaine había dicho en las Tullerías. El viejo vendeano no dejó escapar la oportunidad y contó su historia con el suficiente ingenio para que el rey, que nunca olvidaba nada, pudiera recordarla en el momento propicio. El augusto literato observó el giro elegante que tenían algunas notas cuya redacción había encomendado al discreto gentilhomme. Este pequeño mérito inscribió al señor de Fontaine en la memoria del rey como uno de los más leales servidores de la Corona. Al regresar Luis XVIII por segunda vez, el conde fue uno de aquellos enviados extraordinarios que recorrieron los departamentos con la misión de juzgar soberanamente a los fautores de la rebelión; pero usó moderadamente de su terrible poder. Tan pronto como esta jurisdicción provisional hubo cesado, el gran preboste se sentó en una de las butacas del Consejo de Estado, fue diputado, habló poco, escuchó mucho y cambió considerablemente de opiniones. Algunas circunstancias, ignoradas por los biógrafos, le hicieron adelantar bastante en la intimidad del príncipe, hasta el punto de que un día el malicioso monarca le interpelló así al verle entrar:

—Amigo Fontaine, no se me ocurriría nunca la idea de nombraros director general ni ministro. Ni vos ni yo, si fuésemos *empleados*, duraríamos en nuestro puesto a causa de nuestras opiniones. El gobierno representativo tiene una cosa de bueno: que nos evita la molestia que antes teníamos de despedir nosotros mismos a nuestros secretarios de Estado. Nuestro consejo es una verdadera hostelería, adonde la opinión pública nos manda a menudo singulares viajeros; pero, en fin, siempre sabremos donde colocar a nuestros fieles servidores.

Este preámbulo burlón fue seguido por una disposición que confería al señor de

Fontaine un cargo en la administración del patrimonio de la Corona. Debido a la inteligente atención con que escuchaba los sarcasmos de su regio amigo, su nombre estuvo en los labios de Su Majestad cuantas veces fue preciso crear una comisión cuyos miembros habían de tocar emolumentos más o menos pingües. Tuvo la buena idea de callar el favor con que le honraba el monarca y supo mantenerlo por su modo picante de narrar, durante aquellas charlas familiares que a Luis XVIII le complacían tanto como los billetes agradablemente escritos, las anécdotas políticas y, si se nos permite servirnos de esta expresión, los chismorreos diplomáticos o parlamentarios que tanto abundaban entonces. Es sabido que los detalles de su *gubernamentalidad* —palabra inventada por el augusto burlón—, le divertían de un modo extraordinario. Gracias al buen sentido, al ingenio y a la destreza del señor conde de Fontaine, cada miembro de su numerosa familia, por joven que fuese, acabó, según le decía en tono de chanza a su señor, por posarse como un gusano de seda sobre las hojas del presupuesto. Gracias a la munificencia del rey, el mayor de sus hijos alcanzó un puesto eminente en la magistratura inamovible. El segundo, simple capitán antes de la Restauración, obtuvo una legión inmediatamente después de su regreso de Gante; luego, al amparo de los movimientos de 1815, durante los cuales se ignoraron los reglamentos, pasó a la Guardia Real, volvió a pasar a las guardias de corps, volvió a la infantería y se encontró que era teniente general, con un mando en la guardia, después del “asunto” del Trocadero.

El más pequeño, que primero fue nombrado subprefecto, convirtióse pronto en relator del Consejo de Estado y director de una administración municipal de la Ciudad de París, donde se encontraba al abrigo de las tempestades legislativas. Estas mercedes sin ostentación, tan secretas como el favor del conde, llovían inadvertidas. Aunque el padre y los tres hijos tuvieran cada uno de ellos bastantes sinecuras para gozar de una renta presupuestaria casi tan considerable como la de un director general, su fortuna política no suscitó la envidia de nadie. En aquellos tiempos en que acababa de establecerse el sistema constitucional, pocas personas tenían ideas muy precisas sobre las pacíficas regiones del presupuesto donde hábiles favoritos supieron hallar el equivalente de las abadías destruidas. El señor conde de Fontaine, que poco tiempo antes se jactaba de no haber leído la Carta y se mostraba tan indignado por la codicia de los cortesanos, no tardó en demostrar a su augusto señor que comprendía tan bien, como él mismo el espíritu y los recursos del *representativo*.

Sin embargo, a pesar de la seguridad de las carreras abiertas a sus tres hijos, a pesar de las ventajas pecuniarias que resultaban de acumular cuatro cargos, el señor de Fontaine se encontraba a la cabeza de una familia demasiado numerosa para poder restablecer pronto y fácilmente su fortuna. Sus tres hijos eran ricos en cuanto a porvenir, favor y talento; pero tenía tres hijas y temía cansar la liberalidad del monarca. Decidió no hablarle nunca más que de una sola de aquellas vírgenes presurosas por encender su lámpara. El rey tenía demasiado buen gusto para dejar su obra incompleta. El casamiento de la primera con un recaudador general, Planat de

Baudry, fue concertado mediante una de aquellas frases reales que nada costaban y valían millones. Una noche en que el monarca estaba malhumorado, se sonrió al enterarse de la existencia de otra señorita de Fontaine, a la que casó con un joven magistrado de extracción burguesa, es cierto, pero rico, con mucho talento, y al que se dio el título de barón. Cuando, al año siguiente, el vendeano le habló de la señorita Emilia de Fontaine, el rey le respondió con su agria vocecilla:

—Amicus Plato, sed magis amica Natio.

Unos días más tarde obsequió a su *amigo Fontaine* con una cuarteta bastante inocente, a la que dio el nombre de epigrama y en la cual se chanceaba del conde acerca de sus tres hijas, tan hábilmente presentadas bajo la forma de una trinidad. Si hubiéramos de dar crédito a la crónica cortesana, el monarca habría aludido en su chiste a la unidad de las tres personas divinas.

—¡Si el rey se dignase cambiar su epigrama por un epitalamio! —aventuró el conde, tratando de aprovechar esta salida.

—Me parece bien como rima^[4], pero no veo la razón de hacerlo —respondió secamente el rey, a quien no le hizo ninguna gracia la broma, por fina que fuese, que le gastaban a su composición poética.

A partir de aquel día, las relaciones del rey con el señor de Fontaine se enfriaron bastante. Los reyes gustan más de lo que se supone de la contradicción. Como casi todos los hijos menores, Emilia de Fontaine era un benjamín mimado por todo el mundo. El enfriamiento del monarca causó, pues, al conde una pena tanto mayor cuanto que jamás hubo boda tan difícil de concertar como la de aquella hija querida. Para concebir todos estos obstáculos es preciso penetrar en el recinto del hermoso palacete donde el administrador estaba alojado a expensas de la lista civil. Emilia había pasado su infancia en las tierras de Fontaine y gozado en ellas de esa abundancia que es bastante para los primeros placeres de la juventud; sus menores deseos eran leyes para sus hermanas, para sus hermanos, para su madre e incluso para su padre. Todos los parientes estaban locos por la niña. Cuando hubo llegado a la edad de la razón, precisamente en el momento en que la familia se veía colmada por los favores de la fortuna, su vida siguió siendo igualmente encantadora. El lujo de París le pareció tan natural como la riqueza en flores o en frutos, como la opulencia campestre que hizo las delicias de sus primeros años. Del mismo modo que no había experimentado ninguna contrariedad en su infancia cuando quería satisfacer alegres deseos, así se vio también obedecida cuando a la edad de catorce años se lanzó al torbellino del mundo. Acostumbrada gradualmente a los goces de la fortuna, a los refinamientos de la toilette, la elegancia de los dorados salones y de los coches se le hizo tan necesaria como los cumplidos verdaderos o falsos de la adulación, las fiestas y las vanidades de la corte. Como la mayor parte de los niños mimados, tiranizó a quienes la amaban y reservó sus coqueterías para los indiferentes. Sus defectos no hicieron más que crecer con ella y pronto iban sus padres a recoger los amargos, frutos de tan funesta educación. A la edad de diecinueve años Emilia de Fontaine no

se había decidido a elegir entre los numerosos jóvenes que la política del conde reunía en sus fiestas. Aunque joven todavía, gozaba en el mundo de toda la libertad que puede tener en él una mujer. Semejante a los reyes, carecía de amigos, y veíanse por doquier objeto de una complacencia a la cual quizá no habría resistido un carácter mejor templado que el suyo. Ningún hombre, aunque fuese un anciano, tenía fuerzas para contradecir las opiniones de una joven cuya sola mirada encendía el amor en un corazón frío. Educada con un esmero del que carecieron sus hermanas, pintaba bastante bien, hablaba italiano e inglés, tocaba el piano de un modo desesperante y su voz, perfeccionada por los mejores maestros, poseía un timbre que confería a su canto irresistibles seducciones. Ingeniosa y versada en todas las literaturas, hubiese podido hacer creer que, como dice Mascarille, cuando la gente de calidad viene al mundo lo sabe ya todo. Razonaba con facilidad sobre la pintura italiana o flamenca, sobre la Edad Media o el Renacimiento, juzgaba a tuertas o a derechas los libros antiguos y modernos, y hacía resaltar con una gracia cruel los defectos de cada obra. La más sencilla de sus frases era acogida por la muchedumbre idólatra como por los turcos un fefta del sultán. Todo esto deslumbraba a las personas superficiales y en cuanto a las personas profundas, el tacto que como don natural poseía la ayudaba a reconocerlas; desplegaba ante ellas tanta coquetería que al amparo de sus seducciones podía escapar a su examen. Esta encantadora capa de barniz cubría un corazón despreocupado y la creencia, tan corriente entre muchas jóvenes, de que nadie mora en una esfera lo suficientemente elevada para poder comprender la excelencia de su alma, así como un orgullo que se fundaba en su nacimiento tanto como en su belleza.

A falta de esos sentimientos violentos que, tarde o temprano, acaban por causar estragos en el corazón de una mujer, consumía su juvenil ardor en un afán desmedido de distinciones y halagos, y mostraba el más profundo desprecio hacia los campesinos. Muy impertinente frente a la nueva aristocracia, ponía todo su empeño en que sus padres llevasen el mismo tren de vida que las familias más ilustres del barrio de Saint-Germain.

Estos sentimientos no habían escapado a la mirada observadora del señor de Fontaine que, más de una vez, cuando la boda de sus dos primeras hijas, tuvo que sufrir a causa de los sarcasmos y de las chanzas de Emilia. Las personas de espíritu lógico se sorprendieron de que el viejo vendeano hubiera dado su primera hija a un recaudador general que, desde luego, poseía algunas antiguas tierras señoriales, pero cuyo nombre no estaba precedido de esa partícula a cuya posesión debió el trono tantos defensores; y la segunda a un magistrado demasiado recientemente ennoblecido para hacer olvidar que su padre había vendido leña. Este cambio notable en las ideas del noble cuando iba a cumplir los sesenta años —edad a la que raras veces abandonan los hombres sus creencias— no era debido solamente al deplorable ambiente de la moderna Babilonia, donde todas las gentes de provincias acaban por perder su rudeza; las nuevas ideas políticas del conde de Fontaine eran también resultado de los consejos y de la amistad del rey. Aquel príncipe filosófico se había

complacido en convertir al vendeano a las ideas que exigían la marcha del siglo XIX y la renovación de la Monarquía. Luis XVIII quería fundir los partidos, como Napoleón había fundido las cosas y los hombres. El rey legítimo, quizá tan inteligente como su rival, obraba en sentido contrario. El último jefe de la casa de Borbón tenía tanta prisa por satisfacer al tercer estado y a las gentes del Imperio, así como en refrenar al clero, como el primero de los Napoleón^[5] quiso también, por celos, atraerse a los grandes señores y hacer donaciones a la Iglesia. Confidente de las ideas del rey, el consejero de Estado se había convertido insensiblemente en uno de los jefes más influyentes y más sabios de aquel partido moderado que deseaba vivamente, en nombre del interés nacional, la fusión de las opiniones. Predicaba los difíciles principios del gobierno constitucional y secundaba con todas sus fuerzas el juego de la balanza política que permitía a su señor gobernar a Francia en medio de tantas agitaciones. Quizás el conde de Fontaine aspiraba a llegar a par de Francia en una de esas “ráfagas” legislativas cuyos extraños efectos sorprendían entonces a los viejos políticos. Uno de sus principios más estables consistía en no reconocer en Francia más nobleza que la de los pares, cuyas familias eran las únicas que gozaban de privilegios.

—Una nobleza sin privilegios —decía— es como un mango sin herramienta.

Tan distanciado del partido de Lafayette como del partido de La Bourdonnaye, preconizaba con ardor la reconciliación general, de la cual había de surgir una era nueva y los más brillantes destinos para Francia. Trataba de convencer a las familias que frecuentaban sus salones, así como a las que él invitaba, de las pocas oportunidades que ofrecerían en lo sucesivo la carrera militar y la administración. Recomendaba a las madres que empujasen a sus hijos hacia las profesiones independientes e industriales, dándoles a entender que los empleos militares y las altas funciones del gobierno acabarían por pertenecer, de un modo muy constitucional, a los hijos menores de las familias de los pares. Según él, la nación había conquistado una parte bastante amplia de la administración por su asamblea electiva, por los puestos de la magistratura y por los de las finanzas que, según decía, seguirían siendo, como antaño, patrimonio de las notabilidades del tercer estado. Las nuevas ideas del jefe de la familia de Fontaine y las prudentes alianzas que de ellas resultaron para sus dos primeras hijas, habían tropezado con fuerte oposición en el seno de su hogar. La condesa de Fontaine permaneció fiel a las viejas creencias, que no podía repudiar una mujer emparentada, por parte de su madre, con la casa de Rohán. Aunque por un momento se hubiera opuesto a la felicidad y a la fortuna que aguardaban a sus dos hijas mayores, se indio a esas consideraciones secretas que los cónyuges se confían por la noche, cuando sus cabezas descansan sobre la misma almohada. El señor de Fontaine demostró fríamente a su mujer, por medio de cálculos precisos, que la estancia en París, la obligación de llevar un tren de vida conforme a su categoría, el actual esplendor de su casa, que les compensaba de las privaciones tan valientemente compartidas en la Vendée, los gastos que habían hecho para la educación de los hijos, absorbían la mayor parte de los ingresos de su presupuesto.

Era preciso, pues, aprovechar como un don caído del cielo la ocasión que se les presentaba de establecer tan bien a sus hijas. ¿Es que no iban a gozar un día de sesenta, de ochenta o de cien mil libras de renta? Partidos tan ventajosos no se encontraban todos los días para hijas sin dote. En suma, era ya hora de que pensasen en economizar para aumentar las tierras de Fontaine y reconstruir el antiguo patrimonio territorial de la familia. La condesa cedió, como cualquier madre habría hecho en su lugar —aunque quizá con mayor contento— a tan persuasivos argumentos; pero declaró que, por lo menos, su hija Emilia se casaría de un modo que dejase satisfecho el orgullo que, por desgracia, ella misma había contribuido a desarrollar en aquel alma joven.

De este modo, unos sucesos que habrían podido llevar la alegría al seno de la familia introdujeron en ella un fermento de discordia. El recaudador general y el joven magistrado sufrieron las consecuencias de la frialdad del ceremonial que acertaron a crear la condesa y su hija Emilia. Su etiqueta encontró un campo mucho más extenso para ejercer sus tiranías domésticas: el teniente general se casó con la señorita Mongenod, hija de un rico banquero; el presidente contrajo sensatamente matrimonio con una señorita cuyo padre, dos o tres veces millonario, había practicado el comercio de la sal; finalmente, el tercer hermano se mostró fiel a tan plebeyas doctrinas al tomar por esposa a la señorita Grossetête, hija única del recaudador general de Bourges. Las tres cuñadas y los dos cuñados encontraban tantos encantos y ventajas personales en permanecer en la elevada esfera de los poderes políticos y en los salones del barrio de Saint-Germain que se pusieron todos de acuerdo para formar una pequeña corte en torno a la altiva Emilia. Sin embargo, este pacto de interés y de orgullo no estaba tan bien cimentado que la joven soberana dejase de provocar frecuentes revoluciones en su pequeño Estado. Escenas que el buen tono no habría desaprobado mantenían entre los miembros de aquella poderosa familia un espíritu burlón que, sin alterar sensiblemente la amistad fingida delante de la gente, degeneraba a veces en la intimidación del hogar en sentimientos poco caritativos. La mujer del teniente general, convertida en baronesa, se creía tan noble como una Kergarouët y pretendía que sus cien mil libras de renta le daban derecho a ser tan impertinente como su cuñada Emilia, a la cual deseaba muchas veces, con acerba ironía, un feliz enlace al anunciarle que la hija de algún par acababa de casarse con un fulano a secas. La mujer del vizconde de Fontaine se complacía en eclipsar a Emilia por su buen gusto y por la riqueza que ostentaba en sus *toilettes*, en sus muebles y en sus coches. El aire burlón con que las cuñadas y los cuñados acogieron a veces las aspiraciones que manifestaba la señorita de Fontaine, excitaba en ella una cólera que apenas podía desahogar un diluvio de epigramas. Cuando el jefe de la familia observó cierto enfriamiento en la tácita y precaria amistad del monarca, tembló tanto más intensamente cuanto que, a consecuencia de los burlones desafíos de sus hermanas, nunca su hija predilecta había puesto tan arriba sus miras matrimoniales.

En medio de estas circunstancias, en el momento en que esta pequeña lucha doméstica se había agravado extraordinariamente, el monarca, cerca del cual esperaba el señor de Fontaine volver a ser bienquisto, fue atacado de la enfermedad que había de causarle la muerte. El gran político que de modo tan admirable supo gobernar la nave del Estado en medio de las tempestades, no tardó en sucumbir. Convencido de que podría conservar el favor, el conde de Fontaine realizó los mayores esfuerzos para reunir en torno de su hija menor la flor y nata de los jóvenes en edad de contraer matrimonio. Todos aquellos que han tratado de resolver el difícil problema de colocar una hija orgullosa y caprichosa, comprenderán los apuros que pasaba el pobre vendeano. En el caso de haberla podido cumplir a gusto de su querida hija, esta última empresa habría coronado dignamente la carrera que el conde estaba recorriendo desde hacía ya diez años en París. Por la forma en que su familia había invadido los ministerios se podía comparar con la casa de Austria, que por medio de sus alianzas matrimoniales amenazó con avasallar a Europa. Del mismo modo el viejo vendeano no cesaba de presentar pretendientes; tanto empeño tenía en lograr la felicidad para su hija. Pero nada había más gracioso que el modo que empleaba la impertinente criatura para pronunciar sus sentencias y juzgar del mérito de sus adoradores. Hubiérase dicho que, semejante a una de esas princesas de los *Mil y un Días*; Emilia era lo bastante rica y lo bastante bella para tener el derecho de escoger entre todos los príncipes del mundo; sus objeciones eran unas veces más chuscas que las otras: un pretendiente tenía las piernas demasiado gordas o era patizambo; otro era miope, este se llamaba Durand, aquel cojeaba y casi todos le parecían demasiado gruesos. Más vivaracha, más encantadora, más alegre que nunca, después de haber rechazado a dos o tres pretendientes, se lanzaba a las fiestas de invierno y corría al baile donde sus ojos escrutadores examinaban las celebridades del día y se complacía en excitar las súplicas que siempre rechazaba. La naturaleza la había dotado generosamente de las cualidades necesarias para este papel de Celimena. Alta y esbelta, Emilia de Fontaine tenía un aire majestuoso y retozón, según se le antojaba. Su cuello, un poco largo, le permitía adoptar encantadoras actitudes de desdén e impertinencia. Había formado un fecundo repertorio de todos esos gestos femeninos que aclaran y completan de un modo tan cruel o tan feliz las medias frases y las sonrisas. Unos hermosos cabellos negros y unas cejas muy pobladas y arqueadas prestaban a su fisonomía cierta expresión de orgullo que la coquetería y el espejo le enseñaron a hacer terrible o a temperar por medio de la fijeza o la dulzura de su mirada, por la inmovilidad o las ligeras inflexiones de sus labios, por la frialdad o la gracia de su sonrisa. Cuando Emilia quería adueñarse de un corazón, a su voz pura no le faltaba melodía; pero también sabía prestarle una especie de breve claridad cuando se proponía paralizar la lengua indiscreta de un galán. Su blanco rostro y su frente de alabastro semejaban a la límpida superficie de los lagos, que se ondula a veces por efecto de una brisa y vuelve a adquirir su alegre serenidad cuando el aire se calma. Más de un joven, víctima de sus desdenes, la acusó de hacer comedia, pero ella se

desquitaba al inspirar a quienes la criticaban el deseo de agradarle y someterles luego a los rigores de su coquetería. Entre las jóvenes de moda, ninguna sabía adoptar mejor que ella un aire altanero al recibir el saludo de un hombre de talento, desplegar esa cortesía insultante que convierte a nuestros iguales en inferiores y derramar, en suma, su impertinencia sobre todos aquellos que trataban de igualarse a ella. Parecía, dondequiera que estuviese, que en vez de cumplidos se le tributaban homenajes, y de haber sido una princesa, sus movimientos y ademanes habrían convertido la butaca en que se sentara en un trono imperial.

El señor de Fontaine comprendió demasiado tarde hasta qué punto la educación de su hija más amada había sido falseada por el cariño de toda la familia. Esa admiración que el mundo testimonia al principio a una joven, pero de la cual no tarda en vengarse luego, había exaltado todavía más el orgullo de Emilia y acrecentado su confianza en sí misma. El coro general de complacencias había desarrollado en ella el egoísmo propio de los niños mimados que, parecidos a los reyes, se burlan de todo cuanto tienen cerca de sí. De momento, la gracia de la juventud y el brillo del talento ocultaban a todas las miradas sus defectos, tanto más odiosos en una mujer cuanto que sólo puede hacerse verdaderamente agradable por medio de la amabilidad y la abnegación. Nada escapa, sin embargo, a la mirada de un buen padre y el señor de Fontaine intentó explicar muchas veces a su hija las páginas principales del enigmático libro de la vida. ¡Intento vano! Tuvo que lamentar demasiado a menudo la indocilidad caprichosa o la irónica prudencia de su hija para que perseverase en una tarea tan difícil como era la de corregir aquel carácter tan díscolo. Contentose con dar de vez en cuando algunos consejos llenos de dulzura y de bondad; pero sentía el dolor de ver que sus más tiernas palabras se deslizaban sobre el corazón de su hija como si hubiera sido de mármol. Hubo de transcurrir mucho tiempo antes de que el señor de Fontaine se diera cuenta del aire de condescendencia con que su hija le otorgaba sus raras caricias. Semejaba esos niños que parecen decirle a su madre: “Date prisa en besarme, porque tengo que ir a jugar”. En suma, Emilia se dignaba mostrar cariño a sus padres, pero a menudo, por uno de esos súbitos caprichos que parecen inexplicables en las jóvenes, se aislaba y sólo se mostraba de tarde en tarde. Se quejaba de tener que compartir con demasiadas personas el corazón de su padre y de su madre, sentía celos de todos, incluso de sus hermanos y hermanas. Pero después de haberse esforzado en crear un desierto a su alrededor, esta extraña muchacha acusaba a toda la naturaleza de su soledad artificial y de sus voluntarios pesares. Armada de su experiencia de veinte años, condenaba a la suerte porque, olvidando que el primer principio de la felicidad se halla en nosotros mismos, le exigía demasiado a las cosas de la vida. Habría huido al otro extremo del mundo que evitar unas bodas parecidas a las de sus hermanas; y, sin embargo, sentía en el corazón unos celos terribles al verlas casadas, ricas y felices. En ocasiones hacía que su madre, tan víctima de sus caprichos como el señor de Fontaine, pensase que tenía un grano de locura. Esta aberración es bastante comprensible: nada es más frecuente que el nacimiento de ese

secreto orgullo en el corazón de las jóvenes que pertenecen a familias situadas muy alto en la escala social y a quienes la naturaleza ha dotado de una gran belleza. Casi todas ellas están persuadidas de que sus madres, al llegar a los cuarenta o cincuenta años, ya no pueden comprender sus almas jóvenes ni concebir sus caprichos. Se imaginan que la mayoría de las madres, celosas de sus hijas, quieren vestirlas a su moda con el propósito premeditado de eclipsarlas o arrebatarles los homenajes. De ahí provienen tantas lágrimas secretas y sordas rebeldías contra la pretendida tiranía materna. En medio de esas congostas, que llegan a ser reales, aunque se asienten sobre una base imaginaria, tienen muchas veces el capricho de inventar un objeto a su existencia y confeccionarse a sí mismas un brillante horóscopo; su magia consiste en tomar los sueños como realidades y resuelven secretamente, a través de largas meditaciones, no conceder su corazón y su mano más que al hombre que posea tal o cual ventaja; en su imaginación crean un tipo al que ha de ajustarse necesariamente su futuro marido. Después de haber adquirido experiencia de la vida y la seria reflexión que traen los años, a fuerza de estar en el mundo y seguir su prosaico curso, escarmentadas por ejemplos desgraciados, los bellos colores de su figura ideal se desvanecen y llega un día en que se asombran de ser felices a pesar de no haber realizado las nupciales ilusiones de sus poéticos sueños. Siguiendo esta corriente, la señorita Emilia de Fontaine se había trazado en su frágil sabiduría, el ideal a que había de ajustarse su pretendiente para ser aceptado. De ahí sus desdenes y sarcasmos.

—Aunque joven y de antigua nobleza —decíase—, será ya par de Francia o primogénito de un par. Resultaría insoportable que mis armas no estuviesen pintadas en los paneles de mi coche entre los flotantes pliegues de un manto de azur, al pasear, como los príncipes, por la gran avenida de los Campos Elíseos los días de carreras en Longchamp. Por otra parte, y como pretende mi padre, alcanzará un día las más altas dignidades de Francia. Quiero que sea militar, aunque tal vez le haga pedir el retiro, y que esté condecorado.

Estas raras cualidades de nada servirían si aquel ente de razón no poseyese también una gran amabilidad, elegancia, inteligencia y, sobre todo, fuese esbelto. La delgadez, esa especial gracia del cuerpo, por muy fugaz que sea —sobre todo en un gobierno representativo— constituía un requisito de rigor. La señorita de Fontaine poseía cierta medida ideal que le servía de modelo. El joven que, a la primera ojeada, no llenaba todos los requisitos, ni siquiera obtenía una segunda mirada.

—¡Oh, Dios mío, qué gordo está ese señor! —solía decir como la mayor expresión de desprecio.

Según ella, las personas de robusta corpulencia eran incapaces de sentimientos, malos maridos e indignos de entrar en una sociedad civilizada. Aunque se tratara de una beldad traída de Oriente, la gordura le parecía una desgracia en las mujeres; en los hombres constituía un crimen. Estas paradojas divertían a la gente gracias al tono jocoso con que las decía. No obstante, el conde comprendía que, con el tiempo, estas

pretensiones de su hija, cuyo aspecto ridículo se captaría fácilmente por muchas mujeres, tan clarividentes como poco caritativas, acabarían por convertirse en objeto de burlas. Temía que sus extrañas ideas cayesen en el mal tono. Temblaba al pensar que gentes poco compasivas se podían estar burlando ya de una persona que permanecía tanto tiempo en escena sin ofrecer el desenlace de la comedia que representaba. Más de un actor, descontento por haber sido rechazado, parecía aguardar el más mínimo incidente desgraciado para vengarse. Los indiferentes y los ociosos, empezaban a cansarse, pues la actitud admirativa fatiga siempre a la especie humana. El viejo vendeano sabía mejor que nadie que si se debe escoger con arte el momento adecuado para entrar en el escenario del mundo, en el de la corte, o en un salón, todavía es más difícil saber salir en el instante oportuno. Así, pues, durante el primer invierno que siguió al advenimiento de Carlos X al trono redobló sus esfuerzos, en unión de sus tres hijos y de sus yernos, para llevar a los salones de su hotel los mejores partidos de París y las diferentes diputaciones de los departamentos podían presentar. El esplendor de sus fiestas, el lujo de su comedor, así como sus comidas sazonadas de trufas, rivalizaban con los celebrados banquetes que daban los ministros de la época para asegurarse el voto de sus mesnadas parlamentarias.

El honorable diputado fue señalado entonces como uno de los más poderosos corruptores de la probidad legislativa de aquella ilustre Cámara, que pareció morir de indigestión. ¡Cosa pintoresca! Sus tentativas para casar a su hija le mantuvieron en un encumbrado favor. Quizás encontró alguna ventaja secreta en vender dos veces sus trufas. Esta acusación, debida a algunos liberales burlones que compensaban con la abundancia de sus frases el escaso número de sus adeptos en la Cámara, no tuvo éxito alguno. La conducta del gentilhomme del Poitou era, en general, tan noble y honorable que no sirvió de blanco ni a uno solo de aquellos epigramas con que los maliciosos periódicos de la época asaetaron a los trescientos votantes del centro, a los ministros, a los cocineros, a los directores generales, a los príncipes del tenedor y a los defensores de oficio que sostenían la administración de Villèle. Al final de esta campaña, durante la cual el señor de Fontaine empleó a fondo varias veces a todas sus tropas, creyó que su asamblea de pretendientes no sería aquella vez fantasmagoría vana para su hija. Sentía cierta satisfacción por haber cumplido como bueno su deber de padre. Después de haber ofrecido tantos corazones a la caprichosa Emilia, esperaba que hubiera alguno, por lo menos, que mereciese su aprobación. Incapaz de renovar tanto esfuerzo y cansado del comportamiento de su hija, una mañana de fines de la cuaresma en que la sesión de la Cámara no reclamaba su voto de modo demasiado imperioso, decidió consultarla. Mientras un ayuda de cámara le esparcía artísticamente sobre el cráneo amarillento la capa de polvos que, junto a unas colgantes alas de paloma, completaba su venerable peinado, el padre de Emilia ordenó, no sin secreta emoción, que su ayuda de cámara fuese a avisar a la orgullosa señorita para que compareciera inmediatamente ante el jefe de la familia.

—José —le dijo cuando hubo dado fin a su peinado—, quitadme esta toalla,

cerrad esas cortinas, colocad esas butacas en su sitio, sacudid la alfombra de la chimenea y sacudid el polvo. Luego abrid la ventana para que se ventile un poco mi gabinete.

El conde multiplicaba sus órdenes y hacía que José anduviese jadeante de un lado para otro. El fámulo, como si adivinara las intenciones de su señor, devolvió un poco de frescura a aquella estancia, la más descuidada de la casa, y consiguió imprimir cierta armonía a unos montones de libros y a todos los muebles de aquel santuario donde se ventilaban los intereses del patrimonio real. Cuando José hubo terminado de poner un poco de orden en aquel caos y de colocar del modo más visible, como en un bazar de novedades, las cosas que pudieran resultar más agradables a la vista o producir por sus colores una especie de poesía burocrática, se detuvo en medio del laberinto de papeles esparcidos por doquier, incluso sobre la alfombra, se admiró a sí mismo unos instantes, movió la cabeza y salió.

El digno patricio estaba lejos de compartir la buena opinión de su servidor. Antes de sentarse en su enorme sillón de orejeras, echó una mirada, lleno de desconfianza, a su alrededor, examinó su bata con aire hostil, expulsó de ella algunas briznas de tabaco, se enjugó cuidadosamente la nariz, puso en orden palas y tenazas y atizó el fuego, repasó los bordes de sus zapatillas, tiró hacia atrás del pequeño corbatín alojado horizontalmente entre el cuello de su chaleco y el de su bata, devolviéndole así su posición perpendicular; luego cogió la escobilla y barrió las cenizas de un hogar que daba fe de la obstinación de su catarro y no se sentó hasta que hubo pasado revista por última vez a su gabinete, esperando que nada podría dar ya lugar a los comentarios, tan ingeniosos como impertinentes, con que su hija tenía la costumbre de contestar a sus sabios consejos. En un caso como aquel no quería comprometer su dignidad paternal. Tomó delicadamente un polvo de tabaco y tosió dos o tres veces como si se dispusiera a pedir votación nominal. Oyó el paso ligero de su hija, que entró tarareando una tonada de *El Barbero de Sevilla*.

—Buenos días, padre. ¿Qué queréis de mí tan temprano?

Después que estas palabras fueron lanzadas al aire como el estribillo de su canción, besó al conde, no con la ternura familiar que hace del amor filial algo tan dulce, sino con la despreocupada frivolidad de una amante, segura siempre de agradar, haga lo que haga.

—Mi querida niña —dijo con voz grave el señor de Fontaine—, te he mandado llamar para hablar contigo muy en serio sobre tu porvenir. La necesidad en que ya te encuentras de elegir un marido que haga duradera tu felicidad...

—Papá —respondió Emilia, valiéndose de los registros más acariciadores de su voz para interrumpirle—, me parece que el armisticio que hemos concertado acerca de mis pretendientes no ha expirado todavía.

—Emilia, dejemos hoy las bromas sobre un tema tan importante. Desde hace algún tiempo los esfuerzos de quienes te amamos de veras, querida hija mía, se unen para procurarte un estado feliz en la vida, y sería pecado de ingratitud acoger a la

ligera las muestras de un interés que no soy el único en prodigarte.

Al oír estas palabras y después de haber echado una ojeada, maliciosamente escrutadora, hacia los muebles del gabinete paterno, la joven fue a buscar el sillón que parecía haber sido menos utilizado por los visitantes, lo llevó por sí misma al otro extremo de la chimenea, de modo que se pudiera sentar frente a su padre, adoptó una actitud tan grave que resultaba difícil dejar de ver en ellas las trazas de una burla y se cruzó de brazos sobre los ricos adornos de una esclavina *a la nieve*, cuyas numerosas bandas de tul arrugó implacablemente. Después, mirando de soslayo, y riendo, el rostro preocupado de su viejo padre, rompió el silencio.

—Nunca os había oído decir, querido padre, que el gobierno hiciera sus comunicaciones en bata. Pero —añadió sonriendo—, no importa; el pueblo no puede ser exigente. Veamos, pues, vuestros proyectos de ley y vuestras candidaturas oficiales.

—¡No siempre me será fácil presentártelas, niña alocada! Escucha, Emilia, no tengo intención de comprometer por más tiempo mi reputación, que forma parte de la fortuna de mis hijos, reclutando ese ejército de bailarines a quienes tú pones luego en fuga cada primavera. Has sido ya la causa inocente de muchas enemistades peligrosas con ciertas familias. Espero que hoy comprenderás mejor las dificultades de tu situación y de la nuestra. Tienes veintidós años, hija mía, y hace ya casi tres que debías estar casada. Tus hermanos y tus dos hermanas están bien colocados, son ricos y felices. Pero, hija mía, los gastos que nos han ocasionado estas bodas, y el tren de vida que obligas a llevar a tu madre, han consumido de tal modo nuestros ingresos que apenas podría darte cien mil francos de dote. Desde hoy quiero ocuparme de la futura suerte de tu madre, que no debe ser sacrificada a la suerte de sus hijos. Emilia, si yo llegase a faltar, la señora de Fontaine no podría depender de nadie y debe continuar disfrutando de la posición holgada con que he recompensado demasiado tarde su abnegación para conmigo. Ya ves, hija mía, que la escasa cuantía de tu dote no está muy en armonía con tus afanes de grandeza. Y aún será éste un sacrificio que no hice por ningún otro de mis hijos, que se han puesto generosamente de acuerdo para no reclamar nunca por la mejora que otorguemos a una hija amada con exceso.

—¡En su posición! —dijo Emilia, moviendo la cabeza irónicamente.

—Hija mía, no desprecies de este modo a quienes te aman. Sólo los pobres son generosos. Los ricos tienen siempre excelentes razones para no entregar veinte mil francos a un pariente. No te chances hija mía, y hablemos razonablemente. Entre los jóvenes casaderos, ¿te has fijado en el señor de Manerville?

—¡Oh! Cuando habla, cecea y se está mirando siempre el pie porque cree que lo tiene pequeño. ¡Es tan presumido! Además, es rubio y no me gustan los hombres rubios.

—Bueno ¿y el señor de Beaudenord?

—No es noble. Tiene mal tipo y está muy gordo, aunque, desde luego, es moreno. Haría falta que esos dos señores se pusieran de acuerdo para reunir sus cualidades, el

primero diera su cuerpo y su nombre al segundo, el cual podría conservar el pelo tal como ¡o tiene, y entonces... tal vez...

—¿Qué tienes que decir contra el señor de Rastignac?

—La señora de Nucingen ha hecho de él un banquero —dijo Emilia maliciosamente.

—¿Y el vizconde de Portenduère, nuestro pariente?

—Un chiquillo que baila mal y, además, carece de fortuna. En fin, papá, todas esas personas carecen de título y yo quiero ser condesa, por lo menos, como mi madre.

—Este invierno no has visto a nadie que...

—No, papá, no.

—¿Qué es, entonces, lo que quieres?

—El hijo de un par de Francia.

—¡Hija mía, estás loca! —dijo el señor de Fontaine poniéndose en pie.

Pero de pronto, alzó los ojos al cielo, como si buscara en él una nueva dosis de resignación a través de algún pensamiento religioso; luego, lanzando una mirada de piedad paternal hacia su hija, que se sintió emocionada, le cogió la mano, se la estrechó y le dijo con ternura:

—Dios es testigo, pobre criatura extraviada, de que he cumplido concienzudamente mis deberes de padre para contigo. ¡Qué digo concienzudamente, con amor, Emilia! Dios sabe que este invierno he traído junto a ti a más de un hombre honorable cuyas cualidades, costumbres y carácter me eran conocidos, y todos parecían dignos de ti. Hija mía, mi tarea ha concluido. Desde hoy te entrego al arbitrio de tu suerte, y me siento a la vez feliz y desventurado al verme exonerado de la más pesada de las obligaciones paternas. Ignoro si aún escucharás durante algún tiempo una voz que, por desgracia, nunca ha sido severa; pero ten presente que la felicidad conyugal no se basa tanto en las brillantes cualidades y en la fortuna como en la estima y aprecio recíprocos. Esta felicidad es, de suyo, modesta y sin esplendor. Hija mía, te autorizo para casarte con quien tú quieras presentarme como futuro yerno; pero si llegases a ser desdichada, piensa que no tendrás derecho a acusar a tu padre. No me negaré a dar los pasos necesarios para ayudarte; sólo te pido que tu elección sea seria, definitiva: no voy a comprometer dos veces el respeto debido a mis canas.

El afecto que su padre le testimoniaba y el acento solemne que puso en su suntuosa alocución, conmovieron vivamente a la señorita de Fontaine; pero disimuló su ternura, saltó a las rodillas del conde —que se había sentado todavía tembloroso—, le hizo unas caricias tan dulces y le miró con tanta gracia que la frente del anciano perdió sus arrugas. Cuando Emilia consideró que su padre se había repuesto ya de su penosa emoción, le dijo en voz baja:

—Os agradezco mucho vuestra amable intención, querido padre. Quizá no sabíais que fuese tan loca y tan rebelde. Pero, padre mío, ¿acaso es tan difícil casarse con un

par de Francia? Vos decíais que los hacían a docenas. Espero que, al menos, no me negaréis vuestros consejos.

—No, pobre hijita, no; y te regañaré más de una vez. ¡Anda con cuidado! Piensa que la dignidad de par es un resorte demasiado nuevo en nuestra *gubernamentalidad* —como decía el rey, que en paz descansa—, para que los pares puedan poseer grandes fortunas. Los que son ricos quieren serlo aún más. El más opulento de todos nuestros pares no tiene la mitad de los ingresos que el lord menos rico de la Cámara alta de Inglaterra. Ahora bien, los pares de Francia buscarán siempre ricas herederas para sus hijos, sin importarles donde se encuentren. La necesidad en que se hallan todos de concertar matrimonios de ventaja durará más de dos siglos. Es posible que mientras esperas ese feliz azar que deseas —búsqueda que te puede costar los más bellos años— tus encantos, dado que hoy la gente se casa frecuentemente por amor, tus encantos, digo, operen un prodigio. Cuando la experiencia se oculta bajo un rostro tan lozano como el tuyo, pueden esperarse maravillas. ¿Acaso no posees la facultad de reconocer las virtudes en el mayor o menor volumen que adoptan los cuerpos? No es mérito pequeño. Así, pues, no tengo necesidad de prevenir a una persona tan prudente como tú contra las dificultades de la empresa. Estoy seguro de que no le reconocerás jamás a un desconocido la posesión de una gran inteligencia al ver que tiene el rostro abotargado, ni creerás que posee grandes virtudes si está demasiado gordo. En fin, estoy completamente de acuerdo contigo acerca de la obligación que tienen todos los hijos de los pares de poseer un aire y unas maneras peculiares. Aunque hoy día no existe nada que indique la elevada categoría, esas personas poseerán quizá para ti un *no sé qué* que te revele su condición. Por otra parte, tienes las riendas de tu corazón tan sujetas como un jinete bien seguro de que su corcel no va a desbocarse. Hija mía, ¡que tengas suerte!

—Te burlas de mí, papá. Pues bien, te declaro que antes moriré en el convento de la señorita de Condé que casarme con quien no sea par de Francia.

Se deshizo de los brazos de su padre y, orgullosa de verse dueña de sí misma, se fue cantando el aria *Cara, non dubitare*, del *Matrimonio secreto*, de Cimarosa. Casualmente celebraba aquel día la familia el aniversario de una fiesta hogareña. A los postres, la señora Planat, esposa del recaudador general y hermana mayor de Emilia, habló con grandes elogios de un joven americano, que poseía una inmensa fortuna y que, habiéndose enamorado apasionadamente de su hermana, le había hecho proposiciones sumamente brillantes.

—Es banquero, me parece —dijo Emilia con aire desdeñoso—. No me gusta la gente de finanzas.

—Pero Emilia —repuso el barón de Vilaine, marido de la segunda hermana de la señorita de Fontaine—, tampoco os gusta la magistratura, de modo que, si rechazáis a los propietarios que no tienen título, no veo muy claro dentro de qué clase vais a escoger marido.

—Sobre todo, con tu manía de la esbeltez —añadió el teniente general.

—Ya sé yo lo que me hace falta —repuso la joven.

—Mi hermana quiere un hermoso nombre, un hermoso joven y un hermoso porvenir —dijo la baronesa de Fontaine— con cien mil libras de renta; en fin, un señor de Marsay, por ejemplo.

—Yo sé, querida hermana —respondió Emilia—, que no haré una boda tan estúpida como muchas que he visto. Por otra parte, para evitar estas discusiones nupciales declaro que miraré como a enemigos de mi tranquilidad a todos aquellos que me hablen de matrimonio.

Un tío de Emilia, vicealmirante, cuya fortuna acababa de verse incrementada con una veintena de miles de libras de renta como consecuencia de la ley de indemnizaciones, anciano septuagenario en posesión de la facultad de decir duras verdades a su sobrina, por la cual estaba loco, exclamó para disipar la acritud que se había infiltrado en la conversación:

—¡No atormentéis a mi pobre Emilia! ¿No veis que está esperando a que alcance su mayoría de edad el duque de Burdeos?

Una carcajada general acogió la chanza del anciano.

—¡Cuidaros de que no me case con vos, viejo loco! —respondió la joven, cuyas últimas palabras fueron, por fortuna, ahogadas por las risas.

—Hijos míos —dijo la señora de Fontaine para suavizar aquella impertinencia—, Emilia, lo mismo que todos vosotros, sólo pediré consejos a su madre.

—¡Dios mío, no pienso escuchar a nadie más que a mí misma en un asunto tan personal! —dijo de modo muy claro la señorita de Fontaine.

Las miradas se volvieron entonces hacia el cabeza de la familia. Todos parecían sentir curiosidad por ver cómo haría para mantener su dignidad. El venerable vendeano, no sólo gozaba de gran consideración en el mundo, sino que, más feliz en esto que muchos padres, era apreciado por su familia, cuyos miembros habían sabido reconocer las sólidas cualidades que le servían para labrar la fortuna de los suyos; por eso estaba rodeado del mismo profundo respeto que testimonian las familias inglesas y algunas casas aristocráticas del continente al representante del árbol genealógico. Hízose un profundo silencio y los ojos de los comensales se posaron alternativamente en la cara juguetona y altiva de la niña mimada y en los rostros severos del señor y de la señora Fontaine.

—He dejado a mi hija Emilia que sea dueña de su suerte —fue la respuesta que dio el conde con tono de voz profundo.

Todos miraron entonces a la señorita de Fontaine con una curiosidad en la que se mezclaba la compasión. Aquellas palabras parecían anunciar que la bondad paterna se había cansado de luchar contra un carácter que la familia sabía incorregible. Los yernos murmuraron y los hermanos dirigieron a sus mujeres sonrisas burlonas. A partir de aquel momento, todos dejaron de interesarse por el matrimonio de la orgullosa joven. Su tío fue el único que, en su calidad de viejo marino, se atrevió a bromear con ella y soportar sus salidas, sabiendo como responder adecuadamente en

todo momento a sus ingeniosas palabras.

Cuando llegó la primavera, después del voto del presupuesto, aquella familia, verdadero modelo de las familias parlamentarias del otro lado de la Mancha, que tienen un pie en todas las administraciones y diez votos en los Comunes, voló, como nidada de pájaros hacia los hermosos lugares de Aulnay, de Antony y de Châtenay. El opulento recaudador general había comprado recientemente en aquellos lugares una casa de campo para su mujer, que sólo permanecía en París durante las sesiones. Aunque la hermosa Emilia despreciara a la gente de campo, este sentimiento no llegaba hasta el extremo de desdeñar las ventajas de la fortuna acumulada por los burgueses, de modo que acompañó a su hermana a la suntuosa quinta, menos por amistad hacia las personas de la familia que en ella se refugiaron, que por la circunstancia de que el buen tono exija imperiosamente a toda mujer que se respete que salga de París durante el verano. La verde campiña de Sceaux llenaba admirablemente las condiciones exigidas por el buen tono y el deber de los cargos públicos.

Como resulta un poco dudoso que la reputación del baile campestre de Sceaux haya rebasado jamás los límites del departamento del Sena, es preciso dar algunos detalles de esa fiesta semanal que por su importancia amenazaba entonces convertirse en una institución. Los alrededores de la pequeña ciudad de Sceaux gozan de la fama que se debe a los lugares que se consideran encantadores. A veces son lugares muy corrientes y sólo deben su celebridad a la estupidez de los burgueses de París, que al salir del laberinto callejero en que han estado viviendo se mostrarían dispuestos a admirar las llanuras de la Beauce. Pero en cuanto a las poéticas umbrías de Aulnay, las colinas de Antony y el valle de Bièvre, que frecuentan algunos artistas que han viajado mucho, los extranjeros —gente muy exigente— y buen número de lindas mujeres que no carecen de gusto, es preciso creer que los parisienses tienen razón. Pero Sceaux posee otro aliciente no menos poderoso para el parisiense.

En medio de un jardín desde el cual se descubren deliciosas perspectivas, se halla una inmensa rotonda abierta por todos los lados y cuya cúpula, tan grande como ligera, se sostiene por medio de elegantes pilares. Esta bóveda campestre protege una sala de baile y es raro que los propietarios más presuntuosos de los alrededores no se trasladen una o dos veces durante la estación hacia aquel palacio rural de Terpsícore, sea en brillantes cabalgatas, sea en esos elegantes y ligeros coches que cubren de polvo a los filosóficos peatones. La esperanza de encontrar allí a algunas mujeres de la buena sociedad y de ser vistos por ellas, la esperanza menos frecuentemente frustrada de ver allí a jóvenes campesinas, astutas como jueces, hace que el domingo acudan a Sceaux numerosos enjambres de pasantes de abogado, discípulos de Esculapio y jóvenes cuya piel se conserva blanca y fresca gracias al aire húmedo de las trastiendas parisienses. Así, pues, un buen número de matrimonios burgueses se prepararon a los sonos de la orquesta que ocupa el centro de esta sala circular. Si el techo pudiera hablar, ¿cuántos amores no nos contaría? Aquella interesante y

abigarrada multitud hacía entonces que el baile de Sceaux fuese mucho más picante que ninguno de los demás bailes de los alrededores de París, sobre los cuales su rotonda, la belleza del lugar y la amenidad de su jardín le conferían indudables ventajas. Emilia fue la primera en manifestar deseos de ir a aquel baile tan alegre, prometiéndose un gran placer cuando se encontrara en medio de aquella muchedumbre. Quienes la rodeaban se extrañaron de que quisiera mezclarse en semejante barullo; pero ¿acaso no es para los grandes el incógnito objeto de los goces más intensos? La señorita de Fontaine se complacía en imaginar aquella fiesta; esperaba dejar en más de un corazón burgués el recuerdo de una mirada o una sonrisa encantadoras, se reía ya de las campesinas con pretensiones de señoras, y afilaba sus lápices para pintar las escenas con que lo esperaba. La familia de la “villa Planat” emprendió el camino a pie para que nadie cometiese la indiscreción de confundirla con los demás personajes que pensaban honrar el baile con su presencia. Habían comido temprano y el mes de mayo favoreció aquella escapatoria aristocrática con la más hermosa de sus tardes. La señorita de Fontaine se quedó muy sorprendida al encontrar, bajo la rotonda, algunos grupos de personas que parecían pertenecer a la buena sociedad. También observó la presencia de algunos jóvenes que parecían haber consumido los ahorros de un mes para brillar durante una jornada, así como la de varias parejas cuya alegría, demasiado franca, no tenía nada de conyugal; pero sólo pudo espigar, en vez de cosechar. Asombrose al ver que el placer vestido de percal se pareciera tanto al placer vestido de seda, y de que la burguesía danzase con tanta gracia, y a veces aún mejor, que la nobleza. La mayor parte de los vestidos eran sencillos, pero los llevaban con elegancia. Quienes, en esta reunión, parecían ser los amos de la comarca, es decir, los campesinos, se mantenían en su rincón con increíble discreción y cortesía. Fue preciso que la señorita Emilia realizara cierto estudio de los diversos elementos que componían aquella reunión antes de encontrar en ella un tema para sus chanzas. Pero no tuvo tiempo para entregarse a sus críticas maliciosas ni para escuchar muchas de esas frases que los humoristas suelen recoger con alegría. La orgullosa criatura encontró de pronto en aquel vasto campo una flor, (metáfora muy apropiada a la estación) cuyo esplendor y colorido obraron sobre su imaginación con todo el prestigio que ofrece la novedad. Sucede a menudo que al contemplar una tela o un papel blancos con aire distraído no advertimos de momento una mancha o algún punto brillante que más tarde aparecen ante nuestros ojos súbitamente, cual si surgiera en el instante mismo en que los vemos. Por una especie de fenómeno moral bastante parecido a éste, la señorita de Fontaine reconoció en un hombre joven el tipo de todas las perfecciones externas con que había soñado desde hacía tanto tiempo.

Sentada en una de aquellas sillas vulgarísimas que dibujaban el recinto de la sala, se había colocado en el extremo del grupo formado por su familia con objeto de poder levantarse o avanzar según su capricho, comportándose frente a los cuadros vivientes y los grupos ofrecidos por la sala como en la exposición de un museo; enfocaba impertinentemente sus gemelos hacia una persona que se hallaba a dos

pasos de ella, y hacía sus comentarios como si estuviera criticando o alabando una cabeza de estudio o una escena de género. Sus miradas, después de haber vagado por toda esta vasta tela animada, se vieron de pronto cautivadas por aquella figura que parecía haber sido colocada adrede en un ángulo del cuadro, muy bien iluminada, como un personaje que no guardara relación alguna con el conjunto.

El desconocido, soñador y solitario, ligeramente apoyado en una de las columnas que sostenían el techo, tenía los brazos cruzados y estaba inclinado como si se hubiera colocado allí para que un pintor hiciera su retrato. Aunque llena de orgullo y elegancia, esta actitud se hallaba desprovista de afectación. Ningún gesto demostraba que hubiera ladeado su rostro e inclinado levemente la cabeza hacia la derecha, como Alejandro, como lord Byron, y como algunos otros grandes hombres, con la única y exclusiva finalidad de llamar la atención. Su mirada fija seguía los movimientos de una joven que bailaba y dejaba traslucir un profundo sentimiento. Su esbelta cintura, algo separada de la columna, recordaba las bellas proporciones de Apolo. Hermosos cabellos negros formaban rizos naturales sobre su frente espaciosa. De una sola ojeada advirtió la señorita de Fontaine la finura de su blanca camisa, la belleza de sus guantes de cabritilla, comprados evidentemente en un buen establecimiento. También observó que tenía el pie pequeño y que calzaba botas de piel de Irlanda. No llevaba ninguna de esas baratijas de que iban cargados los antiguos lechuguinos de la Guardia Imperial y todavía llevan los Casanova de mostrador. Sólo una cinta negra, de la cual pendían sus gemelos, flotaba sobre un chaleco de corte distinguido. Jamás la exigente Emilia había visto los ojos de un hombre sombreados por unas pestañas tan largas y curvadas. Aquel rostro, que se caracterizaba por un color muy moreno y un aire muy varonil, reflejaba melancolía y pasión. Su boca parecía dispuesta en todo momento a sonreír y a levantar las comisuras de unos labios elocuentes; pero esta disposición, lejos de reflejar alegría, revelaba más bien una especie de melancólica elegancia. Aquel desconocido inspiraba deseos de conocerlo. Al verle, el observador más perspicaz lo habría tomado inmediatamente por un hombre de talento, llevado por algún interés poderoso hacia aquella fiesta aldeana.

Todas estas observaciones no le costaron a Emilia más que un instante de atención, durante el cual aquel hombre privilegiado, sometido a tan severo análisis, se convirtió también en objeto de secreta admiración. Emilia no se dijo: “¡Es preciso que sea par de Francia!”, sino: “¡Si es noble, tiene que ser par de Francia!...”. Sin terminar su pensamiento, se levantó de pronto y se dirigió, seguida por su hermano, el teniente general, hacia aquella columna, como si contemplara los alegres grupos; pero por medio de un artificio óptico familiar a las mujeres, no perdía uno solo de los movimientos del joven a quien se acercó. El desconocido se alejó cortésmente para ceder su sitio a las dos personas que se le aproximaban y se fue a apoyar en otra columna. Emilia, tan ofendida por la cortesía de aquel extraño como pudiera estarlo por una impertinencia, se puso a hablar con su hermano en voz mucho más alta de lo que el buen tono lo requería; hizo gestos y rio sin que hubiera verdadero motivo para

ello, mucho menos para comunicarse con su hermano que para llamar la atención del imperturbable desconocido. Ninguno de estos pequeños ardidés le sirvió para nada. La señorita de Fontaine siguió entonces la dirección que tomaban las miradas del joven y advirtió la causa de aquella falta de interés.

En medio del grupo que bailaba delante de ella se hallaba una joven pálida, semejante a aquellas divinidades escocesas que Girodet ha colocado en su inmensa composición pictórica de los guerreros franceses recibidos por Osián. Emilia creyó reconocer en ella a una ilustre *lady* que desde hacía algún tiempo había ido a vivir en un pueblo cercano. Tenía como galán a un joven de quince años, de manos coloradotas, pantalón de mahón, chaqueta azul y zapatos blancos, lo cual demostraba que su afición al baile no le permitía ser demasiado exigente en cuanto a la elección de pareja. Sus movimientos no se compaginaban con su aparente debilidad; pero leve rubor teñía ya sus blancas mejillas y su semblante empezaba a animarse. La señorita de Fontaine se acercó a la pareja para poder examinar a la desconocida en el momento en que ésta volviera a su sitio, mientras los demás danzarines repetían la figura que ella ejecutaba. Pero el desconocido avanzó unos pasos, se inclinó hacia la linda bailadora y la curiosa Emilia pudo oír de un modo bien claro estas palabras, aunque fueron pronunciadas con voz a un tiempo imperiosa y suave:

—Clara, niña mía, no bailéis más.

Clara hizo un leve mohín, inclinó la cabeza en señal de obediencia y acabó por sonreír. Después de la contradanza, el joven tuvo precauciones propias de un amante al cubrir con un chal de cachemira los hombros de la joven e hizo que se sentara de modo que estuviese resguardada del viento. Luego la señorita de Fontaine, que les vio levantarse y pasear alrededor del recinto como si se dispusieran a marcharse, halló el medio de seguirles con el pretexto de admirar las perspectivas del jardín. Su hermano se prestó con maliciosa condescendencia a los caprichos de aquel paseo, un tanto errabundo. Emilia vio entonces a la bella pareja montar en un elegante tálburi, que guardaba un criado montado en un caballo y vestido de librea. En el momento en que el joven, desde lo alto de su asiento, equilibraba las dos riendas, Emilia recibió de él una de esas miradas que se lanzan sin finalidad hacia las grandes multitudes; luego tuvo la débil satisfacción de ver como volvía la cabeza dos veces y que la joven desconocida le imitaba. ¿Eran celos?

—Supongo que ya habrás visto bien el jardín —le dijo su hermano—, y que podremos volver al baile.

—Sí —respondió Emilia—. ¿Crees que pueda ser una parienta de lady Dudley?

—Lady Dudley puede tener en su casa un pariente —respondió el barón de Fontaine—, pero una parienta, no.

Al día siguiente, la señorita de Fontaine manifestó deseos de dar un paseo a caballo. Insensiblemente acostumbró a su anciano tío y a sus hermanos a que la acompañasen en ciertas excursiones matutinas que, según decía, eran muy convenientes para su salud. Sentía especial predilección por los alrededores del

pueblo donde vivía lady Dudley, pero a pesar de sus maniobras ecuestres no volvió a ver al extranjero tan prestamente como la alegre búsqueda a que se entregaba le podía hacer esperar.

Volvió varias veces al baile de Sceaux sin poder encontrar en él al joven inglés, caído del cielo para dominar y embellecer sus sueños. Aunque nada estimula tanto el amor naciente de una joven como los obstáculos, hubo un momento en que la señorita Emilia de Fontaine estuvo a punto de abandonar su extraña y secreta persecución, casi desesperada del éxito de una empresa cuya singularidad puede dar idea del atrevimiento de su carácter.

En efecto, habría podido dar muchas vueltas en derredor de Châtenay sin volver a ver al desconocido. La joven Clara, puesto que ese era el nombre que la señorita de Fontaine había oído, no era inglesa y el presunto extranjero no vivía entre los floridos y embalsamados bosquecillos de Châtenay.

Una tarde, Emilia, que había salido a caballo con su tío, el cual, desde la llegada del buen tiempo había alcanzado de su gota un cese prolongado de hostilidades, encontró a lady Dudley. La ilustre extranjera tenía junto a ella, en su calesa, al señor de Vandenesse. Emilia reconoció a la linda pareja y sus suposiciones quedaron disipadas en un instante como se disipan los sueños. Despechada como una mujer a quien se burla en su espera, volvió grupas con tal rapidez que su tío tuvo que hacer los mayores esfuerzos por seguirla, tan a galope había ella lanzado a su *poney*.

—Al parecer me he hecho demasiado viejo para comprender estos espíritus de veinte años —se dijo el marino, lanzando su caballo al galope— o quizá la juventud de hoy no se parece ya a la de antaño. Mas ¿qué tiene mi sobrina? Veo que ahora camina poco a poco, igual que un gendarme de patrulla por las calles de París. Se diría que quiere ir a ver a aquel burgués con aspecto de poeta. ¡Si seré tonto! ¿Se tratará, acaso, del joven que estamos buscando?

Al pensar esto el viejo marino moderó el paso de su caballo, de suerte que pudiera llegar junto a su sobrina sin hacer ruido. El vicealmirante había hecho demasiadas travesuras por los años 1771 y siguientes, época en que la galantería se hallaba en su apogeo, para no adivinar al instante que Emilia, gracias a una gran casualidad, acababa de encontrar al desconocido del baile de Sceaux. A pesar del velo que la edad había echado sobre sus ojos grises, el conde de Kergarouët supo advertir indicios de una agitación extraordinaria en su sobrina, por mucha inmovilidad que tratase de imprimir a su semblante. Los ojos penetrantes de la joven se hallaban fijos con estupor en el desconocido, que caminaba tranquilamente delante de ella.

—¡Esto va bien! —se dijo el marino—; va a seguirle como un buque mercante sigue a un corsario. Luego, cuando le haya visto alejarse, se desesperará por no saber a quien ama y por ignorar si se trata de un marqués o de un burgués. Realmente, las cabezas jóvenes debieran tener siempre a su lado una vieja peluca como yo...

De pronto hizo avanzar a su caballo de modo que obligó a partir al de su sobrina, y pasó tan rápidamente entre ella y el joven paseante, que forzó a este último a

echarse sobre el talud de hierba por donde cruzaba, encajonado, el camino. Deteniendo luego el caballo, exclamó el conde:

—¿No podíais apartaros un poco?

—Perdón, caballero —respondió el desconocido—. Ignoraba que fuese yo quien tuviera que disculparme por haber estado vos a punto de atropellarme con vuestro caballo.

—¡Basta, amigo! —repuso el marino, con voz áspera y aire insultante.

Al mismo tiempo, levantó el látigo como para fustigar al caballo y tocó el hombro de su interlocutor, mientras decía:

—El burgués liberal es razonador, y todo razonador debe ser prudente.

Al oír este sarcasmo, el joven se encaramó al talud del camino, se cruzó de brazos y respondió, algo nervioso:

—Caballero, al ver vuestras canas no puedo creer que todavía os divierta buscar duelos.

—¿Hablas de mis canas? —exclamó el marino, interrumpiéndole—; has mentido como un villano, pues mis cabellos no son blancos sino grises.

Una disputa iniciada así se hizo al cabo de pocos segundos tan acalorada que el joven contrincante olvidó el tono moderado que hasta entonces había procurado conservar. En el momento en que el conde de Kergarouët vio que su sobrina llegaba hasta ellos con muestras de la más viva inquietud, dijo su nombre a su antagonista y le rogó que guardara silencio delante de la joven, que estaba confiada a sus cuidados. El desconocido no pudo evitar una sonrisa y entregó una tarjeta al viejo marino, le hizo observar que ocupaba una casa de campo en Chevreuse, y se alejó rápidamente, después de habérsela señalado.

—Habéis estado a punto de atropellar a ese pobre paisano, sobrina mía —dijo el conde, apresurándose a ponerse delante de Emilia—. No sabéis tener sujeto vuestro caballo por la brida y hacéis que, para encubrir vuestras locuras, comprometa mi dignidad; mientras que si os hubieseis quedado aquí, una sola de vuestras miradas o de esas frases corteses que tan lindamente decís cuando no sois impertinente, lo habría arreglado todo, aunque le hubieseis roto el brazo.

—¡Eh, tío, que fue vuestro caballo y no el mío la causa de este accidente! Creo, en verdad, que ya no sabéis montar a caballo ni sois tan buen jinete como el año pasado. Pero en vez de decir tonterías...

—¡Diantre! ¡Tonterías! ¿Y no es, acaso, una tontería mostraros tan impertinente con vuestro tío?

—¿No creéis que deberíamos ir a comprobar si ese hombre se ha lastimado? Ved como cojea.

—No, es que corre; le he reprendido muy duramente.

—Tío, en eso no os reconozco muy bien.

—¡Alto ahí, sobrina! —dijo el conde deteniendo el caballo de Emilia por la brida—. No veo ninguna necesidad de pedir disculpas a un tendero que se siente muy feliz

por haber sido arrojado al suelo por una joven encantadora o por el comandante de *La Gaviota*.

—¿Por qué creéis que se trata de un villano, querido tío? Me parece que tiene ademanes muy distinguidos.

—Todo el mundo los tiene hoy, querida sobrina.

—No, tío, no todos poseen el aire y las maneras que confiere la costumbre de frecuentar los salones, y apostaría algo con gusto a que ese joven es noble.

—Casi no habéis tenido tiempo de examinarlo.

—Pero no es la primera vez que lo veo.

—Y tampoco es la primera vez que le buscáis —respondió riendo el almirante.

Emilia se ruborizó y su tío se recreó en dejarla desconcertada durante un rato; luego le dijo:

—Emilia, vos sabéis que os amo como si fuerais hija mía, precisamente porque sois la única de la familia que tenéis ese orgullo legítimo que confiere la noble cuna. ¡Diantre! ¿Quién hubiese creído que los principios habrían de llegar a hacerse tan raros? Pues bien, quiero ser vuestro confidente. Querida hija, observo que ese joven gentilhomme no os es indiferente. ¡Chitón! Nuestros familiares se burlarían de nosotros si supieran que nos embarcábamos bajo un mal pabellón. Ya sabéis lo que esto quiere decir. Dejadme, pues, que os ayude, sobrina. Guardemos los dos nuestro secreto y os prometo llevar a ese hombre al salón.

—¿Cuándo, tío?

—Mañana.

—Pero, querido tío, espero que yo no estaré obligada a nada.

—A nada en absoluto, y podréis bombardearlo, incendiarlo y dejarlo como una vieja carraca, si queréis. ¿No será el primero, verdad?

—¡Qué bueno sois, tío!

Tan pronto como el conde hubo regresado a casa, se puso las gafas, sacó disimuladamente la tarjeta del bolsillo y leyó: MAXIMILIANO DE LONGUEVILLE, RUE DU SENTIER.

—Tranquilizaos, querida sobrina, podéis asaetear con la conciencia tranquila —le dijo a Emilia—: pertenece a una de nuestras familias históricas, y si no es par de Francia lo será infaliblemente.

—¿De dónde habéis sacado tantas cosas?

—Ese es mi secreto.

—¿Conocéis, pues, su nombre?

El conde inclinó en silencio su cabeza gris, bastante parecida a un añoso tronco de encina alrededor del cual hubieran revoloteado hojas enrolladas por el frío del otoño; entonces su sobrina comenzó a ejercer sobre él el poder constantemente renovado de sus coqueterías. Instruida en el arte de mimar al viejo marino, le prodigó las caricias más infantiles y las más tiernas palabras; llegó incluso a besarle, con objeto de obtener de él la revelación de un secreto tan importante. El anciano, que se pasaba la

vida haciendo representar a su sobrina esta clase de escenas, y que a menudo las pagaba con una joya o cediéndole su palco en los Italianos, se hizo esta vez de rogar y, sobre todo, de acariciar. Pero como prolongase demasiado rato estos placeres, Emilia se enojó y pasó de las caricias a los sarcasmos y a las burlas, aunque luego volvió a la curiosidad. El diplomático marino obtuvo solemnemente de su sobrina la promesa de ser en lo sucesivo más reservada, más dulce, menos voluntariosa, de gastar menos dinero y, sobre todo, de contárselo todo. Concluido el trato y sellado con un beso, que depositó en la blanca frente de Emilia, el anciano llevó a su sobrina a un rincón del salón, la sentó sobre sus rodillas, colocó la tarjeta oculta entre sus dos pulgares y fue descubriendo, letra por letra, el apellido de Longueville, pero se negó obstinadamente a dejar ver nada más. Este acontecimiento hizo aún más intenso el secreto sentimiento de la señorita de Fontaine que, durante gran parte de la noche, se dedicó a evocar los cuadros más brillantes de aquellos sueños con que había alimentado sus esperanzas. Finalmente, gracias a ese azar tantas veces implorado, Emilia veía ahora algo muy distinto de una quimera en el manantial de las riquezas imaginarias con que doraba su futuro conyugal. Como todas las personas jóvenes, al ignorar los peligros del amor y del matrimonio, apasionose por las apariencias engañosas del matrimonio y del amor. Esto casi equivale a decir que su sentimiento nació como nacen casi todos esos caprichos de la primera edad, dulces y crueles errores que ejercen tan fatal influencia sobre la existencia de las jóvenes lo suficientemente inexpertas para no confiar más que a sí mismas el cuidado de su futura felicidad. Al día siguiente, por la mañana, antes de que Emilia se hubiese despertado, su tío se encaminó apresuradamente a Chevreuse. Al reconocer en el patio de un elegante pabellón al joven a quien había insultado tan inequívocamente el día anterior, dirigióse hacia él con toda la afectuosa cortesía de los ancianos del antiguo régimen.

—Bien, señor, ¿quién habría podido decirme que, a la edad de setenta y tres años, tendría una cuenta pendiente con el hijo o el nieto de uno de mis mejores amigos? Soy vicealmirante, caballero, lo cual equivale a decir que me sería tan fácil batirme en duelo como fumarme un cigarro. En mis tiempos, dos jóvenes sólo podían convertirse en amigos íntimos cuando habían visto el color de su sangre. Pero ¡diantre!, ayer, en mi calidad de marino, había subido demasiada cantidad de ron a bordo y fui a parar contra vos. Venga esa mano, pues preferiría recibir cien desaires de un Longueville a ocasionar la más mínima pena a su familia.

Por muy grande que fuera la frialdad con que el joven tratara de acoger al conde de Kergarouët, no pudo resistir, al fin, la franca bondad de sus maneras y se dejó estrechar la mano.

—Ibais a montar a caballo —dijo el conde—, no os preocupéis por mí. Pero a menos de que tuvierais algún proyecto, venid conmigo; os invito hoy a comer en el pabellón de los Planat. Mi sobrino, el conde de Fontaine, es un hombre a quien vale la pena conocer. ¡Ah, diantre! Quiero resarciros de mi anterior brusquedad al

presentaros a cinco de las mujeres más guapas de París. ¡Vaya, muchacho, veo que vuestra frente se desarruga! Me gustan los jóvenes y me gusta verlos dichosos. Su felicidad me recuerda los años felices de mi juventud en los que no faltaban las aventuras ni los duelos. ¡La gente era alegre entonces! Hoy os dedicáis a razonar y os inquietáis por todo, como si no hubiese habido siglo xv ni siglo xvi.

—Pero, señor ¿acaso no tenemos razón? El siglo xvi sólo dio a Europa la libertad religiosa y el xix le dará la libertad pol...

—Bueno, no hablemos de política. Aunque, en realidad, no impido que los jóvenes sean revolucionarios, con tal de que respeten el derecho del rey a dispersar sus reuniones tumultuosas.

A unos pasos de allí, cuando el conde y su joven compañero estuvieron en medio de los bosques y el marino divisó un abedul bastante delgado, detuvo su caballo, sacó una de sus pistolas, y la bala fue a alojarse en el centro del árbol, a quince pasos de distancia.

—Ya veis, querido, que no temo un duelo —dijo con cómica gravedad, mirando al señor Longueville.

—Ni yo tampoco —respondió éste, que enseguida dispuso su pistola, apuntó hacia el agujero hecho por la bala del conde y colocó la suya junto al mismo.

—He aquí lo que se llama un joven bien educado —exclamó el marino con entusiasmo.

Durante el paseo que dio con quien ya consideraba sobrino suyo, halló mil ocasiones para interrogarle sobre todas las nimiedades cuyo perfecto conocimiento constituía, según su código particular, un perfecto gentilhomme.

—¿Tenéis deudas? —preguntó finalmente a su compañero.

—No, señor.

—¡Cómo!, ¿pagáis todo cuanto os suministran?

—Exactamente, de lo contrario perderíamos nuestro crédito y toda clase de consideración.

—¡Pero al menos tendréis más de una amante! Amigo mío, veo que os sonrojáis... Las costumbres han cambiado mucho. Con esas ideas de orden legal, de kantismo y de libertad, la juventud se ha echado a perder. No tenéis a la Guimard, ni a la Duthé, ni acreedores, y no conocéis la heráldica; pero mi joven amigo, habéis de saber que quien no hizo sus locuras en primavera, las hace en invierno. Si sólo tengo ochenta mil libras de renta a la edad de setenta años, es porque me comí el capital a los treinta... ¡Oh, con mi mujer, con todo honor! Sin embargo, vuestras imperfecciones no me impedirán que os presente en el pabellón de los Planat. Recordad que me habéis prometido ir y que os espero.

—Que vejete tan extraño —se dijo para sí el joven Longueville—. Pero por más que quiera hacerse simpático, no me fiaré de él.

Al día siguiente, hacia las cuatro, en el momento en que los contertulios se hallaban dispersos por los salones o en la sala de billar, un criado anunció a los

moradores del pabellón Planat al señor *de* Longueville. Al oír el nombre del nuevo amigo del viejo conde de Kergarouët, todo el mundo acudió, tanto para sorprender la reacción de la señorita de Fontaine como para observar de cerca a aquel fénix humano que había merecido un trato tan favorable en detrimento de tantos rivales. Un atuendo tan elegante como sencillo, modales corteses y llenos de naturalidad, voz agradable y de un timbre que hacía vibrar las cuerdas del corazón, le granjearon inmediatamente las simpatías de toda la familia. No pareció desentonar entre el lujo de la mansión del rico recaudador general y aunque su conversación fuese la de un hombre de mundo, todos pudieron adivinar fácilmente que había recibido la más brillante educación y que sus conocimientos eran tan sólidos como extensos.

Supo hallar tan acertadamente las palabras adecuadas en una ligera discusión suscitada por el viejo marino acerca de las construcciones navales, que una de las señoras hizo observar que parecía haber salido de la Escuela politécnica.

—Creo, señora —respondió— que puede considerarse como timbre de gloria el haber ingresado en ella.

A pesar de las más vivas instancias, rehusó con cortesía, pero con firmeza, la invitación que le hicieron para que se quedase a comer, y atajó las objeciones de las damas diciendo que era el Hipócrates de una joven hermana cuya delicada salud requería muchos cuidados.

—¿El señor es médico, sin duda? —preguntó con ironía una de las cuñadas de Emilia.

—El señor ha salido de la Escuela politécnica —respondió bondadosamente la señorita de Fontaine, cuyo rostro se animó de los más vivos colores en el momento en que supo que la joven del baile era la hermana del señor Longueville.

—Pero, querida, se puede ser médico y haber estado en la Escuela politécnica, ¿no es cierto, caballero?

—No hay nada que se oponga a ello, señora —respondió el joven.

Todas las miradas se dirigieron entonces hacia Emilia, que contemplaba con una especie de curiosidad inquieta al seductor desconocido, y respiró con más libertad cuando él añadió con cierta sonrisa:

—No tengo el honor de ser médico, señora, e incluso he renunciado a ingresar en el servicio de caminos y puentes con objeto de conservar mi independencia.

—Y habéis hecho muy bien —repuso el conde—. Pero, ¿podéis considerar como un honor el hecho de ser médico? —añadió el noble bretón—. ¡Ah!, mi joven amigo, para un hombre como vos...

—Señor conde, respeto infinitamente todas las profesiones que tienen un fin útil.

—En eso estamos de acuerdo: respetáis esas profesiones, me imagino, del mismo modo que un joven respeta a una anciana.

La visita del señor Longueville no fue demasiado larga ni demasiado breve. Retirose en el instante en que se dio cuenta de que había agradado a todo el mundo y en todos había suscitado curiosidad.

—Es un compadre muy astuto —dijo el conde al regresar al salón, después de haberle acompañado hasta la puerta.

La señorita de Fontaine, la única que estaba en el secreto de esta visita, se había arreglado de un modo bastante afectado con objeto de llamar la atención de aquel joven; pero sufrió una decepción al observar que no le concedía tanta atención como ella creía merecer. La familia se quedó algo sorprendida ante el silencio en que se había encerrado la joven que, de ordinario desplegaba ante los nuevos conocidos su coquetería, su charla ingeniosa y la inagotable elocuencia de sus miradas y actitudes. Sea que la voz melodiosa del joven y el atractivo de sus maneras la hubieran cautivado, sea que lo amara en serio y este sentimiento hubiese operado en ella un cambio, su comportamiento estuvo exento de toda afectación. Al volverse sencilla y natural, sin duda debió de parecer más bella. Algunas de sus hermanas y una anciana señora, amiga de la familia, vieron un refinamiento de coquetería en esta conducta. Supusieron que, juzgando al joven digno de ella, Emilia se proponía mostrar más lentamente sus buenas cualidades, con objeto de deslumbrarle luego de pronto, en el instante en que lo considerase más oportuno. Todos los miembros de la familia estaban curiosos por saber lo que aquella muchacha caprichosa pensaba de aquel forastero; pero cuando, durante la comida, cada cual se esforzaba por dotar al señor Longueville de una cualidad nueva que sólo él creía haber descubierto, la señorita de Fontaine permaneció en silencio durante buen rato; un ligero sarcasmo de su tío la hizo salir de pronto de su apatía y dijo, de un modo bastante epigramático, que aquella perfección celestial debía encubrir algún gran defecto, y que se guardaría muy bien de juzgar a primera vista a un hombre tan hábil; quienes, como él, parecen agrandar a todo el mundo, no agrandan realmente a nadie, y el peor de todos los defectos consiste en no tener ninguno. Como todas las jóvenes que aman, Emilia acariciaba la esperanza de ocultar su sentimiento en el fondo del corazón y de burlar así a los Argos que la rodeaban, pero al cabo de quince días no hubo miembro de aquella numerosa familia que no estuviera iniciado en el pequeño secreto doméstico. A la tercera visita que hizo el señor Longueville, Emilia sintió un enorme interés por aquel joven. Este descubrimiento le causó un placer tan embriagador que se quedó asombrada al reflexionar sobre ello. Había algo de penoso para su orgullo. Acostumbrada a erigirse en el centro de las reuniones, se vio obligada a reconocer, a pesar suyo, la existencia de una fuerza que la hacía salir fuera de sí misma; trató de rebelarse, pero no pudo expulsar de su corazón la imagen seductora de aquel hombre. Pronto vinieron las inquietudes. Dos cualidades del señor Longueville, poco propicias a la curiosidad general y, sobre todo, a la de la señorita de Fontaine, consistían en una discreción y una modestia extraordinarias. Las sutilezas de que sembraba Emilia su conversación y las trampas que en ella tendía para arrancarle a aquel hombre detalles sobre su personalidad, sabía esquivarlas él con la habilidad de un diplomático que quiere ocultar graves secretos. Si ella hablaba de pintura, el señor Longueville respondía de tal forma que parecía entender mucho de ella. Si ella hacía un poco de

música, el joven demostraba, sin fatuidad, que también sabía tocar el piano. Una tarde cautivó a todos los reunidos al unir su voz deliciosa con la de Emilia en uno de los más bellos dúos de Cimarosa; pero cuando trataron de saber si era artista, bromeó con tanta gracia que no permitió a aquellas mujeres, tan duchas en el arte de adivinar los sentimientos, la posibilidad de descubrir la esfera social a que pertenecía. Por más habilidad que pusiera el viejo tío en arrojar su arpón a aquel navío, Longueville eludía las respuestas con gran destreza al objeto de mantener el encanto del misterio; por eso le resultó tanto más fácil seguir siendo el *bello desconocido* del pabellón Planat, cuanto que la curiosidad nunca traspasaba allí los límites de la cortesía. Emilia, atormentada por tanta reserva, esperó sacar mejor partido de la hermana que del hermano en esta clase de confidencias. Secundadas por su tío, que sabía arreglárselas en estas maniobras tan bien como si se tratara de las de un navío, se esforzó por hacer entrar en escena el personaje, hasta entonces mudo, de la señorita Clara Longueville. La sociedad del pabellón mostró, de pronto, el más vivo deseo por conocer a una persona tan amable y procurarle alguna distracción. Un baile sin demasiada ceremonia fue propuesto y aceptado. Las mujeres no desesperaban de poder tirar de la lengua a una niña de dieciséis años.

A pesar de todas estas pequeñas nubes, acumuladas por la sospecha e infladas por la curiosidad, una viva luz penetraba el alma de la señorita de Fontaine, que por primera vez gozaba deliciosamente de la existencia al relacionarla con otra distinta de la suya. Comenzaba a descubrir las relaciones sociales. Sea que la felicidad nos haga ser mejores, sea que estuviera demasiado ocupada para poder atormentar a los demás, el caso es que se volvió menos mordaz, más indulgente y más dulce.

El cambio que se operó en su carácter cautivó a la familia y la dejó asombrada. Quizá su egoísmo, después de todo, se estaba metamorfoseando en amor. Esperar la llegada de su tímido y secreto adorador constituía un goce profundo. Sin que una sola palabra de pasión se hubiera pronunciado entre ellos, se sabía amada y se complacía con mucho arte en hacer desplegar al joven desconocido los tesoros de una instrucción que se reveló muy variada. Emilia se dio cuenta de que también ella era observada cuidadosamente y trató de vencer todos los defectos que su educación había desarrollado en ella. ¿Acaso no era esto un primer homenaje al amor y un cruel reproche que se dirigía a sí misma?

Quería agradar y fascinó; amaba y fue idolatrada. Su familia, sabiéndola bien guardada por su orgullo, le dejaba bastante libertad para que pudiera saborear aquellas pequeñas felicidades infantiles que tanto encanto y violencia dan a los primeros amores. Más de una vez el joven Longueville y la señorita de Fontaine se pasearon solos por las avenidas de aquel parque donde la naturaleza parecía engalanada como una mujer para ir al baile. Más de una vez mantuvieron esos coloquios sin objeto ni sentido, cuyas frases más huera son las que mayor cantidad de sentimientos esconden. A menudo admiraron juntos el sol poniente y sus hermosos colores. Cogieron margaritas para deshojarlas y cantaron dúos apasionados,

valiéndose de notas de Pergolese o de Rossini como los más fieles intérpretes de sus secretos.

Llegó el día del baile. Clara Longueville y su hermano, cuyos apellidos se obstinaban los criados en adornar con la noble partícula de, fueron sus protagonistas. Por primera vez en su vida, la señorita de Fontaine presencié con placer el triunfo de otra joven. Prodigó sinceramente a Clara esas caricias graciosas y esos pequeños cuidados que las mujeres sólo se dedican, generalmente, para despertar los celos de los hombres. Pero Emilia perseguía una finalidad: quería sorprender secretos. Sin embargo, en su calidad de mujer la señorita Longueville mostró todavía más ingenio que su hermano. Ni siquiera tuvo la precaución de ser discreta. Supo mantener la conversación alrededor de temas ajenos a los intereses materiales e infundió en ellos tanto encanto que la señorita de Fontaine concibió hacia ella una especie de envidia y le dio el nombre de *la sirena*. Aunque Emilia hubiese concebido el plan de hacer hablar a Clara, fue Clara quien interrogó a Emilia; quería juzgarla y fue juzgada por ella; se sintió mortificada varias veces por haber dejado traslucir su carácter en algunas respuestas que maliciosamente le arrancó Clara, cuyo aspecto modesto y cándido alejaba toda sospecha de perfidia. Hubo un instante en que la señorita de Fontaine pareció turbada por haber dado una imprudente contestación a una pregunta de Clara sobre la gente del campo.

—Señorita —le dijo la encantadora criatura—, le había oído hablar a Maximiliano tanto de vos que sentía el más vivo deseo por conoceros a causa del afecto que le profeso a él; pero querer conoceros, ¿no es quizá querer amaros?

—Querida Clara, he tenido miedo a disgustaros al hablar como lo he hecho de los que no son nobles.

—¡Oh, tranquilizaos! Actualmente esas discusiones ya no tienen objeto. En cuanto a mí, no me afectan; me mantengo al margen de la cuestión.

Por ambigua que fuese esta respuesta, la señorita de Fontaine experimentó a causa de ella una gran alegría. Como todas las personas apasionadas, la interpretó como se interpretan los oráculos, es decir, en el sentido que mejor se acomodaba a sus deseos, y volvió al baile más alegre que nunca, mirando a Longueville, cuya figura y elegancia sobrepasaban quizá las de su tipo ideal. Experimentó la mayor satisfacción al pensar que era noble, centellearon sus ojos negros y bailó con el inmenso placer que se experimenta en presencia del ser a quien se ama. Jamás los dos amantes se entendieron mejor que en aquellos instantes; y más de una vez sintieron que las puntas de sus dedos se estremecían y temblaban cuando las leyes de la contradanza hacían que se juntaran los de él con los de ella.

Aquella linda pareja llegó al comienzo del otoño entre fiestas y los placeres del campo, abandonada a la corriente del sentimiento más dulce de la vida, fortalecida por esos mil pequeños incidentes que cualquiera puede imaginar, pues los amores se parecen siempre en muchos puntos. Uno y otra se estudiaban como pueden estudiarse dos que se aman.

—En fin, jamás unas relaciones se encauzaron tan de prisa hacia un matrimonio de amor —decía el viejo tío al seguir a la joven pareja con los ojos de un naturalista que examina un insecto al microscopio.

Estas palabras asustaron al señor y a la señora de Fontaine. El viejo vendeano dejó de mostrarse indiferente sobre el casamiento de su hija; como había prometido que lo sería hacía poco tiempo. Fue a París en busca de informes y no los encontró. Inquieto por este misterio, e ignorando aún el resultado que daría la investigación que había encargado a una oficina parisiense sobre la familia Longueville, creyose en el deber de advertir a su familia para que se condujese prudentemente.

La observación del padre fue acogida por la hija con una obediencia fingida, llena de ironía.

—¡Por lo menos, querida Emilia, si le amáis, no se lo confeséis!

—Padre mío, es verdad que le amo, pero aguardaré a que vos me lo permitáis para decírselo.

—Sin embargo, Emilia, pensad que lo ignoráis todo sobre su familia y su condición.

—Me da igual, si lo ignoro. Pero, papá habéis deseado verme casada, me disteis libertad para elegir y mi elección ha sido hecha irrevocablemente. ¿Qué otra cosa falta?

—Hace falta saber, querida hija, si aquel a quien tú has elegido es hijo de un par de Francia —respondió con ironía el venerable gentilhomme.

Emilia permaneció unos instantes silenciosa. Enseguida volvió a levantar la cabeza, miró a su padre, y le dijo con cierta inquietud:

—¿Es que los Longueville...?

—Se extinguieron en la persona del viejo duque de Rostein-Limbourg, que murió en el cadalso el año 1793. Era el último vástago de la rama menor.

—Pero, padre mío, hay muy buenas casas que han nacido de bastardos. En la historia de Francia abundan los príncipes que llevaban barras en sus escudos.

—Veo que tus ideas han cambiado mucho —dijo el anciano gentilhomme, sonriendo.

El día siguiente era el último que la familia Fontaine había de pasar en el pabellón Planat. Emilia, a quien la advertencia de su padre había inquietado profundamente, aguardó con viva impaciencia la hora a que el joven Longueville tenía por costumbre llegar, dispuesta a obtener de él una explicación. Después de comer, salió y se fue a pasear sola por el parque, dirigiéndose a un bosquecillo donde sabía que el joven iría a buscarla; y mientras caminaba, iba pensando en el modo de descubrir, sin comprometerse, un secreto tan importante; cosa bastante difícil. Hasta aquel momento, ninguna confesión directa había expresado abiertamente el sentimiento que la unía con aquel desconocido. Había gozado en secreto, como Maximiliano, de las dulzuras de un primer amor, pero tan orgullosos el uno como el otro, parecía como si cada uno de los dos temiese confesar que amaba.

Maximiliano Longueville, en quien Clara había inspirado sobre el carácter de Emilia sospechas bastante justificadas, hallábase alternativamente dominado por la violencia de una pasión juvenil y refrenado por el deseo de conocer y probar a la mujer a quien había de confiar su dicha. Su amor no le había impedido reconocer en Emilia los prejuicios que malograban su carácter; pero deseaba saber si era amado por ella antes de intentar combatir tales prejuicios, pues no quería arriesgar la suerte de su amor ni la de su vida. Se encerró constantemente en un silencio que sus miradas, su actitud y sus menores acciones desmentían. Por otro lado, el orgullo natural en toda joven —aumentado en el caso de la señorita de Fontaine por la necia vanidad que le infundían su nacimiento y su belleza— le impedía adelantarse a una declaración que una pasión creciente le incitaba muchas veces a provocar. De este modo, los dos enamorados habían comprendido instintivamente su situación sin poder explicarse los motivos de ella. Hay momentos en la vida en que la vaguedad resulta agradable para las almas jóvenes. Por el hecho mismo de que uno y otro habían tardado demasiado en hablar, parecía como si ambos convirtieran su espera en un juego cruel. Él ponía en averiguar si era amado el mismo esfuerzo que a su orgullosa amante le hubiera costado una confesión; y ella esperaba a que en cualquier momento se rompiera aquel silencio demasiado respetuoso.

Sentada en un rústico banco, pensaba Emilia en los acontecimientos que habían ocurrido durante aquellos tres felices meses. Las sospechas de su padre eran los últimos temores que podían afectarla, pero los disipó con dos o tres reflexiones de joven inexperta que a ella le parecieron decisivas. Ante todo convino consigo misma en que le era imposible equivocarse. Durante todo aquel tiempo no había podido advertir en Maximiliano un solo gesto, ni una sola palabra que indicasen un origen o una ocupación vulgares; antes al contrario, su modo de discutir revelaba a un hombre absorbido por los elevados intereses del país. “Por otra parte se decía, un empleado de oficina, un financiero o un comerciante no habría tenido tiempo libre para quedarse toda una estación del año haciéndome la corte en medio de los campos y los bosques, y derrochar su tiempo tan liberalmente como un noble que tiene ante sí toda una vida exenta de preocupaciones”. Estaba entregada al curso de una meditación mucho más interesante para ella que todos aquellos pensamientos preliminares cuando un ligero rumor de follaje le anunció que desde hacía rato la estaba contemplando Maximiliano, sin duda con admiración.

—¿Sabéis que no está bien sorprender así a las muchachas? —le dijo ella sonriendo.

—Sobre todo cuando se hallan entregadas a la meditación de sus secretos —repuso Maximiliano con ironía.

—¿Por qué no puedo tener yo los míos? ¡También vos tendréis los vuestros!

—¿De modo que estabais pensando realmente en vuestros secretos? —inquirió el joven riendo.

—No, estaba pensando en los vuestros. Los míos ya los conozco.

—Pero —exclamó el joven cogiendo del brazo a la señorita de Fontaine—, quizá mis secretos son los vuestros y vuestros secretos son los míos.

Después de haber dado algunos pasos, se encontraron bajo un macizo de árboles que los colores del sol poniente envolvían como con una nube roja y parda. Aquel encanto natural imprimió una especie de solemnidad a los momentos que vivían. La acción viva y libre del joven, y sobre todo la agitación de su apasionado corazón —cuyas precipitadas pulsaciones hablaban al brazo de Emilia— provocaron en ésta una exaltación tanto más intensa cuanto que fue despertada por los accidentes más simples e inocentes. La reserva en que viven los jóvenes del gran mundo confiere una fuerza increíble a las explosiones de sus sentimientos, y uno de los mayores peligros para ellas es el encuentro de un amante apasionado. Jamás los ojos de Emilia y Maximiliano habían expresado tantas de esas cosas que uno no se atreve a decir de palabra. Entregados a esta embriaguez, fácilmente olvidaron las pequeñas convenciones del orgullo y las frías consideraciones de la desconfianza.

Al principio no pudieron expresar lo que sentían más que con el apretón de manos que sirvió de intérprete a sus gozosos pensamientos.

—Caballero, debo haceros una pregunta —dijo temblando y con voz emocionada la señorita de Fontaine tras un largo silencio, y después de haber avanzado unos pasos lentamente—. Pero pensad, os lo suplico, que esa pregunta me viene impuesta, en cierto modo, por la situación bastante extraña en que me encuentro ante mi familia.

Una pausa, terrible para Emilia, sucedió a estas frases, que había proferido como balbuceando. Durante los instantes que duró el silencio, aquella joven tan orgullosa no se atrevió a sostener la mirada centelleante del hombre a quien amaba, porque tenía la secreta convicción de la vileza que encerraban sus palabras al preguntar:

—¿Sois noble?

Cuando estas palabras acabaron de ser pronunciadas, Emilia habría querido hallarse en el fondo de un lago.

—Señorita —repuso gravemente Longueville, cuyo alterado semblante adquirió una especie de dignidad severa—, os prometo responderos sin rodeos a esta pregunta cuando hayáis contestado con sinceridad a la que voy a haceros.

Soltó el brazo de la joven, la cual creyó, de pronto, hallarse sola en la vida, y dijo:

—¿Con qué intención me interrogáis acerca de mi nacimiento?

Emilia permaneció inmóvil, fría y muda.

—Señorita —dijo Maximiliano—, no vayamos más lejos, si no nos comprendemos. Yo os amo —añadió con acento profundo y tierno—, pero —prosiguió, después de oír la exclamación de felicidad que no pudo contener la joven— ¿por qué habéis de preguntarme si soy noble?

“¿Habría así, si no lo fuese?” exclamó una voz interior que Emilia creyó que salía del fondo de su corazón. Levantó graciosamente la cabeza, pareció que cobraba nueva vida al afrontar la mirada del joven y le ofreció el brazo como para concertar una nueva alianza.

—Habréis creído que me importaban mucho los títulos y las dignidades —dijo Emilia con maliciosa delicadeza.

—Yo carezco de títulos que ofrecer a mi mujer —dijo el joven, mitad alegre, mitad serio—. Pero si la elijo en una elevada categoría y entre aquellas a quienes la fortuna de sus padres acostumbra al lujo y a los placeres de la opulencia, sé a lo que tal elección me obliga. El amor lo da todo —añadió alegremente—, pero sólo a los amantes. En cuanto a los cónyuges, les hace falta algo más que la bóveda del cielo y la alfombra de los prados.

“Es rico, pensó Emilia. En cuanto a los títulos, quizá quiera probarme. Le habrán revelado la manía que tengo por la nobleza, y que solo quería casarme con un par de Francia. Las bribonas de mis hermanas me habrán jugado esta mala pasada”.

—Os aseguro, caballero —dijo en voz alta—, que he tenido ideas muy exageradas sobre la vida y el mundo; pero hoy —repuso con intención y con una mirada capaz de volverle loco—, sé donde están para una mujer las verdaderas riquezas.

—Tengo necesidad de creer que habláis con el corazón en la mano —respondió Maximiliano con dulce gravedad—. Pero este invierno, querida Emilia, quizá dentro de menos de dos meses, estaré orgulloso de lo que pueda ofrecer, si es que os interesan los placeres que procura la fortuna. Este será el único secreto que guardaré aquí —añadió señalando el corazón—, ya que de su éxito depende mi felicidad, y no me atrevo a decir la nuestra...

—¡Oh, sí, decidlo!

En medio de este dulce coloquio fueron llegando, a paso lento, hasta el pabellón. Jamás la señorita de Fontaine halló a su pretendiente más amable ni más inteligente: sus formas esbeltas y sus maneras atractivas le parecieron aún más cautivadoras después de una conversación que en cierto modo venía a confirmarle la posesión de un corazón digno de ser envidiado por todas las mujeres. En el salón cantaron un dúo italiano con tanta expresión que la concurrencia les aplaudió con entusiasmo. Su despedida tuvo un acento algo convencional, bajo el cual ocultaron la felicidad que les embargaba. En fin, aquel día fue para la joven como una cadena que la ató aún más estrechamente al destino del desconocido. La fuerza y la dignidad que acababa él de desplegar durante la escena en que habían revelado sus sentimientos habían impuesto, quizá, a la señorita de Fontaine ese respeto sin el cual no puede existir verdadero amor. Cuando se encontró a solas con su padre en el salón, el venerable vendeano avanzó hacia ella, le cogió cariñosamente las manos, y le preguntó si había podido averiguar algo acerca de la fortuna y la familia del señor Longueville.

—Sí, padre mío —respondió la joven—, y soy más feliz de lo que pudiera desear. En suma, que el señor de Longueville es el hombre con quien deseo casarme.

—Está bien, Emilia —repuso el conde—; ahora ya sé lo que me queda por hacer.

—¿Conocéis, acaso, algún obstáculo? —inquirió Emilia con verdadera ansiedad.

—Hija mía, ese joven es completamente desconocido; pero a menos que se trate

de una mala persona, desde el momento que tú le quieres, también le quiero yo como si fuera un hijo mío.

—¿Una mala persona? —repuso Emilia—. Estoy tranquila sobre ese punto. Mi tío, que nos lo presentó, puede responderos de él. Decid, tío, ¿acaso ha sido filibustero o corsario?

—Ya sabía yo que me iba a ver mezclado en esto —exclamó el viejo marino, despertando.

Paseó su mirada por el salón, pero su sobrina había desaparecido como un fuego fatuo, para servimos de su expresión habitual.

—Bien, tío —repuso el señor de Fontaine—, ¿cómo habéis podido ocultarnos lo que sabíais acerca de ese joven? Sin embargo, os habréis dado cuenta de nuestras inquietudes. ¿El señor de Longueville es de buena familia?

—No conozco su Eva ni su Adán —exclamó el conde de Kergarouët—. Fiando en el tacto de esa locuela, le he traído su Saint-Preux por un medio que conozco. Sé que ese muchacho dispara admirablemente la pistola, caza muy bien, juega al billar de un modo maravilloso y monta a caballo como el caballero de Saint-Georges, que en paz descansa. Posee una gran erudición sobre nuestros viñedos, calcula como Baremo, dibuja, baila y canta bien. ¡Diantre!, ¿qué más queréis? Si no se trata de un gentilhomme perfecto, mostradme a un burgués que sepa todas esas cosas y encontradme a un hombre que viva tan noblemente como él. ¿Acaso trabaja en algo? ¿Compromete su dignidad en ir a unas oficinas o en doblar el espinazo ante esos advenedizos a quienes llamáis directores generales? Camina erguido. Es un hombre. Pero, además, acabo de encontrar en el bolsillo de mi chaleco la tarjeta que me dio cuando creía que quería cortarle el pescuezo. ¡Pobre inocente! Los jóvenes de hoy no son muy astutos. Mirad.

—Rue du Sentier, n.º 5 —dijo el señor de Fontaine, tratando de recordar de entre todos los informes que había obtenido aquel que pudiera relacionarse con Maximiliano—. ¿Qué diablo significa esto? Allí viven los señores Palma, Werbrust y Compañía, cuyo comercio principal es el de muselinas, calicó y estampados al por mayor. ¡Ya lo tengo! El diputado Longueville tiene intereses en esa casa. Sí, pero a Longueville sólo le conozco un hijo de treinta y dos años, que no se parece en absoluto al nuestro, y al cual le da cincuenta mil libras de renta para que pueda casarse con la hija de un ministro; desea, como todos, llegar a ser par de Francia. Jamás le he oído hablar de ese Maximiliano. ¿Tiene alguna hija? ¿Quién es esa Clara? Puede haber más de un intrigante que se haga llamar Longueville. Pero ¿la casa Palma, Werbrust y Compañía no está, acaso, medio arruinada por una especulación en Méjico o en las Indias? He de aclarar todo esto.

—Hablas tú soló, como si representaras un monólogo en un teatro, como si a mí no me tuvieras para nada —dijo de pronto el viejo marino—. ¿Ignoras que si él es gentilhomme, tengo yo en mis escotillas más de un saco para remediar su falta de fortuna?

—En cuanto a eso, si es hijo de Longueville no tiene necesidad de nada; pero —añadió el señor de Fontaine, moviendo la cabeza—, su padre, antes de la Revolución, era procurador; y el *de* que ha tomado después de la Restauración le pertenece tanto como la mitad de su fortuna.

—¡Bah! ¡Felices aquellos cuyos padres han sido ahorcados! —exclamó alegremente el marino.

Tres o cuatro días después de estas escenas memorables, en una de esas hermosas mañanas del mes de noviembre que hacen contemplar a los parisienses sus bulevares despejados por el frío cortante de una primera helada, la señorita de Fontaine, con un nuevo abrigo de pieles que ella quería poner de moda, había salido con dos de sus cuñadas, contra las cuales había lanzado ya la mayor parte de sus irónicos dardos. Lo que movía a estas tres mujeres a salir de paseo no era tanto el deseo de estrenar un coche muy elegante y unos vestidos que habían de marcar la tónica a las modas del invierno, como el deseo de ver una esclavina que una de sus amigas había descubierto en unos grandes almacenes de la esquina de la rue de la Paix. Cuando las tres damas estuvieron en la tienda, la señora baronesa de Fontaine tiró de la manga a Emilia y le mostró a Maximiliano Longueville, sentado tras el mostrador y ocupado en entregar con elegancia mercantil una moneda de oro a la costurera con quien parecía estar conversando. El *bello desconocido* tenía en la mano algunas muestras que no dejaban lugar a dudas sobre su honorable profesión. Sin poderlo evitar, Emilia se estremeció de pies a cabeza y sintió un frío glacial. Sin embargo, gracias a la experiencia adquirida en la buena sociedad, disimuló perfectamente la rabia que sentía en su corazón y respondió a su hermana con un “¡Ya lo sabía!” cuya riqueza de entonación y acento inimitable hubieran provocado la envidia de la más famosa actriz de la época. Dio unos pasos hacia el mostrador, Longueville levantó entonces la cabeza, se metió las muestras en el bolsillo con desesperante sangre fría, saludó a la señorita de Fontaine y se acercó a ella, lanzándole una penetrante mirada.

—Señorita —le dijo a la costurera, que le siguió con aire inquieto—, haré que arreglen esa cuenta; mi casa lo quiere así. Pero, tomad —añadió al oído de la joven, entregándole un billete de mil francos—, tomad, esto quedará entre nosotros. Espero que me disculparéis, señorita —dijo volviéndose hacia Emilia—, y tendréis la bondad de excusar la tiranía que ejercen los negocios.

—Creo, caballero, que eso me es indiferente —respondió la señorita de Fontaine, mirándole con un aire de suficiencia y de burlona despreocupación que podían hacer creer que veía a aquel hombre por primera vez en su vida.

—¿Habláis en serio? —inquirió Maximiliano con voz entrecortada.

Emilia le volvió la espalda con increíble impertinencia. Estas palabras, pronunciadas en voz baja, habían escapado a la curiosidad de las dos cuñadas. Cuando, después de haber comprado la esclavina, las tres damas volvieron a subir al coche, Emilia, que se hallaba sentada en la parte de delante, no pudo por menos de dirigir su mirada hacia la profundidad de aquel odioso establecimiento donde vio a

Maximiliano de pie, con los brazos cruzados, en la actitud de un hombre que se hace superior a la desgracia que acaba de sobrevenirle. Los ojos de ambos se encontraron y se lanzaron miradas implacables. Cada uno de ellos esperó herir cruelmente el corazón de la persona a quien amaba. En un instante se encontraron ambos tan lejos el uno del otro como si hubieran estado en la China y en Groenlandia. ¿Acaso no posee la vanidad un hálito capaz de agostarlo todo? Presa del más violento combate que pueda agitar el corazón de una joven, la señorita de Fontaine apuró la mayor cantidad de dolores que jamás los prejuicios y las mezquindades han sembrado en un alma humana. Su rostro, hasta entonces fresco y aterciopelado, se vio surcado de tonos amarillos, de manchas rojas y, a veces, el blanco color de sus mejillas adquiría súbitamente un matiz verdoso. Con la esperanza de disimular su turbación ante sus hermanas, les mostraba riendo un transeúnte o un vestido ridículo; pero su risa era convulsiva. Sentíase más vivamente herida por la compasión silenciosa que por las sátiras con que ellas hubieran podido vengarse. Empleó todo su ingenio en llevarlas a una conversación donde trató de desahogar su cólera por medio de paradojas insensatas, y de abrumar a los negociantes con las injurias más mordaces y las sátiras de peor tono. Al regresar a casa, fue acometida por una fiebre cuyo carácter fue, al principio, peligroso. Al cabo de un mes los cuidados de los padres y del médico le devolvieron la salud. Cada cual había esperado que esta lección sería lo bastante fuerte para domar el carácter de Emilia que, sin embargo, volvió insensiblemente a sus antiguas costumbres y se lanzó de nuevo al mundo. Pretendía que no había motivos para avergonzarse por el hecho de haberse equivocado. Decía que si, como su padre, hubiese tenido alguna influencia en la Cámara, habría propuesto una ley para que los comerciantes, sobre todo los comerciantes de calicó, fuesen marcados en la frente, como los carneros del Berri, hasta la tercera generación. Quería que sólo los nobles tuviesen derecho a llevar aquellos antiguos trajes que tan bien les sentaban a los cortesanos de Luis XV. Según ella, era una desgracia para la Monarquía que no hubiese ninguna diferencia visible entre un comerciante y un par de Francia. Mil chanzas, más fáciles de adivinar, se le ocurrían rápidamente cada vez que un incidente imprevisto llevaba la conversación a este terreno. Pero los que amaban a Emilia notaron en sus sarcasmos un matiz de melancolía. Evidentemente, Maximiliano Longueville seguía reinando en el fondo de aquel corazón inexplicable. A veces se volvía tan dulce como durante la fugaz temporada que vio nacer su amor, mientras que otras se mostraba más insoportable que nunca. Todos disculpaban las desigualdades de un humor que nacía de un sufrimiento, a la par secreto y conocido. El conde de Kergarouët alcanzó cierto dominio sobre ella gracias a un exceso de prodigalidades, género de consuelo que raras veces deja de surtir efecto entre las jóvenes parisienses. La primera vez que la señorita de Fontaine acudió a un baile, fue en el palacio del embajador de Nápoles. En el momento en que se colocó en la más brillante de las cuadrillas, vio que a unos pasos de ella estaba Longueville, el cual hizo una leve señal con la cabeza a su compañero de danza.

—¿Acaso ese joven es amigo vuestro? —preguntó Emilia a su pareja, con aire desdeñoso.

—Es mi hermano —respondió.

—Emilia no pudo por menos de estremecerse.

—¡Ah! —prosiguió con entusiasmo—, es el alma mejor que pueda haber en el mundo.

—¿Sabéis como me llamo? —le preguntó Emilia, interrumpiéndole vivamente.

—No, señorita. Es un crimen, lo confieso, no haber recordado un nombre que se halla en todos los labios, mejor dicho, en todos los corazones; pero tengo una buena disculpa: acabo de llegar de Alemania. Mi embajador, que se encuentra en París, me ha enviado aquí esta noche para que vele por su simpática esposa, que podéis ver allí, en un rincón.

—Una verdadera máscara trágica —dijo Emilia, tras haber examinado a la embajadora.

—Yo soy, sin embargo, su compañero de baile —respondió riendo el joven—. Será preciso que la saque a bailar. Pero he querido tener alguna compensación.

La señorita de Fontaine se inclinó.

—He quedado muy sorprendido —dijo el locuaz secretario de Embajada— al encontrar aquí a mi hermano. Apenas llegar de Viena, me enteré de que el pobre estaba enfermo y tenía que guardar cama. Pensaba ir a verle antes de asistir al baile; pero la política no siempre nos da tiempo para entregarnos a los afectos de familia. *La padrona della casa* no me permitió subir a la de mi pobre Maximiliano.

—¿Vuestro señor hermano, no ha ingresado, como vos, en la carrera diplomática? —preguntó Emilia.

—No —dijo el secretario, suspirando—, el pobre muchacho se ha sacrificado por mí. Él y mi hermana Clara han renunciado a la herencia de mi padre para que yo pudiera reunir un mayorazgo. Mi padre aspiraba a la dignidad de par de Francia, como todos los que votan por el ministerio. Tiene la promesa de que le nombrarán par —añadió en voz baja—. Después de haber reunido algún capital, mi hermano se asoció con una casa de banca y sé que acaba de realizar en el Brasil una especulación que puede convertirle en millonario. Estoy contento por haber podido contribuir a su éxito con mis relaciones diplomáticas.guardo con impaciencia un despacho de la legación brasileña que será capaz de hacerle desarrugar la frente. ¿Cómo le encontráis?

—El aspecto de vuestro señor hermano no parece el de un hombre preocupado por asuntos de dinero.

El joven diplomático escrutó con su mirada el semblante, en apariencia sereno, de su compañera de baile.

—¡Cómo! —dijo sonriendo—, ¿las damiselas adivinan los pensamientos de amor a través de las frentes silenciosas?

—¿Acaso vuestro señor hermano está enamorado? —preguntó Emilia, dejando

escapar un gesto de curiosidad.

—Sí. Mi hermana Clara, para la cual tiene cuidados paternales, me ha escrito que este verano se había enamorado de una personita muy linda; pero luego no he vuelto a saber nada más de tales amores. ¿Creeríais que el pobre muchacho se levantaba a las cinco de la mañana y se iba a despachar sus negocios para poder verse en el campo con su amada a las cuatro de la tarde? De este modo ha echado a perder un hermoso caballo de raza que yo le había enviado. Perdonadme que hable tanto, señorita, pero es que acabo de llegar de Alemania. Desde hace un año no he oído hablar francés correctamente, estoy sediento de caras francesas y cansado de caras alemanas; además, si hablo con una despreocupación poco adecuada a un diplomático, la culpa es vuestra, señorita. ¿No fuisteis vos quien señaló a mi hermano? Cuando se trata de él, soy una fuente inagotable. Quisiera ir pregonando por el mundo entero lo bueno y generoso que es. Son nada menos que cien mil libras de lenta lo que reporta la tierra de Longueville.

Si la señorita de Fontaine obtuvo estas importantes revelaciones, fue debido en gran parte a la habilidad con que supo interrogar a su confiado compañero de baile cuando se enteró de que era el hermano de su desdeñado amante.

—¿Acaso habéis podido ver, sin sentir pena, a vuestro señor hermano vendiendo muselinas y calicós? —preguntó Emilia, después de realizar la tercera figura de la contradanza.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó a su vez el diplomático—. Gracias a Dios, charlando tanto poseo ya el arte de no decir más que lo que quiero, como todos los aprendices de diplomático que conozco.

—Vos me lo habéis dicho, os lo aseguro.

El señor de Longueville miró a la señorita de Fontaine con un asombro lleno de perspicacia. Una sospecha se infiltró en su alma. Interrogó sucesivamente los ojos de su hermano y los de su compañera de baile, lo adivinó todo, apretó una mano contra la otra, levantó los ojos hacia el techo y se echó a reír, diciendo:

—¡Soy un estúpido! Sois la mujer más bella del baile, mi hermano os mira disimuladamente, baila a pesar de la fiebre y vos fingís no verle. Vamos, haced su felicidad —añadió llevándola de nuevo al lado de su anciano tío—, no voy a tener celos; pero siempre me estremeceré un poco al llamaros hermana...

Sin embargo, los dos amantes habían de ser igualmente inexorables. Hacia las dos de la madrugada, sirvióse una colación en una inmensa galería donde, para dejar que las personas pudieran reunirse como mejor les acomodase, las mesas se hallaban dispuestas como en los restaurantes. Por una de esas casualidades que les ocurren siempre a los amantes, la señorita de Fontaine se encontró sentada ante una mesa próxima a otra alrededor de la cual fueron a sentarse las personas más distinguidas. Maximiliano formaba parte de este grupo. Emilia, que no perdía una palabra de cuanto hablaban sus vecinos, pudo oír una de esas conversaciones que entablan tan fácilmente los hombres y las mujeres jóvenes que poseen las maneras y la elegancia

de Maximiliano Longueville. La interlocutora del joven banquero era una duquesa napolitana cuyos ojos despedían chispas y cuya blanca piel tenía el brillo de la seda. La familiaridad con que el joven Longueville trataba a aquella mujer hirió a la señorita de Fontaine tanto más cuanto que acababa de sentir por su enamorado una ternura mucho mayor que la que antes había sentido.

—Sí, señor, en mi país, el verdadero amor sabe hacer toda clase de sacrificios —decía la duquesa, con aire melindroso.

—Sois más apasionadas que las francesas —contestó Maximiliano, cuya ardiente mirada cayó sobre Emilia—. Las francesas son pura vanidad.

—Caballero —interrumpió vivamente Emilia—. ¿No es acaso una mala acción calumniar a la patria? La abnegación en todos los países.

—¿Creéis, señorita —repuso la italiana con sonrisa sardónica—, que una parisiense puede ser capaz de seguir a su amante a todas partes? —Bueno, entendámonos, señora. Una puede ir con su amante hasta el desierto, pero no sentarse junto a él tras el mostrador de una tienda.

Terminó de expresar este pensamiento con un gesto de desdén. Así fue como la influencia ejercida sobre Emilia por su funesta educación mató por dos veces su amor naciente. La aparente frialdad de Maximiliano y la sonrisa de una mujer le arrancaron uno de aquellos sarcasmos cuyos pérfidos goces la seducían siempre.

—Señorita —le dijo en voz baja Longueville, aprovechando el ruido que hicieron las mujeres al levantarse de la mesa—, nadie en el mundo os deseará la felicidad más ardientemente que yo: permitidme que os lo asegure antes de despedirme de vos. Dentro de unos días partiré para Italia.

—¿Con una duquesa, sin duda?

—No, señorita, pero quizá con una enfermedad mortal.

—¿No será eso simple aprensión? —preguntó Emilia, dirigiéndole una mirada inquieta.

—No —dijo el joven—, hay heridas que no cicatrizan jamás.

—No partiréis —dijo la imperiosa joven, sonriendo.

—Partiré —repuso gravemente Maximiliano.

—Me encontraréis casada a vuestro regreso, os lo advierto —dijo Emilia con coquetería.

—Así lo deseo.

—¡Qué impertinente! —exclamó la joven—. ¡Cuán cruelmente se venga!

Quince días más tarde, Maximiliano Longueville partió con su hermana Clara hacia las cálidas y poéticas tierras de la bella Italia, dejando a la señorita de Fontaine presa de las más violentas inquietudes. El joven secretario de Embajada hizo suyo el agravio de su hermano y supo obtener una terrible venganza de los desdenes de Emilia al pregonar por doquier los motivos de la ruptura de los dos amantes. Devolvió ciento por uno a su antigua compañera de baile los sarcasmos que ésta había arrojado antes contra Maximiliano, e hizo sonreír a más de una Excelencia al

describir a la bella enemiga de los mostradores, a la amazona que predicaba una cruzada contra los banqueros, a la joven cuyo amor se había evaporado ante media vara de muselina. El conde de Fontaine se vio obligado a usar de toda su influencia para lograr que Augusto Longueville fuese destinado en misión diplomática a Rusia, con objeto de sustraer a su hija al ridículo que aquel joven y peligroso perseguidor derramaba sobre ella a manos llenas. Pronto el Ministerio, obligado a efectuar una nueva hornada de pares para sostener las ideas aristocráticas que en la noble Cámara vacilaban a la voz de un ilustre escritor, creó vizconde y par de Francia al señor *Guiraudin* de Longueville. También obtuvo la dignidad de par el señor de Fontaine, como recompensa debida a su fidelidad durante los días difíciles y a su nombre, que ya se echaba de menos en la cámara hereditaria.

Por aquel entonces, Emilia, que ya había alcanzado su mayoría de edad, hizo serias reflexiones sobre la vida y de modo bastante sensible cambió de ideas y de comportamiento. En lugar de complacerse en decirle palabras maliciosas a su tío, le servía de bastón con una perseverancia y una ternura que hacía reír a los bromistas; le ofrecía el brazo, iba en su coche y le acompañaba en todos sus paseos; incluso le convenció de que le gustaba el olor de la pipa y le leía el periódico entre bocanadas de tabaco, que el malicioso marino le enviaba a la cara de propósito; aprendió a jugar a los naipes para entretener al viejo conde; en fin, aquella joven tan caprichosa escuchó sin impacientarse los repetidos relatos del combate de *La Gaviota*, de las maniobras del *Ciudad de París*, de la primera expedición del señor de Suffren o de la batalla de Abukir. Aunque el viejo lobo de mar hubiese dicho a menudo que conocía demasiado bien su longitud y su latitud para dejarse apresar por una joven corbeta, un buen día los salones de París se enteraron de la boda de la señorita de Fontaine con el conde de Kergarouët. La joven condesa dio espléndidas fiestas para aturdirse; pero sin duda encontró el vacío en el fondo de aquel torbellino: el lujo ocultaba de un modo imperfecto la desdicha de su alma doliente; la mayor parte del tiempo, a pesar de su fingida alegría, su hermosa figura expresaba profunda melancolía. Por lo demás, Emilia prodigó sus atenciones a su anciano marido, que a menudo, al retirarse a su aposento por la noche a los acordes de una alegre orquesta, decía:

—Ni yo mismo me conozco. Aguardar hasta la edad de setenta y dos años para embarcarme como piloto a bordo de la BELLA EMILIA, después de veinte años de galeras conyugales.

La conducta de la condesa llevó el sello de una tan grande severidad que ni la crítica más perspicaz tuvo nada que reprender en ella. Los observadores pensaron que el vicealmirante se había reservado el derecho a disponer de su fortuna para encadenar con mayor fuerza a su esposa: suposición injuriosa, tanto para el tío como para la sobrina. La actitud de los dos cónyuges estuvo, por otra parte, tan sabiamente calculada que los jóvenes más interesados en descubrir el secreto de aquel matrimonio no pudieron adivinar si el anciano conde trataba a su mujer como marido o como padre. A menudo se le oía decir que había recogido a su sobrina como a un

náufrago y que nunca había abusado de la hospitalidad cuando tuvo que salvar a un enemigo del furor de las tempestades. Aunque la condesa aspirase a reinar sobre París y se esforzase por ir a la par de las señoras duquesas de Maufrigneuse y de Chaulieu, de las marquesas d'Espard y d'Aiglemont, de las condesas de Feraud, de Montcornet y de Restaud, de la señora de Camps y de la señorita Des Touches, jamás cedió a los requerimientos amorosos del joven vizconde de Portenduère, que hizo de ella su ídolo.

Dos años después de su boda, hallándose en uno de los antiguos salones del barrio de Saint-Germain, en el que todos admiraban un carácter digno de los tiempos pasados, Emilia oyó anunciar al señor vizconde de Longueville; pero en el rincón donde estaba jugando a las cartas con el obispo de Persépolis, nadie pudo advertir su emoción: al volver la cabeza, había visto entrar a su antiguo pretendiente en todo el esplendor de la juventud. La muerte de su padre y la de su hermano, que falleció a causa de la inclemencia del clima de San Petersburgo, habían puesto sobre la cabeza de Maximiliano las plumas hereditarias del sombrero de los pares de Francia; su fortuna igualaba ahora sus conocimientos y su mérito; años atrás, su joven y burbujeante elocuencia había deleitado las reuniones. En aquellos momentos apareció ante los ojos de la triste condesa libre y adornado de todas las prendas que ella exigía antaño a su ideal. Todas las madres con hijas casaderas hacían mil zalemas a este joven, dotado realmente de las virtudes que hacía suponer su porte distinguido; pero, más que nadie, sabía Emilia que el vizconde de Longueville poseía esa firmeza de carácter en que las mujeres prudentes ven una prenda de felicidad. Lanzó una mirada al almirante que, según su expresión favorita, había de mantenerse aún muchos años a bordo, y maldijo los errores de su infancia.

En aquel momento, el señor obispo de Persépolis le dijo con gracia episcopal:

—Mi hermosa dama, os habéis descartado del rey de corazón y, por lo tanto, he ganado. Pero no lamentéis la pérdida de vuestro dinero pues lo reservo para mis pobrecitos seminaristas.

París, diciembre de 1829



MEMORIAS DE DOS JÓVENES ESPOSAS



MEMORIAS DE DOS JOVENES ESPOSAS

A George Sand.

Esta dedicatoria, mi querida George, nada podría añadir al prestigio de vuestro nombre, que proyectará su mágico reflejo sobre este libro; pero no hay en ello, por mi parte, ninguna clase de cálculo ni de modestia. Deseo dar fe de la amistad sincera que ha perdurado entre nosotros a través de nuestros viajes y nuestras ausencias, a pesar de nuestras trabajos y de las maldades del mundo. Sin duda este sentimiento no habrá de alterarse jamás. El cortejo de nombres amigos que acompañará a mis composiciones añade algún placer al pesar que me ocasiona su número, ya que tales composiciones no se producen sin dolor, aunque sólo fuera por los reproches que ha merecido mi amenazadora fecundidad, como si el mundo que aparece ante mis ojos no fuera todavía más fecundo. ¿Acaso no será muy hermoso, George, que algún día el historiador de las literaturas desaparecidas encuentre únicamente en este cortejo grandes nombres, nobles corazones, santas y puras amistades y las glorias de este siglo? ¿Por ventura no puedo mostrarme más ufano de esta felicidad cierta que por éxitos en todo momento discutibles? Para quienes os conocen bien, es sin duda una gran dicha poder decirse, como yo lo hago aquí.

Vuestro amigo,
DE BALZAC.

París, junio de 1840.

PRIMERA PARTE

I

LUISA DE CHAULIEU A RENATA DE MAUCOMBE

París, septiembre.

Mi querida cervatilla, estoy fuera de mí y si tú no me has enviado ninguna carta a Blois, soy también la primera en acudir a nuestra hermosa cita epistolar. Levanta tus bellos ojos, que sin duda mantienes fijos en mi primera frase, y guarda tus exclamaciones para la carta en la que voy a revelarte mi primer amor. Se habla siempre del primer amor, ¿es que hay, acaso, un segundo amor? “Cállate, me dirás a buen seguro, y cuéntame más bien cómo has salido de ese convento donde habías de profesar”. Querida, aunque les ocurra a las Carmelitas, el milagro de mi liberación es la cosa más natural del mundo. Los gritos de una conciencia asustada han prevalecido al fin sobre las órdenes de una política inflexible, he ahí todo. Mi tía, que no quería verme morir consumida, ha vencido a mi madre, la cual prescribía siempre el noviciado como el único remedio a mi enfermedad. La negra melancolía en que me hundí después de haber partido tú, ha precipitado este feliz desenlace. Y he aquí, mi buen ángel, que ahora estoy en París, y esta dicha a ti te la debo. Renata, si hubieras podido verme el día en que me encontré sin ti, te habrías sentido orgullosa de haber inspirado sentimientos tan profundos en un corazón tan joven. Hemos soñado tantas veces juntas, hemos desplegado unidas nuestras alas y vivido tanto tiempo en común, que creo que nuestras almas están soldadas la una a la otra, como aquellas dos muchachas húngaras cuya muerte nos refirió el señor Beauvisage^[6], que, dicho sea de paso, no era tan guapo como por su apellido pudiera creerse: jamás fue mejor elegido un médico de convento. ¿Acaso no has estado enferma al mismo tiempo que tu buena amiga? En el sombrío abatimiento en que me encontraba no podía hacer otra cosa que comprobar, uno tras otro, los vínculos que nos unen; creí que habían sido rotos por la lejanía, fui presa de hastío por la vida como una tortolilla sin pareja, puse mi esperanza en la muerte y, dulcemente, me iba consumiendo. ¡Hallarme sola en las Carmelitas, en Blois, con el temor de llegar a profesar, sin el prefacio de la Señorita de la Vallière y sin mi Renata! Se trataba de una enfermedad, de una mortal enfermedad. Esa vida monótona en la que cada hora trae consigo un deber, una oración o un trabajo tan exactamente monótonos que en cualquier lugar puede decirse lo que está haciendo una carmelita a tal o cual hora del día o de la noche: esa horrible existencia en la que resulta indiferente que las cosas que nos rodean sean o dejen de ser, se había convertido para nosotras dos en la existencia más variada: el impulso de

nuestros espíritus no conocía límite, la fantasía nos había dado la llave de su reino, éramos sucesivamente un hipogrifo la una para la otra, un hipogrifo encantador, al despertar la más despierta a la que estaba más dormida, y nuestras almas se llenaban de delicias al irse apoderando de aquel mundo que nos estaba vedado. Nada había, salvo las *Vidas de los santos*, que nos ayudase a comprender las cosas más ocultas. El día en que tu dulce compañía me fue sustraída, convertirme en lo que a nuestros ojos es una carmelita, una moderna Danaida que, en lugar de tratar de llenar un tonel sin fondo, saca todos los días, de no sé qué pozo, un cubo vacío con la esperanza de que esté lleno. Mi tía ignoraba nuestra vida interior. No se explicaba mi hastío por la existencia, ella que se ha hecho un mundo celestial del reducido espacio de su convento. Para sentir devoción a nuestra edad la vida religiosa exige una excesiva sencillez que nosotras no tenemos, o el ardor de la abnegación que hace de mi tía una criatura sublime. Mi tía se ha sacrificado por un hermano al cual adora; pero ¿quién puede sacrificarse por unos desconocidos o por unas ideas?

Pronto hará quince días que son tantas las locas palabras que me veo obligada a callar, tantas las meditaciones que tengo sepultadas en el corazón, tantas las observaciones por comunicar y tantos los relatos por hacer —porque no podría hacerlos más que a ti— que sin el remedio de nuestras confidencias escritas, con las cuales debo substituir nuestros gratos coloquios, me ahogaría. ¡Cuán necesaria es la vida del corazón! Empieza mi diario esta mañana, imaginando que el tuyo ha comenzado ya y que dentro de unos días viviré en tu hermoso valle de Gemenos, del que sólo sé lo que tú me has contado, como tú vas a vivir en París, del que sólo conoces lo que juntas habíamos soñado.

Ahora bien, amiga mía, una mañana que quedará marcada con sello color de rosa en el libro de mi vida, llegaron de París una señorita de compañía y Felipe, el último ayuda de cámara de mi abuela, con la misión de llevarme con ellos. Cuando, después de hacerme ir a su aposento, mi tía me dio la noticia, la alegría me dejó sin habla y me quedé mirándola con ojos estúpidos.

—Hija mía —me dijo con su voz gutural—, me abandonas sin sentirlo, bien lo observo; pero esta despedida no es la última: volveremos a vernos, pues Dios te ha marcado con el sello de los elegidos; posees ese orgullo que igualmente lleva al cielo que al infierno, pero es demasiado grande tu nobleza para que puedas caer. Te conozco mejor de lo que te conoces tú misma: la pasión no será en ti lo que suele ser en las mujeres corrientes.

Me atrajo suavemente hacia sí, me dio un beso en la frente, poniendo en aquel beso el fuego que la consume, el que ha ennegrecido el azul de sus ojos, ablandado sus párpados, arrugado sus doradas sienes y hecho palidecer su hermoso semblante. Me estremecí y, antes de responder, le besé las manos.

—Querida tía —le dije—, si vuestra adorable bondad no ha conseguido que hallase el Paracleto saludable para el cuerpo y agradable al corazón, debería derramar tantas lágrimas antes de volver a este convento que seguramente no podríais vos, en

modo alguno, desear mi regreso. No quiero volver más que en el caso de ser traicionada por mi Luis XIV, y si logro pescar a alguno de ellos, sólo la muerte podrá arrebatármelo. No tendré miedo de ninguna Montespán.

—Id, loca, id —me dijo sonriendo—; no dejéis aquí esas vanas ideas; lleváoslas y sabed que tenéis más de Montespán que de la Vallière.

La besé. La pobre mujer no pudo por menos de acompañarme hasta el coche, donde sus ojos se fijaron alternativamente en el blasón de mi padre y en mí.

La noche me sorprendió en Beaugency, sumida en un entumecimiento moral, producido por la singular despedida que acabo de describir. ¿Qué iba a encontrar en ese mundo deseado con tanta vehemencia? De momento no encontré a nadie que saliera a recibirme, por lo cual me sentí muy desalentada. Mi madre se había ido al Bosque de Bolonia, mi padre se hallaba en el consejo y mi hermano, el duque de Rhétoré, sólo vuelve a casa, según me han dicho, para vestirse, antes de comer. La señorita Griffith (que realmente tiene garras) y Felipe me llevaron a mis habitaciones.

Mis habitaciones son las de aquella abuela tan amada, la princesa de Vaurémont, a quien debo una fortuna de la cual nadie me ha dicho aún una sola palabra. Ahora vas a compartir conmigo la tristeza que se adueñó de mi ser en el momento de pisar este lugar, consagrado por los recuerdos. El aposento estaba tal cual ella lo dejó. Fui a acostarme en la cama donde ella había fallecido. Sentada al borde del diván, lloré sin ver que no estaba sola, pensé que a menudo me había arrodillado allí, a sus pies, para escuchar mejor sus palabras. Desde este sitio había visto su rostro perdido entre encajes, demacrado por la edad y los dolores de la agonía. Esta habitación parecía conservar el calor de su presencia. ¿Cómo es posible que la señorita Armanda Luisa María de Chaulieu se vea obligada, como una campesina, a acostarse en el lecho de su abuela, casi el mismo día de su muerte? Porque me parecía que la princesa, fallecida en 1817, había expirado el día antes. Esta habitación me ofrecía cosas que no debían encontrarse en ella y que demostraban hasta qué punto las personas ocupadas de los asuntos del Reino llegan a descuidar los asuntos propios, y hasta qué punto llegaron a olvidar a aquella noble mujer, que será una de las grandes figuras femeninas del siglo XVIII. Felipe comprendió, sin duda, el motivo de mis lágrimas. Me dijo que en su testamento la princesa me había legado sus muebles. Por otra parte, mi padre dejaba los grandes aposentos en el estado en que los había dejado la Revolución. Entonces me puse en pie, Felipe abrió la puerta del saloncito que da a la sala de recepción y lo encontré en el desorden que ya me era conocido: la parte superior de las puertas, que contenía preciosos cuadros, aparece vacía; los mármoles están rotos, los espejos faltan por completo. Antaño tenía miedo de subir la gran escalera y atravesar la vasta soledad de estas grandes salas, e iba a ver a la princesa por una pequeña escalera que desciende por debajo de la bóveda de la gran escalinata y conduce a la puerta disimulada del gabinete.

El apartamento, compuesto de un salón, un dormitorio y ese lindo gabinete rojo y dorado de que muchas veces te hablé, ocupa el pabellón del lado de los Inválidos.

El edificio sólo se halla separado del bulevar por una pared cubierta de plantas trepadoras y por una magnífica avenida de árboles que mezclan sus copas con las de los olmos jóvenes de la otra avenida del bulevar. Sin la cúpula de oro y azul, sin la masa gris de los Inválidos, una creería encontrarse en medio de la selva. El estilo de estas piezas y su situación denotan el antiguo apartamento de las duquesas de Chaulieu; el de los duques debe estar en el pabellón opuesto; los dos apartamentos se hallan decentemente separados por los dos cuerpos del edificio y por el pabellón de la fachada, donde se encuentran las grandes salas oscuras y sonoras que Felipe me mostraba, despojadas de su esplendor, tal como yo las había visto en mi infancia. Felipe adoptó un aire confidencial al ver reflejarse el asombro en mi semblante. Amiga mía, en esta casa diplomática toda la gente es discreta y misteriosa. Díjome entonces que estaban aguardando una ley en virtud de la cual devolverían a los emigrados el valor de sus bienes. Mi padre va retrasando la reconstrucción de este edificio hasta el momento en que se efectúe dicha restitución de bienes. El arquitecto del rey había calculado el gasto en trescientas mil libras. Esta confidencia produjo el efecto de que yo volviera a dejarme caer, abatida, sobre el sofá de mi salón. ¿De modo que mi padre, en lugar de emplear esa suma para casarme, me dejaba morir en el convento? He aquí lo que ya pensé al traspasar el umbral de esta puerta. ¡Ah Renata, cómo he apoyado la cabeza sobre tu hombro, y cómo me he trasladado a los días en que mi abuela animaba con su presencia estas dos habitaciones! Ella, que sólo existe ya en mi corazón, y tú, que te encuentras en Maucombe, a doscientas leguas de París, sois los dos únicos seres que me aman o me han amado. A aquella dulce anciana de mirada tan juvenil le agradaba despertar al sonido de mi voz. ¡Cómo nos comprendíamos! Su recuerdo ha alterado, de pronto, las disposiciones en que al principio me encontraba. He hallado un no sé qué de santo en lo que acababa de antojármese una profanación. Me ha parecido agradable respirar aquel ambiente, dormir bajo la protección de estos cortinajes de damasco amarillo con dibujos blancos, en los que sus miradas y su aliento han debido dejar algo de su alma. Le he dicho a Felipe que devuelva el brillo a los mismos objetos, que preste a mi apartamento las condiciones necesarias para poder ser habitado. Yo misma he indicado cómo quería vivir allí, y he asignado un lugar a cada mueble. He pasado revista, al tomar posesión de cada uno de los objetos, diciendo cómo se podían rejuvenecer estas antigüedades que adoro. La habitación es de un blanco un poco oscurecido por el tiempo, lo mismo que el oro de los complicados arabescos presenta en algunos lugares matices rojizos; pero estos efectos armonizan con los colores del tapiz de la *Jabonería*, que le fue regalado por Luis XV a mi abuela, así como con su retrato. El reloj de pared es un regalo del mariscal de Sajonia. Las porcelanas de la chimenea provienen del mariscal de Richelieu. El retrato de mi abuela, pintado cuando sólo tenía veinticinco años de edad, se halla en un cuadro de forma oval, frente al del rey. El príncipe no está, Me gusta ese rasgo franco, sin hipocresía, que pinta de un solo trazo tan delicioso carácter. Durante una larga enfermedad que

padeció mi tía, su confesor insistía para que el príncipe, que aguardaba en el salón, entrase.

—Con el médico y sus recetas —respondió.

La cama tiene baldaquino, con respaldos almohadillados; las cortinas son de amplios pliegues; los muebles de madera dorada, cubiertos con el mismo damasco amarillo, salpicado de flores blancas, que cubre las ventanas y lleva como forro una tela de seda blanca, que parece muaré. Las partes superiores de las puertas han sido pintadas no sé por quién y representan una salida de sol y un claro de luna. La chimenea es muy curiosa. Se nota que en el pasado siglo la gente vivía mucho junto a la lumbre. Allí sucedían grandes acontecimientos. El hogar, de cobre dorado, es una maravilla de escultura, la guarnición de un acabado precioso, la pala y las tenazas han sido deliciosamente trabajadas, el soplillo es una joya. La tapicería de la pantalla de la chimenea procede de los Gobelinos y su montura es exquisita; las figuras que lo adornan son encantadoras. ¿Quién le daría este lindo mueble, al que mi abuela tanto cariño tenía? Me gustaría saberlo. ¡Cuántas veces la he visto, hundida en su poltrona, con el vestido recogido, tomando y dejando su tabaquera encima de la mesita, entre su caja de pastillas y sus mitones de seda! Era muy coqueta. Hasta el día de su muerte cuidó de sí misma, como si aún fuera el siguiente a aquel en que acabaron de pintarle su hermoso retrato, como si aguardara las lisonjas de la flor y nata de los jóvenes de la corte. Esta poltrona me ha hecho recordar el inimitable movimiento que daba a sus faldas en el momento de sentarse. Las mujeres de los tiempos pasados se llevan consigo ciertos secretos que pintan a su época. La princesa tenía unos gestos, un modo de hablar y de mirar, un lenguaje particular que en modo alguno encuentro en mi madre. En su modo de ser había elegancia y bondad; su conversación era a la vez prolija y lacónica y sabía referir las cosas de un modo admirable, pintando las situaciones con un par de elocuentes pinceladas. Poseía sobre todo una excesiva libertad de juicio que indudablemente ha influido en mi espíritu. Desde los siete hasta los diez años de edad, puede decirse que viví en sus bolsillos; era tanto lo que a ella le gustaba tenerme a su lado como a mí estar junto a ella. Esta predilección fue causa de más de una disputa entre ella y mi madre. Ahora bien, nada estimula tanto un sentimiento como el viento gélido de la persecución. ¡Con qué gracia me decía, “ya tenemos aquí al ratoncillo” cuando la serpiente de la curiosidad me había prestado sus movimientos para deslizarme hasta ella! Se sentía amada, gustaba de mi cariño ingenuo, que ponía un rayo de esperanza en su invierno. Ignoro lo que ocurría en sus habitaciones por la tarde, pero sé que recibía a mucha gente; cuando yo iba a visitarla por la mañana, veía los muebles de su salón fuera de su sitio, las mesas de juego en lugar bien visible y mucho tabaco por todas partes. Este salón es del mismo estilo que el dormitorio, los muebles de formas singulares, y a lo largo de los espejos descenden guirnaldas de flores ricamente esculpidas. Los colores que predominan en los muebles son el rojo amapola y el blanco. Mi abuela era una morena vivaz e inteligente y el color de su tez se adivina en la elección de los colores.

He encontrado de nuevo en este salón una mesa escritorio cuyas figuras habían sido en otro tiempo objeto de mi curiosidad; está recubierta de placas de plata cincelada y es un regalo que le hizo un tal Lomellini de Génova. Cada lado de esta mesa representa las labores propias de una estación del año; los personajes aparecen en relieve, y en cada cuadro hay centenares de ellos. Me he quedado dos horas a solas, recogiendo mis recuerdos uno a uno, en el santuario donde expiró una de las mujeres más célebres de la corte de Luis XV, tanto por su talento como por su belleza. Ya sabes el modo brusco en que me separaron de ella, en 1816.

—Id a decirle adiós a vuestra abuela —me anunció mi madre.

Encontré a la princesa nada sorprendida por mi partida, y en apariencia insensible. Me recibió como de costumbre.

—Sé que vas al convento, preciosa —me dijo—; allí verás a tu tía, una mujer excelente. Procuraré que no te sacrifiquen, serás independiente y podrás casarte con quien quieras.

Murió seis meses después; había entregado su testamento al más asiduo de sus viejos amigos, el príncipe de Talleyrand, el cual, al hacer una visita a la señorita de Chargeboeuf, halló el medio de hacerme saber por medio de ella que mi abuela me prohibía pronunciar mis votos. Espero que tarde o temprano veré al príncipe, y sin duda me dará más pormenores. De modo que, mi hermosa cervatilla, si no encontré a nadie que me recibiera, me he consolado con la sombra de mi querida abuela, la princesa, y me he puesto en condiciones de cumplir una de las cosas que habíamos convenido que es, recuérdalo, iniciarnos mutuamente en los más nimios detalles de nuestro ambiente y de nuestra vida. ¡Es tan agradable saber dónde y cómo vive el ser que nos es querido! Descríbeme bien los detalles, hasta los más insignificantes, de las cosas que te rodean, todo, en fin, incluso el efecto de la puesta del sol en las ramas de los grandes árboles.

10 de octubre.

Llegué a las tres de la tarde. Hacia las cinco y media vino Rosa a decirme que mi madre acababa de regresar a casa y bajé la escalera para ir a presentarle mis respetos. Mi madre ocupa en la planta baja un apartamento dispuesto como el mío y en el mismo pabellón. Yo me encuentro encima de ella y ambas tenemos la misma escalera disimulada. Mi padre vive en el pabellón opuesto; pero como por el lado del patio hay, además, el espacio que en el nuestro ocupa la escalera, su apartamento es mucho mayor que los nuestros. A pesar de las obligaciones de ¡a posición que les ha sido devuelta con él retorno de los Borbones, mi padre y mi madre siguen habitando en la planta baja y pueden recibir visitas en ella; tan grandes eran las casas de nuestros padres. He encontrado a mi madre en su salón, donde nada ha cambiado. Al descender yo la escalera me preguntaba cómo resultaría, hoy para mí aquella mujer que ha sido tan poco madre y de la cual, en ocho años, sólo he recibido las dos cartas que tú conoces. Pensando que era indigno de mí el fingir un cariño que no podía sentir, quise comportarme como una religiosa idiota y entré en el salón bastante

cohibida. Mi timidez se desvaneció pronto. Mi madre se comportó con perfecta elegancia; ni me mostró falsa ternura ni estuvo fría; no me trató como a una extraña, ni me estrechó contra su pecho como a una hija amada; me recibió cual si acabara de verme el día antes, y fue conmigo la amiga más dulce y sincera; me habló como a una mujer hecha y al verme me dio un beso en la frente.

—Pequeña mía, si es que en el convento habéis de moriros, es mejor que viváis entre nosotros —me dijo—; estáis frustrando los propósitos de vuestro padre y los míos, pero ya no estamos en la época en que los padres eran obedecidos ciegamente. Es intención del señor de Chaulieu, que coincide con la mía, la de no omitir detalle alguno que pueda haceros agradable la vida y dejar que veáis el mundo. A vuestra edad yo habría pensado igual que vos. No me encontraréis de una severidad ridícula. Si habíais sospechado sobre mis sentimientos, pronto veréis que estabais equivocada. Aunque quiero dejaros en completa libertad, creo que de momento obraréis cuerdamente si escucháis los consejos de una madre que se comportará con vos como una hermana.

La duquesa hablaba con voz suave y ponía en orden mi esclavina de pensionista. Me ha seducido. A sus treinta y ocho años de edad es bella como un ángel; tiene unos ojos de color negro azulado, cejas sedosas, una frente sin arrugas, una tez blanca y rosada que no parece natural, unos hombros y un seno maravillosos, una cintura tan esbelta como la tuya, una mano de rara belleza, de una blancura como la de la leche; unas uñas en las que parece habitar la luz; el dedo meñique ligeramente desviado; el pulgar parece tallado en marfil; y el pie tan encantador como la mano, el pie español de la señorita de Vandenesse. Si es así a los cuarenta años, será todavía bella a los sesenta. Yo le he respondido, cervatilla mía, como una hija sumisa y obediente. He sido para ella lo que ella ha sido para mí, e incluso mejor: su belleza me ha vencido, le he perdonado su abandono y he comprendido que una mujer como ella habrá sido arrastrada por su papel de reina. Se lo he confesado ingenuamente, como si hubiera estado hablando contigo. Quizá no esperaba encontrar un lenguaje de amor en labios de su hija. Mis sinceros homenajes de admiración la han conmovido profundamente. Sus maneras han cambiado, se han hecho más elegantes aún. Ha dejado de usar el vos.

—Eres una buena hija y espero que seguiremos siendo amigas.

Estas palabras me han parecido de una adorable ingenuidad. No he querido dejar que advirtiera cómo encontraba yo estas palabras, pues enseguida comprendí la conveniencia de que le deje creer que es mucho más fina e inteligente que su hija; así, pues, me hice la tonta y ella se quedó encantada conmigo. Le besé las manos varias veces, diciéndole que me sentía muy dichosa de que se comportase de tal modo conmigo, que estaba muy contenta e incluso le confié mis temores. Ella sonrió, me tomó por el cuello para atraerme hacia sí y besarme en la frente con un gesto de ternura.

—Hija querida —me dijo—, hoy tenemos invitados a comer; quizá pensaréis,

como yo, que es mejor aguardar a que la modista os haya hecho un vestido apropiado para presentaros en sociedad; así, después de haber saludado a vuestro padre y a vuestro hermano, volveréis a vuestro apartamento.

Accedí de muy buena gana. El hermoso vestido que llevaba mi madre era la primera revelación de aquel mundo vislumbrado en nuestros sueños; pero no experimenté el menor movimiento de celos. Entonces entró mi padre.

—Señor, ahí tenéis a vuestra hija —le dijo la duquesa.

Mi padre adoptó enseguida para conmigo las maneras más tiernas; ha desempeñado tan a la perfección su papel de padre, que he creído que obraba sinceramente.

—¡Conque ya estáis aquí, hija rebelde! —me dijo tomando mis dos manos entre las suyas y besándomelas con más galantería que amor paternal.

Luego me atrajo hacia sí, me tomó por la cintura, me estrechó entre sus brazos y me besó en las mejillas y en la frente.

—Creo que repararéis el pesar que nos causa vuestro cambio de vocación con el placer que nos deparará vuestro éxito en el mundo. ¿Sabéis, señora, que nuestra hija será muy hermosa y que un día podréis sentirnos orgullosa de ella? He ahí a vuestro hermano Rhétoré. Alfonso —dijo a un joven que acababa de entrar— ahí tenéis a vuestra hermana, la monja que quiere colgar los hábitos.

Mi hermano se acercó a mí sin prisa, me cogió la mano y me la estrechó.

—Vamos, dadle un beso —le dijo el duque.

Y el joven me dio un beso en cada mejilla.

—Estoy encantado de veros, hermana —me dijo—, y me pongo a vuestro lado en la lucha contra nuestro padre.

Le di las gracias; pero creo que bien habría podido visitarme en Blois cuando iba a Orleáns, a ver a nuestro hermano, el marqués, en la guarnición. Me retiré temiendo que llegara gente extraña. Me he sentado a la mesa escritorio para escribirte.

Ya ves, mi querida cervatilla blanca, como han sucedido las cosas en el retorno de una joven de dieciocho años, tras una ausencia de nueve, al seno de una de las más ilustres familias del Reino. El viaje me había fatigado, así como las emociones de este regreso al hogar de mi familia, de modo que me acosté, como en el convento, a las ocho, después de cenar. Han conservado incluso un pequeño cubierto de porcelana de Sajonia que mi querida abuela, la princesa, guardaba para comer cuando estaba a solas y se le antojaba usarlo.

II

LA MISMA A LA MISMA

25 de noviembre.

Al día siguiente encontré que el viejo Felipe había arreglado mi apartamento y había traído unos ramos de flores. Por fin me he instalado en mi casa. Sólo que nadie había pensado que las pensionistas de las Carmelitas sienten apetito muy temprano, y Rosa pasó mucho trabajo para que yo pudiera desayunar.

—La señorita se acostó a la hora en que se sirvió la comida y se levanta en el momento en que el señor acaba de regresar —me dijo.

Me he puesto a escribir. Hacia la una, mi padre ha llamado a la puerta de mi saloncito y me ha preguntado si podía recibirle; le abrí la puerta, entró y me encontró escribiéndote.

—Hija mía, tendréis que vestiros y arreglaros aquí; encontraréis doce mil francos en esta bolsa. Es un año de la renta que os concedo para vuestro sustento. Os entenderéis con vuestra señora madre para tomar un aya que os convenga, si es que no os gusta miss Griffith, pues la señora de Chaulieu no tendrá tiempo para acompañaros por las mañanas. Tendréis a vuestras órdenes un coche y un criado.

—Dejad que Felipe se quede conmigo —le dije.

—Sea —repuso mi padre—. Pero no os preocupéis; vuestra fortuna es lo bastante considerable para que no tengáis que depender económicamente de vuestra madre ni de mí.

—¿Sería una indiscreción preguntaros a cuánto asciende mi fortuna?

—En modo alguno, hija mía —me dijo—. Vuestra abuela os ha dejado quinientos mil francos, que eran sus economías, pues no quiso privar a su familia de una sola parcela de tierra. Esta suma ha sido anotada en el libro mayor. La acumulación de los intereses ha producido hoy unos cuarenta mil francos de renta. Yo quería emplear esta suma para constituir la fortuna de vuestro segundo hermano, por lo cual desbaratáis en gran modo mis proyectos; pero dentro de algún tiempo quizá vos misma me ayudéis a ello; esperaré que todo salga de vos espontáneamente. Me parecéis más razonable de lo que creía. No tengo necesidad de deciros cómo se comporta una señorita de Chaulieu; el orgullo que reflejan vuestros rasgos es para mí la más segura garantía. En nuestra casa, las preocupaciones que la gente vulgar adopta con sus hijas resultarían injuriosas. Una maledicencia respecto a vos puede costarle la vida a quien se tome la libertad de murmurar, o a uno de vuestros hermanos si el cielo fuera injusto. No quiero deciros nada más sobre este punto. Adiós, hija mía.

Me dio un beso en la frente y se fue. Tras una perseverancia de nueve años, no me

explico que hayan abandonado ese plan. Mi padre ha hablado con una franqueza encantadora. En sus palabras no hay ambigüedad alguna. Mi fortuna debía ser para su hijo, el marqués. ¿Quién, entonces, se ha compadecido de mí? ¿Ha sido mi madre, mi padre, o mi hermano?

Me he quedado sentada en el sofá de mi abuela, con los ojos clavados en la bolsa que mi padre había dejado sobre la repisa de la chimenea, satisfecha y descontenta a la vez por la atención que movía a mi pensamiento a concentrarse en el dinero. Es cierto que no tengo necesidad de pensar más en ello; mis dudas quedaron aclaradas, y hay algo digno en el hecho de haberme ahorrado cualquier mortificación de mi orgullo a este respecto. Felipe se ha pasado el día yendo de una parte a otra, hablando con los comerciantes y con los obreros que han de encargarse de mi metamorfosis. Han venido, además, una tal Victorina, famosa modista, una costurera de ropa blanca y un zapatero. Estoy impaciente, como un niño, por saber el aspecto que tendré cuando me vea libre de este saco que nos hacían llevar en el convento; pero todos esos obreros exigen mucho tiempo: el corsetero ocho días, si no quiero echar a perder mi talle. Esto es grave. ¿De modo que tengo un talle? Janssen, el zapatero de la Ópera, me ha asegurado categóricamente que tenía el pie de mi madre. Emplé toda la mañana en ocupaciones tan serias como éstas. Incluso ha venido un guantero a tomar la medida de mi mano. He dado órdenes a la lencera. A la hora de la comida, que ha resultado ser la de mi almuerzo, me dijo mi madre que iríamos juntas a comprar los sombreros con objeto de que se vaya formando mi gusto y llegue a poder encargar ya sola los míos. Me siento tan aturdida por este comienzo de independencia como un ciego que recobrase la vista. Puedo juzgar ya la diferencia que hay entre una carmelita y una joven de mundo y veo que es tan considerable que nunca habríamos podido imaginarlo.

Durante el almuerzo mi padre estuvo distraído, y nosotros le dejamos sumido en sus cavilaciones. Está muy iniciado en los secretos del rey. Me había olvidado por completo pero me doy cuenta de que se acordará de mi cuando me necesite. Mi padre es un hombre encantador, a pesar de sus cincuenta años: esbelto, bien proporcionado, rubio y de una elegancia exquisita; posee el rostro a un tiempo elocuente y silencioso de los diplomáticos; su nariz larga y delgada, sus ojos pardos. ¡Qué linda pareja! ¡Cuántos pensamientos singulares me han asaltado al ver que estos dos seres, igualmente nobles, ricos y superiores, no viven juntos, no tienen de común más que el nombre, y sólo se mantienen unidos a los ojos del mundo! Lo más escogido de la corte y la diplomacia estaba ayer allí. Dentro de unos días iré a un baile, en casa de la duquesa de Maufrigneuse, y seré presentada en ese mundo que tanto me gustaría conocer. Va a venir todas las mañanas un profesor de danza, pues debo saber bailar dentro de un mes; de lo contrario, me expongo a no ir a ese baile. Antes de comer, mi madre vino a mis habitaciones para hablar de mi aya. He conservado a miss Griffith, que le fue cedida por el embajador de Inglaterra. Esta miss es hija de un ministro y muy instruida. Su madre era noble, tiene treinta y seis años de edad y me enseñará

inglés. Mi aya, miss Griffith, es lo bastante bella para tener ciertas aspiraciones, pobre y orgullosa. Es escocesa y dormirá en la habitación de Rosa, la cual estará a las órdenes de miss Griffith. He comprendido enseguida que manejaré bien a mi aya. En estos seis días que llevamos viviendo juntas ha comprendido perfectamente que sólo yo puedo interesarme por ella; por mi parte, yo también he comprendido que ella será muy complaciente conmigo. Me parece una criatura buena y discreta. No he podido saber nada de lo que hablaron ella y mi madre.

Otra noticia que me parece interesante: esta mañana mi padre ha rehusado el ministerio que le habían ofrecido. De ahí la preocupación de ayer. Prefiere una embajada, según dice, a las molestias de las discusiones públicas. España le agrada. Me he enterado de estas noticias a la hora del almuerzo, el único momento del día en que mi padre, mi madre y mi hermano se reúnen en algo parecido a la intimidad. Los domésticos sólo acuden entonces cuando se les llama. Durante el resto del tiempo mi hermano está ausente, lo mismo que mi padre. Mi madre se viste y no está nunca visible de dos a cuatro; a las cuatro sale a dar un paseo de una hora; recibe de seis a siete cuando no come fuera de casa; luego la velada transcurre entre placeres, espectáculos, bailes, conciertos y visitas. En fin, su vida está tan llena que no creo que disponga de un cuarto de hora para ella misma. Debe emplear un tiempo considerable en arreglarse, porque a la hora del almuerzo, de once a doce del mediodía, aparece hermosísima. Empiezo a explicarme los rumores que circulan sobre ella: primero toma un baño casi frío y una taza de café con leche frío; luego se viste; nunca despierta antes de las nueve, salvo en casos extraordinarios; en verano da paseos matinales a caballo. A las dos recibe a un joven a quien aún no he podido ver. He aquí nuestra vida familiar. Nos vemos a las horas del almuerzo y de la comida; pero a menudo estamos solas mi madre y yo a esta última hora. Adivina que con mayor frecuencia habré de comer sola en mi apartamento con miss Griffith, como hacía antaño mi abuela. Mi madre suele comer fuera de casa. Ya no me extraña que mi familia se ocupe tan poco de mi persona. Amiga mía, en París hace falta heroísmo para amar a las personas que se encuentran cerca de nosotros, pues a menudo no nos encontramos siquiera con nosotros mismos. ¡Cómo llega a olvidarse uno de los ausentes en esta ciudad! Y, sin embargo, aún no he puesto el pie fuera de casa, no conozco nada; aguardo el momento en que he de hacer mi presentación en sociedad y espero no desentonar de ese mundo cuyo movimiento me asombra, aunque no escuche su ruido más que de lejos. Todavía no he salido más que al jardín. Dentro de unos días empezarán a cantar en los Italianos. Mi madre tiene un palco. Estoy loca de ilusión por oír la música italiana y ver una ópera francesa. Empiezo a romper las costumbres del convento para adoptar las de la vida mundana... Te escribo por la noche, en espera del momento de acostarme, cosa que ahora se ha retrasado hasta las diez, que es cuando sale mi madre, a no ser que vaya a algún teatro. Hay doce teatros en París. Soy de una ignorancia crasa, aunque leo mucho, pero sin discernimiento. Un libro me lleva a otro. Encuentro los títulos de varias obras en las tapas del que estoy

leyendo; pero nadie puede orientarme, de suerte que algunos me resultan muy aburridos. Todo lo que yo he leído de literatura moderna gira en torno al amor, el tema que tanto nos ocupaba, pues parece que nuestro destino está hecho por el hombre y para el hombre; pero todos esos autores se encuentran muy por debajo de aquellas jovencitas llamadas Renata y Luisa. Ángel mío, ¡qué acontecimientos tan pobres, qué cosas tan extrañas, y cuán mezquina es la expresión de este sentimiento! No obstante, hay dos libros que me han agradado de un modo especial: uno de ellos es *Corina* y el otro es *Adolfo*. Acerca de éste he preguntado a mi padre si podría ver a la señora De Staël. Mi madre, mi padre y Alfonso se echaron a reír. Alfonso exclamó:

—¿De dónde ha salido mi hermana?

Mi padre contestó:

—¡Qué tontos somos! Viene de las Carmelitas.

—Hija mía, la señora De Staël está muerta —me dijo, con dulzura la duquesa.

Al terminar la lectura de *Adolfo*, le pregunté a mis Griffith:

—¿Cuándo puede ser engañada una mujer?

—Cuando ama, —me respondió miss Griffith.

Dime, pues, Renata, ¿acaso un hombre puede engañarnos?... Miss Griffith ha acabado por entrever que no soy tonta más que a medias, que poseo una educación desconocida, la que nos hemos dado tú y yo mutuamente al razonar sobre todo lo divino y lo humano. Ha comprendido que mi ignorancia se refiere únicamente a las cosas exteriores. La pobre criatura me ha abierto su corazón. Aquella respuesta lacónica, como enfrentada con todas las desgracias imaginables, me ha producido un ligero escalofrío. La Griffith me aconsejó que no me dejase deslumbrar nunca por nada de lo que hay en el mundo y que desconfiase de todo, principalmente de lo que más me agrada. No sabe ni puede decirme nada más. Sus discursos me parecen demasiado monótonos. Se parecen al canto de esas aves que solamente profieren una clase de grito.

III

LA MISMA A LA MISMA

Diciembre.

Querida mía, aquí me tienes dispuesta a hacer mi entrada en el mundo; y he procurado fomentar mi frivolidad antes de entrar en él. Esta mañana, después de muchos ensayos, me vi muy bien encorsetada, calzada, apretada, peinada, vestida y engalanada. Hice como los duelistas antes del combate: practiqué a puerta cerrada. He querido verme bajo las armas y pude comprobar que poseo un aire de triunfo ante el cual todo habrá de rendirse. Me examiné y juzgué a mí misma. Pasé revista a mis fuerzas y puse en práctica aquella hermosa máxima de los antiguos: “¡Conócete a ti mismo!”. He gozado placeres infinitos al conocerme a mí misma. Miss Griffith era la única que conocía el secreto de mi juego. Hice, a la vez, de niña y de muñeca. ¿Crees que me conoces? ¡Pues no me conoces en realidad*.

He aquí, Renata, el retrato de tu hermana, disfrazada ayer de carmelita y resucitada hoy en figura de muchacha ligera y mundana. Dejando aparte la Provenza, soy una de las personas más lindas de Francia. Esto me parece el verdadero resumen de este agradable capítulo. Tengo defectos; pero, si fuera hombre, me agradecerían. Estos defectos provienen de las esperanzas que mi persona hace abrigar. Cuando, durante quince días, ha admirado una la exquisita morbidez de los brazos de su madre, y cuando esta madre es la duquesa de Chaulieu, amiga mía, forzosamente ha de sentirse una muy desdichada al ver que tiene unos brazos tan flacos; pero se consuela al encontrar finas las muñecas y cierta suavidad de líneas en esos huecos que cierto día una carne satinada vendrá a modelar y redondear. El contorno, algo seco, de los brazos vuelve a encontrarse en los hombros. En realidad, no tengo hombros, sino duros omoplatos. También mi talle carece de flexibilidad, los costados son rígidos. ¡Uf, ya lo he dicho todo! Pero estos perfiles son finos y firmes, la salud muerde con su llama viva y pura estas líneas nerviosas, la vida y la sangre azul corren a raudales bajo una piel transparente. La más rubia de las hijas de la rubia Eva resulta negra a mi lado. Además, tengo pies de gacela. Poseo los rasgos correctos de una estatua griega. Los tonos de la carne son vivaces y resulto una linda fruta verde. En fin, que parezco la figura que en el viejo misal de mi tía surge de un lirio de color violáceo. Mis ojos azules poseen un brillo orgulloso, están rodeados por unos bordes de nácar, matizado por lindas fibrillas, y sobre ellos mis largas y apretadas pestañas parecen de seda. Mi frente es radiante, mis cabellos tienen las raíces bien plantadas y se extienden por pequeñas ondas doradas —de un oro pálido, más oscuro en el medio—, de las cuales se escapan unos mechones rebeldes, que dicen bien a las claras que

no soy ninguna rubia insípida, ni de esas que se desmayan, sino una rubia meridional y llena de sangre, una rubia que pega en vez de dejarse pegar. ¿Crearás que el peluquero quería peinármelos lisos y ponerme en la frente una perla sostenida por una cadena de oro? Yo le he dicho que no era tan vieja que necesitase ese adorno rejuvenecedor.

Mi nariz es delgada, con las ventanas bien talladas y separadas por un encantador tabique rosado; es una naricilla imperiosa, burlona, y su extremidad resulta demasiado nerviosa para que pueda hacerse excesivamente gruesa o enrojecer. Mi amada cervatilla, si esto no es como para casar a una hija sin dote, es que yo no me conozco; mis orejas tienen una forma coquetona y una perla en cada una de ellas parecerá amarilla. Mi cuello es largo y posee ese movimiento serpentino que tanta majestad confiere. A la sombra, su blancura adquiere un matiz dorado. Quizá tengo la boca un poco grande, pero ¡es tan expresiva, los labios tienen un color tan hermoso, los dientes son tan bellos al reír! Y luego, querida, todo resulta armónico y tengo movimientos y voz agradables. En fin, soy bella y graciosa; habrá un no sé qué de impresionante en los hoyuelos que, con sus dedos ligeros, el buen humor se complacerá en formar en mis blancas mejillas. Puedo bajar los ojos y aparentar un corazón de hielo bajo mi frente de nieve. Puedo ofrecer el cuello melancólico del cisne al posar como una madona, y las vírgenes dibujadas por los pintores serán imperfectas a mi lado. Un hombre, para hablarme, se verá obligado a musicalizar su voz.

Estoy, pues, armada con todas las armas y puedo recorrer el teclado de la coquetería desde las notas más graves hasta las más agudas. Es una inmensa ventaja la de no ser uniforme. Mi madre no es traviesa ni virginal; es únicamente digna e imponente y no puede dejar de ser así más que para hacerse leonina; cuando hiere, difícilmente cura la herida; en cambio, yo sabré herir y curar. Soy muy distinta a mi madre, de modo que no hay rivalidad posible entre nosotras, a menos que disputásemos sobre la mayor o menor perfección de nuestras extremidades, que son parecidas. Tengo algo de mi padre, que es esbelto y elegante. Tengo las maneras de mi abuela y su fascinante tono de voz, una voz sonora cuando tengo que hablar alto, una voz melodiosa en la conversación íntima. Me parece como si fuera hoy el día que he salido del convento. No existo todavía para el mundo, le soy desconocida. ¡Qué momentos tan deliciosos! Todavía me pertenezco, como una flor que no ha sido descubierta y acaba de abrirse. Pues bien, ángel mío, cuando me paseaba por mi salón, mirándome al espejo, cuando he visto la ingenuidad de la pensionista, he sentido una extraña sensación en el corazón: nostalgia del pasado, inquietud por el futuro, temor del mundo, sensación de despedida de aquellas pálidas margaritas que inocentemente cogíamos y deshojábamos con negligencia; había algo de todo esto; pero también había otras ideas fantásticas que relego a profundidades de mi alma adonde no me atrevo a descender y de donde ellas procedían.

¡Renata querida, tengo un equipo de novia! Todo está muy bien dispuesto y

perfumado, en los cajones de cedro de un precioso tocador con adornos de laca. Tengo cintas, calzado, guantes, todo en abundancia. Mi padre me ha provisto generosamente de las alhajas propias de una joven: un neceser, un tocador, un abanico, una sombrilla, un libro de rezos, una cadenilla de oro; me ha prometido que hará que me enseñen a montar a caballo. Finalmente, ya sé bailar. Mañana, sí, mañana por la tarde, se efectuará mi presentación en sociedad. Mi vestido es de muselina blanca. En el peinado llevo una guirnalda de rosas blancas, a estilo griego. Adoptaré aires de madona: quiero hacerme la tonta y conquistar las simpatías de las mujeres. Mi madre está a mil leguas de sospechar lo que te estoy escribiendo, me cree incapaz de reflexión. Si leyese mi carta, se quedaría muda de asombro. Mi hermano me honra con un profundo desdén y sigue concediéndome las bondades de su indiferencia. Es un buen muchacho, aunque melancólico. Yo poseo su secreto, secreto que ni el duque ni la duquesa han adivinado. Aunque duque y joven, está celoso de mi padre, no es nada en el Estado, no ocupa ningún cargo en la Corte, no puede decir: “Me voy a la Cámara”. En esta casa soy la única que dispone de dieciséis horas para reflexionar. Mi padre se halla enfrascado en los negocios públicos y en sus placeres, mi madre está también muy ocupada; nadie reacciona sobre sí mismo, todos están siempre fuera, no tienen tiempo para vivir. Siento extraordinaria curiosidad por saber el atractivo invencible que tiene el mundo para mantenerlos ocupados todas las noches desde las nueve hasta las dos o las tres de la madrugada, para hacerles realizar tantos gastos y soportar tantas fatigas. Cuando deseaba entrar en este mundo, no imaginaba semejantes distancias, semejantes embriagueces; pero en realidad, olvidaba que se trata de París. Por lo visto, es posible vivir unos al lado de otros, en familia, sin conocerse. Llega una medio monja y en quince días advierte lo que en su casa es incapaz de notar un hombre de Estado. Aunque quizá lo ve y hay algo de amor paternal en su ceguera voluntaria. Intentaré sondear ese rincón oscuro.

IV

LA MISMA A LA MISMA

15 de diciembre.

Ayer, a las dos, fui a pasear por los Campos Elíseos y al Bosque de Bolonia, en uno de esos días de otoño que tanto hemos admirado a orillas del Loira. Así, pues, he tenido ocasión de ver París. El aspecto de la Plaza de Luis XV es realmente bello, pero con esa belleza que crean los hombres. Yo iba muy arreglada, y melancólica, aunque bien dispuesta para la risa, con el semblante tranquilo bajo un sombrero encantador, y con los brazos cruzados. No he cosechado la más mínima sonrisa, no he conseguido que se detuviese un solo joven para contemplarme, nadie ha vuelto la cabeza para mirarme y, sin embargo, el coche iba con una lentitud muy en armonía con mi postura. Me equivoco: un duque encantador que pasaba hizo volver bruscamente su caballo. Este hombre, que ante el público ha puesto a salvo mi vanidad, era mi padre, cuyo orgullo, según he sabido, acababa de ser agradablemente halagado. He encontrado a mi madre, la cual, con el dedo, me ha enviado un pequeño saludo que parecía un beso. Mi buena Griffith, que no desconfiaba de nadie, miraba a diestro y siniestro. Me parece que una joven debe saber siempre dónde fija la mirada. Yo estaba furiosa. Un hombre ha examinado gravemente mi coche sin fijarse en mí. Este adulador era, probablemente, un carrocerero. Me equivoqué al evaluar mis fuerzas: la belleza, ese raro privilegio que sólo Dios otorga, es algo mucho más común en París de lo que yo creía. Estúpidas melindrosas han sido graciosamente saludadas. Mi madre fue admirada de un modo extraordinario. Este enigma debe tener una clave y yo la buscaré. Los hombres, querida, me han parecido en general muy feos. Los que son guapos se parecen a nosotras, pero mal.

No sé qué espíritu maligno habrá sido el que ha inventado su modo de vestir. Sorprende por su fealdad cuando se le compara con el de los siglos precedentes. Carece de belleza, de color y de poesía; no se dirige a los sentidos, ni a la inteligencia, ni a la vista y debe resultar incómodo; es ancho y corto. Sobre todo, me ha sorprendido el sombrero; es como un fragmento de columna y no se adapta a la forma de la cabeza; pero me han dicho que es más fácil provocar una revolución que hacer elegantes los sombreros. ¡Luego dirán que los franceses son ligeros! Los hombres resultan, por otro lado, completamente horribles, sea cual fuere el sombrero que lleven. No he visto más que semblantes fatigados y duros, en los que no hay calma ni tranquilidad; las líneas son poco armoniosas y las arrugas anuncian ambiciones frustradas, tristes vanidades. Es raro encontrar una bella frente.

—¡Ah, he ahí a los parisienses! —le dije a miss Griffith.

—Unos hombres muy amables e ingeniosos —me respondió.

Me he callado. Se trata de una solterona de treinta y cinco años, cuyo corazón está lleno de indulgencia.

Por la noche he ido al baile y no me he separado del lado de mi madre, la cual me dio el brazo con una generosidad que se vio bien recompensada. Los honores eran para ella, yo he sido el pretexto para los halagos más agradables. Ha tenido el talento de hacerme bailar con imbéciles, todos los cuales me hablaron del calor como si yo hubiera estado helada, y de la belleza del baile como si yo hubiera estado ciega. Ninguno de ellos dejó de extasiarse por algo extraño, inaudito, extraordinario, singular, como era el hecho de verme allí por vez primera. Mi vestido, que tanto me fascinaba en mi propio salón blanco y oro cuando me contemplaba a solas ante el espejo, apenas fue advertido entre los vestidos maravillosos de la mayor parte de las mujeres. Cada una tenía sus incondicionales y todas se observaban de reojo; varias de ellas brillaban con una belleza triunfante como, por ejemplo, mi madre. En el baile, una muchacha no es tenida en cuenta, no es más que una máquina de danzar. Los hombres salvo raras excepciones, no resultan allí mejores que en los Campos Elíseos.

Están gastados, sus rasgos carecen de carácter, o poseen más bien el mismo carácter. Aquellos semblantes orgullosos y vigorosos con que aparecen nuestros antepasados en sus retratos, en los que se aúna la fuerza física con la fuerza moral, ya no existen. Sin embargo, entre la concurrencia estaba un hombre de gran talento, que destacaba de la masa por su apostura, pero que no me ha causado la viva sensación que debía producirme. No conozco sus obras y no es un aristócrata. Sean cuales sean el genio y las buenas cualidades de un burgués o de un hombre ennoblecido, no tengo en mis venas una sola gota de sangre para ellos. Por otro lado, lo encontré tan ocupado de sí mismo y tan poco ocupado de los demás, que me hizo pensar que nosotras debemos resultar cosas, y no unos seres vivos, para esos grandes cazadores de ideas. Cuando los hombres de talento aman deben dejar de escribir; en caso contrario, es que no aman. Hay en su cerebro algo que les hace posponer a su amante. He creído ver todo esto en el modo de actuar de ese hombre, el cual, según dicen, es profesor, gran conversador y escritor, y al que la ambición hace servidor de toda grandeza. Decidí enseguida que era indigno de mí guardar rencor al mundo a causa de mi poco éxito, y comencé a bailar sin preocuparme de nada. Por otra parte, he hallado placer en el baile. He oído muchos comadreos acerca de personas a quienes no conozco; pero quizá sea necesario saber muchas cosas que ignoro para poder comprenderlas, pues he visto que la mayoría de las mujeres y de los hombres experimentan un gran placer en decir o escuchar algunas frases. El mundo ofrece muchísimos enigmas cuya solución me parece difícil de encontrar. Hay muchísimas intrigas. Tengo ojos bastante penetrantes y fino el oído; en cuanto a mi inteligencia, ¡ya la conocéis, señorita de Maucombe!

He vuelto cansada, pero contenta de este cansancio. Ingenuamente he manifestado a mi madre el estado en que me encontraba y ella me ha dicho que no le

confiara estas cosas más que a ella.

—Pequeña mía —ha añadido—, el buen gusto estriba tanto en el conocimiento de las cosas que hay que callar como en el de las que pueden decirse.

Esta recomendación me ha hecho comprender cuales son las sensaciones sobre las que hay que guardar silencio con todo el mundo, incluso quizá con nuestra propia madre. De una sola ojeada he medido el vasto campo de los disimulos femeninos. Puedo asegurarte, mi dulce cervatilla, que con el descaro de nuestra inocencia constituiríamos un par de pequeñas comadres bastante listas y despiertas. ¡Cuántas instrucciones se encierran en un dedo aplicado a los labios, en una palabra, en una mirada! De pronto me sentí inmensamente tímida. ¿Cómo no poder expresar esa dicha, tan natural, que provoca el movimiento de la danza? “¿Qué va a ser de mis sentimientos?”, me pregunté. Al acostarme, estaba muy triste. Siento vivamente todavía este primer choque de mi naturaleza fresca e inocente con las duras leyes del mundo. He aquí como algunos copos de mi blanca lana se han quedado enredados en las zarzas del camino. ¡Adiós, ángel mío!

RENATA DE MAUCOMBE A LUISA DE CHAULIEU

Octubre.

¡Cuánto me ha emocionado tu carta! Sobre todo por la comparación de nuestros destinos. ¡En qué radiante mundo vas a vivir! En cambio, ¿en qué apacible retiro acabaré yo mi oscura carrera? Quince días después de mi llegada al castillo de Maucombe, del que ya te he hablado demasiado para que ahora vuelva a hablarte de él, y donde encontré mi habitación casi igual que la había dejado —aunque he podido comprender el sublime paisaje del valle de Gemenos, que de niña contemplaba sin ver nada en él— mi padre y mi madre, acompañados de mis dos hermanos, me llevaron a comer a casa de uno de nuestros vecinos, un anciano señor de l’Estorade, gentilhombre que se ha hecho muy rico de la forma en que se enriquecen las personas en provincias: por medio de la avaricia. Ese viejo no había podido sustraer su único hijo a la rapacidad de Bonaparte: después de haberle salvado de la conscripción, se vio obligado a enviarlo al ejército, en 1813, en calidad de guardia de honor: después de Leipzig el viejo barón de l’Estorade dejó de tener noticias de su hijo. El señor de Montriveau, a quien fue a visitar el señor de l’Estorade en 1814, le dijo que lo había visto caer prisionero de los rusos. La señora de l’Estorade murió de pena, tras de haber realizado inútiles pesquisas en Rusia. El barón, anciano muy cristiano, practicaba aquella hermosa virtud teologal que nosotras cultivábamos en Blois: la esperanza. Ella le hacía ver a su hijo en sueños, iba acumulando sus rentas para ese hijo y hasta cuidaba de la parte que le correspondía a tal hijo en la sucesión de la difunta señora de l’Estorade. Nadie era capaz de hacer sonreír a este anciano, y he acabado por adivinar que el regreso inesperado de ese hijo era la causa de mi propio regreso. ¿Quién nos hubiera podido decir que, durante las vagabundas carreras de nuestros pensamientos mi futuro caminaba lentamente a pie, a través de Rusia, Polonia y Alemania? Su mala suerte no acabó hasta Berlín, donde el ministro francés le facilitó el regreso a Francia. El señor de l’Estorade, padre, pequeño gentilhombre de Provenza, que posee una fortuna de diez mil libras de renta, no tenía un nombre lo suficiente europeo como para que la gente se interesase por el caballero de l’Estorade, cuyo nombre olía a aventurero.

Doce mil libras, producto anual de los bienes de la señora de l’Estorade, acumuladas a las economías paternas, constituyen para el pobre guardia de honor una fortuna considerable en Provenza, algo así como doscientas cincuenta mil libras, además de las tierras. El señor de l’Estorade había comprado, la víspera del día en que volvió a ver a su hijo, una hermosa finca mal administrada, en la que se propone

plantar las diez mil moreras que criaba adrede en su vivero, previendo tal adquisición. El barón, al volver a encontrar a su hijo, no tuvo más que una idea: casarlo y casarlo con una joven noble. Mi padre y mi madre compartieron, a costa mía, la idea de su vecino tan pronto como éste les anunció su intención de tomar a Renata de Maucombe sin dote. Desde su mayoría de edad, mi hermano menor, Juan de Maucombe, ha reconocido haber recibido de sus padres un anticipo de herencia equivalente a la tercera parte de la misma. Así es como las familias nobles de Provenza eluden el infame código civil del señor de Bonaparte, que hará meter en el convento a un número de muchachas nobles tan grande como el de aquellas que él hizo casar. Por lo poco que he podido oír sobre el asunto, la nobleza francesa está muy dividida en cuanto concierne a tan graves materias.

Aquella comida, querida amiga, era un pretexto para la entrevista entre tu cervatilla y el desterrado. Procedamos por orden. Las gentes del conde de Maucombe se revistieron de sus viejas libreas con galones, se pusieron sus sombreros bordados y el cochero se calzó sus grandes botas. Cupimos cinco en la vieja carroza y llegamos con toda majestad, a eso de las dos, para comer en la quinta del barón de l'Estorade. Mi futuro suegro no tiene castillo, sino una sencilla casa de campo situada al pie de una colina, en la entrada de nuestro hermoso valle, cuyo orgullo se cifra en el viejo castillo de Maucombe. Esta finca consiste en cuatro muros de guijarros revestidos de un cemento amarillento y cubiertos por tejas huecas, de un hermoso color rojo. Los tejados parecen no poder sostener el peso de tantas tejas. Las ventanas, abiertas sin ninguna simetría, poseen enormes postigos pintados de amarillo. El jardín que rodea la morada es un típico jardín de Provenza, cercado por unos pequeños muros contruidos con grandes guijarros redondos, colocados por capas y en los que el genio del albañil resplandece por la forma en que los dispone, alternativamente perpendiculares u oblicuos a la línea de cada capa; la masa de barro que los recubre se desprende en algunos lugares. En el jardín hay una verja tan delgada que me recuerda a la hermana de Angélica. La casa posee una escalinata de piedra, la puerta está adornada por un saledizo que cualquier campesino del Loira rechazaría para su elegante casa de piedras blancas y techumbre azul, en la que ríe el sol. El jardín y los alrededores son horriblemente polvorientos y los árboles están quemados. Se ve que desde hace algún tiempo la vida del barón se reduce a levantarse, acostarse y volver a levantarse al día siguiente, sin otra preocupación que la de acumular una moneda sobre otra. Come lo mismo que sus dos sirvientes, que son un muchacho provenzal y la vieja doncella de su mujer. Las habitaciones tienen pocos muebles. Sin embargo, para la comida a que nos invitaron tiraron la casa por la ventana. El exilado, querida mía, es tan flaco como la verja, está pálido, ha sufrido mucho, y esto le ha hecho muy taciturno. Tiene treinta y siete años, pero aparenta cincuenta. El ébano de sus ex hermosos cabellos de hombre joven está veteado de blanco como el ala de una alondra. Sus bellos ojos azules aparecen hundidos; es un poco sordo, lo cual le hace parecerse al caballero de la Triste Figura; sin embargo, yo he consentido

amablemente en convertirme en la señora de l'Estorade y en dejarme dotar con doscientas cincuenta mil libras, a condición de poder arreglar la finca a mi modo y de hacer en ella un parque. He exigido a mi padre que me conceda un poco de agua, que puede llegar desde Maucombe hasta allí. Dentro de un mes seré la señora de L'Estorade, puesto que he caído en gracia, querida mía. Después de vivir entre las nieves de Siberia, cualquier hombre se halla dispuesto a encontrar mérito en estos ojos negros que, como tú decías, hacían madurar los frutos, que miraba. Luis de L'Estorade parece sumamente feliz por casarse con *la bella Renata de Maucombe*, que tal es el glorioso sobrenombre de tu amiga. Mientras tú te dispones a cosechar las alegrías de una maravillosa existencia, la de una señorita de Chaulieu en ese París donde reinarás, tu pobre cervatilla, Renata, esta hija del desierto, ha caído del Empíreo adonde nos habíamos remontado y ha venido a parar en las vulgares realidades de un destino tan sencillo como el de un gorrión. Sí, me he jurado a mí misma consolar a ese joven sin juventud, que pasó directamente a la guerra desde las faldas de su madre, y desde los goces de su casa de recreo a los hielos y trabajos de Siberia. La uniformidad de mis futuros días se verá amenizada por los humildes placeres del campo. Reproduciré el oasis del valle de Gemenos alrededor de mi casa, la cual disfrutará así de la sombra majestuosa de hermosos árboles. Tendré céspedes siempre verdes en Provenza, haré subir mi parque hasta la colina, y colocaré en el punto más elevado un lindo kiosco desde el cual quizá podrán contemplar mis ojos el brillante Mediterráneo. El naranjo, el limonero, las más ricas producciones de la botánica embellecerán ese retiro donde estoy llamada a ser madre de familia. Nos rodeará una poesía natural e indestructible. Si permanezco fiel a mis deberes, ninguna desgracia habré de temer. Mis sentimientos cristianos son compartidos por mi suegro y por el caballero de l'Estorade. ¡Ah, amiga mía! Veo la vida como uno de esos grandes caminos de Francia, dulces y unidos, que disfrutan de la sombra de los árboles eternos. No habrá dos Bonapartes en este siglo y podré conservar a mis hijos, si los tengo, educarlos y convertirlos en hombres; gozaré de la vida a través de ellos. Si tú no haces traición a tu destino —tú, que serás la esposa de algún poderoso de la tierra— los hijos de tu Renata tendrán una protectora eficaz. Adiós, pues —por lo menos para mí— a las novelas y peregrinas situaciones de que nos hacíamos protagonistas. Conozco de antemano la historia de mi vida, que se verá conmovida por los grandes acontecimientos de la dentición de los señoritos de l'Estorade, por su alimentación, por los daños que causen en mis jardines y en mi persona; tendré que bordarles gorros y ser amada y admirada por un pobre hombre, medio enfermo, en la entrada del valle de Gemenos. He ahí cuales serán mis placeres. Quizás un día la campesina vaya a vivir a Marsella durante el invierno; pero entonces no aparecerá más que en un teatro mezquino de provincias, cuyos bastidores nada ofrecen de peligrosos. No tendré nada que temer, ni siquiera esas admiraciones que pueden hacernos sentir orgullo. Nos interesaremos mucho por los gusanos de seda, para los cuales nos dedicaremos a vender hojas de morera. Conoceremos las extrañas

vicisitudes de la vida provenzal y las tempestades de un hogar sin querellas posibles, pues el señor de l'Estorade anuncia su intención formal de dejarse guiar por su mujer. Tú serás, mi querida Luisa, la parte novelesca de mi existencia. Así, pues, cuéntame tus aventuras, descríbeme los bailes y las fiestas, dime cómo te vistes, las flores que coronan tus hermosos cabellos rubios, las palabras de los hombres y su modo de comportarse. Tú valdrás por dos cuando escuches, cuando bailes, cuando sientas que te aprietan la punta de los dedos. Me gustaría ir a París a divertirme y que tú fueses madre de familia en la Crampade, pues tal es el nombre de nuestra finca. ¡El pobre hombre cree que se va a casar con una mujer! ¿Se dará cuenta alguna vez de que somos dos? Ya empiezo a decir tonterías, pero como no pueden quedar escritas, me detengo; así, pues, un beso en cada una de tus mejillas. Mis labios son aún los de una doncella (él sólo se ha atrevido a cogerme la mano). Nos tenemos un respeto bastante inquietante. Bueno, ya vuelvo a desbarrar... Adiós, querida.

P. D. —Abro tu tercera carta. Querida mía, puedo disponer de unas mil libras: empléalas en esas lindas cosas que no se encuentran en los parajes donde vivo, ni siquiera en Marsella. Al ir de compras para ti, acuérdate de tu reclusa de la Crampade. Piensa que, ni por uno ni otro lado, los abuelos tienen en París personas de gusto para efectuar sus adquisiciones. Contestaré más tarde a esta carta.

VI

DON FELIPE HENÁREZ A DON FERNANDO

París, septiembre.

La fecha de esta carta os dirá, hermano mío, que el jefe de vuestra casa no corre peligro alguno. Si la matanza de nuestros antepasados en el patio de los Leones nos ha hecho, a pesar nuestro, españoles y cristianos, nos conservó la prudencia de los árabes; y quizás he debido mi salvación a la sangre de Abencerraje que aún corre por mis venas. El miedo hacía de Fernando tan buen comediante que Valdés creía en sus protestas. Sin mí, ese pobre almirante estaba perdido. Jamás sabrán los liberales lo que es un rey. Pero el carácter de ese Borbón me es conocido desde hace tiempo; cuanto más nos aseguraba Su Majestad su protección, tanto más suscitaba mi desconfianza. Un verdadero español no tiene necesidad de andar repitiendo sus promesas. Quien habla demasiado, es que quiere engañar. Valdés ha pasado a bordo de una nave inglesa. En cuanto a mí, después que los destinos de mi querida España se perdieron en Andalucía, escribí al administrador de mis bienes en Cerdeña para que proveyese a mi seguridad. Unos hábiles pescadores de coral me aguardaban con una barca en un punto de la costa. Cuando Fernando recomendaba a los franceses que se asegurasen respecto a mi persona, yo estaba ya en mi baronía de Macumer, entre bandidos que desafían todas las leyes y todas las venganzas. La última casa hispanomora de Granada ha vuelto a encontrar los desiertos de África, e incluso el caballo sarraceno, en un dominio que viene de los sarracenos. Los ojos de estos bandidos han brillado con una alegría y un orgullo salvajes al enterarse de que protegían contra la venganza del rey de España al duque de Soria, su señor, un Henárez, en fin, el primero que ha venido a visitarles desde los tiempos en que la isla pertenecía a los moros, ellos que, el día anterior, temían mi justicia. Veintidós carabinas se me ofrecieron para apuntar contra Fernando de Borbón, ese hijo de una familia aún desconocida el día en que los Abencerrajes llegaban como vencedores hasta las orillas del Loira. Yo creía poder vivir de las rentas de estos inmensos dominios, en los que desgraciadamente hemos pensado tan poco; pero mi estancia me ha demostrado mi error y la veracidad de los informes de Quevedo. El pobre hombre tenía veintidós vidas de hombres a mi servicio, pero ni un solo real; llanuras de veinte mil arpendes pero ni una sola casa; selvas vírgenes, pero ni un solo mueble. Un sillón de "piastras y la presencia del dueño durante medio siglo serían necesarios para valorizar aquellas tierras magníficas. Tendré que pensar en ello. Los vencidos meditan durante su fuga sobre sí mismos y sobre la partida que perdieron. Al ver ese hermoso cadáver roído por los frailes, mis ojos se llenaron de lágrimas: reconocía en él el triste porvenir de

España. En Marsella me enteré de la muerte de Riego. He pensado con dolor que el fin de mi vida va a ser también un martirio, pero un martirio largo y oscuro. ¿Se puede considerar como existir, el no poder consagrarse a un país ni vivir para una mujer? Amar, conquistar, esa doble faz de una misma idea era la ley grabada en las bóvedas de nuestros palacios, incesantemente repetida por los surtidores en nuestras fuentes de mármol. Pero esa ley fanatiza inútilmente mi corazón: el sable está roto y el palacio reducido a cenizas, como la fuente viva ha sido absorbida por las arenas estériles.

He aquí, pues, mi testamento.

Don Fernando, vais a comprender por qué ponía yo riendas a vuestro ardor al ordenaros que permanecierais fiel al rey. Como hermano y amigo tuyo, te suplico que obedezcas; como señor vuestro, os lo mando. Iréis a ver al rey, le pediréis mis bienes, mi cargo y mis títulos: quizá vacile y haga algunas muecas reales; pero vos le diréis que sois amado por María Heredia, y que María no puede casarse más que con el duque de Soria. Entonces le veréis estremecerse de alegría: la inmensa fortuna de los Heredia le impidió consumir mi ruina; ella le parecerá completa de este modo, y vos obtendréis enseguida mis despojos. Os casaréis con María; yo había sorprendido el secreto de ese mutuo amor, que habíais combatido. María y yo obedecemos a las conveniencias y a los deseos de, nuestros padres. Vos sois hermoso como un hijo del amor mientras que yo soy feo como un grande de España; vos sois amado, yo soy objeto de una repugnancia no confesada; vos habréis vencido pronto la escasa resistencia que mi desgracia inspirará quizás a esa noble española. Duque de Soria, vuestro predecesor no quiere causaros ningún pesar ni privaros de un maravedí. Como las joyas de María pueden llenar el vacío que los diamantes de mi madre producirán en vuestra casa, me enviaréis esos diamantes, que bastarán para asegurar la independencia de mi vida; me los mandaréis por medio de mi nodriza, la vieja Urraca, la única persona que quiero conservar de la gente de mi casa; sólo ella sabe preparar bien mi chocolate.

Durante nuestra breve revolución, mis constantes trabajos habían reducido mi vida a lo estrictamente necesario, y las asignaciones de mi cargo proveían a ello. Hallaréis los ingresos de estos dos últimos años en manos de vuestro intendente. Esta suma me pertenece, pero la boda de un duque de Soria ocasiona grandes gastos, de modo que nos la repartiremos. No rehuséis el regalo de boda de vuestro hermano, el bandido. Por otra parte, tal es mi voluntad. No estando la baronía de Macumer bajo el poder del rey de España, queda en mi posesión y me deja la posibilidad de tener una patria y un nombre, si por casualidad quisiera llegar a ser algo.

¡Dios sea loado, aquí dejo terminados los asuntos, y la casa de Soria está a salvo!

En el momento en que ya no soy más que barón de Macumer, las cañones franceses anuncian el regreso del duque de Angulema. Comprenderéis, señor, por qué interrumpo aquí mi carta...

Octubre.

Al llegar aquí no tenía ni diez cuádruples, pero un hombre de Estado no podría llegar más bajo si, en medio de catástrofes que no ha impedido, mostrase previsión egoísta. A los moros vencidos, un caballo y el desierto; a los cristianos burlados en sus esperanzas, el convento y unas pocas monedas de oro. Sin embargo, mi resignación no es todavía más que cansancio. Aún no estoy lo bastante cerca del monasterio para no pensar en vivir. Para caso de necesidad, Ozalga me dio unas cartas de recomendación, entre las cuales había una para un librero que es, entre nuestros compatriotas, lo que Calignani para los ingleses. Este hombre me procuró ocho alumnos. Voy a su casa cada dos días y tengo, por lo tanto, cuatro lecciones al día, las cuales me producen doce francos, cantidad muy superior a mis necesidades. Cuando llegue Urraca haré la felicidad de algún español proscrito al cederle mi clientela. Me alojo en la calle de Hillerin Bertin, en casa de una pobre viuda que tiene gente a pensión. Mi habitación está situada al sur y da a un pequeño jardín. No oigo ningún ruido, veo verdor y en total no gasto más de una piastra diaria; estoy muy sorprendido por los goces serenos y puros que me produce esta vida, semejante a la de Dionisio en Corinto. Desde que sale el sol hasta las diez fumo y tomo el chocolate, sentado a mi ventana, contemplando dos plantas españolas: una mata de retama que se levanta entre jazmines, oro sobre fondo blanco, imagen que hará siempre estremecerse a un descendiente de los moros. A las diez me pongo en camino para ir a dar mis lecciones. Por la tarde regreso para comer y luego fumo y leo hasta el momento de acostarme. Podría llevar mucho tiempo esta vida, en la que se mezclan el trabajo y la meditación, la soledad y la gente.

Sed, pues, dichoso, Fernando, mi abdicación se ha realizado sin segundas intenciones; en modo alguno la siguió cierto pesar, como a la de Carlos V, ni el menor deseo de reanudar la partida, como a la de Napoleón. Cinco noches y cinco días han pasado sobre mi testamento y el pensamiento los ha convertido en cinco siglos. Las grandezas, los títulos y los bienes son ya para mí como si nunca hubieran existido. Ahora que la barrera del respeto que nos separaba ha caído puedo, querido hermano, dejar que leas en mi corazón. Este corazón, al que la gravedad cubre con una impenetrable armadura, está lleno de ternura y de dedicaciones sin objeto: pero ninguna mujer lo ha adivinado, ni siquiera aquella que desde la cuna me estaba destinada. En ello reside el secreto de mi ardiente vida política. A falta de amante, he adorado a España. ¡También España se ha escapado de mis manos! Ahora que ya no soy nada, puedo contemplar mi *yo* destruido y preguntarme la razón de que la vida haya venido a él y cuándo se irá. ¿Por qué una raza caballeresca por excelencia puso en su último vástago sus primeras virtudes, su amor africano, su cálida poesía? ¿Es que la semilla debe conservar su rugosa envoltura sin producir el tallo ni desprender sus perfumes orientales desde un cáliz radiante? ¿Qué crimen habré cometido antes

de nacer para no haberle inspirado amor a nadie? ¿Acaso desde mi nacimiento fui una vieja ruina? Encuentro en mi alma los desiertos de nuestros padres, alumbrados por un sol que los quema sin dejar que nada crezca en ellos. Residuo orgulloso de una raza caída, fuerza inútil, amor perdido, joven nacido viejo, ¿habré de esperar aquí donde estoy, mejor que en ninguna otra parte, el favor postrero de la muerte? ¡Ah, bajo este cielo brumoso, ninguna chispa conseguirá reanimar la llama entre tantas cenizas! Así podré decir al final, como Jesucristo: *¡Dios mío, me has abandonado!* Terribles palabras que nadie se ha atrevido a analizar.

¡Imagínate, Fernando, lo feliz que me siento al poder revivir en ti y en María! Desde ahora os contemplaré con el orgullo con que un creador contempla su obra. Amaos siempre y no me causéis pesares: una nube entre vosotros me haría más daño a mí que a vosotros mismos. Nuestra madre había presentido que los acontecimientos realizarían un día sus esperanzas. Quizás el deseo de una madre es un contrato entre ella y Dios. Por otra parte, ¿acaso no era uno de esos seres misteriosos que pueden comunicar con el cielo y hallar en él una visión del porvenir? ¡Cuántas veces he leído en las arrugas de su frente que deseaba para Fernando los honores y los bienes de Felipe! Yo se lo decía, ella me respondía con dos lágrimas y me mostraba las llagas de un corazón que se nos debía por entero al uno y al otro, pero que un amor invencible te reservaba sólo a ti. De ese modo su sombra gozosa flotará por encima de vuestras cabezas cuando las inclinéis ante el altar. ¿Vendréis a endulzar también el final de vuestro Felipe, doña Clara? Ya veis que él cede a vuestro predilecto incluso la joven que vos colocabais a pesar vuestro sobre sus rodillas. Lo que hago agrada a las mujeres, a los muertos y al rey. Dios lo quería; no lo estropees, pues, Fernando: obedece y calla.

P. D. —Recomienda a Urraca que no me llame de otro modo que señor Henárez. No digas una palabra de mí a María. Debes ser el único que conozca los secretos del último moro cristianizado, en cuyas venas se extinguirá la sangre de la gran familia nacida en el desierto y que va a acabar sus días en la soledad. Adiós.

VII

LUISA DE CHAULIEU A RENATA DE MAUCOMBE

Enero de 1824.

¿De manera que casada tan pronto? ¿Se caza de ese modo a las personas? Al cabo de un mes, te prometes a un hombre sin conocerle, sin saber nada de él. Ese hombre puede ser sordo. ¡Se es sordo de tantas maneras! Puede ser enfermizo, aburrido, insoportable. ¿No ves, Renata, lo que quieren hacer de ti? Les eres necesaria para continuar la gloriosa casa de l'Estorade, y eso es todo. Vas a convertirte en una provinciana. ¿En eso van a quedar nuestras mutuas promesas? En tu lugar, preferiría irme a navegar en derredor de las islas Hyeres en un bote hasta que un corsario argelino me raptase y me vendiese al Gran Señor; allí me convertiría en sultana y trastornaría todo el serrallo, lo mismo en mi juventud como cuando llegase a vieja ¡Sales de un convento para entrar en otro! Te conozco, eres cobarde, vas a entrar en el hogar con sumisión de cordera Pero yo te daré consejos, vendrás a París, haremos rabiar a los hombres y seremos como reinas. Tu marido, querida cervatilla, dentro de tres años puede hacerse elegir diputado. Ahora ya sé lo que es un diputado y te lo explicaré; podrás quedarte en París y convertirte, como dice mi madre, en una mujer de moda. ¡Oh, desde luego que no voy a dejarte en tu finca!

Lunes.

Hace quince días, querida, que hago la vida del gran mundo: una noche a los Italianos, otra a la gran Ópera y luego siempre al baile. El mundo parece un cuento de hadas. La música de los Italianos me encanta, y mientras mi alma se sumerge en un placer divino me miran a través de los gemelos, me admiran; pero con una sola de mis miradas hago bajar los ojos al joven más atrevido. He visto muchachos encantadores; pues bien, ninguno de ellos me gusta; ninguno de ellos me ha producido la emoción que experimento al oír a García en su magnífico dúo con Pellegrini en *Otelo*. ¡Dios mío, qué celoso debe de ser ese Rossini para expresar tan bien los celos! ¡Qué grito tan magnífico ese de *Il mio cor si divide!* Te estoy hablando en griego; porque tú no has oído cantar a García, pero ya sabes lo celosa que soy. ¡Qué triste dramaturgo fue ese Shakespeare! *Otelo* se cubre de gloria, obtiene victorias, da órdenes, se exhibe, se pasea, dejando a Desdémona en su rincón; y Desdémona, que se ve posponer por él a las estupideces de la vida pública, no se enfada. Una oveja así merecía la muerte. ¡Que aquel a quien yo me digne amar se cuide muy bien de hacer algo que no sea amarme! Soy partidaria de las largas

pruebas de la antigua caballería. Considero muy impertinente y estúpido a aquel joven caballero a quien le pareció mal que su soberana le enviara a buscar su guante entre los leones: sin duda le reservaba alguna bella flor de amor, y él la perdió después de haberla merecido, el muy insolente. Pero estoy divagando como si no tuviera grandes noticias que comunicarte. Mi padre va a representar al rey, nuestro señor, en Madrid; digo nuestro señor porque yo voy a formar parte de la embajada. Mi madre quiere quedarse aquí y mi padre me llevará con él para tener una mujer a su lado.

Querida mía, a ti te parecerá todo esto la cosa más sencilla y, sin embargo, se trata de algo monstruoso. En quince días he descubierto los secretos de la casa. Mi madre seguiría a mi padre si quisiera llevar al señor de Canalis como secretario de Embajada; pero el rey designa los secretarios y el duque no se atreve a contrariar al rey, que es muy absoluto, ni a disgustar a mi madre; y este gran político cree haber solucionado las dificultades dejando aquí a la duquesa. El señor de Canalis es un gran poeta de moda, un joven que cultiva la sociedad de mi madre y que estudia, sin duda, la diplomacia de tres a cinco de la tarde. La diplomacia debe de ser una gran cosa porque se muestra asiduo como un jugador de la Bolsa. El señor duque de Rhétoré, nuestro hermano mayor, solemne y frío, sería eclipsado por su padre en Madrid y por eso se queda en París. Por otra parte, mis Griffith dice que Alfonso ama a una bailarina de la Ópera. ¿Cómo es posible amar a unas piernas y a unas piruetas? Hemos observado que mi hermano sólo asiste a las representaciones cuando danza Tulia, aplaude los pasos de esta criatura y luego se marcha. Creo que dos muchachas causan en una casa más estragos que la peste. En cuanto a mi segundo hermano, está con su regimiento y todavía no le he visto. Ya ves que estoy destinada a ser la Antígona de un embajador de Su Majestad. Quizá me casaré en España y hasta es posible que el pensamiento de mi padre sea el de casarme allí sin dote, exactamente como a ti te casan con ese resto de antiguo guardia de honor. Mi padre me ha propuesto seguirle y me ha ofrecido su maestro de español.

—¿Es que queréis —le he dicho— concertarme un matrimonio en España?

Mi padre, por toda respuesta, me honró con una amable mirada. Desde hace unos días, a la hora del almuerzo, se complace en molestarme. Me estudia y yo disimulo; así, como padre y como embajador *in petto*, le he engañado cruelmente. ¿No me tomaba, acaso, por tonta? Me preguntó lo que pensaba de tal o cual joven, o de algunas señoritas con quienes me encontré en varios salones. Yo le respondí estúpidamente, aludiendo al color de sus cabellos, a la diferencia de sus portes o a los detalles de sus fisonomías. Mi padre parecía muy contrariado al verme tan estúpida, y se reprochaba interiormente el haberme interrogado.

—Sin embargo, padre mío —añadí—, no digo lo que pienso realmente; últimamente mi madre me asustó al advertirme que puedo resultar impertinente si hablo de mis impresiones.

—En familia podéis explicaros sin temor —repitió mi madre.

—Pues bien —dije yo—, los jóvenes me han parecido hasta ahora más interesados que interesantes, más ocupados de sí mismos que de nosotras; pero, a decir verdad, saben disimular muy poco; abandonan al instante la actitud que habían adoptado para hablar con nosotras, imaginando, sin duda, que no sabemos servirnos de los ojos. El hombre que nos habla es el amante y el que ya no nos habla, el marido. En cuanto a los jóvenes, son tan falsos, que es imposible adivinar su carácter a no ser por la danza, ya que su talle y sus movimientos son lo único que no miente. Me ha asustado, sobre todo, la brutalidad del mundo elegante. Cuando es hora de cenar ocurren cosas que, con las debidas proporciones, ofrecen una imagen de las insurrecciones populares. La cortesía disimula de un modo muy imperfecto el egoísmo general. Me imaginaba el mundo de otra manera. Las mujeres son tenidas en muy poco y quizá sea esto un residuo de las doctrinas de Bonaparte.

—Armanda está haciendo progresos asombrosos —dijo mi madre.

—Madre mía, ¿creéis que siempre voy a estaros preguntando si Madame de Staël ha muerto?

Mi padre sonrió y se levantó de la mesa.

Sábado.

Querida mía, aún no te lo he contado todo. He aquí lo que te reservo. El amor que nos imaginábamos debe hallarse profundamente escondido porque no veo rastro de él por ninguna parte. Es verdad que he sorprendido algunas miradas rápidamente cambiadas en los salones; ¡pero qué palidez en comparación con lo que imaginábamos! ¡Nuestro amor, aquel mundo de maravillas, de bellos sueños, de realidades deliciosas y dolores, aquellas sonrisas que iluminaban la naturaleza, aquellas palabras fascinantes, aquella dicha perpetuamente dada y recibida, aquellas tristezas ocasionadas por el alejamiento y aquellas alegrías prodigadas por la presencia del ser amado!... De todo eso, nada. ¿Dónde nacen tan espléndidas flores del alma? ¿Quién miente? ¿Nosotras o el mundo? He visto muchos jóvenes, a centenares de hombres, y ni uno sólo me ha causado la menor emoción. Aunque me hubiesen testimoniado la admiración más rendida, aunque se hubieran batido en duelo por mí, lo habría contemplado todo con ojos indiferentes. El amor, querida mía, constituye un fenómeno tan raro que es posible vivir toda la vida sin encontrar al ser a quien la naturaleza ha otorgado el poder de hacernos felices. Esta reflexión me hace estremecer, porque, si ese ser lo encontráramos demasiado tarde, ¿qué dirías tú de ello?

Desde hace unos días empiezo a sentir miedo de nuestro destino, a comprender el motivo de que haya tantas mujeres cuyo semblante aparece triste bajo la capa de colorete que ponen en él las falsas alegrías de una fiesta, La gente se casa al azar, y es así como te casas tú también. Por mi alma han pasado huracanes de pensamientos. ¡Ser amada todos los días de la misma manera y, sin embargo, de un modo diferente,

ser amada al cabo de diez años de felicidad con la misma intensidad que el primer día! Semejante amor requiere años: es preciso haberse dejado desear largo tiempo, haber despertado curiosidades y satisfacerlas, haber excitado simpatías y responder a ellas. ¿Hay, acaso, leyes para las creaciones del corazón como las hay para las creaciones visibles de la Naturaleza? ¿Se conserva la alegría? ¿En qué proporción debe mezclar el amor sus lágrimas y sus placeres? Las frías combinaciones de la vida fúnebre, monótona, permanente del convento me han parecido entonces posibles; en tanto que las riquezas, las magnificencias, las fiestas, las alegrías, los placeres del amor igual, compartido, permitido, me han parecido algo imposible. En esta ciudad no veo lugar alguno para las dulzuras del amor, para sus sagrados paseos a la luz de la luna. Rica, joven y hermosa, sólo tengo que amar, el amor puede convertirse en mi vida entera, en mi única ocupación; ahora bien, desde hace tres meses voy y vengo con una impaciente curiosidad y nada he encontrado entre esas miradas brillantes, ávidas, despiertas. Ninguna voz me ha emocionado, ninguna mirada me ha iluminado ese mundo. Solamente la música ha llenado mi alma, ella sola ha sido para mí lo que era nuestra amistad. A veces me he quedado durante una hora, por la noche, junto a la ventana, contemplando el jardín, llamando a los acontecimientos, pidiéndoselos a la fuente desconocida de donde proceden. A veces he salido a pasear en coche y me he apeado en los Campos Elíseos, esperando que un hombre, el que ha de despertar mi alma adormecida, llegara, me siguiera, me mirara; pero sólo vi saltimbanquis, vendedores ambulantes, transeúntes que caminaban con paso rápido hacia sus negocios o parejas de enamorados que esquivaban todas las miradas, y yo me sentía tentada a decirles: “Vosotros, que sois felices, decidme: ¿qué es el amor?”. Pero guardaba para mí tan locos pensamientos, volvía a subir al coche y me prometía a mí misma permanecer soltera toda la vida. El amor es ciertamente una encarnación, y ¿qué condiciones no se precisan para que tenga lugar! Si no podemos estar seguras de mantenernos siempre de acuerdo con nosotras mismas, ¿qué ocurrirá tratándose de dos personas? Sólo Dios puede resolver este problema. Empiezo a creer que volveré al convento. Si permanezco en el mundo, haré cosas que parecerán tonterías porque me es imposible aceptar lo que veo. Todo hierde mi delicadeza, los hábitos de mi alma o mis más recónditos pensamientos. Mi madre es la mujer más feliz del mundo, es adorada por su gran, o pequeño, Canalis. Ángel mío, siento una terrible curiosidad por saber lo que ocurre entre mi madre y ese joven. Griffith, según ella misma me ha dicho, ha tenido estas mismas ideas; ha sentido deseos de arañar el rostro de las mujeres a quienes veía felices; las ha denigrado, las ha despedazado. Según ella, la virtud consiste en enterrar todas estas bestialidades en el fondo del corazón. ¿Qué es, entonces, el fondo del corazón? Un depósito de cuanto tenemos de malo. Me siento muy humillada por no haber encontrado un adorador. Soy una joven casadera, pero tengo hermanos, una familia, unos padres. ¡Ah, si fuera esa la razón por la que los hombres se sienten cohibidos, sería que son muy cobardes! El papel de Jimena, en el *Cid*, y el del Cid me encantan. ¡Qué obra de teatro tan admirable!

Bueno, adiós.

VIII

LA MISMA A LA MISMA

Enero.

Tenemos de maestro a un pobre refugiado, obligado a esconderse a causa de haber participado en la revolución que el duque de Angulema fue a sofocar, a lo cual debemos algunas espléndidas fiestas. Aunque liberal, y sin duda burgués, ese hombre me ha interesado: he imaginado que había sido condenado a muerte. Yo le tiro de la lengua para averiguar su secreto, pero es de una taciturnidad castellana, orgulloso como si fuera un Gonzalo de Córdoba y, sin embargo, de una dulzura y una paciencia angelicales; su orgullo no se exterioriza como el de miss Griffith; es más bien interior. Hace que se le dé lo que es justo al prestarnos sus servicios, y nos aparta de él por medio del respeto que nos profesa. Mi padre pretende que hay mucho de gran señor en el señor Henárez, al cual llama en broma, entre nosotros, don Henárez. Hace irnos días, cuando me tomé la libertad de llamarle de ese modo, el hombre levantó hacia mí sus ojos, que por lo general mantiene bajos, y me lanzó dos relámpagos que me dejaron muda de asombro. Amiga mía, posee, ciertamente, el par de ojos más bellos del mundo. Le pregunté si le había ofendido en algo y entonces me dijo en su sublime y grandiosa lengua española:

—Señorita, yo sólo vengo a enseñaros español.

Me he sentido humillada, me he sonrojado; iba a responderle alguna impertinencia de las mías cuando me acordé de lo que nos enseñaba nuestra buena madre en Dios, y entonces le he dicho:

—Si tuvieseis que reprenderme en cualquier cosa que fuese, os lo agradecería muchísimo.

Se ha estremecido, la sangre tiñó su piel morena y me contestó con una voz suavemente emocionada:

—La religión ha debido enseñaros mejor de lo que yo pudiera hacerlo a respetar los grandes infortunios. Si yo hubiese sido *don* en España, y lo hubiera perdido todo con el triunfo de Fernando VII, vuestra chanza sería una crueldad; y si no fuese más que un pobre maestro de idiomas, ¿no constituirían vuestras palabras una burla, un sarcasmo atroz? Ni lo uno ni lo otro son dignos de una joven aristócrata.

Yo le tomé la mano, diciendo:

—Entonces invocaré también la religión para suplicaros que olvidéis mi falta.

Él bajó la cabeza, abrió mi *Don Quijote* y se sentó. Este pequeño incidente me ha ocasionado mayor turbación que todos los cumplidos, todas las miradas y todas las frases que he cosechado durante toda la velada en que fui la más cortejada de todas

las mujeres. Durante la lección miraba con atención a aquel hombre, que se dejaba examinar sin saberlo: jamás levanta los ojos para posarlos en mí. He descubierto que nuestro maestro, al que calculábamos cuarenta años, es joven; no debe de contar más de veintiséis a veintiocho. Mi aya, a quien había abandonado ya este hombre, me hizo observar la belleza de sus cabellos negros y de sus sienes, que son como perlas. En cuanto a los ojos, son como una mezcla de terciopelo y de fuego. A eso se reduce todo, pues, por lo demás, es pequeño y feo. Nos habían descrito a los españoles como poco limpios; pero él es sumamente aseado, sus manos son más blancas que su rostro; tiene la espalda algo arqueada; su cabeza es enorme y de una forma extraña; su fealdad, sumamente espiritual por otra parte, está agravada por unas marcas de viruela; su frente, muy prominente, sus cejas, muy espesas y juntas, le dan un aire duro, que produce aversión. Posee el aspecto enfermizo que distingue a las criaturas destinadas a morir y que deben su vida a infinitos cuidados, como la hermana Marta. En fin, como decía mi padre, es algo así como la contrafigura, a escala reducida, del cardenal Cisneros. Mi padre no siente simpatía por él, se encuentra incómodo a su lado. Las maneras de nuestro maestro tienen una dignidad natural que parece inquietar al buen duque el cual no puede sufrir a su lado superioridad alguna, de cualquier clase que sea. Cuando mi padre sepa español, partiremos para Madrid. Dos días después de la lección que te dije, al volver Henárez, le dije para demostrarle una especie de agradecimiento:

—No dudo que hayáis dejado España a causa de los sucesos políticos; si mi padre es enviado allá, como dicen, podremos prestaros algunos favores y obtener vuestro perdón en el caso de que hubierais sido condenado.

—No hay nadie que pueda obligarme a aceptar un favor —me respondió.

—Pero señor —le dije—, ¿decís eso porque no queréis aceptar ninguna protección, o acaso por imposibilidad?

—Por ambas cosas —me respondió inclinándose y con un acento que me impuso silencio.

La sangre de mi padre ha rugido en mis venas. Tanta altivez me había sublevado y no respondí una palabra. Sin embargo, querida, hay cierta belleza en no querer nada de los demás. “No aceptaría ni siquiera nuestra amistad”, pensaba yo mientras conjugaba un verbo. Me detuve y le dije en español el pensamiento que me ocupaba. Henárez me respondió cortésmente que hacía falta en los sentimientos una igualdad que en tal caso no tendría lugar, y que, por lo tanto, la cuestión era ociosa.

—¿Entendéis esa igualdad como reciprocidad de los sentimientos o bien os referís a la diferencia de posición social? —le pregunté para ver si conseguía hacerle abandonar aquella gravedad que me impacienta.

Volvió a levantar sus temibles ojos y yo bajé los míos. Querida, este hombre es un enigma indescifrable. Parecía preguntarme si mis palabras eran una declaración: había en su mirada una felicidad, un orgullo, una angustia e incertidumbre que me oprimieron el corazón. He comprendido que estas coqueterías, a las que en Francia

sólo se les da el valor que tienen, adoptaban un significado peligroso tratándose de un español y me encerré tímidamente en mi concha. Al terminar la lección me saludó con una mirada llena de humildes ruegos, que parecía decir: “No os burléis de un desgraciado”. Este contraste súbito con sus maneras graves y dignas me causó una profunda impresión. ¿No es algo horrible tener que pensar y decir esto? Creo que en el pecho de ese hombre hay verdaderos tesoros de ternura.

IX

LA SEÑORA DE L'ESTORADE A LA SEÑORITA DE CHAULIEU

Diciembre.

Todo está ya dicho y hecho, amiga mía, y es la señora de l'Estorade quien te escribe; pero nada ha cambiado entre nosotras. Únicamente que hay una soltera menos. Tranquilízate, he meditado mi consentimiento y no lo di a tontas ni a locas. Mi vida está ya decidida. La certidumbre de ir por un camino trazado de antemano conviene tanto a mi espíritu como a mi carácter. Una gran fuerza moral ha corregido para siempre lo que llamamos azares de la vida. Tenemos tierras, a las que hemos de sacar su valor, una casa que arreglar y embellecer; tengo la obligación de hacer amable mi hogar y reconciliar a un hombre con la vida. Sin duda tendré una familia que cuidar, hijos que criar. ¡Qué quieres! La vida ordinaria no suele encerrar nada grande ni excesivo. Ciertamente, los inmensos deseos que ensanchan el alma y el pensamiento no entran en estas combinaciones, por lo menos en apariencia. ¿Quién me impide dejar navegar por el infinito las embarcaciones que hacia él lanzábamos? Sin embargo, no creas que las cosas humildes a las cuales me consagro están exentas de pasión. La tarea de devolver la confianza en la felicidad a un pobre hombre que ha sido juguete de las tempestades es una buena obra y puede bastar para modificar la monotonía de mi existencia. En confianza te diré que no amo a Luis de l'Estorade con ese amor que hace palpitar aceleradamente al corazón cuando se oyen unos pasos que nos conmueve profundamente al menor sonido de una voz o cuando nos envuelve una mirada de fuego; pero tampoco me desagrada. ¿Qué haré —me preguntarás— de ese instinto de las cosas sublimes, de esas grandes ideas que nos unen y que están en nosotras? Es esta una cosa que me ha preocupado pero ¿no constituye, por ventura, un gran triunfo esconderlas, emplearlas, sin que nadie lo sepa, en labrar felicidad de la familia, convertirlas en instrumento de la dicha de los seres que nos han sido confiados y a los cuales nos debemos? La época en que estas facultades resplandecen es muy limitada en las mujeres y pronto habrá pasado. Si mi vida no ha sido grande, habrá sido tranquila, unida y sin vicisitudes. Podemos escoger entre el amor y la maternidad. Pues bien, yo ya he elegido: haré que mis hijos sean mis dioses y que este rincón de tierra sea mi Eldorado. He ahí cuanto puedo decirte hoy. Te agradezco todas las cosas que me has enviado. Echa una ojeada a la lista de las que te pido y que hallarás unida a esta carta. Quiero vivir en un ambiente de lujo y elegancia y no tomar de la provincia más que lo que ofrece de delicioso. Si permanece en la soledad, una mujer no puede ser nunca provinciana: sigue siendo ella misma. Confío mucho en tu interés por tenerme al corriente de las modas. En su

entusiasmo, mi suegro no me niega nada y está realizando una revolución en la casa. Hacemos venir obreros de París y lo modernizamos todo.

X

LA SEÑORITA DE CHAULIEU A LA SEÑORA DE L'ESTORADE

Enero.

¡Oh, Renata, qué apesadumbrada me has tenido durante varios días! De modo que ese cuerpo delicioso, ese rostro bello y altivo, esas maneras de natural elegancia y distinción, esa alma henchida de preciosos dones, esos ojos en los que el alma sacia su sed como en una fuente viva de amor, ese corazón repleto de gracias exquisitas, ese espíritu abierto, todas esas facultades tan raras, esos esfuerzos de la naturaleza y de nuestra mutua educación, esos tesoros donde habían de surgir para la pasión y el deseo riquezas únicas, poemas, horas que habrían valido años, placeres capaces de hacer esclavo a un hombre con un solo gracioso movimiento, ¿todo eso va a perderse entre las molestias de un matrimonio vulgar, a sumirse en el vacío de una vida que llegará a hacerse para ti tan aburrida e insoportable? Odio de antemano a los hijos que tengas: serán feos y deformes. Dices que todo está previsto en tu vida: entonces ya no tienes nada que esperar, temer ni sufrir. ¿Y si llegase un día de esplendor en que encontraras a un ser capaz de despertarte de ese sueño a que te vas a entregar?... He sentido escalofríos al pensar esto... En fin, tienes una amiga. Sin duda serás el espíritu de ese valle, te iniciarás en sus bellezas, vivirás entre esa naturaleza, te compenetrarás con la grandeza de las cosas, comprenderás la lentitud con que procede la vegetación, la rapidez con que se lanza el pensamiento; y cuando contemples tus flores risueñas, volverás a ti misma. Luego, cuando camines entre tu marido, delante, y tus hijos, detrás, sé de antemano lo que vas a escribirme. Tu famoso valle y tus colinas, tu pradera de Provenza, sus aguas claras, los diferentes matices de la luz, todo ese infinito que te rodea te recordará el monótono infinito de tu corazón. Pero en fin, yo estaré allí. Renata mía, y tú encontrarás' una amiga cuyo corazón no se verá afectado jamás por la más mínima mezquindad social, un corazón completamente para ti.

Lunes.

Querida amiga, mi español es de una admirable melancolía: hay algo en él de sereno, austero, digno y profundo que me interesa en extremo. Esa solemnidad constante y el silencio que envuelve a ese hombre tienen algo de provocativo para el alma. Es silencioso y soberbio como un rey destronado. Miss Griffith y yo nos ocupamos de él como de un enigma. ¡Qué cosa tan extraña! Un profesor de lenguas consigue de mí lo que ningún hombre había obtenido, de mí, que he pasado ya revista

a todos los hijos de familia, a todos los agregados de Embajada y a todos los embajadores, a los generales y a los tenientes, a los pares de Francia, a sus hijos y a sus sobrinos, a la corte y a la ciudad. La frialdad de ese hombre es irritante. El más profundo orgullo llena el desierto que trata de colocar, y realmente coloca, entre él y nosotros; en fin, se envuelve en la oscuridad. Es él quien tiene coquetería y soy yo quien tiene osadía. Este hecho curioso y extraño me divierte tanto más cuanto que todo carece de trascendencia. ¿Qué es un hombre, un español y un profesor de idiomas? No siento el menor respeto hacia ningún hombre, aunque fuese un rey. Creo que nosotras valemos más que todos los hombres, incluso los más ilustres. ¡Oh, cómo habría dominado yo a Napoleón! ¡Cómo le habría hecho sentir, si me hubiese amado, que estaba a mi discreción!

Ayer lancé un epigrama que ha debido de herir a Henárez en su punto más vulnerable. No respondió una palabra, y como había terminado su lección, tomó el sombrero y me saludó con una mirada que me hace temer que no vuelva más. Esto me afecta mucho. Habría algo de siniestro en el hecho de recomenzar la *Nueva Eloísa*, de Juan Jacobo Rousseau, que acabo de leer y me hace odiar el amor. El amor grandilocuente y sermoneador me parece insoportable. Clarisa está también muy contenta cuando acaba de escribir su larga carta; pero la obra de Richardson, según me ha dicho mi padre, explica admirablemente el carácter de las inglesas. El libro de Rousseau me causa la impresión de un sermón filosófico en forma epistolar.

El amor, según creo yo, es un poema enteramente personal. No hay nada que a la vez no sea verdadero y falso en lo que los autores nos escriben sobre el amor. En fin, mi bella amiga, como tú ya no puedes hablarme más que del amor conyugal, crea que en el interés bien entendido de nuestra doble existencia, es necesario que permanezca yo soltera y tenga alguna hermosa pasión para que podamos conocer bien la vida. Cuéntame con todo detalle cuanto te suceda, sobre todo en los primeros días de convivencia con ese animal al que yo llamo un marido. Te prometo la misma exactitud si algún día soy amada. Adiós, mi pobre corderilla ¡cuán alevosamente engañada has sido!

XI

LA SEÑORA DE L'ESTORADE A LA SEÑORITA DE CHAULIEU

La Crampade.

Tu español y tú, querida mía, me hacéis temblar. Te escribo estas breves líneas para rogarte que le despidas. Todo lo que me cuentas sobre ese hombre se refiere al aspecto más peligroso de unas gentes que, no teniendo nada que perder, lo arriesgan todo. Ese hombre no debe ser tu amante y no puede ser tu marido. Te escribiré con más detalles sobre los acontecimientos secretos de mi matrimonio, pero cuando no pese sobre mi corazón la inquietud que tu última carta me ha producido.

XII

LA SEÑORITA DE CHAULIEU A LA SEÑORA DE L'ESTORADE.

Febrero

Amiga mía, esta mañana, a las nueve, mi padre me hizo anunciar su visita. Yo ya estaba levantada y vestida. Lo encontré sentado gravemente junto a la chimenea de mi salón, muy pensativo; me indicó con el dedo la poltrona que estaba frente a la suya, comprendí y me senté con una gravedad que imitaba tan bien la suya, que ha esbozado una sonrisa, pero una sonrisa con matiz de grave tristeza.

—Sois, por lo menos, tan inteligente como vuestra abuela —me ha dicho.

—Vamos, padre mío, no os mostréis tan cortesano conmigo —le respondí—. ¡Vos tenéis que preguntarme algo!

Se ha puesto en pie, presa de una gran agitación, y me ha estado hablando por espacio de media hora. Esta conversación, querida, merece quedar registrada Tan pronto como se ha ido, me senté a la mesa para intentar reproducir sus palabras. Es la primera vez que he visto a mi padre expresar claramente todo su modo de pensar Ha empezado por halagarme y no lo ha hecho mal; debía estarle agradecida por saber apreciar así mis cualidades.

—Armanda —me ha dicho—, me habéis engañado de un modo extraño y sorprendido agradablemente. A vuestra llegada del convento os había tomado por una de tantas jóvenes ignorantes y de horizontes limitados, a las que puede uno contentar regalándoles una joya, y que reflexionan poco.

—Os doy las gracias, padre mío, en nombre de la juventud.

—¡Oh, ya no hay juventud! —dijo, dejando escapar un gesto de hombre de Estado—. Tenéis una inteligencia de increíble penetración, juzgáis todas las cosas por lo que valen, vuestra clarividencia es extraordinaria; sois muy maliciosa; se diría que nada habéis visto cuando, en realidad, tenéis ya ante los ojos las causas de unos efectos que los demás están examinando todavía Sois un ministro con faldas; solamente vos podéis escucharme aquí y no hay, por consiguiente, ninguna persona que pueda utilizar contra vos misma para arrancaros algún sacrificio. Voy a explicarme francamente sobre los propósitos que me había forjado y en los cuales persisto. Para lograr que los adoptéis, debo demostraros que se basan en sentimientos elevados. Me veo, pues, obligado, a entrar en consideraciones políticas del más alto interés para el Reino y que podrían molestar a cualquier otra persona que no fueseis vos. Después que me hayáis oído, reflexionaréis algún tiempo; os daré seis meses, si es necesario. Sois dueña absoluta de vos misma; y si rehusáis los sacrificios que os pido, soportaré vuestra negativa sin atormentaros más.

Ante semejante exordio, mi querida cervatilla, me puse realmente seria y le contesté:

—Hablad, padre.

Atiende ahora a lo que el hombre de Estado me ha dicho:

—Hija mía, Francia se encuentra en una situación precaria que sólo es conocida por el rey y por algunas inteligencias elevadas; pero el rey es una cabeza sin brazos; además, las inteligencias preclaras que están en el secreto del peligro no tienen ninguna autoridad sobre los hombres que habría que emplear para lograr un resultado feliz. Estos hombres, vomitados por la elección popular, no quieren servir de instrumento. Por muy notables que sean, continúan la obra de destrucción social en lugar de ayudarnos a consolidar el edificio. En suma: sólo hay dos partidos: el de Mario y el de Sila; yo estoy en el de Sila contra Mario. He aquí el problema a grandes rasgos. En suma, la revolución continúa, está implantada por la ley, escrita en el suelo, se halla siempre presente en todas las mentes; es tanto más formidable cuanto que les parece vencida a la mayor parte de esos consejeros del Trono porque no tiene soldados ni tesoros. El rey es muy inteligente y ve las cosas con claridad; pero, ganado de día en día por las gentes de su hermano, que quieren ir demasiado de prisa, sólo tiene dos años de vida, y ese moribundo se está preparando para morir tranquilo. ¿Sabes, hija mía, cuáles son los efectos más destructivos de la revolución? Nunca lo hubieras pensado. Al cortar la cabeza de Luis XVI, la revolución cortó la cabeza a todos los padres de familia. Ya no hay familia, solamente hay individuos. Al querer convertirse en una nación, los franceses han renunciado a ser un imperio. Al proclamar la igualdad de derechos a la sucesión paterna, han dado muerte al espíritu de familia, han creado el fisco. Pero han preparado la debilidad de las superioridades y la fuerza ciega de la masa, la extinción de las artes, el reinado del interés personal, y labrado los caminos que conducen a la conquista. Nos hallamos entre dos sistemas: o constituir el Estado por medio de la familia o constituirlo por medio del interés personal: la democracia o la aristocracia, la discusión o la obediencia, el Catolicismo o la indiferencia religiosa: he ahí el problema en pocas palabras. Yo pertenezco al reducido número de los que quieren oponer resistencia a eso que llaman el pueblo, en su propio interés, entiéndase bien. Ya no se trata de derechos feudales, como se les dice a los bobos, se trata del Estado, se trata de la vida de Francia. Todo país que no se basa en el poder paterno carece de existencia segura. En ese poder comienza la escala de responsabilidades y subordinaciones que sube hasta el rey. ¡El rey somos nosotros! Morir por el rey es morir para nosotros mismos, por la propia familia que no muere, como no muere el Reino. Cada animal tiene su instinto; el del hombre es el espíritu de familia. Un país es fuerte cuando se compone de familias ricas, cuyos miembros están interesados en la defensa del tesoro común: tesoro de dinero, de gloria, de privilegios, de placeres; es débil cuando se compone de individuos sin solidaridad entre sí, a quienes importa poco obedecer a siete hombres o a uno solo, a un ruso o a un corso, con tal de que cada individuo conserve su campo; y este

desdichado egoísta no ve que llegará un día en que le quitarán ese campo. En caso de fracasar, vamos hacia un horrible estado de cosas. Sólo habrá leyes penales o fiscales, la bolsa o la vida. El país más generoso de la tierra no estará guiado por los sentimientos. Se habrán desarrollado en él llamas incurables. En primer lugar, unos celos universales: las clases superiores serán confundidas, se tomará la igualdad de los deseos por la igualdad de las fuerzas; las verdaderas superioridades reconocidas, comprobadas, se verán anegadas por las aguas de la burguesía. Puede elegirse a un hombre entre mil; pero no puede encontrarse nada entre tres millones de ambiciones semejantes, vestidas con la misma librea: la de la mediocridad. Esa masa triunfante no se dará cuenta de que tendrá contra ella una masa terrible, la de los campesinos poseedores: veinte millones de arpendes de tierra vivos, que caminan, razonan y no quieren escuchar nada, que desean cada vez más, construyen barricadas y disponen de la fuerza bruta...

—Pero —dije yo interrumpiendo a mi padre—, ¿qué puedo hacer yo por el Estado? No siento ningún deseo de convertirme en la Juana de Arco de las familias y perecer en la hoguera de un convento.

—Sois un diablillo —repuso mi padre—. Cuando os hablo con argumentos lógicos, me salís con chanzas y burlas; cuando bromeo, me habláis como si fueseis un embajador.

—El amor vive de contrastes —le dije.

Estas palabras le hicieron tanta gracia a mi padre que se echó a reír hasta saltársele las lágrimas.

—Reflexionaréis sobre lo que acabo de deciros; observaréis cuanta confianza y grandeza hay en el hecho de que os hable como acabo de hacerlo, y quizá los acontecimientos ayudarán a nuestros proyectos. Ya sé que en lo que a vos se refiere, estos proyectos son ofensivos, inicuos; por ello no le pido su sanción a vuestro corazón sino a vuestra imaginación, a vuestra razón; creo que hay en vos más razón y sentido común que en ninguna otra persona...

—¡Os aduláis mucho a vos mismo —le dije—, porque, después de todo, elogiáis a vuestra propia hija!

—En fin —repuso—, no podría ser inconsecuente. El que quiere el fin quiere los medios, y debemos dar ejemplo a todos. Así, pues, no debéis tener fortuna mientras la de vuestro hermano menor no esté asegurada, y quiero emplear todo vuestro capital en constituir un mayorazgo para él.

—Pero, si os cedo mi fortuna, ¿me prohibiréis que viva a mi modo y que sea feliz?

—De acuerdo, siempre que la vida, tal como vos la entendáis, no perjudique en nada al honor, a la consideración y, puedo añadir, a la gloria de vuestra familia.

—Entonces —exclamé— me priváis bien pronto de mi razón superior.

—No encontraremos en Francia —repuso con amargura— un hombre que quiera por esposa a una joven de la más alta nobleza sin dote, ni a uno que quiera

constituirle una dote. Si se encontrase ese marido, pertenecería a la clase de burgueses advenedizos. Y en este punto, soy del siglo XI.

—Y yo también —le dije—. Pero, ¿por qué he de desesperarme? ¿Acaso no hay viejos pares de Francia?

—¡Sois el mismo demonio, Luisa! —exclamó mi padre.

Luego me dejó, besándome la mano.

Yo había recibido tu carta esta misma mañana y me había hecho pensar precisamente en este abismo en que tú pretendes que yo podría caer. Me ha parecido como si una voz gritase dentro de mí “¡Vas a caer en ese abismo!”. De modo que he tomado mis precauciones. Henárez se atreve a mirarme, querida, y sus ojos me turban, me producen una sensación que puedo comparar a un terror profundo. No se debe mirar a ese hombre como no se mira a un sapo: es feo y fascinador. Hace dos días que delibero conmigo misma acerca de si le diré claramente a mi padre que ya no quiero estudiar más español para que despida a ese Henárez; pero, tras mis viriles resoluciones, siento la necesidad de experimentar la horrible sensación de contemplar a ese hombre, y me digo: “Una vez más, y luego le hablaré”. Querida, ese sujeto tiene una voz de una dulzura penetrante, habla como canta la Fodor. Sus maneras son sencillas, sin la menor afectación. ¡Y qué dientes tan hermosos! De pronto, al despedirse, ha creído darse cuenta de lo que me interesa y ha hecho el gesto, muy respetuoso por otra parte, de tomarme la mano para besarla: pero ha reprimido ese gesto, como asustado de su atrevimiento y de la distancia que iba a franquear. Yo he adivinado su intención y he sonreído, pues nada hay más conmovedor que contemplar el impulso de una naturaleza inferior al replegarse sobre sí misma. ¡Hay tanta audacia en el amor de un burgués hacia una joven aristócrata! Mi sonrisa le ha dado ánimo, el pobre hombre buscaba el sombrero sin encontrarlo, no quería encontrarlo y yo se lo he entregado con toda gravedad. Sus ojos se han llenado de lágrimas. Hubo todo un mundo de cosas y de ideas en tan breve instante. Nos comprendíamos tan bien que en aquel momento le tendí la mano para que me la besase. Quizás ello equivalía a decirle que el amor podía llenar el espacio que nos separa. Ignoro lo que me ha impulsado, pero al alejarse miss Griffith le he tendido a Henárez mi blanca manita y he sentido en ella el fuego de sus labios, atemperado por dos lagrimones. Ángel mío, me he quedado sentada en mi sillón, sin fuerzas, pensativa; era feliz y me resulta imposible explicar cómo ni por qué. Lo que he sentido es poesía. Mi rebajamiento, del que ahora me avergüenzo, me pareció algo grande: ese hombre me había fascinado: he ahí mi excusa.

Viernes.

Ese hombre es realmente muy hermoso. Sus palabras son elegantes, su inteligencia de una notable superioridad. Amiga mía, está tan fuerte en lógica como Bossuet al explicarme el mecanismo, no sólo de la lengua española, sino de todo el

pensamiento humano y de todas las lenguas. El francés parece su lengua materna. Al testimoniarle yo mi asombro, me respondió que había venido a Francia muy joven con el rey de España, a Valençay. ¿Qué habrá ocurrido en el interior de ese alma? No es el mismo. Ha venido vestido de un modo muy sencillo, pero como un gran señor que sale por la mañana a dar un paseo a pie. Su talento brillaba como un faro durante esta lección: ha desplegado toda su elocuencia. Como un hombre fatigado que recobra sus fuerzas, me ha revelado toda un alma cuidadosamente oculta. Me ha contado la historia de un pobre diablo, un criado que se había hecho matar por una sola mirada de una reina de España.

—No le quedaba más remedio que morir —le dije.

Esta respuesta ha alegrado su corazón y su mirada me asustó, realmente.

Por la noche he ido al baile de la duquesa de Lenoncourt; se hallaba presente el príncipe de Talleyrand. He hecho que le preguntasen, por medio del señor de Vandenesse, un joven muy simpático, si entre sus huéspedes, en 1809, había en sus tierras un tal Henárez.

—Henárez es el nombre moro de la casa de Soria, cuyos miembros son, según ellos dicen, unos Abencerrajes convertidos al cristianismo. El viejo duque y sus dos hijos acompañaron al rey. El mayor, el actual duque de Soria, acaba de ser despojado de todos sus bienes, honores y grandezas por el rey Fernando, el cual venga así una antigua enemistad. El duque cometió la gran falta de aceptar un ministerio constitucional de Valdés. Afortunadamente, pudo huir de Cádiz antes de la llegada del duque de Angulema, el cual, a pesar de su buena voluntad, no le habría preservado de la cólera del rey.

Esta respuesta, que el vizconde de Vandenesse me transmitió textualmente, me ha dado mucho que pensar. No sabría expresarte la ansiedad con que he pasado el tiempo hasta el momento de mi primera lección, que tuvo lugar esta mañana. Durante el primer cuarto de hora de la lección, me estuve preguntando, al examinarle, si era duque o burgués, sin poder comprender nada. Parecía adivinar mis pensamientos a medida que iban brotando de mi mente y complacerse en contradecirlos. Al fin no he podido más; he dejado bruscamente el libro e, interrumpiendo la traducción que estaba haciendo en voz alta, le dije en español:

—Nos estáis engañando, señor. ¡Vos no sois un pobre burgués liberal, sino el duque de Soria!

—Señorita —respondió con un movimiento de tristeza—, desgraciadamente no soy el duque de Soria.

He comprendido toda la desesperación que ponía en la palabra *desgraciadamente*. ¡Ah, querida, le sería ciertamente imposible a cualquier otro hombre poner tanta pasión y tantas cosas en una sola palabra! Había bajado los ojos y no se atrevía a mirarme.

—El señor de Talleyrand —le dije—, en cuya casa habéis pasado los años del exilio, no le deja a un Henárez otra alternativa que la de ser un duque de Soria, caído

en desgracia, o un sirviente.

Levantó los ojos para mirarme y me mostró dos centellas negras y refulgentes. Pareciome entonces que aquel hombre estaba sufriendo horriblemente.

—Mi padre —dijo— era, efectivamente, servidor del rey de España.

Miss Griffith no conocía este modo de estudiar. Hacíamos unas pausas inquietantes a cada pregunta y a cada respuesta.

—En fin —le dije—, ¿sois noble o burgués?

—Vos sabéis, señorita, que en España, todo el mundo, incluso los mendigos, son nobles.

Esta reserva me impacientó. Desde la última lección había preparado yo una de esas diversiones que sonrían a la imaginación. En una carta había trazado el retrato ideal del hombre por el cual quisiera ser amada, proponiéndome dársela a traducir. Hasta aquel momento había traducido del español al francés y no del francés al español; se lo hice observar y rogué a miss Griffith que fuera a buscar la última carta que había recibido de una de mis amigas.

“Ahora veré, pensaba yo, el efecto que le hace mi programa, la clase de sangre que corre por sus venas”.

Cogí el papel de manos de miss Griffith, diciendo:

—Veamos si he copiado bien.

Todo estaba escrito con mi letra. Le entregué el papel, o si quieres, le tendí la trampa, y le estuve examinando mientras leía lo siguiente:

"El hombre que haya de agradarme, querida, será rudo y orgulloso con los hombres, pero dulce con las mujeres. Su mirada sabrá reprimir instantáneamente todo lo que pueda parecerse al ridículo. Sabrá tener una sonrisa de piedad para quienes quieran convertir en tema de broma las cosas sagradas, sobre todo aquellas que constituyen la poesía del corazón y sin las cuales la vida no sería más que una triste realidad. Desprecio profundamente a los que quisieran arrebatarnos la fuente de las ideas religiosas, tan fecundas en consuelos. Así, sus creencias deberán tener la sencillez de las de un niño, unida a la convicción inquebrantable de un hombre de talento, que ha profundizado sus razones para creer. Su inteligencia, nueva, original, carecerá de ostentación; no podrá decir nada que sea excesivo o esté fuera de lugar; le será tan imposible aburrir a los demás como aburrirse él mismo, ya que en su alma tendrá un fondo de gran riqueza. Todos sus pensamientos serán de carácter noble, elevado, caballeresco, sin ninguna clase de egoísmo. En todas sus acciones se observará la falta absoluta de cálculo e interés. Sus defectos provendrán de la misma amplitud de sus ideas, que estarán por encima de su época. En todas las cosas debo encontrarle por encima de su tiempo. Lleno de delicadas atenciones para con los débiles, será bondadoso para con todas las mujeres, pero difícilmente se enamorará de ninguna: considerará esto como algo demasiado serio para convertirlo en juego. Podría, pues, suceder que pasara su vida sin amar realmente, aunque llevase en él

todas las cualidades que pueden inspirar una pasión profunda. Pero, si encontrara alguna vez su ideal de mujer, de la mujer vislumbrada en los sueños que se sueñan estando despierto, si encontrara un ser capaz de comprenderlo, que llenase su alma y proyectase en su vida un rayo de felicidad, que brillara para él como una estrella entre las nubes de este mundo tan sombrío, tan frío, tan helado; que prestase un encanto totalmente nuevo a su existencia e hiciese vibrar en él unas cuerdas que hasta entonces hubieran estado mudas, creo inútil decir que sabrá reconocer y apreciar su dicha. Esto le hará completamente feliz. Jamás, ni con una palabra, ni con una mirada, ofenderá a ese corazón amante, que se habrá puesto en sus manos con el ciego amor del niño que duerme en los brazos de su madre; porque si despertase de tan dulce sueño, quedaría con el alma y el corazón destrozados para siempre: le sería imposible arrojarle a este océano sin poner en él todo su futuro.

“Este hombre deberá tener necesariamente la fisonomía, las maneras, los andares, en suma, el modo de hacer las cosas grandes y pequeñas propio de los seres superiores, que son sencillos sin afectación. Podrá ser feo, pero sus manos serán bellas; tendrá el labio superior levemente alzado por una sonrisa irónica y desdeñosa para los indiferentes; en fin, reservará para los que ame el rayo celestialmente luminoso de una mirada llena de alma”.

—Señorita —me dijo en español, con voz profundamente emocionada—, ¿queréis que guarde eso en memoria vuestra? Esta es la última lección que tendré el honor de daros; y la que yo recibo en este escrito puede convertirse en regla eterna de conducta. He abandonado España como fugitivo y sin dinero; pero hoy he recibido de mi familia una suma que bastará para mis necesidades. Tendré el honor de enviaros algún pobre español que me sustituya.

Parecía decirme con esto: “¡Basta de comedia!”. Se levantó del asiento con un movimiento de increíble dignidad y me dejó confusa por la inaudita delicadeza de los hombres de su clase. Al bajar la escalera, pidió audiencia para hablar con mi padre. A la hora de la comida, mi padre me dijo sonriendo:

—Luisa, habéis recibido lecciones de un ex ministro español, condenado a muerte.

—El duque de Soria —le dije.

—¡El duque! —me respondió mi padre—. Ya no lo es. Ahora va a tomar el título de barón de Macumer, de un feudo que le queda en Cerdeña. Me parece bastante original.

—No uséis esta palabra, que en vuestros labios supone siempre algo de burla y de desdén, para referiros a un hombre de mucha valía —le he dicho— y que creo que posee un alma muy hermosa.

—¿Baronesa de Macumer? —exclamó mi padre, mirándome con aire burlón.

Yo bajé los ojos, con un movimiento de orgullo.

—Pero —me dijo mi madre—, Henárez ha debido encontrarse en la escalinata con el embajador de España.

—Sí —respondió mi padre—. El embajador me ha preguntado si conspiraba contra el rey, su señor, pero saludó al ex grande de España con mucha deferencia, poniéndose a sus órdenes.

Esto, mi querida señora de l'Estorade, es lo que ha sucedido desde hace quince días, pues hace ya quince días que no he visto al hombre que me ama, porque estoy segura de que me ama. Yo quisiera poderle ver, solo, en su casa, sin que él me viera a mí. Ya tenemos un hombre a quien puedo decir: “¡Id a morir por mí!...”. Y tiene carácter bastante para ir; por lo menos, así me lo parece. En fin, en París hay un hombre en el que pienso y cuya mirada me inunda de luz interiormente. ¡Oh, se trata de un enemigo a quien debo pisotear! ¿De modo que podía haber un hombre sin el cual no pudiera vivir, que me fuese necesario? ¡Tú te casas y yo amo! Al cabo de cuatro meses, estas dos palomas, que volaban tan alto, han ido a caer en los cenagales de la realidad.

Domingo.

Ayer, en los Italianos, he sentido que me miraban; mis ojos han sido atraídos mágicamente por dos ojos de fuego que, como dos carbunclos, relucían en un rincón oscuro de la platea. Henárez no apartaba sus ojos de mí. El monstruo ha buscado el único lugar desde donde podía verme. Yo no sé como será en política; pero posee el genio del amor.

Voilà, belle Renée, à quel point nous en sommes.

(He aquí, bella Renata, en qué punto estamos), como dijo el gran Corneille.

XIII

LA SEÑORA DE L'ESTORADE A LA SEÑORITA DE CHAULIEU

La Crampade, febrero.

Mi querida Luisa, antes de escribirte, he tenido que esperar; pero ahora sé muchas cosas o, por mejor decir, las he aprendido, y debo decírtelas para tu futura felicidad. Hay tanta diferencia entre una joven soltera y una mujer casada que es tan difícil para la soltera concebir lo que es la casada, como para la casada volver de nuevo al estado de soltera. He preferido casarme con Luis de l'Estorade a volver al convento. Lo digo con toda franqueza. Después de haber adivinado que si no me casaba con Luis retomaría al convento, no tuve más remedio, usando términos de soltera, que resignarme. Resignada, me he puesto a examinar mi situación con objeto de sacar de ella el mejor partido posible.

Al principio, la gravedad del compromiso me llenó de temor. El matrimonio se propone como finalidad la vida, en tanto que el amor sólo se propone el placer; pero el matrimonio subsiste cuando los placeres han desaparecido y da nacimiento a intereses mucho más caros que los del hombre y la mujer que se unen. Para efectuar un matrimonio dichoso no hace falta, acaso, más que esa amistad que con sus dulzuras cubre numerosas imperfecciones humanas. Nada se oponía a que Luis de l'Estorade me inspirase amistad. Bien decidida a no buscar en el matrimonio aquellos goces del amor en que pensábamos tan a menudo y con tan peligrosa exaltación, he sentido en mí misma una suave tranquilidad. Si no tengo el amor, ¿por qué no buscar la felicidad? —me dije. Por otra parte, soy amada y me dejaré amar. Mi matrimonio no será una servidumbre, sino un perpetuo acto de dominio. ¿Qué inconveniente podría ofrecer este estado de cosas a una mujer que quiere seguir siendo dueña absoluta de sí misma?

Este problema tan delicado de tener matrimonio sin marido fue solucionado en una conversación mantenida entre Luis y yo, en la cual me descubrió la excelencia de su carácter y la bondad de su alma. Amiga mía, deseaba mucho permanecer en esa bella estación de esperanza amorosa que, al no producir placer, deja al alma su virginidad. No conceder nada al deber, a la ley, no depender más que de una misma y conservar el libre albedrío... ¡qué cosa tan noble y agradable! Este contrato, opuesto al de las leyes y al mismo sacramento, sólo podía concertarse entre Luis y yo. Semejante dificultad, la primera que advertimos, fue la única que hizo prolongarse el noviazgo. Aunque yo estaba resuelta desde el principio a todo con tal de que no me devolvieran al convento, es propio de nuestra naturaleza pedir el más después de haber alcanzado el menos; y nosotras somos, ángel mío, de esas que lo quieren todo.

Examinaba a mi Luis con el rabillo del ojo y me preguntaba a mí misma: “¿La desgracia le habrá hecho bueno o malo?”. A fuerza de estudiarle, he acabado por descubrir que su amor llegaba a la pasión. Cuando hube alcanzado la categoría de ídolo, al verle palidecer y temblar a la menor mirada mía, mirada glacial, comprendí que podía atreverme a todo. Le he llevado, con naturalidad, lejos de sus padres, en paseos en los que con prudencia iba sondeando su corazón. He hecho que hablase, le he pedido cuentas de sus ideas, de sus proyectos, de nuestro porvenir. Mis preguntas anunciaban tantas reflexiones preconcebidas y atacaban con tanta precisión los puntos flacos de la horrible vida de dos personas juntas, que Luis me confesó más tarde que estaba asustado de una virginidad tan sabia. Yo escuchaba sus respuestas; él se enredaba en ellas como esas personas a quienes el miedo arrebató todos sus medios de defensa; acabé por comprobar que el azar me había proporcionado un adversario tanto más inferior a mí, cuanto que adivinaba que tú, con tanto orgullo, denominas mi grande alma. Quebrantado por las desgracias y la miseria, se consideraba poco menos que aniquilado y se perdía en tres horribles temores. Ante todo, tiene treinta y siete años y yo tengo diecisiete; así, pues, no medía sin espanto los veinte años que nos separan. En segundo lugar, está convencido de que soy bella; y Luis, que comparte nuestras opiniones al respecto, consideraba con dolor profundo que los sufrimientos le han arrebatado una gran parte de su juventud. Finalmente, veía en mí una mujer muy superior a él como hombre. Lleno de desconfianza hacia sí mismo por estas tres inferioridades tan evidentes, temía no hacerme feliz. Sin la perspectiva del convento, no me casaría con él, me dijo un día con aire tímido.

—Es cierto —le respondí gravemente.

Querida amiga, entonces me produjo la primera de esas grandes emociones que nos vienen de los hombres. Me sentí profundamente conmovida al ver que dos gruesas lágrimas caían de sus ojos.

—Luis —le dije con voz consoladora—, sólo de vos depende hacer de esta boda de conveniencia una boda a la que pueda dar yo pleno consentimiento. Lo que voy a pedir os exige por vuestra parte una abnegación mucho más hermosa que la pretendida servidumbre de vuestro amor, aunque sea sincero. ¿Sois capaz de elevaros hasta la amistad, tal como yo la comprendo? Sólo se tiene un amigo en la vida, y yo quiero ser el vuestro. La amistad es el vínculo de dos almas semejantes y, sin embargo, independientes. Seamos amigos y asociados para llevar una vida en común. Dejadme mi entera dependencia. No os prohíbo que me inspiréis el amor que decís sentir por mí; pero sólo quiero ser vuestra mujer por voluntad propia. Despertad en mí el deseo de entregaros mi libre albedrío y os lo sacrificaré inmediatamente. No os prohíbo que deis un matiz pasional a esta amistad, que la turbéis con la voz del amor: por mi parte, procuraré que nuestro afecto sea perfecto. Sobre todo, evitadme las dificultades que la situación, bastante extraña, en que vamos a encontrarnos, podría producirme ante los demás. No quiero parecer caprichosa ni mojigata, porque no lo soy, y os creo lo suficientemente honrado para prestaros a mantener las apariencias

del matrimonio.

Querida, jamás había visto a un hombre tan feliz como lo fue Luis al escuchar mi proposición; sus ojos brillaban, el fuego de la felicidad había secado las lágrimas en ellos.

—Pensad —le dije al terminar— que no hay nada de extraño en lo que os pido. Esta condición se basa en mi inmenso deseo de alcanzar vuestra estima. Si sólo debieseis mi posesión al matrimonio, ¿os sentiríais plenamente satisfecho al haber visto coronado vuestro amor por las formalidades legales o religiosas, y no por mi plena y propia entrega? Si cuando aún no sintiera amor hacia vos, sino tan sólo por obedeceros pasivamente, como acaba de recomendarme mi querida madre, llegase yo a tener un hijo, ¿creéis que le amaría tanto como si fuera hijo de una misma voluntad? Si no es indispensable agradarse mutuamente como dos amantes, convenid conmigo, caballero, en que es necesario, al menos, no desagradarse mutuamente. Vamos a vernos colocados en una situación peligrosa: hemos de vivir en el campo y hay que pensar en la inestabilidad de las pasiones. ¿Acaso las personas prudentes no deben prevenirse contra la posibilidad de un cambio de sentimientos?

Se mostró extrañamente sorprendido al hallarme tan razonable y razonadora; pero me prometió solemnemente que haría cuanto le pedía. Yo le cogí la mano y se la estreché con gran afecto.

Nos casamos a finales de la semana. Segura de conservar mi libertad, puse mucha alegría en los insípidos detalles de todas las ceremonias: pude ser yo mismo y quizás he pasado por una comadre muy avispada, para usar las palabras que empleábamos en Blois. Han tomado por una mujer hecha y derecha a una jovencita que sólo estaba encantada por la situación nueva y llena de recursos en que había sabido colocarme. Querida, yo había advertido, como una visión, todas las dificultades de mi vida, y sinceramente quería hacer la felicidad de ese hombre. Ahora bien, en la soledad en que vivimos, si una mujer no manda, el matrimonio se hace insoportable al cabo de poco tiempo. Una mujer debe poseer los encantos de una amante y sus cualidades. Llevar la incertidumbre a los placeres es como prolongar la ilusión y perpetuar los goces del amor propio al que con tanta razón tienden todas las criaturas. El amor conyugal, tal como yo lo concibo, llena entonces de esperanza a la mujer, la hace soberana y le confiere una fuerza inagotable, un calor de vida que lo hace florecer todo a su alrededor. Cuanto más dueña es de sí misma, tanto más segura está de hacer viables el amor y la felicidad. Pero he exigido, sobre todo, que el más profundo misterio vele nuestros acuerdos íntimos. El hombre dominado por su mujer es justamente cubierto de ridículo. La influencia de una mujer debe ser totalmente secreta: entre nosotras la gracia está siempre en el misterio. Si yo emprendo la tarea de levantar ese carácter abatido, de devolver su antiguo lustre a las cualidades que he vislumbrado, quiero que todo parezca espontáneo en Luis. Esa es la hermosa tarea que me he impuesto y que bastaría para labrar la gloria de una mujer. Estoy casi orgullosa de tener un secreto que preste interés a mi vida, un plan al cual entregaré

mis esfuerzos y que solamente será conocido de ti y de Dios.

Ahora soy casi feliz y quizá lo sería del todo si pudiera decírselo a él. Pero mi felicidad le haría daño y ha sido necesario que se la oculte, Tiene, amiga mía, una delicadeza femenina, como todos los hombres que han sufrido mucho. Durante tres meses hemos permanecido como estábamos antes de casarnos. Estudió, como puedes imaginar, un gran número de pequeños problemas personales, en los que se basa el amor más de lo que generalmente se cree. A pesar de mi frialdad, su alma se ha ido desplegando: he visto que su rostro cambiaba de expresión y se rejuvenecía. La elegancia que yo introducía en la casa proyectó reflejos sobre su persona. Insensiblemente me he acostumbrado a él, he hecho de él otro yo. De tanto verle, he descubierto la correspondencia que existe entre su alma y sus facciones. La bestia que, según tu expresión, llamamos marido ha desaparecido. He visto en no sé qué dulce velada un amante cuyas palabras me llegaban al alma y en cuyo brazo me apoyaba con placer indescriptible. En fin, para ser sincera contigo, como lo sería con Dios, a quien no se puede engañar, influida sin duda por la admirable constancia con que él mantenía su juramento, sentí nacer en mí la curiosidad. Muy avergonzada de mí misma, me resistía. ¡Ay, cuando sólo resiste uno por dignidad, pronto encuentra el espíritu los medios de transigir! La fiesta ha sido, pues, secreta como entre dos amantes, y secreta debe permanecer entre nosotros. Cuando te cases, aprobarás mi discreción. Debes saber, sin embargo, que nada ha faltado de lo que exige el amor más refinado, ni siquiera ese imprevisto que constituye, en cierto modo, la gloria de aquellos momentos: las gracias misteriosas que nuestra imaginación le exigen, el apasionamiento que excusa, el consentimiento arrancado, los placeres ideales largamente presentidos y que nos subyugan el alma antes de que nos dejemos arrastrar a la realidad. Todas las seducciones coincidieron con sus formas cautivadoras.

Te confieso que, a pesar de cosas tan hermosas, he reivindicado nuevamente mi libre albedrío y no quiero revelarte las razones que tuve para ello. Tú serás, ciertamente, la única alma a quien haga esta semiconfidencia. Incluso perteneciendo a mi marido, adorada o no, creo que perderíamos mucho si no ocultásemos nuestros sentimientos y el juicio que formulamos sobre el matrimonio. La única alegría que he experimentado, y que ha sido una alegría celestial, proviene de la certidumbre de haber devuelto la vida a ese pobre ser antes de dársela a sus hijos. Luis ha vuelto a poseer su juventud, su fuerza, su vivacidad. No es ya el mismo de antes. Como un hada bondadosa, he borrado en su mente hasta el recuerdo de sus desventuras. He metamorfoseado a Luis, que se ha convertido en un ser encantador. Convencido de que me agrada, despliega su inteligencia y revela cualidades nuevas. Ser el principio constante de la felicidad de un hombre, cuando ese hombre lo sabe y mezcla su gratitud al amor, ¡ah, querida, esta certidumbre desarrolla en el alma una fuerza que sobrepasa la del amor más intenso! Esta fuerza impetuosa y duradera, una y variada, da finalmente origen a la familia, a esta hermosa obra de las mujeres, que ahora

concibo en toda su fecunda belleza. El viejo suegro ya no es avaro y da ciegamente todo cuanto deseo. Los criados están contentos; parece como si la felicidad de Luis irradiara en el interior de nuestra casa, en la que yo reino por medio del amor. El anciano se ha acomodado a todas las mejoras que yo he introducido, y para complacerme ha adoptado los vestidos y con los vestidos las maneras de la época presente. Tenemos caballos ingleses, un cupé, una calesa y un tálburi. Nuestros sirvientes usan un uniforme sencillo, pero elegante. Se nos tiene por derrochadores, pero el caso es que yo empleo mi inteligencia (no me río) en sostener mi hogar con economía y ofrecer el mayor número de goces a cambio de la menor suma de dinero posible. He hecho ver a Luis la necesidad de construir caminos, con objeto de alcanzar reputación de hombre que se preocupa por el bien de su país. Le obligo a completar su instrucción. Espero verle pronto miembro del Consejo General de su departamento por la influencia de mi familia y la de su madre. Le he dicho lisa y llanamente que era ambiciosa, que no me parecía mal que su padre continuara cuidando nuestros bienes y realizando economías, porque yo le quería a él dedicado enteramente a la política; si teníamos hijos, quería verlos felices a todos y bien situados en el Estado; so pena de perder mi estima y mi afecto, había de llegar a ser diputado del departamento en las próximas elecciones; mi familia apoyaría su candidatura y entonces tendríamos el placer de pasar todos los inviernos en París. ¡Ah, ángel mío, por el ardor con que me ha obedecido he visto cuánto me amaba! En fin, ayer me ha escrito esta carta desde Marsella, adonde fue por algunas horas.

“Cuando me permitiste que te amara, mi dulce Renata, creí en la felicidad; pero hoy no veo el fin de ella. El pasado no es más que un vago recuerdo, una sombra necesaria para hacer resaltar el esplendor de mi dicha. Cuando estoy cerca de ti, el amor me transporta al extremo de ser incapaz de expresarte la inmensidad de mi cariño: sólo puedo admirarte, adorarte. Sólo recobro la palabra cuando estoy lejos de ti. Eres hermosísima y de una belleza tan grave, tan majestuosa, que difícilmente podrá ser alterada por el tiempo; y aunque el amor entre esposos no se base tanto en la belleza como en los sentimientos, que en ti son delicadísimos, permite que te diga que esta certidumbre de verte siempre hermosa me confiere una alegría que aumenta a cada mirada que hacia ti dirijo. La armonía y la dignidad de las líneas de tu rostro, en el que tu alma sublime se manifiesta, posee un no sé qué lleno de pureza bajo el intenso color moreno, casi varonil, de tu piel. El brillo de tus negros ojos y el corte audaz de tu frente hablan elocuentemente de lo elevadas que son tus virtudes, de cómo tu corazón sabría luchar contra las tempestades de la vida si llegara la ocasión. La nobleza es tu rasgo característico; no tengo la pretensión de revelarte algo que no sepas; pero te escribo estas palabras para manifestarte que conozco todo el valor del tesoro que poseo. Lo poco que me concedas constituirá siempre la felicidad para mí; pues comprendo cuánta grandeza hay en nuestra promesa de conservar, tanto el uno como el otro, toda nuestra libertad. Nunca nos deberemos ninguna muestra de cariño que no se deba a nuestra voluntad. Seremos libres a pesar de las estrechas cadenas.

Me sentiré tanto más orgulloso al conquistarte cuanto que ahora conozco el precio que tú pones a esa conquista. No podrás hablar o respirar jamás, obrar o pensar, sin que yo admire cada vez más la gracia de tu cuerpo y de tu alma. Hay en ti un no sé qué de divino, de cautivador, que pone en armonía la reflexión, el honor, el placer y la esperanza, que da, en fin, al amor una extensión más amplia que la de la vida. ¡Oh, ángel mío, ojalá el genio del amor permanezca fiel para mí y el porvenir esté lleno de ese placer con cuya ayuda has embellecido tú cuanto me rodea! ¿Cuándo serás madre para que te oiga, con esa voz tan suave y con esas palabras tan sublimes, tan nuevas y tan originalmente expresadas, bendecir el amor que ha refrescado mi alma y reanimado mis facultades, que ha constituido mi orgullo, y en el que he encontrado, como en una mágica fuente, una vida nueva? Si, seré todo cuanto quieras que sea: llegaré a ser uno de los hombres útiles a mi país y haré resplandecer sobre ti esa gloria cuyo principio constituirá tu satisfacción y contento”.

Querida mía, ya ves cómo lo estoy formando. Este estilo es de fecha reciente; dentro de un año, será mejor aún. Luis se encontraba en los primeros transportes y yo espero verle llegar a esa sensación uniforme y continua de felicidad que proviene de un matrimonio dichoso cuando, seguros el uno del otro y conociéndose bien, una mujer y un hombre han hallado el secreto de variar el infinito, de poner una nota de fascinación en el fondo mismo de la vida. Ese bello secreto de las verdaderas esposas lo vislumbro y quiero poseerlo. Ya ves que se cree amado, el muy fatuo, como si no fuera mi marido. Sin embargo, únicamente siento ese afecto material que nos da fuerzas para soportar muchas cosas. No obstante, Luis es amable, de una gran igualdad de carácter, realiza con sencillez acciones de las que se jactaría la mayor parte de los hombres. En fin, si no le amo, me siento por lo menos capaz de apreciarle.

He aquí, pues, mis cabellos negros, mis ojos negros —cuyas pestañas, según dices tú, se extienden como celosías— mi aire imperial y mi persona elevados al estado de poder soberano. Ya veremos dentro de diez años, querida, si nos encontramos las dos, bien risueñas y felices, en ese París, desde el cual te traeré yo algunas veces a mi bello oasis de la Provenza. ¡Oh, Luisa, no comprometas nuestro hermoso porvenir, el porvenir común a las dos! ¡No cometas las locuras con que me amenazas! Yo me he casado con un joven viejo, cástate tú con algún joven anciano de la Cámara de los Pares. En eso harás bien.

XIV

EL DUQUE DE SORIA AL BARÓN DE MACUMER

Madrid.

Querido hermano: espero que no me habréis hecho duque de Soria para que luego no me comporte como un verdadero duque de Soria. Si yo supiese que andáis errante y sin las comodidades que en todas partes proporciona la fortuna, haríais que mi felicidad resultara insoportable. Ni María ni yo nos casaremos mientras no sepamos que habéis aceptado las sumas que os remitimos por medio de Urraca. Esos dos millones proceden de vuestras propias economías y de las de María. Ambos hemos rezado arrodillados ante el mismo altar, y solo Dios sabe con cuanto fervor, por tu felicidad. Hermano mío, nuestros deseos deben ser escuchados. Ese amor que tú buscas y que sería el consuelo de tu destierro, bajará, sin duda, del cielo. María leyó, llorando, tu carta, que la llenó de admiración. En cuanto a mí, he aceptado para nuestra casa, no para mí mismo. El rey ha hecho lo que esperabas. Le arrojaste tan desdeñosamente el placer que le procurabas, como quien arroja su presa a los tigres, que para vengarse quisiera hacerle ver la forma en que los has eclipsado con tu grandeza. Lo único que me quedo para mí, querido hermano, es la felicidad, es decir, María. De ese modo seré siempre ante ti como una criatura ante su Creador. En mi vida y en la de María habrá un día tan hermoso como el de nuestra venturosa boda: aquel en que sepamos que tu corazón ha sido comprendido, que una mujer te ama como tú debes y quieres ser amado. No olvides que si vives para nosotros, nosotros vivimos también para ti. Puedes escribirnos con toda confianza a través del nuncio, enviando tus cartas a Roma. El embajador de Francia se encargará allí de entregarlas, en la Secretaría de Estado, a monseñor Bemboni, a quien nuestro legado habrá advertido ya. Cualquier otro camino sería peligroso. Adiós, querido desterrado, adiós. Dios escuchará sin duda nuestras oraciones llenas de ti.

Fernando.

XV

LUISA DE CHAULIEU A LA SEÑORA DE L'ESTORADE

Martes.

Ángel mío, el matrimonio nos convierte en filósofos... Tu hermoso rostro debía estar amarillento en el momento de escribirme aquellos terribles pensamientos sobre la vida humana y nuestros deberes. ¿Crees que me convertirás al matrimonio por medio de ese programa de trabajos subterráneos? A eso te han llevado, por lo visto, nuestros sueños demasiado eruditos. Salimos de Blois arropadas por toda nuestra inocencia y armadas con las agudas puntas de la reflexión; los dardos de esta experiencia, puramente moral, de las cosas del mundo se han vuelto contra ti. Si no te conociera como la criatura más pura y angelical del mundo, te diría que esos cálculos tuyos huelen a depravación. ¿Cómo es posible, querida mía, que lleves tu afición a la vida campestre, hasta el punto de distribuir tus placeres en pilas, y trates el amor como pudieras tratar la leña de tus bosques? Prefiero morir entre el fragor de los torbellinos de mi corazón a vivir en la sequedad de tu sabia aritmética. Eras, como yo, una joven muy instruida porque habíamos reflexionado mucho sobre muy pocas cosas; pero, criatura, la filosofía sin amor, o bajo un falso amor, es la más horrible de las hipocresías conyugales. No sé si, alguna vez que otra, el mayor imbécil de la tierra sería capaz de descubrir el mochuelo de la sabiduría escondido entre tu montón de rosas, descubrimiento poco agradable y capaz de ahuyentar la pasión más encendida. Tú misma te fabricas tu destino en lugar de ser su juguete. Ambas nos comportamos de un modo muy singular: mucha filosofía y poco amor, ese es tu régimen; mucho amor y poca filosofía, he ahí el mío. La Julia de Juan Jacobo, que yo creía un maestro, no era más que un aprendiz comparada contigo. Dirás que me burlo de ti y quizá tengas razón. Tu Luis será sin duda dichoso. Si te ama, cosa que no pongo en duda, nunca se dará cuenta de que obras, en bien de tu familia, como se comportan las cortesanas en interés de su fortuna; y sin duda hacen felices a los hombres, a juzgar por las locas dilapidaciones que provocan. Un marido clarividente seguiría, sin duda, apasionado por ti; mas ¿no acabaría por creerse dispensado de guardar gratitud a una mujer que hace de la falsedad algo así como un corsé moral, tan necesario para su vida como el otro lo es para el cuerpo? Querida mía, a mis ojos el amor es el principio de todas las virtudes, referidas a una imagen de la Divinidad. El amor, como todos los principios, no se calcula, es el infinito de nuestra alma. ¿Has querido justificar ante ti misma la horrible situación de una joven casada con un hombre al cual sólo puede apreciar? El deber, esa es tu regla y tu medida; pero obrar por necesidad, ¿no es, por ventura, la moral de una sociedad de ateos? En cambio,

obrar por amor y por sentimiento, ¿no es la ley secreta de las mujeres? Tú te has hecho hombre a ti misma, y tu Luis va a encontrarse convertido en mujer. Querida, tu carta me ha abismado en meditaciones sin cuento. He comprobado que el convento no sustituye jamás a una madre para las jóvenes. ¡Te lo suplico, mi noble ángel de ojos negros, tan pura y tan orgullosa, tan grave y tan elegante, piensa en los primeros gritos que tu carta me arranca! Me he consolado al pensar que, en el momento en que yo me lamentaba, el amor derribaba los andamios de la razón. Tal vez obre peor que tú al no calcular: la pasión es un elemento que ha de tener una lógica tan cruel como la tuya.

Lunes.

Ayer por la noche, al ir a acostarme, me he asomado a la ventana para contemplar el cielo, que era de una sublime pureza. Las estrellas parecían clavitos de plata, puestos allí para sostener un velo azul. A causa del silencio de la noche pude advertir el ruido de una respiración y, gracias a la suave claridad difundida por las estrellas, he visto a mi español, oculto como una ardilla entre las ramas de uno de los árboles de la avenida de los bulevares, admirando sin duda mis ventanas. Este descubrimiento hizo, como primer efecto, que me retirase al interior de mi aposento, con los pies y las manos como rotos; pero en el fondo de esta sensación de miedo había una deliciosa alegría. Me sentía abatida y feliz al mismo tiempo. Ni uno solo de esos inteligentes franceses que aspiran a casarse conmigo ha tenido la ocurrencia de venir a pasar las noches sobre las ramas de un olmo y de correr así el riesgo de que lo detenga un guardia. Sin duda mi español está allí desde hace algún tiempo. En vez de darme lecciones, quiere recibirlas; pues bien: las tendrá. ¡Si supiera todo lo que me he dicho a mí misma acerca de su aparente fealdad! Yo también, Renata, he filosofado. He pensado que había algo horrible en el hecho de arriar a un hombre guapo. ¿No es como confesar que los sentidos constituyen las tres cuartas partes del amor, el cual debe ser divino? Cuando me había repuesto de mi primera sensación de miedo, alargué el cuello por detrás del cristal para mirarle y entonces él, soplando por una caña hueca, me envió una carta artísticamente enrollada alrededor de un grueso perdigón.

—¡Dios mío, va a creer que he dejado abierta adrede la ventana! —me dije—. Pero si la cerrase ahora bruscamente sería como convertirme en su cómplice.

Hice algo mejor, he vuelto a mi ventana como si no hubiera oído el ruido de su billete, como si nada hubiera visto, y le dije a mi dama de compañía en voz alta:

—¡Venid, miss Griffith, venid a ver las estrellas!

Miss Griffith dormía como una vieja solterona. Al oír mi voz, el moro desapareció con la rapidez de una sombra. Debió de sentir tanto miedo como yo, pues no le oí marcharse; sin duda permaneció al pie del olmo. Al cabo de un cuarto de hora, durante el cual yo me ahogaba en el azul del cielo y nadaba por el océano de la

curiosidad, cerré la ventana y me senté en la cama, para desenrollar el finísimo papel con la misma solicitud con que en Nápoles trabajan los volúmenes antiguos. Mis dedos parecían tocar ascuas.

“¡Qué horrible poder ejerce ese hombre sobre mí!” —me dije—. En seguida acerqué el papel a la llama con objeto de quemarlo sin leerlo... Un pensamiento sujetó mi mano. “¿Qué me escribirá para hacerlo en secreto?”. Pues bien, querida, al fin quemé la carta, pensando que si todas las jóvenes de la tierra la hubieran devorado, yo, Armanda Luisa María de Chaulieu, no debía leerla.

Al día siguiente, en los Italianos, estaba él acechándome desde su sitio de costumbre. Mas, por muy primer ministro constitucional que haya sido, no creo que mi actitud le revelase la menor agitación de mi alma. Permanecí completamente impassible, como si nada hubiera visto ni recibido el día anterior. ¡Pobre hombre, es tan natural en España que el amor entre por la ventana! Durante el entreacto salió a pasear por los pasillos. El primer secretario de la embajada de España me lo dijo, al mismo tiempo que me contaba esta acción sublime: siendo duque de Soria, tenía que casarse con una de las más ricas herederas de España, la princesa María Heredia, cuya fortuna habría suavizado para él las desgracias del exilio; mas parece ser que, frustrando los deseos de los padres, que los habían prometido en matrimonio desde niños, María amaba al hermano menor de Soria, y mi Felipe ha renunciado a la princesa María en el momento en que era despojado de todo por el rey de España.

—Ha debido hacer eso con toda sencillez —le dije al joven.

—Entonces, ¿le conocéis? —me preguntó ingenuamente.

Mi madre ha sonreído.

—¿Qué va a ser ahora de él, si está condenado a muerte? —pregunté.

—Si está muerto en España, tiene derecho a vivir en Cerdeña.

—Entonces, ¿también hay tumbas en España? —dije yo, para fingir que tomaba a broma el asunto.

—Hay de todo en España, incluso españoles del tiempo antiguo —respondió mi madre.

—El rey de Cerdeña, aunque no sin dificultad, ha concedido un pasaporte al barón de Macumer —ha dicho el joven diplomático—; pero finalmente se ha convertido en súbdito sardo, con derecho de alta y baja justicia. Tiene un palacio en Sassari. Si Fernando VII muriese, Macumer entraría, probablemente, en la diplomacia y la corte de Turín haría de él un embajador. Aunque joven...

—¡Ah! ¿es joven?...

—Sí, señorita... aunque joven es uno de los hombres más distinguidos de España.

Yo estaba mirando con los gemelos al público de la sala, fingiendo prestar escasa atención a las palabras del secretario; pero, dicho sea entre nosotras, estaba desesperada por haber quemado la carta. ¿Cómo se expresa un hombre como este cuando ama? Y me ama. ¡Ser amada, adorada en secreto, tener en esta sala, donde está reunida la flor y nata de París, un hombre para una sola, sin que nadie lo sepa!

¡Oh Renata, ahora sí que he comprendido la vida parisiense, con sus bailes y sus fiestas! Todo ha adquirido su verdadero color a mis ojos. Tenemos necesidad de los demás cuando amamos, aunque no sea más que para sacrificarlos a quien amamos. He sentido nacer dentro de mi ser a otro ser sumamente dichoso. Todas mis vanidades, mi amor propio, mi orgullo, se sentían acariciados. ¡Dios sabe qué mirada he lanzado al mundo!

—¡Ah, curiosilla! —me ha dicho mi madre al oído, sonriendo.

Sí, mi astuta madre ha adivinado cierta secreta alegría en mi actitud, y yo he arriado el pabellón ante una madre tan experta. Sus palabras me han enseñado sobre la ciencia del mundo mucho más de lo que yo había podido sorprender desde hace un año, puesto que ya estamos en marzo. Dentro de un mes ya no tendremos Italianos. ¿Qué será de nosotros sin esta música adorable, cuando se tiene el corazón lleno de amor?

Querida mía, al volver a casa y con resolución digna de una Chaulieu, he abierto mi ventana para admirar un chubasco. ¡Oh, si los hombres conociesen el poder de seducción que ejercen sobre nosotras las acciones heroicas, serían grandes; los más cobardes se convertirían en héroes! Lo que había sabido de mi español me daba fiebre. Estaba segura de que se encontraba allí, dispuesto a lanzarme otra carta por la ventana. No la he quemado, la he leído. He aquí, pues la primera carta de amor que he recibido, señora razonadora: cada una la suya.

"Luisa, no os amo a causa de vuestra sublime belleza; no os amo a causa de vuestra grande inteligencia, de la nobleza de vuestros sentimientos, de la gracia infinita que conferís a todas las cosas, ni a causa de vuestro orgullo, vuestro soberano desdén por lo que no pertenece a vuestra esfera, y que en vos no excluye en modo alguno la bondad, porque vos poseéis la caridad de los ángeles. Luisa, os amo porque habéis mostrado benevolencia para con un pobre expatriado; porque con un gesto, con una mirada, habéis consolado a un hombre que tenía la desgracia de hallarse tan por bajo de vos que sólo podía aspirar a vuestra piedad, pero a una piedad generosa. Vos sois la única mujer en el mundo que había atemperado para mí el rigor de sus ojos; y como vos habéis dejado caer sobre mí esa mirada bienhechora cuando yo era un grano en el polvo, algo que no había obtenido jamás cuando poseía cuanto puede poseer un hombre, debo haceros saber, Luisa, que os amo por vos misma, sin cálculo alguno, sobrepasando en mucho las condiciones impuestas por vos a un amor perfecto. Sabed, ídolo colocado por mí en lo más alto de los cielos, que hay en el mundo un vástago de la raza sarracena cuya vida os pertenece, a quien podéis pedírselo todo como a un esclavo, y que mirará como un honor ejecutar vuestras órdenes. Me he entregado a vos sin esperar recompensa, por el solo placer de daros, por una sola de vuestras miradas, por esa mano que tendisteis una mañana a vuestro profesor de español. Tenéis en mí un servidor, Luisa, y no otra cosa. No, no puedo pensar que algún día llegue a ser amado; pero quizá pueda ser tolerado, únicamente a causa de mi devoción y entrega. Desde aquella mañana en que me sonreísteis como

una joven de nobles sentimientos que adivinara la miseria de mi corazón solitario y traicionado, os he entronizado: vos sois la soberana absoluta de mi vida, la reina de mis pensamientos, la divinidad de mi corazón, la luz que brilla en mí, la flor de mis flores, el bálsamo del aire que respiro, la riqueza de mi sangre, la claridad en que me adormezco dulcemente. Un solo pensamiento turbaba esta felicidad: vos ignorabais que poseyeseis una dedicación sin límite, un brazo leal, un esclavo ciego, un agente mudo, un tesoro, ya que solamente soy depositario de todo lo que poseo; ignorabais, en fin, que tuvierais a vuestra disposición un corazón al que todo lo podéis confiar, el corazón de una anciana abuela a la que podéis preguntárselo todo, de un padre a quien podéis reclamar protección, de un amigo, de un hermano; todos estos sentimientos los echáis de menos a vuestro alrededor, lo sé. ¡He sorprendido el secreto de vuestro aislamiento! Mi audacia proviene de mi deseo de revelaros la amplitud de vuestras posesiones. Aceptadlo todo, Luisa, me habréis dado la única vida que hay para mí en el mundo, la de sacrificarme. Al ponerme el collar de la esclavitud, no os exponéis a nada: jamás pediré otra cosa que el placer de saber que os pertenezco. No me digáis siquiera que no me amaréis jamás: ya sé que esto ha de ser así; debo amar desde lejos, sin esperanza y para al mismo. Quisiera saber si me aceptáis como servidor vuestro y me he devanado los sesos tratando de hallar la prueba que os muestre que por vuestra parte no sufrirá menoscabo alguno vuestra dignidad al declarármelo, ya que hace muchos días que, sin saberlo vos, soy vuestro. Así, pues, podríais declarármelo si una noche, en los Italianos, tuvieseis en la mano un ramillete compuesto por una camelia blanca y una camelia roja, imagen de la sangre de un hombre a las órdenes de un candor adorable. Todo lo habréis dicho entonces: en cualquier momento, dentro de diez años o mañana mismo, cualquier cosa que quisierais y estuviera en la mano del hombre realizar, sería hecho desde el momento mismo en que os dignaseis pedírselo a vuestro fiel servidor,

Felipe Henáñez."

P. D.: Querida mía, debes confesar que los grandes señores saben amar. ¡Qué brinco de león africano! ¡Qué ardor contenido! ¡Qué fe! ¡Qué sinceridad! ¡Qué grandeza de alma en medio de la humillación! Me he sentido empujada, y me he preguntado, estupefacta: “¿Qué hacer?...”. Lo propio de un grande hombre es desorientar los cálculos ordinarios. Es sublime y enternecedor, ingenuo y gigantesco.

Con una sola carta, se ha puesto por encima de las cien cartas de Lovelace y de Saint-Preux. ¡Oh, he ahí el amor verdadero! Es o no es; pero cuando es, debe manifestarse en toda su inmensidad. Heme aquí despojada de todas mis coqueterías. ¡Rehusar o aceptar! Me encuentro entre estos dos términos sin un pretexto que abrigue mi irresolución. Toda discusión queda suprimida. Ya no es París, es España o el Oriente; es un Abencerraje el que habla, el que se arrodilla ante la Eva católica y le ofrece su cimitarra, su caballo, y su cabeza. ¿Aceptaré este retoño de moro? Vuelve a

leer a menudo esta carta hispano-sarracena, querida Renata, y verás en ella que el amor triunfa sobre todas las convenciones judaicas de tu filosofía. Mira, Renata, tú me has aburguesado la vida. ¿Tengo necesidad de fingir? ¿Acaso no soy eternamente dueña de ese león que cambia sus rugidos por suspiros humildes y religiosos? ¡Oh, cuánto debe haber rugido en su cubil de la calle de Hillerin Bertin! Sé donde vive, tengo su tarjeta: “F., BARÓN DE MACUMER”. Ha hecho para mí imposible toda respuesta, no tengo más remedio que echarle a la cara dos camelias. ¡Qué ciencia infernal posee el amor puro, verdadero, ingenuo! He aquí, pues, lo que hay de más grande para el corazón de una mujer reducido a una acción simple y fácil. ¡Oh el Asia! He leído las *Mil y una noches* y ése es el espíritu de ellas: dos flores y queda todo dicho. Nos saltamos los catorce volúmenes de *Clarisa Harlowe* con un ramillete. Frente a esta carta me retuerzo como una cuerda puesta en el fuego. Tomas o no tomas tus dos camelias. Finalmente, una voz me grita: “Sométele a prueba”. Y esto es, justamente, lo que voy a hacer.

XVI

LA MISMA A LA MISMA

Marzo.

Voy vestida de blanco: llevo camelias blancas en el cabello y una camelia blanca en la mano; mi madre lleva camelias rojas; le cogeré una, si quiero. Hay en mí un inexplicable deseo de venderle a *él* su camelia roja por un poco de vacilación, y de decidirme sobre el terreno. ¡Qué hermosa soy! Miss Griffith me ha pedido permiso para contemplarme un instante. La solemnidad de esta velada y el drama de este consentimiento secreto han enrojecido mi rostro: tengo en cada mejilla una camelia roja que se abre sobre una camelia blanca.

La una de la madrugada.

Todos me han admirado, uno solo sabía adorarme. Ha bajado la cabeza al verme con una camelia blanca en la mano y he visto que se ponía blanco como la flor cuando le he cogido a mi madre una camelia roja. Venir con las dos flores podía ser obra de la casualidad; pero esta acción constituía una respuesta. Así, pues, he dado mi consentimiento. Representaban *Romeo y Julieta*, y como tú ignoras lo que es el dúo de los dos amantes, no puedes comprender la felicidad de dos neófitos en el amor al escuchar esa divina expresión de la ternura. Me he acostado al escuchar rumor de pasos por el suelo sonoro de la avenida. ¡Oh, ahora, ángel mío, siento fuego en el corazón y en la cabeza! ¿Qué estará haciendo él? ¿En qué piensa? ¿Hay un pensamiento, uno solo de los suyos que me sea extraño? ¿Es el esclavo siempre dispuesto, según me ha dicho? ¿Cómo cerciorarme de ello? ¿Tiene en el alma la más ligera sospecha de que mi aceptación suponga una censura, una represalia cualquiera o simple gratitud? Me veo entregada a todas esas minuciosas argucias de las mujeres de *Ciro* y de la *Astrea*, a las sutilezas de las cortes de amor. ¿Sabe él que en amor las acciones más insignificantes de las mujeres constituyen el final de un mundo de reflexiones, de combates interiores, de victorias perdidas? ¿En qué pensará en este momento? ¿Cómo ordenarle que me escriba con detalle por la noche lo que ha estado haciendo durante el día? Es mi esclavo y tengo que ocuparle. Voy a abrumarlo de trabajo.

Domingo por la mañana.

He dormido muy poco esta mañana. Es ya mediodía. Acabo de hacer escribir la siguiente carta por mano de miss Griffith:

Al Sr. Barón de Macumer:

“La señorita de Chaulieu me encarga, señor barón, que os pida la copia de una carta que le envió una de sus amigas, copiada de su propia mano, y que vos os llevasteis.

Recibid, etc.

Griffith.”

Querida, miss Griffith ha salido, ha ido a la calle de Hillerin Bertin, ha visto a mi esclavo y me ha traído en un sobre la susodicha carta empapada en lágrimas. Ha obedecido. Otro habría rehusado escribiendo una carta llena de halagos, pero el sarraceno ha resultado ser lo que había prometido que sería: había obedecido. Siento ganas de llorar, tan emocionada estoy.

XVII

LA MISMA A LA MISMA

2 de abril.

Ayer hacía un tiempo magnífico y me vestí como una joven amada que desea agradar. Mi padre, al pedírselo, me ha dado dos caballos grises y una calesa de última moda, lo más elegante que puede verse en París. Yo era como una flor bajo una sombrilla forrada de seda blanca. Al subir por la avenida de los Campos Elíseos he visto venir hacia mí a mi Abencerraje montado en un caballo de la más admirable belleza: los hombres, que ahora son casi todos unos perfectos chalanes, se detenían para contemplarle.

Me ha saludado y yo le he hecho una seña amistosa para animarle; ha moderado el paso de su caballo, y he podido decirle:

—No os habrá parecido mal, señor barón, que os haya pedido la carta, puesto que ya no es útil... Habéis sobrepasado ese programa...

Y he añadido en voz baja:

—Poseéis un caballo que os distingue sobremanera.

—Me lo ha enviado mi intendente de Cerdeña, pues este caballo de raza árabe ha nacido entre mis matorrales.

Esta mañana, querida, Henárez montaba un caballo alazán inglés, muy bello también, pero que ya no llamaba la atención: la punta de ironía que había puesto yo en mis palabras había sido suficiente. Me ha saludado y yo le he respondido con una ligera inclinación de la cabeza. El duque de Angulema ha hecho comprar el caballo de Macumer. Mi esclavo había comprendido que se salía de los límites de la sencillez al llamar la atención de los ociosos en la calle. Un hombre debe hacerse notar por sí mismo y no por su caballo o por otras cosas. Tener un caballo demasiado bello me parece tan ridículo como llevar un gran diamante en la camisa. Me he sentido encantada al poderle pillar en una falta, pero quizás en su gesto había algo de amor propio, permitido a un pobre proscrito. Estas puerilidades me agradan. ¡Oh vieja razonadora! ¿gozas tanto tú con mis amores como sufro yo con tu sombría filosofía? Mi querida Felipe II con faldas, ¿te paseas a gusto en mi calesa? ¿Ves esa mirada aterciopelada, humilde y llena, orgullosa de su servidumbre, que me lanza al pasar el hombre verdaderamente grande que lleva mi librea y que luce siempre en el ojal una camelia roja, mientras yo llevo siempre una camelia blanca en la mano? ¡Qué claridad proyecta el amor! ¡Cuánto comprendo ahora a París! Todo en esta ciudad me parece inteligente. Sí, el amor es aquí más bello, más grande, más seductor que en ninguna otra parte. Decididamente he reconocido que jamás podría yo atormentar,

inquietar a un necio ni ejercer el menor imperio sobre él. Sólo existen los hombres superiores para comprendernos bien y para que podamos actuar sobre ellos. Pobre amiga mía, perdón, olvidaba a nuestro l'Estorade; ¿no me has dicho que pensabas hacer de él un genio? Adivino por qué lo mimas: para llegar un día a ser comprendida. Adiós, estoy un poco loca y no quiero continuar.

XVIII

LA SEÑORA DE L'ESTORADE A LUISA DE CHAULIEU

Abril.

Ángel querido, o ¿acaso debería decir, querido demonio? Me has afligido sin querer y, si no fuésemos una sola alma, diría que me has herido; pero ¿es que no puede herirse uno a sí mismo? ¡Cómo se ve que todavía no has detenido tu pensamiento ante la palabra *indisoluble* aplicada al contrato que liga una mujer con un hombre! No quiero contradecir a los filósofos ni a los legisladores. ¡Que se contradigan ellos mismos, si quieren! Pero, querida, al hacer irrevocable el matrimonio, al imponerle una fórmula igual para todos e implacable, se ha hecho de cada unión una cosa enteramente desemejante, tan desemejante como puedan ser los individuos entre sí; cada una de ellas posee sus leyes interiores diferentes: las de un matrimonio del campo, donde dos seres se hallan continuamente en presencia uno de otro, no son las de un hogar de la ciudad, donde un número mayor de distracciones matiza la vida; y las de un hogar de París, donde la vida transcurre como un torrente, no serán las de un matrimonio en provincias, donde la vida es menos agitada. Si las condiciones varían según los lugares, varían todavía más según los caracteres. La mujer de un hombre de talento sólo tiene que dejarse conducir, mientras que la mujer de un necio debe, so pena de las mayores desgracias, tomar las riendas de la casa si se siente más inteligente que él. Quizá, después de todo, la reflexión y la razón llegan hasta lo que se llama depravación. Para nosotras, la depravación, ¿no es el cálculo en los sentimientos? Una pasión que razona es depravada; sólo es bella cuando es involuntaria y se manifiesta en esos sublimes impulsos que excluyen todo egoísmo. Tarde o temprano, querida, habrás de decirte: la falsedad es tan necesaria a la mujer como su corsé, si por falsedad se entiende el cálculo necesario para el porvenir. Toda mujer casada aprende a su costa las leyes sociales, que en muchos puntos son incompatibles con las de la naturaleza. En el matrimonio pueden tenerse doce hijos cuando una se casa a nuestra edad; y si los tuviéramos, cometeríamos doce crímenes, haríamos doce desgraciados. ¿Acaso no entregaríamos a la miseria y a la desesperación unas criaturas encantadoras? Mientras que dos hijos son dos felicidades, dos buenas obras, dos creaciones que armonizan con las costumbres y las leyes actuales. La ley natural y los códigos son enemigos, y nosotras nos hallamos en el centro de su campo de batalla. ¿Llamarás depravación a la prudencia de la esposa que vela para que la familia no se arruine por sí misma? Un solo cálculo o mil, todo se pierde en el corazón. Este cálculo atroz, vos lo haréis un día, bella baronesa de Macumer, cuando seáis la esposa feliz y orgullosa del hombre que os adora; o quizás

ese hombre superior os ahorrará el cálculo, pues lo hará él mismo. Ya ves, querida loca, que hemos estudiado el código en sus relaciones con el amor conyugal. Sabrás que no hemos de rendir cuentas más que a nosotras mismas y a Dios de los medios que empleamos para perpetuar la felicidad en el seno del hogar; y mejor es el cálculo que lo consigue que el amor irreflexivo que introduce el duelo, las riñas o la desunión. Yo estudié cruelmente el papel de esposa y el de madre de familia. Sí, ángel mío, hemos de fingir sublimes mentiras para poder ser las nobles criaturas que somos al cumplir nuestros deberes. Tú me acusas de falsedad porque quiero medir día a día el conocimiento que Luis ha de tener de mí; ¿acaso no es el conocimiento demasiado íntimo lo que causa las desuniones? Quiero tenerle muy ocupado para distraerle mucho de mí, en nombre de su propia felicidad; y esto, ¿no es el cálculo de la pasión? Si la ternura es inagotable, no ocurre lo mismo con el amor; constituye una verdadera hazaña para la mujer honrada saberlo distribuir sabiamente a lo largo de la vida. Aun a riesgo de parecerte execrable, te diré que persisto en mis principios y que me creo grande y generosa. La virtud, pequeña mía, es un principio cuyas manifestaciones difieren según los ambientes: la virtud de Provenza, la de Constantinopla, la de Londres y la de París poseen efectos completamente distintos sin dejar de ser virtud. Cada vida humana ofrece en su contextura las combinaciones más irregulares; pero, vistas desde cierta altura, todas se parecen. Si yo quisiera ver a Luis desgraciado y hacer que se produjera una separación de cuerpos, sólo tendría que dejarme guiar por él. No he tenido, como tú, la suerte de encontrar un ser superior, pero quizá tendré el placer de hacerlo superior, y te doy cita en París para dentro de cinco años. Tú misma quedarás asombrada y dirás que me había equivocado, que el señor de l'Estorade era un ser notable desde que nació. En cuanto a esos bellos amores, a esas emociones que sólo experimento a través de ti; en cuanto a esas escenas nocturnas del balcón, a la luz de las estrellas; esas adoraciones excesivas, a esas divinizaciones de sí mismo, he sabido que era preciso renunciar a ellas. Ese abrirte a la vida irradia tu placer; el mío está más circunscrito, se encierra en el recinto de la Crampade. ¡Y tú me reprochas las precauciones que exige una dicha frágil, secreta y pobre para convertirse en duradera, rica y misteriosa! Yo creía haber hallado las gracias de una amante en mi estado de mujer, y casi has conseguido que me avergonzara de mí misma. Entre tú y yo, ¿quién está equivocada, quien tiene razón? Quizá las dos estemos igualmente equivocadas y tengamos igualmente razón. Tal vez la sociedad nos vende muy caros nuestros encajes, nuestros títulos y nuestros hijos. Yo también tengo mis camelias rojas, están en mis labios, en forma de sonrisas que florecen para esos dos seres, el padre y el hijo, a los cuales vivo dedicada, y que me hacen a un tiempo esclava y señora. Pero, querida, tus últimas cartas me han hecho ver claramente todo lo que había perdido. Me has revelado la extensión de los sacrificios de la mujer casada. Apenas había fijado los ojos en las bellas estepas salvajes donde estás retozando, y no voy a hablarte de unas lágrimas que tuve que secar de mis ojos al leerte; pero el pesar no es remordimiento, aunque sean primos

hermanos. Tú me dices: “El matrimonio convierte a uno en filósofo”. Lo comprendí bien cuando lloraba al saberte arrastrada por el torrente del amor. Pero mi padre me ha hecho leer a uno de los escritores más profundos de nuestra comarca, uno de los herederos de Bossuet, uno de esos políticos crueles cuyas páginas engendran la convicción. Mientras tú leías *Corina*, yo leía a Bonald, y ahí tienes todo el secreto de mi filosofía: la Familia santa y fuerte se me ha aparecido. Según Bonald, tu padre tenía razón en su discurso. ¡Adiós, querida imaginación, amiga mía: tú eres mi locura!

XIX

LUISA DE CHAULIEU A LA SEÑORA DE L'ESTORADE

Eres un encanto de mujer, Renata mía; y estoy de acuerdo con que puede ser honrado el engaño: ¿estás contenta? Por otra parte, el hombre que nos ama nos pertenece; tenemos derecho a hacer de él un tonto o un hombre de talento; pero, dicho sea entre nosotras, casi siempre hacemos de él un tonto. Tú harás del tuyo un hombre de talento y guardarás tu secreto: ¡dos magníficas acciones! ¡Ah, si no hubiera paraíso estarías bien atrapada, ya que te entregas a un martirio voluntario! Quieres volverle ambicioso y conservarle enamorado. ¡Pero, criatura, piensa que ya es bastante conservarle enamorado! ¿Hasta qué punto está el cálculo en la virtud o la virtud en el cálculo? ¿Qué me dices a eso? No vamos a enfadarnos por esta cuestión, puesto que Bonald anda por medio. Somos y queremos ser virtuosas; pero en este momento, creo que, a pesar de tus encantadoras travesuras, vales más que yo. Sí, soy una mujer terriblemente hipócrita: amo a Felipe y se lo oculto con infame disimulo. Quisiera verle saltar de su árbol a lo alto del muro y de lo alto del muro a mi balcón; pero, si hiciese lo que deseo, lo fulminaría con mi desprecio. Como ves, soy de una buena fe terrible. ¿Quién me detiene? ¿Qué poder misterioso me impide expresar a mi querido Felipe toda la felicidad que derrama en mí por medio de su amor puro, entero, grande, secreto, absoluto? La señora de Mirbel está pintando mi retrato y pienso regalárselo, querida. Lo que cada día me sorprende más es la actividad que el amor da a la vida. ¡Qué interés adquieren las horas, las acciones, las cosas más pequeñas! ¡Qué admirable confusión del pasado y del futuro en el presente! Se vive en los tres tiempos del verbo. ¿Ocurre todavía así cuando una ha sido feliz? Respóndeme, dime en qué consiste la felicidad, si calma o irrita. Siento una mortal inquietud y ya no sé cómo debo conducirme: hay en mi corazón una fuerza que me arrastra hacia él, a pesar de la razón y de las conveniencias. En fin, comprendo tu curiosidad sobre Luis. ¿Estás contenta? La felicidad que Felipe siente al pertenecerme, su amor a distancia y su obediencia, me impacientan tanto como me irritaba su profundo respeto cuando no era más que mi profesor de español. Estoy tentada de gritarle cuando pasa: “Imbécil, si me amas en efigie, ¿qué sería si me conocieras?”.

¡Oh, Renata! ¿Verdad que quemas mis cartas? Yo quemaré las tuyas. Si otros ojos que los nuestros leyeran nuestros pensamientos, transmitidos de corazón a corazón, diría a Felipe que fuera a arrancarlos y a matar a unas cuantas personas para mayor seguridad.

Lunes.

Renata, ¿cómo sondear el corazón de un hombre? Mi padre tiene que presentarme tu señor Bonald y, puesto que es tan sabio, se lo preguntaré. Dios es muy afortunado al poder leer el fondo de los corazones. ¿Sigo siendo un ángel para ese hombre? He ahí todo el problema.

Si alguna vez en un gesto, en una mirada, en el acento de una palabra, advirtiera yo una disminución del respeto que sentía hacia mí cuando era mi profesor de español, tendría fuerzas para olvidarlo todo. ¿Por qué esas elocuentes frases, por qué esas grandes decisiones?, te preguntarás. Ahora verás, querida. Mi simpático padre, que se comporta conmigo como un viejo caballero al servicio de una italiana, mandaba realizar, como te he dicho, mi retrato por la señora de Mirbel. Hallé el medio de obtener una copia bastante bien ejecutada para dársela al duque y enviar el original a Felipe. El envío tuvo lugar ayer, acompañado de estas tres líneas:

“Don Felipe, vuestra total entrega es correspondida por una confianza ciega: el tiempo dirá si no es conceder demasiado a un hombre”.

La recompensa es importante, tiene aire de una promesa y, cosa horrible, de una invitación; pero lo que va a parecerme aún más horrible, he querido que la recompensa expresase promesa e invitación sin llegar al ofrecimiento. ¡Si en su respuesta dice “Luisa mía”, o solamente “Luisa”, está perdido.

Martes.

¡No, no está perdido! Ese ministro constitucional es un amante adorable. He aquí su carta:

"En todos los momentos que yo pasaba sin veros, permanecía ocupado en vos, con los ojos cerrados a todo lo demás y fijos por la meditación en vuestra imagen, que no se dibujaba nunca con la rapidez que yo habría deseado en el palacio oscuro donde se desarrollan los sueños y donde vos difundís vuestra suave luz. Desde ahora mi vista descansará en este maravilloso marfil, en este talismán, debo decir: ya que para mí vuestros ojos azules se animan y enseguida se convierte la pintura en realidad. El retraso de esta carta proviene del ansia que he sentido por gozar de una contemplación durante la cual os decía cuanto aquí debo callar. Sí, desde ayer, encerrado a solas con vos, me he entregado por primera vez en mi vida a una dicha entera, completa, infinita. Si pudieseis ver dónde os he puesto, entre la Virgen y Dios, comprenderíais con qué angustias he pasado la noche; pero al expresáros las, no quisiera ofenderos, pues habría para mí tantos tormentos en una fría mirada de esa angélica bondad, que me da vida, que os pido perdón de antemano. Si, reina de mi vida y de mi alma, quisierais concederme una milésima parte del amor que yo os profeso...

"El *sí* a este constante ruego ha causado estragos en mi alma. Yo me hallaba entre la creencia y el error, entre la vida y la muerte, entre las tinieblas y la luz. Un criminal no se siente más agitado durante la deliberación de su sentencia que yo al acusarme

ante vos por esta audacia. La sonrisa expresada por vuestros labios, y que yo iba a contemplar una y otra vez, calmaba las tormentas desencadenadas en mi pecho por el temor a contrariaros. Desde que existo, nadie, ni siquiera mi madre, me ha sonreído. La hermosa joven que me estaba destinada rechazó mi corazón y se enamoró de mi hermano. Mis esfuerzos en política han visto la derrota. En los ojos de mi rey no he visto nunca más que deseos de venganza; y desde nuestra juventud somos tan enemigos que consideró como una cruel injuria el voto con que las Cortes me elevaron al poder. Por otra parte, me hago justicia: conozco la poca gracia de mi exterior y sé cuán difícil es apreciar mi corazón a través de semejante envoltura. Ser amado no era más que un sueño cuando os vi. Así, al sentir afecto hacia vos, comprendí que sólo mi entrega total podía hacer excusable mi ternura. Al contemplar ese retrato, al contemplar esa sonrisa llena de divinas promesas, una esperanza que yo no me permitía a mí mismo ha irradiado dentro de mi alma. Este resplandor de aurora se ve incesantemente combatido por las tinieblas de la duda, por el temor a ofenderos al permitirle que asome. No, aún no podéis amarme, lo comprendo; pero a medida que hayáis experimentado el poder, la duración, la extensión de mi afecto inextinguible, le concederéis un pequeño lugar en vuestro corazón. Si mi ambición es una injuria, decídmelo sin cólera: volveré al papel que hasta ahora he desempeñado; pero si quisierais intentar amarme, no lo descubriréis sin dejarle tomar minuciosas precauciones a quien ponía toda la felicidad de su vida únicamente en serviros”.

Querida, al leer estas últimas palabras me pareció verle pálido como la noche en que le dije, mostrándole la camelia, que aceptaba los tesoros de su abnegada entrega. He visto en sus frases sumisas algo distinto a una simple flor de retórica al uso de los amantes, y he sentido como un gran movimiento dentro de mí misma... el hálito de la felicidad.

Ha hecho un tiempo malísimo y no me ha sido posible ir al Bosque de Bolonia sin dar lugar a extrañas sospechas; hasta mi madre, que sale a menudo a pesar de la lluvia, se ha quedado en casa.

Miércoles por la noche.

Acabo de verle, en la Ópera. Querida, ya no es el mismo hombre: ha venido a nuestro palco y nos lo ha presentado el embajador de Cerdeña. Después de haber visto en mis ojos que su audacia no me resultaba desagradable, me pareció que se sentía cohibido a causa de su físico, y ha llamado *señorita* a la marquesa d'Espard. Sus ojos lanzaban miradas llenas de una luz más viva que la de las arañas que alumbraban la sala. Finalmente salió, como un hombre que temiera hacer una extravagancia.

—¡El barón de Macumer está enamorado! —dijo la señora de Maufrigneuse a mi madre.

—Eso resulta todavía más extraordinario si se tiene en cuenta que es un ex

ministro —contestó mi madre.

He tenido la fuerza necesaria para mirar a la señora d'Espard, a la señora de Maufrigneuse y a mi madre con la curiosidad de una persona que no conoce una lengua extranjera y quisiera adivinar lo que se dice; pero interiormente me sentía presa de una voluptuosa alegría, de la cual parecía estar inundada mi alma. Sólo hay una palabra para expresar lo que siento, y esa palabra es fascinación. Es tanto lo que me ama Felipe que ya me parece digno de ser amado. Sigo exactamente el principio de su vida y tengo en mi mano el hilo que guía sus pensamientos. En fin, si debemos confesarnos una a otra todo lo que sentimos, te diré que hay en mí el más violento deseo de verle franquear todos los obstáculos, llegar hasta mí con objeto de saber si ese furioso amor se volverá humilde y sereno a una sola de mis miradas.

¡Ah, querida, me he detenido y estoy temblando! Mientras estaba escribiendo esta carta he oído fuera un leve ruido y me he levantado. Desde mi ventana le he visto caminar por lo alto del muro, con peligro de matarse. He ido a la ventana de mi cuarto y apenas le hice una seña, cuando saltó del muro, que tiene diez pies de altura, y corrió por el camino hasta una distancia a la que pudiera verle, para demostrarme que no se había hecho daño. Esta atención, en el momento en que debía hallarse aturdido por la caída, me ha enternecido hasta tal punto que estoy llorando sin saber por qué. ¡Pobre feo! ¿Qué venía a buscar? ¿Qué quería decirme?

No me atrevo a escribir mis pensamientos y voy a acostarme en medio de mi alegría, pensando en todo lo que nos diríamos si nos hallásemos juntas. Adiós, querida mía. No tengo tiempo para regañarte a causa de tu silencio, pero hace más de un mes que estoy sin noticias tuyas. ¿Por casualidad habrás llegado a ser feliz? ¿No será que ya no tienes ese libre albedrío de que tanto te ufanabas y que esta noche ha estado a punto de abandonarme a mí?

RENATA DE L'ESTORADE A LUISA DE CHAULIEU

Mayo.

Si el amor es la vida del mundo, ¿por qué austeros filósofos lo excluyen del matrimonio? ¿Por qué la sociedad toma como ley suprema la de sacrificar la Mujer a la Familia, abriendo así necesariamente una lucha sorda en el seno del matrimonio? Lucha prevista y tan peligrosa que ha inventado poderes para armar al hombre contra nosotras, adivinando que podríamos anularlo todo, sea por la fuerza de la ternura, sea por la persistencia de un odio secreto. Veo en este instante, en el matrimonio, dos fuerzas opuestas que el legislador hubiese debido reunir. ¿Cuándo se reunirán? Eso es lo que me pregunto al leer tu carta. Querida, una sola de tus cartas echa por tierra el edificio construido por el gran escritor del Aveyron, en el que yo me había instalado con dulce satisfacción. Las leyes han sido hechas por ancianos, y de ello nos damos cuenta las mujeres. Decretaron, muy Sabiamente, que el amor conyugal, libre de pasión, no nos envilecía en modo alguno, y que una mujer debía entregarse sin amor tan pronto como la ley permitía a un hombre hacerla suya. Con la obsesión de la familia, imitaron a la naturaleza, preocupada tan sólo por perpetuar la especie. Yo era antes un ser y ahora soy una cosa. He derramado más de una lágrima a solas y habría querido cambiarla por una sonrisa consoladora. ¿De dónde procede la desigualdad de nuestros destinos? El amor permitido engrandece tu alma. Para ti, la virtud se hallará en el placer. No sufrirás más que por tu propia voluntad. Tu deber, si te casas con Felipe, se convertirá en el más dulce, en el más expansivo de los sentimientos. Nuestro porvenir es un gran interrogante, y lo espero con inquieta curiosidad.

Amas, eres adorada. ¡Querida, entrégate por entero a ese bello poema que durante tanto tiempo nos ha ocupado! La belleza de la mujer, tan fina y espiritualizada por ti, la hizo Dios para que halague los sentidos: tiene su propósito. Sí, ángel mío, guarda el secreto de tu ternura y somete a Felipe a las sutiles pruebas que las dos inventábamos para saber si el amante que soñábamos era digno de nosotras. Pero, sobre todo, procura asegurarte menos de si él te ama que de si tú le amas a él: nada hay más engañoso que el espejismo producido en nuestra alma por la curiosidad, por el deseo, por la creencia de la felicidad. ¡Tú, que de las dos eres la que permanece intacta, no te arriesgues, querida, sin garantías, en el peligroso mercado de un matrimonio irrevocable, te lo suplico! A veces un gesto, una palabra, una mirada en una conversación sin testigos, cuando las almas se hallan despojadas de su mundana hipocresía, iluminan abismos. Eres lo bastante noble, estás lo bastante segura de ti misma para poder transitar audazmente por senderos en los que otras se perderían. No

te puedes imaginar con qué ansiedad voy siguiendo tus pasos. A pesar de la distancia, te veo y experimento tus emociones. Así, pues, no dejes de escribirme, no omitas detalle alguno. Tus cartas hacen que mi vida sea apasionada en medio de mi hogar sencillo, tranquilo y unido como una gran carretera en un día de sol. Lo que me ocurre aquí, ángel mío, es como una serie de embrollos conmigo misma sobre los cuales quiero guardar hoy secreto; ya te hablaré de ello más adelante. Me tomo y me dejo a mí misma con una sombría obstinación, pasando del desaliento a la esperanza. Quizá le pido a la vida más felicidad de la que me da. En nuestra juventud nos sentimos bastante inclinadas a querer que lo ideal armonizase con lo positivo. Mis reflexiones —ahora las hago sola, sentada al pie de una peña de mi parque— me llevaron a pensar que el amor en el matrimonio es un azar en el cual es imposible basar la ley que debe regir en todas las cosas. Mi filósofo del Aveyron tiene razón al considerar la familia como la única unidad social posible y someter a ella a la mujer, tal como ha sido en todos los tiempos. La solución de este gran problema, casi terrible para nosotras, se halla en el primer hijo que tenemos. Así, pues, quisiera ser madre, aunque no fuese más que para ofrecer un pasto a la devoradora actividad de mi alma.

Luis sigue siendo de una adorable bondad, su amor es activo y mi ternura es como algo lejano, distraído. Él es feliz y coge las flores sin inquietarse por los esfuerzos de la tierra que las produce. ¡Feliz egoísmo! Por mucho que pueda costarme, me presto a sus ilusiones, como una madre, según las ideas que me forjo acerca de una madre que se desvive por complacer a su hijo. La alegría de Luis es tan intensa que le cierra los ojos y hace que sus reflejos lleguen hasta mí. Yo le engaño con la sonrisa o con la mirada llenas de la satisfacción que me produce la certeza de darle la felicidad. Así, la expresión de amistad de que me sirvo para con él en el seno de nuestro hogar es el de “hijo mío”. Espero el fruto de tantos sacrificios, que serán un secreto entre Dios, tú y yo. La maternidad es una empresa a la que he abierto un crédito enorme, me debe ya demasiado y temo no llegar a ser suficientemente satisfecha por ella; tiene la obligación de desplegar mi energía y ensanchar mi corazón, de indemnizarme por medio de alegrías ilimitadas. ¡Oh, Dios mío, que no sea engañada al fin! Ése es todo mi porvenir y, cosa horrible de pensar, también el porvenir de mi virtud.

XXI

LUISA DE CHAULIEU A RENATA DE L'ESTORADE

Junio.

Querida cervatilla casada, tu carta llegó muy a propósito para justificarme ante mí misma por una audacia en la que estuve pensando día y noche. Hay dentro de mí un apetito de cosas desconocidas o, si tú quieres, prohibidas, que me inquieta y me hace presagiar un combate entre las leyes del mundo y las de la naturaleza. Ignoro si en mí la naturaleza es más fuerte que la sociedad, pero me sorprende a mí misma al llegar a transacciones entre ambos poderes. En fin, para hablar con franqueza, quería conversar con Felipe, hablar a solas con él durante una hora de la noche, bajo los tilos, en un extremo de nuestro jardín. Seguramente este deseo es el de una joven que merece el nombre de *comadre avispada* que me da, riendo, la duquesa, mi madre, y que mi padre me confirma. Sin embargo, hallo prudente y sabia esta misma falta. Además de recompensarle tantas noches pasadas al pie de mi muro, quiero saber lo que pensará Felipe de mi escapada y juzgarlo en semejante momento; convertirlo en mi caro esposo, si diviniza mi falta; o no volverlo a ver más si no se muestra respetuoso y más trémulo que cuando me saluda al pasar a caballo por los Campos Elíseos. En cuanto a la gente, es menos lo que arriesgo si veo de esta manera a mi enamorado que si le sonrío en casa de la señora de Maufrigneuse o en la de la vieja marquesa de Beauséant, donde ahora nos encontramos rodeados de espías, pues sólo Dios sabe con qué miradas se persigue a una joven de la que se sospecha que hace caso de un monstruo como Macumer. ¡Oh, si supieras cuánta es mi agitación mientras sueño con tal proyecto, cuánto me he preocupado por estudiar de antemano la forma cómo puede realizarse! Te he echado mucho de menos, ya que habríamos podido pasar muchos ratos charlando, perdidas en los laberintos de la incertidumbre, gozando de antemano todas las cosas buenas o malas de una primera cita nocturna, entre la sombra y el silencio, bajo los tilos del jardín de Chaulieu, acibillados por los rayos de la luna. He sentido palpitar mi corazón al decirme: “¡Ah!, Renata, ¿dónde estás?”, puesto que tu carta ha puesto fuego en la mecha y hecho desaparecer los escrúpulos que aún me quedaban. He arrojado por mi ventana el dibujo exacto de la llave de la puertecita del extremo del jardín a mi estupefacto adorador, con la siguiente nota:

“Quiero evitar que cometáis más locuras. Al romperos la crisma dejaríais sin honor a la persona a quien decís amar. ¿Sois digno de una nueva prueba de estima y merecéis que os hable a la hora en que la luna deja envueltos en sombras los tilos del extremo del jardín?”.

Ayer, a la una de la madrugada, cuando miss Griffith se disponía a acostarse, le dije:

—Tomad vuestro chal y acompañadme, querida; quiero ir al extremo del jardín sin que lo sepa nadie.

Ella no dijo nada y me siguió. ¡Qué sensaciones, Renata mía, cuando, después de haberle esperado, presa de una encantadora pequeña angustia, le vi deslizarse como una sombra! Cuando estuve en el jardín, le dije a miss Griffith:

—No os sorprendáis si está ahí el barón de Macumer: ésa es la causa de que os haya traído conmigo.

Miss Griffith siguió sin decir nada.

—¿Qué queréis de mí? —me preguntó Felipe con voz cuya emoción anunciaba que el rumor de nuestros vestidos en el silencio de la noche y el de nuestros pasos sobre la arena, por leves que fuesen, le habían sobresaltado.

—Quiero deciros lo que podría expresaros por escrito —le respondí.

Miss Griffith se apartó unos seis pasos de nosotros. La noche era una de esas noches tibias, embalsamadas por el perfume de las flores; en aquel momento experimenté un placer embriagador al hallarme casi a solas con él, bajo la suave oscuridad de los tilos, más allá de los cuales brillaba la luz de la luna. Este contraste ofrecía una vaga imagen del misterio de nuestro amor, que debe terminar en la ruidosa publicidad de una boda. Después del momento concedido por ambas partes al placer de esta situación, nueva para ambos, y de la que estábamos los dos igualmente sorprendidos, yo fui la primera en recuperar la palabra:

—Aunque en modo alguno tema la calumnia, no quiero que subáis más a ese árbol —le dije indicándole el olmo—, ni a ese muro. Hemos hecho ya bastante, vos el escolar y yo la colegiala: elevemos nuestros sentimientos a la altura de nuestros destinos. Si vos os mataseis al caer, yo moriría deshonrada...

Lo miré y vi que estaba lívido...

—Y si os sorprendiera así, mi madre o yo incurriríamos en sospechas...

—Perdón —murmuró con un hilo de voz.

—Pasead por el bulevar, yo oiré vuestros pasos y cuando quiera veros abriré la ventana; pero ni os haré correr ni correré yo ese peligro más que en alguna grave circunstancia. ¿Por qué me habéis obligado, con vuestra imprudencia, a cometer yo otra imprudencia y daros una mala opinión de mí?

He visto en sus ojos unas lágrimas que me parecieron la respuesta más bella del mundo.

—Debéis pensar —le dije sonriendo— que he sido muy atrevida...

Después de dar un par de vueltas bajo los árboles, recobró él la palabra.

—Debéis creerme estúpido y estoy tan embriagado de felicidad que me encuentro sin fuerzas; pero sabed, por lo menos, que a mis ojos santificáis vuestras acciones por el único hecho que os las permitís. El respeto que siento hacia vos sólo puede compararse con el que siento hacia Dios. Por otra parte, miss Griffith está cerca.

—Ella está ahí para los demás, pero no para nosotros, Felipe —me apresuré a responder.

Este hombre, querida, me ha comprendido.

—Bien sé —repuso lanzándome la más humilde de las miradas— que, aunque no estuviera, todo ocurriría entre vos y yo como si ella nos estuviera mirando: si no estamos delante de los hombres, estamos siempre en presencia de Dios y tenemos tanta necesidad de nuestra propia estima como de la del mundo.

—Gracias, Felipe —le dije tendiéndole la mano con un gesto que me hubiese gustado que vieras—. Una mujer, y consideradme como una mujer, está siempre dispuesta a amar a un hombre que la comprenda. ¡Oh, solamente dispuesta! —añadí alzando un dedo hasta mis labios—. No quiero que tengáis más esperanzas de las que yo quiera daros. Mi corazón pertenecerá a quien sepa leer en él y conocerlo bien. Nuestros sentimientos, sin ser del todo parecidos, deben poseer la misma amplitud, hallarse al mismo elevado nivel. No trato en modo alguno de hacerme superior, puesto que las leyes que yo considero virtudes entrañan, sin duda, defectos; pero si no los tuviese, me sentiría desolada.

—Después de haberme aceptado como servidor vuestro, me permitisteis que os amara —dijo temblando y mirándome a cada palabra que pronunciaba—; tengo mucho más de lo que al principio deseaba.

—Pero —repliqué vivamente— encuentro que vuestra suerte es mejor que la mía; yo no lamentaría un cambio, y ese cambio a vos incumbe.

—Ahora me toca a mí daros las gracias —me dijo—; sé cuales son los deberes de un amante leal. Debo demostraros que soy digno de vos y vos tenéis derecho a ponerme a prueba todo el tiempo que queráis. Podéis, ¡Dios mío!, rechazarme si llegara a traicionar vuestra esperanza.

—Sé que me amáis —le contesté—. Hasta este momento —recargué cruelmente el acento en estas palabras— vos sois el preferido, y ésa es la razón por la que estáis aquí.

Volvimos a dar algunos paseos conversando, y he de confesarte que mi español desplegó la verdadera elocuencia del corazón al expresarme, no su pasión, sino su ternura; pues ha sabido aplicarme sus sentimientos con una adorable comparación con el amor divino. Su voz penetrante, que confería valor especial a sus ideas, ya de por sí delicadas, recordaba los acentos del ruiseñor. Hablaba en voz baja y sus frases se sucedían con la precipitación de un corazón desbordante.

—Basta —le dije—; de lo contrario permanecería aquí más tiempo del que es debido.

Y con un gesto le despedí.

—Ya estáis prometida, señorita —me ha dicho miss Griffith.

—Quizás en Inglaterra, pero no en Francia —le contesté con negligencia—. Quiero una boda por amor y no deseo ser engañada: he aquí todo.

Ya lo ves, querida, el amor no venía hacia mí y he obrado como Mahoma con su

montaña.

Viernes.

He vuelto a ver a mi esclavo: se ha convertido en un ser temeroso y ha adoptado un aire misterioso y devoto que me agrada; parece impregnado de mi gloria y de mi poder. Pero nada en sus miradas ni en sus maneras puede permitir a todas las adivinatoras del mundo sospechar en él ese amor infinito que yo veo. Sin embargo, querida, no me siento fascinada, dominada, arrastrada; al contrario, soy yo la que fascino, domino, arrastro... En fin, razono. ¡Ah, quisiera encontrar de nuevo aquel miedo que me inspiraba la fascinación del profesor, del burgués a quien yo rehusaba! Hay dos amores: el que manda y el que obedece; son distintos y dan nacimiento a dos pasiones muy distintas; para comprender la vida, quizás una mujer debe conocer ambas pasiones. ¿Pueden ambas confundirse? Un hombre a quien inspiramos amor ¿nos lo inspirará a nosotras? ¿Será Felipe mi dueño algún día? ¿Temblaré yo como tiembla él? Estas preguntas me hacen estremecer. ¡Cuán ciego es! En su lugar, yo habría notado que la señorita de Chaulieu se comportaba bajo los tilos de un modo muy coquetamente frío, mesurada, calculadora. No, esto no es amar, esto es jugar con fuego. Felipe sigue agradándome, pero me encuentro muy tranquila. ¡Ya no hay obstáculos! ¡Qué palabras tan terribles! Todo se serena en mí y tengo miedo a interrogarme a mí misma. Ha hecho mal en ocultarme la violencia de su amor, ya que me ha dejado dueña de mí misma. En fin, no disfruto el placer de esta especie de falta. Sí, querida, por muy dulce que sea el recuerdo de la media hora pasada bajo los árboles, encuentro el goce que me ha proporcionado muy por debajo de las emociones que experimentaba al decir: “¿Iré? ¿No iré? ¿Le escribiré? ¿No le escribiré?”. ¿Ocurrirá lo mismo con todos los placeres? ¿Será mejor diferirlos que gozar de ellos? ¿Será mejor la esperanza que la posesión? ¿Los ricos son acaso los pobres? ¿Habremos extendido nosotras demasiado los sentimientos al desarrollar en exceso las fuerzas de nuestra imaginación? Hay momentos en que esta idea me deja helada. ¿Sabes por qué? Estoy pensando en volver al extremo del jardín sin miss Griffith. ¿A dónde iré a parar por este camino? La imaginación no tiene límites y los placeres sí. Dime, querido doctor con faldas y corsé, ¿cómo conciliar estos dos extremos de la existencia de las mujeres?

XXII

LUISA A FELIPE

No estoy satisfecha de vos. Si no habéis llorado al leer *Berenice*, de Racine, si no habéis encontrado en esa obra la más horrible de las tragedias, no me comprenderéis ni nos entenderemos jamás; y si no me contestáis de una manera satisfactoria, os olvidaré y os convertiréis para mí en el señor barón de Macumer o, mejor dicho, llegaréis a no ser nada en absoluto, seréis para mí como si nunca hubieseis existido. Ayer, en casa de la señora d'Espard, teníais un aire de satisfacción que me ha desagradado soberanamente. Parecíais seguro de ser amado. En fin, la libertad de vuestro espíritu me ha asustado y no he reconocido en vos, en aquel momento, al servidor que decíais ser en vuestra primera carta. Lejos de hallaros absorto, como debe estar el hombre que ama, decíais palabras ingeniosas. Un verdadero creyente no se comporta de ese modo: está siempre abatido ante la divinidad. Si no soy un ser superior a las otras mujeres, si no veis en mí la fuente de vuestra vida, soy menos que una mujer, porque entonces soy simplemente una mujer. Habéis despertado mi desconfianza.

Felipe: esta desconfianza ha gritado de una forma que acalla la voz de la ternura, y cuando recuerdo nuestro pasado, pienso que tengo derecho a ser desconfiada. Sabedlo, señor ministro constitucional de todas las Españas, he reflexionado profundamente acerca de la pobre condición de mi sexo. Mi inocencia ha tenido antorchas encendidas en las manos sin quemarse. Escuchad bien lo que mi joven experiencia me dice y os repito. En cualquier otra cosa, la doblez, la falta de fe, las promesas no cumplidas encuentran jueces y los jueces infligen castigos; pero no sucede así con el amor, que debe ser a la vez la víctima, el acusador, el abogado, el tribunal y el verdugo; ya que las más atroces perfidias, los más horribles crímenes permanecen ignorados, se cometen de alma a alma, sin testigos, y está en el interés bien entendido del asesino el callar. Así, pues, el amor tiene su código propio, su propia venganza: el mundo nada tiene que ver con ello. Ahora bien, he decidido no perdonar nunca un crimen, y nada hay superficial en las cosas del corazón. Ayer parecíais un hombre que está seguro de ser amado. Estaríais en un error si no tuvieseis esa certeza, pero seríais un criminal a mis ojos si esa certeza os quitase la gracia ingenua que las ansiedades de la esperanza os daban antes. No quiero veros tímido ni engreído, no quiero que tembléis de miedo a perder mi afecto, porque ello sería un insulto; pero tampoco quiero que la seguridad os permita llevar a la ligera vuestro amor. Nunca debéis ser más libre de lo que yo misma lo soy. Si no conocéis el suplicio que un solo pensamiento de duda impone al alma, temblad de miedo a que yo os lo enseñe. Por una sola mirada os entregué el alma y vos habéis leído en ella. Poseéis los sentimientos más puros que jamás hayan brotado en el alma de una

doncella. La reflexión, las meditaciones de que os he hablado sólo han enriquecido la cabeza; pero cuando el corazón lastimado pida consejo a la inteligencia, creedme, la doncella será como el ángel que todo lo sabe y todo lo puede. Os lo juro, Felipe, si me amáis como yo creo, y si habéis de permitir que sospeche el menor debilitamiento de los sentimientos de temor, obediencia, respeto y deseo sumiso que me anunciabais; si un día advierto la menor disminución en este primer y bello amor que de vuestra alma ha venido a la mía, no os diré nada, no os molestaré con una carta más o menos digna, más o menos orgullosa o indignada, o simplemente regañosa como ésta; no diré nada, Felipe: me veréis triste al modo de las personas que sienten avecinarse la muerte; pero no moriré sin haberos infligido la más horrible herida, sin haber deshonrado del modo más vergonzoso a aquella a quien amabais, y sin haber sembrado en vuestro corazón eternos remordimientos, ya que me veríais perdida aquí abajo a los ojos de los hombres, y maldita para siempre en la otra vida.

No me hagáis sentir celos de otra Luisa feliz, de una Luisa santamente amada, de una Luisa cuya alma se abría a un amor sin mancha y que poseía, según la sublime expresión de Dante,

Senza brama, sicura ricchezza.

Sabed que he hurgado en su *Infierno* para buscar la más dolorosa de las torturas, un terrible castigo moral al cual asociaré la eterna venganza de Dios.

Así, pues, con vuestra conducta deslizasteis ayer en mi corazón la cuchilla fría y cruel de la sospecha. ¿Comprendéis? He dudado de vos y es tanto lo que he sufrido que no quiero dudar más. Si encontráis demasiado duro servirme, abandonad vuestra esclavitud, no os guardaré rencor por ello. ¿Es que no sé qué sois hombre de talento? Reservad todas las flores de vuestra alma para mí, tened los ojos opacos para el mundo, no os pongáis nunca en situación de recibir un halago, un elogio, un cumplido, sea de quien fuere. Venid a verme cargado de odio, excitando mil calumnias o abrumado de desprecios, venid a decirme que las mujeres no os comprenden, que pasan junto a vos sin veros y que ninguna de ellas podría amaros: entonces sabréis lo que hay para vos en el corazón y en el amor de Luisa. Nuestros tesoros deben estar bien enterrados, de forma que el mundo entero los pise sin sospechar que existen. Si fueseis hermoso, jamás os habría prestado la menor atención y no habría descubierto en vos el sinnúmero de razones que hacen nacer el amor; y aunque nosotros no las conociéramos, como tampoco conocemos la forma en que el sol hace abrir las flores o madurar los frutos, entre esas razones hay una, sin embargo, que yo conozco y me encanta. Vuestro rostro, sublime sólo para mí, tiene su carácter, su lenguaje, su fisonomía. Yo sola tengo poder de transformaros, de convertirnos en el más adorable de los hombres; no quiero, pues, que vuestra inteligencia escape a mi posesión: no debe revelarse en modo alguno a las demás personas. A mí sola corresponde encender las luces de vuestra inteligencia, del mismo modo que inflamo vuestras miradas. Seguid siendo ese hosco y frío, ese huraño y desdeñoso grande de España que erais antes. Erais un salvaje dominio

destruido, en cuyas ruinas nadie se atrevía a entrar, os contemplaban de lejos, y ahora estáis labrando caminos complacientes para que todo el mundo penetre en vos, estáis a punto de convertirlos en un amable parisiense. ¿Acaso olvidasteis mi programa? Vuestra alegría proclamaba de un modo demasiado claro que amabais. Ha sido necesaria mi mirada para impedir que hicierais saber al salón más perspicaz, más burlón, más inteligente de París que Armanda Luisa María de Chaulieu os inspiraba el ingenio. Os creo demasiado grande para dejar que entre la más mínima astucia de la política en vuestro amor; pero si no tuvieseis conmigo la sencillez de un niño, os compadecería. A pesar de esta primera falta, seguís siendo el objeto de una admiración profunda de parte de

Luisa de Chaulieu.

XXIII

FELIPE A LUISA

Cuando Dios ve nuestras faltas, también ve nuestros arrepentimientos: tenéis razón, mi amada dueña. Comprendí que os había disgustado sin poder penetrar la causa de vuestra preocupación; pero me la habéis explicado y me habéis dado nuevas razones para adoraros. Vuestros celos al modo del Dios de Israel me han llenado de felicidad Nada hay más sano ni más sagrado que los celos. ¡Oh, mi buen ángel guardián!, los celos son un centinela que no duerme jamás; son, para el amor, lo que el dolor es para el hombre: una verdadera advertencia. Sed celosa de vuestro servidor, Luisa: cuanto más le golpeéis, más lamerá él, sumiso, humilde y desgraciado, el bastón que le descubre, al pegarle, la magnitud del interés que sentís por él. Pero, querida, si vos no los habéis advertido, será Dios, al menos, quien tenga en cuenta todos los esfuerzos que hice por vencer mi timidez, por superar los sentimientos que habéis creído débiles en mí. Sí, he procurado mostrarme ante vos tal como era antes de amaros. En Madrid la gente hallaba cierto placer en escucharme y he querido daros a conocer lo que valía. ¿Era esto vanidad? Pues bien la habéis castigado. Vuestra última mirada me sumió en un temblor que jamás había experimentado, ni siquiera cuando vi las fuerzas de Francia ante Cádiz y mi vida en peligro por una hipócrita frase de mi señor. Buscaba la causa de vuestro desagrado sin poder encontrarla y me desesperaba por ese desacuerdo de nuestras almas, puesto que debo actuar a través de vuestra voluntad, pensar a través de vuestro pensamiento, ver a través de vuestros ojos, gozar de vuestros placeres y sentir de nuevo vuestras penas lo mismo que siento el frío o el calor. Para mí, el crimen y la angustia consistían en esa falta de simultaneidad en la vida de nuestros corazones, vida que vos tanto habéis embellecido. “¡Desagradarle!...”, he repetido luego mil veces como loco. Mi noble y hermosa Luisa, si algo podía acrecentar mi entrega absoluta hacia vos y mi fe inquebrantable en vuestra santa conciencia, sería vuestra doctrina, que ha penetrado en mi corazón como una nueva luz. Vos me habéis expresado mis propios sentimientos, me habéis explicado cosas que estaban confusas en mi espíritu... Si vos pensáis castigar así, ¿cuáles serán, entonces, las recompensas? Haberme aceptado como servidor satisfacía ya todos mis deseos. Me habéis dado una vida que no esperaba: mi aliento no es inútil, mi fuerza tiene algo en que emplearse, aunque no sea más que sufrir por vos. Os lo he dicho, os lo repito, me encontraréis siempre como era cuando me ofrecí a vos como humilde y modesto servidor. Aunque fueseis deshonrada y perdida, como aseguráis que podríais llegar a ser, mi cariño aumentaría con vuestra voluntaria desgracia. Limpiaría vuestras llagas, las cicatrizaría, convencería a Dios con mis oraciones de que no erais culpable y de que vuestras faltas eran el crimen de otra persona... ¿Acaso no os he dicho que guardo para vos en

mi corazón los sentimientos, tan diversos, que deben anidar en el pecho de un padre, en el de una madre, en el de una hermana y en el de un hermano, que ante todo soy para vos una familia, todo o nada, según lo deseéis? ¿No sois vos quien habéis aprisionado tantos corazones en el corazón de un amante? Perdonadme de vez en cuando por ser más amante que padre y hermano al saber que hay siempre un hermano y un padre detrás del amante. ¡Si pudieseis leer en mi corazón cuando os veo hermosa y radiante, serena y admirada en vuestro coche por los Campos Elíseos, o en vuestro palco del teatro!... ¡Si supieseis cuán poco personal es mi orgullo al escuchar un elogio de vuestra belleza, y cuánto amo a los desconocidos que os admiran! Cuando por azar habéis hecho florecer mi alma con un saludo, me siento a la vez humilde y orgulloso, me alejo como si Dios acabara de bendecirme, regreso alegre y mi alegría deja en mí una estela luminosa, que brilla en el humo de mi cigarrillo y me hace comprender que la sangre que hierve en mis venas os pertenece por entero. No sabéis hasta qué punto sois amada. Después de haberos visto, vuelvo a mi gabinete, donde resplandece toda la magnificencia sarracena, pero donde vuestro retrato lo eclipsa todo en cuanto hago funcionar el resorte que debe hacerlo invisible a todas las miradas; y entonces me hundo en el infinito de esa contemplación: allí es donde compongo poemas a mi felicidad. Desde lo alto de los cielos descubro el curso de toda la vida que me atrevo a esperar. ¿Habéis oído alguna vez, en el silencio de las noches e incluso entre el ruido del mundo, resonar una voz en vuestra orejita adorada? ¿Ignoráis las mil oraciones que os he dirigido? De tanto contemplaros en silencio he acabado por descubrir la razón de todos vuestros rasgos, su correspondencia con las perfecciones de vuestra alma; entonces os hago en español, sobre esa armonía de vuestras dos hermosas naturalezas, unos sonetos que vos no conocéis, ya que mi poesía se halla muy por debajo de su tema y no me atrevo a enviároslos. Mi corazón se halla tan completamente embebido en el vuestro que ni un solo momento dejo de pensar en vos; y si dejaseis de animar así mi vida, sufriría lo indecible. ¿Comprendéis ahora, Luisa, el tormento que será para mí el verme, aunque involuntariamente, causa de un disgusto para vos y no poder adivinar la razón del mismo? Esa bella doble vida se había detenido y mi corazón sentía un frío glacial. En fin, en la imposibilidad de explicarme el desacuerdo, creía que ya no era amado; triste, pero feliz aún, volvía yo a mi Condición de esclavo cuando he recibido vuestra carta, que me ha llenado de gozo. ¡Oh, reprendedme siempre así!

Un niño que acababa de caerse le dijo una vez a su madre “¡perdón!”, al volver a ponerse en pie y ocultarle el daño que se había hecho. Perdón por haberle causado un sobresalto. Pues bien, ese niño era yo. No he cambiado, os entrego la llave de mi carácter con una sumisión de esclavo; pero, querida Luisa, no volveré a dar ningún paso en falso. Procurad que la cadena que me ata a vos, y que vos tenéis sujeta, sea lo suficientemente tensa para que un solo movimiento indique vuestros menores deseos al que será siempre

Vuestro esclavo,
Felipe.

XXIV

LUISA DE CHAULIEU A RENATA DE L'ESTORADE

Octubre 1825.

Querida amiga: tú, que en el espacio de dos meses te casaste con un pobre ser enfermizo de quien te has constituido en madre, nada sabes de las terribles peripecias de ese drama que se representa en el fondo de los corazones y que se llama amor, en el que todo se vuelve trágico en un instante, en el que la muerte puede esconderse en una mirada o en una respuesta dada a la ligera. He reservado como última prueba para Felipe una prueba decisiva, pero terrible. He querido saber si yo era amada *a pesar de todo*, según la grande y sublime frase de los monárquicos y, ¿por qué no?, también de los católicos. Se ha paseado conmigo toda una noche bajo los tilos, en el fondo de nuestro jardín, y no ha tenido en el alma la sombra de una duda. Al día siguiente era más amada y para él seguía siendo tan casta, tan grande, tan pura como la víspera; no había sacado de la situación el más mínimo partido. ¡Oh, es muy español, muy abencerraje! Ha escalado mi pared para venir a besarme la mano que yo le tendía desde mi balcón, en la oscuridad; ha estado a punto de descalabrarse; pero ¿cuántos no harían otro tanto? Eso no es nada, los cristianos sufren increíbles martirios para ir al cielo. Anteayer, por la tarde, llevé aparte al futuro embajador del rey en la corte de España, mi muy honorable padre, y le dije sonriendo:

—Señor, para un reducido número de amigos casáis a vuestra querida Armanda con el sobrino de un embajador que, deseoso de tal alianza, ha estado mucho tiempo mendigando la mano de vuestra hija y en el contrato de matrimonio cede a los cónyuges su inmensa fortuna y sus títulos para después de su muerte, les entrega desde ahora cien mil libras de renta y reconoce a la futura esposa una dote de cien mil francos. Vuestra hija llora, pero al fin cede bajo la irresistible influencia de vuestra majestuosa autoridad. Algunas malas lenguas dicen que vuestra hija oculta bajo sus lágrimas una alma interesada y ambiciosa. Esta noche vamos a la Ópera, al palco de los gentileshombres, y el señor barón de Macumer irá también.

—¿Acaso no va otras veces? —respondió mi padre sonriendo y tratándome como a una embajadora.

—¡Confundís a Clarisa Harlowe con Fígaro! —le he dicho con una mirada llena de desdén y de burla—. Cuando veáis que me he quitado el guante de la mano derecha, desmentiréis ese rumor impertinente y os mostraréis ofendido.

—Veo que puedo estar tranquilo respecto a vuestro porvenir: no tienes la cabeza de una joven doncella, como tampoco tenía Juana de Arco un corazón de mujer. Tú serás feliz, porque no amarás a nadie y te dejarás amar.

Esta vez solté una carcajada.

—¿Qué te ocurre, pequeña? —me preguntó.

—Estoy temblando por los intereses de mi país...

Y viendo que él no comprendía, añadí:

—¡En Madrid!

—No podríais imaginaros —dijo mi padre, dirigiéndose a la duquesa— hasta qué punto se está burlando esta monja de su padre desde hace un año.

—Armanda se burla de todo —repuso mi madre mirándome.

—¿Qué queréis decir? —le pregunté.

—Ni siquiera teméis la humedad de la noche, que podría ocasionaros reumatismos —dijo lanzándome una nueva mirada.

—¡Hace tanto calor por la madrugada!

La duquesa, bajó los ojos.

—Ya es hora de que la casemos —dijo mi padre—, y ello será, según espero, antes de mi partida.

—Así será, si vos lo queréis así —contesté sencillamente.

Dos horas después, mi madre y yo, la duquesa de Maufrigneuse y la señora d'Espard estábamos como cuatro rosas en el palco. Yo me había colocado de lado, presentando sólo uno de mis hombros al público, a fin de poderlo ver todo sin ser vista en el espacioso palco, que está situado al fondo de la sala, entre las columnas. Llegó Macumer y, puesto de pie, cogió los gemelos para poder contemplarme cómodamente. Durante el primer entreacto se presentó el que yo llamo “rey de los rufianes”, un joven de belleza afeminada, el conde Enrique de Marsay, que entró en el palco con un epigrama en los ojos, una sonrisa en los labios y un aire alegre en todo el rostro. Hizo los primeros cumplidos a mi madre, a la señora d'Espard, a la duquesa de Maufrigneuse, al conde d'Esgrignon y al señor de Canalis; luego me dijo a mí:

—Ignoro si seré el primero en felicitaros por un acontecimiento que va a convertirlos en objeto de envidia.

—¡Una boda! —contesté yo—. ¿Habría de ser una joven recién salida del convento quien os demuestre que las bodas de las que se habla no se realizan jamás?

El señor de Marsay se inclinó al oído de Macumer, y he comprendido perfectamente, por el solo movimiento de los labios, que le decía:

—Barón, vos amáis quizás a esa pequeña coqueta, que se ha servido de vos; pero como se trata de una boda y no de una pasión, es preciso saber lo que ocurre.

Macumer ha lanzado al oficioso indiscreto una de esas miradas que valen por todo un poema y le replicó algo así como “¡Yo no amo a ninguna pequeña coqueta!” con un aire que me entusiasmó tanto que me quité el guante al ver a mi padre. Felipe no tenía el menor temor ni la menor sospecha. Ha hecho simplemente lo que yo esperaba de su carácter: sólo tiene fe en mí; el mundo y sus mentiras no le afectan para nada. El abencerraje no pestañeó siquiera, el color de su sangre azul no tiñó su rostro aceitunado. Los dos jóvenes condes se alejaron y entonces le dije, riendo, a

Macumer:

—El señor de Marsay os ha hecho algún epigrama acerca de mí.

—Mucho más que un epigrama —contestó—; un epitalamio.

—Me habláis en griego —le dije sonriendo y recompensándole con una de esas miradas que hacen perder el aplomo.

—¡Corren rumores infames! —exclamó mi padre dirigiéndose a la señora de Maufrigneuse—. Tan pronto como una joven es presentada en sociedad, la gente quiere casarla enseguida e inventa toda suerte de absurdas consejas. Jamás casaré a Armanda contra su voluntad. Voy a darme una vuelta por el *foyer*, para que nadie crea que permito ese rumor para alentar al embajador en su idea. La hija de César debe estar aún más libre de sospechas que su mujer, la cual debe estarlo en absoluto.

La duquesa de Maufrigneuse y la señora d'Espard miraron primero a mi madre y luego al barón con aire astuto y burlón, lleno de interrogaciones contenidas. Aquellas lagartonas habían vislumbrado sin duda alguna cosa. De todas las cosas secretas, el amor es la más pública y creo que las mujeres lo exhalan. Para poder disimularlo bien, una mujer tiene que ser un monstruo. Nuestros ojos son todavía más elocuentes que nuestra lengua. Después de haber gozado al hallar a Felipe tan grande como lo deseaba, he querido todavía más. Le hice una seña convenida para indicarle que viniera a mi ventana por el peligroso camino que tú ya conoces. Unas horas después lo encontré erguido como una estatua, arrimado al muro, con la mano apoyada en el ángulo del alféizar de mi ventana, estudiando los reflejos de la luz de mi apartamento.

—Querido Felipe —le dije—, habéis estado muy bien esta noche: os habéis comportado del mismo modo que me habría comportado yo si alguien me hubiera dicho que ibais a casaros.

—He pensado que me habrías informado de ello antes que a ninguna otra persona —me contestó.

—¿Y qué derecho tenéis a ese privilegio?

—El de un abnegado servidor.

—¿Lo sois realmente?

—Sí —dijo—, y jamás dejaré de serlo.

—Bien, si esa boda fuera necesaria, si yo me resignase...

La suave claridad de la luna pareció aumentar de intensidad por efecto de las dos miradas que lanzó, primero sobre mí, luego sobre la especie de abismo formado por el muro. Parecía como si preguntase si no podíamos morir los dos aplastados contra el suelo; luego, tras de haber brillado como un relámpago sobre su rostro y brotado de sus ojos, ese sentimiento fue reprimido por una fuerza superior a la de la pasión.

—El árabe sólo tiene una palabra —dijo con voz estrangulada—. Soy vuestro servidor y os pertenezco: toda mi vida viviré para vos.

La mano con que se asía del alféizar pareció aflojarse. He puesto la mía sobre ella, diciéndole:

—Felipe, amigo mío, desde este instante soy vuestra mujer por mi sola voluntad.

Venid mañana a pedir mi mano a mi padre. Él quiere conservar mi fortuna; pero vos os comprometeréis a reconocérmela en el contrato sin haberla recibido y sin duda seréis aceptado. Ya no soy Armanda de Chaulieu; descendad enseguida, pues Luisa de Macumer no quiere cometer la menor imprudencia.

Palideció, sus piernas se doblaron y saltó desde una altura de diez pies sin hacerse daño; luego, tras haberme producido la más tremenda emoción, me saludó con la mano y desapareció. “¡Soy, pues, amada —me he dicho—, como jamás lo fue mujer alguna!”. Y me dormí con una satisfacción infantil; mi suerte había sido echada para siempre. Hacia las dos, mi padre me mandó llamar a su gabinete, donde encontré a la duquesa y a Macumer. Se cambiaron palabras del tono más amistoso. Contesté simplemente que si el barón de Henárez se había puesto de acuerdo con mi padre, yo no tenía razón alguna para oponerme a sus deseos. Luego, mi madre rogó al barón que se quedase a comer y después fuimos los cuatro a pasear al bosque de Bolonia. He mirado con sonrisa burlona al señor de Marsay cuando éste pasó junto a nosotros a caballo, pues ha visto que Macumer y mi padre iban en la parte delantera de la calesa.

Mi adorable Felipe ha mandado rehacer así sus tarjetas:

HENÁREZ

DE LA CASA DUCAL DE SORIA, BARÓN DE MACUMER.

Todas las mañanas me trae personalmente un ramillete de espléndida magnificencia, en cuyo centro encuentro siempre una carta con un soneto español en alabanza mía, escrito por él durante la noche.

Para que el paquete no abulte demasiado, te envío como muestra el primero y el último de dichos sonetos, que he traducido para ti literalmente y colocado verso a verso:

PRIMER SONETO

Más de una vez, cubierto por una leve veste de seda — con la espada en alto, y sin que mi corazón latiera demasiado aprisa, — he aguardado el asalto del toro furioso — y su cuerno más agudo que el creciente de Febe.

He subido, tarareando una seguidilla andaluza, — la pendiente de un reducto bajo una lluvia de hierro; — he arrojado mi vida sobre el tapete verde del azar — sin preocuparme de si la perdería.

Habría cogido con la mano las balas al salir de la boca del cañón, — pero creo que ahora soy más tímido que una liebre acechada — o que un niño que ve un espectro al asomarse a la ventana.

Pues cuando tú me miras con tus dulces ojos, — un sudor helado cubre mi frente, las rodillas me flaquean, — tiemblo, retrocedo, pierdo todo mi valor.

SEGUNDO SONETO

Esta noche quería dormirme para soñar contigo; — pero el celoso sueño huía de

mis párpados; — me acerqué al balcón y miré al cielo; — cuando pienso en ti, mis ojos se vuelven siempre hacia lo alto.

Fenómeno extraño, que sólo el amor puede explicar, — el firmamento había perdido su color de zafiro; — las estrellas, diamantes apagados en su montura de oro, — sólo arrojaban miradas muertas, rayos fríos.

La luna, perdidos sus adornos de plata y de lirio, — rodaba tristemente por el sombrío horizonte, — y era que tú le habías robado al cielo todo su esplendor.

La blancura de la luna luce sobre tu frente encantadora, — todo el azul del cielo se ha concentrado en tus pupilas — y tus pestañas están formadas por los rayos de las estrellas.

¿Existe un modo más hermoso de demostrarle a una joven que alguien se ocupa solamente de ella? ¿Qué me dices de este amor que se expresa a través de las flores de la inteligencia y de las flores de la tierra? Desde hace unos diez días sé lo que es esa galantería española, antaño tan famosa.

Veamos, querida, lo que ocurre en la Crampade, por donde me paseo tan a menudo para comprobar los progresos de nuestra agricultura. ¿No tienes nada que decirme acerca de nuestras moreras, de nuestras plantaciones del invierno pasado? ¿Sale todo a la medida de tus deseos? ¿Se han abierto las flores en tu corazón de esposa lo mismo que en nuestros macizos? ¿Te llevas bien con Luis? ¿El suave murmullo de tu hilillo de ternura conyugal vale más que los turbulentos torrentes de mi amor? ¿Es que mi lindo doctor con faldas se ha enfadado conmigo? No podría creerlo y enviaría como correo a Felipe para que se postrara de hinojos ante ti y me trajese tu cabeza o te diese mi perdón. Estoy muy contenta, querida mía, y quisiera saber cómo van las cosas en Provenza. Acabamos de aumentar el número de nuestra familia con un español moreno como un cigarro de la Habana y aún aguardo tus cumplidos.

¡Realmente, mi bella Renata, estoy inquieta, tengo miedo de que estés devorando algún dolor a solas para no entristecerme ni aguar mi alegría, mala persona! Escíbeme pronto algunas páginas para describirme tu vida hasta los detalles más nimios, y dime si aún resistes, si tu libre albedrío está aún en pie, de rodillas o sentado, lo cual sería muy grave. ¿Crees acaso que los sucesos de tu matrimonio no me preocupan? Todo cuanto me has escrito me hace, a veces, soñar. A menudo, cuando en la Ópera parezco contemplar a las bailarinas, me digo a mí misma: “Son las nueve y media, quizás ahora va a acostarse. ¿Qué hace? ¿Es feliz? ¿Está a solas con su libre albedrío? ¿O tal vez su libre albedrío se fue adonde se van todos los libres albedríos cuando uno no se ocupa de ellos?...”.

Mil besos.

RENATA DE L'ESTORADE A LUISA DE CHAULIEU

¡Impertinente! ¿Por qué habría tenido que escribirte? ¿Qué te habría podido decir? Mientras vives esa vida animada por las fiestas, por las angustias del amor, por sus cóleras y por sus flores, según tú me la pintas y a la cual asisto como a una obra de teatro bien representada, yo llevo una vida monótona y metódica, a la manera de la vida de convento. Siempre nos acostamos a las nueve y nos levantamos al clarear. Nuestras comidas son servidas con una puntualidad desesperante. Ni el más leve incidente. Me he acostumbrado a esta división del tiempo sin demasiado esfuerzo. Quizás es lo natural. ¿Qué sería la vida sin esa sujeción a reglas fijas que, al decir de los astrónomos y de Luis, rigen los mundos? El orden no se cansa. Por otra parte, me he impuesto unas obligaciones de *toilette* que me ocupan todo el tiempo comprendido entre la hora a que me levanto y el desayuno: procuro aparecer hermosa por obediencia a mis deberes de mujer; estoy satisfecha de ello y causa un vivo placer al buen anciano y a Luis. Damos un paseo después del desayuno. Cuando llegan los periódicos, desaparezco para realizar mis tareas domésticas, para leer, porque leo mucho, o para escribirte. Vuelvo una hora antes de la comida y luego jugamos, recibimos o hacemos visitas. Así paso los días entre un anciano sin deseos y un joven para el cual constituyo la felicidad. Luis está tan contento que su alegría ha acabado por reanimar mi alma. La felicidad para nosotros no debe consistir, sin duda, en el placer. A veces, por la noche, cuando ya he concluido mis tareas y me hallo sentada en una poltrona, mi pensamiento es lo suficientemente fuerte para volar a tu lado: entonces comparto contigo esa vida tan fecunda, tan matizada, tan violentamente agitada, y me pregunto a dónde te conducirán esos turbulentos prefacios. Tú puedes tener las ilusiones del amor, querida mía; yo sólo tengo las realidades del hogar. Tus amores me parecen un sueño y me cuesta trabajo comprender las razones de que los hagas tan novelescos. Tú quieres un hombre que tenga más alma que sentidos, más grandeza y virtud que amor; quieres que el sueño de las jóvenes cuando entran en la vida se convierta en realidad corpórea; exiges sacrificios para recompensarlos; sometes a tu Felipe a pruebas para saber si el deseo, la esperanza y la curiosidad serán duraderos. Pero, criatura, detrás de tus decoraciones fantásticas se levanta el altar en que se está preparando un vínculo eterno. Al día siguiente de tu boda el hecho terrible que transforma a la doncella en mujer y al amante en marido puede echar por los suelos los elegantes andamiajes de tus sutiles precauciones. Debes saber, finalmente, que dos enamorados, lo mismo que dos personas casadas como hemos sido Luis y yo, van a buscar tras de las alegrías de una boda, como dijo Rabelais, un gran ¡quizá!

No te censuro, aunque resulte un poco frívolo eso de conversar con tu Felipe en el fondo del jardín, interrogarle, pasar una noche, tú en tu balcón y él sobre el muro;

pero tú juegas con la vida, pequeña, y temo que la vida juegue contigo. No me atrevo a aconsejarte lo que me sugiere la experiencia para tu felicidad; pero déjame que te repita una vez más, desde el fondo de mi valle, que el viático del matrimonio se encierra en estas dos palabras: resignación y abnegación. Porque estoy viendo que, a pesar de tus pruebas, a pesar de tus coqueterías y de tus observaciones, te casarás simplemente como yo. Al dilatar el deseo, lo que se hace es cavar un poco más hondo el precipicio. Eso es todo.

¡Oh, cómo me gustaría ver al barón de Macumer y hablar con él por espacio de unas horas, tanta es la felicidad que te deseo!

XXVI

LUISA DE MACUMER A RENATA DE L'ESTORADE

Marzo 1825

Como Felipe realiza, con una generosidad de sarraceno, los planes de mi padre y de mi madre al reconocer mi fortuna sin recibirla, la duquesa me trata ahora todavía mejor que antes. Me llama *pequeña astuta*, *pequeña comadre* y dice que tengo el *pico afilado*.

—Pero, querida mamá —le dije la víspera de la firma del contrato—, ¡atribuís a la política, a la astucia, a la habilidad los efectos del amor más sincero, más ingenuo, más desinteresado y más íntegro que jamás haya existido! Sabed, pues, que no soy la *comadre* por la que me hacéis el honor de tomarme.

—Vamos, Armanda —dijo cogiéndome por el cuello y atrayéndome hacia ella para darme un beso en la frente—; tú no has querido volver al convento, no has querido quedarte soltera y, como buena y generosa Chaulieu que eres, has sentido la necesidad de restaurar la casa de tu padre... (Si supieses, Renata, lo que había de halago en estas palabras para el duque, que nos estaba escuchando.)— Durante todo un invierno te he visto juzgar a los hombres y escrutar el estado de la sociedad en la Francia actual. De ese modo has descubierto al único español capaz de hacerte la vida agradable. Querida pequeña mía, lo has tratado como Tulia trata a su hermano.

—¡Vaya escuela la del convento de mi hermana! —exclamó mi padre.

Yo le lancé una mirada que le cortó la palabra en la boca; luego me volví hacia la duquesa y le dije:

—Señora, yo amo a mi pretendiente, Felipe de Soria, con todas las potencias de mi alma. Aunque este amor haya sido muy involuntario y muy combatido cuando nació en mi pecho, os juro que no me entregué a él hasta el momento en que reconocí en el barón una alma digna de la mía, un corazón donde las delicadezas, las generosidades, la abnegación, el carácter y los sentimientos eran en un todo conformes a los míos.

—Pero, querida —me interrumpió mi madre—, si es feo como...

—Como todo lo que queráis —repuse yo vivamente—, pero amo esa fealdad.

—Escucha, Armanda —me dijo mi padre—, si tú le amas y has tenido fuerzas para dominar tu amor, no debes arriesgar tu felicidad. Ahora bien, la felicidad depende mucho de los primeros días de la boda...

—¿Y por qué no decir de las primeras noches? —exclamó mi madre—. Dejarnos, señor —añadió la duquesa mirando a mi padre.

—Vas a casarte dentro de tres días, pequeña mía —dijo mi madre a mi oído—;

por lo tanto, sin sentimentalismos burgueses debo hacerte ciertas recomendaciones que todas las madres hacen a sus hijas. Te casas con un hombre a quien quieres: así, pues, no hay lugar para que te compadezca ni para que me compadezca a mí misma. Sólo te he visto desde hace un año: si ello fue suficiente para que te amara, no lo es para que me deshaga en lágrimas al echar de menos tu compañía. Tu inteligencia ha sobrepasado tu beldad; me has halagado en mi amor propio de madre y te has portado como una hija buena y amable. Del mismo modo encontrarás tú también en mí una madre excelente en todo momento. ¿Sonríes?... ¡Ay, a menudo donde la madre y la hija han vivido bien, dos mujeres se pelean! Quiero verte feliz. Escúchame, pues. El amor que sientes es un amor de niña, el amor natural de todas las mujeres que han nacido para unirse a un hombre; pero, pequeña mía, sólo hay un hombre para nosotras en el mundo y aquel que estamos llamadas a querer no es siempre el que hemos elegido como marido, creyendo que le amábamos. Aunque te parezca extraño lo que te digo, medita bien estas palabras. Si no amamos al que hemos elegido, la culpa puede ser nuestra o de él; pero a veces es de circunstancias que no dependen de nosotros y, sin embargo, nada se opone a que el hombre amado sea el que nos da nuestra familia, el hombre a quien se dirige nuestro corazón. La barrera que más tarde se levanta entre nosotros se debe, muy a menudo, a una falta de perseverancia que proviene tanto de nosotras como de nuestro marido. Hacer del marido un amante es una obra tan delicada como hacer del amante un marido y tú acabas de realizar esto a maravilla. Bien, como te repito, quiero que seas dichosa. Piensa, pues, desde este momento que en los primeros tres meses de tu matrimonio podrías llegar a ser desgraciada si por tu parte no te sometieras al matrimonio con la obediencia, la ternura y la inteligencia que has desplegado en tus amores. Ya que, mi pequeña comadre, te has dejado arrastrar a los inocentes placeres de un amor clandestino. Si el amor feliz comenzase para ti con desengaños, e incluso con dolores, ven a verme enseguida. No esperes, de momento, demasiado de tu matrimonio, que quizá te dará más pesares que alegrías. Tu felicidad exige que la cultives con tanto esmero como has cultivado tu amor. En fin, si por azar perdieras al amante encontrarías al padre de tus hijos. En ello, hija mía, estriba toda la vida social. Sacrifícalo todo al hombre cuyo nombre es el tuyo, cuyo honor y consideración no pueden recibir el menor ataque sin que cause en ti la más horrible herida. Sacrificarlo todo al marido es, no solamente un deber absoluto para las mujeres de nuestra categoría, sino el cálculo más hábil. El atributo más bello de los grandes principios de la moral consiste en ser verdaderos y provechosos, sea cual sea la luz a que se les considere. Ahora debo decirte que me pareces un poco celosa; yo también lo soy, querida..., pero no quisiera que fueses tontamente celosa. Escucha: los celos que se manifiestan se parecen a la política que pone las cartas boca arriba. Decir que se es celosa, dejar que los demás lo vean, es como mostrar el juego y entonces ya no sabemos nada del juego del contrario. En todas las cosas debemos saber sufrir en silencio. Por otra parte, voy a tener una conversación seria acerca de ti con Macumer la víspera de vuestra boda.

Cogí el brazo de mi madre y le besé la mano, dejando en ella la lágrima que había hecho asomar a mis ojos el acento con que me hablaba. He adivinado en esa elevada moral, digna de ella y de mí, la más profunda sabiduría, una ternura sin mojigatería social y, sobre todo, una verdadera estimación de mi carácter. Con tan sencillas palabras resumió las enseñanzas que su vida y su experiencia le habían vendido, quizá, muy caras. Estaba emocionada y me dijo, mirándome:

—Hijita mía, vas a dar un paso terrible. Y la mayor parte de las mujeres ignorantes son capaces de imitar al conde Westmoreland.

Nos echamos a reír. Para explicarte esta broma debo decirte que, estando el día antes a la mesa, una princesa rusa nos había contado que el conde de Westmoreland, habiendo sufrido terribles mareos al cruzar el canal de la Mancha, quiso luego trasladarse a Italia, pero se volvió atrás cuando le hablaron del paso de los Alpes: “¡Ya estoy harto de pasos como éstos!”, dijo. Comprenderás, Renata, que tu sombría filosofía y la moral de mi madre eran como para despertar los temores que nos agitaban en Blois. Cuanto más se acercaba la boda, mayores eran las fuerzas que iba acumulando, voluntad y sentimientos para resistir al terrible paso del estado de doncella al de mujer. Todas nuestras conversaciones acudían a mi mente, volvía a leer tus cartas y descubría en ellas cierta oculta melancolía.

Estas aprensiones tuvieron la virtud de convertirme en la prometida vulgar predilecta del público. De modo que la gente me encontró encantadora y consideró muy apropiado el día de la firma del contrato. Esta mañana, en la alcaldía, adonde fuimos sin ceremonias, sólo había dos testigos. Estoy terminando esta carta mientras me preparan el vestido para la comida. Nos casaremos en la iglesia de Santa Valeria esta noche, después de una espléndida velada. Confieso que mis temores me dan un aire de víctima y un aspecto de falso pudor que me valdrán admiraciones de las cuales nada entiendo. Estoy encantada al ver a mi pobre Felipe tan virginal como yo; el mundo le tiene cohibido y parece un murciélago dentro de un escaparate.

—¡Afortunadamente, el día de hoy tiene un mañana! —me dijo al oído.

No habría querido ver a nadie, tan vergonzoso y tímido es este hombre. Al venir a firmar nuestro contrato, el embajador de Cerdeña me llevó aparte para ofrecermelo un collar de perlas unidas por seis magníficos diamantes. Es el regalo de mi cuñada, la duquesa de Soria. Este collar va acompañado de un brazalete de zafiros que lleva la siguiente inscripción: *Te quiero sin conocerte*. Dos cartas muy simpáticas envolvían estos presentes, que no quise aceptar sin saber antes si Felipe me lo permitía.

Él me besó la mano y me dijo:

—Llevad esas joyas a causa de la divisa y de esas expresiones de afecto, que son sinceras...

Sábado por la noche.

He aquí, pues, mi pobre Renata, las últimas líneas de una doncella. Después de la

misa de medianoche partiremos hacia unas tierras que Felipe, con delicada atención, ha comprado en el Nivernais, junto a la carretera de Provenza. Ya me llamo Luisa de Macumer, aunque dentro de algunas horas saldré de París en calidad de Luisa de Chaulieu. Pero, me llame como me llame, para ti no habrá más que una

Luisa.

XXVII

LA MISMA A LA MISMA

Octubre 1825

Desde que se celebró la boda en la alcaldía, no había vuelto a escribirte, querida amiga, y, sin embargo, pronto habrán transcurrido ocho meses. En cuanto a ti, ni una palabra. ¡Es horrible, señora mía!

Pues bien, aquel día partimos para el castillo de Chantepleurs, la tierra comprada por Macumer en el Nivernais, a orillas del Loira, a sesenta leguas de París. Nuestra servidumbre, menos mi doncella, estaban ya allí, aguardándonos. Llegamos, con excesiva rapidez, el día siguiente por la noche. Dormí desde París hasta más allá de Montargis. La única licencia que se tomó mi señor y dueño fue la de sostenerme por la cintura y apoyar mi cabeza sobre su hombro, en el cual había colocado varios pañuelos. Esta atención, casi maternal, que le hacía vencer el sueño, me causó inexplicable y profunda emoción. Dormida bajo el fuego de sus ojos negros, me desperté bajo la misma llama: el mismo ardor, el mismo amor; pero mil pensamientos habían cruzado por la mente de aquel hombre. Dos veces me había besado en la frente.

Desayunamos en el coche, en Briare. El día siguiente, al atardecer, a las siete y media, después de haber charlado como charlaba contigo en Blois, admirando ese Loira que juntas admirábamos, entramos en la bella y larga avenida de tilos, acacias, sicomoros y alerces que lleva a Chantepleurs. A las ocho, comíamos, a las diez nos encontrábamos en una linda habitación gótica embellecida por todas las invenciones del lujo moderno. Mi Felipe, a quien todo el mundo encuentra feo, me ha parecido muy guapo, hermoso de bondad, de elegancia, de ternura, de exquisita delicadeza. En cuanto a los deseos del amor, no veía en él el menor rastro. Durante el viaje se comportó como un amigo a quien conociera desde hace quince años. Me describió, como él sólo sabe hacerlo (sigue siendo el hombre de su primera carta), las terribles tempestades que ha dominado y que acababan de morir en la superficie de su rostro.

—Hasta ahora no hay nada de terrible en el matrimonio —dije, dirigiéndome hacia la ventana y contemplando a la claridad de la luna un delicioso parque donde se exhalaban penetrantes aromas.

Se acercó a mí, me cogió por la cintura y me dijo:

—¿Por qué ha de haber nada terrible? ¿Acaso he desmentido con un gesto, con una mirada, mis promesas? ¿Las desmentiré algún día?

Nunca una voz, nunca una mirada tendrán semejante poder: aquella voz conmovía las más pequeñas fibras de mi cuerpo y despertaba todos mis sentimientos;

aquella mirada tenía una fuerza solar.

—¡Oh —le dije—, cuánta perfidia morisca hay en vuestra perpetua esclavitud!

Querida mía, me comprendió.

Hermosa cervatilla, si he estado algunos meses sin escribirte, ahora adivinarás por qué. Me veo obligada a recordar el extraño pasado de la virgen para poder explicarte la mujer. Renata, hoy te comprendo. Ni a una amiga íntima, ni a su madre, ni quizás a sí misma una recién casada feliz puede hablar de su feliz matrimonio. Debemos dejar estos recuerdos en nuestra alma como un sentimiento más que nos pertenece y para el cual no existe nombre. ¿Ha llamado alguien obligación a las graciosas locuras del corazón y al irresistible impulso del deseo? ¿Por qué? ¿Qué horrible poder ha imaginado para obligarnos a pisotear las delicadezas del gusto, los mil pudores de la mujer, convirtiendo estos placeres en una obligación? ¿Cómo podría una mujer deber estas flores del alma, estas rosas de la vida, estos poemas de la sensibilidad exaltada, a un hombre a quien no quisiera? ¿Hablar de derechos refiriéndose a tales sensaciones? Nacen y se abren bajo el sol del amor o se destruyen sus gérmenes bajo la frialdad de la repugnancia y la aversión. Sólo al amor corresponde mantener tales privilegios. ¡Oh, mi sublime Renata, cuán grande me pareces ahora! Ahora doblo mi rodilla ante ti y me quedo asombrada de tu profundidad y perspicacia. Sí, la mujer que no hace, como yo, un matrimonio secreto por amor, oculto bajo las nupcias legales y públicas, debe arrojarse a la maternidad como un alma a la que faltase la tierra, se arroja al cielo. De todo cuanto me has escrito se desprende un principio cruel: sólo los hombres superiores saben amar. Ahora sé por qué. El hombre obedece a dos principios. En él coinciden la necesidad y el sentimiento. Los seres inferiores o débiles toman la necesidad por el sentimiento; mientras que los seres superiores cubren la necesidad bajo los admirables efectos del sentimiento: el sentimiento les comunica por su vehemencia una reserva excesiva y les inspira la adoración de la mujer. Evidentemente, la sensibilidad se encuentra en proporción a la potencia de las estructuras internas, y el hombre de talento es entonces el único que se aproxima a nuestra delicadeza femenina: entiende, adivina, comprende a la mujer; la eleva sobre las alas de su deseo, contenido por la timidez del sentimiento. Así, cuando la inteligencia, el corazón y los sentidos igualmente ebrios nos arrastran, no es sobre la tierra donde caemos; nos remontamos a esferas celestiales, aunque, desgraciadamente, no permanecemos en ellas mucho tiempo. Tal es, querida, la filosofía de los tres primeros meses de mi matrimonio. Felipe es un ángel. Puedo pensar en voz alta ante él. Sin figuras retóricas debo decirte que es un segundo yo. Su grandeza es inexplicable: en la felicidad descubre nuevas razones para amar. Soy para él la parte más hermosa de sí mismo. Lo veo bien: los años de matrimonio, lejos de alterar el objeto de sus delicias, aumentarán su confianza, desarrollarán nuevas sensibilidades y fortalecerán nuestra unión. ¡Qué feliz delirio! Mi alma está hecha de tal modo que los placeres dejan en mí inmensos resplandores, me calientan, impregnan mi ser interior: el intervalo que los separa es como la pequeña noche de

los grandes días. El sol que ha dorado las cimas al llegar a su ocaso vuelve a encontrarlas así calientes en el momento de salir de nuevo. ¿Por qué venturoso azar me ha ocurrido a mí esto tan repentinamente? Mi madre había despertado en mí mil temores; sus previsiones, que me parecían dictadas por los celos, aunque sin el menor asomo de mezquindad burguesa, han quedado burladas por los hechos, pues tus temores, los de ella y los míos, todos se han desvanecido. Hemos vivido en Chantepleurs siete meses y medio como dos amantes, uno de los cuales hubiera raptada al otro, y que hubieran huido de la ira de sus padres. Las rosas del placer han coronado nuestro amor y florecido nuestra alma. Al volver, de pronto, en mí, una mañana que me sentía plenamente dichosa, pensé en mi Renata y en su boda por conveniencia, adiviné tu vida, penetré en ella. ¡Oh, ángel mío!, ¿por qué hablamos unas lenguas tan diferentes? Tu matrimonio puramente social y mi matrimonio, que no es más que un amor dichoso, son dos mundos que no pueden comprenderse mejor que lo finito pueda comprender el infinito. Tú permaneces en la tierra, yo vivo en el cielo. Tú te mueves en la esfera humana, yo me muevo en la esfera divina. Yo reino por medio del amor, tú reinas por medio del cálculo y del deber. Estoy en un lugar tan alto que si cayese quedaría rota en mil pedazos. En fin, debo callar, puesto que siento vergüenza al describirte el esplendor, la riqueza, los vividos goces de semejante primavera de amor.

Nos encontramos en París desde hace diez días, en un lindo hotel de la calle del Bac, arreglado por el mismo arquitecto a quien Felipe había encargado el arreglo de Chantepleurs. Acabo de oír, con el alma henchida por los placeres lícitos de un feliz matrimonio, la música celestial de Rossini, que antes, alma inquieta, había escuchado, atormentada sin saberlo, por la curiosidad del amor. La gente me encuentra más hermosa y soy como una niña a la que dieran el nombre de señora.

Viernes por la mañana

Renata, mi hermosa santa, mi felicidad me lleva constantemente hacia ti. Siento más afecto hacia ti del que había sentido nunca. ¡Te quiero tanto! He estudiado tan profundamente tu vida conyugal, comparándola con el comienzo de la mía, y te veo tan grande, tan noble, tan magníficamente virtuosa, que me constituyo en tu inferior, en tu sincera admiradora al propio tiempo que en tu amiga. Al ver lo que es mi matrimonio, tengo por casi demostrado que estaría muerta si hubiera resultado de otro modo. ¿Y tú vives? ¿Gracias a qué sentimiento, dime? No te gastaré ninguna broma más. Las bromas, ángel mío, son fruto de la ignorancia: la gente sólo se burla de lo que no conoce. “Allí donde los reclutas se echan a reír, los veteranos se muestran graves”, me dijo una vez el conde de Chaulieu, pobre capitán de caballería que aún no había ido más que de París a Fontainebleau y de Fontainebleau a París. Mi buena amiga, adivino que no me lo has dicho todo. Sí, me has ocultado alguna de tus heridas. Sufres, lo veo muy bien. A propósito de ti me he forjado verdaderas novelas,

queriendo, a distancia, y por lo poco que me has contado de ti misma, descubrir los motivos de tu conducta. Solamente ha realizado un ensayo de matrimonio, pensaba yo una noche, y lo que ha resultado un placer para mí no ha sido para ella más que sufrimiento. Sólo conoce sacrificios y quiere limitar su número. Ha ocultado sus pesares bajo los pomposos axiomas de la moral social. ¡Ah, Renata, hay algo admirable en el hecho de que el placer no tenga necesidad de ceremonias religiosas, de aparato ni de palabras altisonantes, pues todo lo es por medio de sí mismo; en tanto que, para justificar las atroces combinaciones de nuestra esclavitud y nuestro vasallaje, los hombres han acumulado las teorías y las máximas. Si tus inmolaciones son bellas, más aún, sublimes, mi felicidad, amparada por el poder de la Iglesia y de la Alcaldía, ¿será acaso una monstruosidad? ¡Por el honor de las leyes, por ti y, sobre todo, para que mi dicha fuese completa, te querría dichosa, Renata mía! ¡Dime que sientes llegar a tu corazón un poco de amor por ese Luis que te adora! ¡Dime que la antorcha simbólica y solemne del himeneo ha servido para algo más que para iluminar tinieblas! El amor, ángel mío, es para la naturaleza moral exactamente lo mismo que el sol para la tierra. Siempre vuelvo a hablarte del día que me ilumina y que, mucho me lo temo, acabará por consumirme. Querida Renata, recuerdo que en tus transportes de amistad, en el jardín del convento, me decías: “Te amo, Luisa, que si Dios se manifestase, le pediría para mí todas las penas y para ti todas las alegrías de la vida. Sí, tengo la pasión del sufrimiento”. Pues bien, querida mía, hoy hago como tú y le pido a Dios a grandes gritos que reparta entre las dos mil placeres.

Escucha: he adivinado que te has vuelto ambiciosa bajo el nombre de l’Estorade; pues bien, haz que en las próximas elecciones sea Luis elegido diputado, pues debe de tener cerca de cuarenta años, y como la Cámara no se reunirá hasta seis meses después de las elecciones, habrá alcanzado precisamente para entonces la edad requerida para ser hombre político. Podrás venir a París y no te digo más que esto. Mi padre y los amigos que voy a hacerme os apreciarán, y si tu viejo suegro quiere constituir un mayorazgo, obtendremos el título de conde para Luis. Por fin volveremos a estar juntas.

XXVIII

RENATA DE L'ESTORADE A LUISA DE MACUMER

Diciembre, 1825

¡Mi querida Luisa, me has deslumbrado! Durante unos instantes he tenido en mis manos tu carta, donde brillaban algunas de mis lágrimas al reflejarse en ellas los rayos del sol poniente. Me quedé sentada, a solas, junto a la pequeña peña a cuyos pies he puesto un banco. A lo lejos, como una plancha de acero, reluce el Mediterráneo. Algunos árboles aromáticos cubren con su sombra este banco. He hecho trasplantar aquí un enorme jazmín, madreselvas y retama de España. Algún día quedará cubierta la peña por las plantas trepadoras. También hice plantar unas vides silvestres. Pero llega el invierno y todo este verdor se convierte en algo parecido a una vieja tapicería. Cuando estoy aquí, nadie viene a molestarme porque saben que quiero estar sola. Este banco se llama el banco de Luisa. Ello quiere decir que, aunque esté sola, no estoy sola.

Si te cuento estos detalles, tan insignificantes para ti, si te describo la verdeante esperanza que de antemano engalana esta pelada peña, sobre la cual el azar de la vegetación ha colocado uno de los más bellos pinos de ancha copa, en forma de sombrilla, es porque he encontrado aquí ciertas imágenes a las que cobré apego.

Al gozar con la idea de tu, feliz matrimonio y —¿por qué no habría de confesártelo todo?— envidiándolo con todas mis fuerzas, he sentido el primer movimiento de mi hijo, que desde las profundidades de mi vida ha reaccionado sobre las profundidades de mi alma. Esta sorda sensación, a la vez aviso, placer y dolor, promesa y realidad; esta felicidad que es sólo mía y que es un secreto entre Dios y yo, este misterio me ha dicho que la peña estará un día cubierta de flores, que las alegres risas de una familia resonarán junto a ella, que mis entrañas han sido, al fin, bendecidas y que darán la vida a raudales. He comprendido que había nacido para ser madre. De este modo la primera certidumbre que he tenido de llevar en mis entrañas otra vida me procuró inefable consuelo. Una alegría inmensa ha coronado todos estos largos días de abnegación, que ya habían hecho la alegría de Luis.

—¡Abnegación! —me he dicho—. ¿Acaso no eres superior al amor? ¿No eres, quizás, el placer más profundo, puesto que eres un placer abstracto, el placer generador? ¿No eres tú, ¡oh abnegación! la facultad superior al efecto? ¿No eres la divinidad misteriosa, infatigable, escondida bajo las esferas innumerables, en un centro desconocido por el cual pasan sucesivamente todos los mundos? La abnegación, sola en medio de su secreto, llena de placeres saboreados en silencio, sobre los cuales nadie puede echar una mirada profana y nadie sospecha, la

abnegación, diosa celosa y abrumadora, diosa vencedora y fuerte, inagotable porque se basa en la naturaleza misma de las cosas y que por ello es siempre igual a sí misma, a pesar de la dispersión de sus fuerzas, la abnegación, ¡he aquí el sello de mi vida!

El amor, Luisa, es un esfuerzo de Felipe ejercido sobre ti; pero la irradiación de mi vida sobre la familia producirá una incesante reacción de ese pequeño mundo sobre mí. Tu hermosa siega dorada es pasajera; pero la mía, por ser atrasada, ¿no será más duradera? Se renovará a cada momento. El amor es el más lindo robo que la Sociedad ha sabido hacer a la Naturaleza; pero la maternidad, ¿no es por ventura la Naturaleza en su alegría? Una sonrisa ha secado mis lágrimas. El amor hace feliz a mi Luis; pero el matrimonio me ha hecho madre y yo quiero ser feliz también. Para escribir esto he regresado, caminando lentamente, a mi blanca casa de verdes postigos.

Así, pues, querida mía, el hecho más natural y más sorprendente que puede ocurrirnos a nosotras se ha instalado en mí desde hace cinco meses; pero puedo decirte muy bajito que en nada perturba mi corazón ni mi inteligencia. Los veo felices a todos: el futuro abuelo se ha vuelto como un niño; el padre adopta aires graves e inquietos; todos me prodigan mil cuidados, todos hablan de la dicha de ser madre. Ay, yo no siento nada en mí misma y no me atrevo a declarar el estado de completa insensibilidad en que me encuentro. Miento un poco para no enturbiar su alegría. Como me está permitido ser franca contigo, te confieso que, en la crisis en que me encuentro, la maternidad no empieza más que en la imaginación. Luis se ha quedado tan sorprendido como yo, al enterarse de que estaba embarazada. ¿No equivale a decir que este niño ha venido por sí mismo, sin haber sido llamado más que por los deseos impacientes manifestados por su padre? El azar, querida, es el dios de la maternidad. Aunque, según nuestro médico, estos azares estén en armonía con los deseos de la naturaleza, no me ha negado que los hijos que la gente llama hijos del amor deberían ser hermosos e inteligentes; que su vida está, a menudo, como protegida por la felicidad que ha presidido, cual brillante estrella, su concepción. Quizá, querida Luisa, tengas tú en tu maternidad unas alegrías que yo debo ignorar en la mía. Quizá se ama más al hijo de un hombre adorado, como tú adoras a tu Felipe, que al de un marido con quien se casa una por conveniencia, al que una se entrega por deber, para ser mujer al fin. Estos pensamientos, guardados en el fondo de mi corazón, se añaden a mi gravidez de madre en ciernes. Pero como no hay familia sin un hijo, querría poder apresurar el momento en que empezarán para mí los placeres de la familia, que deben constituir mi única existencia. En este momento mi vida es una vida de espera y de misterios, en la que el dolor más intenso hace que la mujer se acostumbre a otros sufrimientos. Me observo a mí misma. A pesar de los esfuerzos de Luis, cuyo amor me colma de cuidados, dulzuras y cariño, tengo vagas inquietudes, con las que se mezclan los disgustos, los trastornos y los singulares apetitos del embarazo. Si debo decir las cosas tal como son, a riesgo de causarte cierto desagrado,

te confieso que no considero como caprichoso el deseo que experimento por ciertas naranjas, afición extraña pero que a mí me parece natural. Mi marido va a Marsella a buscarme las naranjas más hermosas del mundo; he pedido naranjas de Malta, de Portugal, de Córcega; pero yo dejo a un lado estas naranjas y corro hacia Marsella, a veces a pie, para devorar unas malas naranjas, casi podridas, en una calleja por la que se baja al puerto, a dos pasos de la casa del Ayuntamiento; y su moho azulado o verdoso brilla a mis ojos como diamantes; parece como si viera en ellas flores, no advierto su olor cadavérico y les encuentro un sabor irritante, un valor vinoso, un gusto delicioso. Ya ves, ángel mío, cómo son las primeras sensaciones amorosas de mi vida. Estas horribles naranjas son mis amores. Tú no deseas tanto a Felipe como yo una de esas frutas medio podridas. A veces salgo a escondidas, corro con pie ágil hacia Marsella y experimento un temblor voluptuoso cuando me acerco a la callejuela: tengo miedo de que la vendedora ya no tenga más naranjas podridas, me arrojo sobre ellas, las devoro al aire libre. Me parece como si esa fruta viniera del paraíso y encerrase el más sabroso alimento. He visto a Luis volver la cabeza para eludir su hedor nauseabundo. Me he acordado de aquella frase atroz de Obermann, sombría elegía que me arrepiento de haber leído: *¡Las raíces se abrevan en agua fétida!* Desde que como esa fruta mi salud se ha restablecido. Estas depravaciones tienen un significado, puesto que son un efecto natural y la mitad de las mujeres experimentan a veces estos monstruosos deseos. Cuando mi embarazo se haga demasiado visible, no saldré de la Crampade. No me gustaría que me vieran así.

Siento excesiva curiosidad por saber en qué momento comienza la maternidad. No puede ser entre los terribles dolores que tanto temo.

¡Adiós, feliz amiga! Adiós a ti, en quien renazco y por medio de quien imagino esos bellos amores, esos celos con motivo de una mirada, esas palabras dichas al oído, esos placeres que nos envuelven como otra atmósfera, otra sangre, otra luz, otra vida. ¡Ah, amiga mía, también yo comprendo el amor! No te canses de contármelo todo. Yo tampoco ahorraré detalle alguno. Por eso debo decirte, para concluir de un modo grave esta carta, que al releer la tuya se adueñó de mí un profundo terror. Me ha parecido como si ese espléndido amor desafiase a Dios. El soberano dueño del mundo, que es el Infortunio, ¿no se irritará el ver que no participa en vuestro festín? ¿Qué fortuna hay en el mundo que no haya sido trastornada? ¡Ah, Luisa, no te olvides, en medio de tu felicidad, de rezar a Dios! Haz el bien, sé caritativa y buena; en fin, conjura las adversidades por medio de tu modestia. En cuanto a mí, desde que me casé me he vuelto todavía más piadosa que cuando estaba en el convento. Tú no me dices nada acerca de la religión en París. Al adorar a Felipe me parece que te diriges, como en el proverbio, al santo más que a Dios. Pero mi terror es debido a un exceso de amistad. ¿Vais juntos a la iglesia y hacéis el bien en secreto, verdad? Probablemente me encontrarás muy provinciana en este final de carta; pero piensa que mis temores ocultan una excesiva amistad, la amistad tal como la entendía La Fontaine, la que se inquieta y alarma por un sueño, por una idea vaga. Tú mereces ser

feliz, puesto que te acuerdas de mí en tu felicidad, como yo pienso en ti en mi vida monótona; un poco gris, pero llena; sobria, pero productiva: así, pues, que Dios te bendiga.

XXIX

EL SEÑOR DE L'ESTORADE A LA BARONESA DE MACUMER

Diciembre, 1825

Señora:

Mi esposa no ha querido que os enteraseis por medio de la vulgar participación de un suceso que nos llena de alegría. Acaba de dar a luz un varoncito, y retrasamos su bautizo hasta el momento en que vos regreséis a vuestras tierras de Chantepleurs. Renata y yo esperamos que os llegaréis hasta la Crampade y seréis la madrina de nuestro primogénito. Con esta esperanza, acabo de inscribirlo en el registro civil con los nombres de Armando Luis de L'Estorade. Nuestra querida Renata ha sufrido mucho, pero con una paciencia angelical. Ya la conocéis. Se ha visto fortalecida en esta primera prueba del oficio de madre por la certidumbre de la felicidad que nos daba a todos. Sin entregarme a las exageraciones, un poco ridículas, de los padres que son padres por primera vez, puedo aseguraros que Armandito es muy lindo; pero no os costará trabajo creerlo cuando os diga que tiene los rasgos y los ojos de Renata. Ahora que el médico y el comadrón nos han asegurado que Renata no corre el menor peligro, como ella misma va a criarlo el niño ha tomado el pecho y la leche es abundante. ¡Tiene Renata una naturaleza tan sana! Mi padre y yo podemos entregarnos tranquilamente a nuestros transportes de alegría. Señora, esta alegría es tan grande, tan intensa, tan llena, anima de tal modo la casa, ha cambiado tanto la existencia de mi cara esposa, que para vuestra felicidad deseo que os encontréis bien pronto en el mismo caso. Renata ha mandado arreglar un apartamento, que yo quisiera digno de nuestros huéspedes, en el que seréis recibidos, si no con lujo, por lo menos con fraternal cordialidad.

Renata me ha hablado, señora, de los sentimientos que abrigáis hacia nosotros y aprovecho esta ocasión tan propicia para daros las gracias. El nacimiento de mi hijo ha determinado a mi padre a hacer sacrificios a los cuales difícilmente se resuelven los ancianos: acaba de adquirir dos nuevas fincas. La Crampade es ahora una tierra que reporta treinta mil francos. Mi padre va a solicitar del rey permiso para erigirla en mayorazgo; procurad obtener para él el título de que hablabais en vuestra última carta y habréis hecho ya algo en pro de vuestro ahijado.

En cuanto a mí, seguiré vuestros consejos únicamente para que vos y Renata estéis juntas durante las sesiones. Estudio con ahínco y procuro convertirme en lo que llaman *un hombre especial*. Pero nada me dará más valor que saber que sois la protectora de mi Armandito. Prometednos, pues, que vendréis a desempeñar vos, tan hermosa e inteligente, el papel de hada de mi hijo primogénito. De este modo, señora,

habréis aumentado con un eterno agradecimiento los sentimientos de afecto respetuoso con los cuales tengo el honor de ser.

Vuestro muy humilde y obediente servidor,

Luis de l'estorade.

XXX

LUISA DE MACUMER A RENATA DE L'ESTORADE

Enero de 1826

Macumer acaba de despertarme con la carta de tu marido, ángel mío. Empiezo por decir que *sí*. A fines de abril iremos a Chantepleurs. Será para mí un placer inmenso el de verte y ser madrina de tu primer hijo; mas quiero que Macumer sea el padrino. Una alianza católica con otro compadre me resultaría odiosa. ¡Ah, si hubieras podido ver la expresión de su rostro cuando le dije esto, sabrías cuánto me ama ese ángel!

—Quiero que vayamos juntos a la Crampade, Felipe —le dije—, y quizá tendremos allí un hijo. Yo también quiero ser madre... aunque entonces tendría que repartirme entre nuestro hijo y tú. Además, si viese que preferías a una criatura a mí, aunque fuese un hijo mío, no sé lo que ocurriría. Quizá Medea tuviese razón. ¡Hay tantas verdades en los autores antiguos!

Él se echó a reír. De modo, mi querida cervatilla, que tú tienes el fruto sin haber tenido las flores mientras que yo tengo las flores sin el fruto. Continúa el contraste de nuestros destinos. Somos bastante filosóficas para ponernos a buscar algún día el sentido y la moral de todo ello. Sólo llevo casada diez meses y en realidad no puede decirse que haya perdido el tiempo. Llevamos la vida disipada y, sin embargo, plena de las personas felices. Los días nos parecen demasiado cortos. La gente, que ha vuelto a verme disfrazada de mujer hecha y derecha, encontró a la baronesa de Macumer mucho más linda que a Luisa de Chaulieu: el amor feliz da belleza. Cuando, un hermoso día de sol o bajo una bella helada de enero, cuando los árboles de los Campos Elíseos se muestran florecidos de blancos racimos de estrellas, cruzamos, Felipe y yo, en nuestro cupé, por delante del “todo París”, unidos donde el año pasado estábamos separados, acuden a mi mente las ideas por millares y tengo miedo de parecer demasiado insolente, como tú presentías en tu última carta.

Ignoro las alegrías de la maternidad; ya me las contarás y así seré madre a través tuyo; pero, a mi entender, no hay nada comparable a los placeres del amor. Quizá me encuentres muy extraña, pero en diez meses he tenido diez veces la sorpresa de ver que estaba deseando morir a los treinta años de edad, en todo el esplendor de la vida, entre las rosas del amor y en el seno de los placeres, de irme satisfecha, sin pesar, después de haber vivido bajo este sol, en pleno éter, e incluso un poco muerta y a causa del amor, sin haber perdido nada de mi corona, ni siquiera una hoja, y cuando aún conservaba intactas todas mis ilusiones. Imagina por un momento lo que debe ser un corazón joven en un cuerpo viejo, encontrar los rostros mudos, fríos, donde antes

todo el mundo, incluso los indiferentes, nos sonreía; ser, en fin, una mujer respetable... ¡Qué horror! Eso es un infierno anticipado.

Felipe y yo tuvimos nuestra primera disputa sobre este punto. Yo quería que él tuviera bastante fuerza de voluntad para matarme a los treinta años, cuando estuviese durmiendo, sin que me diera cuenta de nada, de hacerme pasar de un sueño a otro. El monstruo no ha querido. Le he amenazado con dejarle solo en la vida y, ¡cómo ha palidecido el pobre muchacho! Este gran ministro se ha convertido, querida mía, en un auténtico bebé. Resulta increíble la dosis de juventud e ingenuidad que ocultaba. Ahora que pienso en voz alta ante él, como ante ti, ahora que le he introducido en este régimen de confianza, los dos nos maravillamos mutuamente.

Querida amiga, estos dos amantes, Felipe y Luisa, quieren mandar un regalo a la parturienta. Quisiéramos encargarnos algo que te agradase. Dinos, pues, francamente lo que deseas porque no estamos acostumbrados a dar sorpresas al estilo de los burgueses. Queremos que nos recuerdes constantemente a través de algún objeto que te sirva todos los días y no se destruya con el uso. Nuestra comida más alegre, más íntima y más animada, puesto que en ella estamos los dos solos, es para nosotros el desayuno; he pensado, pues, enviarte un servicio especial para el desayuno. Si apruebas la idea, contéstame enseguida. Para llevártelo hace falta encargarlo antes, y los artesanos de París son como unos reyes holgazanes. Esa será mi ofrenda a la diosa Lucinia.

Adiós, querida nodriza, te deseo todos los placeres de las madres y aguardo con impaciencia la primera carta en que me lo cuentes todo. ¿Verdad que lo harás? Ese comadrón me hace temblar. Las palabras de tu marido me han saltado, no a los ojos, sino al corazón. ¡Pobre Renata! Un hijo cuesta caro, ¿verdad? Ya le diré yo a ese ahijado mío lo mucho que debe quererte. Mil besos, ángel mío.

RENATA DE L'ESTORADE A LUISA DE MACUMER

Pronto hará cinco meses que tuve a mi hijo y aún no he encontrado, amiga mía, un solo instante para escribirte. Cuando seas madre me disculparás más de cuanto lo hayas hecho ya, aunque me has castigado un poco al hacer más raras tus cartas. Escíbeme, pequeña mía. Cuéntame todos tus placeres, píntame tu felicidad con vivos colores, no temas afligirme por ello, pues soy feliz, más feliz de lo que pudieras imaginarte jamás.

Fui a la parroquia a oír una misa de recién parida con gran solemnidad, como suelen hacer nuestras viejas familias de Provenza. Los dos abuelos, el padre de Luis y el mío, me daban el brazo. Nunca me había arrodillado delante de Dios con semejante sentimiento de gratitud. Tengo tantas cosas que decirte, tantos sentimientos que expresarte que no sé por dónde empezar; pero de entre tanta confusión se eleva un recuerdo radiante, el de mi oración en la iglesia.

Cuando, en este mismo lugar donde, siendo una joven doncella, había dudado de la vida y de mi porvenir, me encontré metamorfoseada en madre gozosa creí ver a la Virgen del altar inclinar su cabeza y mostrarme el divino Miño, que parecía sonreírme. ¡Con qué santa efusión de amor celestial he presentado nuestro Armandito a la bendición del cura, que le ha dado el agua de socorro en espera de la del bautismo! Pero ya nos verás a los dos pronto, a Armandito y a mí.

Hija mía, como ves te llamo hija mía pero es que, en efecto, el de hijo es el nombre más dulce que pueda haber en el corazón, en la mente y en los labios de una madre. Así, pues, hija mía, durante los dos últimos meses de mi embarazo me arrastraba penosamente por mi jardín, fatigada, abrumada por la molestia de aquel fardo que yo no imaginaba tan dulce y querido, a pesar de las molestias de esos dos meses. Tenía tantas aprensiones, previsiones tan siniestramente mortales, que la curiosidad no era lo más fuerte. Trataba de convencerme a mí misma de que la naturaleza no puede ser temible, y me prometía llegar a ser madre. Pero no sentía nada en mi corazón al advertir que aquella criatura me daba tan lindos puntapiés en las entrañas. Es posible que a una le agraden esos golpes cuando ha tenido ya otros hijos, pero la primera vez los movimientos de una vida desconocida producen más asombro que placer. Te hablo de mí, que no soy falsa ni teatral, y cuyo hijo venía más bien de Dios —porque es Dios quien envía los hijos—, que de un hombre amado. Pero dejemos estas tristezas pasadas, que ya no volverán, según espero.

Cuando llegó la crisis reuní en mí tantos elementos de resistencia, esperé la llegada de tales dolores, que soporté maravillosamente, según me han dicho, la horrible tortura. Hubo una hora, querida amiga, en la que me abandoné a un anonadamiento cuyos efectos fueron los mismos que los de un sueño. Sentí como dos

cosas a la vez: una envoltura atenazada, desgarrada, torturada, y un alma plácida y serena. En este extraño estado el dolor floreció como una corona por encima de mi cabeza. Pareció como si una inmensa rosa salida de mi cráneo creciera y me envolviese. El color rojo de esta flor sangrienta estaba en el aire. Todo lo veía rojo. Cuando había llegado al punto en que parece que ha de consumarse la separación entre el cuerpo y el alma, sentí un dolor que me hizo creer en la muerte inmediata. Proferí gritos terribles y encontré nuevas fuerzas contra nuevos dolores. Este horrible concierto de clamores se vio rasgado de súbito por el canto delicioso, por los vagidos argentinos de la criatura. No hay nada que pueda parecerse a ese momento: era como si el mundo entero gritase conmigo, como si todo fuese dolor y clamor; pero todo quedó apagado por el débil grito del niño. Me volvieron a acostar en mi cama grande, en la que entré como en el paraíso, aunque me sentía sumamente debilitada. Tres o cuatro rostros alegres, con los ojos bañados en lágrimas, me mostraron entonces al niño. Querida, al verle proferí un grito de espanto.

—Ese pequeño mico —dije—, ¿estáis seguros de que es un niño? —pregunté.

Me acosté de lado, algo decepcionada al no sentirme más madre de lo que me sentía.

—No os atormentéis, querida —me dijo mi madre, que se había constituido en mi guardiana—, habéis dado a luz la criatura más linda del mundo. Cuidad de no perturbar vuestra imaginación, es preciso que pongáis todo vuestro interés en convertirlos en una bestia, en ser justamente la vaca que come para poder producir leche.

Me dormí con la firme intención de dejarme llevar por la naturaleza. Ángel mío, al despertar de estos dolores, de todas estas sensaciones confusas, de estas primeras jornadas en las que todo es oscuro, penoso e indeciso, resultó divino. Las tinieblas se vieron animadas por una sensación cuyas delicias sobrepasaban las del primer grito de mi hijo. Mi corazón, mi alma, mi ser, un yo desconocido había despertado en su envoltura, hasta entonces sufriente y gris, como brota la flor de la semilla y a la radiante llamada del sol. El pequeño monstruo cogió mi pecho y empezó a mamar: ¡he aquí el *Fiat lux!* De pronto he sido madre. He aquí la felicidad, la alegría, una alegría inefable, aunque no se realice sin algunos dolores. ¡Oh mi hermosa celosa, cuándo apreciarás un placer que no se halla más que entre nosotras, el hijo y Dios! Esa pequeña criatura no conoce absolutamente nada más que nuestro seno. En el mundo no hay nada para él más que ese punto brillante, lo ama con todas sus fuerzas, no piensa más que en esa fuente de vida, viene a ella, la deja para dormir, despierta para volver a ella. Sus labios tienen un amor inexplicable y cuando se adhieren al seno producen a la vez dolor y placer, un placer que llega hasta el dolor o un dolor que acaba en un placer; no sabría explicarte una sensación que desde el seno irradia en mí hasta las fuentes de la vida, pues me parece que se trata de un centro de donde parten mil rayos que alegran el corazón y el alma. Dar a luz rio es nada, pero amamantar, es dar a luz a todas horas. ¡Oh, Luisa, no hay caricias de amante que

puedan valer lo que valen esas manecitas rosadas que se posan tan dulcemente y tratan de aferrarse a la vida! ¡Qué miradas lanza alternativamente un niño desde nuestro seno hacia nuestros ojos! Usa las fuerzas de la inteligencia tanto como las del cuerpo. La adorable sensación de su primer grito, que fue para mí como el primer rayo de sol para la tierra, volví a encontrarla cuando advertí que mi leche llenaba su boca; volví a encontrarla al recibir su primera sonrisa su primer pensamiento. ¡Ha reído, querida amiga! Esa risa, esa mirada, ese mordisco, ese grito, esos cuatro goces son infinitos: van hasta el fondo del corazón, remueven en él cuerdas que sólo ellos pueden hacer vibrar. Los mundos deben de adherirse a Dios como un hijo se adhiere a todas las fibras de su madre: Dios es un gran corazón de madre. No hay nada visible ni perceptible en la concepción, ni siquiera en el embarazo; pero ser nodriza, querida Luisa, es una felicidad de todos los instantes. Una puede ver en lo que se convierte la leche, cómo se hace carne, cómo florece en el extremo de esos deditos que parecen flores y tienen toda su delicadeza, crece en forma de unas uñas finas y transparentes, se afila en forma de cabellos, se agita en sus pies. Los pies de los niños constituyen todo un lenguaje; el niño empieza a expresarse por medio de los pies. Amamantar, Luisa, es una transformación que una va observando hora tras hora con aire embelesado. No oyes sus gritos con el oído, sino a través del corazón; las sonrisas de los ojos y de los labios, los movimientos de los pies, los comprendéis como si Dios escribiera en el espacio con letras de fuego. Ya no hay nada en el mundo que os interese. ¿El padre? Lo mataríamos si tuviera la desgracia de despertar al niño. ¡Nosotras somos el mundo para la criatura, como la criatura es el mundo para nosotros! ¡Estamos tan seguras de que nuestra vida es compartida, nos sentimos tan ampliamente recompensadas de las fatigas y de los sufrimientos!... ¡Dios te libre de tener una grieta en el pecho! Esa herida que vuelve a abrirse bajo los rosados labios, que tan difícilmente se cura y que causa torturas capaces de volvernos locas si no tuviéramos la dicha de ver la boquita del niño rebosante de leche, es uno de los más terribles castigos de la belleza. Piensa, Luisa, que esas grietas sólo se producen en una piel delicada y fina.

Mi monito se ha convertido a los cinco meses en la criatura más linda que jamás madre alguna haya bañado con sus lágrimas gozosas, lavado, cepillado, peinado y engalanado; porque sólo Dios sabe con qué infatigable ardor se engalana, se viste, se cepilla, se lava, se muda o se besa a estas florecillas. Así, pues, mi mico ya no es un mico, sino un *baby*, como dice mi criada inglesa, un *baby* blanco y sonrosado. Y como se siente amado, no llora mucho; pero a decir verdad, apenas le dejo un momento y procuro impregnar su ser de mi alma entera.

Querida, ahora abrigo hacia Luis un sentimiento que no es amor, pero que en una mujer amante debe completar el amor. Ya no sé si esta ternura, este agradecimiento limpio de todo interés sobrepasaba al amor. Por todo lo que tú me has contado, pequeña mía, el amor tiene algo de horriblemente terrestre, mientras que hay no sé qué de religioso y divino en el afecto que una madre feliz profesa a aquel de quien

proceden esas largas, eternas alegrías. El gozo de una madre es una luz que se proyecta hacia el futuro y lo ilumina, pero que se refleja también en el pasado para conferirle el encanto de los recuerdos.

Por otra parte, el viejo l'Estorade y su hijo han duplicado su bondad para conmigo. Soy como una nueva persona para ellos: sus palabras, sus miradas me llegan al alma, pues me agasajan de nuevo cada vez que me ven y me hablan. El viejo abuelo se vuelve niño; me mira con admiración. La primera vez que bajé a desayunar y me vio comiendo y dando el pecho a su nietecito, se echó a llorar. Las lágrimas en aquellos dos ojos secos, en los que apenas brillaban otros pensamientos que no fueran los del dinero, me hicieron un bien extraordinario; pareció como si el buen hombre comprendiera mi gozo. En cuanto a Luis, habríale dicho hasta a los árboles y a los guijarros de la carretera que tiene un hijo. Se pasa horas enteras contemplando a tu ahijado como duerme. Dice que no sabe cuándo se hará a la idea de que tiene un hijo. Estas excesivas demostraciones de alegría me han revelado la medida de sus temores y aprensiones. Luis, ha terminado por confesarme que desconfiaba de sí mismo y se creía condenado a no tener nunca hijos. Mi pobre Luis ha cambiado de pronto para ser mejor, estudia todavía más que antes. Este muchacho ha doblado la ambición de su padre. En cuanto a mí, amiga del alma, cada vez me siento más dichosa. Cada hora hace nacer un nuevo vínculo entre la madre y su hijo. Lo que siento en mí me demuestra que este sentimiento es impercedero, natural, de todos los instantes; en cambio, sospecho que el amor, debe tener intermitencias. No se ama del mismo modo en todos los instantes, no es posible bordar sobre esta tela de la vida flores siempre brillantes; en suma, el amor puede y debe cesar; pero la maternidad no puede sufrir disminución alguna, se acrecienta con las necesidades del niño, se desarrolla con él. ¿No es esto, acaso, a la vez, pasión, necesidad, sentimiento, deber, felicidad? Sí, pequeña mía, esta es la vida propia de la mujer. Nuestra sed de abnegación se ve así satisfecha, sin los trastornos ocasionados por los celos. Quizá constituya esto el único punto en que la Naturaleza y la Sociedad están de acuerdo sobre nosotras. La Sociedad ha enriquecido aquí a la Naturaleza, pues ha aumentado el instinto maternal a través del espíritu de familia, por medio de la continuidad del hombre, de la sangre, de la fortuna. ¡Con qué amor debe rodear una mujer al ser querido que fue el primero en descubrirle semejantes alegrías, que le hizo desplegar las fuerzas de su alma y le enseñó el sublime arte de la maternidad! El derecho de primogenitura, que por su antigüedad parece haber nacido con el mundo y se confunde con el origen de las Sociedades, me parece indiscutible. Cuántas cosas no le enseña un hijo a su madre! ¡Se encierran tantas promesas entre nosotras y la virtud de esta protección incesante a un ser débil que la mujer solo se siente en su verdadera esfera cuando es madre; solamente entonces despliega sus fuerzas, practica los deberes de su vida, alcanza toda su felicidad y todos sus placeres! Una mujer que no es madre es un ser incompleto, al que le falta algo. ¡Procura llegar a ser madre, ángel mío! Entonces multiplicarás tu actual felicidad con todos mis placeres.

Te he dejado un momento porque he oído llorar a tu señor ahijado y su llanto me llega desde el extremo del jardín. No quiero dejar partir esta carta sin decirte unas palabras de despedida; he vuelto a leerla y estoy asustada por las vulgaridades de sentimientos que contiene. Me parece que lo que yo siento todas las madres lo han sentido como yo, deben expresarlo de la misma manera y tú te burlarás de mí, como se burla una de la ingenuidad de todos los padres que hablan de la inteligencia y de la hermosura de sus hijos, y encuentran siempre en ellos algo extraordinario. En fin, pequeña mía, lo más importante es que ahora soy tan dichosa como desgraciada me sentía antes. Esta finca, que por otra parte va a convertirse en un mayorazgo, es para mí la tierra de promisión. He acabado por atravesar mi desierto. Mil besos, pequeña mía. Escíbeme ahora que ya puedo leer sin llorar el relato de tu dicha y de tu amor. Adiós.

XXXII

LA SEÑORA DE MACUMER A LA SEÑORA DE L'ESTORADE

Marzo de 1826

Querida mía, hace ya más de tres meses que no te he escrito y tampoco he recibido ninguna carta tuya... Soy yo la más culpable de las dos porque no contesté a la tuya, pero no eres susceptible, que yo sepa. Tu silencio ha sido interpretado por Macumer y por mí como una aprobación a la idea de que te enviemos el juego de desayuno de que te hablaba, y ese hermoso regalo va a partir mañana hacia Marsella: los artesanos tardaron seis meses en realizarlo. Hoy me desperté sobresaltada cuando Felipe me propuso ir a ver ese servicio de desayuno antes de que el orfebre lo embalase. De pronto recordé que no nos habíamos dicho nada desde el día en que me sentí madre contigo.

Ángel mío, este terrible París es mi excusa; ahora espero la tuya. ¡Oh, el mundo! ¡Qué abismo tan insondable! ¿No te había dicho nunca que en París sólo se puede ser parisiense? El mundo rompe aquí todos los sentimientos, arrebatando todas las horas, nos devoraría el corazón si no tuviésemos cuidado. ¡Qué asombrosa obra maestra es la creación de Celimena en el *Misántropo* de Moliere! Es la mujer de mundo de la época de Luis XIV, igual a la de nuestro tiempo, igual a la de todas las épocas. ¿Dónde habría ido yo a parar sin mi amor por Felipe? Esta mañana, al hacerme estas reflexiones, le dije que era mi salvador. Si mis veladas están ocupadas por las fiestas, por los bailes, por los conciertos, por los espectáculos, al regresar encuentro los goces del amor que, con sus locuras, consuela mi corazón, y le curan las heridas del mundo. No he comido en casa más que los días que tuvimos en ella a esas personas a quienes la gente llama “los amigos” y no me he quedado en ella más que el día que tengo reservado para recibir visitas. Ese día es el miércoles. He entrado así en competencia con las señoras d'Espard y de Maufrigneuse y con la anciana duquesa de Lenoncourt. Mi casa tiene fama de ser divertida. Me dejo llevar por la moda al ver a mi Felipe dichoso con mis éxitos. Le reservo las mañanas, pero desde las cuatro de la tarde hasta las dos de la madrugada pertenezco a París. Macumer es un admirable amo de casa: tan inteligente y serio, tan realmente grande y de una elegancia tan perfecta que se haría amar por cualquier mujer que se hubiera casado con él por conveniencia. Mi padre y mi madre han partido hacia Madrid. Muerto Luis XVIII, la duquesa obtuvo fácilmente de nuestro buen Carlos X el nombramiento de su encantador poeta, a quien ella lleva en calidad de agregado de embajada. Mi hermano, el duque de Rhétoré, se digna mirarme como a un ser importante. En cuanto al conde de Chaulieu, militar de fantasía, me es deudor de eterna gratitud: mi fortuna fue

empleada, antes de que mi padre partiese, en constituirle en tierras un mayorazgo de cuarenta mil francos de renta, y su boda con la señorita de Mortsauf, rica heredera de Turena, es cosa hecha. El rey, para que no se extingan el nombre y los títulos de las casas de Lenoncourt y de Givry, va a autorizar a mi hermano para que suceda en los nombres, títulos y armas a los Lenoncourt-Givry. En efecto, ¿cómo dejar perecer esos dos hermosos hombres y la sublime divisa de *Faciam semper monstramus*? La señorita de Mortsauf, nieta y única heredera del duque de Lenoncourt-Givry, reunirá, según dicen, más de cien mil libras de renta. De este modo mi hermano será duque de Lenoncourt. El joven Mortsauf, a quien debía corresponder toda esta fortuna, está en el último grado de una enfermedad del pecho y se espera que muera de un momento a otro. La boda tendrá lugar durante el próximo invierno, después del período de luto. Dicen que tendré una bella cuñada en la persona de Magdalena de Mortsauf. Como ves, mi padre tenía razón en sus argumentos. Este resultado me ha valido la admiración de muchas personas y se comprende mi casamiento. Por afecto hacia mi abuela, el príncipe de Talleyrand simpatiza con Macumer, de modo que nuestro éxito es completo. Después de haber empezado por censurarme, el mundo me otorga ahora su plena aprobación. En fin, que ahora reino en este París donde era tan poca cosa hace años. Macumer ve envidiada su felicidad por todo el mundo porque soy *la mujer más inteligente de París*. Ya sabes que en París hay más de veinte *mujeres más inteligentes de París*. Los hombres me arrullan con frases de amor o se contentan con expresarme ese amor con miradas llenas de deseo. Realmente, en este concierto de deseos y de admiraciones hay una satisfacción tan constante para la vanidad que ahora comprendo los enormes dispendios que realizan las mujeres para disfrutar de estos goces tan ligeros y fugaces. Este triunfo embriaga el orgullo, la vanidad, el amor propio, todos los sentimientos del yo, en suma. Esta continua divinización embriaga tan intensamente que ya no me sorprende ver que las mujeres se vuelven egoístas, olvidadizas y frívolas en medio de esta fiesta. El mundo es muy malo. Una prodiga las flores de su inteligencia y de su alma, su tiempo más precioso, sus esfuerzos más generosos entre personas que os pagan con celos y sonrisas, que os dan la falsa moneda de sus frases, de sus cumplidos y adulaciones a cambio de los lingotes de oro de vuestro valor, de vuestros sacrificios, de vuestras invenciones para ser hermosa, elegante, inteligente, afable y simpática a todos. Se sabe cuán costoso es este comercio, se sabe que a una la roban, pero, a pesar de todo, una se entrega a él. ¡Ah, mi querida cervatilla, cuán grande es la sed que tenemos de un corazón amigo, cuán precioso me resulta el amor y la abnegación de Felipe! ¡Cuánto te quiero a ti también! ¡Con qué alegría estamos realizando los preparativos del viaje para ir a descansar en Chantepleurs de las comedias de la calle del Bac y de todos los salones de París! En fin, acabo de volver a leer tu última carta y espero que te habré descrito plenamente este infernal paraíso de París al decirte que a una mujer de mundo le es imposible ser madre.

Hasta pronto, querida; nos detendremos una semana a lo sumo en Chantepleurs y

estaremos en tu casa el 10 de mayo. Así, pues, nos veremos de nuevo al cabo de más de dos años. ¡Cuántos cambios hemos experimentado! Las dos estamos convertidas en mujeres: yo, la más feliz de las amantes; tú, la más dichosa de las madres. Aunque no te haya escrito, amor mío, no por ello te he olvidado. Y mi ahijado, ese mico, según tú decías, ¿sigue aún tan lindo? ¿Hace honor a su madrina? Tendrá ya más de nueve meses. Quisiera asistir a sus primeros pasos en el mundo; pero Macumer me ha dicho que los niños más precoces apenas caminan a los diez meses.

P. D. —Si me contestas, madre sublime, envía tu carta a Chantepleurs, porque dentro de poco partiré hacia allá.

XXXIII

LA SEÑORA DE L'ESTORADE A LA SEÑORA DE MACUMER

¡Ay, hija mía, si alguna vez llegas a ser madre, entonces sabrás si puede una escribir durante los dos primeros meses de la lactancia! *Mary*, mi criada inglesa, y yo estamos abrumadas de trabajo. Verdad es que no te dije todavía que procuro hacerlo todo por mí misma. Antes del acontecimiento había cosido con mis propios dedos toda la ropa del niño y había hecho sus gorritos. Soy una esclava, hija mía, una esclava de día y de noche. Armando Luis mama cuando quiere y quiere en todo momento. Además, hay que mudarle tan a menudo, limpiarle, vestirlo y a su madre le gusta tanto contemplarlo mientras duerme, cantarle canciones o pasearlo cuando hace buen tiempo, meciéndolo en los brazos, que no le queda tiempo para cuidar de sí misma. En suma, que si tú tienes el gran mundo, yo tengo a mi hijo, ¡a nuestro hijo! ¡Qué vida tan rica y tan llena! Querida mía, ya lo verás. Pero temo que empiece pronto el martirio de la dentición y lo encuentres muy llorón. Hasta ahora no ha llorado mucho porque siempre estoy yo a su lado. Los niños sólo lloran cuando sienten necesidades que una no sabe adivinar, y yo estoy siempre atenta a sus necesidades. ¡Ángel mío, cuánto se ha ensanchado mi corazón mientras tú empequeñecías el tuyo para servir al gran mundo! Te aguardo con impaciencia. Quiero saber lo que opinas de l'Estorade, como quizá querrás conocer tú mi opinión sobre Macumer. Ven, reina de París, ven a nuestro humilde hogar, donde serás amada como te mereces.

XXXIV

LA SEÑORA DE MACUMER A LA VIZCONDESA DE L'ESTORADE

Abril de 1826.

La dirección de mi carta te anunciará, querida, el éxito de mis gestiones. Tu suegro es ya conde de l'Estorade. No he querido salir de París sin haber conseguido lo que deseabas y te escribo en presencia del guardasellos, que ha venido a decirme que la orden había sido firmada ya.

Hasta pronto.

LA MISMA A LA MISMA

Marsella, julio.

Seguramente que mi brusca partida te habrá sorprendido; me siento avergonzada; pero como antes que nada soy sincera y te quiero tanto, voy a decírtelo todo ingenuamente en cuatro palabras: me siento terriblemente celosa. Felipe te miraba demasiado. Al pie de tu peña sosteníais pequeñas conversaciones que eran un suplicio para mí, me ponían mala y cambiaban mi carácter. Tu hermosura realmente española debía recordarle su país y a esa María Heredia, de la cual me siento celosa porque tengo celos hasta del pasado. Tu magnífica cabellera negra, tus bellos ojos pardos, esa frente donde los goces de la maternidad hacen resaltar tus pasados dolores, que son como las sombras de una luz radiante; ese frescor de piel meridional, más blanca que mi blancura de mujer rubia; esa exuberancia de formas, ese seno que brilla entre los encajes como un fruto delicioso, del cual se suspende mi lindo ahijado, todo eso me hería los ojos y el corazón. Por más que yo adornara mi rubia cabellera con flores silvestres o con las más hermosas cintas, todo palidecía ante una Renata que yo no esperaba encontrar en el oasis de la Crampade.

Felipe se aficionaba también demasiado a ese niño al que yo empezaba a odiar. Sí, esa vida insolente que llena tu casa, que la anima, que llora y ríe, la hubiese querido para mí. He adivinado la nostalgia en los ojos de Macumer, y por eso, sin que él se diera cuenta, estuve llorando dos días. En tu casa sufría lo indecible, un verdadero suplicio. Eres una mujer demasiado bella y una madre demasiado feliz para que pueda permanecer yo a tu lado. ¡Ah, hipócrita, y te lamentabas! Ante todo, tu Estorade está muy bien, conversa de un modo muy agradable; sus cabellos negros mezclados con algunos blancos son hermosos; tiene unos ojos muy bellos y sus maneras de meridional poseen un *no sé qué* cautivador. Después de lo que he visto, tarde o temprano llegará a ser nombrado diputado por las Bocas del Ródano; se abrirá camino hacia la Cámara, porque estoy siempre a vuestra disposición en cuanto concierna a vuestras ambiciones. Las miserias del exilio le han dado ese aire tranquilo y sereno que a mi parecer constituye la mitad de la política. En mi opinión, querida, toda la política consiste en parecer grave. Por eso le decía yo a Macumer que él debe ser un gran hombre de Estado.

En fin, después de haber adquirido la certeza de tu felicidad, me voy rápidamente, y muy contenta, hacia mi querido Chantepleurs, donde Felipe se las arreglará para ser padre; no quiero recibirme allí hasta tener en mi regazo un hermoso niño parecido al tuyo. Merezco todos los epítetos que quieras darme: soy absurda, infame, falta de

inteligencia. Desgraciadamente, una es todas esas cosas cuando está celosa. No te guardo rencor, pero sufría, has de perdonarme que me haya sustraído a esos padecimientos. Si me hubiese quedado dos días más, habría hecho alguna tontería. Sí, habría hecho algo de mal gusto. A pesar de la rabia que me roía el corazón, estoy contenta por haber venido, contenta por haberte visto madre, tan bella y tan fecunda, todavía amiga mía en medio de tus alegrías maternas, como yo sigo siendo amiga tuya en medio de mis amores. Fíjate, aquí, en Marsella, a dos pasos de vuestra casa, estoy otra vez orgullosa de ti, orgullosa de la gran madre de familia que vas a ser. ¡Con qué fino sentido adivinabas tu vocación! Pues me parece que has nacido para ser madre más que amante, como yo he nacido para el amor más que para la maternidad. Algunas mujeres no pueden ser madres ni amantes, porque son demasiado feas o demasiado estúpidas. Una buena madre y una esposa-amante deben poseer ingenio en todo momento, discernimiento, y saber en cualquier instante desplegar las cualidades más exquisitas de la mujer. Te he observado bien y esto, ¿no equivale a decirte, amiga mía, que te he admirado? Tus hijos serán felices y bien educados, se sentirán bañados por las efusiones de tu ternura, acariciados por la claridad de tu alma.

Dile a Luis, la verdad acerca de mi partida, pero adórnala con honestos pretextos a los ojos de tu suegro, que parece ser vuestro intendente, y sobre todo a los ojos de tu familia, una verdadera familia Harlowe, con espíritu provinciano. Felipe ignora todavía el motivo de que haya querido marcharme y no lo sabrá jamás. Si me lo pregunta, procuraré encontrar un pretexto cualquiera. Probablemente le diré que has tenido celos de mí. No te enfades por esta pequeña mentira oficiosa. Adiós, te escribo apresuradamente para que tengas esta carta a la hora del desayuno, y el postillón encargado de llevártela está ya aquí bebiendo mientras yo escribo. Dale muchos besos de mi parte a mi querido ahijado. Ven a Chantepleurs durante el mes de octubre; estaré allí sola mientras Macumer se marcha a Cerdeña, donde quiere efectuar grandes cambios en sus dominios. ¡Adiós!

XXXVI

LA VIZCONDESA DE L'ESTORADE A LA BARONESA DE MACUMER

Querida, nuestro asombro fue imposible de expresar cuando, a la hora del desayuno, nos dijeron que habíais partido y, sobre todo, cuando el postillón que os llevó hasta Marsella nos entregó tu insensata carta. Pero, mala persona, aquellas conversaciones al pie de la peña, en el “banco de Luisa”, sólo versaban acerca de tu felicidad, e hiciste mal en molestarte. ¡Ingrata, te condeno a volver aquí tan pronto como te lo pida! En esa odiosa carta, garrapateada en papel de mesón, no me dices adonde vas de modo que me veo obligada a dirigirte esta respuesta a Chantepleurs.

Escucha, querida hermana de elección, y sabe que, ante todo, quiero que seas dichosa. Tu marido, Luisa mía, tiene una profundidad de alma y pensamiento que impone tanto como su gravedad natural y su noble continente; además, en su fealdad, tan espiritual, y en su mirada aterciopelada hay un poder realmente majestuoso, hasta el punto de que necesité algún tiempo antes de establecer esa familiaridad sin la cual es difícil observarse a fondo. En fin, ese hombre ha sido primer ministro y te adora casi como se adora a Dios; por lo tanto, debía disimular profundamente y para buscar secretos en el fondo de ese diplomático, bajo las rocas de su corazón, tenía que desplegar tanta habilidad como astucia; pero conseguía, sin que nuestro hombre se diera cuenta de ello, descubrir muchas cosas de las cuales mi pequeña no tiene ni la menor sospecha. Entre nosotras dos, yo soy un poco la Razón mientras tú eres la Imaginación; yo soy el grave Deber y tú eres el loco Amor. Este contraste espiritual, que al principio sólo existía entre nosotras, la suerte se ha complacido en continuarlo en nuestros destinos. Yo soy una humilde vizcondesa campesina, excesivamente ambiciosa, que debe conducir a su familia por una senda de prosperidad; mientras que el mundo sabe que Macumer ha sido duque de Soria y que, duquesa por derecho, reinas sobre ese París en el que tan difícil le es a todos, incluso a los reyes, eso de reinar. Posees una hermosa fortuna, que Macumer va a doblar si realiza sus proyectos para la explotación de sus inmensos dominios de Cerdeña, cuyos recursos son en Marsella bien conocidos. Confiesa que si alguna de nosotras tuviera que estar celosa, sería yo. Pero demos gracias a Dios porque cada una de nosotras tenga el corazón puesto a un nivel demasiado alto para que nuestra amistad esté por encima de las vulgares pequeñeces. Te conozco y sé que estás avergonzada por haberme abandonado. A pesar de tu fuga, no voy a ahorrarte ni una sola de las palabras que hoy pensaba decirte bajo la roca. Léeme, pues, con atención, te lo ruego, ya que se trata de ti todavía más que de Macumer. Ante todo, pequeña mía, debo decirte que tú no amas a ese hombre. Antes de que hayan transcurrido dos años, te habrás cansado de su adoración. No verás jamás en Felipe un marido, sino un amante, del que te

burlarás sin escrúpulo alguno, como se burlan de su amante todas las mujeres. No, no te impresiona, no tienes por él ese profundo respeto, esa ternura llena de temor que una verdadera enamorada tiene por aquel a quien mira como a un dios. He estudiado muy bien el amor, ángel mío, y he arrojado más de una vez la sonda en los abismos de mi corazón. Después de haberte examinado bien puedo decírtelo: tú no amas. Sí, mi querida reina de París: lo mismo que todas las reinas, desearías ser tratada como una griseta, desearías verte dominada, arrastrada por un hombre fuerte que, en vez de adorarte, supiera agarrarte fuertemente del brazo en una escena de celos. Macumer te ama demasiado para poder reprenderte o resistirte alguna vez. Una sola de tus miradas, una sola de tus palabras de mujer coqueta hace que se funda su voluntad. Tarde o temprano le despreciarás por quererte tanto. Él te mima, como te mimaba yo cuando estábamos en el convento, porque eres una de las mujeres más seductoras y una de las inteligencias más cautivadoras que pueda uno imaginar. Eres, sobre todo, sincera, y el mundo exige a menudo, para nuestra propia felicidad, mentiras a las que tú no querrás descender jamás. Por ejemplo, el mundo exige que una mujer no deje vislumbrar el imperio que ejerce sobre su marido. Socialmente hablando, un marido no debe aparecer como el amante de su mujer, por mucho que la quiera, como tampoco una esposa debe desempeñar el papel de una amante. Ahora bien, tanto tú como él faltáis a esa ley Hija mía, el mundo, según lo que de él me has contado, lo que menos perdona es la felicidad; por lo tanto, es preciso ocultársela; pero esto no es nada. Hay entre los amantes una igualdad que no puede jamás, en mi opinión, aparecer entre una mujer y su marido, so pena de un enorme trastorno social y desgracias irreparables. Un hombre nulo es algo espantoso; pero hay algo peor, y es el hombre anulado. Llegará un momento en el que tú habrás reducido a Macumer a un estado en que no sea más que la sombra de un hombre: dejará de tener voluntad, ya no será él mismo, sino una cosa modelada a tu antojo; te lo habrás asimilado tan perfectamente que, en vez de ser dos, no habrá más que una persona en vuestro hogar, y ese hogar será entonces necesariamente incompleto; tú serás la primera en sufrir a causa de ello, y el mal no tendrá ya remedio cuando te dignes abrir los ojos. Por mucho que hagamos, nuestro sexo no poseerá jamás las cualidades que distinguen al hombre; y esas cualidades son, más que necesarias, indispensables en la familia. En este momento, a pesar de su ceguera, Macumer vislumbra ese porvenir y se siente menoscabado a causa de su amor. Su viaje a Cerdeña me demuestra que va a intentar encontrarse de nuevo a sí mismo por medio de esa separación momentánea. Tú no vacilas en ejercer el poder que te entrega el amor. Tu autoridad se advierte en los gestos, en la mirada, en el acento. ¡Oh, querida, eres, como te decía tu madre, una loca cortesana! Es verdad, y creo que tú te has dado cuenta de ello, que soy muy superior a Luis; pero ¿me has visto contradecirle alguna vez? ¿No soy en público una mujer que le respeta como la autoridad de la familia? ¡Hipocresía!, dirás tú. Ante todo, los consejos que considero útil darle, mis opiniones, mis ideas, se las someto en el recogimiento y silencio de nuestra alcoba; pero puedo jurarte, ángel mío, que ni

siquiera entonces afecto ante él ninguna autoridad. Si yo no siguiera siendo su mujer, tanto en secreto como en público, él perdería la fe en sí mismo. Querida, la perfección en la caridad consiste en borrarse uno mismo de tal modo que quien reciba el favor no se sienta inferior a quien se lo hace; y esta oculta abnegación nos produce dulzuras infinitas. Mi gloria ha consistido en que tú misma te engañases y me hayas hecho elogios de Luis. La prosperidad, la dicha, la esperanza han hecho, por otra parte, que desde hace dos años recuperase lo que la desgracia, las calamidades, el abandono y la duda le habían hecho perder. En este momento, según mis observaciones, descubro que amas a Felipe para ti y no para él mismo. Hay mucha verdad en lo que te dije tu padre: tu egoísmo de gran dama se halla solamente disfrazado por las flores primaverales de tu amor. Pequeña mía, es necesario amarte mucho para poder decirte estas verdades tan crudas. Déjame que te cuente, con la condición de que nunca le dirás nada de esto al barón, el final de uno de nuestros coloquios. Habíamos entonado tus alabanzas en todos los tonos, porque bien ha visto él que yo te amaba como a una hermana muy querida, y después de haberle llevado, sin que lo advirtiera, al terreno de las confidencias.

—Luisa —le dije— todavía no ha luchado con la vida, ha sido tratada como una niña mimada por la suerte, y quizá sería desgraciada si vos no supierais ser un padre para ella, del mismo modo que sois un amante.

—¿Acaso puedo serlo? —me preguntó.

Se detuvo, como un hombre que ve ante sí el precipicio adonde va a rodar. Esta exclamación fue suficiente. Si tú no hubieses partido, algunos días más tarde me habría dicho algo más.

Ángel mío, cuando ese hombre se halle sin fuerzas, cuando haya encontrado la saciedad en el placer; cuando se sienta, no digo envilecido, pero sí sin dignidad ante ti, los reproches que le haga su conciencia le producirán una especie de remordimiento y te herirán a causa de que tú te sentirás culpable. En fin, acabarás por despreciar a quien no estabas acostumbrada a respetar. Piénsalo: el desprecio es en la mujer la primera forma que adopta el odio. Como eres de noble corazón, te acordarás siempre de los sacrificios que Felipe te haya hecho; pero ya no podrá hacerte más desde el momento en que él mismo se haya saciado de este primer festín, y ¡ay del hombre, igual que de la mujer, que ya no inspiran deseo alguno! Todo se ha dicho ya. Para vergüenza o para gloria nuestra, no podría decidir sobre este punto tan delicado. ¡Somos exigentes únicamente con el hombre que nos ama!

¡Oh, Luisa, cambia, ahora que aún estás a tiempo! Todavía puedes, comportándote con Macumer como yo me comporto con l'Estorade, hacer surgir el león escondido en el interior de ese hombre realmente superior. Se diría que quieres vengarte de su superioridad. ¿Acaso te sentirías orgullosa al ejercer tu poder de un modo que no fuese en provecho tuyo, al convertir un hombre de talento en un grande hombre, tal como yo hago con un hombre corriente en un hombre superior?

Si hubieras permanecido en el campo, también te habría dicho esto por carta;

habría temido tu petulancia y tu ingenio en la conversación, mientras que estoy convencida de que al leerme reflexionarás acerca de tu porvenir. Querida amiga, lo tienes todo para ser feliz, no echés a perder tu felicidad y regresa a París en el mes de noviembre. Esos cuidados y ajetreo del mundo de los que yo me quejaba son diversiones necesarias para vuestra existencia, tal vez algo excesivamente íntima. Una mujer casada debe tener su coquetería. La madre de familia que no hace desear su presencia al hacerse rara en el seno del hogar se expone a que se cansen de ella. Si llego a tener varios hijos, lo cual deseo para mi felicidad, te juro que tan pronto como hayan llegado a cierta edad, me reservaré unas horas durante las cuales estaré sola; porque es preciso hacerse desear por todo el mundo, incluso por los hijos. Adiós, querida celosa. ¿Sabes que una mujer vulgar se sentiría halagada por haberte ocasionado ese arranque de celos? Yo, en cambio, sólo puedo sentirme afligida por ello, porque en mí no hay más que una madre y una amiga sincera. Mil besos. En fin, haz lo que quieras para excusar tu partida; si tú no estás segura de Felipe, yo sí que lo estoy de Luis.

XXXVII

LA BARONESA DE MACUMER A LA VIZCONDESA DE L'ESTORADE

Génova.

Hermosa querida, he tenido el capricho de ver un poco de Italia y estoy encantada por haber arrastrado hacia este país a Macumer, cuyos proyectos sobre Cerdeña han sido aplazados.

Este país me cautiva y me entusiasma. Aquí las iglesias y, sobre todo, las capillas tienen un aspecto amoroso y coquetón que a una protestante deben darle ganas de hacerse católica. Han hecho grandes agasajos a Macumer. Si yo quisiera, Felipe obtendría la embajada de Cerdeña en París, ya que la corte se muestra encantada conmigo. Si me escribes, mándame tus cartas a Florencia. No tengo tiempo para escribirte más detalles; ya te contaré mi viaje cuando vayas a París. Sólo estaremos aquí una semana. Iremos luego a Florencia, pasaremos un mes en Toscana y otro en Nápoles con objeto de estar en Roma en noviembre. Regresaremos por Venecia, donde permaneceremos la primera quincena de diciembre; luego iremos, por Milán y Turín, a París en el mes de enero. Viajamos como dos amantes. La novedad de los lugares renueva nuestra hermosa luna de miel. Macumer no conocía Italia y hemos comenzado por ese magnífico camino de la *Corniche*, que parece construido por las hadas. Adiós, querida. No me guardes rencor si no te escribo; me es imposible encontrar un momento para mí misma cuando estoy de viaje; no tengo tiempo más que para ver, sentir y saborear mis impresiones. Para hablarte de ellas aguardaré a que se hayan revestido de los matices del recuerdo.

XXXVIII

LA VIZCONDESA DE L'ESTORADE A LA BARONESA DE MACUMER

Septiembre.

Querida mía, tienes en Chantepleurs una respuesta bastante larga a la carta que me escribiste desde Marsella. Esc viaje que estáis haciendo en calidad de amantes está tan lejos de disminuir los temores que en aquella carta le manifestaba, que te suplico escribas al Nivernais para que te la remitan.

El Gobierno ha decidido, según dicen, disolver la Cámara. Si esto es una desgracia para la Corona, que debía emplear el último período de esta legislatura en promulgar las leyes necesarias para la consolidación del poder, también es una desgracia para nosotros: Luis no consiente en dejarse elegir diputado, presentará su renuncia cuando llegue el momento oportuno.

Tu ahijado ha dado sus primeros pasos sin necesidad de andadores; por otra parte, es adorable y empieza a hacerme esos pequeños graciosos gestos que indican que no se trata solamente de un órgano que mama, de una vida instintiva, sino de un alma: sus sonrisas están llenas de pensamientos. Voy a destetar a nuestro pequeño en diciembre. Un año de lactancia es suficiente. Los niños que maman demasiado tiempo entontecen. Yo creo en los dichos populares. Debes de tener un éxito fabuloso en Italia, mi hermosa rubia. Mil besos.

XXXIX

LA BARONESA DE MACUMER A LA VIZCONDESA DE L'ESTORADE

Roma, diciembre.

Tengo ya tu infame carta que, al pedírsela, me ha enviado mi administrador desde Chantepleurs. ¡Oh, Renata!... Pero quiero evitarte todo lo que mi indignación podría sugerirme. Te voy a contar solamente los efectos producidos por tu carta. Al regresar de la fiesta encantadora que nos había ofrecido el embajador, en la que brillé con todo mi esplendor y de la cual volvió Macumer con una embriaguez de mí que no sabría describirte, le leí tu horrible respuesta, y se la leí llorando, con peligro de parecerle fea. Mi caro Abencerraje cayó a mis pies y te tachó de tonta; me llevó al balcón del palacio donde residimos y desde el cual divisamos una parte de Roma: allí, su lenguaje ha sido digno de la escena que se ofrecía a nuestros ojos, pues hacía un soberbio claro de luna. Como ya sabemos italiano, su amor, expresado en esta lengua tan dulce y favorable a la pasión, me pareció sublime. Me dijo que, aunque fueses profeta, preferiría una noche feliz o una de nuestras deliciosas mañanas a toda una vida. Calculando así, había vivido mil años. Quería que yo siguiera siendo su amante y no deseaba para él otro título que ese de amante. Está tan ufano y es tan feliz al verse preferido por mí día tras día, que si Dios se le apareciese y le diera a elegir entre vivir otros treinta años según tu doctrina y tener cinco hijos, o no tener más que cinco años de vida continuando con nuestros felices amores, su elección quedaría hecha enseguida: Preferiría ser amado como yo le amo y morir. Estas protestas dichas a mi oído, con mi cabeza apoyada en su hombro y su brazo alrededor de mi cintura, fueron turbadas por los gritos de un murciélago al que perseguía un mochuelo.

Su grito de muerte me produjo tan cruel impresión que Felipe tuvo que llevarme medio desvanecida hasta mi lecho. Pero tranquilízate, aunque ese horóscopo haya resonado en mi alma, esta mañana estoy ya bien. Al levantarme me puse de rodillas ante Felipe y, con mis ojos clavados en los suyos, sus manos entre las mías, le dije:

—Ángel mío, soy una niña, y Renata pudiera tener razón; quizás es solamente el amor lo que amo en ti; pero, al menos, debes saber que no hay otro sentimiento en mi corazón y que te amo a mi modo. En fin, si en mis modales, en las menores cosas de mi vida y de mi alma hubiera algo, fuera lo que fuese, contrario a lo que tú querías o esperabas de mí, dímelo, dámelo a conocer. Me gustaría escucharte y ser guiada en todo por la luz de tus ojos. ¡Renata me asusta, me quiere tanto!

Macumer no tuvo voz para responderme y se echó a llorar. Ahora te doy las gracias, Renata mía; no sabía hasta qué punto soy amada por mi bello, por mi regio

Macumer. Roma es la ciudad ideal para el amor. Cuando se tiene una pasión, es aquí donde hay que venir a gozar de ella, porque aquí se tiene como cómplices a las artes y a Dios. Encontraremos en Venecia al duque y a la duquesa de Soria. Si me escribes, escíbeme a París, pues salimos de Roma dentro de tres días. La fiesta del embajador era la despedida.

P. D. —Querida imbécil, tu carta demuestra que sólo conoces, el amor en teoría. Debes saber que el amor es un principio cuyos efectos son siempre diferentes y ninguna teoría podría abarcarlos ni regirlos. Esto va para mi pequeño doctor con faldas y corsé.

LA CONDESA DE L'ESTORADE A LA BARONESA DE MACUMER

Enero 1827.

Mi suegro ha muerto y yo estoy a punto de tener otro hijo: tales son los acontecimientos principales de este fin de año. Te lo digo así, de golpe, para que la impresión que te haya causado mi sello negro se disipe inmediatamente.

Amiga mía, tu carta de Roma me ha hecho estremecer. Sois dos niños. Felipe es un diplomático que disimula muy bien o un hombre que te ama como amaría a una cortesana a quien entregase la fortuna aun a sabiendas de ser traicionado. Está bien, me consideraréis una tonta; me callaré, pues. Pero déjame decirte que al estudiar nuestros dos destinos saco una conclusión cruel: tú quieres ser amada, pero no amas.

Luis, amiga mía, obtuvo la cruz dé la Legión de Honor al ser nombrado miembro del Consejo General. Ahora bien, como pronto hará tres años que forma parte del Consejo, y mi padre, a quien sin duda verás en París durante el período de sesiones, ha solicitado para su yerno el grado de oficial, hazme el favor de interesarte en este asunto y ejercer tu influencia. Sobre todo, no te preocupes por los asuntos de mi honorable padre, el conde de Maucombe, que quiere obtener el título de marqués; reserva tus favores para mí. Cuando Luis sea diputado, es decir, el próximo invierno, iremos a París, y entonces moveremos el cielo con la tierra para colocarlo en alguna dirección general a fin de poder economizar nuestras rentas al vivir de un sueldo. Mi padre se halla entre el centro y la derecha y sólo pide un título. Como nuestra familia era ya célebre en tiempos del rey Renato, Carlos X no defraudará a un Maucombe; pero me temo que a mi padre le dé la ventolera de pedir algún favor para mi hermano menor; manteniéndole un poco alta la golosina del marquesado, no podrá por menos de pensar sólo en sí mismo.

15 de enero.

¡Ay, Luisa, acabo de salir del infierno! Si tengo valor para hablarte de mis padecimientos es porque me pareces un segundo yo. ¡Y aún así no acabo de decidirme a evocar estos cinco días fatales! La sola idea de las convulsiones me provoca estremecimientos en el alma. No son cinco días los que acaban de transcurrir, sino cinco siglos de dolores. Mientras una madre no haya padecido este martirio, ignorará lo que significa la palabra sufrimiento. He llegado a considerarte feliz porque no tienes hijos; imagínate, pues, cuál sería mi estado de ánimo.

La víspera del día terrible me pareció que el estado del tiempo, que había sido pesado y hasta caluroso, había perjudicado a mi Armandito. El niño, de costumbre tan dulce y cariñoso, estaba malhumorado; lloraba por cualquier cosa, quería jugar y

rompía los juguetes. Quizá todas las enfermedades se anuncian en los niños por medio de estos cambios de humor. Atenta a tan extraño estado de ánimo, observaba en Armando unas sofocaciones y palideces que atribuía al hecho de que le están saliendo cuatro dientes a la vez. Así, pues, lo acosté a mi lado y me despertaba de vez en cuando. Durante la noche tuvo un poco de fiebre, que no me inquietó, pues también lo atribuía a la dentición. Al amanecer me dijo: “¡Mamá!”, pidiéndome con un gesto que le diera de beber, pero con un acento en la voz, con un movimiento convulsivo que me helaron la sangre en las venas. Salté de la cama para ir a prepararle agua azucarada. Figúrate mi espanto cuando, al ofrecerle el vaso, vi que no hacía ningún movimiento: solamente repetía: “¡Mamá!” con una voz que casi no lo era ya. Le cogí la mano, pero ya no obedecía e iba volviéndose rígida. Le llevé entonces el vaso a los labios y el pobrecillo bebió de un modo que me asustó, con tres o cuatro movimientos de deglución convulsivos hasta que se agarró desesperadamente a mí y vi que sus ojos, como revueltos por una fuerza interior se quedaban blancos y sus miembros perdían la flexibilidad. Lancé unos gritos terribles, a los cuales acudió Luis.

—¡Un médico! ¡Un médico!... ¡Que se muere! —le dije gritando.

Luis desapareció y mi pobre Armando:

—¡Mamá! ¡Mamá! —decía, aferrándose a mí.

Fue el último momento en que supo que tenía una madre. Los vasos sanguíneos de su frente se inyectaron y empezaron las convulsiones. Una hora antes de que llegasen los médicos tenía en mis brazos a esta criatura, tan vivaz, tan blanca y sonrosada de ordinario, a esta flor que constituía mi orgullo y mi alegría, rígida como un pedazo de madera. ¡Y qué ojos! Me estremezco sólo al recordarlos. Negro, crispado, desmedrado, mudo, mi pobre Armandito era como una momia. Un médico, dos médicos traídos por Luis desde Marsella, estaban allí de pie, como aves de mal agüero que me hacían estremecer. Uno me hablaba de una fiebre cerebral, otro sólo veía banales convulsiones, frecuentes en los niños. El médico de nuestra comarca me parecía el más sabio porque no recetaba nada. “Son los dientes”, decía el segundo. “Es una fiebre cerebral”, aseguraba el primero. Convinieron en ponerle sanguijuelas en el cuello y trozos de hielo sobre la cabeza. Yo me sentía morir. ¡Estar allí, ver un lívido cadáver, un cadáver azulado o negro, sin movimientos, en lugar de mi criatura ruidosa y vivaracha! Hubo un momento en que mi cabeza se extravió y tuve un acceso de risa nerviosa al ver aquel lindo cuello, que tantas veces había besado, mordido por las sanguijuelas y aquella cabecita encantadora bajo una bolsa llena de pedazos de hielo. Querida, fue preciso cortarle aquella hermosa cabellera que tanto admirábamos, y que tú acariciaste tantas veces, para poder aplicarle el hielo. Cada diez minutos, como en mis dolores de parto, volvían las convulsiones y el pobre pequeño se retorció, ora pálido, ora cárdeno. Al tropezarse, sus miembros, antes flexibles, producían un sonido como si fuesen de madera. ¡Aquella criatura insensible me había sonreído, me había hablado, hacia poco que aún me llamaba mamá! Ante

estas ideas un inmenso dolor me traspasaba el alma, agitándola como los huracanes agitan el mar, y yo sentía todos los vínculos que unen el corazón de un niño con el de su madre. Mi madre, que quizá me habría ayudado, aconsejado o consolado, se encontraba en París. Las madres saben más que los médicos, creo yo, acerca de las convulsiones. Después de cuatro días y cuatro noches, pasadas en alternativas y temores que casi me han matado, todos los médicos fueron de opinión que le aplicase una horrible pomada, la cual le produjo unas llagas terribles. ¡Llagas a mi Armandito, que cinco días antes jugaba, sonreía y trataba de decir: *Madrina!* Me negué a aplicársela, queriendo confiar en la naturaleza. Luis me regañaba, tenía fe en los médicos. Un hombre siempre es un hombre. En estas terribles enfermedades hay instantes en que adoptan la forma de la muerte y durante uno de esos instantes, aquel remedio, del que yo abominaba, me pareció representar la salud de Armandito. Luisa mía, la piel estaba tan seca, tan áspera, que el unguento no se adhería. Me eché entonces a llorar durante tanto rato encima de la cama que dejé la almohada completamente mojada. ¡Los médicos estaban comiendo! Al verme sola, le quité a mi niño todos los tópicos de que le había cubierto la Medicina, lo tomé en mis brazos, lo apreté contra mi pecho, apoyé mi frente contra la suya y rogué a Dios que le diera mi vida, tratando de comunicársela. Le tuve unos instantes así, deseando morir con él para no estar separados ni en la vida ni en la muerte. Querida mía, sentí que me faltaban las fuerzas; cedieron las sacudidas, se movió mi niño y las siniestras y horribles convulsiones habían desaparecido! Lloré como cuando cayó enfermo, subieron los médicos y les mostré a Armando.

—¡Se ha salvado! —exclamó el médico de más edad.

¡Oh, qué palabras, qué música! Los cielos se abrieron. En efecto, dos horas más tarde Armandito renacía; pero yo estaba aniquilada; ha sido preciso, para evitar que cayese enferma, el bálsamo de la alegría. ¡Oh, Dios mío, con qué lazos unís el niño a la madre! ¡Qué clavos nos hincáis en el corazón para tenernos unidos! ¿Es que aún no era yo bastante madre, yo, a quien los balbuceos y los primeros pasos de ese niño me hacían llorar de alegría? ¿Yo, que estudio durante horas y horas para cumplir bien mis deberes e instruirme en el dulce oficio de madre? ¿Era necesario ocasionar estos terrores, ofrecer estas imágenes espantosas a quien hace un ídolo de su hijo? En el momento en que te escribo nuestro Armandito juega, grita, ríe. Procuro encontrar entonces las causas de esta horrible enfermedad de los niños. ¿Es la dentición? ¿Es un proceso especial que tiene lugar en el cerebro? ¿Los niños que sufren convulsiones padecen alguna imperfección en el sistema nervioso? Todas estas ideas me inquietan en relación con el presente tanto como acerca del porvenir. Nuestro médico rural opina que se puede deber a una excitación nerviosa ocasionada por los dientes. Yo daría todos los míos por que los de nuestro pequeño Armando estuviesen ya desarrollados. Cuando veo una de estas perlas blancas asomar en medio de la encía inflamada, me acometen fríos sudores. El heroísmo con que este angelito sufre me indica que tendrá todo mi carácter; me lanza miradas que parten el corazón, La

Medicina no sabe gran cosa sobre las causas de esta especie de tétanos que acaba tan rápidamente como empieza, puesto que no lo puede prevenir ni curar. Te lo repito, una sola cosa es cierta: ver al hijo propio en medio de las convulsiones es el infierno para una madre. ¡Con qué vehemencia lo beso! ¡Cuántos ratos lo tengo en brazos, paseándolo! ¡Sentir este dolor cuando debo dar de nuevo a luz dentro de seis semanas es agravar horriblemente mi martirio, pues tengo miedo por el otro! Adiós, mi querida y amada Luisa; no desees tener hijos, he aquí las últimas palabras que te digo.

XLI

LA BARONESA DE MACUMER A LA CONDESA DE L'ESTORADE

París.

Pobre ángel mío, Macumer y yo te hemos perdonado tus *maldades* al saber cuánto has sufrido. Me he estremecido, he padecido al leer los detalles de esa doble tortura, aunque es menor mi pena por no ser madre. Me apresuro a anunciarte el nombramiento de Luis, que puede lucir ya el distintivo de oficial. ¡Deseabas una niña, quizá tengas una, afortunada Renata! La boda de mi hermano con la señorita de Mortsauf se celebró a nuestro regreso. Nuestro encantador monarca, que realmente es de una bondad admirable, dio a mi hermano el mismo puesto de primer gentilhomme de cámara de que se hallaba investido su suegro.

—El cargo debe acompañar a los títulos —le dijo al duque de Lenoncourt-Givry.

Sólo que quiso que el escudo de armas de los Mortsauf estuviera unido al de Lenoncourt.

Mi padre tenía cien veces razón. Sin mi fortuna nada de esto habría sido posible. Mi padre y mi madre han venido de Madrid para esa boda y regresarán a dicha ciudad después de la fiesta que mañana doy a los recién casados. El carnaval será muy brillante. El duque y la duquesa de Soria están en París; su presencia me inquieta un poco. María Heredia es ciertamente una de las mujeres más bellas de Europa, pero no me gusta el modo que tiene Felipe de mirarla. Por eso aumento mi amor y mi ternura para con él. ““”*¡Ella no te habría querido nunca así!*”, son palabras que me guardo muy bien de decirle, pero que están escritas en todas mis miradas y en todos mis movimientos. Dios sabe si soy elegante y coqueta. Ayer, la señora de Maufrigneuse me decía:

—¡Hija mía, hay que deponer las armas ante ti!

En fin, divierto tanto a Felipe que debe encontrar a su cuñada completamente estúpida. El hecho de no dar a luz a un pequeño abencerraje lo siento tanto menos cuanto que la duquesa dará a luz a su hijo en París y se pondrá fea; si es varón, se llamará Felipe en honor del expatriado. Un malicioso azar hará que sea otra vez madrina. Adiós, querida. Iré pronto este año a Chantepleurs, pues nuestro viaje ha costado sumas exorbitantes; partiré a fines de marzo con el fin de poder ahorrar en el Nivemais. Por otra parte, París me aburre. Felipe suspira tanto como yo por la bella soledad de nuestro parque, nuestros frescos prados y nuestro Loira de hermosa arena, con el cual ningún otro río se puede comparar. Chantepleurs me parecerá delicioso comparado con las pompas y vanidades de Italia porque, después de todo, la magnificencia es aburrida y la mirada de un amante es más bella que un *capo d'opera*

o que un *bel quadro*. Te esperaremos allí y ya no tendré celos de ti. Podrás sondear cuanto quieras el corazón de mi Macumer, pescar en él interjecciones o sacar escrúpulos: te lo entrego con soberbia confianza. Después de la escena de Roma, Felipe me ama más. Ayer me dijo que su cuñada, la María de su juventud, su antigua novia, la princesa Heredia, su primer sueño, era una estúpida. ¡Oh, querida, soy peor que una corista de la Ópera, pues esa injuria me ha producido placer. Le hice observar a Felipe que no hablaba correctamente el francés: pronuncia *esemple* en vez de *exemple*, *saín* en vez de *cinq*, *cheu* en vez de *je*; en fin, es hermosa pero carece de gracia y vivacidad de ingenio. Cuando se le dirige un cumplido, mira como una mujer que no estuviese acostumbrada a recibirlos. Con el carácter que tiene Felipe, a los dos meses de casados habría abandonado a María. En cambio el duque de Soria, don Fernando, y ella están bien avenidos; él es generoso, pero un niño mimado; eso se ve a la legua. Quizá creas que soy demasiado maliciosa y te rías de mí, pero lo que digo es verdad. Mil besos, cariño mío.

XLII

RENATA A LUISA

Mi hijita tiene dos meses; mi madre fue la madrina y el padrino un anciano tío de Luis. La niña se llama Juana.

Tan pronto como pueda, iré a veros de nuevo en Chantepleurs, ya que una nodriza no os asusta. Tu ahijado-dice tu nombre, pero lo pronuncia *Matoumer* porque no sabe decir la c de otra manera. Te haría mucha gracia. Tiene ya todos los dientes y come la carne como un niño mayor, corre y trota como una ratita; pero yo lo miro siempre con ojos inquietos y me desespero al no poder tenerle junto a mí durante el puerperio, que me obliga a permanecer más de cuarenta días en la habitación debido a las precauciones prescritas por los médicos. Hija mía, una no se acostumbra a los partos. Cada vez vuelven los mismos dolores y las mismas aprensiones.

Mi padre encontró más flaco a Felipe y a mi dulce amiga un poco más delgada también. Sin embargo, el duque y la duquesa de Soria han partido: ya no hay el más leve motivo para los celos. ¿Me ocultas, acaso, alguna pena? Tu carta no era tan larga ni tan afectuosa como las otras. ¿Se trata solamente de un nuevo antojo de mi querida caprichosa?

Bueno, ya hay bastante por hoy; me riñen porque te estuve escribiendo tanto rato y la señorita Juana de L'Estorade quiere comer. Adiós, pues, escíbeme tus largas y estupendas cartas.

XLIII

LA SEÑORA DE MACUMER A LA CONDESA DE L'ESTORADE

Por primera vez en mi vida he llorado sola bajo un sauce, mi querida Renata, sobre un banco de madera, a orillas de mi gran estanque de Chantepleurs, un delicioso paisaje que vais a embellecer, ya que sólo le faltan alegres criaturas. Tu fecundidad me ha hecho volver sobre mí misma, pues no tengo hijos y pronto hará tres años que estoy casada. “¡Oh, pensaba yo, aunque hubiera de sufrir cien veces lo que Renata al dar a luz a mi ahijado, aun cuando tuviera que ver a mi hijo en medio de convulsiones, haced, Dios mío, que tenga una criatura angelical como esa Juanita que desde aquí me parece estar viendo, tan linda como el sol!”. Aunque tú no me has dicho nada sobre ello, he reconocido a mi Renata. Parece como si adivinases mis sufrimientos. Cada vez que mis esperanzas resultan fallidas estoy durante varios días llena de inmensa tristeza. ¿Cuándo bordaré gorritos? ¿Cuándo escogeré la tela para una canastilla? ¿Cuándo haré lindos encajes para envolver una cabecita? ¿Es que nunca habré de oír a una de esas encantadoras criaturas llamarme mamá, tirarme del vestido, tiranizarme? ¿No veré nunca en la arena la señal de las ruedas del cochecito? ¿No recogeré las piezas de los juguetes rotos en mi patio? ¿No iré, como tantas otras madres a quienes he visto, a comprar para mis hijos sables, muñecas y otros juguetes? ¿No veré desarrollarse la vida de un ángel que será otro Felipe más amado? Quisiera un hijo para saber cómo puede una mujer querer a su amante, más de lo que él mismo es amado, en otro ser como él. Mi parque, el castillo, me parecen desiertos y fríos. Una mujer sin hijos es una monstruosidad; sólo estamos hechas para ser madres. ¡Oh, mi buen doctor con faldas y corsé, tú has sabido comprender bien la vida! Por otra parte, la esterilidad es horrible en todas las cosas. Mi vida se parece demasiado a los rediles de Gessner y Florian, de los que aseguraba Rivarol que desearía ver lobos en ellos. ¡Yo también quiero ser abnegada! Siento en mí unas fuerzas que Felipe descuida; y si no soy madre, será preciso que invente alguna desgracia. Esto es lo que le acabo de decir a mi retoño de moro, a quien estas palabras hicieron asomar lágrimas a los ojos. Con él no se pueden gastar bromas sobre el amor.

Hay momentos en que siento deseos de hacer novenas, de ir a pedir la fecundidad a alguna madona o a algunas aguas. El próximo invierno consultaré a los médicos. Estoy demasiado furiosa contra mí misma para poder decirte nada más. Adiós.

XLIV

LA MISMA A LA MISMA

París, 1829.

Cómo, querida mía, ¿un año sin recibir carta?... Estoy un poco molesta. ¿Crees, acaso, que tu Luis, que ha venido a verme casi cada dos días, puede sustituirte? No me basta con saber que gozas de buena salud y que vuestros asuntos van bien; quiero tus sentimientos y tus ideas, tal como yo te entrego mis ideas y mis sentimientos, aun a riesgo de ser reprendida, criticada o mal interpretada, porque te amo. Tu silencio y tu retiro en el campo, cuando podrías gozar aquí de los triunfos parlamentarios del conde de l'Estorade, cuya inteligencia le ha valido una gran influencia y que sin duda llegará muy alto cuando se cierren las sesiones, me inspiran graves inquietudes. ¿Te pasas la vida escribiéndole instrucciones? Numa no estaba tan lejos de su ninfa Egeria. ¿Por qué no has aprovechado la ocasión de ver París? Yo gozaría de tu compañía desde hace cuatro meses. Luis me ha dicho que vas a venir a buscarle y a tener tu tercer alumbramiento en París, ¡terrible coneja fecunda! Después de muchas preguntas, ayes y quejas, Luis, aunque diplomático, acabó por decirme que su tío, el padrino de Juanita, estaba muy malo. Ahora bien, te supongo, como buena madre de familia, capaz de sacar partido de la gloria y los discursos del diputado para obtener un legado ventajoso del último pariente materno de tu marido. Tranquilízate, Renata querida, los Lenoncourt, los Chaulieu y el salón de la señora de Macumer trabajan para Luis. Martignac le colocará sin duda en el Tribunal de Cuentas. Pero si no me dices por qué permaneces en provincias, me enfado. ¿Es para no dar la impresión de que tú eres toda la política de la casa de l'Estorade? ¿Por la sucesión del tío? ¿Has tenido miedo de ser menos madre en París? ¡Cómo me gustaría saber si ha sido para que no te vieran aquí, por primera vez, en el estado en que te hallas, grandísima coqueta! Adiós.

XLV

RENATA A LUISA

Te quejas de mi silencio. ¿Olvidas, pues, a estas dos criaturas a las que gobierno y que me gobiernan a mí? Por otra parte has adivinado algunas de las razones que tenía para quedarme en casa. Además del estado de nuestro buen tío, no he querido llevar a París a un niño de cuatro años de edad y una niña de tres, cuando estoy todavía embarazada. No he querido causarte tantas molestias en tu casa, ni aparecer en desventaja en el brillante mundo donde tú reinas, y tengo horror a los apartamentos amueblados o a la vida en los hoteles. El tío de Luis, al enterarse del nombramiento de su sobrino, me dio la mitad de sus ahorros, doscientos mil francos, para comprar una casa en París, y Luis se ha encargado de buscar una por tu barrio. Mi madre me da treinta mil francos para los muebles. Cuando vaya a establecerme en París, al abrirse las sesiones, iré a mi propia casa. En fin, trataré de ser digna de mi querida hermana de elección, dicho sea sin juego de palabras.

Te agradezco mucho que te hayas interesado tanto por Luis, pero a pesar del aprecio que le demuestran los señores de Bourmont y Polignac, que quieren tenerle en su ministerio, a mí no me gusta esa idea, porque se trata de un cargo demasiado comprometido. Prefiero el Tribunal de Cuentas a causa de su inamovilidad. Nuestros asuntos están aquí en muy buenas manos; y una vez que nuestro administrador haya cumplido su cometido, iré al lado de Luis, descuida.

En cuanto a escribir ahora largas cartas, ¿puedo hacerlo acaso? Ésta, en la cual quisiera poder explicarte lo que hago cada día, quedará encima de mi mesa durante una semana. Quizás Armandito haga con ella pajaritas de papel o barcos para las flotas que navegan por su bañera. Por otro lado, la lista de sucesos de uno solo de mis días te será suficiente, ya que todos ellos se parecen y se reducen a dos acontecimientos: los niños sufren o los niños no sufren. Para mí, en esta casa solitaria los minutos son horas y las horas son minutos, según el estado de los niños. Si tengo horas deliciosas las encuentro durante su sueño, cuando no estoy meciendo a la una y cantándole cuentos al otro para que se duerman. Cuando los veo dormidos junto a mí, me digo: “Ya no tengo nada que temer”. En efecto, ángel mío, durante el día todas las madres inventan peligros, sobre todo si los hijos no se hallan bajo su mirada. Son navajas con las cuales Armando ha querido jugar, el fuego que prende en su chaqueta, una víbora que puede picarle, una caída al correr que le produzca un chichón en la cabeza, o las charcas en que puede ahogarse. Como ves, la maternidad trae como consecuencia una serie de poesías dulces o terribles. No hay una hora que no tenga sus alegrías o sus temores. Pero, por la noche, en mi habitación, me llega la hora de soñar despierta, la hora en que arreglo sus destinos. Su sonrisa está entonces iluminada por la sonrisa de los ángeles que veo a su cabecera. A veces Armandito me

llama en sueños y, sin que él lo sepa, voy a darle un beso en la frente y beso los pies de su hermanita, comtemplándoles a los dos, ¡tan lindos! Esas son mis fiestas. Anoche creo que fue nuestro ángel de la guarda el que me hizo correr, muy inquieta, junto a la cuna de Juanita, que tenía la cabeza fuera de la almohada, y encontré a Armandito destapado, con los pies moraditos de frío. —¡Oh, mamita! —me dijo al despertar, besándome.

Ahí tienes, querida, una conmovedora escena nocturna.

¡Cuán útil es para una madre tener a sus hijos a su lado! ¿Hay, acaso, una criada, por buena que sea, que pueda tomarlos en brazos, tranquilizarlos y hacer que se vuelvan a dormir cuando una horrible pesadilla los ha despertado? O explicarles uno de esos terribles sueños, lo cual constituye una tarea tanto más difícil cuanto que un niño escucha a su madre con los ojos a la vez dormidos y asustados, inteligentes e ingenuos. Mi sueño se ha hecho así tan ligero que veo a mis pequeños y les oigo a través del velo de mis párpados. Me despierto al menor suspiro, al menor movimiento. Para mí el monstruo de las convulsiones está siempre acurrucado al pie de sus camitas.

De día la cháchara de mis hijitos empieza con los primeros gritos de los pájaros. A través de los velos del último sueño sus chapurreos se parecen a los trinos matutinos, a las disputas de las golondrinas, pequeños gritos alegres o plañideros que percibo menos con los oídos que con el corazón. Mientras Juanita trata de llegar hasta mí con su torpe paso desde su cuna a mi cama, arrastrándose con las manos y andar inseguro, Armandito trepa con la agilidad de un mono y viene a besarme. Estos pequeñuelos convierten entonces mi cama en el teatro de sus juegos, donde la madre se halla a su discreción. La pequeña me tira de los cabellos y siempre quiere mamar, mientras que Armandito defiende mi pecho como si se tratara de su bien exclusivo. Yo no resisto a ciertas posturas, a risas que parten como cohetes y acaban por ahuyentar el sueño. Entonces jugamos a los ogros y mamá ogra se come a caricias esa tierna carnecita, tan blanca y tan suave; besa sin cesar esos ojos coquetones y llenos de picardía, esos hombros sonrosados y provoca pequeños celos, tan divertidos y graciosos. Hay días en que a las ocho me dispongo a ponerme las medias y a las nueve aún no me he puesto la primera de ellas.

Al fin, querida, nos levantamos. Empieza el aseo y el arreglo. Primero baño y limpio a mis dos florecillas, ayudada por Mary. Yo misma juzgo el grado de calor o tibieza del agua, pues la temperatura de los baños se juzga por los gritos o por los lloros de los niños. Entonces surgen las flotas de papel, los patitos de vidrio. Hay que entretener a los niños para poderlos lavar bien. ¡Si tú supieras lo que hay que inventar en materia de placeres para esos reyes absolutos a fin de poder pasar las suaves esponjas por los más pequeños rincones quedarías asustada de la destreza y el ingenio que requiere el oficio de madre cuando se realiza gloriosamente! Se suplica, se riñe, se promete. Un niño es un gran político y sólo es posible dominarle siendo un político superior a él. Afortunadamente, a esos ángeles todo les hace gracia: un cepillo que

cae o una pastilla de jabón que resbala son motivo bastante para las mayores carcajadas. En fin, si los triunfos se pagan caros, por lo menos hay triunfos. Pero sólo Dios, porque ni el propio padre sabe nada de todo esto, Dios, los ángeles o tú podríais comprender las miradas que cambio con Mary cuando, después de haber terminado de vestir a nuestras dos criaturitas, las vemos limpias en medio de los jabones, de las esponjas, de los peines, de las palanganas, de las franelas, de los mil detalles de una auténtica *nursery*. Me he vuelto inglesa en este punto, pues reconozco que las mujeres de aquel país son unos genios en lo que se refiere a la crianza de los hijos. Aunque sólo consideren al niño desde el punto de vista del bienestar material y físico, tienen razón en sus perfeccionamientos. Así, mis hijos tendrán siempre los pies en la franela y las piernas desnudas. No irán apretados, pero tampoco estarán solos. La esclavitud del niño francés en sus pañales representa la libertad para la nodriza, es verdad. Pero una verdadera madre no es libre: ahí tienes por qué no te escribo, trayendo como traigo entre manos la administración de nuestro patrimonio y dos niños que criar. La ciencia de la madre encierra méritos silenciosos, ignorados de todos, sin exhibiciones, una virtud que se manifiesta en cosas pequeñas, una abnegación de todas las horas. Hay que vigilar las sopas que están cociendo. ¿Me crees mujer capaz de rehuir un cuidado? En el más mínimo puede cosecharse afecto. ¡Oh, es tan bonita la sonrisa de un niño que encuentra excelente su comida! Armandito tiene unos gestos de aprobación que valen por toda una vida de amor. ¿Cómo dejar a otra mujer el derecho, el cuidado, el placer de soplar una cucharada de sopa que Juanita encuentra demasiado caliente, ella, que ha sido destetada hace siete meses y constantemente se acuerda del seno? Cuando una criada ha quemado la lengua y los labios de una criaturita con algo demasiado caliente, al acudir alarmada la madre siempre le dice que es el hambre lo que hace gritar a su hijo. ¿Cómo puede dormir en paz una madre con el temor de que unos alientos impuros puedan pasar por las cucharadas que toma su hijo, ella, a quien la naturaleza no permitió que tuviera ningún intermediario entre su seno y los labios del pequeñuelo? Cortar a trocitos la chuleta de Juanita, a la que ahora salen los primeros dientes, y mezclar esa carne con patatas es obra de paciencia, y sólo una madre puede saber, realmente, en ciertos casos el modo de que un niño coma por entero su ración de comida. Ni criadas ni doncellas inglesas pueden dispensar a una madre de intervenir personalmente en ese campo de batalla donde la dulzura debe luchar contra las pequeñas penas de la infancia y contra los dolores. Hay que cuidar a estos queridos inocentes con toda el alma; sólo podemos confiar en nuestros propios ojos, en la propia mano para el aseo y la comida de los niños o para acostarlos. En principio, el grito de un niño es una razón absoluta. Desde que tengo dos —y pronto tendré tres que cuidar— sólo albergo en el alma a mis hijos; y tú misma, a quien tanto quiero, quedas reducida al mero estado de recuerdo. No siempre puedo estar vestida a las dos. Por eso no confío en las madres que tienen la cara arreglada y todos sus demás asuntos en orden. Ayer, uno de los primeros días de abril, hacía buen tiempo y quise pasear a mis niños antes de que llegue el día, ya próximo,

de mi tercer alumbramiento. Pues bien, para una madre una de esas salidas es todo un poema, que se promete ya la víspera para el día siguiente. Armandito debía ponerse por primera vez una chaqueta de terciopelo negro, una nueva gorguera que había bordado yo misma, una toca escocesa con los colores de los Estuardo y plumas de gallo; Juanita tenía que llevar un vestido blanco y rosa, con los deliciosos gorros de los *babies*, porque es todavía un *baby* que va a perder este lindo nombre cuando llegue el pequeño que me da golpecitos con el pie, al que llamo mi mendigo y será el benjamín de la familia. He visto a mi hijito en sueños y sé que será un varón. Gorros, gorgueras, chaquetas, medias, zapatitos, el vestido de muselina bordado con dibujos en seda, todo estaba encima de mi cama. Cuando esos dos pajarillos tan alegres, y que tan bien se entienden, tienen ya sus cabelleras castañas bien peinadas; cuando están calzados, han trotado por el suelo de la *nursery*, cuando esas dos caritas tan *clean*, como dice Mary, tan limpias, como decimos en francés, cuando esos ojos vivarachos han dicho: “¡Vamos!”, siento palpitar mi corazón. Ver a unos niños arreglados por nuestras propias manos, contemplar esa piel tan fresca, en la que lucen las venas azuladas cuando los hemos bañado, lavado y frotado con la esponja, es un espectáculo cuyo encanto supera al del mejor poema. ¡Con qué pasión, nunca satisfecha, los llamamos para volver a besar esos cuellos que una sencilla gorguera hace más lindos que el de la más bella de las mujeres! Estos cuadros, para cuya contemplación se detienen embobadas las madres ante las más estúpidas litografías de colores, los vivo yo todos los días.

Una vez que hubimos salido de casa, gozando yo de mi trabajo y admirando a Armandito, que parecía el hijo de un príncipe y hacía caminar al *baby* a lo largo de aquel sendero que tú ya conoces, pasó un coche, quise colocarlos uno tras otro, las dos criaturas rodaron por el barro y ya tienes perdida toda mi obra de arte. Fue preciso llevarlos otra vez a casa y cambiarlos de pies a cabeza. Tomé a la pequeña en brazos, sin ver que echaba a perder mi propio vestido. Mary cogió a Armandito y volvimos a casa. Cuando un *baby* llora y una criatura se moja, está dicho todo: una madre ya no piensa en ella misma, queda completamente absorbida.

Llega la hora de la comida y la mayor parte de las veces no he hecho nada todavía. ¿Cómo puedo bastarme yo para servir a los dos, para poner las servilletas, para darles de comer? Éste es un problema que resuelvo dos veces al día. En medio de tantos cuidados perpetuos, de tantas fiestas y de tantos desastres, la única que queda olvidada en casa soy yo. Mi *toilette* depende del humor que ellos tienen. Para disponer de un momento libre y escribirte estas seis páginas, es preciso dejarles que recorten las ilustraciones de mis revistas, que hagan castillos con los libros, que jueguen con las piezas del ajedrez; que Juanita vacíe los cajones de la cómoda.

Después de todo, no tengo por qué quejarme: mis dos hijos son robustos, libres y se entretienen con menos gasto de lo que pudiera creerse. Están contentos con todo, más que juguetes necesitan una libertad vigilada. Algunos guijarros rosados, amarillos, morados o negros, pequeñas conchas, las maravillas de la arena hacen sus

delicias. Poseer un gran número de cositas, en eso estriba su riqueza. Cuando observo a Armandito veo que le habla a las flores, a las moscas, a las gallinas y que las imita; se entiende con los insectos, que le llenan de admiración. Todo lo que es pequeño le interesa. Armandito empieza por preguntar el por qué de todas las cosas; ha venido a ver lo que le estoy diciendo a su madrina; por otra parte, te considera un hada y en eso verás que los niños siempre tienen razón.

Ángel mío, yo no quería entristecerte al contarte estos momentos de felicidad. He aquí un detalle que te pintará a tu ahijado: el otro día nos seguía un pobre, porque los pobres saben que ninguna madre acompañada por su hijo les niega jamás una limosna. Armandito ignora todavía que nadie pueda llegar a carecer de pan y no sabe lo que es el dinero; pero como acababa de comprarle una trompeta que me había pedido, se la tendió con gesto magnánimo al anciano y le dijo:

—¡Toma!

—¿Permitís que me quede con ella, señora? —me preguntó el pobre.

¿Hay algo que pueda compararse a momentos como éste?

—Es que, señora, yo también he tenido hijos —añadió el viejo, tomando el dinero que le di pero sin prestarle ninguna atención.

Cuando pienso que habrá que llevar a un colegio a un niño como Armandito, que sólo le quedan para estar conmigo tres años y medio, me pongo a temblar. La Instrucción Pública recogerá las flores de esa infancia a todas horas bendecida, *desnaturalizará* esas gracias y adorables franquezas. Cortarán esa cabellera rizada que yo tanto he cuidado, lavado y besado. ¿Qué harán del alma de Armando?

¿Qué es de tu vida? Nada me has dicho de ella. ¿Sigues amando a Felipe? Ya no me preocupa el sarraceno. Adiós; Juanita acaba de caerse y, si quisiera continuar, esta carta llenaría un volumen.

LA SEÑORA DE MACUMER A LA CONDESA DE L'ESTORADE

1829.

Supongo que te habrás enterado por los periódicos, mi buena y querida Renata, de la horrible desgracia que acaba de sobrevenirme; no he podido escribirte ni una sola palabra, he permanecido a la cabecera de su lecho una veintena de días con sus noches, recibí su último suspiro, le cerré los ojos, lo velé piadosamente con los sacerdotes y he rezado las oraciones de difuntos. Me infligí a mí misma el castigo de todos esos espantosos dolores y, sin embargo, al ver en sus labios serenos la sonrisa que me dirigía antes de morir no pude creer que mi amor lo haya matado. ¡En fin, *él no existe* y yo existo! A ti, que nos conociste tan bien, ¿qué más puedo decirte? Todo queda resumido en esas dos frases. Si alguien pudiera decirme el modo de hacerle volver a la vida, cedería mi parte del cielo para poder oír esa revelación, pues sería tanto como volver a verte... Volver a abrazarle, aunque no fuese más que durante unos segundos, sería arrancarme el puñal que ahora tengo clavado en el corazón. ¿No vendrás tú a decirme eso pronto? ¿No me amas lo suficiente para engañarme?... Pero no, tú me dijiste de antemano que le causaba profundas heridas... ¿Es eso cierto? No, yo no he merecido su amor, tienes razón, se lo robé. ¡Ahogué la felicidad con mis abrazos insensatos! Al escribirte no estoy loca, pero siento que estoy sola. Señor, ¿qué más habrá en el infierno, además de lo que esta palabra significa?

Cuando me lo quitaron me acosté en el mismo lecho, esperando morir porque no había más que una puerta entre los dos y creía tener todavía bastante fuerza para empujarla. Pero, ¡ay!, era demasiado joven, y tras una convalecencia de cuarenta días, durante los cuales me alimentaron con horrible arte por medio de las invenciones de una triste ciencia, me veo en el campo, sentada junto a mi ventana entre las bellas flores que él hacía cuidar para mí, gozando de esta vida magnífica sobre la cual se posaron sus ojos tantas veces y que él tanto se congratulaba de haber descubierto porque sabía que me agradaba a mí. Querida, el dolor de cambiar de ambiente es inmenso cuando el corazón está muerto. La tierra húmeda de mi jardín me hace estremecer, la tierra es como una gran tumba y creo caminar encima de *él*. Durante mi primera salida tuve miedo y permanecí inmóvil. ¡Resulta muy lúgubre ver *sus* flores y no verle a *él*!

Mi madre y mi padre están en España, ya conoces a mis hermanos y tú estás obligada a vivir en el campo; pero tranquilízate, dos ángeles habían volado hacia mí. El duque y la duquesa de Soria, esos dos seres tan amables, acudieron al lado de su hermano. Las últimas noches presenciaron nuestros tres dolores, serenos y

silenciosos, alrededor de aquel lecho donde moría uno de los hombres realmente nobles y realmente grandes, que tan poco abundan y que nos son superiores en todo. La paciencia de mi Felipe ha sido divina. La vista de su hermano y de María refrescó por un momento su alma y aplacó sus dolores.

—Amada mía —me dijo con la sencillez que le caracterizaba—, me iba a morir sin acordarme de legarle a Fernando la baronía de Macumer; hay que rehacer mi testamento. Mi hermano me perdonará puesto que sabe lo que es amar.

Debo la vida a los cuidados de mi cuñado y de su mujer, que quieren llevarme a España.

¡Renata, qué enorme desastre! Sólo a ti puedo decirte lo grande que ha sido. El sentimiento de mis faltas me abruma, y es un amargo consuelo este de confiártelas a ti, pobre Casandra no escuchada. Yo lo maté con mis exigencias, con mis celos injustificados, con mis continuos disgustos. Mi amor era tanto más terrible cuanto que poseíamos una misma exquisita sensibilidad, hablábamos el mismo lenguaje, él lo comprendía admirablemente todo, y, a menudo, mis bromas, sin que yo me diera cuenta, llegaban al fondo de su corazón. Tú no podrías imaginar hasta qué punto llevaba aquel querido esclavo su obediencia: yo le decía a veces que se fuera y me dejara sola y él salía sin discutir un capricho que quizá le hacía sufrir. Hasta su último suspiro me bendijo, repitiéndome que una sola mañana a solas conmigo valía para él mucho más que una larga vida al lado de cualquier otra mujer, aunque esa mujer fuese María Heredia. Al escribir estas palabras estoy llorando.

Ahora me levanto al mediodía, me acuesto a las siete de la tarde, como a horas inverosímiles, camino despacio, permanezco de pie toda una hora delante de una planta, contemplo el follaje, me ocupo con censura y gravedad de insignificancias, adoro la sombra, el silencio y la noche; en fin, combato las horas y las añado al pasado con un siniestro placer. La paz de mi parque es la única compañía que deseo; encuentro en todo las sublimes imágenes de mi felicidad extinguidas, invisibles para los demás, elocuentes y vivas para mí.

Mi cuñada se arrojó en mis brazos la mañana que le dije:

—Me abrumáis. Los españoles poseéis una grandeza de alma superior a la nuestra.

Renata, si yo no he muerto es que Dios proporciona, sin duda, el sentimiento de la desgracia a la fuerza de los afligidos. Sólo nosotras, las mujeres, conocemos el alcance de nuestra pérdida cuando perdemos un amor sin hipocresía, un amor de elección, una pasión duradera cuyos placeres satisfacían tanto al alma como la naturaleza. ¿Cuándo encontramos un hombre tan lleno de buenas cualidades que podemos amarle sin envilecemos? Hallarle constituye la felicidad más grande que pudiera alcanzarnos y no podríamos encontrarlo dos veces. ¡Hombres verdaderamente fuertes y grandes, en quienes la virtud se esconde bajo la poesía, cuya alma posee un elevado encanto, hechos para ser adorados, guardaos de amar, porque causaréis la desgracia de la mujer amada y la vuestra! Esto es lo que grito por

las avenidas de mis bosques. ¡Y no tener un hijo de él!

Aquel inagotable amor que me sonreía siempre, que sólo tenía flores y alegrías que derramar, aquel amor fue estéril. ¡Soy una criatura maldita! El amor puro y violento, como lo es cuando es absoluto, ¿será, acaso, tan estéril como el odio, del mismo modo que el extremado calor de las arenas del desierto y el extremado frío de los hielos del Polo impiden toda existencia? ¿Es preciso casarse con un Luis de l'Estorade para poder tener una familia? ¿Es que Dios tiene celos del amor? Pero veo que estoy disparatando.

Me parece que tú eres la única persona a quien podría tolerar junto a mí; ven, pues, ya que tú sola debes estar junto a una Luisa enlutada. ¡Qué día tan horrible aquel en que me puse el velo de las viudas! Cuando me vi vestida de negro me dejé caer sobre una silla y lloré hasta que se hizo de noche, y lloro también ahora cuando te hablo de aquel terrible momento. Adiós, escribirte me fatiga; tengo demasiadas ideas y no quiero expresarlas. Trae a tus niños, puedes criar aquí al menor de ellos. Ya no voy a tener celos; *él* no existe y mi ahijado me causará un gran placer al verle. Felipe deseaba un niño que se pareciese a Armandito. En fin, ven a tomar tu parte en mis dolores...

XLVII

RENATA A LUISA

1829.

Querida, cuando recibas esta carta yo no estaré lejos de ti pues saldré de casa poco después de habértela enviado. Estaremos solas. Luis se ha quedado en Provenza debido a las elecciones que se van a realizar allí; quiere ser reelegido y los liberales tejen intrigas contra él.

No voy a consolarte; solamente te llevo mi corazón para que le haga compañía al tuyo y te ayude a vivir. Voy a ordenarte que llores: es preciso comprar a ese precio la felicidad de poder reunirse con él algún día, pues en realidad está viajando hacia Dios; no des un solo paso que no te lleve hacia él. Cada deber cumplido romperá un eslabón de la cadena que os separa. Vamos, Luisa mía, te restablecerás en mis brazos e irás hasta él pura, noble, perdonada de tus faltas involuntarias y acompañada por las buenas obras que aquí abajo realices en su nombre.

Te estoy trazando estas líneas apresuradamente, en medio de mis preparativos, de mis hijos, sobre todo de Armandito, que está gritando: “¡Madrina, madrina, vamos a verla!”. Hasta el punto de que me hace sentir celos. ¡Es casi un hijo tuyo!

SEGUNDA PARTE

XLVIII

LA BARONESA DE MACUMER A LA CONDESA DE L'ESTORADE

15 de octubre de 1833.

Pues sí, Renata, tienen razón, te han dicho la verdad. He vendido mi hotel, he vendido Chantepleurs y las granjas del Sena y Mame; pero eso de que estoy loca y arruinada es demasiado. De mi pobre Macumer me quedó un millón doscientos mil francos. Voy a explicarte la forma en que he administrado ese dinero. Invertí un millón en papel al tres por ciento cuando se cotizaba cincuenta francos, y de ese modo conseguí sesenta mil francos de renta en lugar de los treinta que poseía en tierras. Ir seis meses del año a provincias, cobrar los arrendamientos, escuchar las lamentaciones de los granjeros, que pagan cuando quieren, aburrirse allí como un cazador en tiempo de lluvia, tener que vender los productos de la tierra y perder dinero en la venta; vivir en París en un hotel que representaba diez mil libras de renta, situar fondos en poder de los notarios, aguardar los intereses, verse obligada a perseguir a la gente para cobrar, estudiar la legislación hipotecaria; en fin, tener negocios en el Nivernais, en el Sena y Marne y en París, ¡qué carga, qué molestias, qué pérdidas para una viuda de veintisiete años! Ahora mi fortuna gravita sobre el presupuesto. En lugar de pagarle contribuciones al Estado, cobro de él, sin gasto alguno, treinta mil francos cada seis meses, en las oficinas del Tesoro, de un lindo empleadillo que me da treinta billetes de mil francos y sonrío al verme. ¿Y si Francia hace bancarrota? —me preguntarás, sin duda. Pues, en primer lugar.

Je ne sais pas prévoir les malheurs de si loin. (Yo no sé prever las desgracias tan de lejos).

Y, además, Francia me entregaría entonces la mitad de mis rentas, por lo menos, y seguiría siendo tan rica como antes de invertir mi capital; y de aquí a la catástrofe habría percibido el doble de mis anteriores rentas. Esas catástrofes solamente llegan de siglo en siglo; por lo tanto, hay tiempo para formar un capitalito haciendo economías. Finalmente, el conde de l'Estorade, ¿no va a ser par de esta Francia semirepublicana de Julio? ¿No es acaso uno de los puntales de esa corona ofrecida por el pueblo al rey de los franceses? ¿Puedo abrigar inquietudes teniendo como amigo a un presidente de sala del Tribunal de Cuentas, a todo un gran financiero? ¿Te atreverás a decir que estoy loca? Calculo casi tan bien como tu rey-ciudadano. ¿Sabes lo que puede dar toda esta sabiduría algebraica a una mujer? ¡El amor! Porque ha llegado el momento de que te explique los misterios de mi conducta, cuyas razones

escapaban a tu perspicacia, a tu curiosa ternura y a tu sutileza. Voy a casarme secretamente en una aldea cerca de París. Amo y soy amada. Amo tanto como puede amar una mujer que sabe ya lo que es el amor. Soy amada tanto como puede amar un hombre a la mujer por quien es adorado. Perdóname, Renata, por haberme ocultado de ti como de todo el mundo. Si tu Luisa ha burlado todas las miradas y todas las curiosidades, deben reconocer que mi pasión por el pobre Macumer exigía este engaño. L'Estorade y tú me habríais asesinado con vuestras dudas, aturdido con vuestros sermones. Por otra parte, las circunstancias se habrían puesto, acaso, de vuestra parte. Sólo tú sabes bien hasta qué punto soy celosa y me habrías atormentado inútilmente. Lo que vas a llamar mi locura, Renata mía, he querido hacerla yo sola, con mi cabeza y con mi corazón, como una joven que burla la vigilancia de sus padres. Mi amante tenía por toda fortuna treinta mil francos de deudas, que yo he pagado. ¡Qué tema para vuestras observaciones! Habríais querido demostrarme que Gastón es un buscavidas y tu marido habría espiado a la pobre criatura. He preferido estudiarle yo misma. Hace ya veintidós meses que me está haciendo la corte; yo tengo veintisiete años y él tiene veintitrés. Entre una mujer y un hombre esa diferencia de edad resulta enorme. ¡Otra fuente de desgracias! En fin, es poeta y vivía de su trabajo, lo cual basta para poder decir que vivía de muy poca cosa. A este poeta encantador le gustaba mucho más construir castillos en España con su fantasía que permanecer en su casa trabajando en sus poemas. Ahora bien, los escritores, los artistas, todos los que sólo existen para el pensamiento, son generalmente tachados de inconstantes por las personas positivas. Conciben tantos caprichos que resulta natural pensar que su cabeza reacciona a impulsos de su corazón. A pesar de las deudas pagadas, a pesar de la diferencia de edad, a pesar de la poesía, después de nueve meses de noble defensa y de no haberle permitido besar siquiera mi mano, dentro de algunos días no me entregaré, como hace ocho años, inexperta, ignorante y curiosa; me entrego, y soy esperada con tan grande sumisión que podría aplazar mi boda un año; pero no hay en esto el menor servilismo: es servidumbre, no sumisión. Nunca se vio un corazón más noble ni mayor inteligencia dentro del cariño, ni más alma que en el amor en este pretendiente mío. ¡Ay, ángel mío, ya sé a qué atenerme! Vas a saber su historia en dos palabras.

Mi amigo no tiene más nombres que los de Mario Gastón. Es hijo, no natural sino adulterino, de aquella hermosa lady Brandon de quien tú debes haber oído hablar y a quien, por venganza, lady Dudley hizo morir de pena; una historia horrible que esa adorable criatura ignora. Mario Gastón fue llevado por su hermano Luis Gastón al colegio de Tours, de donde salió en 1827. El hermano se embarcó pocos días después de haberle dejado en el colegio y se fue a buscar fortuna, según le había aconsejado una anciana que para él ha sido una verdadera Providencia. Este hermano, que ahora es marino, le escribe de vez en cuando alguna carta realmente paternal, fruto de un alma grande. En la última le anunció a Mario Gastón que había sido nombrado capitán de navío en no sé qué república americana y le aconsejaba que esperase. ¡Ay,

desde hace tres años mi pobre poeta no ha vuelto a recibir carta alguna, y ama tanto a ese hermano que quisiera embarcar para ir en su busca! Nuestro gran escritor, Daniel d'Arthez, ha impedido esa locura y se ha interesado noblemente por Mario Gastón, al cual ha ayudado en lo que ha podido. ¡Para que juzgues de la desorientación de ese pobre muchacho sólo te diré que está convencido de que el talento es el medio más rápido para hacer fortuna! ¿No es esto tema de risa para veinticuatro horas seguidas? Desde 1828 hasta 1833 ha tratado de conseguir un nombre en las letras y, naturalmente, ha llevado la más espantosa vida de angustias, esperanzas, trabajo y privaciones que cabe imaginar. Arrastrado por una ambición excesiva, a pesar de los buenos consejos de d'Arthez no hizo más que aumentar el tamaño de la bola de nieve de sus deudas. Sin embargo, su nombre empezaba a ser ya conocido cuando le conocí en casa de la marquesa d'Espard. Allí, sin que él se diera cuenta, me sentí inmediatamente cautivada por su simpatía. ¿Cómo es posible que no haya sido amado todavía? ¿Por qué lo dejaron para mí? ¡Posee tanto talento e ingenio, tanto sentimiento y orgullo! La gente se asusta siempre de estas grandezas tan completas. ¿No fueron necesarias cien victorias para que Josefina descubriera a Napoleón en el pequeño Bonaparte que era su marido? ¡La inocente criatura cree saber cuánto le amo! ¡Pobre Gastón! No lo sospecha siquiera, pero a ti voy a decírtelo. Es preciso que lo sepas porque, querida Renata, hay algo de testamento en esta carta. Medita bien mis palabras.

En este momento tengo la certeza de ser amada todo lo que una mujer puede serlo en este mundo, y tengo fe en esta adorable vida conyugal a la que apporto un amor que antes no conocía... ¡Sí; al fin experimento el placer de la pasión intensamente sentida! Lo que todas las mujeres le piden hoy al amor me lo da a mí el matrimonio. Siento por Gastón la adoración que yo le inspiraba al pobre Felipe. No soy dueña de mí misma, tiemblo delante de esa criatura como el Abencerraje temblaba ante mí. En fin, amo más de lo que soy amada; tengo miedo de todo, siento los temores más ridículos, me aterra el ser abandonada, tiemblo al pensar que pueda ser vieja y fea cuando Gastón todavía sea joven y guapo, tengo miedo de no gustarle lo bastante. No obstante, creo poseer las facultades, la abnegación y el talento necesarios para, no sólo mantener, sino acrecentar ese amor lejos del mundo, en la soledad. Si fracasara, si el poema de este amor secreto hubiera de tener fin, qué digo fin, si Gastón me amase un día menos que el anterior y yo me diera cuenta de ello, debes saber Renata que no sería con él sino conmigo misma con quien me enfadaría. No será suya la culpa, sino mía. Me conozco y sé que soy más amante que madre. Por eso te digo de antemano que moriría aunque tuviese hijos. Te suplico, pues, Renata, que si tuviera esa desgracia le sirvieras de madre a mis hijos; te los habría legado. Tu fanatismo por el deber, tus preciosas cualidades, tu amor por los hijos, tu ternura para conmigo, todo lo que sé acerca de ti me hará la muerte menos amarga, y no me atrevo a decir que me la haría incluso agradable. Esta animadversión contra mí misma añade algo de terrible a la solemnidad de esta boda; no quiero testigos que me conozcan; por

consiguiente, mi enlace se celebrará en secreto. Así podré temblar cómodamente, no veré ninguna inquietud en tus queridos ojos y sólo yo sabré que al firmar la nueva acta matrimonial puedo haber firmado mi sentencia de muerte.

No volveré sobre este pacto que acabo de firmar entre mí misma y el yo en que voy a convertirme; te lo he confiado para que conocieses el alcance de tus deberes. Me caso en régimen de separación de bienes, y aunque sabe que soy bastante rica para que pudiésemos vivir con desahogo. Gastón ignora la cuantía de mi fortuna. En veinticuatro horas la distribuiré del modo que mejor me parezca. Como no quiero humillarle, he mandado poner doce mil francos de renta a su nombre; los encontrará en su secreter la víspera de nuestra boda; y si no los aceptase suspendería la boda. Ha sido necesaria la amenaza de no casarme con él para obtener el derecho a pagarle sus deudas. Estoy un poco cansada después de haberte escrito todas estas confesiones; pasado mañana te hablaré más acerca de ello, pues mañana pienso pasar el día en el campo.

20 de octubre.

He aquí las medidas que he adoptado para ocultar mi felicidad, pues deseo evitar cualquier ocasión de sentir celos. Me parezco a aquella hermosa princesa italiana que corría como una leona a devorar su amor en una ciudad de Suiza, después de haberse lanzado también como una leona sobre su presa. Y te hablo de mis disposiciones para pedirte otro favor: que no vengas nunca a vernos sin que yo misma te lo pida y que respetes la soledad en que quiero vivir.

He mandado comprar, hace dos años, junto a los estanques de Ville-d'Avray, en la carretera de Versailles, una veintena de arpendes de prados, un pedazo de bosque y un hermoso huerto de árboles frutales. Al fondo de los prados hice cavar el suelo de manera que obtuviese un estanque de tres arpendes de superficie, en medio del cual aparece una isla graciosamente recortada. En las dos hermosas colinas, cubiertas de bosque, que rodean este pequeño valle manan unas fuentes encantadoras, cuyas aguas corren luego hacia el parque, sabiamente distribuidas por mi arquitecto. Este pequeño parque, admirablemente diseñado por ese arquitecto, se encuentra rodeado, siguiendo la naturaleza del terreno, por setos, muros y fosos de modo que no se pierda ningún punto de vista. A un lado, flanqueado por los bosques de la Ronce, en un lugar muy pintoresco, delante de una pradera que se extiende en declive hacia el estanque, me han construido un chalet cuyo exterior se parece extraordinariamente al que los viajeros admiran en la carretera de Sion a Brigg y que tanto me sedujo a mi regreso de Italia. En el interior su elegancia desafía a la de los chalets más ilustres. A cien pasos de esta vivienda rústica, una casa encantadora comunica con el chalet por medio de un subterráneo y encierra la cocina, las dependencias de servicio y las cuadras. De todas estas construcciones de ladrillo la vista no advierte más que una fachada de graciosa sencillez, rodeada de macizos de verdura. La casa de los jardineros guarda la entrada de los huertos y vergeles.

La puerta de esta propiedad, oculta en el muro que la rodea por la parte del

bosque, es casi imposible de encontrar. Las plantaciones, ya bastante grandes, disimularán completamente las casas dentro de dos o tres años. Los paseantes sólo podrán adivinar nuestra morada cuando vean el humo de la chimenea desde lo alto de las colinas, o en invierno, cuando las hojas de los árboles hayan caído.

Mi chalet se halla construido en medio de un paisaje que se parece al que llaman *Jardín del Rey*, en Versalles; pero desde él se divisa mi estanque y mi isla. Desde cualquier perspectiva las colinas muestran el follaje de sus hermosos árboles bien cuidados. Mis jardineros tienen orden de no cultivar a mi alrededor más que millares de flores perfumadas, de suerte que este pedazo de tierra sea como una olorosa esmeralda. El chalet, sobre cuyo tejado se extienden los brazos de una parra, está literalmente cubierto de plantas trepadoras: lúpulo, clemátides, jazmines, azaleas, polemoniáceas. ¡Quien acierte a distinguir nuestras ventanas podrá jactarse de poseer una buena vista!

Este chalet, querida mía, es una mansión bella y confortable, con su calorífero y todas las demás comodidades que ha sabido introducir la arquitectura moderna, capaz de construir palacios en una superficie de cien pies cuadrados. Contiene un apartamento para Gastón y otro para mí. La planta baja está ocupada por una antecámara, un saloncito y un comedor. Encima del piso que habitaremos nosotros se encuentran tres cámaras destinadas a *nursery*. Tengo cinco hermosos caballos, un pequeño cupé negro y un *milord* de dos caballos; como viviremos a cuarenta minutos de París, cuando queramos ir a escuchar una ópera nueva podremos partir después de comer y regresar por la noche a nuestro nido. La carretera es hermosa y pasa bajo la sombra de nuestro seto. Mis servidores, cocinero, cochero, palafrenero, jardineros y doncella son personas honradas, que he estado buscando durante estos seis últimos meses y permanecerán a las órdenes de mi viejo criado Felipe. Aunque estoy segura de su adhesión y de su discreción, he procurado despertar su interés; tienen sueldos poco considerables, pero que aumentarán todos los años con lo que les demos el día de Año Nuevo. Todos saben que la más leve falta, una sospecha acerca de su discreción, puede hacerles perder inmensas ventajas. Nunca los enamorados abusan de sus servidores y son de carácter indulgente: de modo que puedo confiar en nuestra gente.

Todo lo que había de precioso, bello y elegante en mi casa de la calle de Bac se encuentra en el chalet. El Rembrandt está en la escalera; el Hobbema en *su* gabinete, frente al Rubens; el Ticiano que mi cuñada María me envió desde Madrid, adorna la salita; los hermosos muebles que había comprado Felipe están en el salón, decorado por el arquitecto de un modo delicioso. Todo es en el chalet de una sencillez admirable, de esa sencillez que cuesta cien mil francos. Constituida encima de unas piedras de molino, asentadas sobre hormigón; nuestra planta baja, apenas visible bajo las flores y los arbustos, goza de un adorable frescor sin la menor humedad. Finalmente, una bandada de blancos cisnes navega sobre la superficie del estanque.

Renata, en este valle reina un silencio que agradaría a los muertos. Nos despierta

el canto de los pájaros o el rumor de la brisa entre los chopos. Desciende de la colina el agua de un pequeño manantial, descubierto por el arquitecto al abrir la zanja para los cimientos del muro, por el lado del bosque, que corre, entre la arena plateada, hacia el estanque, entre dos márgenes plantadas de berros. ¿No acabará Gastón por odiar esta dicha tan completa? Todo es tan hermoso que tengo miedo; los gusanos se esconden en los buenos frutos y los insectos atacan las flores más magníficas. ¿No es acaso lo mejor del bosque lo que siempre corroe esa horrible larva de color marrón, cuya voracidad recuerda la de la muerte? Del mismo modo un poder invisible y celoso ataca las felicidades completas. Además, tú me lo escribiste así hace tiempo y has resultado una buena profetisa.

Cuando anteayer fui a ver si mis últimas fantasías habían sido bien comprendidas, sentí que las lágrimas acudían a mis ojos y escribí en la factura del arquitecto, con gran sorpresa por su parte: “Páguese”.

—Vuestro administrador no pagará, señora —me dijo—; se trata de cien mil francos.

Yo exclamé:

—Pagaré sin discutir, como una auténtica Chaulieu del siglo XVII. Pero, caballero —añadí luego—, pongo una condición: que no le habléis absolutamente a nadie de estas construcciones ni del parque. Que nadie pueda saber el nombre del propietario. Prometedme por vuestro honor que cumpliréis esta condición de mi pago.

¿Comprendes ahora la razón de mis súbitos desplazamientos, de tantas secretas idas y venidas? ¿Has visto dónde se encuentran todas esas bellas cosas que tú creías vendidas? ¿Comprendes la elevada razón del cambio de mi fortuna? Querida, amar es un gran negocio y quien quiere amar bien no debe tener otros negocios. El dinero no constituirá ya una preocupación para mí; quiero que me sea fácil la vida y he hecho de ama de casa una sola vez para siempre, a fin de no tener que volver a hacerlo más que diez minutos al día con mi viejo mayordomo Felipe. He observado bien la vida y sus peligrosos cambios; un día, la muerte me brindó crueles enseñanzas y quiero aprovecharlas. Mi única ocupación será la de agradarle a él, la de amarle y prestar variedad a lo que tan monótono parece a los seres vulgares.

Gastón nada sabe todavía. A petición mía se ha domiciliado, como yo, en Ville-d'Avray; partimos mañana para el chalet. Nuestra vida será allí poco dispendiosa; pero si te dijese la suma en que calculo mi *toilette* exclamarías, con razón: “¡Está loca!”. Quiero arreglarme para él todos los días, como las mujeres que tienen la costumbre de arreglarse para el mundo. Mi *toilette* en el campo costará veinticinco mil francos al año, y la del día no será la más cara. ¡Él que vista de blusa, si quiere! Pero que no piense que voy a convertir esta vida en un duelo y agotarme en esfuerzos para mantener nuestro amor: no quiero tener que reprocharme nada, eso es todo. Aún me quedan trece años para ser hermosa y quiero ser amada hasta el último día del año decimotercero todavía más de cuanto lo sea al día siguiente de nuestra misteriosa boda. Esta vez seré siempre humilde, siempre agradecida, sin palabras

mordaces. Me convertiré en esclava puesto que la primera vez me perdí al querer mandar. ¡Oh, Renata, si, como yo, ha comprendido Gastón la infinitud del amor, estoy segura de vivir siempre feliz! La naturaleza es muy hermosa alrededor del chalet, los bosques encantadores. A cada paso, los más bellos paisajes suscitan en la mente ideas encantadoras. Estos bosques están llenos de amor. ¡Con tal de que no haya hecho otra cosa que prepararme una magnífica hoguera! Pasado mañana seré la señora de Gastón. ¡Dios mío, me pregunto si es cristiano amar tanto a un hombre!

—En fin, es legal —me ha dicho nuestro administrador, que es uno de mis testigos y que al ver el objeto de la liquidación de mi fortuna, exclamó:

—¡Con esto pierdo una cliente!

En cuanto a ti, mi bella cervatilla, a quien ya no me atrevo a llamar “amada”, podrás decir: “Con esto pierdo una hermana”.

Ángel mío, desde ahora dirige tus cartas a Señora Gastón, apartado de Correos, Versalles. Irán allí a recoger nuestras cartas todos los días. No quiero que en la comarca nos conozca nadie. Mandaremos a buscar nuestras provisiones a París. De este modo espero poder vivir misteriosamente. Desde hace un año he estado preparando este refugio, nadie ha visto a nadie en él y su adquisición se efectuó durante los movimientos que siguieron a la revolución de julio. El único ser a quien se ha visto en la comarca ha sido a mi arquitecto: sólo lo conocen a él y ya no volverá más. Adiós. Al escribir estas palabras siento en el corazón tanta pena como alegría, pues tanto es lo que fe echo a ti de menos como lo que amo a Gastón.

XLIX

MARIO GASTÓN A DANIEL D'ARTHEZ

Octubre de 1833.

Querido Daniel, tengo necesidad de dos testigos para mi boda; os ruego que vengáis mañana por la tarde a mi casa en compañía de nuestro amigo, el grande y excelente José Bridau. Es intención de la que va a ser mi mujer vivir lejos del mundo, completamente ignorada por todos: ha presentido el más íntimo de mis deseos. Vos nada habéis sabido de mis amores, vos que habéis mitigado las miserias de una vida pobre; pero, como podéis adivinar, este secreto absoluto ha sido necesario. He aquí por qué, desde hace un año, nos hemos visto tan poco. Al día siguiente de mi boda nos separaremos por mucho tiempo. Daniel, vos tenéis el alma hecha de tal modo que podréis comprenderme: la amistad subsistirá sin el amigo. Quizá tendré necesidad de vos alguna vez, pero no os veré, por lo menos en mi casa. *Ella* se ha anticipado, incluso en esto, a mis deseos. Me ha hecho el sacrificio de la amistad de una amiga de la infancia que para ella es como una verdadera hermana; yo he tenido que inmolarle a mi amigo. Lo que aquí os digo os hará adivinar, sin duda, que no se trata de una pasión, sino de un amor íntegro, completo, divino, basado en una íntima compenetración entre los dos seres que de tal modo se unen. Mi dicha es pura, infinita; pero como hay una ley secreta que nos prohíbe poseer una felicidad sin mezcla, en el fondo de mi alma, sepultado en el último repliegue, escondo un pensamiento que me afecta sólo a mí y que ella ignora. Vos habéis ayudado con excesiva frecuencia mi constante miseria para ignorar la horrible situación en que me encontraba. ¿De dónde extraía yo las fuerzas para vivir cuando la esperanza se extinguía tan a menudo? Era en vos, amigo mío, en vos donde hallaba tantos consuelos y delicados auxilios. En suma, caro amigo, ella ha pagado mil gravosas deudas. Ella es rica y yo no tengo nada. ¡Cuántas veces me había dicho en mis accesos de pereza: “Ah, si alguna mujer rica me quisiera!”. Pues bien, al conseguirlo, las bromas de una juventud despreocupada, la resolución de los miserables sin escrúpulos se han desvanecido. Me siento humillado a pesar de la ternura más ingeniosa. Me siento humillado a pesar de la certeza que tengo de la nobleza de su alma. Me siento humillado aún a sabiendas de que mi humillación es una prueba de mi amor. Pero ella ha visto que yo no he retrocedido ni siquiera ante esa humillación. Hay un punto en el que yo, lejos de ser el protector, soy el protegido. Os confío este dolor. Fuera de esto, mi querido Daniel, las menores cosas realizan mis sueños. He encontrado la hermosura sin tacha, el bien sin defecto. Como se dice vulgarmente, la novia es demasiado bella; posee un gran ingenio, compatible con su ternura, disfruta

de ese encanto y esa gracia que le prestan variedad al amor, es instruida y lo comprende todo; linda, rubia, esbelta y ligeramente metidita en carnes, hasta el punto de parecer que Rafael y Rubens se pusieron de acuerdo para componer una mujer. Ignoro si me hubiera sido posible amar a una mujer morena tanto como a una rubia: siempre me pareció que la mujer morena era un muchacho al que faltaba algo. Es viuda, no ha tenido hijos, tiene veintisiete años. Aunque su carácter es vivo, despierto, infatigable, sabe gozar las delicias de una meditación discretamente melancólica. Estos dones maravillosos no excluyen en ella la dignidad ni la nobleza; en esto es impresionante. Aunque pertenezca a una de las familias de más rancio abolengo, me ama lo bastante para pasar por encima de las desgracias de mi nacimiento. Nuestros secretos amores han durado mucho tiempo; nos hemos puesto a prueba mutuamente; somos igualmente celosos; nuestros pensamientos son como resplandores de un mismo relámpago. Amamos los dos por primera vez y esta deliciosa primavera ha encerrado en sus alegrías unas escenas que la imaginación adornaba con sus concepciones más risueñas, más dulces y más profundas. El sentimiento nos prodigó sus flores. Cada uno de nuestros días ha estado lleno, y cuando nos separábamos nos escribíamos poemas. Jamás sentí la tentación de enturbiar esta brillante estación con la expresión de un deseo, aunque mi alma estuviera continuamente turbada por ellos. Es viuda y libre y ha comprendido maravillosamente el significado de esta constante represión; a menudo la vi conmovida por ella hasta saltársele las lágrimas. Como verás, mi querido Daniel, se trata de una criatura realmente superior. Ni siquiera ha habido un primer beso de amor: nos hemos temido mutuamente.

—Tenemos —me ha dicho— cada uno una miseria que reprocharnos.

—Yo no veo la vuestra.

—Mi anterior matrimonio —me contestó.

A vos, que sois un hombre grande y amáis a una de las mujeres más extraordinarias de esa aristocracia en la que yo he encontrado a mi Armanda, esas solas palabras os bastarán para adivinar cómo es su alma y cuánta va a ser la felicidad de

Vuestro amigo, Mario Gastón.

L

LA SEÑORA DE L'ESTORADE A LA SEÑORA DE MACUMER

¿Cómo es posible, Luisa, que después de todas las desgracias íntimas que te sobrevinieron como consecuencia de una pasión compartida en el seno del matrimonio quieras vivir con un marido en soledad? ¿Después de haber matado a uno, viviendo en el mundo, quieres retirarte a un lugar apartado para devorar a otro? ¡Qué pesares te preparas tú misma! Pero, dada la forma en que lo estás haciendo, veo que todo es irrevocable. Para que un hombre haya conseguido vencer tu aversión hacia un segundo matrimonio debe poseer un espíritu angelical, un corazón maravilloso; es preciso, pues, dejarte entregada a tus ilusiones. Pero, ¿has olvidado, acaso, lo que decías sobre la juventud de los hombres, que todos han pasado por lugares innobles y han perdido su candor en las más horribles encrucijadas? ¿Quién ha cambiado, tú o ellos? Te sientes muy feliz al creer en la felicidad y no tengo fuerzas para censurarte, aunque la amistad debía moverme a disuadirte de esa boda. Sí y cien veces sí, la naturaleza y la sociedad se muestran de acuerdo en destruir las felicidades completas porque van contra la naturaleza y contra la sociedad, porque el cielo se siente, tal vez, celoso de sus derechos. En fin, mi amistad presiente desgracias que no sé explicar. Ignoro de dónde vendrán ni quién las provocará, pero, querida mía, una felicidad sin límites acabará por abrumarte, sin duda. Es todavía menos fácil de soportar la alegría excesiva que el mayor de los pesares. Nada digo contra él: tú le amas y yo nunca lo he visto; espero, sin embargo, que me escribirás algún día que tengas un poco de tiempo y me trazarás un retrato de ese hermoso y curioso animal.

Ya ves que tomo alegremente las cosas, pues tengo la certeza de que después de la luna de miel haréis los dos, de común acuerdo, lo que hace todo el mundo. Un día, dentro de dos años, cuando paseemos por esa carretera de que hablas, me dirás: “¡Ése es el chalet de donde no debía salir!”. Y te reirás con esa risa tuya tan hermosa, mostrando tus lindos dientes. Todavía no he dicho nada a Luis; le habría hecho demasiada gracia. Le anunciaré únicamente que te casas y que deseas que tu matrimonio quede en secreto. Desgraciadamente no tienes necesidad de madre ni de hermana para esta ocasión. Estamos en octubre y empiezas en invierno, como mujer valiente que eres. Si no se tratara de una boda diría que coges al toro por los cuernos. En fin, siempre tendrás en mí a la amiga discreta e inteligente. El centro misterioso del África ha devorado muchos viajeros y me parece que te arrojas, en lo que al sentimiento se refiere, a un viaje parecido a ese en que tantos exploradores han perecido, sea a causa de los negros, sea a causa de las arenas. Tu desierto se encuentra a dos leguas de París y, por consiguiente, puedo decirte alegremente: ¡Buen viaje! Ya volverás.

LA CONDESA DE L'ESTORADE A LA SEÑORA GASTÓN

1835.

¿Qué ha sido de ti, querida? Tras un silencio de dos años, ¿le estará permitido a Renata sentirse inquieta por Luisa? ¡Eso es el amor! El amor arrebató y anula una amistad como la nuestra. Confieso que si adoro a mis hijos todavía más de lo que amas tú a tu Gastón, hay en el sentimiento maternal una tal inmensidad que le permite no mermar en nada los demás afectos y deja que una mujer pueda ser sincera y abnegada. No he recibido ninguna de tus cartas ni he vuelto a ver tu rostro encantador. Me veo, pues, reducida a hacer meras conjeturas sobre ti.

En cuanto a nosotros, voy a explicarte las cosas del modo más sucinto posible.

Al releer tu penúltima carta he encontrado algunas palabras ásperas sobre nuestra situación política. Te burlabas de nosotros por haber conservado la plaza de presidente de sala del Tribunal de Cuentas, así como el título de conde, que debíamos a Carlos X; pero ¿es que con cuarenta mil libras de renta, de las que treinta mil pertenecen a un mayorazgo, podía establecer decentemente a Juanita y a este pobrecito mendigo de Renato? ¿No era mejor vivir de un cargo y acumular prudentemente las rentas de nuestras tierras? En veinte años habremos ahorrado unos seiscientos mil francos, que servirán para dotar a mi hija y a Renato, al cual destino a la Marina. El pobrecillo tendrá así diez mil libras de renta y quizá podamos dejarle en dinero una suma que le proporcione una parte igual a la de su hermana. Cuando sea capitán de navío, mi mendigo se casará con una mujer rica y alcanzará en el mundo una categoría igual a la de su hermano mayor.

Estos prudentes cálculos han determinado a nuestra casa á aceptar el nuevo orden de cosas. Naturalmente, la nueva dinastía ha nombrado a Luis par de Francia y gran oficial de la Legión de Honor. Una vez que l'Estorade prestaba juramento, no debía hacer nada a medias; desde entonces ha prestado grandes servicios en la Cámara y ahora ha llegado a una situación en la que permanecerá tranquilamente hasta el fin de sus días. Posee gran habilidad para los negocios; es más bien un conversador ameno que un orador, pero con ello basta para lo que nosotros le exigimos a la política. Su finura, sus conocimientos en materia de gobierno y administración son muy apreciados y todos los partidos le consideran como un hombre indispensable. Últimamente le ofrecieron una embajada, pero yo hice que la rehusara. La educación de Armando, que ya tiene trece años, y la de Juanita, que pronto cumplirá los once, me retienen en París y voy a permanecer aquí hasta que mi pequeño Renato haya terminado su educación, que todavía empieza ahora.

Para permanecer fiel a la rama mayor y regresar a sus tierras, habría sido preciso no tener que criar y mantener a tres hijos. Una madre, ángel mío, no debe ser un Decio, sobre todo en una época en la que los Decios andan tan raros. Dentro de quince años l'Estorade podrá retirarse a la Crampade con una buena jubilación, después de colocar a Armando en el Tribunal de Cuentas, donde le dejará en calidad de secretario. En cuanto a Renato, la Marina hará de él, seguramente, un diplomático. A los siete años este muchachito es ya tan fino como un viejo cardenal.

¡Ah, Luisa, soy una madre muy dichosa! Mis hijos siguen procurándome alegrías sin cuento.

Armando está en el colegio de Enrique IV. Me he decidido por la educación pública, pero sin poder resignarme a separarme de él, e hice como hacía el duque de Orleans antes de ser Luis Felipe, quizá para convertirse en Luis Felipe. Cada mañana, Lucas, el viejo criado a quien ya conoces, lleva a Armando al colegio, a la hora de la primera clase, y me lo trae a las cuatro y media. Un viejo y sabio profesor, que vive en casa, le hace trabajar hasta la noche y le despierta por la mañana a la hora en que los colegiales se levantan también. Lucas le lleva algo para comer al mediodía, durante el recreo, y por la mañana asisto a su partida. Armando sigue siendo el mismo niño encantador, de buenos sentimientos y cariñoso, a quien tú tanto amabas; su profesor particular está muy contento con él. Tengo a mi Juanita conmigo, así como al pequeño. Ambos juegan sin cesar y yo soy tan niña como ellos. No he podido decidirme a renunciar a la dulzura de las caricias de mis amados hijos. La posibilidad de correr, siempre que lo deseo, junto a la cama de Armando, de contemplarle mientras duerme o de dar un beso a ese ángel, es una necesidad de mi existencia.

Sin embargo, el sistema de guardar a los niños en la casa paterna tiene sus inconvenientes, y yo los he reconocido muy bien. La sociedad, como la naturaleza, es celosa, y nunca permite que nadie contravenga sus leyes; no tolera que perturben su economía. En las familias que tienen a los niños en casa, éstos se hallan demasiado expuestos al ardor del mundo, ven sus pasiones, estudian sus fingimientos. Incapaces de adivinar las distinciones que rigen la conducta de los adultos, someten al mundo a sus sentimientos y a sus pasiones en lugar de someter sus deseos y sus exigencias a los del mundo; prefieren el falso brillo, que reluce más que las virtudes sólidas, pues son sobre todo apariencias las que el mundo exhibe y adorna de formas engañosas. Cuando, a los quince años, un niño posee la seguridad de un hombre que conoce el mundo, resulta una monstruosidad; es ya viejo a los veinticinco años y con esta ciencia precoz se hace inepto para los auténticos estudios donde se forman los talentos serios y verdaderos. El mundo es un gran comediante y, como tal comediante, lo recibe y lo da todo, sin conservar nada. Una madre, aunque tenga a sus hijos en casa, debe forjar la firme resolución de impedirles que penetren en el mundo, tener el valor de oponerse a sus deseos y a los propios, de no dejárselos conocer. Cornelia debía guardar sus joyas. Así haré yo, puesto que mis hijos son mi

vida entera.

Tengo treinta años, ha pasado ya lo más fuerte del calor en el día de mi vida, ha terminado lo más arduo del camino. Dentro de unos años seré vieja, de modo que saco una fuerza inmensa del sentimiento del deber cumplido. Diríase que esos tres pequeños seres conocen mi pensamiento y se adaptan a él. Entre ellos, que nunca se han separado de mi lado, y yo existen lazos misteriosos. En fin, me llenan de alegrías, como si supieran todas las compensaciones de que me son deudores.

Armando, que durante los tres primeros años de sus estudios parecía tardo y poco inteligente y por ello me inquietaba, se ha hecho, de pronto, más aplicado. Sin duda ha comprendido la finalidad de esos trabajos preparatorios que los niños no siempre advierten y que están destinados a acostumarles al trabajo, a aguzar su inteligencia y a inclinarles a la obediencia, que es el principio de las sociedades. Amiga mía, hace unos días tuve la embriagadora sensación de ver, en plena Sorbona, laurear a Armando. Tu ahijado ha obtenido el primer premio de redacción. En la distribución de los del colegio de Enrique IV obtuvo dos primeros premios, el de verso y el de prosa. Me quedé embelesada al oír proclamar su nombre y sentí deseos de gritar: “¡Yo soy su madre!”. Juanita me apretaba la mano hasta hacerme daño, si es que en esos momentos se puede sentir dolor. ¡Luisa, aquella fiesta bien valía por todos unos amores perdidos!

Los triunfos de su hermano han estimulado a mi pequeño Renato, que quiere ir ya al colegio como Armando. A veces estos tres niños gritan y arman un gran alboroto. No sé cómo puedo resistirlo, pues estoy siempre con ellos; nunca me fie de nadie, ni siquiera de Mary, en lo que se refiere a la vigilancia de mis hijos. ¡Pero son tantas las alegrías que pueden cosecharse en este hermoso oficio de madre! Ver a un hijo abandonar sus juegos para venir a besarme como impulsado por una necesidad... ¡qué gozo tan grande! Uno de los primeros deberes de una madre estriba en observar desde edad temprana las aptitudes, el carácter, la vocación de sus hijos, cosa que ningún pedagogo podría hacer. Todos los niños educados por su madre aprenden una forma de comportarse que no puede ser sustituida por la inteligencia natural. Reconozco ya estos matices, en los salones, donde distingo enseguida las huellas de la madre en los modales de un joven. ¿Cómo privar de tal ventaja a los hijos? Como ves, mis deberes cumplidos son fértiles en tesoros y en gozos.

Armando —estoy segura de ello— será el más excelente magistrado, el más probo administrador, el diputado más concienzudo que pueda encontrarse; mientras que mi Renato será el marino más audaz, más aventurero y al propio tiempo más astuto de este mundo. Ese pequeño tiene mía voluntad de hierro; obtiene cuanto quiere, da mil rodeos para llegar a su fin, y si los mil no le bastan emplea mil y uno. Allí donde Armandito se resigna con calma y estudia la razón de las cosas, mi Renato alborota, despliega todo su ingenio, discute y acaba por descubrir una rendija, y aunque sólo quepa por ella la hoja de un cuchillo, pronto consigue hacer pasar un cochecito.

En cuanto a Juanita, es tan igual a mí que no distingo su carne de la mía. Mi pequeña, mi querida hijita, a la que me complazco en hacer coqueta y a la que trenzo los cabellos mientras pongo en ellos mis pensamientos de amor, quiero que sea plenamente feliz: no la entregaré en matrimonio más que a un hombre que la ame y a quien ame ella también. Pero, Dios mío, cuando le pongo cintas en los cabellos, cuando calzo sus piecitos, tan lindos y diminutos, brota en mi corazón y en mi mente una idea que casi me hace desfallecer. ¿Acaso somos dueñas de la suerte de nuestras hijas? Puede amar a un hombre indigno de ella o puede no ser correspondida por el hombre a quien ella ame. A menudo, al contemplarla, acuden las lágrimas a mis ojos. ¡Desprenderse de una criatura encantadora, de una flor, de una rosa que ha vivido en nuestro seno como un capullo en el rosal para entregársela a un hombre que nos lo arrebatara todo! ¿No fuiste tú quien, hace dos años, me escribió estas dos palabras: “Soy feliz”? ¿No fuiste tú quien me recordó el drama del matrimonio, horrible para toda madre que sea tan madre como yo lo soy? Adiós, pues no sé cómo te escribo. No mereces mi amistad. Pero contéstame, Luisa.

LII

LA SEÑORA GASTÓN A LA SEÑORA DE L'ESTORADE

En el Chalet.

Un silencio de dos años ha picado tu curiosidad y me preguntas por qué no te escribo; pero, mi querida Renata, no hay frases, palabras ni lenguaje para expresar mi felicidad: nuestras almas tienen fuerza para resistirla, ahí lo tienes todo en dos palabras. No hemos de hacer el menor esfuerzo para ser felices, nos comprendemos en todo. En dos años no ha habido la menor disonancia en este concierto, el menor desacuerdo de expresión en nuestros sentimientos, la menor diferencia en nuestras voluntades. En fin, querida mía, ni uno solo de esos días ha dejado de traer su fruto particular, ni existió un solo momento que la fantasía no hiciera delicioso. No sólo nuestra vida —de eso estamos bien seguros— no resultará monótona, sino que no llegará a ser lo suficientemente larga para encerrar toda la poesía de nuestro amor, fecundo como la naturaleza y variado como ella. No nos equivocamos. Nos agradamos mutuamente todavía más que el primer día, y a cada momento descubrimos nuevas razones para amarnos. Todas las tardes nos prometemos, al pasear después de comer, ir a París por curiosidad, como quien dijera: “¡Iré a visitar Suiza!”.

—¡Cómo —exclama Gastón—, están arreglando tal o cual bulevar, la Magdalena ha sido terminada! ¡Hay que ir a ver todo eso!

Al día siguiente nos quedamos en la cama y desayunamos en nuestra habitación. Llega mediodía, hace calor y nos permitimos una siestecita. Luego él me pide que le deje mirarme y me contempla como si yo fuera un cuadro; se sume en esta contemplación que, según puedes adivinar, es recíproca. Entonces los ojos se nos llenan de lágrimas al pensar en nuestra felicidad y sentimos miedo. Yo sigo siendo su dueña, es decir, que parezco amar menos de lo que soy amada. Este juego es delicioso. ¡Hay tanto hechizo para nosotras, las mujeres, en ver cómo el sentimiento triunfa sobre el deseo, en ver al amante todavía tímido detenerse donde nosotras deseamos que se detenga! Me has preguntado cómo es; pero, Renata mía, es imposible pintar el retrato de un hombre a quien se ama. Ademáis, tenemos que confesar sin rebozo un triste y singular afecto de nuestras costumbres: nada hay tan diferente como un hombre de mundo y un hombre “de amor”; la diferencia es tan grande que el uno puede llegar a no parecerse al otro en absoluto. Quien adopte las posturas más elegantes del más elegante bailarín para decirnos en un rincón, junto a la chimenea, unas palabras de amor puede, durante la noche, no poseer ninguna de las gracias secretas que quiere una mujer. Al revés, un hombre que parece feo, sin

modales, mal envuelto en un traje negro, oculta un amante que posee el talento del amor y que no resultaría ridículo en ninguna de esas situaciones en las que nosotras mismas podemos parecerlo a pesar de todas nuestras gracias externas. Encontrar en un hombre una armonía misteriosa entre lo que parece ser y lo que es, encontrar uno de ellos que en la vida secreta del matrimonio posea esa gracia innata que no se da, que no se adquiere, que la estatuaria antigua ha mostrado en las uniones, a un tiempo castas y voluptuosas, de sus esculturas, ese inocente abandono que los antiguos pusieron en sus poemas y que en el desnudo parece conservar ropajes ante los ojos del alma, todo ese ideal que brota de nosotros mismos, que pertenece al mundo de las armonías y que sin duda constituye el genio de las cosas: pues bien, de ese inmenso problema, perseguido por la imaginación de todas las mujeres, Gastón es la solución viva. Querida, yo no sabía lo que eran el amor, la juventud, el talento y la belleza reunidos. Mi Gastón no es nunca afectado, su elegancia es instintiva, se manifiesta sin esfuerzo. Cuando paseamos solos por los bosques, con su brazo alrededor de mi cintura, el mío apoyado sobre su hombro, su cuerpo junto al mío y las cabezas juntas, caminamos al mismo paso, con un movimiento uniforme, tan suave, tan igual que a las personas que nos vean pasar debemos de parecerles un mismo ser que se desliza por la arena de las avenidas, al modo de los inmortales de Homero. Nuestra armonía se manifiesta en los deseos, en los pensamientos, en las palabras. A veces, bajo las hojas todavía húmedas de una lluvia pasajera, cuando en el atardecer presenta la hierba un verdor lustroso por efecto del agua, nos paseamos, sin decir una sola palabra, escuchando el rumor de las gotas que caen, gozando de los colores rojos que el sol poniente extiende sobre las cimas de los montes. Nuestros pensamientos son entonces como una oración secreta, confusa, que sube al cielo para pedirle perdón por nuestra felicidad. A veces prorrumpimos en una exclamación simultánea al ver que un extremo de la avenida forma un brusco recodo y, desde lejos, nos ofrece las más deliciosas imágenes. ¡Si supieras cuánta miel y profundidad hay en los besos, casi tímidos, que nos damos en medio de esta santa naturaleza!... Se diría que Dios sólo nos ha hecho para que le recemos así. Volvemos a casa más enamorados que nunca y este amor entre dos cónyuges le parecería un insulto a la sociedad de París. Es preciso entregarse a él en el fondo de los bosques.

Gastón, querida mía, posee una estatura mediana, que ha sido la de todos los hombres llenos de energía; no es gordo ni flaco, está muy bien proporcionado; posee gran agilidad de movimientos y salta un foso con la ligereza de un felino. Cualquiera que sea la posición que adopte, hay en él algo así como un sentido que le lleva a encontrar el equilibrio, y esto es raro en los hombres que tienen la costumbre de la meditación. Aunque no es rubio, su piel es blanquísima. Sus cabellos son muy negros y producen vigorosos contrastes con el tono mate de su cabello y de su frente. Tiene la cabeza melancólica de Luis XIII. Se ha dejado crecer el bigote y la perilla, pero yo hice que renunciase a sus patillas y a su barba; se ha convertido así en un hombre corriente. Su santa miseria me lo ha conservado puro de todas esas inmundicias que

corrompen a los jóvenes. Posee unos dientes magníficos y su salud es de hierro. Su mirada azul y muy viva —para mí es de una dulzura magnética— se enciende y brilla como un relámpago cuando su alma se halla agitada. Semejante a todos los hombres fuertes y de poderosa inteligencia, posee una igualdad de carácter que te sorprendería como me ha sorprendido a mí misma. He oído a muchas mujeres confiarme las penas de su hogar; pero esas variaciones de la voluntad, esas inquietudes de los hombres descontentos de sí mismos, que no quieren o no saben envejecer, que llevan consigo no sé qué eternos reproches de su loca juventud y por cuyas venas circula veneno, cuya mirada tiene siempre un fondo de tristeza, que aparentan terquedad para ocultar su desconfianza, que venden una hora de tranquilidad por malos despertares, que se vengan de nosotras por no poder ser amables y odian en secreto nuestra hermosura, todos esos dolores los ignora la juventud y constituyen la servidumbre de los matrimonios desproporcionados. Querida, no cases a Juanita más que con un hombre joven. ¡Si supieras cómo me sirve de alimento espiritual esa constante sonrisa que varía sin cesar, esa sonrisa que me habla, que hasta en la comisura de los labios encierra pensamientos de amor, mudas acciones de gracias, y enlaza siempre las alegrías pasadas con las alegrías presentes! Nunca se olvida nada entre nosotros. Hemos convertido los más pequeños detalles de la naturaleza en cómplices de nuestra felicidad: todo está vivo, todo nos habla de nosotros en esos bosques cautivadores. Un viejo roble cubierto de musgo, cerca de la casa del guarda, junto a la carretera, nos dice que una vez nos sentamos fatigados a su sombra y que Gastón me explicó allí lo que eran los musgos, y de los musgos fuimos subiendo, de ciencia en ciencia, hasta los confines del mundo. Nuestros dos espíritus poseen algo de tan fraternal que a veces me parece que se trata de dos ediciones de una misma obra. Como ves, me he vuelto literata. Ambos tenemos la costumbre o el don de ver cada cosa en su extensión, de percibirlo todo en ella, y las pruebas que nos damos constantemente a nosotros mismos de esta pureza del sentido interior constituyen para nosotros un placer constantemente renovado. Hemos llegado a considerar este acuerdo de nuestros espíritus como un testimonio de amor; y si alguna vez nos faltase, sería para nosotros lo que es una infidelidad para los demás matrimonios.

Por otra parte, mi vida, llena de placeres, te parecería excesivamente laboriosa. Ante todo, querida, debes saber que Luisa Armanda María de Chaulieu se hace ella misma su habitación. No podría sufrir que los cuidados mercenarios de una mujer extraña se iniciasen (¡mujer literaria!) en los misterios de mi alcoba. Mi religión abarca las más pequeñas cosas necesarias para el culto. Esto no son celos sino respeto de mí misma. Así mi alcoba está arreglada con el cuidado que una joven enamorada debe tener con todo cuanto la rodea. Soy meticulosa como una solterona. Mi tocador, en vez de ser un lugar lleno de desorden, es un delicioso saloncito. Mis búsquedas lo han previsto todo. El dueño, el soberano, puede entrar en él en todo momento; su mirada no quedará nunca desilusionada: flores, perfumes, elegancia, todo cautiva allí la vista. Mientras él está todavía durmiendo, por la mañana, ya de día y sin que se

haya dado cuenta todavía, me levanto, paso a ese gabinete donde, instruida por la experiencia de mi madre, me quito los vestigios del sueño por medio de repetidas abluciones de agua fría. Mientras dormimos, la piel, menos excitada, efectúa mal sus funciones; se calienta, la cubre una especie de niebla o de atmósfera. Bajo la esponja una mujer se convierte siempre en muchacha. De eso nació, tal vez, el mito de Venus que surge de las aguas. El agua me presta las gracias picantes de la aurora; me peino, me perfumo el cabello y, después de esta *toilette* minuciosa, me deslizo como una serpiente para que él me encuentre al despertar fresca como una mañana de primavera. Él se muestra entonces encantado de esta lozanía de flor nuevamente abierta, sin poder explicarse el motivo. Más tarde, la *toilette* del día incumbe a mi doncella y se efectúa en el salón de vestir. Como puedes imaginar, también existe la *toilette* de la hora de acostarse. Hago, pues, tres de ellas para mi señor esposo, y a veces cuatro; pero esto, querida, se refiere a otros mitos de la antigüedad.

También pasamos nuestros pequeños trabajos. Nos interesamos mucho por las flores, por las bellas criaturas de nuestro invernadero y por nuestros árboles. Somos unos botánicos consumados, amamos apasionadamente las flores y el chalet está lleno de ellas. Nuestros céspedes están siempre verdes y nuestros macizos tan bien cuidados como los de los jardines del más rico banquero. Nada hay tan hermoso como nuestro recinto. Somos sumamente golosos de nuestros frutos. Mas para el caso de que estas ocupaciones campestres no satisficieran el espíritu de mi adorado, le he aconsejado que acabe en el silencio de la soledad algunas de las piezas de teatro que había empezado durante sus días de miseria y que son realmente bellas. Esta clase de trabajo es el único, en el campo de las letras, que se puede dejar y volver a tomar, pues requiere largas reflexiones y no exige el cincelado del estilo. No siempre se puede forjar el diálogo, hacen falta rasgos, ocurrencias que brotan de la mente como brotan las flores de las plantas y que vienen más fácilmente a nosotros cuando se aguarda su llegada que cuando se las va a buscar. Esta caza de ideas me gusta. Soy la colaboradora de Gastón y no le abandono nunca, ni siquiera cuando viaja por los vastos campos de la imaginación. ¿Adivinas ahora cómo paso las veladas del invierno? Nuestros criados son tan amables que desde el día de nuestra boda no hemos tenido que hacerles un solo reproche ni una sola observación. Cuando alguien les pregunta algo sobre nosotros, saben fingir muy bien y dicen que yo soy la dama de compañía y mi esposo el secretario de los señores, los cuales se encuentran de viaje; seguros de que nunca se lo negaremos, jamás salen sin pedir permiso; por otra parte, se sienten felices y comprenden que su condición únicamente puede cambiar a causa de las faltas que cometan. Dejamos que los hortelanos vendan el excedente de nuestros frutos y de nuestras legumbres. La vaquera encargada de la lechería hace otro tanto con la leche, la crema y la mantequilla fresca. Sólo nos reservan los más bellos frutos. Todos están muy contentos con sus ganancias y nosotros encantados por esta abundancia que ninguna fortuna podría procurarnos en ese terrible París, donde para comprar un buen melocotón hace falta la renta de cien francos. Todo esto,

querida mía, tiene un sentido: quiero ser el mundo de Gastón y como el mundo es divertido, mi marido no debe aburrirse en esta soledad. Yo creía ser celosa cuando era amada y me dejaba amar; ahora experimento los celos de las mujeres que aman, es decir, los verdaderos celos. Cuando una de sus miradas me parece indiferente, me echo a temblar. De vez en cuando me digo: “¡Si dejara de amarme!...”; y al pensarlo, me estremezco. Delante de él soy como un alma cristiana delante de Dios.

¡Pero, ay, Renata mía, sigo sin tener hijos! Sin duda llegará un día en el que sean precisos los sentimientos de un padre y de una madre para animar este retiro, un día en el que tengamos necesidad, tanto él como yo, de ver ropas infantiles, cabecitas rubias, o de pelo negro o castaño, correr, saltar a través de estos macizos y de nuestros floridos senderos. ¡Qué monstruosidad la de las flores sin fruto! El recuerdo de tu hermosa familia me hace daño. Mi vida se ha limitado mientras que la tuya se ha aumentado, ha irradiado luz. El amor es profundamente egoísta mientras que la maternidad tiende a multiplicar nuestros sentimientos. He comprendido bien esta diferencia al leer tu hermosa y tierna carta. ¡Tu felicidad me ha dado envidia al ver que vivías en tres corazones! Sí, tú eres feliz y has cumplido sabiamente las leyes de la vida social, mientras que yo me encuentro al margen de ellas. Sólo unos hijos amantes y amados pueden consolar a una mujer por la pérdida de su belleza. Pronto tendré treinta años y a esa edad empieza una mujer a lamentarse interiormente. Si todavía soy bella, diviso ya los límites de la vida femenina; después, ¿qué será de mí? Cuando tenga cuarenta años, *él* no los tendrá, *él* será todavía joven y yo seré ya vieja. Cuando este pensamiento acude a mi mente y penetra en mi corazón, permanezco a sus pies una hora haciéndole jurar que cuando sienta menos amor por mí me lo dirá al instante. *Él* es un niño y me lo jura como si su amor no hubiera de disminuir jamás, y está entonces tan hermoso que..., ¿comprendes? ¡Yo le creo! Adiós, ángel mío. ¿Volveremos a estar años sin escribirnos? La felicidad es monótona en sus expresiones y tal vez por esto a las almas enamoradas les parece el Dante más grande en su *Paraíso* que en su *Infierno*. Yo no soy el Dante, sólo soy tu amiga y procuro no aburrirte con mis cosas. Tú puedes escribirme, porque en tus hijos hallas una felicidad que va en aumento, mientras que mi felicidad... Pero no hablemos más de eso. Te mando mil besos.

LIII

LA SEÑORA DE L'ESTORADE A LA SEÑORA GASTÓN

Querida Luisa, he leído y releído tu carta y, cuanto más iba penetrando su contenido, tanto menos veía en ti una mujer que una niña; no has cambiado, olvidas lo que te di je mil veces; el Amor es un robo que el estado social hace al estado natural; es tan pasajero en la naturaleza que los recursos de la sociedad no pueden cambiar su condición primitiva; por eso todas las almas nobles tratan de hacer un hombre de ese niño; pero entonces el Amor se convierte, según tú misma dices, en una monstruosidad. La sociedad, querida mía, ha querido ser fecunda. Al sustituir por unos sentimientos duraderos la fugaz locura de la naturaleza, ha creado la más grande de las cosas humanas: la Familia, base eterna de las sociedades. Ha sacrificado al hombre y a la mujer para realizar su obra; porque, no nos engañemos, el padre de familia entrega su actividad, sus energías, todo cuanto posee, a la mujer. ¿No es acaso la mujer la que disfruta de todos esos sacrificios? El lujo, la riqueza, todo en suma, ¿no son, por ventura, para ella? Para ella la gloria y la elegancia, la dulzura y la flor de la casa. Ángel mío, vuelves a interpretar mal lo que es la vida. Ser adorada es bueno para una joven durante algunas primaveras, pero no ocurre ya lo mismo con una esposa y una madre. Quizá le baste a la vanidad de una mujer con saber que puede hacerse adorar. Si quieres ser esposa y madre, vuelve a París. Déjame que te repita una vez más que tú te perderás por la felicidad como otras se pierden por la desgracia. Las cosas que no nos fatigan, como el silencio, el pan o el aire, son irreprochables porque carecen de sabor; mientras que las cosas llenas de sabor y que irritan nuestros deseos acaban por cansarlos. Escúchame, hija mía: aunque hoy pudiera ser amada por un hombre capaz de hacer nacer en mí el amor que tú sientes por Gastón, yo sabría permanecer fiel a mis caros deberes y a mi dulce familia. La maternidad, ángel mío, es para el corazón de la mujer una cosa simple, natural, fértil, inagotable, como las que constituyen los elementos de la vida. Me acuerdo de que un día, pronto hará catorce años, me abracé a la abnegación como un náufrago se aferra al mástil de su navío, por desesperación: pero hoy, cuando evoco con el recuerdo toda mi vida, volvería a elegir aquel sentimiento como el principio de mi existencia porque es el más seguro y el más fecundo de todos. El ejemplo de tu vida, basada en un egoísmo feroz, aunque disimulado por la poesía del corazón, ha reforzado mi decisión. Yo no volveré a hablarte nunca de estas cosas, pero debía decírtelas una última vez al enterarme de que tu felicidad está sometida a la más terrible de las pruebas.

Tu vida en el campo, objeto de mis meditaciones, me ha sugerido esta otra observación, que quiero hacerte presente: nuestra vida, tanto en lo que se refiere al cuerpo como al corazón, se compone de ciertos movimientos regulares. Cualquier

exceso en ese mecanismo constituye una causa de placer o de dolor; ahora bien, el placer y el dolor son unas flores anímicas esencialmente pasajeras, que no pueden soportarse mucho tiempo. Hacer del exceso la vida misma, ¿no es como vivir enferma? Tú vives enferma al mantener en estado de pasión un sentimiento que en el matrimonio se debe convertir en una fuerza tranquila y pura. Sí, ángel mío, hemos de reconocer que hoy la gloria del hogar se encuentra precisamente en esa tranquilidad, en ese profundo conocimiento mutuo, en ese intercambio de bienes y de males que las chanzas vulgares le reprochan. ¡Cuán acertadas no son las palabras de la duquesa de Sully, esposa del gran Sully, al contestar, cuando alguien le dijo que su marido, por muy serio que fuese, no sentía empacho en mantener una amante: “No puede ser más sencillo: yo constituyo el honor de la casa y me resultaría muy violento tener que representar en ella el papel de cortesana”. ¡Tú, más voluptuosa que cariñosa, quieres ser la esposa y la amante. Con el alma de Eloísa y los sentimientos de Santa Teresa, te entregas a extravíos sancionados por las leyes; en una palabra, degradas la institución del matrimonio. Sí, tú, que tan severamente me juzgabas y me tachabas de inmoral por aceptar, desde la víspera de mi boda, los caminos de la felicidad, al someterlo ahora todo a tu capricho mereces los reproches que a mí me hacías entonces. ¿Acaso pretendes someter la naturaleza y la sociedad a tu capricho? Sigues siendo la misma y no te transformas en lo que debe ser una mujer; conservas la voluntad y las exigencias de la joven y llevas en tu pasión los cálculos más exactos, los más mercantiles. ¿No vendes demasiado caras tus galas? Te encuentro muy retadora en todas esas precauciones. ¡Querida Luisa, si pudieras conocer las dulzuras del esfuerzo que las madres realizan sobre sí mismas para ser buenas y tiernas con toda su familia! La independencia y el orgullo de mi carácter se han fundido en una dulce melancolía que los placeres maternales disiparon al recompensarla. Si la mañana fue difícil, la tarde será pura y serena. Tengo miedo de que ocurra todo lo contrario en tu vida.

Al terminar tu carta he rogado a Dios que te permitiera pasar un día en medio de nosotros para convertirte al ideal de la familia, a estas alegrías indecibles, constantes, eternas, porque son verdaderas, sencillas y conformes con la naturaleza. Pero ¿qué puede mi razón contra una falta que te hace dichosa? Tengo los ojos llenos de lágrimas al escribirte estas últimas palabras. He creído francamente que algunos meses otorgados a ese amor conyugal te devolverían la razón a través de la saciedad; pero te veo insaciable. Después de haber dado muerte a un amante, acabarás matando al amor. Adiós, querida extraviada; desespere de ti pues la carta en que esperaba devolverte a la vida social por medio de la pintura de mi felicidad no ha servido más que para la glorificación de tu egoísmo. Sí, sólo tú estás en tu amor, y amas a Gastón mucho más para ti que para él mismo.

LA SEÑORA GASTÓN A LA CONDESA DE L'ESTORADE

20 de mayo.

Renata, ha llegado la desgracia; más aún, ha caído sobre la pobre Luisa con la velocidad del rayo y creo que me comprenderás; la desgracia para mí es la duda. La convicción sería la muerte. Anteayer, después de mi primera *toilette*, al buscar a Gastón por todas partes para dar con él un pequeño paseo antes del desayuno, no lo pude encontrar. Entré en la cuadra y vi su yegua empapada de un sudor que el mozo, con ayuda de un cuchillo, le iba quitando en copos de espuma, antes de secarla.

—¿Quién ha podido poner a *Fedelta* en tal estado? —pregunté.

—El señor —contestó el mozo.

Reconocí en las patas de la yegua el barro de París, que no se parece en nada al barro del campo.

“Ha ido a París”, pensé.

Este pensamiento hizo brotar otros mil de mi corazón, hacia el cual afluyó toda mi sangre. ¡Ir a París sin decírmelo, aprovechar la hora en que lo dejo solo para correr a la ciudad y regresar tan de prisa que casi mata a la yegua de cansancio!... La sospecha me apretó con su terrible cinturón hasta hacerme perder la respiración. Me alejé unos pasos y me senté en un banco para intentar recuperar mi sangre fría. Gastón me sorprendió así, pálida, terrible al parecer, porque me dijo: “¿Qué tienes?”, de un modo tan precipitado y con una voz tan llena de inquietud que me puse en pie y le cogí el brazo; pero, como carecía de fuerza en las articulaciones, me vi obligada a volver a sentarme; entonces me tomó en sus brazos y me llevó a dos pasos de allí, al salón, adonde todos los sirvientes, asustados, nos siguieron, aunque Gastón los despidió con un gesto. Cuando estuvimos solos, sin querer decir una palabra, pude llegar hasta nuestra alcoba, donde me encerré para llorar sin que nadie me molestase. Gastón estuvo junto a la puerta durante dos horas aproximadamente, escuchando mis sollozos, interrogando con paciencia de ángel a su criatura, que no le respondía.

—Volveré a veros cuando mis ojos no estén enrojecidos y mi voz ya no tiemble —le dije al fin.

El vos le hizo salir precipitadamente de la casa. Cogí agua helada para bañar con ella mis ojos, refresqué mi cara, se abrió la puerta de la habitación y lo encontré allí, pues había regresado sin que yo oyese el ruido de sus pasos.

—¿Qué tienes? —me preguntó.

—Nada —le dije—. He reconocido el barro de París en las fatigadas patas de *Fedelta*, y no me explico por qué fuiste allí sin advertirme; pero eres libre.

—Tu castigo por esas dudas criminales —me contestó— consistirá en no decirte hasta mañana los motivos de mi conducta.

—¡Mírame! —le dije.

Sumergí mis ojos en los suyos: el infinito penetró en el infinito. No, no advertí esa nube que la infidelidad esparce por el alma y debe alterar la pureza de las pupilas. Fingí tranquilizarme, aunque siguiera inquieta. Los hombres saben engañar, ¡mentir!, tan bien como nosotras. No nos hemos separado. Querida, al mirarle, ¡qué indisolublemente ligada me he sentido a él! ¡Qué temblores internos me agitaron cuando, después de haberme dejado sola un instante, volvió a aparecer! Mi vida está en él y no en mí. He dado un cruel mentís a tu carta tan cruel. ¿Acaso sentí jamás esta dependencia frente a aquel divino español para quien era yo lo que esta atroz criatura es para mí? ¡Cuánto odio a esa yegua! ¡Qué tonta fui al comprar tales caballos! Pero también tendría que cortarle a Gastón las piernas, o retenerle por la fuerza en el chalet. Estos pensamientos estúpidos ocuparon mi mente; juzga, pues, de mi sinrazón. Si el amor no le ha construido una jaula, ningún poder sería capaz de detener a un hombre que se aburre.

—¿Es que te aburro? —le pregunté a boca de jarro.

—¡Cómo te atormentas sin necesidad! —me respondió con los ojos llenos de dulce piedad—. Nunca te había amado tanto.

—Si eso es cierto, ángel mío adorado —le contesté—, deja que venda a *Fedelta*.

—¡Véndela! —me dijo.

Esa palabra me dejó como aplastada, porque parecía como si Gastón quisiera decir: “¡Sólo tú eres rica aquí, yo no soy nada, mi voluntad no existe!”. Si no lo pensó, creí que lo pensaba y de nuevo lo dejé para ir a acostarme: había llegado la noche.

¡Oh, Renata, en la soledad una idea devastadora puede ¡llevarnos al suicidio! Estos jardines deliciosos, estas noches estrelladas, el frescor que me enviaba a bocanadas el incienso de todas nuestras flores, de nuestro valle, de nuestras colinas, todo me parecía sombrío, negro, desierto. Me sentía como en el fondo de un precipicio, entre serpientes y plantas venenosas; no veía ya nada divino en el cielo. Después de una noche semejante, una mujer ha de envejecer forzosamente.

—Coge a *Fedelta* y corre hacia París —le dije al día siguiente por la mañana—. No la vendamos. ¡La quiero porque te lleva a ti!

Sin embargo, por el acento de mi voz adivinó la rabia interior que yo me esforzaba en ocultar.

—¡Confianza! —respondió, tendiéndome la mano con un movimiento tan abierto y dirigiéndome una mirada tan noble que me sentí anonadada.

—¡Qué mezquinas somos! —exclamé.

—No, tú me quieres y eso es todo —dijo estrechándome en sus brazos.

—Ve a París sin mí —le dije, dándole a entender que abandonaba mis sospechas.

Partió aunque yo creí que se quedaría. Renuncio a pintarte mis sufrimientos.

Había en mí otro yo que yo misma ignoraba. Ante todo, estas escenas, querida mía, para una mujer que ama poseen una solemnidad trágica que nada sería capaz de expresar; toda la vida se os aparece en el momento en que transcurren y los ojos no divisan horizonte alguno; la nada lo es todo entonces, la mirada es un libro, la palabra arrastra témpanos de hielo y en un movimiento de los labios leemos una sentencia de muerte. Subí a lo alto del chalet y le seguí con los ojos por la carretera.

¡Ah, querida Renata, le vi desaparecer con una horrible celeridad!

—¡Cómo corre! —pensé involuntariamente.

Luego, cuando me quedé sola, recaí en el infierno de las hipótesis, en el tumulto de las sospechas. Hubo instantes en que la certeza de ser traicionada me parecía un bálsamo consolador, comparada con los horrores de la duda. La duda es como un duelo que mantenemos contra nosotros mismos, en el que nos infligimos terribles heridas. Iba y venía por las avenidas, regresaba al chalet, salía de él como una loca. Gastón había partido hacia las siete y no regresó hasta las once. Como, a través del parque de Saint-Cloud y del bosque de Bolonia, basta con media hora para llegar a París, era evidente que había pasado tres horas en la ciudad. Entró con aire triunfante y me mostró un látigo de montar, de caucho, con el pomo de oro.

Hacía ya quince días que estaba yo sin látigo de montar, pues el que tenía, gastado y viejo, se había roto.

—¿Para eso me has torturado así? —le dije mientras admiraba el trabajo de aquella joya.

Luego comprendí que su regalo encerraba un nuevo engaño; pero le salté rápidamente al cuello, no sin hacerle dulces reproches por haberme impuesto tan grandes tormentos a causa de una fruslería. Se creyó muy listó. Vi entonces en su actitud, en su mirada, esa especie de alegría interior que se experimenta cuando se ve triunfar un engaño; se escapa como un fulgor del alma, como un rayo de nuestro espíritu que se refleja en los rasgos y se desprende de los movimientos del cuerpo. Después de admirar el lindo objeto, le pregunté en un momento en que mis ojos se clavaban en los suyos:

—¿Quién ha realizado esta obra de arte?

—Un artista amigo mío.

—¡Ah! La ha montado Verdier —añadí leyendo el nombre del comerciante grabado en el látigo de montar.

Gastón es todavía un niño y se sonrojó. Le colmé de caricias para recompensarle por haber sentido vergüenza de engañarme. Me hice la inocente y él creyó que todo había terminado.

25 de mayo.

Al día siguiente, hacia las seis, me puse el vestido de amazona y a las siete pasé por casa de Verdier, donde vi varias fustas del mismo modelo. Un dependiente

reconoció la mía, al mostrársela.

—Ayer se la vendimos a un joven —me dijo.

Y con la descripción que le hice de mi pícaro Gastón, ya no me quedó la menor duda. No necesito decirte cómo palpitaba mi corazón camino de París y durante esta breve escena, durante la cual se decidía mi vida. Habiendo regresado a casa a las siete y media, Gastón me encontró muy arreglada, con mi *toilette* de mañana, paseando con fingida despreocupación y segura de que nada traicionaría mi ausencia, en cuyo secreto sólo estaba mi viejo Felipe.

—Gastón —le dije mientras dábamos una vuelta alrededor de nuestro estanque—, conozco bien la diferencia que existe entre una obra de arte única, hecha con amor para una sola persona, y la que sale de un molde.

Gastón se puso muy pálido y me miró cuando le mostré la terrible pieza de convicción.

—Amigo mío —le dije—, esto no es un látigo, esto es un biombo tras el cual ocultáis un secreto.

Entonces tuve el placer de ver cómo se enredaba en los laberintos del engaño y de la mentira sin poder salir de ellos y, tras de desplegar un arte prodigioso para encontrar un muro que escalar, verse obligado a permanecer en el suelo ante un adversario que al fin consintió en dejarse engañar. Esta complacencia llegó demasiado tarde, como ocurre siempre en las escenas de esta clase. Por otra parte, yo había cometido una torpeza contra la cual mi madre había tratado ya de prevenirme. Al mostrarse al desnudo, mis celos declaraban la guerra y daban pretexto para sus estratagemas entre Gastón y yo. Los celos, querida mía, son esencialmente estúpidos y brutales. Entonces me prometí a mí misma sufrir en silencio, espiar hasta adquirir la certeza y terminar entonces con Gastón o resignarme a mi desgracia: ¿acaso pueden seguir otra conducta las mujeres bien educadas? ¿Qué es lo que me oculta? Porque no hay duda de que me oculta algún secreto y ese secreto se refiere a una mujer. ¿Se trata de alguna aventura de juventud de la cual tiene que avergonzarse? ¿Cuál? Ese *cuál*, querida mía, lo veo grabado con letras de fuego en todas las cosas. Leo la palabra fatal cuando me miro en el espejo de mi estanque, a través de los macizos, en las nubes del cielo, en los techos, en las flores de mis tapices. En medio del sueño hay una voz que me grita: “¿Cuál”? Desde aquella mañana hay en nuestra vida un interés cruel y he conocido el más amargo de los pensamientos que puedan corroer nuestro corazón: pertenecer a un hombre a quien se cree infiel. Querida mía, esta vida tiene a la vez algo de infierno y algo de paraíso. Yo no había puesto aún el pie en ese horno ardiente, pues hasta ahora había vivido santamente adorada.

—¿No deseabas penetrar algún día en los sombríos y ardientes palacios del sufrimiento? —me decía a mí misma—. ¡Pues bien, los demonios han atendido tu fatal deseo: adelante, desventurada!

30 de mayo.

A partir de aquel día, Gastón, en lugar de trabajar con la negligencia y desgana

del artista rico que acaricia su obra, se entrega a su tarea como el escritor que tiene que vivir de su pluma. Dedicaba cuatro horas diarias a terminar dos piezas de teatro.

—¡Necesita dinero!

Esta idea me fue inspirada por una voz interior. No gasta casi nada; vivimos en medio de una absoluta confianza, no hay un sólo rincón de su gabinete que mis ojos o mis dedos no puedan escudriñar, sus gastos no llegan a dos mil francos anuales. Sabía que guardaba en un cajón treinta mil francos. Puedes suponer lo que hice: por la noche, mientras él dormía, fui a ver si estaba todavía aquel dinero en el cajón. ¡Qué glacial estremecimiento se apoderó de mí al verlo vacío! Aquella misma semana descubrí que iba a buscar unas cartas a Sèvres, que seguramente rompe inmediatamente después de haberlas leído, pues a pesar de mis ardides de Fígaro no he podido hallar el menor vestigio de ellas. Ángel mío, a pesar de mis promesas y de todos los bellos juramentos que me hice a mí misma sobre el látigo de montar, un movimiento de alma que he de llamar locura me impulsó a seguirle en una de sus rápidas carreras a la oficina de Correos. Gastón se quedó aterrado al ver que lo sorprendía a caballo, pagando los portes de una carta que tenía en sus manos. Tras de haberme mirado fijamente, puso a *Fedelta* al galope con un movimiento tan rápido que creí morir al llegar a la puerta de nuestra finca en un momento en que pensaba no poder sentir ninguna fatiga corporal. ¡Tanto sufría mi alma! Allí Gastón, sin hablarme, llamó a la puerta y esperó. Yo estaba más muerta que viva. O tenía razón o estaba equivocada; pero, en cualquiera de los dos casos, mi espionaje era indigno de Armanda Luisa María de Chaulieu. Estaba rodando ya por el fango social, más baja que una griseta, era una mozuela mal educada, digna de codearse con las cortesanas, con las actrices, con las mujeres sin educación. ¡Qué sufrimiento! Al fin se abrió la puerta, entregó el caballo a su mozo y yo bajé también entonces, pero en sus brazos, que se apresuró a tenderme; le di el brazo derecho y caminamos... siempre en silencio. Los cien pasos que caminamos de este modo podrían ser contados como cien años de Purgatorio. A cada paso miles de ideas, casi tangibles, revoloteaban como lenguas de fuego ante mis ojos, saltaban a mi alma y cada una poseía un dardo o un veneno diferente. Cuando el mozo y los caballos estuvieron lejos hice que Gastón se detuviese, le miré y, con un movimiento que tú debes estar imaginando, le dije, señalando la carta fatal que aún tenía en la mano derecha:

—¿Me la dejas leer?

Él me la entregó, la abrí y leí una carta en la que Nathan, el autor dramático, le decía que una de nuestras piezas, admitida, estudiada y ensayada, iba a ser estrenada el próximo sábado. La carta contenía el billete de un palco. Aunque para mí esto significaba pasar del infierno al paraíso, el demonio seguía gritándome, como si quisiera turbar mi alegría: “¿Dónde están los treinta mil francos?”. Y la dignidad, el honor, todo mi antiguo yo me impedían formular esa pregunta; tenía la interrogación en los labios, pero sabía también que si mi pensamiento se convertía en palabra sería preciso arrojarme al estanque; sin embargo, a duras penas podía contener el deseo de

hablar. ¿Acaso no sufría yo entonces mucho más de lo que pueden remitir las fuerzas de una mujer?

—Te aburres, mi pobre Gastón —le dije al devolverle la carta—. Si quieres, volveremos a París.

—A París, ¿para qué? —me contestó—. Sólo he querido saber si tenía talento y saborear las mieles del éxito.

En cualquier momento en que esté trabajando, podría fingir que buscaba algo en el cajón y asombrarme al no encontrar sus treinta mil francos; pero, probablemente, tendría que escuchar esta respuesta: “Se los he prestado a tal o cual amigo”. Es lo menos que se le puede ocurrir a un hombre inteligente como Gastón.

Amiga mía, la moraleja de toda esta historia consiste en que el magnífico éxito de la pieza, a cuyas representaciones acude todo París, se nos debe a nosotros, aunque la gloria sea íntegramente para Nathan. Soy una de las dos estrellas de estas palabras: Y LOS SEÑORES **. Asistí a la primera representación, escondida en el fondo de un palco proscenio.

1 de julio.

Gastón sigue trabajando y yendo a París; labora en nueve piezas a fin de tener un pretexto para ir a París y obtener dinero. Ya nos han aceptado tres comedias y encargado dos. Querida, estoy perdida, camino entre tinieblas. Sería capaz de prenderle fuego a mi casa para poder ver algo claro en este asunto. ¿Qué significa su conducta? ¿Se avergüenza de haber recibido de mí su fortuna? Tiene un alma demasiado grande para preocuparse por esas tonterías. Por otra parte, cuando un hombre empieza a sentir escrúpulos es porque se los inspira algún interés que tiene sus raíces en el corazón. Se acepta todo de la esposa, pero no se quiere nada de la mujer a la que piensa uno abandonar o a la que ya se ha dejado de querer. Si desea tanto dinero es porque tiene que gastarlo con una mujer. Si se tratase de mí, ¿acaso no echaría mano de mi bolsa, sin hacer cumplidos? ¡Tenemos cien mil francos de economías! En fin, mi hermosa cervatilla, he recorrido todo un mundo de suposiciones y, después de haberlo pensado todo, estoy segura de tener una rival. Él me deja, pero ¿por quién? ¡Quiero ver a *esa mujer!*

10 de julio.

He visto claro: estoy perdida. Sí, Renata, a los treinta años de edad, en todo el esplendor de mi belleza, llena de encantos espirituales, adornada por todas las seducciones de la *toilette* más cuidada, fresca, lozana y elegante, soy traicionada, y ¿con quién? ¡Con una inglesa de pies enormes, huesuda y de pecho exuberante, como cualquier vaca británica. Ya no me cabe la menor duda. He aquí cuanto me ha sucedido en estos últimos días.

Cansada de tanto dudar, pensando que si había socorrido a alguno de sus amigos bien podía habérmelo dicho; viéndole acusado por su mismo silencio y acuciado por

una sed continua del dinero que ganaba con su trabajo; celosa de ese mismo trabajo e inquieta por sus continuas idas a París, tomé mis medidas y esas medidas me han hecho caer tan bajo que me resulta imposible darte más detalles. Hace tres días me enteré de que Gastón, cuando va a París, se dirige a una casa de la calle Ville-l'Évêque, en la cual sus amores son mantenidos en secreto con una discreción que en París resulta inexplicable. El portero, poco hablador, ha dicho breves palabras, pero las suficientes para desesperarme. En vista de ello me decidí a hacer el sacrificio de mi vida, pues estaba decidida a saberlo todo. Me fui a París, alquilé un apartamento en la casa que se encuentra frente a la que visita Gastón y pude ver con mis propios ojos cómo entraba a caballo en el patio. ¡Tuve demasiado pronto una horrible y espantosa revelación! Esa inglesa, que, según creo, tiene treinta y cinco años, se hace llamar señora Gastón. Este descubrimiento fue para mí un golpe de muerte. La he visto dirigirse a las Tullerías con dos niños... ¡Sí, querida, con dos niños que son dos auténticos retratos en miniatura de Gastón! Resulta imposible no asombrarse ante un parecido tan escandaloso... ¡Y qué criaturas tan lindas! Van vestidos fastuosamente, como saben arreglarlos las inglesas. ¡Ella le ha dado hijos! Todo queda así explicado. Esa inglesa parece una estatua griega, recién apeada de algún monumento; posee la blancura y la frialdad del mármol y camina solemnemente como una madre feliz. Es hermosa, preciso es reconocerlo, pero pesada como un buque de guerra. No posee la menor elegancia o distinción: no se trata, ciertamente de ninguna *lady*. Debe de ser la hija de algún granjero de una mala aldea en un lejano condado, o la décima hija de un pobre ministro protestante. He regresado de París agonizante. Durante el camino me vi asaltada por mil pensamientos como por otros tantos demonios. ¿Estará casada? ¿La conocía él antes de casarse conmigo? ¿Habría sido la amante de algún hombre rico que la haya abandonado y habrá caído repentinamente bajo la protección de Gastón? Hice suposiciones hasta el infinito, como si hubiera necesidad de tales hipótesis en presencia de los hijos. Al día siguiente volví a París, le di al portero de la casa una crecida cantidad de dinero y le pregunté:

—La señora Gastón, ¿está casada legalmente?

—Sí, *señorita* —me contestó.

15 de julio.

Querida mía, desde esta mañana he redoblado mi amor por Gastón y lo encuentro más enamorado que nunca. ¡Es tan joven! Veinte veces, al levantarnos, estuve a punto de preguntarle: “¿Me amas, entonces, más que a ésa de la calle de la Ville-l'Évêque?”. Pero no me atrevo a explicar el misterio de mi abnegación.

—¿Te gustan mucho los niños? —le pregunté.

—¡Oh, sí! —me contestó—; pero ya tendremos los nuestros.

—¿Cómo?

—He consultado a los médicos más eminentes y todos me han aconsejado que hiciera un viaje de dos meses.

—Gastón —le dije—, si yo hubiera sido capaz de amar a un ausente, me habría quedado en el convento hasta el fin de mis días.

Él se echó a reír, pero a mí, querida, la palabra *viaje* me ha matado. Desde luego, prefiero saltar por la ventana que dejarme caer por la escalera de peldaño en peldaño... Adiós, ángel mío, he procurado que mi muerte sea dulce, elegante, pero infalible. Mi testamento fue redactado ayer. Ahora ya puedes venir a verme, la consigna ha sido levantada. Acude a recibir mi último adiós. Mi muerte, como mi vida, llevará el sello de la desgracia y la distinción: bien entera.

Adiós, querido espíritu fraternal, cuyo afecto no me procuró nunca sinsabores ni tuvo altibajos y que, semejante a la uniforme claridad de la luna, acarició siempre mi corazón; no hemos conocido las vivacidades, pero tampoco hemos probado la venenosa amargura del amor. Tú viste la vida de un modo sabio y prudente. ¡Adiós!

LA CONDESA DE L'ESTORADE A LA SEÑORA GASTÓN

16 de julio.

Querida Luisa, te mando esta carta por un propio antes de correr yo misma a reunirme contigo en el Chalet. Cálmate. Tus últimas palabras me han parecido tan insensatas que he creído prudente, en tales circunstancias, confiárselo todo a Luis: se trata de salvarte de ti misma. Si, como tú, hemos empleado horribles medios, el resultado ha sido tan afortunado que estoy segura de merecer tu aprobación. He llegado incluso a avisar a la policía; pero se trata de su secreto entre el prefecto, tú y nosotros dos. ¡Gastón es un ángel! He aquí lo que ocurre: su hermano Luis Gastón falleció en Calcuta, al servicio de una compañía mercante, en el momento en que se disponía a regresar a Francia rico, feliz y casado. La viuda de un negociante inglés le había procurado la más brillante fortuna. Al cabo de diez años de trabajos para enviar a su hermano un dinero con el que pudiera vivir, a aquel hermano a quien adoraba y a quien jamás hablaba en sus cartas de sus contrariedades para no afligirle, fue sorprendido por la quiebra del famoso Halmer. La viuda quedó arruinada. El golpe fue tan violento que Luis Gastón perdió la cabeza. Su hundimiento moral permitió que la enfermedad se adueñase de su cuerpo y falleció en Bengala, adonde había ido a hacerse cargo de los restos de la fortuna de su pobre esposa. El capitán había entregado a un banquero una primera partida de trescientos mil francos para hacerlos llegar a su hermano; pero el banquero, arrastrado en su caída por la de Halmer, les arrebató también este último recurso. La viudad de Luis Gastón, esa hermosa mujer a quien tú tomabas por tu rival, llegó a París con dos hijos que son tus sobrinos, y sin un céntimo. Las joyas de la madre apenas bastaron para pagar el pasaje de la familia. Los informes que Luis Gastón había dado al banquero para enviar el dinero a Mario Gastón sirvieron para que la viuda pudiera encontrar el antiguo domicilio de tu marido. Como tu Gastón desapareció sin decir adónde iba, enviaron a la señora Gastón a casa de D'Arthez, la única persona que podía suministrar informes sobre Mario Gastón. D'Arthez sufragó las primeras necesidades de esa joven con tanta mayor generosidad cuanto que Luis Gastón, hasta el momento de casarse, había sentido un profundo aprecio por nuestro célebre escritor por saber que era amigo de su hermano Mario. El capitán había pedido a D'Arthez que hiciese llegar con seguridad aquella suma a manos de Mario Gastón. D'Arthez contestó que Mario Gastón se había enriquecido al casarse con la baronesa de Macumer. La belleza, ese magnífico regalo que recibieron ambos de su madre, salvó a los dos hermanos de la pobreza, tanto en la India como en París. ¿No es ésta una historia conmovedora?

Como es natural, D'Arthez acabó por escribir a tu marido sobre el estado en que se encontraban su cuñada y sus sobrinos, informándole de las generosas intenciones que el azar había hecho abortar, pero que el Gastón de la India había concebido sobre el Gastón de París. Tu marido, como puedes suponer, corrió precipitadamente a París. He ahí la primera parte de la historia. Tomó cincuenta mil francos del capital que tú le obligaste a aceptar y los invirtió en dos inscripciones de mil doscientos francos de renta cada una a nombre de sus sobrinos. Luego hizo amueblar ese apartamento donde vive tu cuñada y prometió enviarle tres mil francos cada tres meses. Ésa es la historia de sus obras teatrales y de la satisfacción que le produjo el éxito de la primera. Por consiguiente, la señora Gastón no es tu rival y lleva su nombre muy legítimamente. Un hombre noble y delicado como Gastón tenía que ocultarte esa aventura, temiendo tu generosidad. Tu marido considera que no le pertenece lo que tú le diste. D'Arthez me leyó la carta que le escribió para rogarle que fuera uno de los testigos de vuestra boda: Mario Gastón le decía en ella que su felicidad hubiera sido completa si tú no hubieses tenido que pagarle sus deudas y si él hubiera sido rico. Un alma virgen no puede evitar tales sentimientos: se tienen o no se tienen; y cuando se tienen, es fácil concebir su delicadeza, sus exigencias. Es muy natural que Gastón haya querido procurar por sí mismo una existencia digna a la viuda de su hermano, siendo así que esa mujer le enviaba cien mil escudos de su propia fortuna. Es hermosa, tiene buen corazón y modales distinguidos, pero es de inteligencia sencilla, poco refinada. Esa mujer es madre; ni que decir tiene que le cobré afecto tan pronto como la vi, con un niño en brazos y el otro vestido como el *baby* de un lord. ¡Todo para los hijos!: ese es el lema que se ve escrito en sus menores gestos. De modo que, lejos de guardar rencor a tu adorado Gastón, sólo tienes nuevos motivos para amarle. Lo he visto un momento y he comprobado que es el joven más encantador de París. ¡Oh, sí, querida mía!: al verle he comprendido perfectamente que una mujer esté loca por él. Su rostro es el espejo de su alma. En tu lugar, acogería en el Chalet a la viuda y a los dos niños, les haría construir una hermosa casa y recibiría a los niños como hijos propios. Tranquilízate, pues, y prepárale esa sorpresa a Gastón.

LVI

LA SEÑORA GASTÓN A LA CONDESA DE L'ESTORADE

¡Ah, mi bienamada, escucha las mismas terribles, fatales, insolentes palabras del imbécil La Fayette a su señor, a su rey: *¡Es demasiado tarde!* Mi vida, mi hermosa vida, ¿qué médico podrá ya devolvérmela? Me herí de muerte. ¿No era yo, por ventura, un fuego fatuo destinado a apagarse tras haber brillado un momento? Mis ojos son dos torrentes de lágrimas y... sólo puedo llorar cuando estoy lejos de él... Le huyo y él corre en pos de mí. Mi desesperación es totalmente interna. Dante se olvidó de incluir mi suplicio en su *Infierno*. ¡Ven a verme morir!

LVII

LA CONDESA DE L'ESTORADE AL CONDE DE L'ESTORADE

En el Chalet, 7 de agosto.

Amigo mío, llévate los niños y haz el viaje a Provenza sin mí; me quedo al lado de Luisa, a la que sólo restan unos días de vida. Me debo a ella y a su marido, que creo va a volverse loco.

Después de las palabras que ya conoces y que me hicieron volar, acompañada de varios médicos, a Ville-d'Avray, no he abandonado a esta mujer encantadora ni he podido escribirte, a pesar de que hace ya quince noches que estoy aquí.

Al llegar la encontré con Gastón, hermosa y engalanada, risueño el semblante y feliz. ¡Qué sublime mentira! Por un instante Gastón y yo fuimos engañados por su audacia; pero Luisa me estrechó la mano y me dijo al oído:

—Es preciso engañarle; me estoy muriendo.

Un frío glacial envolvió mi cuerpo al notar que su mano ardía y ver que sus mejillas estaban rojas. Me felicité a mí misma por mi prudencia. Había tenido la idea, para no asustar a nadie, de recomendar a los médicos que se pasearan por el bosque, en espera de que los mandase a llamar.

—Déjanos —dijo a Gastón—. Dos mujeres que vuelven a verse después de cinco años de separación tienen muchos secretos que confiarse y Renata desea hacerme, sin duda, alguna confidencia.

Cuando estuvimos solas se arrojó en mis brazos, sin poder contener las lágrimas.

—¿Qué ocurre? —le dije—. Por si pudiera hacer falta te traigo al primer cirujano y al primer médico del Hospital, así como a Bianchon; en total son cuatro.

—¡Oh, si pueden salvarme, si aún hay tiempo para ello, que vengan! —exclamó—. El mismo sentimiento que me arrastraba a la muerte me impulsa ahora a vivir.

—Pero ¿qué has hecho?

—Se me ha declarado una tuberculosis gravísima en el espacio de pocos días.

—¿Cómo?

—Me esforzaba por sudar durante la noche y corría a colocarme al borde del estanque, en medio del rocío. Gastón cree que se trata de un simple resfriado, pero me estoy muriendo.

—Envíale entonces a París; yo voy a buscar a los médicos —dije corriendo como una loca hacia el lugar donde les había dejado.

¡Ay, amigo mío, después de la consulta ninguno de estos sabios me ha dado la menor esperanza! Todos están convencidos de que cuando caigan las hojas de los árboles Luisa morirá. La constitución de esta pobre criatura sirvió horriblemente a su

propósito: era muy propensa a contraer la enfermedad que voluntariamente desarrolló en su pecho; habría podido vivir mucho tiempo, pero unos cuantos días bastaron para que todo sea irreparable. No puedo expresarte mis impresiones al escuchar esta sentencia plenamente motivada. Sabes que he vivido tanto para Luisa como para mí. Quedé anonadada y no pude acompañar a los crueles médicos. Con el rostro bañado en lágrimas pasé no sé cuanto tiempo en una dolorosa meditación: “¡Bueno, ya veo que estoy condenada!”. Era Luisa, que apoyaba su mano en mi hombro. Me hizo poner en pie y me llevó a su saloncito.

—No me abandones —me pidió con mirada suplicante—; no quiero ver la desesperación a mi alrededor; sobre todo, quiero engañarle. Tendré bastante fuerza de voluntad para hacerlo. Me siento llena de energías, de juventud, y sabré morir de pie. En cuanto a mí, no me quejo; muero como a menudo deseaba morir: a los treinta años de edad, joven, bella y entera. Creo que lo habría hecho desdichado, lo veo muy claro. Me cogí en las redes del amor, como una cierva que se estrangula a sí misma por la impaciencia y el temor de verse capturada: de nosotros dos, yo soy la cierva... y bien salvaje. Mis celos injustificados le herían en su corazón desde hace tiempo. El día en que mis celos se hubiesen estrellado contra su indiferencia, que es la recompensa de los celos... me moriría. Llevo mi propia cuenta de la vida. Hay seres que tienen sesenta años de servicio en los registros del mundo y que en realidad sólo han vivido dos años; y viceversa. Yo parezco tener tan sólo treinta años, pero en realidad, llevo vividos sesenta años de amor. Para mí y para él este desenlace es el más feliz. En cuanto a nosotras dos, es diferente; tú pierdes una hermana que te quiere y esta pérdida será irreparable. Sólo tú debes llorar mi muerte. Mi muerte —prosiguió tras una larga pausa, durante la cual estuve viendo a través del velo de mis lágrimas— encierra una cruel enseñanza. Mi querido doctor con faldas y corsé tenía razón: el matrimonio no puede tener como base la pasión, ni siquiera el amor. Tu vida es una vida bella y noble, supiste seguir tu camino, amando cada vez más a tu Luis; mientras que si se empieza la vida conyugal con un ardor excesivo, forzosamente debe ir disminuyendo. Dos veces me equivoqué y dos veces habrá venido la Muerte a abofetear mi felicidad con su mano descarnada. La Muerte me arrebató al más noble y al más abnegado de los hombres; hoy me arrebató a mí del esposo más bello, más encantador y más poético del mundo. Pero habré conocido sucesivamente los hermosos ideales del alma y de la forma. En Felipe, el alma domaba al cuerpo y lo transformaba; en Gastón, el corazón, el talento y la belleza luchan a porfía. Muero sabiéndome adorada, ¿qué más puedo desear?... Reconciliarme con Dios, al que quizás he descuidado y hacia el cual me lanzaré llena de amor hacia Él, pidiéndole que me devuelva un día a esos dos ángeles en el cielo. Sin ellos el Paraíso estaría desierto para mí. Mi ejemplo sería fatal: soy una excepción. Como es imposible encontrar Felipes o Gastones, la ley social está en esto de acuerdo con la ley natural. Sí, la mujer es un ser débil que debe, al casarse, realizar el sacrificio entero de su voluntad al hombre, el cual, a su vez, le debe el sacrificio de su egoísmo. Las

rebeldías y los gemidos que nuestro sexo ha producido en estos últimos tiempos no son más que necedades que nos hacen merecer el nombre de seres infantiles que tantos filósofos nos han aplicado.

Continuó hablando de esta manera con la dulce voz que ya conoces, diciendo las cosas más sensatas del modo más elegante, hasta que Gastón entró, trayendo de París a su cuñada, a los dos niños y a la criada inglesa, que Luisa le había pedido que fuera a buscar.

—He aquí a mis lindos verdugos —dijo al ver a sus dos sobrinos—. ¿Acaso no podía equivocarme al contemplarlos? ¡Cómo se parecen a su tío!

Ha estado muy simpática con su cuñada, a quien rogó que considerase el Chalet como su propia casa y le hizo los honores con esas maneras tan propias de los Chaulieu, que ella posee en alto grado. Enseguida escribí a la duquesa y al duque de Chaulieu, al duque de Rhétoré y al duque de Lenoncourt-Chaulieu, así como a Magdalena. Hice bien. Al día siguiente, fatigada por tantos esfuerzos, Luisa no pudo pasear; ni siquiera se levantó más que para comer. Magdalena de Lenoncourt, sus dos hermanos y su madre llegaron por la noche. El muro de hielo que la boda de Luisa había levantado entre ella y su familia se derritió. Después de esto, los dos hermanos y el padre de Luisa vinieron a caballo todas las mañanas, y las dos duquesas pasan en el Chalet sus veladas. La muerte aproxima tanto como separa y hace callar las pasiones mezquinas. Luisa está sublime por su elegancia, inteligencia, encanto y sensibilidad. Hasta el último instante manifiesta el buen gusto que la hizo tan famosa, y nos dispensa los tesoros de inteligencia que la convirtieron en una de las reinas de París.

—Quiero estar bonita hasta en mi ataúd —me dijo con su peculiar sonrisa, mientras se acostaba en su cama, donde ha languidecido durante estos quince días.

En su habitación no hay vestigio alguno de enfermedad; las pócimas y todo el aparato médico permanecen escondidos.

—¿No es verdad que tengo una hermosa muerte? —le decía ayer al cura de Sèvres, en quien ha depositado plenamente su confianza.

Todos gozamos de ella como avaros. Gastón, que ha sido preparado por tantas inquietudes y tantas horribles claridades, no carece de valor, pero está profundamente herido. No me extrañaría verle seguir a su mujer. Ayer me dijo, mientras paseábamos alrededor del estanque:

—Debo ser el padre de esos dos niños... —y me señalaba a su cuñada, que estaba paseando con sus sobrinos—, pero aunque no quiera hacer nada para irme de este mundo, prometedme que seréis una segunda madre para ellos y permitiréis que vuestro marido acepte la tutela que le confiaré en unión de mi cuñada.

Dijo estas palabras sin el menor énfasis, como un hombre que se siente acabado. Su rostro responde con sonrisas a las sonrisas de Luisa y únicamente a mí no consiguen engañarme. Despliega un valor semejante al suyo. Luisa deseaba ver a su ahijado; pero no me disgusta que se encuentre en Provenza, porque quizás habría

querido hacerle algunas liberalidades que me habrían resultado embarazosas.

Adiós, amigo mío.

25 de agosto (día de su santo).

Ayer por la tarde estuvo delirando unos instantes; pero fue un delirio elegante, que demuestra que las personas de talento no se vuelven locas como los burgueses o como los tontos. Cantó con voz apagada algunas tonadas italianas de los *Puritanos*, de la *Sonámbula* y de *Moisés*. Todos permanecíamos en silencio alrededor de su lecho, tan evidente resultaba que su alma se iba escapando así de su cuerpo. ¡Ya no nos veía! Conservaba toda su elegancia en ese canto débil de divina dulzura. La agonía se inició durante la noche. A las siete de la mañana fui yo misma a levantarla; recuperó algunas fuerzas, quiso sentarse junto a la ventana y cogió la mano de Gastón... Después, del ángel más encantador que jamás se haya podido ver en este mundo no nos quedaron más que los restos mortales. Había recibido los santos sacramentos el día antes, sin que Gastón lo supiera, pues poco antes de la sobrecogedora ceremonia de la extremaunción se había quedado un poco traspuesto. Luisa me pidió que le leyese en francés el *De Profundis*. Repetía mentalmente las palabras mientras estrechaba las manos de su marido, arrodillado junto a su poltrona.

26 de agosto.

Tengo el corazón destrozado. Acabo de verla en su ataúd. Está pálida, con tintes violáceos. ¡Quiero ver a mis hijos! ¡Mis hijos! ¡Tráeme pronto a mis hijos!

París. 1841

APÉNDICE

Cada una de estas cartas se componía de fragmentos. Si alguna de ellas —por otra parte, fáciles de reconocer— brotaron de una sola vez, como una llamarada, de corazones oprimidos o felices, otras fueron escritas después de varias interrupciones. Eran entonces el resultado de observaciones efectuadas durante algunos días, o la historia de una semana. El libro, este objeto más o menos literario que debe ponerse ante los ojos del público, ha exigido la fusión de esos elementos. Quizá fue un error. La crítica o la alabanza, indulgentes amistades o enemistades también leales, se lo dirán a quien puso en orden esta sucesión curiosa, que le fue legada por una mano amiga, sin ninguna circunstancia novelesca. Si así lo exigiese el éxito, recurriendo a los originales podrían restablecerse las cartas en su primitiva redacción. Daremos entonces todos los textos que ahora hemos debido seleccionar para evitar una extensión excesiva. La publicación de una correspondencia es cosa bastante inusitada desde hace casi cuarenta años, pero es una de las formas más fieles de expresar el pensamiento humano y fue utilizada por la mayor parte de las ficciones literarias del siglo XVIII; hoy exigía las mayores precauciones. El corazón es demasiado prolijo en sus expansiones.

Todo el mundo aprobará el cambio de los nombres, deferencia debida a personas que pertenecieron a casas históricas de dos países.

Esta correspondencia, en desacuerdo con las vividas y apasionantes obras literarias de nuestra época, tan aficionada a los dramas y que a veces prescinde de las gracias del estilo, requiere cierta indulgencia. La ponemos, naturalmente, bajo la protección de lectores escogidos, que hoy día escasean, y cuyas tendencias intelectuales son en cierto modo contrarias a las de su época.

Si el editor hubiera querido escribir un libro en lugar de relatar uno de los grandes dramas privados de este siglo, hubiera procedido de otra forma. Sin embargo, no reniega de la parte que ha tenido en la corrección, en el arreglo y en la selección de estas cartas. Con todo, su labor no excede de la de un mero compilador.

DE BALZAC.

Jardies, mayo de 1840.



LA BOLSA



LA BOLSA

A Sofka:

¿No habéis observado, señorita, que al colocar dos figuras en adoración a ambos lados de una hermosa santa, los pintores o escultores de la Edad Media no dejaban nunca de imprimirles un parecido filial? Al ver vuestro nombre entre los de quienes me son queridos y bajo cuyo patrocinio pongo mis obras, acordaos de aquella sorprendente armonía y encontraréis en ella, no tanto el homenaje, como la expresión del afecto fraternal que os tributa.

Vuestro servidor,

DE BALZAC.

Existe para las almas soñadoras una hora deliciosa, aquella en que todavía no es de noche y, sin embargo, ya no es de día; la luz crepuscular proyecta entonces sus suaves matices o sus reflejos sorprendentes sobre los objetos, y al dar rienda suelta a la fantasía, favorece unos sueños que se adaptan vagamente a los juegos de la luz y de la sombra. El silencio que entonces reina hace gratos esos instantes a los artistas, que se recogen en sí mismos y se alejan unos pasos para contemplar unas obras en las que ya no pueden trabajar y para embriagarse con el tema, cuyo íntimo sentido aparece de pronto en todo su fulgor ante los ojos interiores del genio. Quien no haya permanecido pensativo junto a un amigo durante ese momento de poéticos sueños, difícilmente comprenderá sus inefables beneficios. Merced al claroscuro, los ardidés materiales de que se vale el arte para hacer creer en las realidades desaparecen por completo. Si se trata de un cuadro, los personajes que representa parecen hablar y caminar: la sombra se hace sombra, la luz es luz, la carne vive, los ojos se mueven, la sangre corre por las venas y las telas se tornan irisadas. La imaginación ayuda a la naturaleza en cada detalle y sólo ve las bellezas de la obra. A esa hora la ilusión reina despóticamente: ¡quizá se levanta con la noche! ¿No será la ilusión para el pensamiento como una especie de noche que nosotros poblamos con nuestros sueños? La ilusión despliega en aquel momento sus alas, arrebatada el alma hasta el mundo de las fantasías, fértil en voluptuosos caprichos y donde el artista se olvida del mundo positivo, del día de ayer y del mañana, del porvenir y de sus miserias, de las horas buenas y de las malas. Durante esa hora mágica, un joven pintor, hombre de talento, y que no veía en el arte más que el arte mismo, estaba montado en una doble escalera para pintar una tela grande y alta, casi terminada ya. Criticándose a sí

mismo, admirándose de buena fe o abandonándose al curso de sus pensamientos, se abismaba en una de esas meditaciones que fascinan el alma y la elevan, la acarician y la consuelan. Sin duda permaneció mucho rato entregado a los juegos de su fantasía. Llegó la noche. Sea que quisiera bajar de la escalera, sea que hubiese hecho un movimiento imprudente por creerse en el suelo —pues lo que ocurrió no le permitió tener después un recuerdo muy preciso de las causas de su accidente— lo cierto es que cayó, que su cabeza fue a dar contra un taburete, que perdió el conocimiento y que permaneció sin movimiento durante un lapso de tiempo cuya duración fue para él desconocida. Una voz suave vino a sacarle de la especie de letargo en que se había sumido. Cuando abrió los ojos, la vista de una luz intensa le obligó a cerrarlos de nuevo prestamente: pero a través del velo que envolvía sus sentidos oyó el cuchicheo de dos mujeres y percibió dos manos jóvenes, dos manos tímidas, entre las cuales descansaba su cabeza. Pronto volvió en sí y pudo distinguir, a la claridad de una de aquellas antiguas lámparas llamadas *de doble corriente de aire*, la más deliciosa cabeza de muchacha que jamás había visto, una de esas cabezas que a menudo pasan por capricho de un pincel, pero que de pronto realizó para él las teorías de ese bello ideal que se crea cada artista y de donde procede su talento. El rostro de la desconocida pertenecía, por decirlo así, al tipo fino y delicado de la escuela de Prudhon y poseía al mismo tiempo la poesía que Girodet prestaba a sus figuras fantásticas. La lozanía de las mejillas, la regularidad de las cejas, la pureza de las líneas, el candor virginal fuertemente impreso en todos los rasgos de aquella fisonomía, hacían de la joven una creación perfecta. La cintura era esbelta, las formas frágiles. Su vestido, aunque limpio y sencillo, no denotaba fortuna, aunque tampoco miseria. Al volver en sí, el pintor expresó su admiración por medio de una mirada de sorpresa y le dio las gracias balbuceando. Notó que le apretaba la frente un pañuelo y reconoció, a pesar de ese olor particular de todos los estudios de pintor, fuerte olor a éter, sin duda utilizado para sacarle de su desvanecimiento. Luego vio una anciana, parecida a las marquesas del Antiguo Régimen, que sostenía la lámpara y le daba consejos a la joven desconocida.

—Señor —respondió la joven a una de las preguntas que le hizo el pintor cuando todavía su mente se hallaba sumida en la confusión de las ideas que le produjo su caída—, mi madre y yo hemos oído el ruido de vuestro cuerpo al dar contra el suelo y creímos distinguir un gemido. El silencio que sucedió a la caída nos ha asustado, de modo que nos apresuramos a subir. Al hallar la llave en la cerradura nos permitimos entrar y os vimos tendido en el suelo, sin movimiento. Mi madre fue a buscar lo necesario para hacer una compresa y reanimaros. Estáis herido en la frente. ¿Sentís dolor en ella, verdad?

—Sí, ahora sí —repuso el artista.

—¡Oh, no será nada! —dijo la señora anciana—. Afortunadamente vuestra cabeza fue a dar contra ese maniquí.

—Me siento infinitamente mejor —respondió el pintor—, y ya no tengo

necesidad más que de un coche para regresar a mi casa. La portera irá a buscarme uno.

Quiso reiterar las gracias a las dos desconocidas; pero a cada frase la señora anciana le interrumpía diciendo:

—Mañana, señor, procurad poner os unas sanguijuelas o que os hagan una sangría, bebed unas tazas de vulneraria, cuidaos: las caídas son peligrosas.

La joven miró disimuladamente al pintor y a los cuadros del estudio. Su porte y sus miradas revelaban el recato más completo; su curiosidad se parecía a la de la distracción, y sus ojos expresaban ese interés que las mujeres, con una espontaneidad llena de encanto, suelen proyectar hacia todo lo que para nosotros constituye una desgracia. Las dos desconocidas parecían olvidar las obras del pintor en presencia del pintor doliente. Cuando se hubieron tranquilizado acerca de su situación se alejaron contemplándolo con una solicitud igualmente desprovista de énfasis y familiaridad, sin hacerle preguntas indiscretas ni tratar de inspirarle el deseo de conocerlas. Sus maneras nobles y sencillas produjeron de momento poco efecto en el ánimo del pintor; pero más tarde, cuando se acordó de todas las circunstancias de aquel acontecimiento, se sintió profundamente conmovido. Al llegar al piso situado debajo del estudio del pintor, la anciana exclamó con voz suave:

—Adelaida, has dejado la puerta abierta.

—Ha sido para socorrerme —repuso el pintor con sonrisa de gratitud.

—Es que vos, madre, habéis bajado enseguida —replicó la joven sonrojándose.

—¿Queréis que os acompañemos hasta abajo? —preguntó la anciana al pintor—.

La escalera está a oscuras.

—Muchas gracias, señora, pero ya estoy mejor.

—¡Apoyaos bien en la barandilla!

Las dos mujeres permanecieron en el rellano para alumbrar al joven, escuchando el ruido de sus pasos.

Para que el lector comprenda lo que esta escena podía tener de sorprendente para el pintor, añadiremos que habían transcurrido pocos días desde la instalación de su estudio en la parte alta de aquella casa, situada en el lugar más oscuro y, por consiguiente, más lleno de lodo de la calle de Suresne, casi enfrente de la iglesia de la Magdalena y a dos pasos de su domicilio, situado en la calle de los Campos Elíseos. La celebridad que había alcanzado gracias a su talento lo había convertido en uno de los artistas más cotizados de Francia, permitiéndole salir así de sus antiguas estrecheces y gozar, según él mismo decía con gracejo, de sus últimas miserias. En lugar de ir a trabajar a uno de esos estudios situados cerca de las puertas de la ciudad, cuyo módico alquiler se hallaba en relación con la modestia de sus antiguas ganancias, había dado satisfacción a un deseo largamente acariciado: el de ahorrarse diariamente un larga caminata y la pérdida de un tiempo que para él había llegado a ser más precioso que nunca. Nadie en el mundo hubiera inspirado tanto interés como Hipólito Schinner si hubiera consentido en darse a conocer; pero no confiaba a la

ligera los secretos de su vida. Era el ídolo de una madre pobre, que lo había criado a costa de las más duras privaciones. La señorita Schinner, hija de un granjero alsaciano, no había estado nunca casada. Su alma tierna fue en otro tiempo pisoteada por un hombre rico, que no se distinguía precisamente por una gran delicadeza en cuestiones de amor. El día en que, soltera y en todo el esplendor de su hermosura, en toda la magnificencia de su vida, sufrió, a expensas de su corazón y de sus más caras ilusiones, una de esas decepciones que nos afectan de un modo tan lento y tan rápido a la vez porque querríamos creer lo más tarde posible en la realidad de nuestros males y estos nos parece que vienen siempre con demasiada presteza, aquel día valió por todo un siglo de reflexiones pues fue el día de los pensamientos religiosos y de la resignación. Rehusó las limosnas del que la había engañado, renunció al mundo y convirtió su falta en corona de su gloria. Entregose por entero al amor maternal y' le pidió, a cambio de las satisfacciones sociales a que debía renunciar, un mundo de delicias. Vivió de su trabajo, acumuló un tesoro en aquel hijo que, más tarde, en un día, en una hora, le pagó los largos y lentos sacrificios de su indigencia. Por su última exposición su hijo había obtenido la cruz de la Legión de Honor. Los periódicos, unánimes en reconocer aquel talento ignorado, venían todavía llenos de sinceros elogios. Los propios artistas reconocían a Schinner como maestro y los comerciantes cubrían sus cuadros de oro. A los veinticuatro años, Hipólito Schinner, a quien su madre había transmitido su alma de mujer, había comprendido mejor que nunca su situación en el mundo. Queriendo compensar a su madre por los goces de que la sociedad la había privado durante tanto tiempo, vivía para ella y esperaba, a fuerza de gloria y de fortuna, verla un día rica, feliz, considerada, rodeada de hombres célebres. Schinner había escogido a sus amigos entre los hombres más honorables y distinguidos. Exigente en la elección de sus relaciones, quería mejorar todavía más su posición, que su talento hacía ya bastante elevada. Al obligarle a permanecer en la soledad aquella madre de elevados pensamientos, el trabajo a que se había dedicado desde su juventud le había permitido conservar las hermosas creencias que embellecen los primeros días de la vida. Su alma adolescente no ignoraba ninguno de esos mil pudores que hacen del joven un ser aparte, cuyo corazón rebosa felicidad, poesía, esperanzas vírgenes, pobres a los ojos de la gente que se cree a vuelta de las cosas, pero profundos, precisamente porque son sencillos. Estaba dotado de esas maneras dulces y corteses que tan bien le sientan al alma y seducen incluso a quienes no las comprenden. Era de aspecto agradable. Su voz, que salía del mismo corazón, despertaba en los demás nobles sentimientos y demostraba sincera modestia por el candor de su acento. Al verle, todos se sentían atraídos hacia él por ese atractivo moral que los sabios, por fortuna, no saben analizar todavía, y acaso se limitan a ver en él fenómenos de galvanismo o el juego de algún fluido desconocido, en su empeño de reducir nuestros sentimientos a ciertas proporciones de oxígeno y electricidad. Estos detalles quizá le permitan comprender a las gentes de carácter atrevido o pagadas de sí mismas la razón de que, durante la ausencia del portero, a quien envió a

buscar un coche al extremo de la calle de la Magdalena, Hipólito Schinner se abstuviese de hacer a la portera preguntas relacionadas con aquellas dos personas cuyo buen corazón les había llevado a desvelarse tanto por él. Pero, aunque contestase escuetamente por medio de simples afirmaciones o negaciones a las preguntas, naturales en tales casos, que le formuló la buena mujer acerca de su accidente y de la intervención oficiosa de las inquilinas del cuarto piso, no pudo impedir que su interlocutora obedeciese al instinto de los porteros: le habló de las dos desconocidas de acuerdo con sus intereses y según los juicios subterráneos de la portería.

—¡Ah —dijo— sin duda se trata de la señorita Leseigneur y de su madre, que viven aquí desde hace cuatro años! Todavía no sabemos lo que hacen esas damas; por las mañanas, hasta mediodía, les viene a ayudar una vieja sirvienta, medio sorda y que no habla más que una pared; por la tarde, dos o tres caballeros ancianos, condecorados como vos, uno de los cuales tiene coche y criados y se calculan sesenta mil libras de renta, vienen a casa de esas señoras y suelen permanecer en ella hasta muy tarde. Por otra parte, se trata de inquilinas muy tranquilas, como vos mismo, señor, y muy ahorrativas. Casi no gastan nada y tan pronto como les llega una letra, la pagan. Es curioso, señor, pero la madre se llama de distinto modo que la hija. Cuando salen a las Tullerías, la señorita va muy elegante y siempre la siguen algunos jóvenes, a quienes da con la puerta en las narices, y hace bien, porque el propietario no consentiría que...

Había llegado el coche, Hipólito no quiso oír nada más y regresó a su casa. Su madre, a quien refirió la aventura, le vendó de nuevo la herida y no le permitió volver al estudio al día siguiente. Había llamado al médico, el cual extendió varias recetas, e Hipólito se quedó en casa durante tres días. Mientras duró esta reclusión su imaginación desocupada le recordó vivamente, como por fragmentos, los detalles de la escena que siguió a su desvanecimiento. El perfil de la joven se destacaba intensamente sobre las tinieblas de su visión anterior: volvía a ver el rostro marchito de la señora anciana y le parecía sentir todavía, el contacto de las manos de Adelaida, volvía a evocar un gesto que antes le había sorprendido poco, pero cuya gracia exquisita se encargó de poner de relieve el recuerdo; una actitud cualquiera o el sonido de una voz melodiosa, embellecida por la perspectiva de la memoria, reaparecían luego de repente, como esos objetos que, sumergidos en el fondo de las aguas, retornan a la superficie. Por eso el día en que pudo reanudar sus trabajos regresó temprano al estudio; pero la visita que, indudablemente, estaba obligado a hacer a sus vecinas era la verdadera causa de su prisa, ya que había olvidado enteramente los cuadros que tenía comenzados. En el momento en que nace una pasión se gustan placeres inexplicables, únicamente comprensibles para quienes han amado. Muchas personas sabrán la causa de que el pintor subiera lentamente los peldaños del cuarto piso y estarán en el secreto de las palpitations que se sucedieron rápidamente en su corazón cuando descubrió la puerta color marrón del modesto

apartamento habitado por la señorita Leseigneur. Esta joven, que no llevaba el apellido de su madre, había despertado profunda simpatía en el corazón del joven pintor; creía ver entre ella y él ciertas semejanzas de posición y la dotaba de las mismas desgracias de su propio origen. Mientras trabajaba, Hipólito se entregó con gran complacencia a pensamientos de amor e hizo mucho ruido para obligar a las dos señoras a que se ocupasen de él como él se ocupaba de ellas. Permaneció hasta muy tarde en su estudio y se quedó a comer en él; luego, hacia las siete de la tarde, bajó al piso de sus vecinas.

Ningún pintor de costumbres se ha atrevido a iniciarnos, quizá por, pudor, en los interiores realmente curiosos de ciertas existencias parisienses, en el secreto de esas habitaciones de las cuales salen tan elegantes *toilettes*, mujeres tan radiantes que, ricas por fuera, dejan ver por doquier, en su propia casa los indicios de una equívoca fortuna. Si vamos a trazar nuestra descripción con excesivo realismo, si el lector va a encontrarla demasiado prolija, nos debe perdonar pues esa descripción constituye parte esencial del relato, ya que el aspecto del departamento habitado por sus dos vecinas influyó grandemente en los sentimientos y en las esperanzas de Hipólito Schinner.

La casa pertenecía a uno de esos propietarios poseídos del más profundo horror hacia las reparaciones y mejoras de los edificios, uno de esos hombres que consideran su situación de propietario parisiense como un estado. En la gran cadena de las especies morales esas gentes ocupan un lugar junto al avaro y el usurero. Optimistas por cálculo, son fieles al *statu quo* de Austria. Cuando les habláis de realizar algún arreglo en la casa, por pequeño que sea, sus ojos centellean, su bilis se remueve y se encabritan como caballos espantados, Hipólito, que a propósito de algunas reparaciones que debía realizarse en su estudio había disfrutado gratis de la representación de una escena cómica por el señor Molineux, no se asombró de los tonos negros y grasientos, de los colores aceitosos, las manchas y otros detalles asaz desagradables que decoraban las maderas de la casa. Estos estigmas de miseria no dejan, por otro lado, de ofrecer algunas facetas de poesía a los ojos de un artista.

La señorita Leseigneur abrió personalmente la puerta. Al reconocer al joven pintor le saludó; luego, con esa destreza muy parisiense y la presencia de ánimo que nos otorga el orgullo, se volvió para cerrar la puerta de un tabique con vidrieras a través de la cual habría podido ver Hipólito varias prendas de ropa blanca colgadas de unas cuerdas tendidas sobre la cocina económica, un viejo catre, el brasero, el carbón, las planchas, la vajilla y todos los utensilios propios de los hogares modestos. Unas cortinas de muselina bastante limpias ocultaban cuidadosamente aquel *cafarnaúm*, palabra muy usada para designar familiarmente esta especie de laboratorios. Con una rápida ojeada, propia de artista, Hipólito observó la distribución, los muebles, el conjunto y el estado de aquella primera pieza, dividida en dos. La parte más honorable, que a la vez servía de recibidor y comedor, estaba empapelada. Unas estampas que representaban las batallas de Alejandro, por Lebrun, con marcos

descoloridos, adornaban simétricamente las paredes. En medio de esta pieza había una mesa de caoba maciza, de forma antigua y con los extremos desgastados. Una pequeña estufa, cuyo tubo recto y sin codo apenas se distinguía, hallábase delante de la chimenea, que encerraba un armario en su hogar. Por extraño contraste las sillas ofrecían ciertos vestigios de pasado esplendor, pues eran de caoba tallada; pero el tafilete rojo del asiento, los clavos dorados y algunas otras de sus partes presentaban cicatrices tan numerosas como las de los viejos sargentos de la Guardia Imperial. Esta pieza le servía de museo a algunas de esas cosas que no se encuentran más que en esta clase de hogares anfibios, objetos sin nombre, que participan a un mismo tiempo del lujo y de la miseria. Entre otras curiosidades observó Hipólito un catalejo magníficamente adornado, suspendido sobre el pequeño espejo que decoraba la chimenea. Entre la chimenea y el tabique había un mal aparador, pintado como si fuera de caoba, que es la madera más difícil de imitar. Pero en las pequeñas alfombras colocadas delante de las sillas, lo mismo que en todos los muebles, brillaba esa limpieza que presta un falso lustre a los objetos viejos y hace resaltar todavía más sus defectos, su edad y sus largos servicios.

En aquella pieza reinaba un olor indefinible, resultante de las exhalaciones del *cafar-naúm* al mezclarse con los vahos del comedor y los de la escalera, aunque la ventana estuviera entreabierta y el aire de la calle agitase las cortinas de percal cuidadosamente extendidas. Adelaida abrió enseguida la puerta de la otra habitación, en la cual introdujo al pintor con cierta complacencia. Hipólito, que en otro tiempo había visto en casa de su madre las mismas señales de indigencia, las volvió a contemplar aquí de nuevo con la singular vivacidad de impresión que caracteriza las primeras adquisiciones de nuestra memoria y captó como nadie pudiera hacerlo todos los detalles de esta clase de existencia. Al reconocer el ambiente de su vida infantil, aquel joven de buen corazón no sintió el menor desprecio ante la desgracia oculta, ni orgullo por el lujo que acababa de conquistar para su madre.

—Bien, caballero, espero que ya no os dolerá el cuerpo por la caída que sufristeis el otro día —le dijo la señora anciana, levantándose de una poltrona colocada junto a la chimenea y ofreciéndole una butaca.

—No, señora. Vengo a daros las gracias por los cuidados que me prestasteis, sobre todo la señorita, que ovó el ruido de mi caída.

Al decir esta frase, con esa adorable estupidez que prestan al alma las primeras turbaciones de un amor verdadero, Hipólito miraba a la joven. Adelaida encendía la lámpara de doble corriente de aire, sin duda para hacer desaparecer una vela que se hallaba en una gran palmatoria de cobre, adornada con relieves. Saludó con leve gesto, fue a colocar la palmatoria en el recibidor, volvió para poner la lámpara sobre la chimenea y se sentó al lado de su madre, un poco detrás del pintor, con el fin de poder contemplarle cómodamente, simulando estar muy ocupada con la lámpara, cuya luz, a causa de la humedad de un vidrio empañado, se debatía, crepitando, en una mecha negra y mal cortada. Al descubrir el gran espejo que adornaba la

chimenea, Hipólito dirigió rápidamente su mirada hacia él para admirar a Adelaida. El pequeño ardid de la joven no sirvió, pues, más que para azorarlos todavía más a los dos. Mientras hablaba con la señora Leseigneur, a quien Hipólito dio este nombre, examinó el salón de un modo discreto y disimulado. Apenas se distinguían las figuras egipcias de los morillos de hierro de un hogar lleno de cenizas, en el que dos tizones trataban de reunirse ante un tronco artificial de barro cocido, enterrado tan cuidadosamente como pueda estarlo el tesoro de un avaro. Una vieja alfombra de Aubusson, muy remendada, cubría parte del suelo, cuya frialdad se dejaba sentir en los pies. Las paredes llevaban como adorno un papel rojizo, que remendaba una tela de dibujos amarillos. En medio de la pared opuesta a la de las ventanas, el pintor vio las hendiduras producidas en el papel por la puerta de una alcoba en la que sin duda dormía la señora Leseigneur y que apenas disimulaba un canapé colocado delante de aquella abertura secreta. Frente a la chimenea, encima de una cómoda de caoba cuyos adornos no carecían de riqueza ni de gusto, hallábase el retrato de un militar de alta graduación, que el pintor no pudo distinguir a causa de la poca luz que había en el aposento. En las ventanas, unas cortinas de seda roja estaban ya tan descoloridas cómo el mueble tapizado de amarillo y rojo. Sobre el mármol de la cómoda, una preciosa bandeja de malaquita sostenía una docena de tazas de café magníficamente pintadas y que sin duda habían sido fabricadas en Sèvres. Encima de la chimenea se veía uno de esos eternos relojes de pared de la época del Imperio, un guerrero que guiaba los cuatro caballos de un carro cuyas ruedas llevan en cada radio la cifra de una hora. Las bujías de los candelabros estaban amarillentas a causa del humo y en cada ángulo de la puerta se veía un jarrón de porcelana con flores artificiales, llenas de polvo y de moho. En el centro de la pieza descubrió Hipólito una mesa de juego, sobre la cual había naipes nuevos. Para un observador había algo desolador en el espectáculo de aquella miseria llena de adornos y de afeites, como una mujer vieja que quiere hacer mentir su semblante. Ante aquel conjunto un hombre de sentido práctico se habría planteado secretamente, y al momento, esta especie de dilema: o estas dos mujeres son la honradez personificada, o viven de intrigas y del juego. Pero al ver a Adelaida, un joven tan puro como Schinner debía creer en la inocencia más perfecta y atribuir las incoherencias de aquel mobiliario a las causas más honorables.

—Hija mía —le dijo la anciana señora a la joven—, tengo frío, hacednos un poco de lumbre y dadme un chal.

Adelaida fue a un aposento contiguo, en el que sin duda dormía, y regresó con un chal de cachemira que en sus buenos tiempos debió de haber tenido un elevado precio; sus dibujos eran indios pero, viejo y lleno de zurcidos, armonizaba con los muebles. La señora Leseigneur se arrebujó en el chal con la elegancia y habilidad de una vieja que quiere hacer creer en la verdad de sus palabras. La joven corrió con presteza al *cafarnaúm* y regresó con un puñado de leña menuda, que echó al fuego para reanimarlo.

Resultaría bastante difícil transcribir la conversación que se desarrolló entre

aquellas tres personas. Guiado por el tacto que casi siempre nos dan las desgracias padecidas durante la infancia, Hipólito no se atrevía a formular ninguna observación sobre la posición de sus vecinas al ver en su derredor los síntomas de una penuria tan mal disimulada. La pregunta más sencilla habría resultado indiscreta y sólo podría haberse formulado al amparo de una amistad añeja. Sin embargo, el pintor estaba profundamente conmovido por aquella miseria oculta y su alma generosa padecía al verla. Pero sabía que cualquier especie de piedad, incluso la más allegada, puede ofender, y le desazonaba el desacuerdo que se producía entre sus pensamientos y sus palabras. Las dos damas hablaron un momento de pintura, ya que las mujeres adivinan admirablemente la íntima inhibición que nos producen las primeras visitas; ellas quizá la experimentan también y la agudeza de su espíritu les suministra mil recursos para hacerla cesar. Al formularle preguntas al joven sobre los procedimientos materiales de su arte y sobre sus estudios, Adelaida y su madre supieron animarle para que hablara. Los pequeños detalles indefinibles de su conversación, llena de benevolencia, indujeron con naturalidad a Hipólito a hacer comentarios o reflexiones sobre la naturaleza de sus costumbres y de su alma. Los pesares habían marchitado prematuramente el rostro de la anciana, que sin duda había sido hermosa en otro tiempo; pero sólo le quedaban ya los rasgos más destacados, los contornos, en suma, el esqueleto de una fisonomía cuyo conjunto revelaba gran delicadeza y mucha gracia en el juego de los ojos, donde aún existía esa expresión peculiar de las mujeres de la vieja corte, que nada sería capaz de definir. Aquellos rasgos tan finos lo mismo podían denotar unos sentimientos malvados, la astucia y malicia femeninas en su más alto grado de perversidad, que revelar la delicadeza de un alma hermosa. En efecto, el rostro de la mujer tiene de desconcertante para los observadores vulgares el hecho de que es en él imperceptible la diferencia entre la franqueza y la doblez, entre el genio de la intriga y los impulsos del corazón. El hombre dotado de una vista penetrante adivina los matices que producen una línea más o menos curva, un hoyuelo más o menos profundo, una prominencia más o menos abombada o saliente. La formulación de esos diagnósticos pertenece por entero al dominio de la intuición y sólo ella permite descubrir lo que todos están interesados en ocultar. El rostro de aquella anciana señora era como el apartamento que habitaba: resultaba tan difícil saber si su miseria encubría vicios o una gran probidad como averiguar si la madre de Adelaida era una vieja coqueta acostumbrada a pesarlo, calcularlo y venderlo todo, o era una madre amorosa, llena de nobleza y amables cualidades. A la edad de Schinner el primer movimiento del corazón nos lleva a creer en el bien. Por eso al contemplar la frente noble y casi desdeñosa de Adelaida, al mirar, sus ojos llenos de espiritualidad y nobles pensamientos, respiró, por decirlo así, los suaves y modestos perfumes de la virtud. En el curso de la conversación aprovechó un momento en que hablaron de los retratos en general como pretexto para examinar el horrible pastel, donde todos los colores habían ido palideciendo.

—Sin duda conservaréis esa pintura en atención al parecido, pues desde un punto de vista artístico vale muy poco —dijo mirando a Adelaida.

—Fue hecha en Calcuta, con grandes prisas —repuso la madre con voz emocionada.

Contempló el informe bosquejo con el profundo abandono que nos dan los recuerdos felices cuando despiertan y caen sobre el corazón como un rocío bienhechor, a cuyas frescas impresiones nos gusta abandonarnos; pero hubo también en la expresión del rostro de la anciana vestigios de un eterno duelo. Por lo menos, así quiso el pintor interpretar la actitud y fisonomía de su vecina, junto a la cual fue a sentarse entonces.

—Señora —dijo—, tan solo con que transcurra un poco más de tiempo los colores de este pastel habrán desaparecido. El retrato existirá únicamente entonces en vuestra memoria. Allí donde veréis una figura que os es querida, las demás personas no podrán distinguir nada. ¿Queréis permitirme que traslade a la tela esa imagen? Quedará fijada en ella de un modo más sólido que en ese pastel. Concededme, en atención a la circunstancia de que somos vecinos, el placer de haceros este favor. Hay horas en que a un artista le gusta descansar de sus grandes composiciones por medio de trabajos de menos importancia. Constituirá, pues, para mí una distracción la restauración de esa cabeza.

La anciana se estremeció al oír estas palabras y Adelaida dirigió al pintor una de esas miradas que parecen brotar de lo más íntimo del alma. Hipólito quería unirse a sus dos vecinas por medio de algún vínculo y conquistar el derecho a intervenir en sus vidas. Su ofrecimiento, al dirigirse a los más vivos afectos del corazón, era el único que podía realizar: daba satisfacción a su orgullo de artista y nada había en él que pudiera ofender a las dos damas. La señora Leseigneur aceptó sin entusiasmo ni tristeza, pero con la conciencia de las grandes almas que conocen el alcance de los vínculos que anudan esta clase de obligaciones y hacen de ellos un magnífico elogio, una prueba de estima.

—Me parece —dijo el pintor— que este uniforme es el de un oficial de marina. ¿No es así?

—Sí —respondió la señora—, es el de los capitanes de navío. El señor de Rouville, mi marido, murió en Batavia a consecuencia de una herida recibida en un combate contra un buque inglés, que encontró frente a las costas de Asia. Iba a bordo de una fragata de cincuenta y seis cañones y el *Revenge* era una de noventa y seis. La lucha fue muy desigual; pero se defendió con tanto valor que la sostuvo hasta la noche y logró escapar. Cuando regresé a Francia, Bonaparte no había alcanzado aún el poder y me negaron una pensión. Cuando, últimamente, volví a solicitarla, el ministro me dijo con dureza que si el barón de Rouville hubiese emigrado lo habría conservado y sin duda sería hoy contraalmirante; luego Su Excelencia acabó por hablarme de no sé qué ley sobre pérdida de derechos. Si di estos pasos, a los que mis amigos me impulsaron, fue por Adelaida. Siempre me ha repugnado tender la mano

en nombre de un dolor que arrebató a una mujer la voz y las fuerzas. No me gusta evaluar pecunariamente una sangre derramada de modo irreparable...

—Madre mía, ese tema de conversación siempre os hace daño.

Al oír las palabras de Adelaida, la baronesa Leseigneur de Rouville inclinó la cabeza y guardó silencio.

—Caballero —dijo la joven a Hipólito—, siempre había creído que los trabajos de los pintores, eran, en general, poco ruidosos.

Al oír esto Schinner se sonrojó, recordando el ruido que producía en su estudio. Adelaida no siguió la conversación y ahorró así al pintor alguna mentira. Se había levantado de pronto al oír el ruido de un coche que se detenía delante de la puerta; fue a su aposento, de donde volvió enseguida con dos candelabros dorados con bujías ya empezadas, que encendió con presteza y, sin aguardar a que sonara la campanilla, abrió la puerta de la primera pieza, donde dejó la luz. El ruido de un beso, inmediatamente correspondido, resonó hasta el fondo del corazón de Hipólito. La impaciencia que el joven sentía por ver a quien tan familiarmente trataba Adelaida no fue satisfecha inmediatamente, pues los recién llegados sostuvieron con la joven una conversación en voz baja que al pintor se le antojó muy larga. Al fin reapareció la señorita de Rouville seguida de dos hombres cuyo modo de vestir, fisonomía y aspecto constituyen toda una historia. El primero, de unos sesenta años de edad, llevaba uno de esos trajes inventados, en mi opinión, para Luis XVIII, a la sazón reinante, y en los cuales el más difícil problema de indumentaria fue resuelto por un sastre que merecería la inmortalidad. Aquel artesano conocía, seguramente, el arte de las transiciones que fue la marca de una época tan movida desde el punto de vista político. ¿No constituye, acaso, un mérito bien raro el de saber juzgar a su época? Aquel traje, que los jóvenes de hoy tomarán, sin duda, como una fábula, no era civil ni militar, pero podía pasar, según conviniese, por militar o por civil. Unas flores de lis adornaban la parte posterior de los faldones. Los dorados botones iban también flordelisados. En los hombros había espacio suficiente para unas charreteras que brillaban por su ausencia. Estas señales de milicia eran allí como un memorial sin apostilla. En nuestro vieja el ojal del traje azul estaba guarnecido por varias cintas. Sin duda debía de llevar siempre en la mano su tricornio, porque las nevadas alas de sus cabellos empolvados no mostraban trazas de la presión que sobre ellas pudiera haber ejercido ningún sombrero. Parecía no contar más de cincuenta años y gozar de una salud robusta. Aunque revelaba el carácter leal y franco de los viejos emigrados, su fisonomía denotaba al mismo tiempo las costumbres fáciles y libertinas, las pasiones alegres y la despreocupación de aquellos mosqueteros en otro tiempo tan famosos en los fastos de la galantería. Sus gestos, su modo de andar y sus maneras demostraban que no pensaba modificar sus ideas monárquicas, su religión ni sus amoríos.

Una figura realmente fantástica seguía a este presuntuoso *volatinero de Luis XIV* (para emplear el nombre con que los bonapartistas motejaron a tan nobles restos de la

Monarquía); mas para describirla bien haría falta convertirla en el objeto principal de un cuadro donde no es más que un elemento accesorio. Figuraos un personaje seco y enjuto, vestido como el primero pero como si fuera únicamente el reflejo, o la sombra si queréis, de ese primero. El traje, nuevo en uno, era viejo y ajado en el otro. Los polvos Ge los cabellos parecían menos blancos en el segundo, el oro de las flores de lis menos resplandeciente, la inteligencia más débil y la vida más avanzada hacia el término fatal. En suma, hacía una realidad de las palabras de Rivarol sobre Champcenetz: “Es mi claro de luna”. No era más que el *sosias* del otro, un *sosias* pálido y pobre, pues existía entre ellos la misma diferencia que existe entre la primera y la última prueba de una litografía. Aquel viejo silencioso fue un misterio para el pintor y lo siguió siendo hasta el final. No habló ni le dirigió nadie la palabra. ¿Era un amigo, un pariente pobre, un hombre que permanecía junto al viejo galante como una señorita de compañía junto a una anciana? ¿Ocupaba un lugar intermedio entre el perro, el loro y el amigo? ¿Había salvado la fortuna o simplemente la vida de su bienhechor? ¿Era el Trim de un nuevo capitán Tobías? En todas partes despertaba la misma curiosidad que en casa de la baronesa de Rouville, sin satisfacerla jamás. ¿Quién podía, bajo la Restauración, recordar el afecto que, antes de la Revolución, unía a este caballero y á la mujer de su amigo, fallecida veinte años atrás?

El personaje que parecía ser la más nueva de aquellas dos ruinas avanzó galantemente hacia la baronesa de Rouville y le besó la mano. Luego se sentó junto a ella. El otro saludó y se colocó al lado de su amigo, a la distancia que representaban dos sillas. Adelaida fue a apoyar sus codos sobre el respaldo de la butaca ocupada por el anciano gentilhomme, imitando, sin saberlo, la actitud que Guérin prestó a la hermana de Dido en su famoso cuadro. Aunque la familiaridad del gentilhomme fuese puramente paternal, pareció por un momento que las libertades que se tomaba desagradaban a la joven.

—Pero, ¿por qué te enfadas conmigo? —le preguntó.

Luego lanzó sobre Schinner una de esas miradas oblicuas llenas de astucia, mirada diplomática cuya expresión revelaba la prudente inquietud y la curiosidad cortés con que las personas bien educadas parecen preguntarse al ver un desconocido: “¿Es de los nuestros?”.

—Aquí tenéis a nuestro vecino —le dijo la anciana señora, mostrándole a Hipólito—; el caballero es un célebre pintor cuyo nombre debe seros conocido a pesar de lo poco que os preocupáis por las artes.

El gentilhomme advirtió la malicia con que su vieja amiga omitía el nombre y saludó al joven.

—Por supuesto —dijo—, he oído hablar mucho de sus cuadros en el último Salón. El talento goza de hermosos privilegios, caballero —añadió mirando la cinta roja del artista—. Esa distinción que nosotros hemos de adquirir a costa de nuestra sangre y largos servicios, vosotros la alcanzáis desde jóvenes; pero todas las glorias son hermanas —añadió llevando las manos a su cruz de San Luis.

Hipólito balbuceó algunas palabras de gratitud y volvió a encerrarse en su mutismo, limitándose a admirar con creciente entusiasmo la hermosa cabeza de la joven, que le cautivaba. Sumido en esta contemplación, pronto dejó de pensar en la miseria de aquella vivienda. Para él el rostro de Adelaida se destacaba en una atmósfera luminosa. Contestó lacónicamente a las preguntas que le fueron dirigidas y que oyó, afortunadamente, gracias a esa singular facultad de nuestras almas que a veces permite que nuestro pensamiento se desdoble. ¿A quién no le ha ocurrido alguna vez que, sin perjuicio de permanecer sumido en una meditación voluptuosa o triste, escuchase una voz en sí mismo y asistiese al mismo tiempo a una conversación o a una conferencia? ¡Admirable dualismo que a menudo nos ayuda a soportar con paciencia a las personas aburridas! Fecunda y risueña, la esperanza le ofreció mil pensamientos de felicidad y ya no quiso observar nada más a su alrededor. Criatura llena de confianza, parecióle vergonzoso analizar un placer. Al cabo de cierto lapso de tiempo advirtió que la anciana señora y su hija jugaban con el viejo gentilhomme. En cuanto al satélite de este último, fiel a su condición de sombra se mantenía en pie detrás de su amigo, cuyo juego parecía preocuparle mucho, y contestaba a las mudas preguntas del jugador por medio de pequeñas muecas aprobatorias que repetían los movimientos interrogativos de la otra fisonomía.

—Du Haiga, siempre me toca perder —decía el gentilhomme.

—Es que os descartáis muy mal —respondía la baronesa de Rouville.

—Han pasado ya tres meses y no he podido ganaros una sola partida —repuso.

—¿El señor conde tiene los ases? —preguntó la anciana dama.

—Sí —respondió.

—¿Queréis que os aconseje? —decía Adelaida.

—¡No, no, quédate delante de mí! ¡Demonio, sería demasiada pérdida no tenerte delante!

Al fin la partida terminó. El gentilhomme sacó la bolsa y, arrojando dos luises sobre el tapete, dijo, no sin humor:

—Cuarenta francos, justo como el oro. ¡Diantre, ya son las once!

—Son las once —repitió el silencioso personaje mirando al pintor.

El joven, al oír estas palabras de un modo más claro que todas las demás, pensó que había llegado el momento de retirarse. Volviendo entonces al mundo de las ideas vulgares encontró algunos lugares comunes para tomar la palabra, saludó a la baronesa, a su hija y a los dos desconocidos y salió henchido de la primera felicidad que confiere el amor de aquella velada.

Al día siguiente, el joven pintor experimentó el más vivo deseo de volver a ver a Adelaida. Si hubiera hecho caso de su pasión, habría entrado en la casa de sus vecinas a las seis de la mañana, cuando llegó a su estudio. Sin embargo, tuvo bastante dosis de sensatez para aguardar hasta la tarde. Pero tan pronto como creyó poder presentarse en casa de la señora de Rouville, bajó, llamó a la puerta, no sin grandes palpitaciones en el corazón; y, sonrojándose como una doncella, pidió tímidamente el

retrato del barón de Rouville a la señorita Leseigneur que había salido a abrirle.

—Entrad —le dijo Adelaida, que sin duda le había oído bajar la escalera.

El pintor la siguió, vergonzoso, cohibido, sin saber qué decir: tan estúpido le volvía la felicidad. Ver a Adelaida, escuchar el rumor de su vestido, después de haber estado deseando todo el día estar junto a ella y de haberse levantado cien veces diciendo: “¡Ahora voy a bajar!” para no bajar luego, todo esto era vivir con tanta abundancia de goces que semejantes sensaciones, de haber durado un poco más, le habrían gastado el alma. El corazón posee el curioso poder de prestar un valor extraordinario a verdaderas insignificancias. ¿Qué alegría no experimenta un viajero al recoger una brizna de hierba, una hoja desconocida, si en su búsqueda arriesgó su vida? Las insignificancias del amor son así. La señora anciana no estaba en el salón. Cuando la joven se encontró a solas con el pintor cogió una silla para descolgar el retrato; pero al darse cuenta de que no podía hacerlo sin poner el pie encima de la cómoda, se volvió hacia Hipólito y le dijo, ruborizándose:

—No soy bastante alta. ¿Queréis descolgarlo vos mismo?

Un sentimiento de pudor, del que daban fe la expresión de su semblante y el acento de su voz, fue el verdadero motivo de la petición; y el joven, comprendiéndolo así, le dirigió una de esas miradas de inteligencia que constituyen el más dulce lenguaje del amor. Viendo que el pintor había adivinado sus sentimientos, Adelaida bajó los ojos con un movimiento de orgullo cuyo secreto sólo pertenece a las vírgenes. Sin saber qué decir, casi intimidado, el pintor cogió entonces el cuadro, lo examinó gravemente junto a la ventana para que le diera mejor la luz y se marchó sin decir a la señorita Leseigneur más que estas palabras:

—Pronto os lo devolveré.

Durante estos rápidos instantes ambos sintieron una de esas vivas conmociones cuyos efectos en el alma pueden compararse a los que produce una piedra arrojada al fondo de un lago. Las reflexiones más dulces nacen y se suceden, indefinibles, multiplicadas, sin finalidad, agitando el corazón como las arrugas circulares que pliegan durante un rato la onda a partir del punto donde ha caído la piedra. Hipólito regresó a su estudio con el retrato. Su caballete había sido provisto ya de una tela y una paleta cargada de colores; los pinceles estaban limpios, el lugar y la luz escogidos. Hasta la hora de comer estuvo trabajando en el retrato con ese ardor que los artistas ponen en sus caprichos. Aquella misma noche volvió a casa de la baronesa de Rouville y estuvo en ella desde las nueve hasta las once. Aparte de los distintos temas de conversación, aquella velada se pareció muchísimo a la anterior. Los dos ancianos llegaron a la misma hora, tuvo lugar el mismo juego de naipes, los jugadores dijeron las mismas palabras y la suma perdida por el amigo de Adelaida fue tan considerable como la que había perdido el día anterior; sólo que Hipólito, algo más audaz, se atrevió a hablar con la joven.

Ocho días transcurrieron de esta manera, durante los cuales los sentimientos del pintor y los de Adelaida sufrieron esas deliciosas y lentas transformaciones que

conducen las almas a una perfecta comprensión. Así, de día en día la mirada con que Adelaida acogía a su amigo se fue haciendo más íntima, más confiada, más alegre, más franca; su voz y sus maneras tuvieron algo de más familiar. Schinner quiso aprender el juego del *piquet*. Ignorante y novato, jugaba mal y, como el anciano, perdió casi todas sus partidas. Sin haberse declarado su amor, los dos enamorados sabían que se pertenecían el uno al otro. Ambos reían, conversaban, se comunicaban sus pensamientos, hablaban de sí mismos con la ingenuidad de los niños que en el espacio de una jornada han trabado conocimiento pero se comportan como si se hubieran visto desde tres años antes. Hipólito se complacía en ejercer su poder sobre su tímida amiga. Muchas concesiones le fueron hechas por Adelaida, la cual, temerosa y confiada, era víctima de esos fingidos enfados que el amante menos hábil o la joven más ingenua saben inventar, y de los que se sirven sin cesar como los niños mimados abusan del poder que les confiere el amor de su madre. Toda familiaridad cesó enseguida entre el viejo conde y Adelaida. La joven comprendió la tristeza del pintor y los pensamientos ocultos en las arrugas de su frente, en el acento brusco de las pocas palabras que pronunciaba cuando el anciano besaba, sin miramientos, las manos o el cuello de Adelaida. Por su parte, la señorita Leseigneur pidió pronto a su enamorado cuentas rigurosas de sus menores actos: se sentía muy desgraciada, muy inquieta cuando Hipólito no venía; sabía reprenderle tan bien por sus ausencias que el pintor tuvo que renunciar a ver a sus amigos, a frecuentar el mundo. Adelaida dejó traslucir los celos naturales en las mujeres al enterarse de que, a veces, al salir, a las once, de la casa de la señora de Rouville el pintor hacía algunas visitas y recorría los salones más brillantes de París. Según ella, este género de vida era malo para la salud; luego, con la profunda convicción a que el acento, el gesto y la mirada de una persona amada confieren tanto poder, pretendía “que un hombre obligado a prodigar a varias mujeres su tiempo y los tesoros de su inteligencia no puede ser objeto de un afecto intenso”. Así, pues, el pintor por el despotismo de la pasión como por las exigencias de una joven amante, se vio obligado a no vivir más que en aquel pequeño apartamento, donde todo le resultaba grato. En fin, nunca hubo amor más puro ni más ardiente. De una y otra parte la misma fe y la misma delicadeza hicieron crecer aquella pasión sin necesidad de esos sacrificios con los que muchas personas tratan de demostrarse su amor. Entre ellos existía un cambio continuo de sensaciones tan dulces que no sabían cuál de los dos era el que daba más o el que más recibía. Una inclinación involuntaria hacía cada vez más íntima la unión de sus almas. El progreso de estos sinceros sentimientos fue tan rápido que, dos meses después del accidente a que el pintor debía la felicidad de haber conocido a Adelaida, la vida de ésta se había convertido en la vida de él. Desde la mañana temprano la joven, al oír los pasos del pintor, podía decirse: “¡Ya está ahí!”. Cuando Hipólito volvía a casa de su madre a la hora de comer, nunca dejaba de pasar a saludar a sus vecinas; y por la noche, a la hora de costumbre, acudía con puntualidad de enamorado. Así, la mujer más despótica y la más ambiciosa en amor no habría podido formular el más leve

reproche al joven pintor. Adelaida saboreó una dicha sin mezcla y sin límites al ver realizarse en toda su extensión el ideal con que tan natural es soñar a su edad. El viejo gentilhomme acudía con menos frecuencia cada vez; el celoso Hipólito le había suplantado por la noche ante el tapete verde, y siempre perdía en el juego. Sin embargo, en medio de su felicidad, al pensar en la desastrosa situación de la señora de Rouville, pues había tenido más de una prueba de los apuros que pasaba, se vio asaltado por una idea inoportuna. Varias veces se había dicho al regresar a su casa: “¡Cómo! ¿Veinte francos todas las noches?”. Y no se atrevía a confesarse a sí mismo odiosas sospechas. Empleó dos meses en realizar el retrato y cuando éste estuvo terminado, barnizado y enmarcado, lo consideró como una de sus obras maestras. La señora baronesa de Rouville no había vuelto a hablarle de él. ¿Era falta de interés u orgullo? El pintor no quiso explicarse este silencio. Tramó alegremente con Adelaida una conjura para colocar el retrato en su sitio, aprovechando una ausencia de la señora de Rouville y un día, durante el paseo que su madre iba a dar generalmente por las Tullerías, Adelaida subió sola, por primera vez, al estudio de Hipólito con pretexto de ver el retrato a la misma luz favorable a que había sido pintado. Permaneció silenciosa e inmóvil, presa de una sensación deliciosa, en la cual se fundían en uno solo todos los sentimientos de la mujer. ¿No se resumen, acaso, en una admiración por el hombre amado? Cuando el pintor, inquieto por aquel silencio, se inclinó para mirar a la joven, ella le tendió la mano, sin poder pronunciar una palabra; pero de sus ojos brotaron dos lágrimas; Hipólito tomó aquella mano, la cubrió de besos y durante un instante se contemplaron en silencio, como si ambos quisieran confesarse su amor y no se atrevieran a hacerlo. El pintor conservó la mano de Adelaida entre las suyas, un mismo calor y un mismo movimiento le indicaron entonces que sus corazones latían tan fuertemente el uno como el otro. Demasiado emocionada, la joven se alejó suavemente de Hipólito y dijo, con una mirada llena de ingenuidad:

—¡Vais a hacer muy feliz a mi madre!

—¡Cómo! ¿A vuestra madre tan sólo? —inquirió.

—¡Oh, yo lo soy ya demasiado!

El pintor bajó la cabeza y permaneció en silencio, asustado por la vehemencia de los sentimientos que el acento de aquella frase había despertado en su corazón. Comprendiendo entonces ambos el peligro de su situación, bajaron y colocaron el retrato en su sitio. Hipólito comió por primera vez con la baronesa, que, llorando enternecida, quiso darle un beso. Por la noche el viejo emigrado, antiguo compañero del barón de Rouville, hizo a sus dos amigas una visita para comunicarles que acababa de ser nombrado vicealmirante. Sus navegaciones terrestres a través de Alemania y Rusia le habían sido computadas como campañas navales. Al ver el retrato, estrechó cordialmente la mano del pintor y exclamó:

—A fe mía que aunque mi vieja osamenta no valga la pena de conservarse, daría de buena gana quinientas pistolas para verme retratado así, con tanto parecido como

mi viejo Rouville.

Al oír esta proposición, la baronesa miró a su amigo y sonrió, dejando que a su rostro asomasen los indicios de una súbita gratitud. Hipólito creyó adivinar que el viejo almirante quería ofrecerle el precio de los dos retratos al pagarle el suyo. Su orgullo de artista, y quizá también sus celos, se sintieron ofendidos por este pensamiento y respondió:

—Señor, no hice este retrato para poder pintar el vuestro.

El almirante se mordió los labios y se puso a jugar. El pintor se quedó junto a Adelaida, la cual le propuso hacer seis reyes al juego del *piquet*. Él aceptó. Mientras jugaban, observó en la señora de Rouville un ardor por el juego que le sorprendió. Jamás aquella anciana baronesa había manifestado un deseo tan ardiente por el lucro, ni un placer tan vivo al palpar las monedas de oro del gentilhomme. Durante la velada unas sospechas torturadoras vinieron a turbar la felicidad de Hipólito y le infundieron desconfianza. ¿Acaso la señora de Rouville vivía del juego? ¿Jugaría para poder pagar alguna deuda o impulsada por alguna necesidad? Acaso no había pagado el alquiler. Aquel viejo parecía ser demasiado astuto para dejar que le ganasen impunemente el dinero. ¿Qué interés le llevaba a él, que era rico, a aquella casa tan pobre? ¿Por qué tenía antes tanta intimidad con Adelaida y por qué había renunciado de pronto a aquellas familiaridades, quizá debidas? Estas involuntarias reflexiones le indujeron a examinar con renovada atención al anciano y a la baronesa, cuyas miradas de inteligencia y ciertas ojeadas de soslayo hacia Adelaida y hacia él le molestaron en extremo. “¿Me estarán engañando?”, fue para Hipólito una última idea, horrible, torturadora, y a la que acabó por dar el crédito suficiente para que se convirtiese en un auténtico suplicio. Se quiso quedar hasta que los dos viejos se hubieron ido, a fin de confirmar sus sospechas o disiparlas. Había sacado su bolsa para pagar a Adelaida; pero arrastrado por sus punzantes ideas colocó la bolsa sobre la mesa y se entregó a unas cavilaciones que duraron breve rato; luego, avergonzado por su silencio, se puso en pie, contestó a una pregunta banal de la señora de Rouville y se acercó a ella para, mientras hablaban, poder escudriñar mejor aquel rostro arrugado. Salió de la casa presa de mil ideas e incertidumbres. Después de haber descendido algunos peldaños regresó para recoger la bolsa que había dejado olvidada.

—He dejado aquí mi bolsa —dijo a la joven.

—No —contestó ella sonrojándose.

—Creí que estaba ahí —repuso el pintor señalando la mesa de juego.

Avergonzado por Adelaida y por la baronesa al no ver allí su bolsa, las miró con un aire estupefacto que las hizo reír, palideció y repuso, palpando su chaleco:

—Me habré equivocado; sin duda la llevo encima.

En uno de los compartimentos de aquella bolsa había quince lises y en el otro, moneda menuda. El hurto era tan evidente y lo negaban con tal desvergüenza que a Hipólito ya no le cupo la menor duda sobre la moralidad de sus vecinas; se detuvo en la escalera, la bajó con dificultad: sus piernas temblaban, sentía vértigos, sudaba y

casi no podía andar, víctima de la atroz conmoción causada en su ánimo por el derrumbamiento de todas sus esperanzas. Desde aquel momento evocó en su memoria un gran número de observaciones, pequeñas en apariencia, pero que corroboraban sus horribles sospechas y, al confirmarlas con la realidad del último hecho, le abrieron los ojos acerca del carácter y la vida de aquellas dos mujeres. ¿Habían esperado a que el retrato estuviera terminado para robarle la bolsa? Premeditado así, el robo parecía aún más odioso. El pintor recordó, para su desgracia, que desde hacía dos o tres noches Adelaida, simulando examinar con curiosidad propia de muchacha el trabajo de la redecilla de seda, comprobaba probablemente el dinero que contenía la bolsa, bromeando al parecer inocentemente, pero acaso con la intención de espiar el momento en que la suma fuera lo bastante elevada para que mereciese ser robada. —El viejo almirante tiene quizás excelentes razones para no casarse con Adelaida y la baronesa habrá tratado de...

Ante esta suposición se detuvo, sin atreverse a formular por entero su pensamiento, que fue destruido por una reflexión muy justa: “Si la baronesa hubiese esperado que me casara con su hija, no me habrían robado”. Luego, para no renunciar a sus ilusiones, a un amor ya tan fuertemente arraigado, trató de buscar alguna justificación en el azar.

—Mi bolsa se habrá caído al suelo —se dijo—; habrá quedado en mi butaca. Quizá la llevo encima. ¡Soy tan distraído!

Se registró con movimientos rápidos, pero la maldita bolsa no apareció. Su cruel memoria volvía a trazarle implacablemente la fatal verdad. Veía claramente su bolsa encima del tapete verde; pero al no poder dudar del robo, excusaba a Adelaida y pensaba que no se debía juzgar tan deprisa a los desgraciados. Había sin duda un secreto en aquella acción de apariencia tan degradante. No quería que tan nobles y Orgullosas apariencias resultaran una mentira. Sin embargo, aquel apartamento tan mísero se le apareció desprovisto de la poesía del amor que todo lo embellece: lo vio sucio y desarreglado, lo consideró como la representación de una vida inferior sin nobleza, desocupada, viciosa. ¿Nuestros sentimientos no están, por decirlo así, escritos en las cosas que nos rodean? A la mañana siguiente se levantó sin haber dormido. El dolor del corazón, esa grave enfermedad moral, había hecho en él enormes progresos. Perder una felicidad soñada, renunciar a todo un porvenir es un sufrimiento todavía más agudo que el causado por la ruina de una felicidad ya experimentada, por muy completa que ésta haya sido. ¿Acaso no es mejor la esperanza que el recuerdo? Las meditaciones en que se hunde de pronto nuestra alma son entonces como un mar sin orillas en cuyo seno podemos nadar unos instantes, pero donde es preciso que nuestro amor se ahogue y perezca. Y se trata de una muerte horrible. ¿Acaso no son los sentimientos la parte más brillante de nuestra vida? De esa muerte parcial provienen, en ciertos organismos fuertes o delicados, los grandes estragos que producen los desencantos, las esperanzas y las pasiones frustradas. Esto le ocurrió al joven pintor. Salió muy temprano, fue a pasear bajo la sombra fresca de

las Tullerías, absorto en sus ideas y olvidado de todo el mundo. Encontró casualmente a uno de sus amigos más íntimos, compañero de colegio y estudios, con quien había vivido en mayor intimidad que con un hermano.

—Hola, Hipólito, ¿qué te sucede? —le dijo Francisco Souchet, joven escultor que acababa de ganar un primer premio y que pronto había de partir para Italia.

—Soy muy desgraciado —respondió Hipólito con voz grave.

—Sólo un problema de corazón puede apesadumbrarte. Dinero, gloria, consideración, nada de eso te falta.

Insensiblemente comenzaron las confidencias y el pintor confesó su amor. Cuando habló de la calle de Suresne y de una joven que vivía en un cuarto piso:

—¡Alto ahí! —exclamó alegremente Souchet—. Se trata de una jovencita a la que voy a ver todas las mañanas a la iglesia de la Asunción y a la cual hago la corte. Pero, amigo mío, ¿si todos la conocemos! ¿Su madre es baronesa! ¿Crees, por ventura, en las baronesas que viven en un cuarto piso? ¿En verdad que eres un hombre de la edad dorada! Aquí, en esta avenida, vernos todos los días a la madre, que tiene una cara y unas maneras que lo dicen todo. ¿No has comprendido lo que es al ver la forma en que lleva el bolso?

Los dos amigos estuvieron paseando un buen rato y se reunieron con ellos varios jóvenes, conocidos de ambos. La aventura del pintor, juzgada como de escasa importancia, les fue relatada por el escultor.

—¡También él —le dijo— ha visto a la pequeña!

Todo eran comentarios, risas y burlas inocentes, con el sello de la alegría peculiar de los artistas, pero que hicieron sufrir a Hipólito de un modo horrible. Cierta pudor del alma le hacía sentirse inquieto al ver tratado tan a la ligera el secreto de su corazón, desgarrada y hecha trizas su pasión, y una joven desconocida, cuya vida parecía tan honesta, sujeta a juicios, verdaderos o falsos, emitidos con tanta despreocupación. Afectó sentirse movido por un espíritu de contradicción y pidió muy en serio a cada uno de ellos pruebas de lo que afirmaban. De nuevo comenzaron las bromas.

—Pero, querido, ¿no has visto el chal de la baronesa? —decía Souchet.

—¿Has seguido a la pequeña cuando por la mañana va a la Asunción? —decía José Bridau, joven alumno de pintura en el estudio de Gros.

—La madre tiene, entre otras cosas, un vestido gris sumamente ridículo —dijo Bixiou, el caricaturista.

—Escucha, Hipólito —repuso el escultor—, ven aquí hacia las cuatro y analiza un poco lo que hacen la madre y la hija. Si, después de eso, todavía dudas, allá tú. Nunca haremos nada de ti: serías capaz de casarte con la hija de tu portera.

Presas de los sentimientos más encontrados, el pintor abandonó a sus amigos. Adelaida y su madre le parecían estar muy por encima de semejantes acusaciones y experimentaba en el fondo de su corazón remordimientos por haber sospechado de la pureza de aquella joven, tan hermosa y sencilla. Llegó a su estudio, pasó por delante

de la puerta del apartamento de Adelaida y sintió dentro de sí un dolor en el corazón sobre el cual ningún hombre puede equivocarse. Amaba a la señorita de Rouville tan apasionadamente que, a pesar del robo de la bolsa, la adoraba todavía. Su amor era como el del caballero des Grieux cuando admiraba y purificaba a su amante hasta en la carreta que la llevaba a la cárcel, entre mujeres perdidas. “¿Por qué mi amor no puede convertirla en la más pura de todas las mujeres? ¿Por qué abandonarla al mal y al vicio, sin tenderle una mano amiga?”. Esta misión fue de su agrado. El amor saca partido de todo. Nada seduce tanto a un hombre joven como desempeñar el papel de hada buena frente a una mujer. Hay un no sé qué de novelesco en esta empresa, que seduce a las almas exaltadas. ¿Acaso no es la forma más elevada y elegante de la abnegación? ¿No hay algo de admirable en saber que uno ama lo bastante para seguir amando cuando el amor de los demás extingue y muere? Hipólito se sentó en su estudio, contempló un cuadro sin decidirse a trabajar en él, contempló las figuras a través de las lágrimas que rodaban hasta sus mejillas, mantuvo el pincel en la mano y avanzó hacia la tela como para suavizar un tono, pero no lo hizo. La noche le sorprendió en esta actitud. Despertado de su ensimismamiento por la oscuridad, bajó la escalera, se encontró en ella con el viejo almirante, correspondió con una mirada hosca a su saludo y se alejó apresuradamente. Había tenido la intención de entrar en casa de sus vecinas, pero la aparición del protector de Adelaida le heló el corazón e hizo que su resolución se desvaneciese. Preguntose por centésima vez el interés que podía llevar a aquel rico anciano, con ochenta mil libras de renta, a un cuarto piso donde todas las noches perdía cuarenta francos, y creyó adivinar la naturaleza de ese interés. Durante los días siguientes Hipólito se entregó con furia a su trabajo, en un esfuerzo por combatir su pasión con el entusiasmo de las ideas y el ardor de la concepción creadora. Lo consiguió a medias. El estudio le consoló sin llegar, no obstante, a sofocar los recuerdos de las horas amables que había pasado junto a Adelaida. Una noche, al salir de su estudio, vio entreabierta la puerta del apartamento de las dos señoras. Una persona se hallaba de pie, junto a la ventana. La disposición de la puerta y de la escalera no le permitía al pintor pasar sin ver a Adelaida; la saludó con frialdad, dirigiéndole una mirada llena de indiferencia; pero, al juzgar de los sufrimientos de aquella joven por los suyos propios, sintió un estremecimiento interior al pensar en la amargura que su mirada y su frialdad debían arrojar en un corazón amante. Coronar los más dulces goces que jamás hayan gustado dos almas puras con un desdén de ocho días y el desprecio más profundo, más completo... ¡qué horrible desenlace! Quizá la bolsa hubiera aparecido y Adelaida hubiera estado todas las tardes esperando a su amigo. Esta idea tan sencilla, tan natural, hizo experimentar nuevos remordimientos al amante; se preguntó si las pruebas de afecto que la joven le había dado, las encantadoras conversaciones henchidas de aquel amor que le había cautivado no merecían una investigación, por lo menos; no valían por una justificación. Avergonzado de haber resistido durante una semana los impulsos de su corazón, juzgándose casi un criminal, fue aquella misma tarde a casa de la señora de

Rouville. Todas sus sospechas, todos sus malos pensamientos se disiparon al ver a la joven pálida y demacrada.

—¡Dios mío! ¿Qué os ocurre? —exclamó, después de haber saludado a la baronesa.

Adelaida no le respondió, pero le dirigió una mirada llena de melancolía, una mirada triste, descorazonadora, que le hizo mucho daño.

—Sin duda habéis trabajado mucho —dijo la anciana señora—, pues estáis cambiado. Nosotras debemos de ser la causa de esa reclusión. Ese retrato os habrá hecho retrasar, sin duda, algunos cuadros importantes para vuestra fama.

Hipólito se sintió dichoso por haber encontrado tan buena excusa para su falta de cortesía.

—Sí —respondió—, he estado muy ocupado, pero he sufrido...

Al oír estas palabras, Adelaida levantó la cabeza, miró a su amante, y sus ojos inquietos ya no le reprocharon nada.

—¿Nos habéis supuesto, entonces, indiferente ante lo bueno o lo malo que pudiera sucederos? —dijo la baronesa.

—Me he equivocado —contestó—. Sin embargo, hay penas que no podrían confiarse a nadie, ni siquiera a un sentimiento menos reciente que éste con que me honráis...

—La sinceridad y la fuerza de la amistad no deben medirse por el tiempo. He visto a viejos amigos que en la desgracia no derramaban una sola lágrima el uno por el otro —dijo la baronesa moviendo la cabeza.

—Pero ¿qué os ocurre, entonces? —preguntó el joven a Adelaida.

—¡Oh, nada! —respondió la baronesa—. Adelaida ha empleado algunas noches en terminar un trabajo y no ha querido escucharme cuando le dije que un día más o menos poco importaba.

Hipólito no escuchaba. Al ver aquellos rostros tan nobles, tan serenos sentía vergüenza por sus sospechas y atribuía la pérdida de su bolsa a cualquier azar desconocido. Aquella velada fue deliciosa para él y quizá también para ella. ¡Hay secretos que las almas jóvenes entienden tan bien! Adelaida adivinaba los pensamientos de Hipólito. Sin querer confesar sus yerros, el pintor los reconocía, volvía junto a su enamorada más amante, más afectuoso, tratando de merecer así un tácito perdón. Adelaida saboreaba unos goces tan completos y tan dulces que se daba por suficientemente pagada de todo el infortunio que tan cruelmente había atormentado su alma. Sin embargo, la sincera armonía de sus corazones, aquella comprensión llena de hechizo, fue turbada por unas palabras de la baronesa de Rouville.

—Vamos a hacer nuestra pequeña partida —dijo—, porque mi viejo Kergarouët es inflexible conmigo.

Esta frase despertó todos los temores en el ánimo del joven pintor, que se sonrojó al mirar a la madre de Adelaida; pero no vio en aquel rostro más que la expresión de

una bondad sin falsía: ninguna segunda intención destruyó su encanto, ningún remordimiento alteró la serenidad de aquel semblante. Hipólito se sentó a la mesa de juego. Adelaida quiso compartir la suerte del pintor, alegando que éste no conocía el juego del *piquet* y tenía necesidad de un socio. La señora de Rouville y su hija, durante la partida, se hicieron unas señas de inteligencia que inquietaron tanto más a Hipólito cuanto que éste ganaba; pero al fin, un último golpe hizo que los dos amantes resultaran deudores de la baronesa. Queriendo buscar dinero en su faltriquera, el pintor retiró sus manos de encima de la mesa y vio entonces delante de él una bolsa que había sido deslizada por Adelaida sin que él lo advirtiese; la pobre muchacha tenía en sus manos la antigua bolsa y estaba ocupada en buscar en ella el dinero necesario para pagar a su madre. Toda la sangre de Hipólito afluyó tan vivamente a su corazón que estuvo a punto de perder el conocimiento. La nueva bolsa con que había sido sustituida la antigua, y que contenía sus quince luises, estaba bordada con bolitas de oro. Todos sus adornos atestiguaban el buen gusto de Adelaida, que sin duda había empleado íntegramente sus ahorros en realizar aquel trabajo encantador. Era imposible decir con mayor delicadeza que el regalo del pintor sólo podía ser recompensado con este testimonio de ternura. Cuando Hipólito, abrumado de felicidad, volvió los ojos hacia Adelaida y hacia la baronesa, las vio trémulas de placer y felices por aquella amable superchería. Se encontró pequeño, mezquino, estúpido; habría querido castigarse, desgarrarse el corazón. Asomaron lágrimas a sus ojos; se puso en pie y en un movimiento irresistible, tomó a Adelaida en sus brazos, la estrechó contra su corazón, le robó un beso; luego, con la buena fe de los artistas:

—Os la pido por esposa —exclamó, mirando a la baronesa.

Adelaida contemplaba al pintor con ojos medio encolerizados y la señora de Rouville, un tanto sorprendida, estaba buscando una respuesta cuando sonó la campanilla. Apareció el viejo vicealmirante seguido de su sombra y de la señora Schinner. Después de haber adivinado la causa de las penas que su hijo trataba en vano de ocultarle, la madre de Hipólito se había informado por algunos amigos acerca de Adelaida. Justamente alarmada por las calumnias que pesaban sobre aquella joven, sin saberlo el conde de Kergarouët, cuyo nombre le fue revelado por la portera, había ido a contárselas al vicealmirante, el cual, lleno de cólera, quería ir “a cortarles las orejas a esos bergantes”. Animado por la furia que sentía, el almirante había revelado a la señora Schinner el secreto de sus pérdidas voluntarias en el juego: el orgullo de la baronesa únicamente le permitía ese ingenioso medio de socorrerla.

Cuando la señora Schinner hubo saludado a la señora de Rouville, ésta miró al conde de Kergarouët, al caballero Du Haiga —el antiguo amigo de la difunta condesa de Kergarouët, a Hipólito, a Adelaida y dijo con esa gracia que sólo nace del corazón:

—Parece como si esta noche celebrásemos aquí una reunión de familia.

París, mayo de 1832.

Notas

[1] Por Madame d'Aulnoy, muerta en 1705. <<

[2] Por Baculard d'Arnaud (1718-1805) <<

[3] El 20 de marzo de 1815 entró nuevamente Napoleón en las Tullerías, iniciando así el período llamado de los *Cien Días*. (N. del E.) <<

[4] En francés rima épigramme con épithalame. (N. del T.) <<

[5] Así en el texto de Balzac, que murió antes de iniciarse el Segundo Imperio. (*N. del E.*) <<

[6] *Beauvisage* quiere decir “Hermoso rostro”. (N. del T.) <<